Historia de la Rusia Soviética

E. H. Carr

El interregno (1923-1924)

Alianza Universidad



Historia de la
Rusia Soviética

El Interregno (1923-1924)

Alianza Universidad

E. H. Carr

Historia de la
Rusia Soviética

El Interregno (1923-1924)

Versión española de
Fernando de Diego de la Rosa

Alianza
Editorial

Título original:

A History of Soviet Russia
The Interregnum 1923-1924

Primera edición en "Alianza Universidad": 1974
Segunda edición en "Alianza Universidad": 1977

Calle Milán, n.º 38; ☎ 200 00 45
ISBN 84-206-2996-0 (obra completa)
ISBN 84-206-2075-0 (tomo IV)
Depósito legal: M. 12.394-1977
Impreso en GREFOL, S.A., Pol. II,
La Fuensanta. Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

PREFACIO

En el prefacio al primer volumen de *La Revolución bolchevique, 1917-1923* *, publicado en 1950, manifesté el propósito de continuar esta obra con otra parte que se titularía *La lucha por el poder, 1923-1928*. Subsiguientes consideraciones y un examen más concienzudo del material me han inducido a modificar este plan en diversos aspectos. En primer lugar, los meses anteriores a la última enfermedad de Lenin y las primeras semanas tras su muerte, es decir, el intervalo desde marzo de 1923 a mayo de 1924, parecen constituir una especie de periodo intermedio —una tregua o interregno, tanto en el partido como en la problemática soviética— en el que, en la medida de lo posible, se evitaban o se mantenían en suspenso las decisiones susceptibles de controversia. En el nuevo plan este periodo ocupa un volumen aparte, el que ahora aparece bajo el título de *El interregno, 1923-1924*. En segundo lugar, aunque el periodo que abarca desde 1924 a 1928 constituye una sola unidad en muchos aspectos, es más conveniente dividirlo en dos partes para su estudio. En tercer lugar, el título que se pensó en principio para definir este periodo parecía poco adecuado y demasiado vulgar, si tenemos en cuenta la importancia fundamental de los problemas planteados. Con arreglo a mi plan actual,

* Publicada con los núms. 15, 19 y 35 en la colección «Alianza Universidad», de Alianza Editorial.

la tercera parte de mi proyecto llevará el título de *El socialismo en un solo país, 1924-1926,* que abarcará aproximadamente desde el verano de 1924 hasta los primeros meses de 1926, y que ocupará dos volúmenes. La proclamación del «socialismo en un país» nos dará la oportunidad de hacer ciertas reflexiones, que considero apropiadas para esa tercera parte, sobre las relaciones existentes entre la revolución bolchevique y el legado material, político y cultural del pasado ruso.

Una vez más, me hallo en deuda de gratitud con muchos que ya me ayudaron en los comienzos de mi empresa. De nuevo las fuentes más importantes de material las he encontrado en el British Museum y en las bibliotecas de la London School of Economics y del Royal Institute of International Affairs. También utilicé las bibliotecas de la School of Slavonic Studies de la Universidad de Londres y del Institute of Agrarian Affairs de la Universidad de Oxford, la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine de la Universidad de París, y las de la International Labour Office de Ginebra y del International Instituut voor Sociale Geschiedenis de Amsterdam. Fue en este último instituto donde encontré una copia mecanografiada del hasta ahora inédito «programa de los 46», cuya traducción incluyo en el presente volumen. Vayan mis más cálidas expresiones de agradecimiento a los bibliotecarios de todas estas instituciones y a su personal por la incondicional ayuda que me prestaron y por la inagotable paciencia con que recibieron y solventaron satisfactoriamente mis prolijas preguntas.

En comparación con sus predecesores, el presente volumen se resiente del hecho de que no me fue posible visitar los Estados Unidos mientras estuve ocupado con él. Sin embargo, le quedo profundamente obligado a Mrs. Olga Gankin, del Hoover Library and Institute de Stanford, por su inagotable amabilidad al contestar a mis más pertinaces requerimientos y al facilitarme datos procedentes de los ricos recursos de la biblioteca, todavía sin investigar en parte. Parece que, hasta la fecha, son pocos los eruditos que hayan rebuscado en los archivos de Trostki de la Houghton Library de la Universidad de Harvard, y, que yo sepa, no se ha publicado todavía el registro sistemático de lo que esos archivos contienen. Esto constituye una de las lagunas más lamentables en nuestro conocimiento de la historia soviética.

Manifiesto mi agradecimiento de manera especial a Mr. Isaac Deutscher, biógrafo de Stalin y Trotski, tanto por leer y enjuiciar una parte considerable de mi manuscrito como por poner a mi disposición las notas que tomó de los archivos de Trotski; a Herr Heinrich Brandler por transmitirme sus recuerdos personales de los

acontecimientos de 1923; a Mr. Maurice Dobb y a Mr. H. C. Stevens por prestarme libros y folletos que, de otra manera, hubiera echado en falta; a Mrs. Degras por ofrecerse de nuevo a leer las pruebas de imprenta y al Dr. Ilya Neustadt por recopilar el índice temático, dos tareas particularmente onerosas, por las que tanto el autor como los lectores nos hemos de sentir en deuda con ellos.

La bibliografía es continuación de la que aparece al final del tercer volumen de *La Revolución bolchevique, 1917-1923* y tiene el mismo objetivo limitado. Algunos críticos de ese volumen se lamentaron de que no facilitara una bibliografía más completa, con inclusión de fuentes secundarias. Esto sería una tarea de perfeccionamiento; pero he de dejar, con pesar, que otras manos se apliquen a ese trabajo. Las fuentes secundarias que he considerado útiles se citan en las notas.

E. H. Carr

5 de enero de 1954

Primera parte

LA CRISIS DE LAS TIJERAS

Capítulo 1

COMPAS DE ESPERA

En el invierno de 1922-1923, tras dos años de la NEP, la economía soviética dio muestras de un notable renacimiento, debido, en parte, al proceso natural de recuperación tras la larga prueba de la guerra y de la guerra civil; en parte, a la excelente cosecha de 1922, y, en parte, a la nueva política inaugurada en marzo de 1921. La producción aumentó de manera considerable en la agricultura y en la industria rural y artesana; de forma menos pronunciada, en las industrias fabriles productoras de artículos de consumo, y apenas algo en la industria pesada productora de bienes de capital; mientras los campesinos eran los principales beneficiarios de la NEP, los trabajadores industriales vieron elevarse un tanto su mísero nivel de vida, al tiempo que se les liberaba del reclutamiento laboral; se desarrollaba el comercio interno y externo; se establecieron las bases de un sistema fiscal y de un presupuesto estatal viable y se tomaron las primeras medidas para crear una moneda estable. Por otra parte, ninguno de estos objetivos era particularmente socialista. La estructura de la economía era capitalista o precapitalista, con la excepción de las industrias nacionalizadas; y éstas se vieron obligadas a adaptarse a un contorno casi capitalista, al tener que desarrollar sus actividades con base en principios comerciales. Los éxitos de la NEP se consiguieron con métodos capitalistas y acarrearon dos consecuencias concomitantes,

que los marxistas siempre habían considerado males característicos del capitalismo: desempleo a gran escala y violentas fluctuaciones de precios. El problema latente desde 1917 en la revolución victoriosa, y que no podía faltar en el intento de llevar al socialismo a una comunidad predominantemente rural, era que la revolución dependía del apoyo del campesinado. En 1921 pareció haberse resuelto temporalmente el problema con el establecimiento de la NEP: la alianza con los campesinos se había asegurado de tal forma, que podría aguantar hasta que el estallido de la revolución proletaria en Europa sirviera de alivio al agobiado proletariado ruso. Pero, al hacer Lenin el mutis final, la cosa comenzó a verse menos clara. El renacimiento de las tensiones económicas, debidas esencialmente a las tremendas fluctuaciones de los precios, abrió una nueva brecha entre la industria y la agricultura y puso en duda la eficacia de la NEP.

En las declaraciones del partido y del propio Lenin ya se había llamado la atención sobre ciertas inconsistencias de la NEP, basadas en la equívoca posición del campesino como aliado imprescindible del proletariado y, al propio tiempo, como último obstáculo que había que vencer para llegar al socialismo [1]. Lenin se dio perfecta cuenta, al comienzo de la NEP, de las anomalías que le eran inherentes:

> Hay más contradicciones en nuestra realidad económica que las que existían antes de la nueva política económica: mejoras parciales y pequeñas en la posición económica de algunos sectores de la población y que afectan a pocas personas; y absoluta incapacidad para que los recursos económicos satisfagan las necesidades perentorias del resto, de la mayoría. Estas contradicciones se han agudizado. Y es natural que, mientras hacemos un pronunciado viraje, no sea posible escapar en seguida de estas contradicciones [2].

En el undécimo congreso del partido, en la primavera de 1922, bajo la presión de quienes insistían en las consecuencias desastrosas de la NEP para la industria, Lenin anunció el fin de la «retirada» [3] y se entendió que no se harían más concesiones a los campesinos. Sin embargo, en el mismo congreso, Lenin se refirió con el mayor énfasis a la necesidad de «restablecer el eslabón», de acudir en socorro del campesino «arruinado, empobrecido, miserable y hambriento», o «nos enviarán a todos al diablo» [4]. En su discurso ante el cuarto congreso de la Comintern, en noviembre de 1922 —su penúltimo discurso en público—, Lenin habló tanto de la satisfacción que se

[1] *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 286-291.
[2] Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 71.
[3] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 289.
[4] Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 231.

había dado a los campesinos, como de la necesidad de que se arbitraran subsidios estatales a favor de la industria pesada («si no los encontramos, estaremos perdidos»)[5]. Una semana más tarde, en su último discurso, se refirió a la «retirada» todavía en progreso, y añadió con franqueza:

> Todavía no sabemos dónde y cómo debemos ahora reformarnos, adaptarnos y reorganizarnos para iniciar un sostenido movimiento de progreso después de la retirada[6].

En uno de sus últimos artículos, escrito en enero de 1923, describió el orden soviético como «fundado en la colaboración de dos clases: los trabajadores y los campesinos», y expuso lo que él consideraba la tarea primordial del partido:

> Si se producen serios antagonismos entre estas dos clases, el rompimiento será inevitable; pero en nuestro orden social no existen motivos forzosos ni inevitables para que se efectúe ese rompimiento, y la tarea principal de nuestro comité central, de la comisión central de control y de todo el partido es la de vigilar con cuidado las circunstancias que pudieran dar origen a un rompimiento y anticiparse a ellas, pues, en última instancia, el destino de nuestra república dependerá de si las masas campesinas marchan con los trabajadores y permanecen fieles a su alianza con esa clase, o si permiten que los hombres de la NEP, es decir, la nueva burguesía, las separen de los trabajadores y las hagan romper con ellos[7].

De esta manera, mientras que en 1922 Lenin se hacía eco de la opinión que exigía que se reemprendiera la marcha hacia el socialismo, su último requerimiento era el de mantener la conexión con el campesinado por encima de todo. Mientras el compromiso se mantuviera, todo iría bien. Pero en cualquier crisis que se planteara, y en la que el compromiso quedara inoperante de no hacerse nuevas concesiones a una u otra de las partes, cualquier actuación podría justificarse con citas apropiadas de la fuente principal.

Los primeros síntomas de crisis comenzaron a manifestarse cuando, en el invierno de 1922-1923, las relaciones de precios entre los productos agrícolas e industriales, hasta entonces favorables a los primeros, empezaron a alterarse, lenta pero constantemente, a favor de la industria. La NEP dio a los campesinos la oportunidad de recuperarse del terror y de las privaciones de la guerra civil, arrancando a los habitantes de las ciudades un alto precio por los productos

[5] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, pp. 309, 330-331.

[6] Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 362.

[7] *Ibid.,* xxvii, 405; el «testamento» de Lenin también destacaba el acuerdo entre obreros y campesinos como la base fundamental del partido (véase más adelante).

agrícolas; la ley agraria de mayo de 1922, confirmada por el nuevo código agrario a fines del año, garantizaba al campesino la propiedad de sus tierras [8]; y las medidas que se tomaron para el restablecimiento de unas finanzas ortodoxas y para la estabilización de la moneda prometían proteger al hombre de campo contra una inflación monetaria, cuyas consecuencias recayeron sobre él en primer lugar. Tras la magnífica cosecha de 1922, los campesinos disfrutaban de mayor prosperidad que en cualquier otro momento desde la revolución y, como Lenin observó, se encontraban contentos con su suerte [9]. Era verdad que el proceso de igualación de propiedades y de recursos entre las diferentes categorías de campesinos, puesto en marcha tras la revolución de octubre e intensificado por las necesidades del comunismo de guerra, daba ahora marcha atrás. La tendencia, consustancial con la NEP, de alentar las diferencias entre las diversas capas del campesinado, siguieron en pleno vigor. En un extremo de la escala, un mayor número de campesinos pobres caían por debajo del nivel de la simple subsistencia y tenían que dar sus tierras en alquiler u ofrecerse como braceros para poder vivir. En el otro extremo, los *kulaks* producían mayores excedentes para los mercados. El crecimiento, dentro del campesinado, del arrendamiento de tierras y del enganche de braceros, prácticas que estuvieron congeladas en los primeros años de la revolución, era un síntoma de esta diferenciación [10].

[8] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol 2, pp. 302-303, 309-310.

[9] Véase *ibid.*, vol. 2, p. 309.

[10] En las páginas 230 a 261 de *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), de S. G. Strumilin figura un detenido estudio estadístico de estos procesos, que se publicó originalmente en abril de 1923. Un análisis detallado (aparecido en *Trud,* el diario de los sindicatos) del campesinado de una provincia de Ucrania (Odesa) revelaba que de 577.000 familias, 11.000 carecían por entero de tierras de cultivo, otras 162.000 no poseían animales y no podían producir lo suficiente para su propio abastecimiento. Otras 137.000 sólo tenían un animal y su situación era precaria. Los campesinos que no se bastaban a sí mismos no podían encontrar trabajo en las ciudades (el desempleo industrial era peor en Ucrania que en ningún otro lugar; véase más adelante en la página 57) ni en las granjas colectivas, que no se hallaban en situación boyante, ni en los sovjoses (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, páginas 167-168, 302-303), los cuales estaban más o menos abandonados, con sólo 3.000 trabajadores en toda la provincia, con la mayor parte de sus tierras en arriendo. El único recurso que quedaba era hacerse *batraks,* es decir, jornaleros que alquilaban sus brazos a campesinos más prósperos. En pocas palabras, «existe una gran diferencia entre las familias 'fuertes' y las 'débiles'; y estas últimas acaban por desaparecer llenando las filas de los *batraks*» (*Trud,* 26 de septiembre de 1923). Un año más tarde, en el decimotercer congreso del partido, Kámenev, que al parecer tomaba sus datos de una monografía publicada por la administración central de estadística, clasificaba a la población campesina de la siguiente manera: un 63 % de campesinos

Según las estadísticas recopiladas por Vserabotzemles, el sindicato de trabajadores agrícolas, 400.000 campesinos (o el 2 % del total) empleaban a fines de 1923 a 600.000 jornaleros [11]. Las dos cifras se quedan, indudablemente, muy por debajo de la realidad. Pero la proporción existente entre los contratantes y los contratados revela que el proceso no había ido muy lejos todavía. Por el momento, la imagen de un campesinado próspero y satisfecho, que había dejado atrás para siempre los horrores de las requisas y del comunismo de guerra, representaba una aproximación no muy distorsionada de la verdad. Y los argumentos en pro de que las cosas siguieran así eran todavía poco menos que inexpugnables. A fines de 1922, tras la excelente cosecha de aquel año, se exportó de la Rusia soviética, y por primera vez desde la revolución, una pequeña cantidad de grano; se oyeron voces que pedían se tomaran medidas para impedir la caída progresiva de los precios del grano fomentando su exportación. El Narkomfin, campeón por entonces de los intereses campesinos, y también preocupado por reforzar las reservas de divisas extranjeras del Gosbank, se manifestó a favor de las exportaciones de grano; y a sus instancias, el décimo Congreso de Soviets de toda Rusia, celebrado en diciembre de 1922, recomendó el aumento de las exportaciones de grano y de materias primas [12]. Un decreto del 17 de enero de 1923 anunciaba la distribución entre los campesinos de grano para siembra en una escala sin precedentes y describía el aumento de las zonas bajo cultivo como «la base del bienestar, no sólo de los campesinos, sino de todo el Estado»; otro

pobres formaban el 74 % del número total de familias, cultivaba el 40 % de las tierras agrícolas y poseía el 50 % de los animales; un 23 % de campesinos de clase media formaba el 18 % de las familias, cultivaba el 25 % de las tierras agrícolas y poseía el 25 por % de los animales; y un 14 % de campesinos ricos formaba el 8 % de las familias, cultivaba el 34 % de las tierras agrícolas y poseía el 25 % de los animales (*Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 408-409). En *Klassovoe Rassloenie v Sovetskoi Derevne* (1926), de L. Kritsman, pp. 163-164, se dan ejemplos de cómo se burlaban las limitaciones legales al derecho a contratar mano de obra con recursos tales como matrimonios o adopciones fingidos o devolviendo en trabajo los adelantos de grano o de semillas.

[11] *XI Vserossiiski Sjezd Sovetov* (1924), p. 47; en las estadísticas figuraban también 100.000 trabajadores en granjas soviéticas, 100.000 en actividades forestales y 100.000 en formas especializadas de producción agrícola (frutos, verduras, etc.) Con respecto al Vserabotzemles, véase *Trud* del 2 de diciembre de 1923; se fundó en 1920 para los trabajadores de granjas soviéticas, de artels y comunas (éstas se excluyeron más tarde), pero nunca fue un organismo eficaz.

[12] *Sjezdy Sovetov RSFSR v Postanovleniyaj* (1939), p. 268.

decreto prometía tierras «en regiones fronterizas, donde hay abundancia de suelos» para los agricultores inmigrantes [13].

La industria representaba un problema más difícil que la agricultura, aunque sólo fuera por la razón básica de que, mientras la agricultura, con la favorable cosecha de 1922, había conseguido los tres cuartos de la producción normal de la anteguerra, la industria, en el mismo periodo, apenas si sobrepasó la cuarta parte de su rendimiento de antes de la guerra [14]. Los avatares de la agricultura bajo la NEP, al margen de que fueran satisfactorios o no, se desarrollaron conforme a lo previsto. Pero lo ocurrido con la industria era mucho más complejo y desconcertante. La industria se escalonaba en tres categorías. La primera era la rural y la de la pequeña artesanía, situada, principalmente, en el campo, y que se benefició con el ímpetu que dio la NEP a la agricultura, hasta tal punto que desde 1921 se recuperó a un ritmo mucho más rápido que la industria fabril, e incluso a expensas de esta última [15]. Pero este progreso, al darle más medios de vida propios a la comunidad rural, fortalecía al elemento *kulak* del campo y destruía el «eslabón» entre el campesino y el proletario, entre el campo y la ciudad, aunque los propósitos de la NEP eran forjar dicho eslabón. La segunda categoría industrial era la fabril, productora de artículos de consumo para el mercado: ésta se recuperó en el verano de 1922 de la crisis del invierno anterior [16] gracias a la formación de sindicatos con carácter de monopolios, pero ahora se hallaba al borde de una nueva crisis, a causa de la inflación de precios propia de este proceso. La tercera categoría era la de la industria pesada productora de bienes de capital o de suministros y servicios esenciales al conjunto de la economía, pero que no trabajaba específicamente para el mercado del consumidor: la industria metalúrgica, con la de maquinaria pesada y la química, junto con el transporte y la minería, formaban las ramas principales de esta categoría. Una importante distinción entre las dos categorías de la industria a gran escala radicaba en el método de su financiación. Desde el renacimiento del sistema bancario a fines de 1921 [17], las industrias de bienes de consumo estuvieron financiadas por el Gosbank y el Prombank sobre principios comerciales y en virtud de su capacidad para rendir beneficios. La

[13] *Sobranie Uzakoneni, 1923*, n.º 4, art. 73; n.º 10, art. 128.

[14] *Dvenadtsatyi Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, Rozenfeld, *Promishlennaya Politika SSSR* (1926), p. 515.

[15] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 310-313, 323-324.

[16] Véase *ibid.*, vol. 2, pp. 326-329.

[17] Véase *ibid.*, vol. 2, pp. 370-371.

industria pesada y los transportes, que operaban con pérdidas y que no podían obtener créditos bancarios, seguían siendo financiadas con subvenciones directas del Estado, con las que atendían a los pagos del personal y a la compra de equipo y de materias primas [18]. Sin estas subvenciones, una producción y unos servicios esenciales al conjunto de la economía hubieran llegado al colapso.

Mientras ambas categorías de industria a gran escala se veían envueltas en la crisis de 1923, consideraciones muy diferentes las afectaban. Desde el otoño de 1921, las industrias de bienes de consumo fueron constantemente espoleadas a que aplicaran los principios del *jozraschet* y advertidas de que su eficacia se mediría con arreglo a su capacidad de lograr beneficios. Gracias a generosas facilidades de crédito y a la posición de monopolio establecida por los sindicatos, aumentaron sus precios y consiguieron beneficios sustanciales. Para el verano de 1923 su producción era mayor, poseían abundantes «stocks» y habían recuperado su capital de explotación. No era lógico censurarlas. El decreto formal que definía y confirmaba el estado legal de los *trusts* industriales, y que se publicó inmediatamente antes de la celebración del duodécimo congreso del partido, las describía como empresas que operaban «con el objeto de conseguir ganancias» [19]. En fecha muy posterior, en julio de 1923, el Vesenja emitió una orden que repetía y detallaba las prescripciones del decreto y aludía al lucro como «principio básico de la actividad de los *trusts*» [20]. Sin embargo, esta política condujo, o contribuyó en gran medida, a la crisis de las tijeras.

La industria pesada se hallaba en condiciones muchísimo peores. En 1922 se hallaba todavía casi al mismo bajo nivel de los dos años anteriores [21]. La afectaban, más que a las industrias de bienes de consumo, las debilidades básicas que acarrearon la guerra, la revolución y la guerra civil: equipos anticuados y gastados, escasez de materias primas, dispersión de sus recursos, siempre limitados, de mano de obra especializada y costos exagerados de explotación [22]. Mientras

[18] En el año económico 1922-1923 las subvenciones del Estado a la industria pesada todavía excedían a los créditos bancarios para el resto de la industria; en los años siguientes se invirtió esta proporción (Y. S. Rozenfeld, *Promishlennaya Politika SSSR* [1926], p. 421).

[19] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 322.

[20] *Sbornik Dekretov, Postanovleni, Rasporiazheni i Prikazov po Narodnomu Joziaistvu*, n.º 7 (10), julio de 1923, pp. 37-38; Rikov lo leyó en la décimotercera conferencia del partido, en enero de 1924 (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 9-10), como ejemplo de la errónea política que prevalecía en el 1923. Piatakov fue su autor.

[21] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 326, 330.

[22] En los talleres de Sormovo el número de trabajadores ocupados directa-

duró la guerra civil no fue posible emprender una seria reorganización en este sentido; y la NEP, en sus comienzos, se manifestó contraria a que se recurriera a medidas de centralización. Desde el comienzo pues, e incluso después de que se formaran los *trusts*, el cuadro que presentaba la industria pesada era el de un gran número de factorías que trabajaban muy por debajo de su capacidad[23]. Ninguna de las medidas que se aplicaron a las industrias de bienes de consumo, tras las primeras conmociones de la revolución, para que se adaptaran a las condiciones mercantiles y para que hicieran frente, al menos, a algunos de los problemas de la reorganización y racionalización de un mercado en auge, era utilizable en la industria pesada productora de bienes de capital. Era aquí, más que en cualquier otro sitio, donde se precisaba la racionalización con mayor urgencia: la primera medida encaminada a salvar a la industria pesada era concentrar el limitado volumen de la producción en las factorías menos anticuadas e ineficaces. Pero esto implicaba el despido en masa de mano de obra especializada, la cual formaba el cogollo del proletariado consciente y el principal fortín del bolchevismo en la clase trabajadora. Los jefes del partido eludieron durante mucho tiempo aplicar el cruel, pero necesario, bisturí[24]. En febrero de 1923, el

mente en la producción se redujo entre 1913 y 1922 desde 6.497 a 3.708; los trabajadores auxiliares aumentaron en el mismo periodo desde 4.187 a 6.121 y los empleados desde 1.230 a 2.188; la proporción de auxiliares y empleados con respecto a los trabajadores ocupados directamente en la producción se elevó desde el 83 % en 1913 al 224 % en 1922 (*Trud*, 3 de febrero de 1923). En todas las industrias principales, excepto en la química (donde el aumento fue menor), se calculaba que se dobló la proporción entre empleados y trabajadores, desde 1913 (*ibid.*, 25 de octubre de 1923).

[23] Las cifras del primer trimestre de 1923 se encuentran en Y. S. Rozenfeld, *Promishlennaya Politika SSSR* (1926), pp. 222-223. Las condiciones eran mejores en Moscú, donde las fábricas del *trust* mecánico trabajaban al 38 % de su capacidad; la cifra correspondiente al *trust* mecánico de Petrogrado es del 11 % y los talleres Putilov de Petrogrado trabajaban tan sólo al 4,3 % de su capacidad. Mejores condiciones reinaban en las industrias de artículos de consumo, aunque, de acuerdo con las cifras dadas en el duodécimo congreso del partido, la industria en su conjunto trabajaba al 30 % de su capacidad (*Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], página 339).

[24] En enero de 1923 se tomó la decisión, en beneficio de la racionalización, de cerrar los talleres Putilov de Petrogrado, que fueron una de las grandes fortalezas bolcheviques en 1917; Zinóviev recurrió al Politburó y logró en el último momento que se anulara tal decisión (L. Trotski, *The Real Situation in Russia*, sin fecha [1928], pp. 276-277). Seis meses más tarde el órgano del STO alegó que, a pesar de la urgente necesidad de reducir los costos elevados, la racionalización de la industria mecánica de Petrogrado «no debe aumentar el desempleo» (*Ekonomicheskaya Zhizn*, 17 de junio de 1923). Algo después se informó que el *trust* del metal de Petrogrado trabajaba con pérdidas, de las cuales el 90 % eran imputables a los talleres Putilov (*Trud*, 23 de agosto

Vesenja estableció una comisión para que se ocupara de la concentración de la industria [25], pero las medidas efectivas que se tomaran a este propósito requerían, a corto plazo, desembolsos adicionales de capital y nuevas presiones sobre el presupuesto del Estado. No se le veía una salida a estas dificultades. Las industrias básicas no podían rehacerse en la rudimentaria economía rusa, donde no había que contar con la acumulación de capital por el ahorro voluntario, sin la intervención del Estado y sin créditos estatales, y sin un proceso radical de reorganización, cuyas consecuencias inmediatas repercutirían muy perjudicialmente en los trabajadores industriales. Así, pues, el balance de la NEP con respecto a la industria era en extremo inquietante. Había estimulado el progreso de las primitivas y atrasadas industrias locales, que tienden a desaparecer en cualquier economía desarrollada; no prestó ninguna ayuda a la industria pesada, que es la llave esencial del progreso industrial; e hizo posible la supervivencia de las grandes industrias de bienes de consumo procurando que éstas se remediaran a sí mismas, lo cual perjudicó a los campesinos y, a la larga, iba a destruir el equilibrio entre la ciudad y el campo, es decir, todo lo contrario de lo que constituía el objetivo primordial de la NEP.

La situación del comercio y de la distribución no era menos inquietante que la de la industria. Era inquietante desde dos puntos de vista. En primer lugar, la NEP sacó a la superficie a la masa de comerciantes particulares que fueron viviendo a salto de mata con actividades ilegales en la penumbra del comunismo de guerra, y por otra parte, alentó la aparición de muchos más, de manera que la mayor parte del comercio al por menor estaba en manos de mercaderes particulares, de hombres de la NEP grandes y pequeños, cuya energía e ingenio, en condiciones de libre competencia, marginaron de un gran sector de este campo de actividades a las instituciones comerciales del Estado y a las cooperativas. Las cifras recogidas a principios de 1924 revelan que el 83,4 % del comercio al detalle se hallaba en manos de particulares, dejando un 10 % para las cooperativas y sólo el 6,6 % para los organismos e instituciones estatales [26]. Los propios *trusts* soviéticos utilizaban con frecuencia a los hombres de la NEP como agentes en sus transacciones, y se sabía

de 1923); Rikov, en un discurso que pronunció el 29 de diciembre de 1923, confirmó que tanto esos talleres como los de Briansk se mantuvieron abiertos «por razones políticas» (*Pravda,* 3 de enero de 1924).

[25] Y. S. Rozenfeld, *Promishlennaya Politika SSSR* (1926), pp. 223-225.

[26] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), p. 404. Por otra parte, el gobierno dominaba en el comercio al por mayor; Zinóviev dijo que del volumen total de comercio, el 36 % estaba en manos del gobierno, quedando el 64 % para el capital privado (*ibid.,* p. 93).

que ofrecían mayores descuentos a comerciantes particulares que a las instituciones del Estado; algunas veces se acusó al Gosbank de dar prioridad a los comerciantes particulares al asignar sus créditos [27]. Incluso se escuchó la queja de que los *trusts* y otros organismos económicos soviéticos protegían a sus agentes de la NEP contra los recaudadores de impuestos del Narkomfin negándose, so pretexto del «secreto comercial», a divulgar las cantidades que les entregaban [28]. Aunque anómalos a primera vista, tales fenómenos eran de esperar. Una vez que el *jozraschet* y la competencia sin trabas fueron la orden del día, los comerciantes con experiencia y conocimiento del oficio tenían de su parte todas las ventajas frente a los organismos comerciales del Estado recién establecidos y de inspiración burocrática, e incluso frente a las cooperativas, en especial desde que la eficacia e independencia de estas últimas se fueron perdiendo en su larga lucha contra las autoridades oficiales. Se reconocía que los precios de los artículos en el mercado particular eran generalmente inferiores a los de las tiendas del Estado; y Lezhava, presidente de la comisión de comercio interior (Komvnutorg), aplicaba al comerciante particular un proverbio ruso muy conocido: «Poco importa que sea un tipo despreciable, si trae la mercancía.» [29]

El segundo motivo de inquietud era el alto costo, y la poca eficacia, de la máquina distribuidora en general, fuera pública o particular. Los fallos en la distribución tenían el mismo origen que la poca productividad de la industria: era una tarea muy cuesta arriba superar la destrucción y la desintegración que dejaron tras sí, sucesivamente, la guerra, la revolución y la guerra civil. Los índices de precios al por mayor y al por menor establecidos con base a los precios correspondientes vigentes en 1913 mostraban que el margen entre los precios al por mayor y al detalle se había ampliado desde entonces en un 20 % y se seguía ampliando a todo lo largo de 1923 [30]. Mientras el Narkomfin seguía criticando a los *trusts* y

[27] Z. V. Atlas, *Ocherki po Istori Denezhnogo Obrashcheniya v SSSR (1917-1923)*, (1940), p. 185.

[28] *Vtoroi Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), p. 158.

[29] *Trud*, 5 de octubre de 1923; *Ekonomichescaya Zhizn*, 15 de octubre de 1923. Con respecto a la Komvnutorg, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 357-358.

[30] Véase la tabla en L. N. Yurovski, *Na Putiaj k Denezhnoi Reforme* (segunda edición, 1924), p. 75; un cálculo diferente (*ibid.*, p. 85) revela un margen más grande todavía. La traducción inglesa de esta obra bajo el título de *Currency Problems and Policy of the Soviet Union* (1924), está algo resumida pero contiene un capítulo suplementario.

sindicatos por los elevados precios de los productos industriales, el intermediario era el chivo expiatorio. La prensa de 1923 estaba llena de quejas, bien fundadas al parecer, por el número de manos que intervenían en los artículos que pasaban de la fábrica al consumidor y por los beneficios y comisiones que se ganaban con cada intervención. Puesto que el renacimiento del comercio era uno de los objetivos esenciales de la NEP, no parece raro que la primera seria crisis de la nueva política económica se presentara como una crisis de precios.

La crítica de la política económica entonces en vigor, aunque en gran parte todavía sin concretar y sin formular, comenzó a oírse, cada vez con mayor insistencia, en el invierno de 1922-1923 y se centró en particular en la necesidad de acudir en ayuda del sector de la industria pesada. El órgano del STO (Consejo de Trabajo y Defensa), *Ekonomicheskaya Zhizn*, dedicó un artículo de fondo el 25 de enero de 1923 para exigir que se realizaran economías en el presupuesto (aunque, discretamente, no señaló en cuál de sus capítulos) a fin de arbitrar fondos con que ayudar a la industria pesada. Un portavoz de la industria protestó en *Trud* del 10 de marzo de 1923 contra la posibilidad de nuevas intervenciones del Estado a favor del campesinado en perjuicio de la industria: la industria «precisa del Estado, no que la desampare, sino que la proteja más». Pero tales argumentos, una vez que dejaban el terreno de las generalizaciones, llevaban a conclusiones incompatibles con la línea oficial del partido, puesto que sólo podrían satisfacerse aumentando el déficit presupuestario, con el consiguiente incremento en la cantidad de papel moneda, o imponiendo impuestos más duros a los campesinos. El año 1923 marcó una época de peleas constantes y ásperas entre el Narkomfin, firme defensor de las reformas financieras y de un presupuesto equilibrado, y por lo tanto dispuesto a toda costa a cortar los subsidios estatales para la industria, y los que creían que el restablecimiento de la industria pesada, por un proceso simultáneo de concentración y expansión que requería amplios desembolsos en sus dos vertientes, era, a la larga, el único camino hacia la recuperación económica y hacia el socialismo. Desde el momento en que el restablecimiento de la industria pesada dependía necesariamente del desarrollo de la planificación, los partidarios de la industria pesada encontraban sus mejores abogados en el Gosplan, organismo en el que también se centraban desde hacía tiempo las esperanzas de Trotski[31]. A las peticiones de mayores economías por parte del Narkomfin, los portavoces del Gosplan replicaban que sólo eran

[31] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 392-396.

estimables aquellas economías que no aparejaban «el estancamiento de nuestra economía, ni traían serias dificultades a su restablecimiento por un mayor deterioro del transporte y de la industria pesada», y que la política constructiva de apoyo a la industria estaba siendo sacrificada a consideraciones de tipo fiscal [32]. Por otra parte, la campaña en pro de mayores exportaciones de grano, que contaba con el decidido apoyo del Narkomfin en su doble propósito de ayudar a los campesinos y de aumentar las reservas de oro y de divisas extranjeras, encontró la oposición del Gosplan, apoyado por la mayoría del presidium, la cual defendía con firmeza la política de la comida barata y del desarrollo planificado de la industria. Strumilin expuso de manera convincente sus argumentos contra las exportaciones de trigo: existía el peligro de que Rusia volviera a ser «una colonia agrícola del occidente burgués», con la consecuencia de que la industria rusa quedara destruida y Rusia dependiera otra vez del mundo capitalista. Se puso de manifiesto que sólo los campesinos acomodados con trigo para vender —no más del 15 al 20 % del conjunto— ganarían con la elevación de precios; la gran masa del campesinado o producía apenas lo suficiente para mantenerse o tenía que comprar grano. En cualquier caso, era una «verdad elemental» que el saludable desarrollo de la agricultura dependía de la expansión industrial [33]. Pero estos argumentos teóricamente fuertes se basaban en consideraciones a largo plazo que impresionaban poco a los jefes políticos, acosados por la necesidad urgente de procurar a los campesinos los incentivos necesarios para que mantuvieran con su producción a las poblaciones urbanas, y para impedir que el nivel de los precios descendiera en perjuicio de ellos. Dar facilidades para exportar grano parecía, bajo las condiciones de la NEP, el medio más efectivo y conveniente para lograr estos objetivos vitales.

En los primeros meses de 1923, la crítica responsable del partido contra la política económica se divide en dos grupos. Forman en el primero quienes se preocupan de los perjuicios que causa la NEP a la industria pesada y tratan, antes que nada, de mitigar esos perjuicios con la ayuda de subsidios estatales y, si fuera preciso, cercenando los beneficios que la NEP ha concedido a los campesinos o aumentando las cargas contra ellos. Preobrazhenski, siempre pronto

[32] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 24 de abril de 1923 (artículo de V. Smirnov), 19 de mayo de 1923.

[33] S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* (1924), pp. 215-217; el artículo que planteaba estos argumentos se publicó primeramente en abril de 1923.

a exponer los defectos y las irregularidades de la NEP [34] (ya en diciembre de 1921 había criticado a Lenin por tachar de error al comunismo de guerra, alegando que esta terminología equivocada podía conducir más tarde a errores en cuanto a los objetivos de la revolución) [35], era el teórico más sobresaliente del grupo, y Piatakov, vicepresidente del Vesenja, su representante más capaz en la administración económica. Trotski opinaba como este grupo, pero no del todo. Había aprobado sin reservas a la NEP y, realmente, fue el primero que propuso su implantación en el país [36]. Pero insistía en que el objetivo de la NEP era «la utilización por parte del Estado proletario de los métodos, procedimientos e instituciones de la sociedad capitalista con el fin de edificar, o de poner las bases para edificar, una economía de tipo socialista» [37] y estaba predispuesto a recibir con agrado cualquier medida que significara el fin de la «retirada». Esta actitud iba unida a su insistencia a favor de la planificación, premisa necesaria para el resurgimiento de la industria pesada y, por consiguiente, para un nuevo paso de avance hacia el socialismo [38]. No fue casualidad que Trotski se convirtiera en el invierno de 1922-1923 en el portavoz de la industria en el Politburó, donde más de una vez pidió que se realizara una política de créditos más generosa [39]. De esta manera, quienes comenzaron en 1923 a acusar a Trotski de «subestimar» al campesinado, disponían de un amplio material, aunque la acusación no estuviera justificada en la forma en que se hizo, y más tarde asumiera dimensiones totalmente desproporcionadas con respecto al grado de verdad que hubiera en ella. Un segundo grupo, del cual era Krasin el representante más importante del partido, y que probablemente disfrutaba de un apoyo más amplio por parte de los funcionarios y gerentes de la indus-

[34] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, pp. 305-306, 393-394.

[35] *Vserossiiskaya Konferentsiya RKP (Bolshevikov),* n.º 2 (20 de diciembre de 1921), p. 22.

[36] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, p. 293.

[37] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov),* (1923), p. 282.

[38] Trotski dijo en el duodécimo congreso del partido: «Si no hubiéramos trabajado con un plan económico, comprobándolo y modificándolo en su proceso de realización, nuestro transporte y nuestra industria pesada se hubieran convertido en chatarra. Desde luego el mercado hubiera provocado la reaparición de la industria pesada en 10 o 20 años pero entonces sería una industria capitalista privada» (*ibid.,* p. 307).

[39] La nota de Trotski al Politburó a este respecto, del 13 de febrero de 1923, se encuentra en los archivos de Trotski; en esta época la insistencia de Trotski a favor de una planificación más coherente y a favor de que se concedieran mayores poderes al Gosplan lleva implícito el apoyo a la industria (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, pp. 394-396).

tria [40], consideraba impracticable o indeseable exprimir más a los campesinos y era partidario de recurrir a los créditos del extranjero. Este grupo no sólo aceptaba a la NEP por entero, sino que deseaba llevarla a lo que parecía ser su lógica consecuencia: una actitud más conciliadora hacia las potencias capitalistas. Lo débil de esta posición estaba en que las conferencias de Génova y de La Haya demostraron que los créditos extranjeros sólo podrían recibirse aceptando condiciones muy duras, y en que Lenin, al rechazar el acuerdo de Urquhart, contra los consejos de Krasin [41], parecía haber renunciado a esta política.

Así estaba planteada la situación cuando, en las semanas siguientes al severo colapso que sufriera Lenin el 9 de marzo de 1923, se preparó a toda prisa el duodécimo congreso del partido [42]. Durante las discusiones preliminares en el Politburó, Trotski se refirió a sus «diferencias sobre las cuestiones económicas» con la mayoría, pero encontró a los demás miembros poco dispuestos a discutirlas o incluso a admitir su existencia [43]. No era todavía el momento oportuno, ni se veía con claridad el contorno de los problemas; y mientras el propio Lenin no se recuperara lo suficiente para intervenir en las disputas del partido, nadie quería comenzarlas. De acuerdo con el precedente, en el Politburó se preparaban acuerdos provisionales sobre las cuestiones de mayor importancia para someterlos al congreso. Se acordó que el informe principal sobre la política del comité central en el año anterior lo redactara Zinóviev; que Trotski sometiera una resolución especial sobre la industria, y Kámenev otra relativa a los impuestos campesinos. Las cuestiones de economía básica las ventilaron en el congreso otros miembros del partido e incluso, en parte, los jefes. Pero el acuerdo previo a que llegó el Politburó, de

[40] Era comprometedor para Krasin en los círculos del partido que sus opiniones coincidieran tan estrechamente con las de un grupo de antiguos profesores y economistas burgueses que todavía enseñaban en las universidades soviéticas; en 1922 este grupo publicó varios números de un periódico titulado *Ekonomist*, que se toleraba como publicación de especialistas, en el que se hacía hincapié en la imposibilidad de restablecer la economía soviética sin la ayuda del exterior basada en la vuelta a los principios capitalistas. Parece que en aquel tiempo el partido consideraba las opiniones de Krasin útiles para la exportación, pero de ninguna manera las tomaba en serio.

[41] Véase *La Revolución balchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 442-444.

[42] Para estos preparativos, véanse más adelante pp. 273-274.

[43] L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 227-228; en L. Trotski, *Stalin* (1946), p. 366, se han convertido en «serias diferencias». Un año más tarde Rikov se refirió al tema diciendo que fue «una pequeña discusión que no salió de los límites del comité central» (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1924], p. 6). Con respecto a las relaciones entre los dirigentes del partido en vísperas del duodécimo congreso, véanse más adelante, pp. 271-272.

que no se tocaran cuestiones extremas y polémicas, limitó la amplitud de los debates.

A pesar de estas restricciones, la jefatura del partido no ahorró esfuerzos en su defensa de los campesinos y del «eslabón» forjado por la NEP entre los proletarios y el campesinado, y esto fue la nota predominante en el congreso. En vísperas del congreso, el órgano económico oficial proclamaba que las exportaciones de grano y la necesidad de aliviar la carga impositiva de los campesinos serían las cuestiones más importantes a debatir[44]. Como gesto simbólico, se cedieron asientos en el salón del congreso a 30 campesinos que no pertenecían al partido[45]. Zinóviev, como principal portavoz del partido, se erigió en campeón de los hombres del campo. Rechazó con calor el cargo de una «desviación campesina»: si la política del comité central del partido era desviacionista, el propio Lenin, progenitor de la NEP, era el autor de esa política. El campesino era la clave de todo y no se le debiera recargar de impuestos; convenía exportar grano para aumentar su precio, y considerar la cuestión de las nacionalidades desde la perspectiva de los campesinos de las regiones fronterizas; debiera reducirse el costo de la maquinaria administrativa, e incluso manejar de tal manera la propaganda antirreligiosa, que «no irritara a los campesinos»[46]. En un pasaje de su discurso Zinóviev pareció reconocer la vulnerabilidad de la NEP al hacer medio en broma una separación entre «la nueva política económica» y la palabra «NEP», que traía a la memoria la imagen de «los hombres de la NEP con todos sus rasgos desagradables».

[44] *Ekonomicheskaya Zhizn,* 16 de abril de 1923.

[45] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov),* (1923), p. 416.

[46] Dos resoluciones del congreso se referían a la importancia de no herir los sentimientos religiosos de los creyentes *(VKP(B) v Rezoliutsiyaj* [1941], i, 514, 521). En un artículo de *Pravda* del 8 de mayo de 1923 se trata de las profundas raíces religiosas de la población campesina y de la necesidad de proceder «con grandes precauciones y con gran habilidad» para extirparlas: «si no, sólo conseguiremos *crear nuevas leyendas*». Una circular del consejo central de sindicatos pedía a éstos «conducirse con tacto y con absoluta tolerancia respecto a las convicciones religiosas de sus miembros y no expulsarlos de los sindicatos hiriendo sus sentimientos religiosos con ataques desconsiderados y sin base» *(Trud,* 9 de junio de 1923). El cambio de política en la propaganda antirreligiosa podría relacionarse con un incidente que ocurrió a fines de 1922 y que menciona Trotski; según su libro *Moya Zhizn* (Berlín 1930), ii, Stalin designó a Yaroslavski, segundo de Trotski en el departamento de propaganda antirreligiosa, como un paso más para arrebatarle a este último el control del departamento, y Lenin, tras su regreso al trabajo, manifestó su descontento por ese nombramiento.

Pero el busilis del discurso estaba en su prudente veredicto a favor del *status quo:*

Lo único importante, camaradas, es que sigamos evaluando a la NEP correctamente, que reconozcamos que se trata de un eslabón con el campesino, no con el hombre NEP, y que comprendamos que debemos resistir a todos aquellos que ven en esto una denominada 'desviación campesina'[47].

La primera resolución reconocía que «la agricultura será por mucho tiempo la base de la economía del país de los soviets», y abogaba a favor de las exportaciones de grano para aumentar su precio y para que así «los campesinos sientan el acicate de poner más amplias zonas bajo cultivo». Se subrayó una vez más la importancia del «eslabón, del nexo entre la clase trabajadora y el campesinado». La industria debía poner su propia casa en orden: «el peso específico de la industria estatal en el conjunto económico del país puede desarrollarse tan sólo poco a poco y a base de que la industria se organice para aumentar su rentabilidad, etc.»[48].

En sesiones posteriores Kámenev reforzó esta misma doctrina mediante la introducción de una resolución separada que se refería a las cargas impositivas del campesinado. En un discurso repleto de citas de Lenin, explicó que la cuestión de «las relaciones mutuas entre el proletariado y el campesinado del país de los soviets» era «la cuestión fundamental de la dictadura del proletariado en la etapa actual». El decreto sobre las tierras del 26 de octubre/8 de noviembre de 1917, constituyó el primer «tratado» entre ellos; la introducción del pago de las contribuciones en especie bajo la NEP era el segundo. Para apoyar la propuesta de aliviar la carga de los campesinos, se citaron el último artículo de Lenin y un informe de Frunze desde la provincia de Ivanovo-Vosnesensk sobre «el serio descontento de los campesinos con la política del poder soviético». Las propuestas concretas eran: convertir los impuestos en especie en términos monetarios, unificarlos, y elevar los precios del grano estimulando la exportación del mismo. Kámenev describió este plan como «la última batalla entre el capitalismo y el comunismo» que se había de librar no en los campos de combate de la guerra civil, sino «en la esfera de la economía campesina»[49]. Sokólnikov, en un discurso más breve y detallado, dio algunas cifras. Por impuestos a los campesinos en el año en curso, se calculaban unos ingresos de 390 millones de

[47] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), pp. 23-26, 32-39.
[48] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 472-473.
[49] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), pp. 388-412.

rublos oro; para el año siguiente, 1923-1924, se esperaba aumentar el total hasta 400 millones; pero como el porcentaje de aumento en la producción de las zonas bajo cultivo llegaría a un 16 o un 18, esto significaría que se reducirían de manera sustancial las cargas de cada campesino [50]. En la resolución se recogía el propósito de aliviar el agobio de los impuestos que pesaban sobre los campesinos ofreciéndoles la alternativa de pagar en efectivo o en especie, unificando todas las contribuciones existentes en una «sola contribución agrícola» y teniendo en cuenta todas las condiciones de tipo local y personal al fijar el amillaramiento. En particular se instó a los funcionarios a que explicaran con paciencia y de buenas maneras a los campesinos la necesidad y los motivos del impuesto [51].

Entre estas impresionantes declaraciones de Zinóviev y Kámenev a favor del campesinado, que fueron emitidas respectivamente al comienzo y casi al final de las sesiones, se produjeron las quejas de los críticos que hablaron en el debate promovido en torno al informe de Zinóviev y al informe de Trotski sobre la industria. Larin, en un discurso lleno de recriminaciones personales que puso al congreso en su contra, solicitó que se aumentaran los impuestos agrarios en un 20 % para asegurar de esa manera la distribución correcta de los recursos entre la agricultura y la industria: todo esto representaba la causa de la industria en su forma más extrema y desnuda. Krasin defendió la causa de la industria desde un punto de vista diferente. En un artículo aparecido poco antes en *Pravda*, que llamó la atención y produjo el resentimiento de muchos, Krasin había protestado contra la excesiva interferencia del Estado en la industria y exigía «un máximo de producción con un mínimo de control» [52]. En su discurso en el congreso, Krasin se mostró escéptico tanto con respecto a la posibilidad de ayudar a los campesinos, como de desarrollar la industria únicamente con los recursos nacionales, defendiendo en cambio la conveniencia de recurrir a préstamos y concesiones del extranjero: su argumentación fallaba en el hecho de que, mientras nadie discutía las ventajas de este expediente, pocos lo creían practicable por las condiciones que traería aparejado y que el régimen

[50] *Ibid.*, p. 420.

[51] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 488-491.

[52] *Pravda*, 24 de marzo de 1923; Martínov, nuevo converso del menchevismo, contestó (*ibid.*, 4 de abril de 1923) que esta defensa se había escuchado «en los últimos años» de labios de «gerentes de todas las tendencias y colores» y que el error básico de Krasin era el de reemplazar la acción política por la dirección económica antes de que se hubieran erradicado las contradicciones de clase. En un nuevo artículo, Krasin preguntó con sarcasmo si el «eslabón» con el campesinado se lograría mediante «la prolongada ruina de nuestra industria pesada» (*ibid.*, 15 de abril de 1923).

con toda seguridad no aceptaría [53]. Preobrazhenski, cuyas opiniones sobre el peso relativo de la industria y la agricultura en la política bolchevique se situaban en el polo opuesto a las defendidas por Zinóviev, se limitó a deplorar que no se tomara ningún acuerdo de principio sobre el futuro de la NEP e inmediatamente dirigió sus tiros contra la política de Krasin de rendirse al capitalismo extranjero, tachándola de gravemente peligrosa [54]. Antes de que Trotski se pusiera en pie para rendir su informe sobre la industria, ya se había apagado casi por completo la oposición a la política económica trazada por el Politburó y anunciada por Zinóviev.

Trotski comenzó diciendo que su informe no trataba de recoger los progresos de la industria durante el pasado año, sino más bien de «señalar directrices». Sin embargo, resultó ser más analítico que otra cosa. Era indudable que Trotski se sentía un tanto cohibido por su renuencia a adoptar una actitud desafiante contra la mayoría del Politburó y por su aceptación del compromiso, aunque era más acuerdo que compromiso, de no airear en público sus diferencias. De su análisis se deducían conclusiones diametralmente opuestas a las de Zinóviev; pero estas conclusiones no las expuso con claridad, al menos no en forma de oposición evidente. Con todo, el discurso era un análisis a fondo de lo que Trotski pensaba por aquel entonces. Los fines esenciales de la NEP, tal como los definió, eran dos: desarrollar las fuerzas productivas del país y organizar estas fuerzas de manera que llevaran al Estado por el camino del socialismo [55]. El cambio de productos entre la agricultura y la industria, cuya promoción era tarea de la NEP, se reducía, en el sector industrial, a la producción de artículos de consumo. La NEP promovió un rápido aumento de la producción en las industrias rurales y en las fabriles (en particular en la industria textil) dedicadas a los artículos de consumo doméstico. Mientras tanto, las industrias media y pesada apenas si registraban algún pequeño avance, y tampoco se alentaba al capital privado a que invirtiera en ellas. Correspondía al siguiente periodo la tarea de vivificar a la industria pesada, de la misma manera que lo hizo la NEP con la ligera, y de «encauzar al molino del socialismo la mayor parte posible de lo que provisionalmente llamamos la plusvalía creada por toda la población trabajadora de nuestra Unión» [56].

[53] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), pp. 101-104, 116-119; Krasin se ratificó en su defensa en un segundo discurso (*ibid.*, pp. 351-355). En una entrevista en *Trud* del 17 de abril de 1923, se mostró partidario convencido de las exportaciones de grano.
[54] *Ibid.*, p. 130.
[55] *Ibid.*, pp. 282-283.
[56] *Ibid.*, pp. 285-291.

Al llegar a este punto crítico, Trotski dejó así el asunto para tocar un extremo que hizo famoso a su discurso cuando, en el momento oportuno, se echó al olvido todo lo demás que dijo. Trotski exhibió un diagrama que mostraba las relaciones de precios entre los productos agrícolas y los industriales desde el verano anterior. Las dos líneas convergían y se cruzaban en septiembre de 1922 (este era el punto de paridad calculado con arreglo a los precios de 1913) y desde ese punto divergían gradualmente tanto, que daban al diagrama el aspecto de unas tijeras abiertas[57]. Las tijeras representaban el rápido movimiento de los precios desde el otoño de 1922 a favor de la industria, neutralizando y cancelando el movimiento de precios a favor de la agricultura, que se había producido tras la introducción de la NEP[58]. Con arreglo al diagrama de Trotski, los precios industriales en marzo de 1923 se encontraban por encima del 140 % del nivel de 1913, mientras los precios agrícolas descendieron más de un 80 %[59]. Y esta disparidad continuaba aumentando con gran rapidez. La inflación monetaria, todavía en progreso, ocultó por algún tiempo la naturaleza de la crisis, ya que el enorme aumento de los precios en términos de rublos circulantes saltaba más a la vista que la divergencia, más pequeña, pero más significativa, de la tasa de aumento en los precios de diferentes artículos. El discurso y el diagrama de Trotski revelaron a muchos delegados, por primera vez, cuál era la naturaleza de la crisis. Con esa demostración, Trotski pudo tomar, como partida de sus conclusiones prácticas, el punto preciso de la situación económica, en el que los más ardientes defensores de los campesinos eran más sensibles a la necesidad de la intervención del Estado. La elevación de los precios industriales golpeaba en la raíz misma de la política económica vigente, al amenazar con despojar al campesino de los ingresos adecuados que la NEP trataba de que consiguieran por sus productos, y al demostrar lo falso del supuesto de que, dando rienda suelta al funcionamiento del mercado, se pisaba sobre seguro. Estas deducciones de carácter tan radical no se iban a hacer todavía, ni siquiera por

[57] El diagrama, basado en cifras obtenidas por Trotski en la Komvnutorg, está reproducido en *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), p. 393. Un diagrama parecido en M. H. Dobb, *Russian Economic Development since the Revolution* (segunda edición, 1929), página 222, se basa en los cálculos de Strumilin, el economista del Gosplan, introduce algunos refinamientos (e incidentalmente coloca el punto de intersección en agosto en lugar de septiembre de 1922), y de esta manera desfigura el sencillo perfil de las «tijeras»; pero la conclusión básica es la misma.

[58] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 324-329.

[59] Las cifras de Strumilin, más cuidadosamente pensadas, revelan una mayor discrepancia, dando porcentajes de 160 y 60, respectivamente, para febrero de 1923 (S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* [1925], p. 212).

el propio Trotski. Pero no es inadecuado aplicar el término «crisis de las tijeras» al conjunto de la crisis económica de 1923, aunque las fluctuaciones violentas de precios fueran sólo una parte de sus síntomas.

Ahora, Trotski llegó a las conclusiones que fueron aprobadas de antemano en el Politburó y que estaban incorporadas en el borrador de la resolución. La primera, virtulamente sin opositores, era promover las exportaciones de grano. La segunda, que en principio aceptaba todo el mundo, aunque su manera de aplicarla fuera difícil y controvertida, era aumentar la eficacia de la industria realizando las operaciones de concentración necesarias y reduciendo los gastos generales de explotación, proceso que implicaba el desarrollo de una contabilidad más estricta y precisa. El problema del desempleo se consideró de importancia secundaria. Trotski admitió que «la necesidad de despedir de sus puestos de trabajo a hombres y mujeres» era «un trago muy amargo», pero que era peor el «desempleo oculto» en los métodos ineficaces de producción. La cuestión de los salarios no presentaba «dificultades de principio» y se tocó en un solo párrafo, al hacer referencia a una comisión establecida recientemente bajo la presidencia de Rikov y que había eliminado incipientes «malos entendidos entre los industriales y los sindicalistas» [60]. En este campo, la única recomendación específica fue la de igualar los jornales percibidos en las industrias pesada y ligera, de manera que la mayor prosperidad de esta última beneficiara a la clase trabajadora en su conjunto. Más delicada era la cuestión, agudamente controvertida, del financiamiento de la industria. El Vesenja estableció el programa para la industria bajo la autoridad del STO. El «motor financiero» debiera hallarse, por lo tanto, en las manos del Vesenja, y los créditos debiera concederlos el Prombank, que era, en realidad, una rama especial del Banco del Estado. Esto garantizaría que los créditos se entregaran a las empresas, no por su capacidad de conseguir beneficios inmediatos, sino con arreglo a sus perspectivas a lo largo de cierto número de años [61].

[60] Véanse más adelante, pp. 82-84.

[61] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), pp. 294-304. En cuanto al Prombank, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 370. Su primer director, Krasnoshekov, fue detenido por irregularidades financieras en septiembre de 1923; un relato de sus infracciones apareció en *Pravda* del 12 de febrero de 1924. Algo antes de ser detenido, Krasnoshekov propuso que se privara al Gosbank de sus funciones crediticias y que el financiamiento de la industria se confiara exclusivamente al Prombank (*Ekonomicheskaya Zhizn*, 7 de septiembre de 1923). Su primer informe, publicado en el verano de 1923, mostraba que entre noviembre de 1922 y mayo de 1923 su principal preocupación fue la de conservar intacto su capital, que cobraba intereses exorbitantes por los préstamos, y que estos préstamos se habían hecho casi exclusivamente a la industria ligera (*ibid.*, 23 de agosto de

Finalmente, Trotski hizo una larga exposición de los principios de la planificación, la cual era para él, sin duda, lo más importante de sus conclusiones, aunque no cabe duda de que para muchos se trataba de un epílogo teórico y perteneciente al reino de la fantasía. Intentó demostrar cómo una economía planificada es secuela inevitable de las necesidades y de las enseñanzas de la práctica. Las bases de la planificación estaban ya marcadas por tres factores que escapaban a las leyes del mercado: el Ejército Rojo («el ejército es una economía planificada»), los transportes y la industria pesada («la cual, entre nosotros, trabaja para el transporte, para el ejército o para otras ramas de la industria estatal»). En este campo la planificación se limitaba a utilizar la necesaria previsión y a coordinar los requerimientos precisos. Recordó que el noveno congreso del partido, celebrado en los lejanos días del comunismo de guerra, adoptó la idea de «un solo plan económico» [62] y describió las tres etapas principales en el desarrollo de la planificación: primero, «medios de producción para producir medios de producción», luego «medios de producción para producir objetos de consumo» y por fin «objetos de consumo». Con la planificación acabaría por desaparecer la NEP:

> Nuestra nueva política económica se estableció con firmeza y por un largo periodo, pero no para siempre. Adoptamos la «nueva» política para, sobre sus propias bases y en buena parte utilizando sus propios métodos, tratar de superarla... A la larga ampliaremos este principio de planificación al conjunto del mercado y, al hacerlo, lo eliminaremos. En otras palabras, nuestros éxitos con la nueva política económica nos van acercando, automáticamente, a su liquidación y a reemplazarla por una política económica, más nueva todavía, que será ya una política socialista.

Pero, ¿cómo avanzar hacia la planificación? De un informe al congreso sobre la industria estatal en la región de Moscú, Trotski citó lo siguiente: «La clase trabajadora, al estar en el poder, tiene la posibilidad, cuando los intereses de clase así lo requieran, de conceder un crédito a la industria a expensas del salario del trabajador.» «En otras palabras», parafraseó Trotski, «pueden presentarse ocasiones en que el Estado no pague el salario entero o pague sólo la mitad, y vosotros, los trabajadores concedáis un crédito a

1923 [suplemento]). Con motivo de una conferencia de administradores y representantes locales del Prombank, celebrada en Moscú en junio de 1923, se sacó a debate el proyecto de hacer del Prombank una entidad para el financiamiento de la industria pesada (*ibid.*, 22 de junio de 1923); pero este proyecto no tenía muchas posibilidades de salir adelante, puesto que el Prombank dependía por entero del Gosbank, el cual, a su vez, estaba estrechamente ligado con el Narkomfin.

[62] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 385.

vuestro Estado a costa de vuestros jornales.» A menos que el trabajador estuviera dispuesto a ganar una plusvalía en beneficio del Estado obrero, no habría manera de progresar hacia el socialismo. Desligándose de esta forma de los ataques contra la dirección del partido, Trotski terminó con una mención de las estrecheces inevitables en un periodo de «acumulación socialista primitiva»[63].

El discurso fue exhaustivo y el debate subsiguiente resultó un tanto errático. Ninguno de los otros jefes del partido intervino en él. Ninguno de los delegados que tomaron la palabra quiso echar leña al fuego, a no ser un tal Chubar, trabajador y viejo bolchevique, que observó con acritud que mientras los obreros y campesinos debían «dar un crédito a su Estado» sacrificando parte de sus remuneraciones, muchos de los especialistas empleados en la NEP sólo deseaban «echar mano de algo que les ayudara a erigirse en propietarios». Hubo también otro viejo bolchevique, Liadov, que defendió sin reservas la causa de la industria pesada y abogaba por que se la «librara» del «poder de la NEP»[64]. El congresó adoptó por unanimidad una resolución, tras unas correcciones de menor cuantía realizadas por el comité de proyectos. La resolución comenzaba aseverando que «sólo el desarrollo de la industria puede crear las bases indestructibles de la dictadura del proletariado», pero inmediatamente añadía el distingo protector:

> La agricultura, a pesar del hecho de su bajo nivel técnico, es de capital importancia para todo el conjunto de la economía de la Rusia soviética[65].

La prolongación de este estado de cosas dependía en gran medida del curso de los acontecimientos en el exterior de Rusia, es decir, antes que nada, «del curso de las revoluciones en el Este y en el Oeste». Pero en cuanto a las medidas a tomar dentro del país, de las que se dijo con cautela que serían «de carácter gradual», la resolución apenas si abandonaba el terreno seguro de los

[63] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1923], pp. 306-322; el pasaje sobre la planificación ya ha sido citado en *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 397.

[64] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1923], pp. 343, 359.

[65] Se aprobó esta cláusula cuando la resolución, en borrador, aprobada por el Politburó, fue sometida al comité central del partido en vísperas del congreso; Trotski se opuso a ella alegando que era improcedente en una resolución sobre la industria, pero en la votación salió derrotado (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1924], páginas 6-7). Según L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 229, la propuesta vino de Kámenev y fue el primer movimiento en la campaña para desacreditar a Trotski con base en su pretendido menosprecio hacia los campesinos.

principios generales. Por una parte, la recuperación de la industria estatal dependía del desarrollo agrícola, puesto que «el capital de explotación necesario sólo puede salir de la agricultura en forma de excedentes». Por otra parte «la creación de plusvalía en la industria del Estado es asunto de vida o muerte para el poder soviético, es decir, para el proletariado»; y el desarrollo de la industria es «una premisa para el desarrollo de nuestra agricultura en una dirección no capitalista, sino socialista». Un párrafo significativo aludía al problema básico de la NEP sin indicar ninguna solución:

Las relaciones mutuas entre la industria ligera y la pesada no pueden solucionarse con arreglo a los métodos del mercado, ya que esto amenazaría con la ruina de la industria pesada en los próximos años venideros, con la perspectiva de que se recuperaría, no por los procesos espontáneos del mercado, sino con base en la propiedad privada.

Las conclusiones del discurso de Trotski sobre las exportaciones de grano, la racionalización y financiación de la industria y los principios de la planificación quedaron registradas, como es lógico, pero a veces en términos algo más confusos que los utilizados por el orador. Los que abogaban por la panacea de créditos para la industria no recibieron mucha atención. «Las quejas por la *insuficiencia de capital de explotación*» demostraban que el Estado albergaba bajo sus alas más empresas industriales de las que se podían mantener sin pérdidas en la situación entonces vigente en la economía; la única solución radicaba en «*concentrar a rajatabla la producción* en las empresas con mejor equipo técnico y con mejor situación geográfica». El principio de la gerencia de un solo hombre [66] fue aprobado sin reservas. Se hizo hincapié en los fallos del mecanismo del comercio y de la distribución y en la necesidad de aumentar su eficacia y reducir sus costos. Pero no hubo recomendaciones de carácter radical, sino sólo de que los departamentos respectivos realizaran los estudios pertinentes. La resolución en su conjunto era más una declaración de principios que expresión de decisiones políticas [67].

El duodécimo congreso del partido representaba una victoria casi total de los partidarios del *status quo* económico. Trotski había analizado las dificultades de la industria pesada, pero se cuidó de no proponer soluciones radicales que hubieran constituido un desafío directo a la mayoría del Politburó. Impresionó a los delegados con el problema de «las tijeras», pero no trató de exponerlo como una grave crisis o como síntoma de una enfermedad profundamente arraiga-

[66] Para esta parte de la resolución, véase más adelante, p. 57.
[67] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 476-488.

da. Las nubes que se cernían en el horizonte no eran todavía lo bastante grandes ni lo bastante amenazadoras como para alterar la complacencia de los líderes. Nadie propuso en el congreso que se tomaran medidas urgentes. Una vez terminado, la maquinaria gubernamental se ocupó de llevar a la práctica sus principales recomendaciones concretas. La organización de las exportaciones de productos del campo se confió a una compañía de responsabilidad limitada establecida para este fin con el nombre de Exportjleb y que trabajaba bajo el control del Vneshtorg[68]; y 44 millones de *puds* de grano se exportaron en el año que terminaba el 30 de septiembre de 1923, de los cuales 28 millones fueron a Alemania[69]. Por decreto del 20 de mayo de 1923 se instituía «una sola tasa agrícola» en sustitución, no sólo de las tasas impuestas por la NEP, sino también de la «tasa de los ciudadanos corrientes» introducida en febrero de 1922[70] y que era una supervivencia del servicio de trabajo obligatorio, y de todas las tasas locales que no fueran impuestas por los pueblos y distritos rurales. La tasa se computaría, como antes, en unidades de centeno, pero los pagos podrían hacerse en especie o en efectivo[71]. En cuanto a la industria, no se solicitó ninguna legislación específica que ejecutara las vagas directrices del congreso; y nada parece que hubiera sido hecho[72]. Se aprovechó la reorganización de los comisariados, al crearse la URSS en el verano de 1923, para llevar de nuevo a Rikov a la presidencia del Vesenja, en lugar del débil e ineficaz Bogdánov[73]; pero Piatakov, hábil administrador

[68] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.º 37, art. 394; la Exportjleb adquirió cuatro meses más tarde el monopolio tanto del grano como de los productos lácteos *(ibid.,* n.º 95, art. 954).

[69] *Ekonomicheskaya Zhizn,* 1-2 de octubre de 1923; el promedio de las exportaciones anuales de grano entre 1900 y 1914 ascendía a más de 500 millones de libras. El 7 de julio de 1923, el Sovnarkom ratificó un acuerdo suscrito por el delegado comercial soviético de Berlín con un grupo financiero alemán para la venta de grano *(Sbornik Dekretov, Postanovleni, Rasporiazheni i Prikazov po Narodnomu Joziaistvu,* n.º 7 [10], julio de 1923, p. 49); otros compradores de grano fueron Finlandia, Escandinavia y Gran Bretaña *(Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], páginas 20-21).

[70] Para este impuesto, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, página 368.

[71] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.º 42, art. 451; posteriormente, en este mismo año, la proporción del impuesto que había de ser pagado en especie se limitó al 50 % o menos, según la provincia *(ibid.,* n.º 90, arts. 886-887).

[72] Trotski se quejó nueve meses más tarde de que «en el duodécimo congreso sólo se discutieron superficialmente las cuestiones de la dirección planificada de la economía» y de que «los recursos y los remedios indicados en la resolución del duodécimo congreso apenas se han aplicado hasta hace muy poco» (L. Trotski, *Novi Kurs* [1924], p. 4).

[73] Trotski atacó fuertemente a Bogdánov en el congreso por su «fatalis-

y siempre dispuesto a salir en defensa de la industria pesada, continuó siendo en esa institución la personalidad dominante.

En los primeros meses de 1923, la economía soviética bajo la influencia de la NEP había comenzado a exhibir muchos de los rasgos familiares de la empresa capitalista. Cada uno de sus elementos procuraba moverse con independencia en la consecución de sus objetivos, asumiendo que, de esta manera, se conseguiría un máximo de prosperidad para el conjunto de la economía; y las autoridades financieras ejercían el principal control unificador mediante una política dineraria y crediticia. No fue casualidad que, únicamente en el terreno de las finanzas, se desarrollara por aquel entonces una política activa y con visión de futuro. El aspecto financiero de la NEP, que era muy distinto de como se proyectó originalmente, había llegado a constituir, para 1923, el más constructivo y el menos controvertido. Una vez que el sueño de la paulatina invalidación del dinero se marchitó con el advenimiento de la NEP, nadie puso en duda que las funciones privativas del dinero no podían desarrollarse con una moneda depreciada y casi sin valor. De aquí que se precisara alguna acción positiva. Tras una corta lucha entre el «rublo mercancía» y el «rublo oro», durante la cual algunos partidarios del primero abogaban por la estabilización de la moneda sobre la base de un índice de precios y no del oro[74], se tomó la decisión de basar la moneda en el oro, con arreglo a las resoluciones de la conferencia del partido de diciembre de 1921 y del undécimo congreso del partido en marzo de 1922[75]. La creación en noviembre de 1922 del chervonets, con su equivalencia de diez rublos oro, y con respaldo en el oro y en las divisas extranjeras, se aceptó como un paso vital de progreso, y la importancia de la reforma financiera para establecer una moneda estable se convirtió en punto intocable de la doctrina del partido. El nuevo talante se puso bien de manifiesto en una extensa circular emitida por el STO y dirigida a las autoridades económicas provinciales en vísperas del duodécimo congreso. Cuando Lenin se explayó sobre la importancia de retener bajo la NEP el

mo» y su inclinación a «una filosofía de tipo budista» (*Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1923], pp. 370-372).

[74] El principal defensor de este proyecto era Strumilin, el economista más destacado del Gosplan, que afirmaba que la moneda austriaca de antes de la guerra se sostuvo sobre esta base (S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* [1925], pp. 103-110). Tales proyectos eran también defendidos por algunos economistas occidentales, en particular por el americano Irving Fisher, a quien se le citaba con frecuencia en la literatura soviética de la época.

[75] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 366-367.

control de las «alturas dominantes», la referencia iba enderezada a las industrias nacionalizadas, cogollo de la futura economía socialista y fortaleza tras la cual podrían resistirse con éxito los asaltos del capitalismo. La circular del STO utilizó esa misma expresión familiar dándole una interpretación más amplia:

El comercio y las instituciones y agencias financieras adquieren (bajo la NEP) una importancia práctica de primera categoría (cooperativas, tiendas estatales, el Banco del Estado, etc.). Si nosotros no ocupamos en todo esto las alturas dominantes, no nos será posible conservar en nuestras manos el timón de la economía [76].

El papel esencial que Lenin había asignado bajo la NEP a «las alturas dominantes» de la industria pesada, se prolongó a las «alturas dominantes» de las finanzas y el comercio. Esta prolongación no pudo ser más que deliberada y en todo caso fue significativa.

La emisión de los chervontsy a fines de 1922 fue el primer paso hacia la estabilización de la moneda o, mejor dicho, hacia la creación de las condiciones necesarias para que la moneda se estabilizara. Pero, para lograr este resultado, era preciso concentrar, en las manos del Narkomfin y de sus agencias, mayores poderes de los que poseía a la sazón. Una moneda estable no podría lograrse sin recurrir a las amplias medidas de intervención estatal que ya se contemplaron en el primer periodo de la NEP y que exigían la revocación de algunas de las que entonces se tomaron. En el proceso de liberación de los controles, que se proclamó como principal razón de ser de la NEP, se aprovechó la oportunidad, en 1922, para legalizar las transacciones con el oro, los metales preciosos y las divisas extranjeras, cosa que hasta entonces estuvo rigurosamente prohibida, aunque no dejara de practicarse ilegalmente [77]; para permitir a las instituciones estatales y a las cooperativas hacer y recibir pagos en antiguas monedas de oro rusas [78]; y para establecer casas de cambio, abiertas a las instituciones del Estado, a las cooperativas y comerciantes particulares que pagaran un alto impuesto sobre la renta, donde las transacciones se hacían en billetes de chervonets, monedas extranjeras, títulos de la deuda soviética, acciones o documentos de compañías registradas en el territorio soviético y metales preciosos [79]. Consecuencia de estas medidas fue la reactivación de un mercado de dinero, de un mercado de oro y plata y de una bolsa de valores. Ahora se hacía necesario, para crear el monopolio del cher-

[76] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.º 22, art. 258, pp. 404-405.
[77] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.º 28, art. 318.
[78] *Ibid.,* n.º 48, art. 605.
[79] *Ibid.,* n.º 65, art. 858.

vonets como medio legal, restringir las libertades acordadas. El primer paso fue crear, por decreto del 6 de febrero de 1923, lo que se llamó «comisión especial de divisas», integrada por representantes del Vneshtorg, el Vesenja, el Gosbank, la Komvnutorg y la Tsentrosoyuz, bajo la presidencia del representante del Narkomfin, y con autoridad para conceder licencias a instituciones o personas que precisaran negociar en la bolsa, y licencias *ad hoc* para que organismos no autorizados adquiriesen moneda extranjera. Con estas disposiciones se pretendía limitar el uso de las divisas extranjeras a las transacciones con el extranjero e impedir que se convirtieran en medio de circulación interna [80]. Entonces, el 16 de febrero de 1923, se publicó un decreto de alcance general «sobre las operaciones con divisas», que confinaba a las casas de cambio las transacciones en divisas extranjeras, limitándolas de esta manera a las instituciones y personas autorizadas por la comisión especial de divisas. Los poseedores de divisas debían depositarlas en cuentas corrientes en el Gosbank, que se reservaba la prioridad de compra por encima de cualquier persona o institución [81]. Estas prescripciones, que daban al Gosbank la intervención directa sobre todos los depósitos de cambio extranjero y sobre todas las transacciones de trueque con el exterior, reflejaban una de las paradójicas consecuencias de la NEP. Las prohibiciones generalizadas que se dictaron bajo el comunismo de guerra en nombre de los principios socialistas, pero que nunca se pusieron sistemáticamente en vigor por falta de medios para hacerlo, ahora eran reemplazadas por regulaciones específicas basadas en requerimientos prácticos. Pero éstas, aunque menos onerosas en la forma, se aplicaron con mayor rigor y concentraron en las manos de las autoridades centrales un poder efectivo muchísimo mayor del que disfrutaron en los primeros tiempos. Esta tendencia de la NEP a negarse a sí misma creando condiciones que exigían imperiosamente una intervención centralizada más fuerte, se manifestó por primera vez en el terreno de las finanzas.

Durante los primeros seis meses de 1923, mientras toda la política económica soviética marcaba un compás de espera, nada se hizo tampoco en pro de la reforma financiera. En marzo, incluso Sokólnikov tuvo un momento de duda. Escribió en *Pravda* que detectaba «síntomas de recuperación» del rublo soviético; expresaba su desacuerdo con las comparaciones que se hacían entre el rublo y los *assignats* de la Revolución francesa, y declaraba que «nuestra industria y nuestro comercio necesitan, más que una divisa fuerte, la fir-

[80] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.º 11, art. 133.
[81] *Ibid.,* n.º 15, art. 189.

meza del poder soviético»[82]. A lo largo del año rigió en la práctica un sistema dual monetario: el chervonets circulaba cada vez más junto con el rublo soviético (al que se conocía familiarmente, y ahora con cierto desprecio, con el nombre de sovznak). Las prensas seguían trabajando; y la suma de sovznaks en circulación aumentaba regularmente en un cuarto o un tercio por mes. La emisión total aumentó desde poco menos de dos mil millones de rublos (valor de 1923) el 1 de enero de 1923, a cuatro mil millones y medio el 1 de abril y nueve mil millones el 1 de julio[83]. El dinero se cambiaba de una moneda a otra con arreglo a unas tasas que reflejaban el progresivo descenso del valor del rublo soviético o sovznak. La tasa de cambio entre las dos monedas aparecía con regularidad en los periódicos. Pero la capacidad de las prensas para llenar la laguna de la hacienda pública había llegado a su fin[84]. El valor total, en términos de chervontsy y de poder adquisitivo, de los sovznaks en circulación, subió ligeramente desde enero a abril de 1923. Luego se hundió de tal manera, que ni los más febriles aumentos en el montante nominal de la emisión consiguieron evitar la caída[85]. Sin embargo, aunque existía la opinión unánime de que las dos monedas no podrían seguir circulando la una con la otra, todavía se discutía qué método habría que seguir para retirar la vieja moneda o para aparejarla al chervonets. En diciembre de 1922, el Congreso de Soviets de toda Rusia impartió unas optimistas instrucciones al VTsIK para que limitara la emisión de rublos papel «en el próximo futuro»[86]. El Narkomfin tenía un plan para detener la emisión de los rublos soviéticos, para estabilizarlos en la proporción vigente a los chervontsy y para establecer una sola moneda estable[87]. Pero nadie, a no ser los puristas financieros, estaban dispuestos a enfrentarse a las consecuencias del abandono inmediato de la emisión de

[82] *Pravda*, 10 de marzo de 1923.

[83] L. N. Yurovski, *Na Putiaj k Denezhnoi Reforme* (segunda edición, 1924), p. 84.

[84] En un artículo en *Ekonomicheskaya Zhizn* del 22 de marzo de 1923, Strumilin predijo acertadamente que en unas cuantas semanas «la 'ganancia' neta de la emisión de papel moneda se convertiría en una pérdida neta no sólo para la economía y para la población en general, sino para el cambista en particular».

[85] L. N. Yurovski, *Na Putiaj k Denezhnoi Reforme* (segunda edición, 1924), p. 86; el valor de la emisión total de sovznaks en términos de chervontsy se elevó desde 113 millones el 1 de enero de 1923 a 148 millones el 1 de abril, para descender de nuevo a 118 millones el 1 de julio; el 1 de enero de 1924 su valor era de 58 millones.

[86] *Sjezd Sovetov v Dokumentaj* (1959), p. 236.

[87] Z. V. Atlas, *Ocherki po Istori Denezhnogo Obrashcheniya v SSSR (1917-1925)*, (1940), p. 203.

rublos soviéticos como fuente de ingresos; y el duodécimo congreso del partido, con ninguna solución práctica a la vista para salvar esta dificultad, se desentendió en silencio de esta cuestión.

A pesar de esta contrariedad, las fuerzas puestas en movimiento el año anterior continuaron en acción y se hicieron progresos. Una vez aceptado el postulado de la moneda basada en el oro, fue necesario acumular reservas de oro y de divisas extranjeras estables para garantizarla; porque en ningún sitio se creía con más firmeza en la doctrina ortodoxa de las reservas auríferas como respaldo de la moneda, que entre los dirigentes de la política del Narkomfin. Esto convertía al Narkomfin en protagonista de la política de los saldos activos de comercio, que encajaba con las exigencias de los «agriculturistas» partidarios de las exportaciones de grano; durante todo este tiempo, el Narkomfin y el Gosbank apoyaban sin reservas a quienes insistían que ganarse a los campesinos era la clave de la política económica. Pero el éxito más importante de estos meses fue que el chervonets se hizo familiar, tuvo acogida en las transacciones y en las instituciones financieras en las que estaba confinado al principio como útil y necesario instrumento, y comenzó a tener un valor estable en términos de precios. El objetivo de la emisión del chervonets, con arreglo al decreto del 11 de octubre de 1922 que la autorizaba [88] fue «fortalecer los fondos rotativos del Gosbank para sus operaciones comerciales». Al principio, los chervontsy se usaron como unidades de valor para la apertura de créditos por el Gosbank a empresas industriales y comerciales, no para que se utilizaran en las transacciones corrientes [89]. Pero esta limitación pronto amenazó con traicionar los fines para los que había sido creada esta nueva unidad. El 25 de enero de 1923, el Narkomfin autorizó que se aceptaran billetes de chervontsy para el cobro de impuestos a la tasa de cambio en vigor, confiriéndoles de esta manera el carácter, no todavía de moneda legal y corriente, sino de certificados de impuestos; y al otro mes, el Narkomfin sancionó los pagos en chervontsy por cuenta del Gosbank, aunque sólo si el cliente consentía en ello [90]. En estas condiciones, la emisión de chervontsy, aunque no disfrutaba todavía de la condición de moneda legal, se fue ampliando a lo largo de los primeros meses de 1923. El 1 de enero, billetes por valor de algo más de un millón de chervontsy fueron

[88] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 372.

[89] Ya en el otoño de 1923, el 75 % de los chervontsy en circulación estaba, según se decía, en poder de los *trusts* (*Ekonomicheskaya Zhizn*, 1-12 de octubre de 1923).

[90] L. N. Yurovski, *Na Putiaj k Denezhnoi Reforme* (segunda edición, 1924), pp. 72-73.

«emitidos» (es decir, transferidos al departamento bancario del Gosbank), de los cuales sólo 350.000 estaban en circulación. La emisión se triplicó en los próximos tres meses, y lo mismo en los tres meses posteriores. El 1 de julio el total de la emisión se elevaba a 9.600.000 chervontsy, de los cuales 7 millones estaban en circulación [91]. Aunque su estado legal continuaba sin cambios, el chervonets se fue convirtiendo poco a poco, dentro de los límites en que circulaba, en una moneda reconocida y de confianza.

La función básica del chervonets era la de servir como unidad de valor estable. Las estipulaciones originales precisaban que su estabilidad sería garantizada en un 25 % por los metales preciosos; y a lo largo de 1923, el Gosbank dobló la garantía reteniendo en depósito el equivalente al 50 %, o casi el 50 %, en oro o en divisas extranjeras basadas en el oro [92]. Gracias a esta precaución y a la publicidad que se le dio, el chervonets mantuvo su paridad a lo largo del año, sujeto a fluctuaciones sin importancia, con la libra esterlina y con el dólar. Fue menos satisfactorio que no lograra conservar su poder adquisitivo en el mercado interior. Este se mantuvo razonablemente estable hasta marzo de 1923 y entonces, entre mayo y octubre, se deterioró rápidamente, siendo bastante más bajo su valor en términos del índice de precios al detalle, que del índice de precios al por mayor [93]. La caída se debió, al parecer, al desarrollo de una seria crisis en las ventas, a la contracción de un mercado incapaz de seguir absorbiendo la emisión, en rápido crecimiento, del chervonets. De esta manera, el valor del chervonets fue disminuyendo más y más en relación con el valor teórico «rublo mercancía», un factor que adquirió importancia en la controversia de los jornales [94]. Por consiguiente, durante este periodo los precios internos se elevaron en relación no sólo con el sovznak, que sufría una depreciación constante, sino también (aunque desde luego en menor grado) con el nuevo y estable chervonets. Este fenómeno causaba perplejidad entre los financieros y los economistas y fue causa de una disputa que reflejaba la existencia de una política conflictiva entre el Narkomfin y los industriales. Los portavoces del Narkomfin atribuían este fenómeno, no sin razón, a la política egoísta de los *trusts* y de los sindi-

[91] *Ibid.*, n. 71.

[92] Las cifras se hallan en L. N. Yurovski, *Na Putiaj k Denezhnoi Reforme* (1924), p. 74; al aumentar la emisión, aumentaron también la retención de divisas extranjeras y la proporción de ellas en la cobertura total.

[93] *Ibid.*, n. 75; la discrepancia entre los dos índices reflejaba el hecho de que el margen entre los precios al por mayor y al detalle era mucho mayor que en 1913, el año sobre cuyas bases se calculaban los índices (véase anteriormente. pp. 24-25).

[94] Véanse más adelante pp. 131-134.

catos con sus subidas de precios. Los portavoces de la industria censuraban a las autoridades del Narkomfin y del Gosbank por haber aumentado imprudentemente la emisión de chervontsy a un ritmo más rápido del que justificaba el estado del mercado [95]. Este argumento se vio reforzado por el hecho de que, después de octubre de 1923, cuando se limitó la emisión de chervontsy (durante el último trimestre del año sólo creció en un 20 %) los precios del chervonets se estabilizaron por sí mismos y permaneció con un valor casi constante durante un largo periodo. Pero el argumento sirvió de poco para convencer a sus oponentes, pues al limitarse la emisión de los chervontsy, automáticamente se produjo el retraimiento de los créditos a la industria.

Sin embargo, para coronar la política inaugurada con la introducción del chervonets, era necesario terminar con el sistema de la moneda dual, bien retirando el sovznak, bien estabilizándolo en relación con el chervonets. Esto requería a su vez que el Tesoro dejara de depender de las emisiones de papel moneda, y que se equilibrara el presupuesto reduciendo los gastos y aumentando los ingresos. Por una parte, reducir el personal tanto de la industria como de los departamentos gubernamentales era una manera sencilla de aliviar el presupuesto. En marzo de 1923 se giraron instrucciones en el sentido de que para mayo se tuviera listo un proyecto «que contemplara la reducción planificada del personal de los departamentos hasta en un 25 %» [96]. Pero medida tan rigurosa no se llevó a efecto; y un comité designado por el Sovnarkom para hacer recortes en el presupuesto sólo consiguió reducir el déficit de 294 millones de rublos existente en la primera mitad del año económico 1922-1923 a 221 millones de rublos en la segunda mitad [97]. Mientras se seguían publicando constantes exhortaciones a fin de que se practicaran economías en los gastos públicos («El kopek soviético cuidará del rublo soviético» era el título de un artículo de fondo en el *Ekonomicheskaya Zhizn* del 22 de abril de 1923), pronto se vio que la restricción de créditos o subsidios para la industria, con su secuela de menor producción o de salarios más bajos para el trabajador industrial, era el único recurso efectivo para conseguir sustanciales economías presupuestarias [98]. En lo tocante a las contribuciones, en enero de 1923 se promulgaron

[95] Preobrazhenski repitió esta acusación en la decimotercera conferencia del partido, celebrada en enero de 1924 (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1924], p. 37).

[96] *Sobranie Uzakoneni, 1923*, n.º 19, art. 237.

[97] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 30 de junio de 1923.

[98] Con respecto al intento de lograr economías presupuestarias a costa de los salarios industriales, véanse más adelante pp. 81-89.

nuevos tipos impositivos, a los que ya regían sobre la renta desde el otoño anterior, que afectaron de manera especial a los salarios más elevados; quien percibiera más de cinco mil rublos mensuales, debía de pagar una tasa de 1.630 rublos por los 5.000, más el 80 % del resto. Pero estos tipos impositivos resultaron muy altos en la práctica, y en virtud de un nuevo decreto publicado en mayo de 1923 se redujeron considerablemente [99]. Las imposiciones tributarias sobre la industria, que en 1922 ascendieron sólo a 3/4 % de la producción neta, crecieron en 1923, según cálculos, hasta el 10/12 % [100]. Pero mientras las consideraciones de tipo político impidieran que se aplicaran más altos impuestos a los campesinos, no era fácil encontrar otras nuevas fuentes de ingresos [101] ni los empréstitos públicos eran capaces de cubrir la diferencia entre los ingresos

[99] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.° 4, art. 80; n.° 43, art. 457; en cuanto a la introducción original del impuesto sobre la renta, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, pp. 368-369. En noviembre de 1923, Sokólnikov dijo que el impuesto tenía «una muy preciosa estructura clasista» *(Tretiya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* [1924], p. 87). En ese tiempo el impuesto recaía sobre los ingresos desde 75 rublos chervontsy al mes, límite muy por encima de los salarios del trabajador industrial.

[100] S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), pp. 225-226.

[101] En esta época, un recurso para recaudar fondos atrajo más la atención que cualquier otro, a pesar de que no lo mereciera su importancia intrínseca: por decreto de enero de 1923 se autorizaba la producción de bebidas espirituosas, hasta de 20° de fuerza, en las destilerías del Estado y su venta posterior en tiendas y establecimientos con licencia *(Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.° 6, artículo 100); el nuevo vodka recibió el sobrenombre popular de *rikovka,* bien porque Rikov tuviera algo que ver con la ejecución del decreto, bien porque se le achacara cierta debilidad por el alcohol. La abolición de la producción y venta del vodka por parte del Estado tras el estallido de la guerra de 1914 fue una medida del gobierno zarista, que mereció grandes elogios, y que fue objeto de gran publicidad. Durante siete u ocho años el alcohol casi desapareció del campo. Luego, tras la guerra civil y el hambre, con la excelente cosecha de 1922, comenzó a gran escala, tanto para el consumo como para la venta, la elaboración ilegal de alcohol casero (samogonka) extraído, principalmente, de las patatas. (En A. M. Bolshakov, *Sovetskaya Derevnia za 1917-1924 gg.* [1924], pp. 84-90, aparece una descripción gráfica de esta elaboración en un distrito de la provincia de Tver.) Cuando se vio que incluso los castigos más severos no resultaban eficaces para contener esta producción, las autoridades económicas, que andaban desesperadas buscando nuevas fuentes de ingresos, es lógico que pensaran en restaurar el viejo monopolio del vodka para sacar dinero de una debilidad que de todas maneras seguiría siendo satisfecha ilegalmente y en beneficio del lucro particular. Sin embargo, existía una fuerte reacción contra semejante paso. De acuerdo con unas declaraciones no desmentidas que aparecen en la carta de Trotski del 8 de octubre de 1923 *(Sotsialisticheski Vestnik* [Berlín], n.° 11 [81], 28 de mayo de 1924, p. 10), la mayoría del Politburó era partidaria de que se reimplantara el monopolio del alcohol, pero tuvo que renunciar a sus propósitos ante la fuerte oposición del comité central y de la masa del partido: la introducción del *rikovka* fue un

y los gastos. En marzo de 1923, tras el precedente positivo del año anterior, se anunció un «segundo empréstito interno» por 30 millones de puds de centeno, reintegrables a fin de año [102]; pero esto fue una manioba para facilitar y anticipar la recaudación de rentas más que para aumentarla [103].

En el verano de 1923 la circulación en aumento y la creciente popularidad del chervonets, junto con la mejoría en la situación presupuestaria, animó por fin al Narkomfin a embarcarse en su campaña, preparada con mucho tiempo, para llevar la reforma financiera a su fin lógico y definitivo. En la sesión del VTsIK de julio de 1923, que ratificó la Constitución de la URSS [104], Sokólnikov trazó un cuadro optimista de las finanzas nacionales. Los gastos «ordinarios», por un total de 1.050 millones de rublos oro en el año presupuestario corriente, se cubrirían con los ingresos procedentes de los impuestos y de las empresas estatales. Los gastos «extraordinarios» para atender al déficit del transporte (140 millones), de la industria (120 millones) y de las necesidades de la agricultura, por un total de 320 a 350 millones, se cubrirían con la emisión de moneda. Pero, contando con que el déficit del transporte se redujera a 50 millones al año siguiente y con que la producción ganara en rendimiento y en eficacia, de manera que la industria se las arreglara por su cuenta, parecía ya posible prever que para fecha próxima se prescindiría de la emisión de papel moneda. Con arreglo a estos cálculos, Sokólnikov llegó a proponer que se fijara para la emisión de sovznaks la suma de 15 millones de rublos al mes a partir del 1 de agosto de 1923 [105]. Preobrazhenski manifestó su escepticismo a este respecto

compromiso. Algunos años más tarde, Stalin declaró «que los miembros del comité central, y yo entre ellos, sostuvimos por entonces una conversación con Lenin, el cual reconoció que si no recibíamos los necesarios préstamos del exterior, tendríamos que recurrir abierta y directamente al monopolio del vodka como medida provisional y excepcional»; esta declaración fue hecha ante los delegados extranjeros y llevó a la conclusión de que «cierta responsabilidad por el monopolio del vodka hay que achacarla a nuestros amigos del occidente europeo» (Stalin, *Sochinentiya*, x, 232-234). No hay ninguna otra constancia de que Lenin participara personalmente en la decisión.

[102] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.º 24, art. 278; en cuanto al empréstito de centeno de 1922, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, páginas 369-370.

[103] A. M. Bolshakov, *Sovetskaya Derevnia za 1917-1924 gg.* (1924), páginas 98-100, describe la fuerte demanda de los campesinos con respecto al empréstito de 1923 (el de 1922 sólo tuvo la aceptación de unos pocos campesinos acomodados): el aliciente era que los certificados podían utilizarse para el pago de los impuestos.

[104] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 1, p. 422.

[105] *Vtoraya Sessiya Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta X Sozyva* (1923), pp. 107-118.

y reiteró sus objeciones ya conocidas de que la estabilización monetaria era imposible sin una planificación económica efectiva[106]. Pero en realidad no existió una oposición concreta y el VTsIK adoptó una resolución que aprobaba los esfuerzos del Narkomfin «para restringir los gastos improductivos, para reforzar la economía en los gastos de fondos públicos, para limitar la emisión de papel moneda y para regularizar el sistema fiscal», y decidió que la emisión de rublos soviéticos se restringiera desde el 1 de mayo a un equivalente de 30 millones de rublos oro al mes, y desde el 1 de agosto a un equivalente de 15 millones de rublos mensuales. El presupuesto para el año económico que comenzaba el 1 de octubre de 1923 habría de calcularse con arreglo a estas limitaciones. Un párrafo de la resolución intentaba reconciliar los principios contrapuestos de la planificación y de la economía de mercado, queriendo probar que la reforma financiera redundaba en parejo beneficio para los dos:

> Todas estas medidas de carácter económico debieran promover el establecimiento en la economía nacional de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de los elementos indispensables de un desarrollo planificado y coherente, y pueden ejercer una influencia particularmente poderosa y prolongada en el desarrollo del comercio del país y de la capacidad de mercado de la agricultura[107]

La suerte, pues, parecía estar echada y el rumbo bien definido. El periódico oficial de economía saludó estas decisiones diciendo que daban «nuevas energías a nuestro departamento de finanzas en la lucha por conseguir un presupuesto verdadero y por purificar nuestra circulación monetaria»[108]. A fines de julio se dieron nuevos pasos hacia el establecimiento de la nueva moneda. Se publicó un decreto que, aunque aún no convertía el chervonets en la única moneda legal, autorizaba no sólo que las transacciones entre las compañías importantes se hicieran en chervontsy, sino que imponía que en los contratos se especificara el pago obligado en chervontsy. Las letras de cambio que no contuvieran estipulaciones específicas sobre los medios de pago podían abonarse bien en chervontsy, bien en rublos soviéticos, a elección del deudor; pero las letras que especificaban el

[106] *Ibid.*, pp. 161-162.

[107] *Postanovleniya Vtoroi Sessi Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta X Sozyva* (1923), pp. 16-18. La resolución volvió a reimprimirse bajo la forma de dos decretos en *Sobranie Uzakoneni, 1923*, n.º 66, artículos 636, 637.

[108] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 5 de julio de 1923. Un artículo de fondo, *ibid.*, 15 de julio de 1923, llevaba el encabezamiento: «¿No es hora ya de pasar a un solo patrón monetario de obligatoriedad general?»

pago en chervontsy sólo se podían saldar en chervontsy [109]. El presupuesto para 1923-1924 se establecería, no en rublos de la anteguerra (como el de enero-septiembre de 1922) o en rublos oro (como el de 1922-1923), sino en chervontsy. Al tiempo que se realizaba este cambio, el Vesenja, mediante decretos de agosto y septiembre de 1923, daba instrucciones a todos los *trusts*, sindicatos y otras instituciones bajo su jurisdicción, para que llevaran sus cuentas exclusivamente en chervontsy y que su año económico comenzara el 1 de octubre, haciéndolo coincidir con el año fiscal [110]. Parecía que, por el momento, los esfuerzos del Narkomfin, frustrados en la primavera, por erradicar el rublo soviético y por imponer el chervonets como la única y estable unidad monetaria, iban a verse coronados por el éxito. Pero entonces la crisis del otoño, debida en parte a las medidas tomadas por el Narkomfin, una vez más desbarató estas ambiciones y demoró de nuevo la vuelta a la ortodoxia financiera.

[109] *Sobranie Uzakoneni, 1923*, n.º 90, art. 882.

[110] *Sbornik Dekretov, Postanovleni, Rasporiazheni i Prikazov po Narodnomu Joziaistvu*, n.º 8 (11), agosto de 1923, pp. 21-24; n.º 9 (12), septiembre de 1923, p. 33.

Capítulo 2

LOS APUROS DE LA CLASE OBRERA

Sólo poco a poco se fueron dando cuenta los obreros industriales de la situación de inferioridad en que la NEP los colocaba en la economía soviética. Al principio, gracias al alivio de las tensiones y a la recuperación económica general promovidos por la NEP, los trabajadores se beneficiaron. Se vieron libres de la pesadilla del trabajo forzoso, sus jornales aumentaron de manera sustancial a lo largo de casi todo el año 1922 y su nivel de vida, aunque bastante deplorable incluso en comparación con el de 1914, se situaba bastante por encima de la situación de hambre que tuvieron que soportar durante el comunismo de guerra. La NEP se estableció como una concesión a los campesinos. Pero todavía parecía indiscreto indagar en perjuicio de quién se hicieron tales concesiones; todavía eran lo bastante plausibles, como para ser creídas, las afirmaciones de que lo que beneficiaba al campesino beneficiaba *ipso facto* al conjunto de la economía. Sólo al llegar el invierno de 1922-1923, cuando la crisis de las tijeras se cernía en el horizonte, cuando el presupuesto equilibrado y la moneda estable se convirtieron en principios básicos de la política económica y cuando la preocupación por los campesinos se hizo el *leitmotiv* de todos los discursos oficiales de los líderes principales, sólo entonces se fue dando cuenta el trabajador industrial de cómo cambiaba su situación. Bajo el comunismo de guerra todo el mundo los aclamó como héroes epónimos de la dictadura del proletariado, pero

ahora estaban en peligro de convertirse en hijastros de la NEP. En la crisis económica de 1923, ni los defensores de la política oficial ni los que la combatían en nombre del desarrollo de la industria consideraron necesario ocuparse de las quejas o de los intereses de los trabajadores industriales como problemas de fuste. Los campesinos los habían reemplazado como preocupación primordial de la política oficial. El eclipse del trabajador industrial se originó, en último análisis, en la catastrófica decadencia de la industria y en la huida de los trabajadores de las ciudades y de las fábricas en los años del hambre y de la guerra civil: el proceso de «la desintegración del proletariado», cuyos primeros síntomas percibió ya Bujarin en marzo de 1918 [1]. Pero en el periodo de renacimiento económico que siguió al establecimiento de la NEP, dos causas específicas contribuyeron más directamente a debilitar la posición de los trabajadores industriales: la mayor autoridad e influencia de los gerentes de la industria y el aumento generalizado del desempleo.

Era inevitable que, hasta cierto punto, la NEP subordinara los intereses de los trabajadores industriales a los de los campesinos; esto era consustancial con la naturaleza y los fines de la nueva política. Lo que no se hubiera previsto tan fácilmente es que la NEP debilitara la posición de los trabajadores industriales, no sólo en relación con los campesinos, sino en relación con los directores y gerentes de la industria; en realidad, todo esto parecía mucho más anómalo, por cuanto la gran industria fabril, que empleaba un alto porcentaje de todos los trabajadores industriales, no experimentó ningún cambio en su situación bajo la NEP y continuó bajo propiedad y administración públicas. Bajo el comunismo de guerra muchos de los viejos propietarios fabriles o gerentes reaparecieron a guisa de «especialistas» y gerentes de la industria nacionalizada [2]. Pero en aquella época se consideraba todavía a los especialistas burgueses como un mal necesario y como una anomalía desagradable; los puestos de responsabilidad formal y de poder se reservaban por lo general a proletarios irreprochables y, en todo caso, a miembros del partido, categoría a la que raramente tenían acceso los especialistas burgueses. Con el establecimiento de la NEP este cuadro fue cambiando gradual pero fundamentalmente. Las estadísticas recogidas por los *trusts* y sindicatos más importantes en la segunda mitad de 1923 revelaban que, mientras en 1922 el 65 % del personal directivo estaba clasificado oficialmente como «obrero» y el 35 % como «no obrero»

[1] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 205-206.
[2] Véase *ibid.*, vol. 2, pp. 195-199.

(de éstos, sólo uno de cada siete pertenecía al partido), un año más tarde estas proporciones se hallaban casi exactamente invertidas: sólo el 36 % eran «obreros» y el 64 % «no obreros», de los cuales casi la mitad eran ahora miembros del partido [3]. Dos procesos significativos entraban pues en juego: la dirección de la industria volvía a manos de sus primitivos gerentes y técnicos burgueses y una mayor proporción de éstos adquiría la dignidad y la seguridad que el ser miembros del partido procuraba.

Su mayor categoría e influencia tenía su natural contrapartida en más elevadas tarifas de remuneración. Mientras los técnicos, en los primeros días del comunismo de guerra, fueron objeto de sospechas que limitaron severamente su influencia, también sus remuneraciones, aunque muy por encima de las que percibían los trabajadores y empleados corrientes, fueron celosamente controladas y limitadas. Bajo la NEP estas limitaciones fueron desapareciendo poco a poco. La introducción de la NEP en la industria alentó el retorno a los sistemas capitalistas de organización y de maneras de pensar. Al subrayar la necesidad de independencia y descentralización, y al sustituir los *trusts* por los *glavki* como unidades principales de organización, la NEP ayudó a transformar a quienes administraban y dirigían empresas industriales importantes, haciendo de burócratas capitanes de industria. *Jozraschet* era la orden del día; y quienes sabían hacer beneficios, emergiendo de la nube de sospechas que hasta entonces les envolvía, se vieron de nuevo respetados.

El escándalo de los salarios altos comenzó a llamar la atención. En agosto de 1922, con el fin de prevenir «extravagancias en el uso de los fondos públicos» y también para «llegar a una correspondencia más estrecha entre las remuneraciones de quienes hacen trabajos intelectuales y físicos», se dictó un decreto por el cual se acordaba fijar los salarios de todos los empleados en instituciones estatales o en empresas que percibieran subvenciones oficiales; pero el pago de pluses en proporción a las ganancias que se lograran por encima del máximo no quedaba excluido [4]. Desde entonces y por decreto se fijaban regu-

[3] Larin toma estas cifras de la *Torgovo-Promishlennaya Gazeta* del 2 de diciembre de 1923 y las cita en su artículo de *Trud* del 30 de diciembre del mismo año, tras corregir una clara errata de imprenta. El artículo pedía al final que los sindicatos controlaran los nombramientos de gerentes. Otra serie de cifras relativas a 88 grandes *trusts* ponía de manifiesto que para el 1 de enero de 1924, de los presidentes de las juntas directivas de la industria, el 91 % eran miembros del partido y el 51 % trabajadores, pero que de todos los directores de la industria sólo el 48 % eran del partido y el 35 % trabajadores (*Trud*, 27 de junio de 1924); se hacía mayor presión para que se reservaran los cargos directivos a los miembros del partido y a los trabajadores.

[4] *Sobranie Uzakonenï*, *1922*, n.º 49, art. 617.

larmente los topes máximos de los salarios [5]; y a lo largo de 1923 el límite se fue elevando mes tras mes para compensar la pérdida de valor de la moneda [6]. Pero estas restricciones no afectaban a los salarios «personales» sancionados por el STO, de los cuales disfrutaban los técnicos de mayor fuste y de los que no se daban mayores detalles [7]. Se contaban muchas historias sobre las pretensiones extravagantes de los gerentes y técnicos, que eran como la contrapartida industrial de los hombres de la NEP en el comercio [8]. Era difícil convencer a los técnicos para que ocuparan puestos en lugares remotos [9], y en julio de 1923 se ofrecieron por decreto alicientes especiales a los técnicos que los aceptaran [10].

Ya en el otoño de 1922 estos procedimientos condujeron a la aparición de una nueva característica en el panorama de la NEP: un grupo someramente organizado, pero influyente, conocido con el

[5] El máximo para enero de 1923 era de 1.500 rublos al mes (módulo de 1923), *(Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.° 3, art. 41); el salario mínimo legal para enero de 1923 variaba desde 44 rublos a 22, según la región y la categoría *(Sbornik Dekretov, Postanovleni, Rasporiazheni, i Prikazov po Narodnomu Joziaistvu,* n.° 1 [4], enero de 1923, pp. 86-87). Los salarios efectivos de todos los trabajadores especializados, y de la mayor parte de los que no lo eran, superaba con mucho el mínimo legal (véase más adelante, nota 81 p. 72). Con todo, las diferencias entre los diversos salarios eran notables.

[6] Véase, por ejemplo, *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.° 12, art. 164; n.° 23, artículo 271; n.° 31, art. 350. En junio de 1923 se fijó el límite en 150 rublos mercancía al mes *(Sbornik Dekretov, Postanovleni, Rasporiazheni i Prikazov po Narodnomu Joziaistvu,* n.° 6 (9), junio de 1923, p. 104); por entonces se estimaba que 10 rublos mercancía eran el salario mensual «normal» de los trabajadores (véase más adelante, p. 80).

[7] *Ibid.,* n.° 4 (7), abril de 1923, p. 107. Se daba por supuesto que los miembros del partido, al estar limitados a los máximos establecidos por el mismo, no recibían estos salarios personales; pero al parecer la regla dejó de respetarse, ya que se hizo un intento para reimplantarla en julio de 1924 *(ibid.,* n.° 10, julio de 1924, pp. 86-87).

[8] Mikoyan habló en la decimotercera conferencia del partido de enero de 1924 de un especialista, a quien se le ofreció un cargo en una fábrica de Kuban, que pidió, además de varios pluses por encima del salario máximo, un piso de cuatro habitaciones amuebladas y baño, y todo ello dotado de luz y calefacción; un caballo y un coche para él y su familia; dos meses de vacaciones al año y una casa de verano de dos habitaciones a orillas del mar Negro para su familia; y permiso para tener una vaca en los terrenos de la fábrica. La cooperativa que dirigía esta fábrica aceptó estas condiciones... pero demasiado tarde, porque el especialista había recibido, mientras tanto, una propuesta más atractiva desde Moscú. Se decía que tales prácticas eran cosa corriente *(Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov),* [1924], p. 79).

[9] Esto era motivo de quejas en un artículo de *Ekonomicheskaya Zhizn* del 20 de abril de 1923, firmado por Lomov.

[10] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.° 69, art. 673.

nombre de «gerentes rojos» o de «industriales rojos». A pesar de su origen y sus relaciones predominantemente burgueses, eran ahora miembros reconocidos de la jerarquía soviética; ocupaban un lugar, aunque modesto, en el partido; y su voz pesaba cada vez más no sólo en cuestiones de administración industrial, sino en las decisiones de política industrial, cuyo éxito dependía en gran parte de sus esfuerzos. La formación de los sindicatos en la primavera de 1922 [11] fue la primera reacción de los «industriales» contra las condiciones del mercado adversas a la industria; y fue de la estructura de los *trusts* y sindicatos establecidos por la NEP, de donde el nuevo grupo derivó su autoridad y su prestigio. Las industrias aisladas habían resucitado últimamente la práctica de celebrar congresos para discutir sus problemas y sus aspiraciones. En septiembre de 1922 se formó un «buró temporal», que integraban representantes de diversas industrias, con el fin de crear un órgano de representación general para la industria en su conjunto: un «consejo de congresos». El proyecto había recibido las bendiciones del Vesenja y se decidió celebrar una conferencia antes de que terminara el año a fin de darle vida al «consejo de congresos» [12]. Sus propósitos, según *Trud*, eran «la coordinación, por parte de los industriales rojos, de una acción política simultánea, y una mayor atención a los problemas de los trabajadores». Una de las funciones del nuevo organismo era, al parecer, presentar a las autoridades las opiniones de los industriales en lo relativo al código del trabajo que se hallaba en curso de preparación [13]. El organismo adquirió pronto la autoridad suficiente como para denunciar a los industriales que no seguían sus directrices y que «rompían el frente de la solidaridad industrial» [14].

En este punto los sindicatos comenzaron a alarmarse. Incluso en los días del comunismo de guerra el empleo de técnicos burgueses despertó la constante sospecha de los círculos sindicalistas; y Lenin tuvo que echar mano de toda su influencia para imponer el principio de «un solo hombre en la dirección» en el campo de la industria contra la dura oposición de los sindicatos [15]. Las mejores condiciones que

[11] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 328.

[12] *Trud*, 13 de septiembre de 1922. Krasnoshekov habló a la reunión como delegado del Vesenja: debió de tratarse de una de sus últimas apariciones en público.

[13] *Ibid.*, 29 de septiembre de 1922. Con respecto a las leyes laborales, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 343-344; entre sus disposiciones más notables figuraban las amplias facultades que se concedían a los empresarios y directivos para despedir a los trabajadores que no convenían.

[14] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 15 de octubre de 1922.

[15] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 200-204.

disfrutaban bajo la NEP los administradores y técnicos trajeron como consecuencia que esta hostilidad se intensificara. En agosto de 1922 *Trud* lanzó un fuerte ataque contra el nuevo «frente unido» de los gerentes, a quienes acusaba de buscar «el debilitamiento de los sindicatos», especialmente en lo relativo al enganche y despido de los trabajadores y de desear un «mercado libre» en cuestiones de «enganches y despidos». El artículo concluía con una pregunta retórica:

> ¿Tan poseídos están nuestros gerentes del papel de «los señores», que prefieren los trabajadores sin organizar a los miembros organizados y disciplinados de los sindicatos?

A los pocos días otro artículo diagnosticaba la vuelta de los nuevos administradores a las actitudes tradicionales de los patronos hacia sus trabajadores: «nuestros administradores, incluso los mejores, han asimilado con maravillosa rapidez las maneras y los gustos de nuestros antiguos propietarios capitalistas» [16]. Un dilema agarrotaba a los sindicatos. Oponerse a la autoridad de los técnicos y de los administradores era golpear contra la política del partido. Alinearse con ellos suponía desconocer los intereses y mofarse de los prejuicios de la masa trabajadora. Al principio, la tendencia fue elegir la segunda alternativa. *Trud* se quejó de «demasiada convivencia en las alturas», lo cual llevaba a «un divorcio de los sindicatos con las masas», e incluso se refirió a «cierta terquedad especial» por parte de «administradores, que no hace mucho trabajaban en los sindicatos», a resistirse a las exigencias de los trabajadores [17]. El nuevo desarrollo de la organización gerencial, que llegaba en un momento en que el desempleo en masa amenazaba por primera vez a los sindicatos, no podía aceptarse sin resistencia. Cuando los industriales celebraron su conferencia en diciembre de 1922 para crear el «consejo de congresos», el consejo central de los sindicatos celebró también la suya. Tomski se refirió a un proyecto que se decía había preparado Mezhlauk para la conferencia de los industriales y en el que *inter alia* se declaraba que «la industria pasaba por una grave crisis porque se enfrentaba a una ofensiva en el campo de los salarios» y que por este motivo se hacía necesario establecer un «frente industrial» y una «organización corporativa de industriales». Tomski, colérico, amenazó con «un frente sindicalista contra los industriales rojos» y les recordó que bajo la dictadura del proletariado, no ellos, sino los trabajadores, eran los propietarios de las fábricas. Así alertado, el consejo de los sindicatos protestó por anticipado contra cualquier intento de «cambiar las formas establecidas en las relaciones mutuas entre los orga-

[16] *Trud*, 15, 17 de agosto de 1922.
[17] *Ibid.*, 25 de agosto, 13 de septiembre de 1922.

nismos económicos y los sindicatos, en el sentido de limitar los derechos de estos últimos; y aprobó una resolución con respecto a ' proyectada creación del consejo de congresos:

> El consejo central de los sindicatos no tiene nada que alegar contra el establecimiento, bajo el presidium del Vesenja, de un consejo de congresos de la industria con funciones consultivas, que prepare los congresos industriales. Pero rechaza con energía la idea de crear un consejo de congresos de la industria, del comercio y del transporte, que funcione con carácter permanente, oponiéndose por una parte como un «organismo social corporativo» a los órganos de la administración del Estado y del control de la industria (Vesenja, Narkomput) y, por otra parte, a los sindicatos, basando así su programa y sus tácticas en principios fundamentalmente defectuosos [18].

Estas protestas enfáticas produjeron al parecer poco efecto. El «consejo de congresos de la industria, el comercio y el transporte» fue debidamente establecido [19]. El carácter de sus actividades puede juzgarse por una queja que apareció en el periódico económico oficial un mes más tarde, según la cual «un buen número de nuestros industriales rojos se inclina por la línea de menor resistencia, buscando reducir los impuestos o los salarios, antes que emprender el prolijo y meticuloso trabajo de reorganizar en su conjunto los procesos de producción» [20]. El diario de los sindicatos reiteró la doctrina, ya venerable, de que «en el periodo de transición entre el capitalismo y el comunismo», mientras existían todavía las clases y se planteaban conflictos clasistas, era deber del partido, de los sindicatos y del Estado soviético abrazar la causa de los trabajadores en su lucha contra las demás clases. Incluso publicó una caricatura que representaba a un industrial rojo, con un puro en la boca y con todos los demás atributos que asignaba el arte soviético a los capitalistas, sentado en un carro del que tiraba un obrero, y quejándose de que la «legislación laboral» obstaculizaba el renacimiento de la industria [21]. Pero las necesidades de la industria eran demasiado perentorias. La autoridad de los industriales rojos quedó confirmada por decreto del 10 de abril de 1923, el cual, al tratar de la organización de los *trusts*, no sólo subrayaba su independencia, sino que disponía el pago de pluses calculados sobre un porcentaje de las ganancias [22]. A los pocos días el informe sobre la industria

[18] *Ibid.*, 26 de diciembre de 1922.

[19] Sobre la fundación del consejo y sobre sus primeros pasos hay un artículo en *Ekonomicheskaya Zhizn* del 2 de agosto de 1923, escrito por Smilga; en 1923 el consejo publicó varios números de un órgano titulado *Predprivatie (La Empresa)*, que se menciona en *Trud* del 3 de enero de 1924.

[20] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 25 de enero de 1923.

[21] *Trud*, 29 de marzo de 1923.

[22] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 322-323.

que sometió Trotski al duodécimo congreso del partido y que fue aprobado allí unánimemente, contenía un párrafo en el que se sancionaba el principio de solo un hombre en la administración de la industria y se definían las funciones y los deberes de los gerentes: debían de procurar no buscarse la enemistad de los trabajadores exigiéndoles demasiado, pero «tampoco debían de seguir la línea de menor resistencia en las cuestiones de productividad de la mano de obra, de jornales, etc.». Había que procurar que los trabajadores comprendieran que «el director que se esfuerza por conseguir ganancias sirve a los intereses de la clase trabajadora, tanto como el obrero sindicalizado que trata de elevar el nivel de vida de los trabajadores y de proteger su salud». El director que «demuestra velar por los resultados positivos de su gestión», debiera contar con la «protección y el apoyo» sin reservas de los órganos del partido [23]. En una resolución que prestaba bien poca atención a los trabajadores o a los sindicatos, era significativa la distribución de los énfasis.

Un hecho ocurrido en el verano de 1923 puso en evidencia la importancia cada vez mayor de los «industriales rojos». Cuando la URSS se constituyó en julio y se reorganizó el Narkomtrud como uno de los comisariados «unificados», se aprovechó la oportunidad para reconstruir el aparato del Narkomtrud mediante «la introducción de nuevos elementos, en particular de representantes de la industria»; esto, explicó Shmidt, se hacía con vistas a mejorar las relaciones entre el comisariado y los industriales. A uno de los nuevos representantes de la industria se le asignó el cargo de la sección del comisariado que se ocupaba del mercado laboral y de la organización del trabajo [24].

La otra causa, más decisiva, del debilitamiento de la posición del trabajador industrial fue el creciente aumento del desempleo; la política laboral de la NEP se asemejaba a la de la economía capitalista en el sentido de que, consciente o inconscientemente, utilizaba el desempleo como instrumento para disciplinar y dirigir a las masas obreras. Que se extendiera el desempleo bajo la NEP obedecía a numerosas causas. Tras la guerra civil, la desmovilización produjo una dislocación general en las estructuras de la industria en un momento en que la insistencia en el *jozraschet* y en la necesidad de ganar beneficios, y la exigencia de que el gobierno realizara economías y proyectara un presupuesto equilibrado, se confabulaban y presionaban a favor del despido de los trabajadores sobrantes [25]. La indus-

[23] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 484-486.
[24] *Trud*, 13 de julio de 1923.
[25] Un cálculo hecho en enero de 1924 revelaba que el 47 % de todos los

tria pesada continuaba casi en el mismo estado de colapso y desintegración en que quedó al terminar la guerra civil, y, bajo la NEP, eran pocas sus esperanzas de lograr el amplio apoyo estatal indispensable para su restablecimiento. Las industrias de bienes de consumo sufrieron en la crisis *razbazarovanie* de 1921-1922, se enderezaron al año siguiente, dirigidas por los sindicatos, pero de nuevo en el verano de 1923 sufrieron los efectos de la crisis de ventas. Desde el verano de 1922 el desempleo generalizado se convirtió en mal endémico de la economía soviética. Hubiera sido difícil reconciliar las trascendentales medidas de intervención estatal, que hubieran remediado el desempleo, con el espíritu y la política de la NEP tal y como se concibieron por entonces; para mitigar su gravedad se hizo incluso menos que en los países capitalistas de Occidente, que se enfrentaban en aquella época con un problema similar. Debido a la gravedad de la crisis del desempleo, se volvieron a publicar estadísticas laborales a fines de 1922; y aunque faltan cifras exactas, se pueden calcular con bastante exactitud las dimensiones y el curso de la crisis[26]. De acuerdo con lo que después se aceptó como estadísticas oficiales, el total de desempleados se elevó de medio millón en sep-

casos de desempleo se debía a despidos por exceso de personal (*Statistika Truda*, n.º 5, 1924, p. 6).

[26] Shmidt, al llamar la atención sobre el problema del desempleo en el quinto congreso sindicalista en septiembre de 1922, reconoció que no disponía de cifras completas (*Stenograficheski Otchet Piatogo Vserossiiskogo Sjezda Professionalnij Soyuzov* [1922], p. 84). La revista mensual (aunque no enteramente puntual) *Statistika Truda*, que suspendió su publicación a fines de 1919, reapareció en diciembre de 1922 como órgano de «la oficina de estadísticas del trabajo del consejo central de los sindicatos, de la administración central de estadística y del Narkomtrud»; las cifras de desempleo correspondientes a 1922 y 1923 se basaban en datos de 52 capitales de provincia (incluidas Moscú y Petrogrado) y posteriormente de 70 bolsas de trabajo. Cifras más completas se publicaron más tarde con carácter oficial; están recogidas en *Voprosi Truda v Tsifraj i Diagrammaj, 1922-1926 gg.* (1927). Todas las estadísticas se basan en los datos de las bolsas de trabajo, las cuales estaban por entonces mal organizadas y no eran muy exactas en sus informes. Se oyeron muchas quejas en el sentido de que los registros contenían los nombres de muchas personas que nunca habían trabajado en las ciudades, o que sólo lo habían hecho accidentalmente (incluidos antiguos burgueses empleados interinamente en las entidades soviéticas). Por otra parte, es muy probable que en los frecuentes intentos de expurgar de las listas a estos inscritos «ficticios» se excluyera a veces a obreros desempleados de *bona fide*, y al parecer cierto número de desempleados ni siquiera se tomaron la molestia de registrarse. (Un artículo de *Trud* del 13 de enero de 1923 se quejaba de que mientras los registros de las bolsas de trabajo estaban llenos de «desempleados ficticios», los obreros especialistas que se quedaban sin trabajo se dirigían directamente a los empresarios y gerentes en solicitud del mismo y evitaban las bolsas de trabajo.) Las cifras últimas acaso no representen los hechos en sus verdaderas dimensiones, pero reflejan la gravedad de la crisis.

tiembre de 1922, a millón y cuarto a fines de 1923, y en 1924 su número era todavía mayor[27]. Las cifras disponibles por entonces eran bastante más bajas y a lo largo de todo el año 1923 los líderes soviéticos no llegaron a darse una idea completa de la magnitud del problema. Rikov, presidente del Vesenja, confesó en enero de 1924 que acababa de enterarse, con la consiguiente sorpresa, que había «alrededor de un millón de desempleados», y Shmidt, comisario del Pueblo para Asuntos de Trabajo, repitió la misma cifra unos pocos días más tarde[28].

La razón —o la excusa— que hizo que los jefes soviéticos observaran sin muchas preocupaciones al principio el aumento del desempleo se basaba en el hecho de que los afectados, en gran parte, pertenecían a dos categorías que disfrutaban de pocas simpatías en los medios sindicalistas y oficiales. De los 540.000 desempleados registrados en las bolsas de trabajo el 1 de diciembre de 1922, 166.000, es decir, un tercio, eran «trabajadores soviéticos» (empleados y funcionarios despedidos de las instituciones soviéticas) y 104.000 eran simples jornaleros, hombres y mujeres, que reflejaban en gran medida el flujo de braceros campesinos a las ciudades por el hambre de 1921-1922[29]. Entre los trabajadores industriales especializados y en general entre los obreros fabriles la incidencia del desempleo era todavía relativamente pequeña[30]. La gravedad del pro-

[27] Los totales trimestrales de esa época eran:

Septiembre de 1922	503.000	Septiembre de 1923	1.060.000
Diciembre de 1922	641.000	Diciembre de 1923	1.240.000
Marzo de 1923	824.000	Marzo de 1924	1.369.000
Junio de 1923	1.050.000	Junio de 1924	1.341.000

(Voprosi Truda v Tsifraj i Diagrammaj, 1922-1926 gg. [1927]). El menor aumento entre junio y septiembre de 1923 se explica por el acostumbrado éxodo de los obreros desde las ciudades al campo en la época de la cosecha.

[28] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), p. 13; *XI Vserossiiski Sjezd Sovetov* (1924), p. 103. Cifras más completas relativas a enero y publicadas en junio de 1924 todavía mostraban sólo 111.000 desempleados registrados en Moscú, 134.000 en Petrogrado y 780.000 en las otras bolsas de trabajo de las que se recibieron informes *(Statistika Truda,* n.º 5 [14], 1924, p. 5). Esto estaba muy por debajo del total de un millón y cuarto que se admitió más tarde. Por otra parte, *Ekonomicheskaya Zhizn,* 22 de noviembre de 1923, situaba el número de los desempleados el 1 de septiembre de 1923, «según los cálculos más prudentes», en un millón; y el día en que Rikov pronunció su discurso, *Trud* informó que, para el 1 de diciembre de 1923, el número de desempleados había llegado a 1.200.000.

[29] *Voprosi Truda,* n.º 2, 1923, p. 24; según *Statistika Truda,* n.º 1, diciembre de 1922, p. 2, el 30 % de los desempleados de Moscú el 1 de noviembre de 1922 eran «trabajadores soviéticos» y más del 20 % simples peones; de los varones desempleados el 35 % eran «trabajadores soviéticos».

[30] Con base en cifras que, se decía, cubrían el 90 % de los afiliados a

blema se minimizó durante bastante tiempo con el argumento de que los desempleados eran en su mayor parte elementos de la pequeña burguesía que nunca, o sólo por poco tiempo, trabajaron como obreros industriales [31]. Este argumento se apoyaba en el hecho de que, a pesar del aumento del desempleo, el número total de trabajadores de la industria se redujo tan sólo muy levemente a lo largo de 1923, e incluso creció en la mayor parte de las industrias principales [32]. Pero esto no era del todo convincente. En una sociedad donde la movilidad entre la fábrica y el campo era muchísimo mayor que en las economías capitalistas, más desarrolladas y estratificadas, y el trabajo mucho menos organizado, la racionalización y los cambios en las estructuras industriales creaban una situación en la cual se enganchaban de fuera nuevos obreros para la industria mientras se despedía a los que ya estaban en ella. El proceso era, en parte, una reversión de la huida de ciudades y fábricas —la «desintegración del proletariado»— que caracterizó a los días de hambre del comunismo de guerra [33]. El antiguo trabajador urbano, atraído por las mejoras que le brindaba la NEP y por el aumento de los salarios industriales durante todo el año 1922, regresó en masa a las ciudades, agravando la congestión del mercado de trabajo, que era ahora presa de una gran rigidez [34].

La intensidad de la crisis se fue manifestando lentamente en la primera mitad de 1923. Aunque los obreros industriales especializados parecían asegurados en sus puestos, los simples jornaleros constituían una proporción tan elevada de la fuerza laboral rusa, que era imposible desentenderse de su suerte. Una información periodística sobre las escenas típicas de una bolsa de trabajo en los su-

los sindicatos, el total de sindicalistas desempleados el 1 de julio de 1923 llegaba a 381.000 (*Statistika Truda,* n.º 9, 1923, p. 16). Por entonces, el número total de desempleados era ya de más de un millón.

[31] Este argumento se repetía constantemente en las publicaciones oficiales de la época; por ejemplo, en *Trud* del 4 de julio de 1923 se decía que un buen número de los registrados como desempleados eran «vagos típicos, elementos parasitarios que se dedicaban al comercio y a la especulación y que acosaban las bolsas de trabajo con objeto de obtener una legalización de su posición como trabajadores»; véase también la declaración de Shmidt que se recoge más adelante, en pp. 61-62.

[32] *Statistika Truda,* n.º 1 (10), pp. 1-4; incluso así, el número de trabajadores de la industria era un poco más de la mitad del total de 1914 (*ibid.,* número 6, 1933, p. 3).

[33] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, pp. 205-207.

[34] «El éxodo de los pueblos a las ciudades» era una de las explicaciones que dio Rikov a la crisis del desempleo ante el quinto congreso de la Comintern en junio de 1924 (*Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale,* sin fecha, ii, 538-539).

burbios industriales de Moscú, donde un gentío de desempleados, hombres y mujeres, se apretujaba y se debatía por entrar al abrirse las puertas (ya que sólo los primeros en penetrar tenían alguna posibilidad de conseguir los pocos trabajos disponibles), revela las angustiosas dimensiones de la miseria del desempleo urbano en la primavera de 1923 [35]. El desempleo generalizado se extendió rápidamente a los trabajadores fabriles, cuando la ola de prosperidad que alcanzó a la industria de bienes de consumo tras la creación de los *trusts* y sindicatos en 1922 se agotó y cedió el paso a la «crisis de ventas» del verano de 1923, mientras que, por otra parte, no se hacía nada para reactivar la industria pesada. El informe de Trotski sobre la industria, leído ante el duodécimo congreso del partido en abril, y la resolución de ese mismo congreso admitieron, el primero explícitamente, y la última por implicación, que la racionalización de la industria acarrearía grandes despidos de trabajadores sobrantes [36]. En junio de 1923 el consejo central de los sindicatos informó de «un aumento relativo del desempleo entre los hombres, comparado con el de las mujeres, y un aumento del desempleo entre los trabajadores especializados» [37]. A las pocas semanas, el representante principal del Narkomtrud de Ucrania escribía que «los más afectados por el creciente desempleo son los trabajadores industriales» y que probablemente el paro aumentaría tras la «inevitable reorganización» de algunos de los *trusts*. El informe continuaba:

> El desempleo se está haciendo crónico, como consecuencia de las características de nuestra economía, y es inevitable mientras no sepamos estimular de manera suficiente el desarrollo de nuestra industria [38].

En la sesión del consejo central de los sindicatos, celebrada en septiembre, Shmidt afirmó una vez más que el 62 % de los desempleados eran o «elementos burgueses» o simples jornaleros, y que las mujeres constituían la mayoría en los dos grupos: repitió el alegato de que las listas de desempleados estaban recargadas de «falsos» aspirantes: «comerciantes del Sujarevka» y jornaleros. Pero reconoció que el restante 38 % formaba «el verdadero núcleo de los desempleados, a quienes debemos prestar toda nuestra atención» [39]. Al concluir el

[35] *Trud,* 9 de mayo de 1923.
[36] Véanse anteriormente pp. 34, 37-38.
[37] *Trud,* 26 de junio de 1923.
[38] *Ibid.,* 20 de julio de 1923.
[39] *Ibid.,* 28 de septiembre de 1923; respecto al nuevo intento de Shmidt de distinguir entre diferentes categorías de desempleados, véase *Voprosi Truda,* n.° 10-11, 1923, p. 19. En enero de 1924 dio las cifras de un 38 % de trabajadores soviéticos, un 26 % de peones procedentes del campo y sólo un

verano de 1923, la gravedad del problema del desempleo podía ser minimizado pero no desconocido como antes.

Para contender con una crisis de este carácter, la máquina administrativa soviética en la época de la NEP era inadecuada por completo. El 15 de diciembre de 1922, el Sovnarkom destinó 500 millones de rublos (valor de 1922) para obras públicas con el fin de aliviar el desempleo[40]. Un informe que cubre el primer cuarto de 1923 especificaba que millón y medio de *puds* de centeno y 1.600.000 rublos (valor de 1923, que dividía por mil el valor nominal del rublo de 1922) se destinaron al capítulo de obras públicas, y que de un 4 a un 5 % del total de los desempleados encontraron trabajo en ellas[41]. Pero incluso estas modestas pretensiones parecen exageradas, ya que la proporción de desempleados que encontraron trabajo de esta manera en Moscú y Petrogrado en mayo de 1923 no llegaba al 1 %[42]. En Yaroslav, la comisión especial de obras públicas adscrita a la bolsa de trabajo tuvo que «suspender temporalmente sus actividades por falta de fondos». En Petrogrado se decía que un promedio de 1.000 trabajadores se utilizaban diariamente en las obras públicas en la primera mitad de 1923, pero que en julio quedaron reducidos a 666 debido a dificultades de organización[43]. Por otra parte, los jornales que percibían confirmaban la opinión general de que las obras públicas eran una manera de facilitar un socorro. Si consideramos que el salario mensual básico era de diez rublos, se asignó, por disposiciones del Narkomtrud, el 40 % de esta cifra a los jornaleros empleados en las obras públicas, el 60 % a los especialistas y el 80 % a los especialistas de primera[44]. Ya en mayo de 1923, el diario de los sindicatos reconoció que las obras públicas no eran una solución y abogaba por que se organizara la movilización de los desempleados para las faenas de la recolección de la cosecha[45]. Por fin, en septiem-

24 % de obreros especializados (*XI Vserossiiski Sjezd Sovetov* [1924], páginas 103-104); pero uno de estos porcentajes —probablemente el último— está equivocado

[40] *Voprosi Truda*, n.º 2, 1923, p. 28; el decreto no aparece en la colección oficial: síntoma, por lo general, de que no se le concedía gran importancia.

[41] *Trud*, 13 de mayo de 1923. El centeno no tenía por objeto servir como auxilio directo ni como pago en especie; se vendió por 1.300.000 rublos oro, que se acreditaron al fondo. Estos anticipos no se consideraron como subsidio, sino como créditos agrícolas a los organismos económicos implicados, que debían reembolsarlos en periodos que oscilaban desde seis a dieciocho meses (*ibid.*, 24 de octubre de 1923).

[42] *Ibid.*, 23 de mayo de 1923.

[43] *Ibid.*, 9 de marzo y 15 de julio de 1923.

[44] *Trud*, 8 de septiembre de 1923; para el tipo promedio, véase más adelante, p. 80.

[45] *Ibid.*, 23 de mayo de 1923.

bre de 1923, en el consejo central de los sindicatos, Shmidt, comisario del pueblo para Trabajo, que aseguró que se habían gastado cuatro millones y medio de rublos oro en las obras públicas para absorber el 5 o 6 % del total de los desempleados, canceló todo aquel programa en términos excepcionalmente contundentes:

Es imposible lograr mucho a este respecto, debido a la lamentable situación de las finanzas del Estado... Es más práctico utilizar para un mayor desarrollo de la industria las enormes sumas que exigen las obras públicas...

No podemos emprender obras públicas de ninguna clase, con excepción de las de Moscú y Petrogrado, y, por lo tanto, es inapropiado hacer de ellas un punto del procedimiento y considerarlo en la resolución del pleno del consejo central de los sindicatos. No somos lo bastante ricos como para ejecutar ese programa... [46].

Más prometedor era, al principio, el intento de acudir en apoyo de los *artels* o cooperativas de desempleados, ya que el *artel* era una característica tradicional de la economía rusa y parecía representar un buen sistema de autoabastecimiento. Un informe de octubre de 1923, que distinguía entre los *artels* «productivos», dedicados a diversas ramas de la pequeña industria, y los *artels* «de trabajadores», que alquilaban la mano de obra de sus miembros, registraba los datos, procedentes de 42 ciudades, de 116 *artels* «productivos» que empleaban a 12.000 obreros y de 173 *artels* «de trabajadores» que empleaban 18.000. Pero, lejos de resolver el problema del desempleo, estas organizaciones «florecen en épocas de prosperidad económica y están sujetas a las crisis de los tiempos de depresión» [47]. Si algún éxito lograron los *artels*, se consiguieron a base de cercenar los miserables jornales de los obreros con un trabajo fijo. En julio de 1923 el presidente del comité central del sindicato de la construcción protestó enérgicamente contra los *artels* de trabajadores que, aunque promovidos por las bolsas de trabajo, representaban «la más inicua explotación de los obreros», pues no disfrutaban de la protección de los contratos colectivos ni de la legislación laboral en conjunto; y los sindicalistas se quejaban al mismo tiempo de que los *artels* de Petrogrado «degeneraban inevitablemente en pequeñas empresas privadas que explotaban el trabajo de los desempleados» [48]. Se declaró oficialmente que una de las razones por las que se empleaban los *artels* era «que abarataban la producción de manera considerable» [49]. Algo después el periódico de los sindicatos se refirió de nuevo a las «desviaciones» que se habían registrado en los

[46] *Ibid.*, 28 de septiembre de 1923.
[47] *Ibid.*, 24 de octubre de 1923.
[48] *Ibid.*, 11 y 15 de julio de 1923.
[49] *Ibid.*, 24 de octubre de 1923.

artels de los desempleados debido al hecho de haber sido «atrapados por el mercado», pero se manifestó en contra del abandono incondicional de los mismos [50]. Los *artels* siguieron existiendo, aunque los sindicatos y los trabajadores organizados continuaban mirándolos con recelo. Pero, como medios de combatir el desempleo, fueron bien pronto desestimados.

El seguro social contra el paro, congelado bajo el comunismo de guerra, se puso otra vez en vigor en el otoño de 1921. Al terminar el año y por decreto se establecieron los beneficios en proporciones que oscilaban desde un sexto a la mitad de los jornales ordinarios, de acuerdo con la categoría del trabajador, y se dejaba que la duración máxima de los beneficios por desempleo la fijara el Comisariado del Pueblo para la Seguridad Social (Narkomsobes) en colaboración con el Narkomtrud [51]. Las instrucciones impartidas por el Narkomsobes el 31 de enero de 1922 en cumplimiento de este decreto, especificaban que los desempleados se registraran antes de los siete días siguientes a la pérdida del trabajo, y que los jornaleros y los empleados (aunque no los trabajadores especializados) presentaran pruebas de haber trabajado antes durante un periodo de tres años. Dada la situación imperante, pocas personas podían satisfacer estos requisitos, caso de que se exigieran a rajatabla; y, al parecer, con estas instrucciones se perseguía que los beneficios del desempleo se limitaran a la pequeña minoría de los trabajadores especializados industriales [52]. Bajo el código laboral de noviembre de 1922 la duración de los beneficios se extendería durante seis meses por lo menos y se dejaba a la discreción del Sovnarkom que fijara el mínimo de tiempo de trabajo previo del desempleado para que éste tuviera derecho al beneficio; al mismo tiempo la administración del seguro de desempleo pasó del Narkomsobes al Narkomtrud, indicio de que el desempleo sería considerado más como problema laboral específico que como cuestión de auxilio social [53].

Al generalizarse el paro en la segunda mitad de 1922, hubo que desechar como quimérica la idea de que los beneficios del seguro podían cubrir a todos los que buscaban trabajo, sin conseguirlo, en las ciudades. Del número total de parados registrados en enero de 1923,

[50] *Ibid.*, 14 de diciembre de 1923.

[51] *Sobranie Uzakoneni, 1922,* n.º 1, art. 23; respecto a los decretos anteriores, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, p. 345 nota 160. En *Sotsialisticheskoe Joziaistvo,* n.º 3, 1924, pp. 214-229 hay un resumen de la historia y el funcionamiento del seguro de desempleo hasta 1924.

[52] La instrucción se cita en *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.º 3 (73), 11 de febrero de 1924, p. 11; el texto original no nos ha sido asequible.

[53] *Sobranie Uzakoneni, 1922,* n.º 70, art. 903, párrafos 186-187; n.º 81, art. 1049.

el 26 % recibían subsidio en Moscú, el 14 % en Petrogrado y el 11 % en otros doce principales centros industriales; en los demás sitios el porcentaje era, sin duda, más bajo todavía[54]. En el mismo mes la bolsa de trabajo de Moscú emprendió un nuevo registro de todos los desempleados que figuraban en sus libros, con vistas a eliminar a los «solicitantes falsos»[55]. Las bolsas de trabajo del país entero siguieron este ejemplo, dando origen a una de las cuestiones más serias de 1923. Algunas bolsas, según informaba el periódico de los sindicatos, «interpretan el nuevo registro como una manera de reducir temporal y artificialmente el desempleo, suprimiendo del registro el mayor número posible de parados»; así, en algunos lugares se efectuaron reducciones del 60 al 70 %, aunque pronto se vieron compensadas con el flujo de nuevos aspirantes[56]. Se escuchó la queja de que los sindicatos insistían en que se registrara como «trabajadores soviéticos» a los empleados de oficina de las empresas industriales, para, de esta manera, excluirlos de los beneficios[57]. El 11 de junio de 1923, nuevas instrucciones del Narkomtrud aliviaron un tanto las condiciones requeridas para la concesión del seguro. «Los trabajadores intelectuales altamente calificados y que han recibido una educación especial, tales como ingenieros, agrónomos, doctores, maestros, etc.», fueron puestos al mismo nivel que los obreros especializados: se les autorizaba a percibir el seguro sin tener que demostrar haber trabajado previamente un determinado periodo de tiempo. Los jornaleros lo percibirían también tras un año seguido de trabajo (en lugar de tres)[58]. No parece, sin embargo, que estas medidas llegaran a favorecer a más personas. La proporción de desempleados que percibían el seguro se elevó al 15 % en abril, pero descendió al 12 % en julio[59]. En vista de que aquel

[54] *Statistika Truda,* n.° 3 (12), 1924, p. 7; según *Trud* del 13 de diciembre de 1923, el 10,9 % de todos los desempleados recibían ayuda en febrero de 1923.

[55] *Ekonomicheskaya Zhizn,* 18 de enero de 1923.

[56] *Trud,* 14 de abril de 1923; el mismo artículo se quejaba de que las reglas establecidas por la bolsa de trabajo de Tsaritsin eran tan complicadas que ningún desempleado reunía las condiciones exigidas para recibir ayuda. Un artículo posterior llamaba la atención sobre las rápidas sustituciones de trabajo: «debido al carácter en extremo pesado e inestable del trabajo, y también a la escasa paga, se marchaban a otro sitio a la primera oportunidad» (*ibid.,* 11 de julio de 1923).

[57] *Ibid.,* 26 de enero de 1923.

[58] *Ibid.,* 13 de junio de 1923, en el que también aparecen los optimistas cálculos del funcionario encargado del fondo, según los cuales con las nuevas regulaciones se aumentaría la proporción de desempleados que recibían ayuda a un 30 o 35 %.

[59] *Ibid.,* 13 de diciembre de 1923; el 1 de enero de 1924 se daba la noticia de que el 30 % de los desempleados que figuraban en el registro

aumento quedaba equilibrado por la vigorosa purga efectuada contra los «aspirantes falsos», es dudoso creer que una mayor proporción de parados de *bona fide* obtuviera el seguro.

Lo que sí aumentó en la primera mitad de 1923 fue la irrisoria suma que se pagaba a los receptores del seguro. En enero de 1923 el pago medio era sólo el 13 % del denominado sueldo standard de diez rublos oro, es decir, 1,3 rublos oro, aunque en Moscú se pagaba un porcentaje superior al promedio. Para junio de 1923 el seguro subió al 45 %, es decir a 4,5 rublos oro [60]. Por encima de esta cifra, muy inferior a lo que se necesitaba para lograr un nivel de subsistencia, nunca subió el seguro. Cuando en el invierno de 1921-1922 se reorganizó el seguro social, el desempleo no figuraba en lugar destacado entre las contingencias que tendría que atender. Al principio, el fondo de desempleo lo aportaban las contribuciones de los «patronos» (los trabajadores no colaboraban con nada), que equivalían al 2,5 % de los jornales pagados; compárense estos porcentajes con las contribuciones que oscilaban desde un 6 a un 9 %, según la categoría de la empresa, que se destinaban a los fondos de enfermedad y de inutilidad temporal, y de un 7 a un 10 % para el fondo de jubilaciones [61]. Era indudable que existían dificultades para recaudar estas contribuciones. En abril de 1923 los defraudadores fueron declarados reos de delito criminal; y algo después el porcentaje se redujo a un 2 % para el fondo de desempleo de una contribución total que oscilaba del 12 al 16 % en las empresas que financiaba o poseía el Estado, y del 16 al 22 % en las empresas privadas [62]. Con todo, y a pesar de la escasez de los ingresos, destaca el hecho de que a lo largo de la crisis de desempleo los recursos del fondo contra el paro no se utilizaron íntegramente [63]. En enero de 1923 sólo el 70 % de

de Moscú recibían ayuda, el 16 % de los de Petrogrado, y el 11 % de los otros 12 grandes centros industriales (*Statistika Truda*, n.° 3 [12], 1924, página 7), porcentajes que son sólo un poco más altos que los del año anterior.

[60] *Trud*, 28 de septiembre de 1923; las tasas promedio de los primeros ocho meses de 1923 se citan en *ibid.*, 10 de octubre de 1923.

[61] *Sobranie Uzakoneni, 1922*, n.° 2, art. 34; n.° 6, art. 65.

[62] *Sobranie Uzakoneni, 1923*, n.° 27, art. 313; n.° 31, art. 342. Todavía en enero de 1924 se oía la queja de que era difícil recaudar las contribuciones completas (*XI Vserossiiski Sjezd Sovetov* [1924], p. 96); y al siguiente mes, en tiempos de la reforma financiera, la contribución total de las empresas financiadas por el Estado se «redujo temporalmente» al 10 % (*Sobranie Uzakoneni, 1924*, n.° 32, art. 299).

[63] El aserto que aparece en el informe de la delegación laborista británica que estuvo de visita y que se cita en *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 336 nota 141, según el cual las deficiencias del auxilio por desempleo se debían «al fallo económico del sistema del seguro social», no corresponde a la verdad.

los ingresos del fondo se invirtió para pagos del seguro. Pero los ingresos siguieron creciendo, sin duda por utilizarse mejores métodos de recaudación; y en junio de 1923, cuando ya se habían aumentado las cantidades a percibir por el asegurado, la proporción entre los ingresos y los gastos cayó a un 60 %, y así se mantuvo, algo más bajo, hasta terminar el año [64]. Durante la primera gran crisis de desempleo con la que tuvo que contender la economía soviética, el fondo establecido para hacerle frente sólo se utilizó hasta algo más de la mitad de sus recursos. Y, sin embargo, cuando la crisis alcanzó su mayor gravedad en el verano de 1923, no se realizó ningún intento serio para aumentar la suma que se pagaba a los receptores del seguro ni para ampliarlo a desempleados de otras categorías.

Los motivos de esta actitud restrictiva hay que buscarlos en el campo de la política general. La negativa a aumentar la cuantía del seguro se basaba en que esa miseria de 4,5 o 5 rublos al mes se aproximaba ya a los sueldos más bajos que percibían los jornaleros. En realidad, según explicó Shmidt al consejo central de los sindicatos en septiembre de 1923, los retrasos en el pago de los jornales a los mineros del Donbass habían creado ya una situación en la que no se encontraban mucho mejor que los desempleados beneficiarios del seguro [65]. La poca cuantía del seguro era un índice de la pobreza de la economía en su conjunto. Los sindicatos aceptaron este argumento y se limitaron a pedir que se extendieran los beneficios del seguro a mayor número de desempleados [66]. Pero también esto era incompatible con la política del Narkomfin, el cual, en su afán de ceñirse a los principios más rígidos de la economía ortodoxa, se había impuesto como principales objetivos provocar la deflación y limitar la emisión de papel moneda. El compromiso a que se llegó y que fue puesto en práctica a lo largo de 1923, imponía, cuando más, unas medidas limitadas de ayuda (inferiores al jornal mínimo del obrero sin especializar) a favor, principalmente, de los trabajadores especializados, en particular de los de Moscú y Petrogrado, donde todavía se

[64] *Trud*, 28 de septiembre y 13 de diciembre de 1923.

[65] *Ibid.*, 28 de septiembre de 1923; en el mismo discurso Shmidt proclamó que en esa época el auxilio promedio era de cinco rublos mercancía para los trabajadores especializados y tres para los peones, sumas que subían, respectivamente, a seis y cuatro para Moscú y Petrogrado.

[66] Respecto a la resolución del consejo central de los sindicatos de septiembre de 1923, en la que se acepta el punto de vista de que un aumento del subsidio de ayuda era «impracticable... debido al nivel en que está situado el salario mínimo», véase *Trud* del 2 de octubre de 1923; en fecha tan avanzada como enero de 1924, Shmidt repitió que, aunque el subsidio a los desempleados era extremadamente «pequeño» en comparación con el que recibían los enfermos e impedidos, era «imposible elevarlo en un próximo futuro» (*XI Vserossiiski Sjezd Sovetov* [1924], p. 94).

hallaban los más importantes complejos industriales y donde el descontento podía ser políticamente peligroso; todo esto tuvieron que aceptarlo, aunque fuera a regañadientes, los sindicatos, cuyos miembros se hallaban mejor situados que los otros trabajadores [67].

La gran diferencia existente entre los trabajadores especializados y la masa de simples jornaleros reflejaba con exactitud las condiciones laborales de Rusia, donde los campesinos y los jornaleros urbanos eran entidades intercambiables con fluctuaciones regulares según la sucesión de las estaciones, y donde incluso una parte considerable de la fuerza laboral especializada estaba propensa a desintegrarse en circunstancias desfavorables y a sumergirse en las masas campesinas, de las que había surgido no mucho tiempo antes. Shmidt se refirió con brutal franqueza a esa diferencia, al explicar en el consejo central de los sindicatos, en septiembre de 1923, que «se trataba de preservar la fuerza laboral especializada que no podemos utilizar en un próximo futuro»:

> Nuestra industria —continuó— ha experimentado tal contracción, que nuestros trabajadores especializados han perdido sus puestos. En este grupo el desempleo es persistente... Sin embargo, esta fuerza laboral nos es necesaria, debemos conservarla a toda costa hasta que llegue el momento en que podamos desarrollar nuestra industria. Todos los demás grupos que se han registrado en las bolsas de trabajo no pueden contar con nuestra ayuda.

La resolución del consejo exigía que se tratara «de aliviar el desempleo entre los trabajadores industriales especializados y auxiliares y, al mismo tiempo, limpiar las bolsas de trabajo de elementos extraños» [68]. Ante la decisión oficial de negar el registro a los recién llegados del campo [69], una empresa ilegal comenzó a organizar una bolsa de trabajo particular [70]. Pero la política del Narkomtrud se mantuvo clara e inflexible. No hubiera tenido objeto socorrer a los obreros no especializados que podían reintegrarse fácilmente a las masas campesinas a la espera de mejor ocasión; pero sí era necesario acudir en ayuda de esos grupos limitados de trabajadores especializados cuya dispersión, aunque de momento no hubiera puestos para todos, podía representar a la larga un desastre nacional. Lo que chocaba de la actitud oficial no era tanto la franca admisión de que poco o nada se podía hacer a fin de aliviar el desempleo —a este respecto, como en cuanto a la capital importancia que se daba a las con-

[67] En una época en que sólo un séptimo de todos los empleados recibían subsidio, lo recibían la mitad de los sindicalistas desempleados (*Trud,* 13 de diciembre de 1923).

[68] *Trud,* 28 de septiembre, 9 de octubre de 1923.

[69] *Ibid.,* 4 de octubre de 1923.

[70] *XI Vserossiski Sjezd Sovetov* (1924), p. 105.

sideraciones de tipo económico, la economía de la NEP en la Rusia soviética revelaba características muy parecidas a la economía capitalista contemporánea—, sino la tenacidad con que, incluso en medio de la NEP, los objetivos a largo plazo del desarrollo de la industria se tuvieron siempre presentes y se consideraron más importantes que las privaciones o las estrecheces que tuvieran que soportar las masas obreras en el inmediato futuro.

La crisis del desempleo afectó de curiosa manera el régimen de los campos penales de trabajo[71]. Hasta entonces, los prisioneros de esos campos eran destinados a las fábricas u otras empresas que necesitaran mano de obra. Ahora que el trabajo escaseaba, los sindicatos y los trabajadores libres protestaron vigorosamente contra la competencia del trabajo forzado. Por decreto de febrero de 1923, las personas condenadas a trabajos forzados debían en el futuro «dedicarse a trabajos propios de los lugares de detención o de las empresas económicas adscritas a los mismos»; y sólo en el caso de que no existiera tal tipo de trabajo, podrían ser destinados a otras partes para realizar «las faenas más duras y peligrosas, que ni siquiera los desempleados quieren emprender». Esto podría parecer como el punto de partida de las grandes empresas organizadas bajo la dirección y administración de la GPU para la utilización del trabajo obligatorio. Pero, en realidad, no existía una clara línea divisoria entre los dos tipos de empresas; en caso necesario las bolsas de trabajo enviaban a los trabajadores libres parados a las empresas que utilizaban, principalmente, mano de obra forzada[72].

De todas las consecuencias que acarreó la pérdida de importancia del trabajador industrial en la economía soviética, la más visible fue la decadencia de los sindicatos en cuanto a influencia y prestigio. El resultado inmediato del establecimiento de la NEP fue que muchos miembros de los sindicatos se dieron de baja, en parte por el aumento del desempleo, pero, principalmente, porque las nuevas regulaciones implantaban la afiliación voluntaria y condicionada al pago de las cotizaciones[73]. De un máximo de 8.400.000 miembros el 1 de julio de 1921, el número se redujo a 5.800.000 el 1 de abril de 1922 y a 4.500.000 el 1 de octubre del mismo año. Hasta fines de 1922 esta última cifra permaneció casi inalterable y luego comenzó a recuperarse, a causa sin duda de una mejor orga-

[71] Respecto al establecimiento de estos campos, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 223.

[72] *Sobranie Uzakoneni, 1923*, n.º 16, art. 202.

[73] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 342.

nización, hasta llegar a un total de 5.350.000 el 1 de julio y a 5.500.000 el 1 de octubre de 1923 [74]. Pero el mejor índice sobre el volumen de la actividad de los sindicatos lo suministra el número de trabajadores cubiertos por contratos colectivos, los cuales, bajo la NEP, sustituyeron al servicio laboral como forma normal de contratación de los obreros industriales y de los empleados. Para el 1 de julio de 1923 se habían firmado, por o con la sanción de la organización central de sindicatos, 81 contratos colectivos que amparaban a dos millones de trabajadores. Esto cubría el 41 % de todos los sindicalizados, pero en proporciones muy diversas según sus diversas ocupaciones. Todos los ferroviarios (y el 90 % de todos los trabajadores del transporte), todos los maestros y todos los trabajadores de la industria azucarera estaban amparados por contratos colectivos de carácter general; pero sólo el 41 % lo estaban en la metalurgia, el 39 % en la minería, el 19 % entre los «trabajadores soviéticos» y el 2 % en la construcción. Además de estos acuerdos, para el 1 de julio de 1923 se habían firmado 8.430 contratos colectivos de carácter local que afectaban a 1.400.000 obreros (es decir, un promedio de unos 165 trabajadores por cada contrato) [75]. Los otros dos millones de afiliados nominales (con inclusión de un número considerable de desempleados) no estaban amparados por ningún contrato colectivo y no representaban para el sindicato ninguna fuerza adicional. Como no parece que la representaran trabajadores sindicalizados cubiertos por contratos de carácter local y que trabajaban, en su mayor parte, en empresas diseminadas y sin importancia.

Más significativo que las fluctuaciones en el número de afiliados era el cambio que experimentaron los sindicatos. Durante el comunismo de guerra, los trabajadores industriales, por muy severas que fueran las cargas que tenían que soportar, tanto de tipo militar como laboral, formaban la clase privilegiada, la esencia de la política soviética; y los sindicatos representaban a los trabajadores dentro de la máquina del Estado, del cual eran, aunque no lo fueran de nombre, una parte vital. Los sindicatos bajo el comunismo de guerra eclipsaron con su influencia e importancia tanto a la parte empresarial de la industria, que todavía sufría los prejuicios que se abrigaron contra los antiguos «especialistas» burgueses, como al

[74] *Statistika Truda*, n.° 3, febrero de 1923, p. 10; n. 4, 1923, p. 7; n.° 2 (1), 1924, p. 19.

[75] *Statistika Truda*, n.° 9, 1923, pp. 12-15; la resistencia a adoptar los acuerdos colectivos fuera de los grandes centros se menciona en un artículo de *Trud*, 3 de mayo de 1923, el cual se quejaba de que los soviets locales se negaban a firmar tales acuerdos con sus empleados.

organismo laboral del Estado, el Narkomtrud, que llegó a convertirse en mero instrumento ejecutivo de las decisiones que tomaban los sindicatos [76]. Bajo la NEP estas relaciones sufrieron un cambio radical. En el «triángulo» industrial que formaban el Estado, la dirección y el trabajo, los sindicatos pronto se vieron relegados a un segundo plano. Los «industriales rojos», libres de las sospechas que anteriormente pesaron sobre ellos, eran ahora los pilares de la NEP en las cuestiones industriales. Era su oponión la que influía, más que la de los sindicatos, en los problemas de política industrial. Ahora que el Estado ya no financiaba a los sindicatos, sino que éstos dependían de las contribuciones de sus afiliados, se generalizó la práctica de que, de acuerdo con la dirección de las fábricas, se descontara de los jornales de los sindicalizados las cotizaciones correspondientes. Este procedimiento era objeto de constantes protestas por parte de las oficinas centrales de los sindicatos. En febrero, el diario de los sindicatos felicitó al consejo sindical de la región del Don por iniciar una campaña a fin de que los propios sindicatos recaudaran las cotizaciones [77]; pero no hay pruebas de que el éxito coronara esa campaña. En junio de 1923, con ocasión del congreso del sindicato de metalúrgicos, se escuchó de nuevo la queja de que algunas filiales recaudaban las cotizaciones «a través de la oficina de las empresas» y que «de esta manera se encubren las verdaderas relaciones del trabajador con su sindicato» [78]. Pero las reformas iban «a paso de tortuga» y en octubre sólo el 10 % de los metalúrgicos de Moscú pagaban directamente sus cotizaciones a los recaudadores del sindicato, aunque de otros centros se mencionaban cifras desde un 30 % a un 60 % [79]. Si este estado de cosas reinaba en el sindicato de metalúrgicos, poderoso, relativamente bien organizado y con miembros muy especializados, lo probable es que en los demás sitios se progresara menos todavía [80]. El procedimiento de deducir automáticamente las cotizaciones de los salarios era demasiado cómodo para que los sindicatos lo rechazaran a la

[76] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 214-215.
[77] *Trud*, 21 de febrero de 1923.
[78] *Ibid.*, 15 de junio de 1923.
[79] *Ibid.*, 21 de septiembre y 18 de octubre de 1923.
[80] *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.º 10 (80), 10 de mayo de 1924, pp. 15-16, habla de un sistema que estaba en vigor en los talleres de Sormovo, según el cual los «recaudadores» de las cotizaciones de los sindicatos eran elegidos por los propios trabajadores y recibían del sindicato un porcentaje de la suma recaudada; de acuerdo con la dirección, los recaudadores se quedaban con los discos de metal que los trabajadores tenían que mostrar para tener acceso a los talleres y no los devolvían hasta que recibían sus cotizaciones.

ligera; pero su actitud arroja una luz reveladora sobre las relaciones que mantenían normalmente los sindicatos con los cuadros directivos de las empresas.

Tampoco la autoridad del Estado estaba dispuesta a seguir defendiendo los intereses de los sindicatos en sus conflictos con los gerentes. Una de las consecuencias de la NEP fue que los trabajadores industriales se quedaron sin esta protección, que disfrutaron durante la primera etapa. Las funciones del Estado con respecto a ellos quedaban definidas en el código laboral de noviembre de 1922 y se limitaban a la salvaguardia de un mínimo de condiciones de seguridad y de asistencia, a la fijación del salario mínimo y al mantenimiento de las bolsas de trabajo, por las cuales se efectuaba normalmente el reclutamiento de la mano de obra [81]. El Estado ya no estipulaba los jornales, sino que lo fijaban, mediante contratos colectivos, los empresarios y los sindicatos. En teoría los sindicatos eran por completo independientes, y sus funciones las mismas de los sindicatos existentes en la economía capitalista. En la práctica, su independencia era fuente de debilidad más que de fortaleza; obligados sus jefes por la disciplina del partido a no desafiar directamente las decisiones del gobierno, aquella independencia formal les costaba alejarse del centro de autoridad y con ello iban perdiendo las posibilidades de proteger y promover los intereses de los sindicalistas. El Narkomtrud no sólo se hizo cargo de la administración de los seguros sociales [82], sino que, de nuevo, ocupó en la jerarquía oficial el puesto del que los sindicatos le expulsaron en los días del comunismo de guerra. Los industriales, firmemente atrincherados ahora en cargos de influencia en el comisariado [83], observaron con satisfacción este proceso. «En vez del organismo oxidado y con funciones insignificantes del periodo del comunismo de guerra», escribía el *Ekonomicheskaya Zhizn* el 17 de julio de 1923, en un artículo sobre el Narkomtrud, «tenemos de nuevo una institución

[81] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, pp. 343-344. El salario mínimo oficial lo fijó mensualmente el Narkomtrud en rublos soviéticos desde diciembre de 1922 a octubre de 1923, y después *(Sbornik Dekretov, Postanovleni, Rasporiazheni i Prikazov por Narodnomu Joziaistvu,* n.º 11 [14], noviembre de 1923, pp. 61-62) en rublos chervonets; el país fue dividido en tres zonas en las que se aplicaban tipos diferentes. Pero el mínimo legal estaba tan por debajo del salario más ínfimo establecido por los contratos colectivos (en noviembre de 1923 era sólo de cinco rublos para la zona más alta) que no se consideraba en las negociaciones salariales. El 9 de enero de 1924, *Trud* predijo solemnemente que si no se aumentaba ese salario mínimo legal, se convertiría en «una formalidad sin contenido»; en realidad lo era desde hacía bastante tiempo.

[82] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, p. 342.

[83] Véase anteriormente p. 57.

fuerte y saludable, idónea para llevar adelante tareas de la mayor importancia». Puede afirmarse que, en general, y desde 1923 en adelante, los sindicatos se plegaron a las directrices de la NEP. Se dedicaron con éxito a organizarse y perfeccionarse; ejecutaron el papel, necesario pero muchas veces embarazoso, de servir de intermediarios entre el gobierno y los trabajadores, inculcando en éstos el deber de aceptar lealmente las decisiones del Estado y abogando ante el gobierno, a veces con éxito, a favor de los obreros en cuestiones determinadas; pero renunciaron a su pretensión de seguir representando un papel a la hora de tomar decisiones importantes de política.

De todos los síntomas que revelan el mayor poder de patronos y empresarios a expensas de los trabajadores en el invierno de 1922-1923, el primero y más evidente era su actitud para con las bolsas de trabajo. Las bolsas de trabajo, que nacieron en 1917, se convirtieron en el otoño de 1918 en el único medio legal para el enganche de trabajadores. Este sistema no duró mucho y dio lugar, bajo el comunismo de guerra, al reclutamiento directo de los obreros por parte de las autoridades públicas; las bolsas de trabajo se transformaron en órganos del Narkomtrud con facultades ejecutivas para movilizar y dirigir a la mano de obra [84]. Bajo la NEP las bolsas de trabajo reasumieron sus funciones originales, y el código laboral de noviembre de 1922 mantuvo el principio de que toda la mano de obra habría de contratarse, bien por parte de patronos particulares, bien por parte de empresas o instituciones del Estado, a través de dichas bolsas. Ya para entonces, los patronos trataban de eludir esta obligación de contratar a los obreros mediante las bolsas (una protesta infructuosa contra este abuso se dejó oír en el quinto congreso nacional de los sindicatos, en septiembre de 1922) y el propio código laboral contemplaba muchas excepciones a la obligatoriedad de este requisito. Con base en este extremo la campaña contra las bolsas de trabajo adquirió mayores ímpetus. La nueva autoridad que ejercían los industriales en los problemas laborales se reflejaba no sólo en las disposiciones que autorizaban el despido de los obreros por muchas causas, y que se incorporaron al nuevo código laboral [85], sino también en un decreto de enero de 1923 que trataba del registro de los desempleados en las bolsas y que estipulaba que las peticiones de mano de obra debían satisfacerse «no por una distribución mecánica de los parados en orden rotativo, sino observando estrictamente los requerimientos expresados por el gerente» [86].

[84] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 222-223.
[85] Véase *ibid.*, vol. 2, p. 331.
[86] *Sbornik Dekretov, Postanovleni, Rasporiazheni i Prikazov po Narod-*

Un decreto de febrero de 1923 especificaba con detalle los trabajadores que podían ser contratados directamente, entre ellos administradores, contables, especialistas y toda clase de empleados idóneos [87]. En una época en que la oferta de trabajadores excedía con mucho a la demanda, los gerentes se hallaban en una posición tan fuerte que eludían las bolsas de trabajo cuando así les convenía. En julio de 1923 un nuevo decreto que trataba de la organización y las funciones de las bolsas de trabajo, reafirmaba el derecho de los gerentes a elegir los trabajadores de unas listas preparadas por las bolsas y daba un gran número de facilidades a éstos para rechazar a los obreros que se les antojara. Los parados debían ser colocados «exclusivamente con arreglo a su conocimiento del oficio, a su experiencia y a su capacidad de trabajo», aunque entre dos candidatos en las mismas condiciones se daría preferencia al sindicalizado [88]. A los dos meses una circular del Narkomtrud establecía el procedimiento de «consulta» entre los gerentes y las bolsas, cuando aquéllos pidieran más de diez obreros o trabajadores sumamente especializados [89]. Todo esto formaba parte de lo que *Trud* llamaba «la presión de los industriales contra las bolsas de trabajo, en especial contra su posición monopolística en el mercado de la mano de obra» [90]. Todas estas declaraciones fueron preparando el terreno para que las bolsas dejaran de ser canales obligados para el contrato de la mano de obra y se transformaran en agencias de empleo voluntario mantenidas por el Estado. Este proceso se completó a comienzos de 1925 [91].

Un campo en el que los sindicatos luchaban continuamente en acciones de retaguardia para mantener su influencia era el de los procedimientos para solventar disputas laborales. Bajo el comunismo de guerra, donde el Estado era, virtualmente, el único patrono, no se produjeron disputas de este tipo; las cuestiones conflictivas las

nomu Joziaistvu, n.º 1 (4), enero de 1923, pp. 91-92; seis meses después un nuevo decreto daba a las empresas el derecho de «elegir sus fuerzas de trabajo de la lista de trabajadores registrados en la bolsa» *(Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.º 68, art. 655).

[87] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n. 13, art. 171; una protesta contra esta ampliación de las excepciones en el mecanismo de las bolsas de trabajo apareció en *Trud* del 10 de marzo de 1923.

[88] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.º 68, art. 655.

[89] *Trud,* 29 de septiembre de 1923.

[90] *Ibid.,* 30 de diciembre de 1923: el mismo capítulo recapitulaba los viejos abusos de las bolsas de trabajo: «las famosas 'purgas'... los subterfugios empleados para el registro, la negativa a registrar a los recién llegados para así 'reducir el desempleo'».

[91] *Sobranie Zakonov, 1925,* n.º 2 art. 15; la única restricción aún en vigor era la de no permitir el establecimiento de agencias particulares de colocación.

resolvía el Glavkomtrud y la obediencia la imponían «los tribunales de disciplina entre camaradas» [92]. Bajo la NEP, donde la mano de obra era libre, y los contratos colectivos constituían la forma normal de enganche, la cuestión de cómo solucionar las disputas se planteó rápidamente. La resolución de los sindicatos, proyectada por Lenin y aprobada por el comité central del partido el 12 de enero de 1922, aunque aceptaba, con ciertas reservas, la conveniencia de declarar huelgas contra «las perversiones burocráticas» o contra «las supervivencias del capitalismo», se apoyaba, para casos de conflicto, en la «acción mediadora de los sindicatos» que, o bien entrarían en negociaciones con los organismos económicos envueltos en el caso, o recurrirían a las instituciones supremas del Estado; y se recomendó, para dirimir las disputas, el establecimiento, por parte de los sindicatos, de las «comisiones de conflicto» [93]. Con arreglo a esta resolución, se acostumbraba incluir en los contratos colectivos las cláusulas que determinaban el establecimiento de las denominadas Comisiones de Conflicto y Avalúo (Rastsenochno-Konfliktnie Komissi o RKK) compuestas de representantes de gerentes y obreros (o de los sindicatos que actuaran en nombre de estos últimos) para dirimir los problemas corrientes que surgen en las relaciones entre obreros y gerentes y los desacuerdos en la interpretación de los contratos. Este procedimiento era de carácter voluntario para ambas partes; y se daba por sentado que el arma de la huelga quedaba en las manos de los trabajadores para utilizarla como último recurso, aunque en la práctica se procuraba que no se empleara [94].

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que se pusiera de manifiesto la insuficiencia de las RKK para acallar el descontento de los trabajadores; y un decreto del 18 de julio de 1922 señaló un nuevo intento de encararse con el problema. Las RKK siguieron en vigor, pero bajo dos nuevas instituciones, que dirimirían las disputas que las RKK no hubieran conseguido solucionar a satisfacción de las dos partes. Estas instituciones eran las cámaras de conciliación (Primiritelnie Kameri) y los tribunales arbitrales (Treteiskie Sudi). Las cámaras de conciliación diferían de las RKK en dos aspectos: podían intervenir no sólo en los conflictos que tuvieran su origen en los contratos colectivos, sino también en las quejas

[92] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 224, nota 211, p. 224.

[93] Respecto a esta resolución, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 340-341.

[94] La situación de las RKK se confirmó y reguló más tarde mediante decreto (*Sobranie Uzakoneni, 1922*, n.º 74, art. 911); mientras que sus decisiones se podían tomar sólo por acuerdo, la ejecución de estas decisiones, una vez aprobadas, era obligatoria y con fuerza de ley.

que se plantearan contra determinadas cláusulas de esos contratos y que no eran competencia de las RKK; y el Narkomtrud designaba a los presidentes de las cámaras de conciliación. Como las partes estaban igualmente representadas y el presidente carecía de voto y sólo podía ejercer poderes de persuasión, el principio de voluntariedad quedaba intacto, aunque los acuerdos que se alcanzaban tenían fuerza de ley. Por otra parte, el presidente de un tribunal arbitral, que a falta de acuerdo entre las partes también era designado por el Narkomtrud, tenía la prerrogativa del voto, y las decisiones de este tribunal eran también legalmente obligatorias. También aquí el principio de voluntariedad se respetaba en teoría, ya que las disputas (hubieran o no pasado antes por la cámara de conciliación) se dirimían ante el tribunal arbitral sólo mediante acuerdo entre las partes. Pero había una cláusula de escape a favor de la obligatoriedad, inserta, al parecer, a modo de apéndice, a saber, que en las disputas planteadas en las empresas e instituciones del Estado, el sindicato, sin previo acuerdo con la gerencia, podía llevar el conflicto al tribunal arbitral y forzar así una decisión [95]. Esta cláusula parecía conceder una ventaja a los trabajadores. Pero, con el creciente poder de los empresarios industriales, ese privilegio duró poco y pronto se convirtió en un arma que podía volverse contra los propios trabajadores. Al mes de la promulgación del decreto original, otro decreto de fecha 23 de abril de 1922 corregía el procedimiento y señalaba que «las disputas relativas a la conclusión de los contratos colectivos (aunque al parecer no otras disputas) pueden ser sometidas por el Narkomtrud al tribunal arbitral a petición de cualquiera de las partes» [96]. No cabía duda de que el principio del arbitraje obligatorio, una vez establecido, se aplicaría indiferentemente a los empresarios y a los trabajadores; y Shmidt, comisario del pueblo para Trabajo, tuvo la ingrata tarea de tratar de justificar el nuevo decreto ante el quinto Congreso de toda Rusia en septiembre de 1922. Explicó que él mismo se había opuesto al decreto, pero que sus objeciones no fueron admitidas por el Sovnarkom. Al quedar la iniciativa en manos del Narkomtrud en virtud del decreto, Shmidt prometió que el procedimiento de arbitraje se aplicaría sólo a las disputas individuales, no a las disputas relacionadas con los contratos colectivos, y añadió que por ningún motivo se debía privar a los sindicatos de su derecho de huelga [97]. Su intervención fue un notable ejemplo de lo floja que andaba por

[95] *Sobranie Uzakoneni, 1922,* n.º 45, art. 560.

[96] *Ibid.,* n.º 54, art. 683.

[97] *Stenograficheski Otchet Piatogo Vserossiiskogo Sjezda Professionalnij Soyuzov* (1922), pp. 86-88.

entonces la disciplina de los soviets y del partido, ya que un comisario del pueblo se permitía prometer en público que no se obligaría al cumplimiento de la cláusula impopular de un decreto [98].

La promulgación del código laboral de noviembre de 1922, que cubría los tres procedimientos para dirimir las disputas, sembró otra vez de vaguedades la situación en lo que se refería al arbitraje obligatorio. Tras subrayar el carácter potestativo de las RKK y de las cámaras de conciliación, el código prescribía que «en caso de que surja una disputa en empresas o instituciones del Estado, el Narkomtrud, a petición del sindicato, establecerá un tribunal de arbitraje», restableciendo así, al parecer, la iniciativa unilateral de los sindicatos indicada en el decreto del 18 de julio. Añadía, sin embargo, que «en caso de graves disputas que puedan amenazar la seguridad del Estado, el tribunal de arbitraje puede constituirse por orden especial del VTsIK, del Sovnarkom o del STO» [99]. En tales casos la iniciativa escapaba de las manos de los sindicatos y del Narkomtrud, y los organismos superiores del Estado podían imponer el arbitraje obligatorio en las disputas laborales; y como tanto el código laboral como los decretos indicaban claramente que la infracción de las decisiones tomadas por las cámaras de conciliación o por los tribunales de arbitraje constituía un delito criminal, la potestad coercitiva quedaba firmemente establecida. El siguiente paso se dio con un decreto de marzo de 1923, el cual, al dar normas para el cumplimiento de las cláusulas del código laboral, añadía precisión y claridad a la situación legal. Confirmaba el rango y las facultades de las cámaras de conciliación y de los tribunales de arbitraje. En principio se requería aún el consentimiento de ambas partes para constituir un tribunal de arbitraje; incluso se abandonaba el derecho unilateral concedido a los sindicatos por decreto del 18 de julio de 1922, y mantenido en el código laboral, para llevar las disputas de las empresas del Estado ante el tribunal de arbitraje sin el consentimiento de los empresarios. Pero la cláusula añadida del código, referente al derecho del VTsIK, del Sovnarkom y del STO para imponer el arbitraje obligatorio «en caso de graves disputas que puedan amenazar la seguridad del Estado», era ratificada [100]. Y, en última instancia, esta facultad era decisiva. El de-

[98] Las estadísticas del segundo semestre de 1922 revelan la importancia relativa de los diversos procedimientos. El número de disputas aumentó desde 588 que afectaban a 20.000 trabajadores en junio, a 786 que afectaban a 105.000 en diciembre. La proporción de las disputas en que mediaban las RKK descendió del 87 al 79 %, y la proporción de las disputas en las que mediaban las cortes de conciliación y los tribunales de arbitraje se elevó del 9 al 12,7 y del 3 al 7 %, respectivamente (*Statistika Truda*, n.º 4, 1923, p. 18).

[99] *Sobranie Uzakoneni, 1922*, n.º 70, art. 903.

[100] *Sobranie Uzakoneni, 1923*, n.º 24, art. 288.

creto no sólo procuraba poderes coercitivos contra los empresarios o empleados recalcitrantes, sino que autorizaba el empleo de sanciones penales contra las infracciones de la disciplina laboral, reconstituyendo así, con ligeras variantes, los tribunales disciplinarios de la época del comunismo de guerra. El miedo al desempleo, severo y persistente como era, no era suficiente para tener a los hombres sujetos al trabajo en las duras condiciones laborales de la Rusia soviético en los primeros años de la década de los veinte. Pero todas estas prescripciones no eran del todo unilaterales. En julio de 1923 se establecieron tribunales disciplinarios para entender en los casos de personas colocadas en cargos de responsabilidad en las instituciones o empresas del Estado, que pudieran ser culpables de negligencia o de irregularidades en el trabajo. Los castigos incluían reprimendas, despidos y la obligación de reponer cualquier pérdida o daño causado[101].

Sin embargo, el hecho más revelador de la reaparición del elemento capitalista en la economía soviética fue que, una vez más, la política laboral se centró en el problema de los salarios. Bajo el comunismo de guerra, cuando la mano de obra se reclutaba a base de la movilización obligatoria, los pagos en especie, en forma de raciones y de otros servicios gratuitos, sustituyeron en gran medida no sólo a los pagos en moneda, sino incluso al cálculo de los salarios en términos monetarios. Fue objeto de la NEP cambiar todas las formas de pago en especie por transacciones monetarias. Los servicios sociales se establecieron sobre la base de seguros para que se financiaran a sí mismos y se instauró el pago obligatorio de otros servicios, incluso el del alquiler de las viviendas, las cuales, bajo el comunismo de guerra, se distribuyeron gratis[102]. No era posible, por otra parte, suprimir de golpe el racionamiento de los trabajadores. En este aspecto el cambio se fue realizando poco a poco; los trabajadores del transporte y del servicio de correos y otros de algunas industrias nacionali-

[101] *Ibid.*, n.º 54, art. 531.

[102] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, nota 153 p. 342, nota 212 p. 361. Sin embargo esta orden fue al parecer inoperante en lo que respecta a los alquileres, ya que en fecha tan avanzada como junio de 1923, se emitió un nuevo decreto reimplantando los pagos de los alquileres «con el fin de tener las casas en buen estado». Las personas que vivían de ingresos no procedentes del trabajo y los miembros de profesiones libres pagaban las tasas más altas; el pago de los alquileres de los trabajadores se calculaba como porcentaje de sus salarios (menos del 1 %, exceptuados los que recibían las retribuciones más elevadas); estaban totalmente exentos los beneficiarios del seguro, los desempleados, las familias de los hombres del Ejército Rojo y los estudiantes *(Sobranie Uzakoneni, 1923*, n.º 55, art. 540).

zadas continuaron recibiendo sus raciones durante más de dos años después de la introducción de la NEP [103]. El valor monetario de las raciones se cargaba a los sueldos establecidos por los contratos colectivos, de manera que desde el otoño de 1921 en adelante percibían los salarios calculados en dinero, aunque, en realidad, parte de esos salarios se pagaba aún en especie. Sin embargo, era evidente que la depreciación del rublo dificultaba la fijación de los salarios. Tras el establecimiento en noviembre de 1921 de un tipo oficial mensual de cambio del rublo soviético, tipo ligado a un índice de precios con base en los precios de 1913 —el denominado «rublo de anteguerra» o «rublo mercancía» [104]—, todos los salarios se calcularon con arreglo a esta nueva unidad, aunque se siguieron pagando con rublos soviéticos al tipo corriente.

Cuando en marzo de 1922 el Narkomfin abandonó el rublo mercancía por el rublo oro, surgieron otras dificultades, ya que nadie estaba dispuesto a abandonar, por motivos de fijación de salarios, un patrón que tenía el mérito de estar ligado al costo de la vida [105]. El cálculo del valor del rublo mercancía en relación con los precios de 1913 lo efectuó el Gosplan, el cual preparó su propio índice de precios; y en lo sucesivo el rublo mercancía del Gosplan se utilizó en los contratos colectivos como base para calcular los jornales, práctica que una circular del consejo central de los sindicatos, fechada en octubre de 1922, sancionó y recomendó formalmente [106]. La situación que se produjo fue en extremo compleja.

Fijar los salarios mes tras mes con relación al índice de precios en rublos mercancía entrañaba cálculos muy complicados. Fijar el tipo de cambio entre el rublo mercancía y el rublo soviético, con el cual se efectuaban realmente los pagos, suponía también una empresa delicada y muy controvertible, pues en los cálculos se utilizaban muchos recursos para situar los salarios efectivos por debajo de los tipos acordados. Por este motivo las estadísticas oficiales de la época exageran en cuanto al valor real de los jor-

[103] Por decreto de febrero de 1923 se asignaron 3.383.855 *puds* de grano al fondo salarial, de los cuales 270.000 fueron para el transporte, 190.000 para los trabajadores del correo y 493.855 para las industrias nacionalizadas (*Sobranie Uzakoneni, 1923*, n.° 11, art. 132); en el mismo mes el 80 % de todos los salarios se pagaban en efectivo, con una proporción mayor del 97 % en Moscú, y del 88 % en Petrogrado (*Statistika Truda*, n.° 5, 1923, p. 11); otro cálculo estima que el 25 % de los salarios se pagaba todavía en especie en marzo de 1923 (*Trud*, 2 de agosto de 1923). Los últimos vestigios del pago en especie desaparecieron en la reforma financiera de febrero de 1924.

[104] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 364.

[105] Véase *ibid.*, vol. 2, p. 357.

[106] *Trud*, 14 de octubre de 1922.

nales. El tipo oficial de los salarios que figuraba en las estadísticas era, en la práctica, menos importante que el tipo variable de cambio según el cual se efectuaban los pagos en rublos soviéticos y que la fecha en la cual se realizaban. La ausencia de una política salarial se complicaba con la rivalidad existente entre los diversos departamentos y daba lugar a una confusión indecible. El Narkomfin y el Gosbank controlaban el suministro de rublos; el Narkomprod era responsable de los pagos en especie; el consejo central de los sindicatos fijaba los salarios que se señalaban en los contratos colectivos; dos o tres comisiones interdepartamentales tenían a su cargo la administración del fondo de los jornales, tanto en efectivo como en especie; y, finalmente, el Gosplan suministraba cálculos teóricos del fondo general de jornales dentro del presupuesto nacional. Un consejo superior de jornales trató de mediar entre estas diversas autoridades, pero carecía de facultades para decir la última palabra.

Con arreglo a los cálculos del Gosplan, el salario de un «trabajador de tipo medio» era en Rusia, antes de 1914, de 20 rublos mensuales. Cuando a comienzos de 1922 el Gosplan calculó los jornales en rublos de anteguerra, se vio que los salarios mensuales a fines de 1920, incluyendo los pagos en especie, eran el equivalente de 3 rublos y 40 kopeks, los cuales, probablemente mediante expedientes ilícitos, se completaban hasta el mínimo de 5 o 6 rublos que eran necesarios para subsistir. Bajo el impulso de la NEP, los salarios fueron aumentando, aunque con irregularidad, a lo largo de 1921. En enero de 1922 las raciones que suministraba el Narkomprod a los trabajadores de primera clase se calculaban por un valor de 8,10 rublos mercancías; las de otros trabajadores manuales, por un valor de 6,78, y las de los trabajadores de categoría inferior, por 4,76 rublos, es decir, el más bajo. Los víveres constituían el más importante, casi el único capítulo del presupuesto del trabajador; y el total del salario para dicho mes, incluyendo el pago en efectivo, variaba desde 8,78 rublos para los trabajadores de primera hasta 6,26 para los obreros de última clase [107]. En estas condiciones, los estadísticos del Gosplan tomaban la hipotética cifra de 10 rublos, es decir, la mitad del salario mensual de 1913, como tipo promedio de sus cálculos. Los salarios se calculaban con base al costo de determinadas cantidades de un grupo de artículos de primera necesidad que, en 1913, hubieran costado 10 rublos a un trabajador corriente de Moscú o Petrogrado o 7,40 rublos como promedio en el resto del país. Las estadísticas de los salarios aparecían en las publicaciones oficiales

[107] Estos cálculos, hechos en el Gosplan y publicados en *Ekonomicheskaya Zhizn*, en febrero de 1922, se hallan en S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), pp. 74-79.

como porcentajes de este índice de precios del Gosplan. Sobre estas bases, el jornal promedio mensual del trabajador industrial mostraba un aumento del 75 % en enero de 1922 al 142 % en diciembre del mismo año, y al 162 % en enero de 1923 [108]. La realidad no era tan satisfactoria. A lo largo de 1922, el Narkomfin, reacio a admitir los índices de precios del Gosplan, confiaba más en sus propios cálculos, y con frecuencia dejaba de suministrar los fondos necesarios para atender el pago de los jornales establecidos por contrato en las industrias que dependían de las finanzas del Estado, de manera que, o los jornales se pagaban con el consentimiento tácito de los sindicatos (el trabajador individual, confundido por la constante depreciación de la moneda, no llegaba a enterarse con exactitud de lo que le correspondía) a un tipo inferior de cambio, o se retrasaba el pago [109]. En algunas de las industrias productoras de bienes de consumo, en particular las alimenticias, las textiles y las tabáquicas, la práctica, común en la época del comunismo de guerra, de pagar a los trabajadores con productos de las fábricas donde estaban empleados, aún se practicaba en cierta medida, aunque ahora se viera con malos ojos [110], de manera que era muy difícil, también por este motivo, hacer un cálculo preciso de los salarios que en realidad se pagaban. Pero, con todo, es indudable que los jornales fueron aumentando en su poder adquisitivo a lo largo de 1922.

Mientras este aumento de los salarios inspiraba un justificado optimismo, el problema específico de las diferencias, cada vez mayores, de los jornales que se pagaban en la industria no encontraba todavía una solución. En septiembre de 1922 el quinto congreso de los sindicatos exigió «la regularización de los salarios, en especial los más afectados por la desfavorable situación económica, es decir, los de los trabajadores de la gran industria (particularmente de la industria pesada) y del transporte». En otra resolución, el congreso se refirió con cautela a cuestiones de principio:

La diferencia en la situación económica de diferentes ramas de la industria y la influencia, no planificada, del mercado, han creado a su vez la disparidad en las remuneraciones de la mano de obra y la falla de los salarios, que no

[108] *Statistika Truda*, n.º 5, 1923, p. 10; un detallado análisis mensual de los salarios que percibían los miembros de diez importantes sindicatos en 1922 muestra que los salarios reales casi se duplicaron durante el año y en diciembre se hallaban en el 57 % del nivel de antes de la guerra; el punto más alto se alcanzó en noviembre de 1922 (*Petrogradski Listok Truda* [suplemento especial de *Trud*], 8 de marzo de 1923).

[109] S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), pp. 81-82.

[110] *Trud*, 27 de febrero de 1923.

han podido situarse al nivel del peso específico y de la importancia de los diversos sectores industriales en el sistema general de la economía nacional [111].

La situación salarial en la industria reflejaba uno de los dilemas básicos de la NEP, cuyos principios excluían la intervención directa del Estado en la regulación de los jornales. La relativa prosperidad de las industrias de bienes de consumo hizo que los jornales de estas industrias se elevaran muy por encima de los niveles de los de la industria pesada, la cual, desde el punto de vista del restablecimiento general de la economía y de la victoria eventual del socialismo, era de mucha mayor importancia; además, los jornales más altos se pagaban en los sectores de la industria donde predominaban las empresas privadas, no en las industrias nacionalizadas que dependían directamente del fondo central de salarios del Narkomfin. En diciembre de 1922 «las jóvenes trabajadoras empaquetadoras de cigarrillos ganaban más que un minero o que un ajustador» [112]. En abril de 1923 un orador declaró ante el duodécimo congreso del partido que los trabajadores del transporte estaban tan mal pagados que el 40 % de sus ingresos procedía de fuentes ilícitas [113]. A no ser por la aguda falta de trabajo que se dejaba sentir, los obreros de los sectores nacionalizados de la industria, los más vitales desde el punto de vista de la economía general, hubieran desertado en masa de sus puestos. Tales fueron las consecuencias, inevitables al parecer, de la vuelta a una economía de mercado y de la insistencia en los principios del *jozraschet*.

Antes de que terminara 1922, la política salarial se convirtió en problema de importancia básica. Al aceptarse como objetivos primordiales la creación de una moneda estabilizada, y, por tanto, el equilibrio del presupuesto, y las restricciones en la emisión de papel moneda, se acentuaron intensamente las presiones a favor de la reducción de los salarios; no sólo los jornales industriales representaban una suma considerable del gasto público, sino que la oposición a que se efectuaran economías en este sector era menos poderosa e influyente que en muchos otros. Por otra parte, el Gosplan representaba el criterio contrario, es decir, que la productividad de los trabajadores guardaba estrecha relación con su nivel de vida, y que los salarios no se podían reducir, o mantenerlos indefinidamente al mismo bajo

[111] *Stenograficheski Otchet Piatogo Vserossiiskogo Sjezda Professionalnij Soyuzov* (1922), pp. 521, 527.

[112] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), p. 339.

[113] *Dvenadstsati Sjezd Rossiisoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1923), p. 339.

nivel, sin que se resintiera la industria [114]. Es significativo que dos departamentos gubernamentales fueran los protagonistas de la disputa, y que uno de ellos, más que los sindicatos, se destacara como el campeón de los intereses de los trabajadores industriales. Los sindicatos, más directamente sujetos a las directrices del partido que los teorizantes del Gosplan, se plegaban más fácilmente a la contundencia de los hechos. En el acuerdo sobre los jornales a que se llegó en el quinto congreso de los sindicatos en septiembre de 1922, sonaba ya una nota de advertencia «contra las ilusiones de que ya es posible en el próximo futuro elevar los salarios al nivel mínimo de anteguerra»; todo lo que exigía el acuerdo era «una unidad general de cuenta que garantice los salarios contra la constante fluctuación de los precios del mercado y que permita una sencilla comparación del nivel actual de los jornales con el nivel de preguerra» [115]. Tres meses más tarde, después de declarar con optimismo que los salarios se habían puesto ya a la mitad de los de preguerra, el consejo central de los sindicatos, a instancias del comité central del partido, pidió que no se concedieran nuevos aumentos de salario:

> La situación económica actual hace imposible el aumento general de los salarios industriales. El consejo considera que, en el inmediato futuro, los sindicatos han de concentrarse en el mantenimiento de los jornales a su nivel actual, sin permitir tampoco que se reduzcan en los contratos que se vayan produciendo.

Al propio tiempo instaba a que algunos salarios especialmente bajos, en particular los de los trabajadores del transporte, fueran objeto de algún aumento [116].

Esta congelación casi oficial de los salarios se mantuvo en vigor a lo largo de 1923 y sirvió de estímulo para lanzar una ofensiva contra los jornales de la industria. La campaña emprendida por el Narkomfin a favor de la estabilidad económica y monetaria encontró ahora el apoyo de los «industriales rojos», que estaban sometidos a una dura presión por parte del propio Narkomfin y que deseaban encontrar a toda costa un chivo expiatorio a quien endosarle los

[114] Esta opinión fue expuesta con energía en un informe de Strumilin al Gosplan, en marzo de 1923, y en una resolución del Gosplan de julio de 1923: ambos están reproducidos en S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), pp. 87-92.

[115] *Stenograficheski Otchet Piatogo Vserossiiskogo Sjezda Professionalnij Soyuzov* (1922), pp. 527-528.

[116] *Trud*, 25 de febrero de 1923; los oradores de la decimotercera conferencia del partido, celebrada un año después, manifestaron libremente que la orden había emanado del comité central del partido (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 51, 84).

altos precios de los artículos industriales. El 16 de enero de 1923, el *Ekonomicheskaya Zhizn* declaraba que los costos de la mano de obra, comprendidos los salarios, los seguros y los servicios sociales, eran demasiado altos para que la industria pudiera lograr márgenes de beneficio; un nuevo artículo aparecido en el mismo periódico el 25 de enero y escrito por un antiguo magnate textil que ahora figuraba entre los directivos del *trust* de ropa blanca, informaba que los salarios y los servicios que se prestaban a los trabajadores llegaban al 56 % de los costos de producción, contra un 25 % antes de la guerra. Al día siguiente, en respuesta a este artículo, *Trud* proclamaba sin empacho que «la cuestión de los salarios no tiene nada que ver con la productividad de los trabajadores». Pero ésta, indudablemente, no era la línea oficial [117], y a las pocas semanas el periódico protestó en un artículo de fondo contra la idea de que «el papel (de los sindicatos) como defensores de los intereses de la clase trabajadora consiste en una lucha sin cuartel a favor del aumento de los jornales obreros, sin tener en cuenta ninguna otra consideración» [118]. Es de notar que los sindicatos, sabedores de su poca influencia en la máquina gubernamental, fueran por entonces los más decididos adversarios de la regulación oficial de los salarios: no existían «ni razones de principio, ni razones prácticas que aconsejasen volver a los métodos de fijación de precios de la época del comunismo de guerra» [119]. En marzo se llegó a un compromiso en una declaración sobre salarios firmada por el consejo central de los sindicatos y por el Vesenja. Manifestaba que mientras los salarios habían subido al 50 o 60 % de su nivel de antes de la guerra, la productividad se había elevado al mismo, e incluso a mayor ritmo; reducir los salarios era, pues, «completamente inadmisible». Todavía era necesario llevar los salarios de los trabajadores del transporte y de

[117] En el consejo central de los sindicatos, en abril de 1923, Andreev reafirmó que «los salarios son la pura expresión de lo que se da al obrero por su labor», de lo que se deducía que sólo una mayor productividad podría justificar la concesión de salarios más elevados (*Trud,* 14 de abril de 1923). Seis meses más tarde, en la sesión del consejo, Andreev expresó la misma opinión con mayor energía: «Paralelamente al indispensable aumento de los salarios, asumiremos una firme política en pro del incremento de la productividad de la mano de obra; estamos a favor de la utilización racional de todo el día de trabajo» (*ibid.,* 30 de septiembre de 1923).

[118] *Ibid.,* 25 de febrero de 1923.

[119] *Ibid.,* 1 de marzo de 1923; por otra parte, el órgano del STO, que en semejantes cuestiones representaba la opinión de los industriales, abogaba ahora por «la regulación planificada» de los salarios por parte del Estado (*Ekonomicheskaya Zhizn,* 7 de marzo de 1923).

la industria pesada a los niveles predominantes en la industria ligera. Pero el aumento general debía aguardar condiciones más favorables:

> La tarea más importante de los organismos económicos de los sindicatos consiste en crear las condiciones económicas que justifiquen un aumento en las remuneraciones de la mano de obra [120].

Lo que sí consiguieron los sindicatos fue la nivelación de los salarios percibidos en la industria pesada y en la ligera. La presión de los sindicatos, combinada con el estancamiento de las industrias de bienes de consumo, puso fin a estas discrepancias salariales, que constituyeron un escándalo en 1922. A pesar de las seguridades oficiales, el proceso de nivelación se efectuó tanto con recortes de los salarios por una parte como con aumentos por la otra. Pero por lo menos tuvo la ventaja de contrarrestar los primeros efectos de la NEP y de restablecer un equilibrio más sano entre los jornales de diferentes sectores de la industria.

La política salarial durante los nueve primeros meses de 1923 continuó revelando un margen cada vez mayor entre la práctica y la teoría. Según las estadísticas oficiales, los salarios industriales, que se hallaban en enero a 153 % de la cifra del índice, registraron una modesta subida hasta 170 % en junio, para retroceder luego un poco y recuperarse a 174 % en septiembre; el salario de los trabajadores del transporte se mantuvo constante a lo largo de este periodo, un poco por encima de 130 % [121]. Estas cifras parecían revelar un nivel salarial bastante estable con tendencia al alza y, aparte de que continuaban rezagados los jornales de los transportistas, dichas cifras correspondían con bastante exactitud a las disposiciones oficiales. Pero la realidad era bien distinta. Ya para la primavera de 1923 se veía claro que la congelación de salarios impuesta en diciembre del año anterior fue, en realidad, la señal para proceder a un recorte general de los jornales. El 11 de marzo de 1923, un artículo de fondo de *Trud* titulado «A pesar de todo los salarios disminuyen» diagnosticaba que la caída de los mismos era general desde diciembre, aludía a la «campaña de los industriales a favor de una reducción gradual de los jornales» y se quejaba de la pasividad de «algunos» sindicatos. En un acuerdo del 14 de abril de 1923, en la víspera del duodécimo congreso del partido, el consejo central

[120] *Trud,* 24 de marzo de 1923; en la sesión siguiente del consejo central de los sindicatos Andreev habló de la declaración como de «un documento firmado por Tomski y Bogdánov a modo de acuerdo final en el asunto de los salarios» *(ibid.,* 14 de abril de 1923).

[121] *Statistika Truda,* n.º 1 (10), 1924, pp. 14-15.

de los sindicatos admitía que los salarios «iban para abajo» y pedía que se tomaran medidas para detener la caída [122].

Ya para entonces la discrepancia entre los salarios que se fijaban oficialmente y los que se pagaban en la realidad era notable. La dificultad de reconciliar la política oficial de salarios estables expresada en los contratos colectivos acordados con los sindicatos, y la incapacidad o el poco deseo del Narkomfin para suministrar los recursos necesarios para el pago de los salarios a esos niveles, se trataron de resolver de una manera que es característica de las confusiones y subterfugios reinantes en aquella época en todos los aspectos de la política del soviet y del partido. No está clara la autoridad legal que pudiera tener el índice del Gosplan. Lo que ocurrió es que las autoridades locales comenzaron en todas partes a desentenderse de las cifras del Gosplan y a trazarse sus propios índices de precios; y los jornales, en realidad, se pagaron con arreglo a estos patrones locales y variables, que se ajustaban, no tanto a los precios del mercado local (que eran la justificación teórica para el cálculo de dichos jornales), sino más bien a los fondos disponibles para el pago de los salarios. Así, pues, estos cálculos se realizaban con arreglo a índices de precios que eran fraudulentos, y de esta manera, tanto los salarios establecidos por contrato como el principio de la «unidad estable» se mantenían en teoría. De esta manera, los trabajadores no se enteraban fácilmente de lo que ocurría, mientras las manipulaciones arbitrarias del índice mantenían los pagos dentro de los límites que exigía la política del Narkomfin. Como las fábricas andaban muy escasas de fondos, con frecuencia había que elegir entre pagar los jornales a estos niveles reducidos o suspenderlos del todo. Es obvio que tales procedimientos no se hubieran podido aplicar sin el acuerdo tácito de los sindicatos. Las cifras procedentes del Donbass revelaban que los mineros de esa región perdieron el 25 % de sus jornales en enero de 1923 al aplicarse el índice local de precios y el 37% en marzo de 1923 [123]. En abril de 1923 se intentó hacer frente a este escándalo de los salarios con un decreto que ordenaba a los órganos provinciales y locales del Narkomtrud, y a los representantes de otros departamentos económicos, que confeccionaran y publicaran semanalmente el índice de precios con base en los precios locales del mercado según

[122] *Trud,* 17 de abril de 1923.

[123] Este proceder se puso de manifiesto con este y otros ejemplos en un artículo escrito por Strumilin en el boletín del Gosplan en mayo de 1923 (S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* [1925], pp. 92-99); que no cesaron tales prácticas lo prueba una nueva protesta en octubre de 1923 *(ibid.,* pp. 99-102).

una lista de artículos preparada por el Gosplan [124]. Pero tampoco esto dio resultado. Al acentuarse la «crisis de ventas» en el verano de 1923, las industrias de bienes de consumo que trabajaban para el mercado se enfrentaron con la misma y crónica escasez de fondos que hasta entonces había aquejado principalmente a la industria pesada. Para el otoño el escándalo había llegado a la misma capital, y el índice de precios preparado por la sección laboral del Soviet de Moscú para el cálculo de los salarios en dicha ciudad era obra, según Strumilin, de «un ingenioso hacedor de milagros que, como Josué al parar el Sol, apareció en el mercado de Moscú, alzó las manos al cielo y gritó: ¡Precios, quedaos quietos!, y los precios, obedientes, se inmovilizaron: algunos incluso retrocedieron aterrorizados» [125].

Pero el recurso de las manipulaciones del cambio, aunque se utilizara con la mayor desvergüenza, no bastaba en muchos casos para satisfacer los pagos, aunque quedaran disminuidos. Ya en el invierno de 1921-1922 se formularon quejas en el sentido de que los pagos se retrasaban, en particular en regiones apartadas del centro [126]. Un decreto del 1 de agosto de 1922 trató de reforzar la autoridad del consejo supremo salarial. Los pagos de jornales por encima de los tipos establecidos no se cargarían a la cuenta del fondo estatal de salarios; por otra parte, el retraso en los pagos se pondría en conocimiento del consejo y las autoridades judiciales investigarían las irregularidades. El Comisariado del Pueblo para la Inspección por Obreros y Campesinos vigilaría también que se distribuyeran debidamente

[124] *Sobranie Uzakoneni*, 1923, n.º 31, art. 341.

[125] S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), p. 100; la cita procede de un artículo titulado «Nuevos cubileteos con los índices». Este modo de proceder era admitido por el despreocupado apologista oficial Rikov: «Todas las instituciones tenían no sólo uno, sino varios índices, que se usaban según la conveniencia o la necesidad. Gracias a estos índices nadie sabía lo que recibiría, cuándo lo recibiría y por qué recibía una suma determinada, y no más ni menos» *(Pravda,* 4 de enero de 1924). La confusión producida por estas prácticas y por la multiplicidad de autoridades que daban a conocer sus estadísticas hizo imposible por aquel entonces tener una idea exacta de los salarios reales. Un cuadro sinóptico presentado al sexto Congreso de Sindicatos de toda la Unión en noviembre de 1924 trataba de demostrar que se había registrado un aumento general y sostenido de los salarios a lo largo de 1923; pero en el congreso un orador lanzó un vigoroso ataque contra el buró central de estadísticas laborales (un órgano conjunto del consejo central de estadística) alegando *inter alia* que las cifras de los jornales procedían de un grupo de trabajadores poco representativo *(Shestoi Sjezd Professionalnij Soyuzov SSSR* [1925], pp. 138-140, 293).

[126] S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), pp. 81-82; de acuerdo con este informe, que data de febrero de 1922, «desde lejanas provincias, las hambrientas maestras de escuela todavía nos siguen informando que en los últimos cinco meses no han percibido ningún pago, ni en forma de raciones, ni en forma de dinero».

los salarios [127]. Pero el decreto, más que una promesa de correctivo, era la prueba evidente del caos reinante. Es indudable que los gerentes, y en particular los empresarios de las industrias nacionalizadas, se aprovechaban de los retrasos y los prolongaban deliberadamente todo lo que podían para beneficiarse, a costa de los trabajadores, de la depreciación de la moneda. En la prensa del invierno de 1922-1923 se publicaron quejas constantes contra semejantes retrasos y disposiciones de las autoridades para cortar tales abusos. Parece que, con arreglo a las estipulaciones de los contratos colectivos, los cálculos debieran hacerse conforme a los cambios vigentes bien el primero o, mejor todavía, el 15 del mes y, con arreglo a ellos, efectuar el pago al mes siguiente [128]. Con una moneda que frecuentemente se depreciaba hasta un 30 % al mes, el perjuicio económico que se causaba al trabajador era de por sí considerable. Pero es que incluso la observancia de esas fechas era más bien la excepción que la regla. En los últimos tres meses de 1922 los trabajadores del Don perdieron el 34 %, el 23 % y el 32 %, respectivamente, de sus salarios efectivos a causa de la depreciación de la moneda [129]. En enero de 1923 el periódico de los sindicatos denunció que «los retrasos de dos y tres meses completos en los pagos eran ya cosa de cada día» [130]. En las minas del Don, donde las condiciones reinantes eran siempre particularmente malas, los salarios de febrero se pagaron en dos plazos, el 24 % a fines de marzo, y el resto a principios de abril; en julio, los salarios de mayo y junio estaban todavía sin abonar, por un importe de 115 millones de rublos [131]. Las variaciones en el grado de puntualidad con que se pagaban los jornales provocaban «diferencias colosales» en los salarios efectivos de la misma categoría de trabajadores en diferentes empresas [132]. En junio, un artículo del *Ekonomicheskaya Zhizn* explicó a modo de disculpa que los retrasos en los pagos eran responsabilidad conjunta y aseguraba que la situación había mejorado [133]; y en el mismo mes un decreto estipulaba que los salarios de ese mes se pagaran antes del 25 de junio y que las cuentas estuvieran ya cerra-

[127] *Sobranie Uzakoneni, 1922,* n.° 48, art. 609.

[128] Para ejemplos de Jarkov, de la cuenca del Don y de Petrogrado, véase *Trud* del 21 y del 27 de febrero y del 8 de marzo de 1923.

[129] *Trud,* 14 de marzo de 1923.

[130] *Ibid.,* 12 de enero de 1923.

[131] *Ibid.,* 3 de junio y 18 de julio de 1923; a principios de agosto el partido, el sindicato y las organizaciones económicas del Don hicieron una protesta común, indicando que en los últimos ocho meses los mineros habían perdido el 33,5 % de sus salarios por la depreciación monetaria, debido a la demora en los pagos *(ibid.,* 8 de agosto de 1923).

[132] *Ibid.,* 28 de julio de 1923.

[133] *Ekonomicheskaya Zhizn,* 13 de junio de 1923.

das para el 5 de julio [134]. Al mismo tiempo, el sindicato de metalúrgicos, que llevó el asunto a los tribunales de arbitraje, obtuvo el fallo, emitido por un jurado presidido por el propio Shmidt, de que la mitad de los salarios se abonara el 20 del mes en curso a las tasas de cambio que rigieran el 15, y el resto, a más tardar, el 10 del mes siguiente al cambio que rigiera el 1 de este mes [135]. Pero estas medidas arreglaron poco las cosas. El dilema crónico de la escasez de efectivo, que era consecuencia inmediata del intento de equilibrar el presupuesto y de limitar la emisión de papel moneda, no se podía resolver ni siquiera con las más rígidas disposiciones. Más de la mitad de las huelgas que estallaron en la segunda mitad de 1922 se atribuyeron oficialmente a la falta de puntualidad en el pago de los salarios [136]; y a la misma causa se achacó la creciente oleada de huelgas de 1923 [137].

Mientras se ignoraba la mísera condición de los trabajadores industriales en la controversia que ocupaba a los jefes del partido, la agitación de la masa obrera encontró un desahogo en la actividad de dos grupos clandestinos disidentes que se dejaron notar en el partido en la víspera del undécimo congreso en abril de 1923. El primero y más antiguo de estos grupos se denominaba a sí mismo La Verdad Obrera, que era también el título de un periódico ilegal en el que exponía su programa. Sus miembros eran en su mayor parte intelectuales y manifestaron seguir las ideas de Bagdánov, un viejo bolchevique cuyas opiniones heterodoxas le llevaron a enfrentarse con Lenin más de una vez antes de la revolución. Este grupo se constituyó en el otoño de 1921, cuando el espíritu de la oposición, pulverizado en el décimo congreso del partido en marzo de 1921 a causa del pánico que produjo la rebelión de Kronstadt, volvió a dar señales de vida; y un año más tarde se fortaleció al extenderse el descontento laboral. Para este grupo la NEP era el regreso puro y simple al capitalismo. En una llamada al «proletariado revolucionario y a todos los elementos revolucionarios fieles a la lucha de la clase trabajadora», el grupo hacía hincapié en la división existente entre los trabajadores y los nuevos «industriales» y entre los trabajadores y el partido:

La clase trabajadora se debate en una mísera existencia mientras que la nueva burguesía (los responsables del partido, los directores de fábricas, los

[134] *Sbornik Dekretov, Postanovleni, Rasporiazheni i Prikazov po Narodnomu Joziaistvu,* n.° 6 (9), junio de 1923, p. 103.
[135] *Trud,* 10 de julio de 1923.
[136] *Voprosi Truda,* n.° 2, 1923, p. 17.
[137] Véase, por ejemplo, un artículo de fondo de *Trud,* del 17 de marzo de 1923.

empresarios de *trusts,* los presidentes de comités ejecutivos, etc.) y los hombres de la NEP viven en el lujo y nos traen a la memoria a los burgueses de todas las épocas... La burocracia del soviet, del partido y de los sindicatos y los organizadores del capitalismo de Estado viven en condiciones materiales muy por encima del nivel de los trabajadores y su prosperidad material y la estabilidad de sus posiciones dependen del grado de explotación y de sometimiento a que fuerzan a las masas. Todo esto crea una inevitable contradicción de intereses y una división entre el partido comunista y la clase obrera.

Y, lo que es peor, la NEP llevó a los sindicatos a que se concentraran en el problema de los salarios y en las condiciones materiales de los trabajadores, lo que constituía un renacimiento del «economismo» [138] y minaba el espíritu revolucionario de los proletarios. La que «en tiempos dirigió a las masas, la clase trabajadora rusa» había sido «postergada, acaso para varias décadas» [139]. La parte constructiva del programa era mucho menos definida, aunque el grupo se declaraba al margen de los mencheviques, del partido social-revolucionario eserita y de la antigua «oposición de los trabajadores» [140], y al parecer deseaba reformar al partido desde dentro. La mayor parte de estos mismos argumentos se repitieron, más resumidos, en un manifiesto dirigido al undécimo congreso del partido y en el que se acusaba a los sindicatos de «convertirse, de organizaciones de defensa de los intereses económicos de los trabajadores, en organizaciones de defensa de los intereses de la producción, es decir, pura y llanamente del capitalismo de Estado» [141].

El segundo y más audaz de los dos grupos de oposición se denominaba a sí mismo, simplemente, Grupo de Trabajadores y lo integraban obreros en su mayor parte. El alma del grupo era Miasnikov, el trabajador de los Urales que, inmediatamente después del décimo congreso del partido en 1921, promovió una revuelta en su seno en nombre de «la libertad de expresión para todos, desde los monárquicos a los anarquistas». Lenin le llamó al orden, pero Miasnikov siguió adelante con su labor de agitación y fue expulsado del partido a principios de 1922 [142]. En febrero de 1923 Miasnikov

[138] Respecto al «economismo», véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 1, pp. 24-26.

[139] El llamamiento se imprimió en el *Sotsialisticheski Vestnik* menchevique (Berlín), n.° 3 (49), 31 de enero de 1923, pp. 12-14; no existen ejemplares del órgano del grupo, *Rabochaya Pravda,* aparte de los que puedan encontrarse en los archivos secretos del partido o de la GPU; tampoco se sabe los números que aparecieron; el primero está fechado en septiembre de 1921. El cuerpo de trabajo, o «colectivo», del grupo parece que no excedió de veinte personas (*Pravda,* 19 de diciembre de 1923).

[140] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 1, pp. 214-216.

[141] *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.° 19 (65), 18 de octubre de 1923, pp. 13-14.

[142] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 1, pp. 224-25.

se alió con Kuznetsov (que fue también expulsado del partido en el undécimo congreso, en marzo de 1922, como uno de los cabecillas de «la declaración de los 22» al IKKI [143]) y con un miembro del partido llamado Moiseev, para redactar un «manifiesto del Grupo de Trabajadores del Partido Comunista Ruso», inspirado, al parecer, en un panfleto anterior de Miasnikov; los tres formaron el «buró central organizador» del grupo y comenzaron a realizar labor de proselitismo, con las debidas precauciones, entre los trabajadores, fueran o no del partido [144]. El grupo ocupaba una posición de extrema izquierda y se oponía a todos los compromisos con la burguesía y con el capitalismo. Su política económica era confusa pero significativa. Rechazaba rotundamente la política de concesiones al campesinado inaugurada por la NEP como expresión del famoso «eslabón» entre los campesinos y el proletariado:

> El triunfo de la NEP en Rusia depende de la rapidez con que la máquina conquiste al campo, de la victoria del tractor sobre el arado de madera. El eslabón orgánico entre la ciudad y el campo sólo podrá establecerse sobre la base del crecimiento de las fuerzas productivas en los dos sectores.

Incluso las importaciones de maquinaria del exterior eran innecesarias y perjudiciales pues no hacían otra cosa que «forjar un nexo entre nuestra agricultura y los comerciantes extranjeros y debilitar a la industria rusa» [145]. El noveno congreso del partido de 1920, que había dado sus bendiciones al empleo de «especialistas», era culpable de llevar por mal camino a toda la administración de la industria:

> La organización de esta industria desde el noveno congreso del RKP (B) se efectúa sin la participación directa de la clase trabajadora y los nombramientos se realizan con arreglo a un sistema lisa y llanamente burocrático.

[143] Véase *ibid.*, vol. 1, p. 226.

[144] Con respecto al Grupo de Trabajadores la principal fuente de información es V. Sorin, *Rabochaya Gruppa* (*«Miasnikovshina»*), folleto del partido emitido con un prefacio de Bujarin; contiene muchas citas del manifiesto y de declaraciones posteriores hechas por miembros del grupo al ser interrogados por la GPU. El manifiesto, mecanografiado, circuló ilegalmente en Rusia, pero en el verano de 1923 se imprimió en Berlín con un prefacio en el que se hacía un llamamiento, por parte del grupo, «a los camaradas comunistas de todos los países», escrito tras el décimo congreso del partido. No he podido conseguir un ejemplar de este último pero he utilizado una traducción alemana resumida del manifiesto y del llamamiento, *Das Manifest der Arbeitergruppe der Russischen Kommunistischen Partei,* publicado en Berlín en 1924 con comentarios del KPD. El folleto decía ser «editado por la sección rusa de la Cuarta Internacional».

[145] *Das Manifest der Arbeitergruppe der Russischen Kommunistischen Partei* ,sin fecha [1924]), pp. 19-20.

Los *trusts* se organizan de la misma manera tanto en lo que respecta al nombramiento del personal de la administración, como al agrupamiento de las empresas en los *trusts*. La clase trabajadora no sabe por qué se nombra director a uno o a otro, o por qué la fábrica pertenece a un *trust* y no pertenece a otro. Y todo esto sucede así, por la política que desarrolla el grupo dirigente del RKP [146].

La frase de más éxito del manifiesto y que resumía en pocas palabras la actitud del grupo era el sarcasmo de que las letras NEP querían decir «nueva explotación del proletariado». Las recomendaciones positivas se ajustaban a la vieja tradición sindicalista: era necesario restablecer el control de los trabajadores en las fábricas; los «soviets productivos» debían sustituir a los soviets políticos (que eran una degeneración de la idea primitiva de los soviets) como órganos de gobierno; el Comisariado del Pueblo para la Inspección por Obreros y Campesinos debía depender de los «sindicatos productivos».

No es de extrañar que en la primavera de 1923 los jefes del partido, preocupados por seguir la línea establecida dos años antes para mantener el difícil compromiso entre obreros y campesinos, prestaran poca atención a todas esas manifestaciones. Tanto en su composición como en sus programas los dos grupos eran casi idénticos a los movimientos de izquierda que surgieron en el partido, o muy próximos a él, desde la toma del poder. En el invierno de 1917-1918 se renunció al control obrero; la batalla a favor del empleo de especialistas se dio y se ganó bajo el comunismo de guerra; la oposición de los trabajadores de 1919-1921 estuvo atacando a la burocracia y al predominio de los intelectuales en el partido; el proyecto de ceder el control de la producción a los sindicatos se trató y se rechazó en la famosa controversia que precedió al décimo congreso del partido; incluso las objeciones a la política de importaciones las presentó Shliapnikov un año más tarde [147]. Era natural que los dos nuevos manifiestos, que circularon ampliamente en los círculos del partido aunque todavía se desconocía la identidad de los grupos que los patrocinaban, se consideraran como un fárrago de ideas viejas y arrumbadas, propias de desacreditados chiflados de la izquierda. Con la jefatura del partido abocada a problemas y controversias de carácter más serio, los manifiestos ni se tomaron en serio ni se vio en ellos ninguna amenaza. Lo nuevo de los dos grupos, especialmente del denominado «de trabajadores», era su intento de apelar al descontento de los obreros, descontento que nacía tanto de la reducción de los salarios y del creciente temor al desempleo, como del

[146] *Ibid.*, p. 23.
[147] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 336.

poder cada vez mayor de los gerentes y directores de la industria, los cuales mostraban poca simpatía por los intereses de los trabajadores. Pero este descontento se iba a manifestar seriamente en los primeros meses de 1923 y todavía no se había hecho notar a los ojos de los líderes del partido. Los que objetaban la política del partido en nombre de la industria y protestaban contra el áspero trato de que era objeto desde el establecimiento de la NEP, se dividían en dos categorías: los «viejos bolcheviques», que creían en la inversión de capital en la industria pesada como primer paso imprescindible para construir el socialismo, y los nuevos «industriales», que habían aceptado sin reservas los aspectos comerciales y capitalistas de la NEP y sólo deseaban conseguir ganancias mediante una eficiente dirección de sus empresas. A ninguno de estos grupos se le hacía fácil cooperar con los portavoces del trabajo, cuyas peticiones de mayores beneficios para los obreros no eran de momento compatibles ni con el aumento de las ganancias ni con la acumulación de capital. Trotski era el único líder en potencia y el foco de una oposición «contra la industria». Con todo, sus antecedentes como protagonista de la militarización del trabajo bajo el comunismo de guerra y como campeón de la «estatización» de los sindicatos le hacían particularmente sospechoso en los círculos sindicales. En el ardor de la controversia sindical de diciembre de 1920, Trotski se alzó en defensa de la burocracia, debido al bajo nivel político y cultural de las masas [148], y había una gran laguna entre sus convicciones como centralizador y planificador de la organización económica, y las opiniones, muy próximas al sindicalismo, de los promotores de los dos grupos de «trabajadores». Fácilmente identificados con estos extravagantes grupos de izquierda, los intereses de los trabajadores industriales hallaron por el momento pocos portavoces responsables dentro de los círculos del partido.

Esta situación se puso en evidencia cuando se reunió en abril de 1923 el duodécimo congreso del partido. Zinóviev, en su discurso de apertura, rechazó despreciativamente la acusación del Grupo de Trabajadores de que la NEP significara la «nueva explotación del proletariado»; y Trotski dejó caer la observación de que La Verdad Obrera debiera llamarse, más correctamente, «La Mentira Obrera» [149]. Trotski, en su discurso ante el congreso, no sólo contemplaba con relativa ecuanimidad el aumento del desempleo pro-

[148] Trotski, *Sochineniya,* xv, 422; fue esta declaración la que luego le sirviera a Stalin para llamarle «el patriarca de los burócratas» (véase más adelante, p. 335).
[149] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], pp. 23, 316.

vocado por la racionalización de la industria y por el despido de trabajadores sobrantes, sino que justificaba la depresión de los salarios como un aporte necesario a la «acumulación socialista»[150]. En la resolución del congreso, unos párrafos formularios sobre la política de salarios afirmaban, sin mucha verdad, que «en el pasado año se registró un significativo aumento salarial en todas las categorías obreras», pedían «el igualamiento del salario promedio en todas las ramas de la industria», manteniendo sin embargo la dependencia del salario individual de la cantidad de trabajo hecho, y señalaban que sólo se conseguirían progresos efectivos «a base de una industria desarrollada, es decir, de una industria que produjera ganancias»; de aquí, por tanto, que la racionalización redundara, en última instancia, en beneficio de los propios trabajadores[151]. Tras estas rotundas declaraciones, los trabajadores no podían esperar que se aliviara a corto plazo la deplorable situación en que se hallaban por culpa de la NEP. En todos los pronunciamientos del partido y de los sindicatos se machacaba sobre la suprema necesidad de aumentar la producción y se insistía en que era primordial que la mano de obra trabajara con más intensidad y con más eficacia[152].

La mala situación de los trabajadores industriales se fue agravando durante la primavera y el verano de 1923, pues con arreglo a la lógica de la NEP, el peso que en parte se descargó de los campesinos, debía recaer en las espaldas de los trabajadores; y a los gerentes y empresarios, que se esforzaban por mantener la industria a flote en un medio poco propicio, correspondía apechar con el problema. Aunque el nivel de vida del trabajador industrial de 1923 era más elevado que el de los duros años del comunismo de guerra, en ninguna otra ocasión se discriminó tan abiertamente contra él, ni tuvo el obrero tantos motivos legítimos de descontento contra un régimen que aseguraba gobernar en su nombre. La insistente demanda de una mayor eficacia en la industria revelaba una imperiosa necesidad de la economía soviética, y hasta que no se lograra no se conseguirían progresos apreciables. Sin embargo, las dos medidas capaces de lograr esa eficacia —la concentración de las empresas industriales y una mayor productividad por parte del obrero— apuntaban a la misma consecuencia inmediata: el despido de

[150] Véase anteriormente, pp. 34-35.
[151] *VKP(B) Rezoliutsiyaj* (1941), i, 483-484.
[152] A fines de 1922 el consejo central de sindicatos estableció un Instituto Central del Trabajo, que intentó popularizar la consigna de «la organización científica del trabajo» (NOT). En la época del duodécimo congreso del partido, un grupo de sindicalistas atacó sus métodos por tener cierto sabor a «taylorismo» (*Pravda*, 15 de abril de 1923). La controversia duró a lo largo de todo el año.

trabajadores sobrantes que irían a aumentar las filas de los parados; sin ningún plan articulado de desarrollo industrial y sin recursos de capital para llevar ese plan a la práctica, las perspectivas de reabsorber la mano de obra sobrante eran más que remotas. Así, pues, los intereses a largo plazo de la economía soviética y (bajo un régimen socialista que había abolido la explotación capitalista, como los portavoces del partido y de los sindicatos proclamaban una y otra vez) los intereses a largo plazo de los propios trabajadores exigían medidas que, de momento, imponían nuevas e intolerables penalidades al trabajador industrial, que no veía ante sí sino más trabajo, sueldos en descenso —o, si acaso, estacionarios— y la amenaza, cada vez más palpable, del desempleo. No era posible salir de este círculo vicioso, a no ser mediante la imposición a rajatabla de un aumento de producción a bajo costo; pero, como la esencia de la NEP era aliviar las presiones del pasado contra los campesinos, el corolario inexorable era intensificar esas presiones contra el número —mucho menor— de los trabajadores industriales. Que estas fueran las evidentes realidades económicas de la denominada dictadura del proletariado, no dejan bien parado el intento, inexorablemente impuesto por la victoria de la revolución en Rusia, y fracasado en los países avanzados de Occidente, de lograr la edificación del socialismo mediante tácticas de choque en una economía atrasada.

Capítulo 3

EL ESTALLIDO DE LA CRISIS

Por fin, al terminar el verano de 1923 la crisis maduró y los reacios jefes del partido se vieron obligados a prestarle atención. A lo largo de 1923 se siguió insistiendo, en especial en las declaraciones de Zinóviev, en la importancia de congraciarse con los campesinos. Desde el duodécimo congreso del partido en abril se moderó la campaña antirreligiosa en consideración a los sentimientos del campesinado. En agosto *Pravda* anunció que el «dios del mujik» no se podía destruir a base de «escarnio y ridículo», sino haciendo comprender al campesino que ya no era un ser impotente frente a las fuerzas ciegas de la naturaleza: los métodos violentos sólo conseguirían crear «fanáticos dispuestos a sacrificarse por su fe» [1]. La gran exposición agrícola, de la que por primera vez se trató a fines de 1921 [2] como estímulo para el renacimiento de la agricultura soviética, se inauguró por fin en Moscú en agosto de 1923 bajo el título de «la primera exposición de las industrias agrícolas y rurales de la URSS» y se utilizó como símbolo de lo que los campesinos significaban en la vida económica soviética [3]. Pero el idílico cuadro

[1] *Pravda,* 18 de agosto de 1923.

[2] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, p. 299.

[3] El decreto de agosto de 1923 respecto a la organización de la exposición se halla en *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.° 95, art. 938. Se invitó a cierto número de delegaciones extranjeras para que visitaran la exposición y se apro-

de un país predominantemente campesino que poco a poco y sin sacudidas camina hacia el socialismo bajo las suaves presiones de la NEP, se empañó debido a las tensas relaciones existentes entre los sectores industriales y agrícolas de la economía, cuya persistencia seguía constituyendo la raíz del problema. Tras el duodécimo congreso del partido, se dio en creer, o en esperar, que las tijeras de los precios no se abrirían más y que la situación se iría arreglando por sí misma. Pero ocurrió lo contrario. La disparidad entre los precios industriales y los agrícolas siguió aumentando mes tras mes. El 1 de octubre las tijeras se abrieron hasta su punto máximo. En esa fecha los precios al por menor y al por mayor de los artículos calculados en rublos de anteguerra alcanzaban, respectivamente, el 187 y el 171 % del nivel de 1913, y los precios al por menor y al por mayor de los productos agrícolas, el 58 y el 49 % de ese nivel[4]. Para entonces, otros claros síntomas de la gravedad de la crisis habían hecho su aparición. A lo largo del verano las ventas de artículos de consumo descendieron. Los *trusts* industriales, que confiaban en la fuerza de su posición financiera, en su organización monopolística de ventas y en la demanda de la «nueva clase media» creada en las ciudades por la NEP, siguieron forzando la subida de precios y reteniendo las mercancías, a la espera de que la cosecha pusiera más dinero en manos de los campesinos: en esto se vieron apoyados por la circular del Vesenja de julio de 1923, por la que se les recordaba su deber principal de lograr beneficios[5]. La crisis económica de 1923 no se parecía a las otras que había sufrido el régimen soviético desde 1917. Estas últimas fueron crisis provocadas por la escasez; ahora, los almacenes se hallaban repletos de mercancía y la cosecha rindió con excedentes. La crisis se debió, pues, no a la falta de producción, sino al fallo de no haberse establecido

vechó esta circunstancia para fundar la denominada «Internacional Campesina» (véase más adelante, p. 204).

[4] *Ekonomicheskaya Zhizn,* 1 y 2 de octubre de 1923 publicó, poniéndolo al día, el diagrama de Trotski de abril de 1923; el diagrama del *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 396, prolongaba las líneas hasta abril de 1924, cuando las tijeras, una vez más, estaban casi cerradas. Desde el punto de vista del campesino, la comparación real estaba entre los precios al detalle de los artículos industriales y los precios al por mayor de los productos agrícolas, poniendo así la discrepancia en su punto máximo. Según los cálculos de S. G. Strumilin en *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), p. 220, la proporción de los precios industriales con respecto a los agrícolas el 1 de octubre de 1923 era del 323 % con respecto a la proporción correspondiente de 1913.

[5] Véase anteriormente, p. 21.

métodos y sistemas comerciales capaces de encauzar la corriente de artículos desde el trabajador industrial al campesino, y viceversa [6].

Se había supuesto que las relaciones comerciales serían establecidas automáticamente por la NEP en beneficio de ambas partes; según la teoría clásica, esto ocurre cuando se eliminan las trabas al comercio. Pero el resultado no confirmó, ni mucho menos, tales suposiciones.

Sin embargo, lo que mientras tanto se desarrollaba en 1923 era, hasta cierto punto, una crisis de la NEP, «la primera crisis», en palabras de Rikov, «que ha hundido una larga cuña entre los trabajadores y los campesinos» [7] y, en última instancia, el capítulo de una lucha entre el campesinado y el proletariado, entre la agricultura y la industria, que arrancaba no ya de los comienzos de la NEP ni de la Revolución bolchevique, sino de la emancipación de los siervos. El objetivo de la emancipación fue preparar el camino a la revolución industrial de Rusia. El mantenimiento de extensas propiedades particulares y la introducción de ciertos adelantos en el campo trajeron como consecuencia un aumento constante en las exportaciones de grano y de otros productos agrícolas, lo que hizo de Rusia un gran proveedor de víveres de Europa occidental. Sin embargo, estas exportaciones cubrían sólo los intereses del capital invertido en el desarrollo de la industria rusa; las propias inversiones de capital se consiguieron con préstamos del extranjero. La industrialización no fue un proceso espontáneo, sin planificar, sino el resultado de las decisiones y de la acción del gobierno, a quien movían consideraciones de carácter político: el fortalecimiento del poderío militar ruso; y el Estado fue siempre el cliente más importante de la industria pesada rusa en sus sectores de armas, de municiones y del desarrollo del transporte. Cuando los bolcheviques tomaron el poder

[6] La controversia suscitada en la decimotercera conferencia del partido en enero de 1924 sobre si la crisis era, según afirmaba Rikov y rechazaban Smirnov y Piatakov (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 8, 69, 81, 86), una crisis de «superproducción», dependía del punto de vista de los controversistas. En el sentido capitalista se trataba de una crisis de «superproducción», a la que la jefatura del partido trataba de poner remedio por métodos «capitalistas» de presión financiera para liquidar los 'stocks', con el resultado de que, de esta manera, se provocaba un descenso en la producción. Desde el punto de vista de la economía planificada no era una crisis de «superproducción» y, con arreglo al criterio de la oposición, los precios no debieran haber sido reducidos mediante la ampliación del crédito para incrementar la producción; habida cuenta de los recursos con que se contaba por aquel entonces, no se sabe si esta política hubiera sido practicable.

[7] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov),* (1924), p. 84.

en Rusia en 1917 se comprometieron a continuar e intensificar esta política planificada y deliberada de industrialización, no para lograr un mayor poderío militar, sino para edificar una sociedad socialista. Pero carecían de los dos recursos que, en las dos décadas anteriores a 1914, llevaron adelante este proceso con rapidez y con éxito. La desintegración provocada por la guerra y la fragmentación de las grandes propiedades en parcelas campesinas acabaron con las exportaciones de grano a estala significativa. La revolución política ahuyentó la posibilidad de conseguir préstamos del extranjero. De aquí que para continuar con el proceso de industrialización sería preciso arrancar el capital de inversión industrial de la propia economía rusa y, en gran medida, del sector agrícola, que era el predominante.

Antes de que el nuevo régimen se pusiera a considerar seriamente este problema, la crisis de la guerra civil se abatió sobre el país, obligando a la concentración de todos los recursos en el ejército y en la industria que servía a las necesidades militares; y esto significaba —como la industrialización, pero de manera mucho más extrema— exprimir al campesino sin darle una retribución apropiada. Al terminar la guerra civil, el campesino se hallaba tan exhausto y tan inquieto, que continuar con este proceso, incluso en la forma más suave de un programa razonable de industrialización, hubiera sido descabellado. La esencia de la NEP consistía en el reconocimiento a tiempo de esta amarga realidad. A falta de capital extranjero —la experiencia de los dos años posteriores mostraría que no había que contar con él—, la expansión de la industria, que sería el camino áureo para llegar al socialismo, dependía de la acumulación de nuevo capital dentro de la economía nacional; y esto no podría realizarse a escala significativa hasta que la agricultura se hubiera recuperado (y los campesinos estuvieran más apaciguados) hasta el punto de que una parte sustancial de esta acumulación se consiguiera en el sector agrícola de la economía. Hasta que llegara este momento, lo único que se podía hacer era conservar las «alturas dominantes» de la industria nacionalizada y esperar la oportunidad de proseguir el avance. Mientras se pudo practicar esta política de espera, no se planteó ningún punto doctrinario, y las controversias dentro del partido, que se silenciaron mediante la introducción del expediente temporal de la NEP, pudieron todavía ser tenidas a raya. Sin embargo, para el otoño de 1923 comenzaba a verse claro que la NEP no creó ningún equilibrio estable ni automático que brindara un refugio seguro, a la espera de circunstancias propicias para nuevos progresos. Lo que la NEP había creado no era el tan traído y llevado «eslabón» o «alianza» entre el proletariado y los campesinos, sino una liza en la que estos dos elementos principales de la economía soviética luchaban

entre sí en un mercado de características competitivas, en una pelea que primero se inclinaba acentuadamente a un lado y luego al otro; y semejante forcejeo, tolerable e incluso saludable en cualquier país rico y poderoso de la época dorada del capitalismo, arruinaba por fuerza los débiles recursos de la atrasada economía rusa. El Estado no podía permitirse que la batalla de las tijeras llegara hasta el fin, con los campesinos manteniendo a las ciudades y con las industrias de bienes de consumo enfrascadas en su afán de lograr el máximo de beneficios. Un día se precisaría la intervención para poner de nuevo en movimiento el proceso de industrialización y reanudar el avance en el camino del socialismo. Pero, mientras tanto, se requería esa intervención incluso para mantener el precario equilibrio establecido por la NEP entre la agricultura y la industria. La NEP se había inaugurado hacía dos años y medio como un compromiso, el cual, mientras conservaba intactas las bases del socialismo en las industrias nacionalizadas, proporcionaba incentivos comerciales a los campesinos para que éstos produjeran víveres para las fábricas y las ciudades. Ahora se veía claramente, por mucho que los líderes trataran de ignorar o de dejar el problema para más tarde, que este doble objetivo no se conseguía con el libre juego de las fuerzas económicas.

No es extraño, pues, que la complejidad de estos problemas y las arraigadas características del dilema que se alzaba ante los constructores del socialismo en una economía campesina y atrasada, no acabaran de verlas, en toda su magnitud, los líderes del partido que se dispusieron a enfrentarse con la crisis de las tijeras en el otoño de 1923 [8]. Los dos grupos que ahora comenzaban a cristalizar dentro del comité central se mostraban reacios a admitir la posibilidad de un conflicto entre las exigencias de la agricultura y las de la industria, ya que la NEP se había instaurado precisamente con el propósito de hacer imposible tal conflicto; sin embargo, era éste el único punto que se deducía claramente de las discusiones. La mayoría, bajo la impresión de los progresos materiales conseguidos con la NEP y temerosa de los peligros que acarrearía el renovar la política de presión contra el campesinado, la cual estuvo a pique de terminar en un desastre bajo el comunismo de guerra, deseaba

[8] Justo es decir, que las opiniones de los expertos financieros y económicos, a quienes los jefes políticos debieron recurrir, naturalmente, en busca de consejo, eran también confusas y contradictorias con respecto a las causas de la crisis. En M. H. Dobb, *Russian Economic Development since the Revolution* (segunda edición, 1929), pp. 22-245, se citan artículos de la prensa contemporánea. La anomalía de una doble moneda y la continua depreciación del rublo daban pie al punto de vista superficial de que la crisis de las tijeras era explicable en términos del problema monetario.

tan sólo mantener el *status quo* establecido por la NEP y dejar que el futuro socialista se las arreglara por su cuenta; y como la crisis de las tijeras que amenazaba al *status quo* parecía originarse en los precios desorbitados impuestos a los artículos de consumo por los *trusts* industriales, era difícil sustraerse a la opinión de que el campesino era la víctima, y la industria el villano, y de que el remedio estaba en obligar a los *trusts* a reducir los precios y las ganancias y en mejorar la suerte del campesino por el aumento, mediante la exportación, del precio del grano, y por una reducción de sus obligaciones tributarias. La industria estaba enferma por haber perdido el mercado campesino debido, principalmente, al alto precio de los artículos industriales. Mientras tanto, el renacimiento de la industria pesada podía aguardar ocasiones más propicias.

La minoría, que pronto recibiría el apelativo de «la oposición», arrancaba de la doctrina marxista básica de la superior importancia del proletariado y de la industria en la revolución socialista, e interpretaba la crisis de las tijeras desde el punto de vista de la necesidad de proteger los intereses de la industria en general y, en particular, de promover el renacimiento de la industria pesada como base de la economía socialista. Cuando se pidió a esta minoría que explicara el alza de los precios industriales y que propusiera un remedio, sus miembros manifestaron que el alza se debía, en parte, al incremento de los costos, debido, principalmente, al alza de los gravámenes fiscales y a otros de tipo general sobre los cuales la industria no tenía ningún control, como los del transporte, por ejemplo [9]. En parte, las alzas se debían también a la ineficacia, ya conocida, de la organización industrial, y los «opositores» afirmaron que la únic manera de reducir los precios sería aumentando la eficacia de la indus tria por medio de la racionalización y de la concentración sobre un mayor base de producción. Con arreglo a este criterio, la crisis de la tijeras se produjo, en primer lugar, porque el renacimiento industri no supo mantener el mismo paso de avance que el renacimien agrícola; y para remediar el desfase sería preciso acudir en ayu de la industria, principalmente de la industria pesada, que era

[9] En el duodécimo congreso del partido Bogdánov calculó que la mit de los gastos generales de la industria se debía a causas que estaban fuera control de las propias empresas: impuestos, fletes, intereses por anticipos chos por el Gosbank, depreciaciones anuales, etc. (*Dvenadtsati Sjezd Ross koi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 332). Según S. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), pp. 225-226, en 1913 la indus pagaba en impuestos el 3 % de su producción neta, en 1922 el 3-4 %, en 1 el 10-12 %; el crédito, que costaba el 6 % al año en 1913, aumentó a 6 en 1923; y los fletes, que en 1922 eran sólo un tercio de los tipos vi tes en 1913, subieron en 1923 un 25 % por encima de los de 1913.

base esencial. Strumilin, el economista del Gosplan, lo dijo con toda claridad:

Si queremos conseguir el mayor éxito en el cierre de las tijeras, debemos, al revisar los planes de producción de nuestra industria, garantizar antes que nada su mayor y más rápida expansión posible. Las condiciones fundamentales para conseguir un éxito positivo en la lucha contra la disparidad de los precios son un aumento en el volumen de trabajo de nuestra industria y mayor productividad de nuestra mano de obra. Todo lo demás vendrá por añadidura [10].

Sin embargo, esto implicaba, como ya percibieron Trotski y el portavoz del Vesenja en el invierno anterior, revisar la política de créditos. Mientras la primera mitad de 1923 contempló una rápida expansión del crédito entre las industrias de bienes de consumo, la consecuencia natural de una política cuyo criterio se basaba en la capacidad del prestatario para realizar ganancias fue la de discriminar contra la industria pesada, la cual no tenía ninguna perspectiva de salir de su estancamiento mientras se siguiera aplicando ese criterio. El discurso de Trotski ante el duodécimo congreso del partido subrayó el contraste entre el rápido progreso de las industrias rural y ligera y la de bienes de consumo y el abatimiento de la industria pesada, y se refirió a la incompatibilidad de este estado de cosas con el progreso hacia una economía socialista. La conclusión era evidente: la industria pesada sólo podría revivir en una economía planificada, y parte esencial de esa economía sería una política dirigida de créditos, que se aplicara a fines específicos y que no aceptara como final el criterio de la ganancia. La minoría del comité central, aunque no criticaba que se acordaran créditos a las industrias de artículos de consumo, solicitaba que también se concedieran, y con generosidad, a la industria pesada como premisa necesaria para su expansión e incluso para su supervivencia. Mientras más se ahondaba la discusión, más profundo aparecía el abismo que separaba a estas opiniones de las de la mayoría.

Tres acontecimientos que se registraron en agosto y septiembre de 1923, y que al parecer no tenían relación entre sí, revelaron la madurez de la crisis y pusieron de manifiesto que no era posible demorar más la adopción de importantes decisiones de tipo político. El primer acontecimiento fue un estallido de huelgas y disturbios entre los trabajadores industriales; el segundo, la decisión del Gosbank de impedir que se siguieran abriendo las tijeras, for-

[10] S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), p. 229.

zando una reducción de precios mediante la restricción de créditos a la industria; y el tercero, una crisis monetaria que obligó a imprimir de nuevo grandes cantidades de papel moneda con el fin de financiar la cosecha.

La carga que soportaban los trabajadores, y que apenas si se tenía en cuenta en las controversias que provocaba la crisis de las tijeras, hizo crisis en este momento. Lo que se mencionaba vagamente como «la oleada de intranquilidad y de huelgas que ha barrido en agosto algunas regiones de la república» [11] no fue en su tiempo objeto de publicidad, y sólo se puede referir a grandes rasgos lo sucedido. Los conflictos más serios se registraron en la industria pesada; la primera huelga en masa de que se tiene noticia ocurrió en las fábricas de máquinas de Sormovo en agosto de 1923. Todas las referencias coinciden en señalar, como causa principal, el retraso en el pago de los jornales, aunque también se menciona el deseo de los obreros de volver a sus pueblos para ayudar en la recolección de la cosecha. Cuando los trabajadores de Somorvo protestaron en agosto por el retraso en el abono de los salarios de julio, se les dijo que en el sur y en los Urales los trabajadores no habían cobrado todavía los salarios de mayo y junio. La práctica de pagar una parte de los salarios con bonos del empréstito oro fue un nuevo motivo de resentimiento; al principio los obreros aceptaron este sistema, creyendo que podrían hacer efectivos los bonos a su valor nominal, pero pronto descubrieron su error [12]. Los cupones, que podían hacerse efec-

[11] Stalin, *Sochineniya*, p. 356; Kámenev, en su discurso del 11 de diciembre de 1923, habló «de los alarmantes hechos que se produjeron durante julio y agosto en el seno de la clase trabajadora» y de huelgas en Jarkov y Sormovo (*Pravda*, 13 de diciembre de 1923). *Pravda* del 21 de diciembre se refirió a «los acontecimientos que se registraron en julio-septiembre en cierto número de grandes empresas» y opinó que «indicaban un claro divorcio entre los sindicatos y las masas». Con la mayor amplitud posible se refirió a estos hechos el periódico menchevique *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín): informes detallados de huelgas en Sormovo aparecieron en el n.º 16 (62), 16 de septiembre de 1923, pp. 14-15; en el n.º 21-22 (67-68), 27 de noviembre de 1923, pp. 20-21; de las huelgas en la cuenca del Don, en el n.º 14 (60), 16 de agosto de 1923, pp. 15-16 y en el 23-24 (69-70), 17 de diciembre de 1923, p. 17; de las huelgas en Jarkov, en el n.º 1 (71), del 10 de enero de 1924, pp. 7-8. Entre 1923 y 1927, cuando ya no aparecían en la prensa soviética noticias de acontecimientos adversos, pero que se podían sacar de matute sin gran dificultad, este periódico publicaba con frecuencia material valioso y que no era posible conseguir de otra manera; el achaque de antisovietismo, que aumentó con el tiempo, no hay que considerarlo en esta ocasión. Entre los informadores regulares del periódico se hallaba Riazanov, que siempre tuvo un concepto muy elástico de la lealtad al partido.

[12] Esta práctica, introducida al principio sin autorización formal (contra ella apareció una protesta en *Trud*, 27 de julio de 1923), fue posteriormente defendida como un paso necesario a la estabilidad financiera y sancionada por

tivos únicamente en ciertas tiendas con provisión de artículos innecesaribs, se entregaban algunas veces como pago parcial de los salarios [13]. Los empresarios utilizaban constantemente el arma, muy efectiva, de amenazar con despidos o con el *lockout* para suprimir cualquier tipo de descontento o para recortar los jornales. En teoría, los trabajadores tenían derecho, en caso de despido, a un mes de sueldo y a ser avisados del mismo con la debida anticipación. Pero el código laboral contenía un número tan grande de motivos determinantes del despido instantáneo, que aquellos derechos apenas existían en la práctica. En estos conflictos, la posición de los jefes sindicalistas era poco envidiable. No cabe duda de que hacían todo lo que estuviera en su mano para que las autoridades financieras de Moscú ordenaran el pago puntual de los salarios; y en esto contaban con la simpatía y el apoyo de los gerentes, que deseaban, tanto como cualquiera, evitar los conflictos laborales. Pero la política de los sindicatos, ceñida en todo a la línea del partido, era absolutamente contraria a las huelgas. Si los trabajadores amenazaban con la huelga para llamar la atención sobre sus reclamaciones, se les acusaba de romper la disciplina sindicalista, y a los responsables se les castigaba dándoles de baja en el sindicato, lo que significaba el despido automático de la fábrica y la imposibilidad de conseguir un nuevo trabajo [14]. Así, pues, en la práctica, los representantes de los sindicatos y los comités de fábrica tendían a aliarse con los gerentes y con la policía para mantener la disciplina entre los trabajadores, para prevenir las huelgas y para suprimir disturbios. En caso de paros, la GPU intervenía al instante, a intancias de la dirección y con el consentimiento tácito o explícito de los sindicatos, para detener a los «cabecillas» e «instigadores». La fuerza se utilizó sin contemplaciones contra las

un decreto del 4 de septiembre de 1923 (véase más adelante p. 109). Este fue uno de los mayores motivos de queja expuestos por Tomski un año después en el sexto congreso sindical *(Shestoi Sjezd Professionalnij Soyuzov SSSR* [1925], p. 71).

[13] *Trud,* 21 de noviembre de 1923.

[14] En la primera mitad de 1923, cuando todavía se informaba libremente sobre las huelgas, *Trud* hablaba con frecuencia del caso de huelguistas que, como castigo, eran expulsados de los sindicatos (por ejemplo, *Trud,* 18 de febrero, 19 de mayo, 29 de junio de 1923). Posteriormente, estas prácticas comenzaron a suscitar indignación: un artículo de fondo de *Trud* del 27 de noviembre de 1923 protestaba contra la impaciencia de los sindicatos por librarse de sus miembros recalcitrantes y, en un nuevo artículo del 15 de diciembre de 1923, se quejaba de que las administraciones de los sindicatos pronunciaban las sentencias de expulsión sin que a los afiliados les asistiera el derecho de apelar. Esta injusticia todavía irritaba en tiempos del sexto congreso sindical de noviembre de 1924 *(Shestoi Sjezd Professionalnij Soyuzov SSSR* [1925], pp. xv-xvi, xix-xx).

protestas y manifestaciones de los trabajadores. Los disturbios laborales que alcanzaron su punto culminante en agosto y septiembre de 1923 constituyeron un movimiento espontáneo y desorganizado; nada prueba que influyera en ellos la propaganda de La Verdad Obrera, del Grupo de Trabajadores o de cualquier otro sector de la oposición. En el decimotercer congreso del partido celebrado un año después, Larin trató de dibujar con cierta simpatía —lo que no era corriente— el estado de ánimo de los trabajadores en esta época:

Ustedes recuerdan que antes de la llegada del otoño de 1923 vivimos una época en que, por una parte, la gran masa de los trabajadores contemplaba el aumento de nuestras conquistas económicas: la industria se desarrollaba, la posición financiera del Estado mejoraba, los ferrocarriles funcionaban mejor, y todo esto nosotros mismos lo proclamábamos en la prensa y en nuestras reuniones: vamos para arriba, progresamos año tras año. Y, al mismo tiempo, la gran masa de los trabajadores sentía cierta perplejidad: sí, vamos para arriba, es indudable, pero los hombres de la NEP se llevan la parte del león y cada vez se les ve más orondos. La gran masa de los trabajadores comenzó a sentirse ofendida: sí, vamos para arriba, pero a nosotros, a los trabajadores, no llegan las mejoras de la situación [15].

El proletariado había tomado el poder y era dueño de los medios de producción. Sin embargo, la revolución le procuraba pocas ventajas materiales. Los especialistas y los hombres de la NEP disfrutaban de ellas. Las circunstancias eran bastante parecidas a las que reinaban en las fábricas en los peores días del régimen zarista y provocaban reflexiones poco halagüeñas sobre la suerte de los trabajadores en el «Estado obrero».

En las controversias económicas del otoño de 1923, el descontento de los trabajadores representó un papel secundario. El asunto era demasiado delicado para sacarlo a discusión pública, y en esto coincidían la mayoría, comprometida en la defensa de los intereses campesinos aunque por el momento resultara perjudicado el trabajador industrial, y la minoría, que representaba a la parte «gerencial» de la industria —empresarios, administradores y planificadores— y que, atosigada por la política oficial, estaba poco dispuesta a mirar con simpatía las nuevas exigencias de los trabajadores o a perdonar las infracciones proletarias contra la disciplina industrial [16]. Hay pruebas, por lo que después vino, de que las huel-

[15] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunistichekoi Parti (Bolshevikov)*, (1924), p. 182.

[16] Uno de los incidentes de la controversia económica del otoño de 1923 fue la renovada campaña que se emprendió contra los salarios de los especialistas, debida en parte a la hostilidad de los sindicatos, y en parte a las fricciones existentes entre el Narkomfin y los industriales por la cuestión de los créditos. El 10 de octubre de 1923, tanto *Trud* como *Ekonomicheskaya Zhizn*

gas y disturbios ocurridos en las fábricas en julio, agosto y septiembre de 1923 causaron una profunda impresión en la jefatura del partido, pues pusieron bien de manifiesto que se había llegado a tal extremo, que constituiría un riesgo grave aumentar la carga que pesaba sobre los trabajadores industriales a causa de la NEP y de la política de reorganización y restablecimiento de la industria. Los intentos de aplicar una política de salarios menos mezquina y opresiva y la nueva campaña contra los hombres de la NEP en el invierno de 1923-1924 son consecuencia de aquel hecho.

El segundo factor que aceleró la crisis fue la restricción de créditos, por parte del Gosbank, a las industrias de producción de bienes de consumo. Los cánones de la ortodoxia fianànciera habían impuesto ya desde el comienzo a los directores del Gosbank una cautelosa política de créditos. El banco siempre se mostró reacio a conceder créditos a los comerciantes [17], y por consiguiente la industria dependía todavía más del crédito para financiar la venta de sus productos. Con la rápida expansión del chervonets en el primer semestre de 1923, estos créditos se concedieron sin muchas complicaciones. En esta época, las quejas sobre parsimonias en la concesión de créditos venían de la industria pesada, ya que los bancos se negaban a hacerle adelantos. La tasa de interés que se imponía a estos anticipos era nada menos que del 60 % anual, pero era más baja, sin embargo, que las tasas de 1922 [18]. Estos tiempos felices terminaron cuando las tijeras siguieron abriéndose a fines del verano de 1923. En esta época cualquier conflicto entre los intereses encontrados de la agricultura y de la industria encontraba al Narkomfin al lado de los campesinos, dispuesto como estaba a provocar la caída de los precios industriales. A principios de julio de 1923, Sokólnikov, comisario del pueblo para Finanzas, informó en su discurso ante el VTsIK que

llevaban, lo que no se puede creer que fuera simple coincidencia, sendos artículos que atacaban el sistema de *tantiemes,* el cual alentaba a los directores de empresa a declarar beneficios que no existían en la realidad, o a elevar los precios y reducir los salarios con objeto de inflar los beneficios; el 17 de octubre *Trud* pidió que se redujeran las remuneraciones de los especialistas; al día siguiente, *Ekonomicheskaya Zhizn* arremetió una vez más contra el sistema de *tantiemes,* que en principio fue establecido para atraer a los especialistas «que no quisieran trabajar por consideraciones ideológicas».

[17] Kutler, el competente profesional que estaba al frente del Gosbank (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, pp. 365-367), explicó en una conferencia de comerciantes en enero de 1923 que «los créditos liberales al comercio, aunque deseables por sí mismos, no podrán concederse todavía en un próximo futuro» *(Ekonomicheskaya Zhizn,* 17 de enero de 1923).

[18] S. G. Strumilin, *Na Joziaistvennom Fronte* (1925), p. 225; con respecto a los tipos anteriores, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, página 363.

el Gosbank había adelantado cien millones de rublos oro a la industria, y el Prombank, diez millones de rublos oro; luego hizo una advertencia contra semejantes concesiones de crédito a la industria:

Si este crédito se utiliza, no para ampliar las operaciones de la industria, sino para restringir las ventas y para provocar un aumento en los precios del mercado, entonces, la industria no utilizará de manera práctica el crédito bancario, sino que abusará de él [19].

Tras esta advertencia se tomaron medidas seis semanas más tarde. El Gosbank, de acuerdo con el Narkomfin, comenzó de pronto y con extremado rigor a restringir los créditos a la industria [20]. La medida, aparte de las consideraciones de política de precios, se podía explicar o justificar por motivos de orden monetario. La caída en el poder adquisitivo del chervonets se atribuía, no sin razón, a la emisión excesiva de la nueva moneda, provocada por una expansión demasiado rápida del crédito [21]. Pero la medida también se implantó, y con buen fundamento, con vistas a la crisis de las tijeras. Al principio la introducción del chervonets fue altamente beneficiosa para las industrias de artículos de consumo. La concesión de créditos contra las existencias de mercancías fue uno de los factores que contribuyeron a que estas industrias superaran en el invierno de 1922-1923 la crisis *razbazarovanie* del año anterior y a que, bajo la dirección de los sindicatos, le apretaran los tornillos al consumidor. Pero cuando esta favorable situación condujo en el primer semestre de 1923 a una crisis de signo opuesto provocada por los altos precios industriales, en seguida surgieron voces que pedían se restringiera la política de créditos que había fortalecido a la industria de tal manera [22]: retirar

[19] *Vtoraya Sessiya Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta X Sozyva* (1923), pp. 114-115; para este discurso, véanse anteriormente pp. 47-48.

[20] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 11 de noviembre de 1923, aunque en principio defendía la medida, admitió que se había aplicado «de pronto y sin contemplaciones»; lo inesperado y violento de la contracción crediticia fue uno de los errores que achacó posteriormente la oposición a la política oficial (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1924], pp. 70, 81). Como el Gosbank era una entidad autónoma con plenos poderes sobre el uso de sus fondos, esta decisión no implicaba formalmente una responsabilidad gubernamental; «el carácter autárquico de nuestra política financiera» y «la autonomía del Gosbank» también figuraban entre las críticas (véanse pp. 114-115).

[21] Véanse anteriormente pp. 44-45.

[22] En *Ekonomicheskaya Zhizn*, del 12 de septiembre de 1923, Kutler expuso el caso contra la industria: «A los vendedores les tiene sin cuidado que el incremento de los precios reduzca la venta de sus productos... Los subsidios y el crédito acuden en su ayuda. Las mercancías se amontonan en los depósitos.» En noviembre de 1923 Sokólnikov repitió el alegato de que la industria «hasta cierto punto, ha abusado del crédito» (*Tretiya Sessiya Tsentralnogo Is-*

los créditos a la industria era la forma más sencilla de obligar a una baja de precios en el mercado de los artículos industriales. De esta manera, la intervención del Gosbank en la política crediticia fue bien vista incluso por quienes, en otros aspectos, deseaban conservar el juego libre de las fuerzas del mercado como rasgo esencial de la NEP; y esta opinión, igualmente bienvenida por quienes se interesaban, en primer lugar, por los principios de la ortodoxia financiera, y por quienes trataban, sobre todo, de defender los intereses campesinos, tenía mucho más peso que las protestas de quienes creían que los precios industriales debían reducirse mediante mejores métodos de producción estimulados por una política crediticia más generosa.

La restricción de créditos obligó casi inmediatamente a las industrias de artículos de consumo a rebajar los precios y a liquidar las existencias en un mercado en baja. En la segunda quincena de septiembre de 1923 casi todas las ramas de la industria clamaban en las páginas de los periódicos con gritos de angustia [23]. Fue el 1 de octubre cuando las tijeras de los precios se abrieron al máximo. Desde esa fecha se inició un movimiento de caída en los precios industriales y otro de alza en los precios agrícolas [24]. Las limitaciones crediticias a la industria, que constituyeron el acto más importante de política económica desde el duodécimo congreso, no parecían contradecir ninguna de las resoluciones vagas y eclécticas de dicho congreso. Incluso podrían encontrar apoyo en las sorprendentes observaciones que hizo Lenin ante el undécimo congreso con respecto a las saludables propiedades de una crisis financiera [25]. Las limitaciones crediticias terminaron también con la discriminación en la política de créditos a favor de la industria de artículos de consumo, cerrando así la brecha que se abrió en los primeros años de la NEP entre los

polnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik [1924], página 99); en particular la industria textil, tras recibir créditos para poner sus artículos en el mercado, fijó a los mismos un precio tan alto que los campesinos se negaron a comprarlos; entonces las autoridades financieras impusieron, como condición para conceder nuevos créditos, que rebajaran los precios (G. Y. Sokólnikov, *Finansovaya Politika Revoliutsi*, ii [1926], 93-95).

[23] Véase, por ejemplo, *Ekonomicheskaya Zhizn*, 19 de septiembre (tabaco), 20 (aceite), 21 (sal) de 1923.

[24] Desde aproximadamente comienzos de octubre también empezaron a regularse por orden oficial (véase más adelante, p. 120) los precios al por mayor. Pero fue la restricción de los créditos lo que asestó el primer golpe, y a juzgar por experiencias anteriores, sin ella no hubiera sido eficaz el establecimiento oficial de los precios.

[25] G. Y. Sokólnikov, *Finansovaya Politika Revoliutsi*, ii (1926), 93-94; en cuanto a las manifestaciones de Lenin, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 367.

intereses de la industria de artículos de consumo y los de la industria pesada. Tras el otoño de 1923 ya no era posible conservar un sistema gracias al cual las industrias de bienes de consumo obtenían crédito de los bancos, mientras que a las industrias básicas, factores de los que dependía en gran medida la reactivación del conjunto de la economía, el Narkomfin les negaba los créditos por razones de índole presupuestaria. Hasta este extremo se pudo corregir la «anarquía» de los primeros años de la NEP.

Aparte de sus otros efectos, la limitación de créditos en agosto de 1923 podía considerarse como un nuevo paso para fortalecer el chervonets y como una manera de preparar el terreno para la estabilización definitiva de la moneda. Sin embargo, trajo rápidamente como secuela una escasez monetaria de grandes proporciones que fue el tercer factor en el desarrollo de la crisis económica [26]. El punto flaco de la política del Narkomfin seguía siendo la dificultad de hacer frente a los requerimientos del gasto público si el funcionamiento de las máquinas de imprimir papel moneda se reducía a los estrechos límites que se determinaron en el decreto de julio [27]. El Narkomfin realizó desesperados esfuerzos para cubrir esta laguna mediante empréstitos. El empréstito oro que se anunció en octubre de 1922 tuvo una pobre acogida a pesar de las presiones realizadas para que se suscribiera y del empleo de bonos como pago parcial de los jornales [28]. Los bonos se endosaban como «no negociables y no cotizables en la bolsa», pero en realidad se compraban y vendían en el mercado libre con grandes descuentos, de manera que desapareció rápidamente todo el incentivo de las suscripciones normales [29]. Los poco entusiastas tenedores de bonos los depositaban en el Gosbank, el cual adelantaba en agosto el 60 % de su valor nominal. El intento de poner a

[26] En una entrevista aparecida en *Ekonomicheskaya Zhizn* del 26 de octubre de 1923, Kutler explicó que la reducción de créditos a la industria se debía a la necesidad de financiar la cosecha. Esto invierte el orden de los acontecimientos y sugiere una relación directa que no existía; pero ambas medidas eran parte de la misma política de rectificar las tijeras presionando sobre la industria y ayudando a la agricultura.

[27] Véanse anteriormente, pp. 47-49.

[28] Con respecto a la «presión moral», véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, p. 372; en julio de 1923, Sokólnikov admitió ante el VTsIK que la puesta en circulación del empréstito oro había tropezado con grandes dificultades, pero que, como ocurrió con el empréstito de centeno, las cosas irían mejor en el segundo año (*Vtoraya Sessiya Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta X Sozyva* [1923], pp. 127-128). Con respecto al pago de salarios con títulos, véase anteriormente, p. 103

[29] G. Y. Sokólnikov, etc., *Soviet Policy in Public Finance* (Stanford, 1931), página 263; se dice (*ibid.*, p. 265) que el valor en el mercado cayó tan bajo como el 40 % del valor oficial, pero esto parece haber ocurrido tras colocaciones extensas y obligatorias.

contribución al ya exprimido trabajador industrial y de mitigar la escasez de moneda mediante el pago en bonos de su salario, que le llegaba frecuentemente con retraso, se justificaba en un curioso anuncio en forma de preguntas y respuestas que apareció en el periódico oficial de economía:

Pregunta: ¿Cómo se pueden aumentar los salarios?
Respuesta: Terminando con la depreciación de la moneda.
Pregunta: ¿Cómo se puede terminar con la depreciación de la moneda?
Respuesta: Comprando en grandes cantidades los bonos del empréstito oro [30].

El anuncio pareció causar más efecto entre los arquitectos de la política económica que entre los trabajadores. El 4 de septiembre de 1923 se emitió un decreto por el que se autorizaba el pago de un porcentaje determinado de sueldos y salarios en forma de bonos del Estado, desde el 20 % a los jornales más altos hasta el 3 % a los más bajos; y al día siguiente otro decreto ordenaba que las personas sujetas al pago de impuestos sobre la renta y la propiedad y los solicitantes de licencias de comercio suscribieran bonos del Estado en proporción a las cantidades que debían abonar. A los quince días, otro nuevo decreto sujetaba a las mismas obligaciones a los contratistas o agentes que realizaran negocios con las empresas o instituciones estatales [31]. Incluso con estas medidas, que convertían el empréstito en una exacción forzada, no se consiguieron los resultados perseguidos; y Sokólnikov tuvo que anunciar en noviembre de 1923 que de los 100 millones que se presupuestaron el año anterior, sólo se suscribieron 75 millones de rublos [32].

El fracaso del empréstito era ya evidente cuando el Narkomfin tuvo que enfrentarse a una inevitable crisis monetaria. En los días anteriores a la revolución, era procedimiento usual y necesario ampliar el crédito y la emisión de papel moneda, al llegar el otoño, para financiar el mercadeo de la cosecha, y restringirlos al completarse la recolección. Este procedimiento quedó en desuso desde 1918. Bajo el comunismo de guerra la recolección de la cosecha tomó la forma de requisa directa. En los primeros dos años de la NEP gran parte de ella se absorbía mediante los impuestos en especie. Pero en ninguno de estos años se observó ninguna renuencia a au-

[30] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 9 de agosto de 1923.

[31] *Sobranie Uzakoneni, 1923*, n.º 96, art. 960; n.º 98, art. 978; n.º 99, artículo 981; en un nuevo decreto de octubre de 1923 se revisaron los plazos de las suscripciones obligatorias para quienes pagaban impuesto sobre la renta (*Sobranie Uzakoneni, 1924*, n.º 9, art. 58).

[32] *Tretiya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), p. 85.

mentar la emisión de papel moneda para hacer frente a todas las exigencias. En 1923, cuando por primera vez los campesinos tuvieron la opción de pagar en efectivo buena parte de sus contribuciones, era natural que una parte mucho mayor de la cosecha llegara al mercado libre; por primera vez desde la revolución se volvió a abrir en la bolsa de Moscú el mercado de granos [33]. Los expertos que recordaban los viejos días habían previsto la necesidad de emitir más dinero para financiar la compra de grano y ya habían examinado «la posibilidad de utilizar el sovznak como instrumento crediticio para estos fines» [34]. El decreto de julio, al limitar la emisión de sovznaks, cerró la puerta a esta solución, aunque aquella limitación fuera una reforma fiscal necesaria; y nadie tenía ninguna otra medida que proponer. Todas las partes interesadas descartaron la idea de emitir más chervontsy para financiar la cosecha. En primer lugar se presuponía, con razón o sin ella, que los campesinos se negarían a recibir los pagos en una moneda extraña, desconocida todavía en el campo [35]; en segundo lugar, se temía que una copiosa emisión de chervontsy pusiera en peligro su propia estabilidad.

El primer síntoma agudo de escasez monetaria procedió de otra parte. En julio de 1923, el STO aprobó una propuesta del Narkomfin y del Comisariado del Pueblo para Comunicaciones (Narkomput) a favor de la emisión de «certificados de transporte» por un valor de cinco millones de rublos oro en denominaciones desde 5 hasta 25 rublos, que servirían de moneda legal para todos los costos del transporte y que, en cualquier circunstancia, serían redimibles en marzo de 1924; los certificados de transporte se emitieron entre septiembre de 1923 y marzo de 1924, pero por un valor de 24 millones de rublos oro [36]. Aparte de este aumento en el volumen mo-

[33] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 10 de agosto de 1923.

[34] *Ibid.*, 24 de mayo de 1923; Lezhava, presidente de la Komvnutorg, llamó la atención sobre el mismo problema y opinó que sería necesario retrasar la recaudación del impuesto hasta que la cosecha estuviera en el mercado (*ibid.*, 28 de junio de 1923).

[35] Cosa que bien pudo no ser cierta, aunque se daba generalmente por descontada; circuló la historia de que, tras el envío de grandes cantidades de sovznaks al Turkestán, para adquirir con ellos la cosecha de algodón de 1923, los campesinos desconcertaron a las autoridades al pedir que les abonaran con chervontsy (L. N. Yurovski, *Na Putiaj k Denezhnoi Reforme* [1924], p. 72).

[36] *Sobranie Uzakoneni, 1923,* n.° 87, art.. 842; *Sobranie Uzakoneni, 1924,* n.°13, art. 120; n.° 16, art. 154; n.° 47, art. 445. El motivo de la emisión de certificados de transporte era «fortalecer los recursos del Narkomput en la época de la venta de la cosecha» (minuta del Narkomfin citada por Z. V. Atlas, *Ocherki po Istori Denezhnogo Obrashcheniya v SSSR (1917-1925)* [1940], p. 211); Sokólnikov explicó públicamente que su objetivo era ayudar a cubrir el déficit del Narkomput, que había subido a 140 millones de rublos

netario —oficial, aunque no reconocido— que constituía el primer experimento para crear un medio subsidiario de cambio con base en el chervonets, la escasez de moneda provocó el acostumbrado surtido de sustitutos en forma de notas o certificados emitidos por las fábricas, las cooperativas o los soviets locales. Pero cuando llegó el momento de financiar la cosecha, todas estas medidas resultaron completamente ineficaces, sobre todo porque los campesinos pagaron en efectivo, en proporciones inesperadamente altas, las contribuciones agrícolas [37]. La situación planteada dejaba perplejos a los propios expertos. El 31 de julio de 1923, el *Ekonomischeskaya Zhizn* publicó un artículo en el que se proponía que los créditos se concedieran a los campesinos «principalmente en forma de mercancías» —una llamada tardía y desesperada en pro del regreso a la economía «natural». El 3 de agosto, Katsenellenbaum, experto financiero del Gosbank, argumentó en el mismo periódico que era inevitable una nueva emisión de rublos soviéticos para financiar la cosecha. Diez días más tarde un artículo de fondo reiteraba que «el problema del crédito para la recolección del grano se ha agudizado extraordinariamente» e informaba que ya se habían registrado demoras en la recolección por falta de moneda [38]. En septiembre, los puristas financieros del Narkomfin tuvieron que aceptar por fuerza la lógica de la situación. El intento de limitar y reducir la emisión de rublos soviéticos, tal y como se expresaba en el decreto del 7 de julio, fue abandonado por imposible, y todos los propósitos de restricción cayeron por los suelos. Sin ningún nuevo decreto y sin anuncio público del cambio de política, se reanudó la impresión de rublos soviéticos en las cantidades precisas para atender a todas las exigencias [39]. La emisión mensual de rublos soviéticos, que fue de

en el pasado año financiero y que se esperaba reducir a 50 millones de rublos en el año en curso *(Vtoraya Sessiya Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta X Sozyva* [1923], p. 116).

[37] Narkomfin calculó que la mitad del impuesto se pagaría en especie, la mitad en efectivo o en títulos del empréstito de centeno; en realidad, algo más de la mitad se pagó en efectivo, cerca de la cuarta parte en títulos y sólo un cuarto en especie *(Tretiya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* [1924], p. 85). Esto era un síntoma favorable, pero provocó una inmediata y amplia demanda de moneda. A fines del año la opción de pagar en especie quedó suprimida por completo *(Ekonomicheskaya Zhizn*, 20 de diciembre de 1923).

[38] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 15 de agosto de 1923.

[39] Un decreto del 29 de septiembre de 1923 *(Sobranie Uzakoneni, 1923*, número 102, art. 1.024) autorizaba la emisión de billetes de rublos soviéticos en la denominación de 5.000 rublos (valor de 1923); este decreto autorizaba simplemente la emisión de una nueva y más elevada denominación que respondiera al valor en baja del rublo, pero no se puso límites al monto de la emisión. En publicaciones posteriores se tomó esta decisión (por ejemplo, Ri-

3.400, 4.200 y 6.000 millones en julio, agosto y septiembre, respectivamente, aumentó de repente a 39.000, 46.000 y 110.000 millones en el último trimestre del año [40]. Las consecuencias de este paso fueron menos importantes que las provocadas por la ilimitada emisión de billetes en épocas anteriores. Por una parte, las cuentas públicas y las cuentas de las principales ramas de la industria se llevaron ahora en chervontsy; y, por otra, el rublo soviético estaba ya tan desacreditado, que la emisión no podía producir ningún beneficio sustancial al Tesoro: la elevación de los precios superaba ahora con rapidez a todos los aumentos en la emisión de papel moneda [41]. Pero la reanudación del flujo ininterrumpido de papel moneda, aunque resolvía a la manera tradicional el problema capital de llevar el grano a los mercados, era, a la larga, una derrota de la política financiera de los últimos doce meses. No sólo inauguraba una nueva época de incertidumbre y de especulación monetaria, sino que difuminaba el problema más importante de la crisis de las tijeras, al ocultarlo bajo el fenómeno más visible de una inflación galopante.

Ya no era posible disimular la existencia de una seria crisis económica, que provocaba profundas divisiones en las filas del partido y en su comité central. La mano de obra industrial se hallaba en estado de fermento, casi de revuelta. La restricción de los créditos

kov en *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 85) como contrapartida de las restricciones crediticias a la industria: los créditos (en chervontsy) se regateaban a la industria y se transferían (en forma de créditos en rublos soviéticos) a la agricultura. En realidad, no parece que las dos decisiones fueran dependientes entre sí. La diferencia esencial entre las dos monedas era que el chervonets se utilizaba tan sólo para fines crediticios, no para financiar compras gubernamentales (*Tretiya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* [1924], p. 98); las transacciones de grano correspondían en parte a la última categoría.

[40] Véase el cuadro sinóptico en L. N. Yurovski, *Current Problems and Policy of the Soviet Union* (1925), p. 106; al parecer, algunas de sus cifras han sido corregidas con respecto al cuadro original en L. N. Yurovski, *Na Putiaj k Denezhnoi Reforme* (segunda edición, 1924), p. 84.

[41] En toda la época del comunismo de guerra los precios tendían a crecer con más rapidez que el volumen del dinero en circulación (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 269-271). Con la ola de prosperidad que trajo consigo la NEP, este proceso se interrumpió entre el verano de 1922 y el verano de 1923, en cuyo periodo el aumento de los precios fue parejo con el aumento de la emisión de papel moneda o quedó un poco por detrás. Desde junio de 1923 los precios comenzaron de nuevo a superar el ritmo de la emisión de papel moneda, proceso que se intensificó cuando se reanudó en septiembre la emisión ilimitada de dicho papel. Por fin, en enero y febrero de 1924, cuando la emisión de papel moneda crecía en un ciento por ciento cada mes, el aumento de los precios llegaba al 200 %. (Véase el cuadro en Z. V. Atlas, *Ocherki po Istori Denezhnogo Obrashcheniya v SSSR (1917-1925)* [1940], p. 160).

fue un golpe demoledor contra las industrias de producción de bienes de consumo; y Rikov y Piatakov, como presidente y vicepresidente del Vesenja, recordaron en un memorándum, dirigido al comité central del partido el 19 de septiembre de 1923, la pésima situación de la industria pesada y que «dirigir la industria que se nos ha confiado es cada vez más difícil en las actuales circunstancias» [42]. La reanudación obligada de la emisión sin techo de los sovznaks para financiar la cosecha arrojaba dudas sobre las perspectivas de la reforma financiera y debilitaba la confianza en el Narkomfin y en su política. Fue en estas condiciones, cuando se mezclaban y chocaban en inextricable confusión los problemas fundamentales de la agricultura y de la industria, de la mano de obra y de la economía, cuando el comité central del partido estableció tres comités a fines de septiembre de 1923: uno para que informara sobre la crisis de las tijeras, otro para que se ocupara del problema de los salarios y el tercero para que estudiara la situación interna del partido [43]. El comité de las tijeras, que terminó eclipsando al comité de salarios, emergió como un comité de política económica que consideró a las «tijeras», y no sin razón, como el punto focal de toda la crisis. Integraban el comité diecisiete miembros y se pretendía que representara a todas las tendencias existentes en el comité central, aunque dichas tendencias no habían cristalizado todavía en grupos. Pero ni Trotski, ni ninguno de los más destacados disidentes del comité central se hallaban en Moscú cuando se tomó la decisión de erigir el comité [44]. Trotski, pretextando falta de tiempo, declinó formar parte de dicho comité [45]. Piatakov viajó a Alemania en misión diplomática [46]; y Preobrazhenski parece que boicoteó al comité, de manera que los principales portavoces de la oposición no se hicieron oír [47]. Esto les dejaba con las manos libres para atacar las recomendaciones del comité, pero les privaba de la oportunidad

[42] Parece que el memorándum no ha sido publicado, pero Trotski lo citó en su carta del 8 de octubre de 1923 (véanse más adelante pp. 115-116).

[43] No se publicó la decisión de designar los comités, pero se hizo referencia a los mismos en la decisión del comité central del 25 de octubre de 1923 (*VKP(B) v Rezoliutsiyaj* [1941], i, 531); con respecto al comité de asuntos internos del partido, véanse más adelante pp. 294-295, 303.

[44] Véanse más adelante pp. 294-295.

[45] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1924), p. 7. Esta es la versión de Rikov; la negativa de Trotski a figurar en el comité estaba de acuerdo con su táctica, desde el colapso de Lenin en marzo, de no airear sus diferencias con sus colegas del Politburó.

[46] Véase más adelante p. 223.

[47] En la decimotercera conferencia del partido Stalin acusó a Preobrazhenski y a otros miembros de la oposición de «hacer caso omiso de la labor» del comité de las tijeras (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 150).

de participar activamente en la formulación de la política en unos momentos en que las presiones externas alarmaban a la jefatura del partido y la hacían más propensa a tomar medidas conciliatorias.

Pero apenas había comenzado sus tareas el comité de las tijeras, cuando Trotski, impulsado por su propia impaciencia, o convencido de que sería inútil seguir discutiendo con el Politburó, dio un paso trascendental. El 8 de octubre de 1923, una vez más en plan de independiente y sin consultar previamente, al parecer, con el grupo del comité central que compartía en líneas generales sus opiniones, Trotski dirigió una carta al comité central que era, en efecto, una acusación contra la política del Politburó. Comenzó con una referencia a la reaparición de fracciones dentro del partido que, según Trotski, obedecía a dos causas: «(a) al régimen de todo punto incorrecto y malsano, existente dentro del partido, y (b) al descontento de los trabajadores y campesinos por la lamentable situación económica, la cual ha surgido no sólo por dificultades objetivas, sino a causa de tremendos errores en la política económica». A pesar de los requerimientos de Lenin y de la resolución del duodécimo congreso del partido, el Gosplan y los principios de la planificación se fueron relegando más y más. El Politburó se ocupaba, como nunca, de tomar decisiones en cuestiones de política económica, «sin una preparación preliminar, y sin tener en cuenta su contexto». La industria nacionalizada se había sacrificado «al carácter autosuficiente (es decir, que no estaba subordinada al plan económico) de nuestra política financiera». Las tijeras de los precios, destructoras del eslabón económico entre la industria y los campesinos «equivalían a la liquidación de la NEP». Pero el comité de las tijeras, que intentaba resolver el problema mediante reducciones arbitrarias de precios, se mostraba ineficaz.

> La creación misma de un comité para rebajar los precios —escribía Trotski— es un síntoma elocuente y demoledor de la manera en que una política que desconoce el significado de las regulaciones planificadas y operativas cae por la fuerza de sus propias e inevitables consecuencias en el intento de dirigir *los precios al estilo del comunismo de guerra.*

Para llegar al campesino, la mejor manera era hacerlo por medio del proletariado; esto significaba en términos económicos que la racionalización de la industria estatal constituía la clave para el cierre de las tijeras [48].

[48] Amplios extractos de la carta se publicaron en *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.º 11 (81), 24 de mayo de 1924, pp. 9-10; el texto completo no ha aparecido. Con respecto a los aspectos políticos de la carta de Trotski, véanse más adelante pp. 295-297.

Animados por esta iniciativa, 46 dirigentes del partido, entre ellos varios del comité central, redactaron un manifiesto político que se publicó el 15 de octubre de 1923 y que llegó a ser conocido como «el programa de los 46». Lo firmaron, entre otros, Piatakov, Preobrazhenski, Antonov-Ovseenko, Osinski, V. Smirnov, I. N. Smirnov, Kaganovich, Sapronov, Serebriakov y Rozengolts. El manifiesto declaraba que «el carácter ocasional, superficial y carente de sistematización de las decisiones del comité central» había llevado al país al borde una «grave crisis económica», cuyos síntomas se revelaban en la crisis de la moneda, en la crisis de los créditos, en la crisis de las ventas en la industria, en los bajos precios de los productos agrícolas y en las discrepancias salariales. Tras deplorar la «ausencia de liderazgo», responsable de tales fallos, el manifiesto pasaba de este diagnóstico económico a un ataque general contra la conducta dictatorial de la máquina del partido y terminaba exigiendo la convocatoria inmediata de una conferencia para considerar la situación [49]. Coincidiendo aproximadamente con la entrega del programa de los 46, los colegas de Trotski en el Politburó respondieron a su carta del 8 de octubre; y esta respuesta provocó una nueva réplica de Trotski, en la cual aludía de nuevo a las cuestiones de principio:

> Mantengo mi punto de vista de que una de las causas más importantes de nuestra crisis económica es la ausencia de regulaciones correctas y uniformes desde arriba [50].

Pero este nuevo cambio de opiniones entre Trotski y el Politburó degeneró en recriminaciones de tipo personal y político [51] sin que contribuyera con nada positivo a la discusión económica aunque revelara lo serio de una crisis basada principalmente en problemas económicos. Ante esta situación, el comité central del partido (en sesión conjunta con la comisión central de control, de cuya competencia eran las cuestiones de tipo disciplinario en juego) [52], aprobó una resolución el 25 de octubre de 1923 en la que se pedía al Politburó que acelerara el trabajo de los tres comités establecidos un mes antes por el comité central, que tomara todas las medidas necesarias a ese fin y que informara en la próxima sesión del comité central que tendría lugar en enero de 1924 [53]. Lo que pudo haber sido una decisión crucial

[49] En cuanto a los aspectos políticos del programa, véanse más adelante pp. 297-298; respecto al texto completo, véanse más adelante pp. 364-369.

[50] Extractos de la carta se hallan en *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), número 11 (81), 24 de mayo de 1924, pp. 11-12.

[51] Se vuelve a tratar de estas cartas más adelante, pp. 295-297, 299.

[52] Para estas cuestiones, véanse más adelante, pp. 295-301.

[53] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 531-532.

se transfirió así a las manos más seguras del Politburó. El 1 de noviembre de 1923, el *Ekonomicheskaya Zhizn* descubrió una crisis que «económica y políticamente amenaza la existencia misma del poder soviético»; y el 7 de noviembre, aniversario de la revolución, *Pravda* anunció, tras un artículo de Zinóviev, que sus columnas estarían a disposición de los portavoces de las diversas tendencias y opiniones que dividían al partido[54].

La oscuridad que reinaba en torno a la crisis de las tijeras y la gran diversidad de opiniones que pretendían aclararla empujó al comité de las tijeras a indagar en todos los aspectos de la política económica. Posiblemente el comité de salarios fue el responsable de que se adoptara a fines de 1923 una política de salarios algo más liberal[55]. Pero no existen testimonios de su trabajo y la única declaración formal de la actitud del partido con respecto a los salarios en esta oportunidad fue un párrafo que incluía en su informe el comité de las tijeras. De las deliberaciones del comité de las tijeras nada se dijo. Que el Narkomfin se hallaba de un humor intransingente y poco dispuesto a tolerar cualquier reto contra los principios básicos de la política económica y financiera se puso de relieve en el discurso excepcionalmente franco y abierto que pronunció Sokólnikov en una reunión especial del presidium del Gosplan el 13 de octubre de 1923. Sokólnikov reaccionó contra la doctrina que se predicaba asiduamente en el Gosplan, según la cual la planificación del crédito era parte necesaria de la planificación de la producción industrial. El crédito, explicó, era asunto de los bancos y del comercio. Según un informe de prensa sobre la reunión, Sokólnikov «protestó con energía contra la introducción de la planificación obligatoria en el trabajo de las instituciones de crédito». Mantuvo que «el crédito no es, como la producción, susceptible de amoldarse a la planificación», y que la producción debe supeditarse al crédito y no al contrario. Era inútil que Smilga replicara que si el Gosplan no planificaba los créditos nunca se podría establecer un plan conjunto para la economía; era inútil que Krzhizhanovski protestara contra la subordinación del Gosplan «a los principios espontáneos del mercado»[56]. Desde la revolución nunca se había proclamado tan abiertamente la doctrina de

[54] Respecto a este artículo y el anuncio, véase más adelante p. 301.

[55] La decisión de reanudar la emisión ilimitada de sovznaks, aunque se tomó con vistas a favorecer al campesinado, automáticamente alivió la estrechez monetaria que había sido responsable de la demora en el pago de los salarios industriales. *Trud* del 4 de octubre de 1923 aseguraba que el retraso en los pagos desaparecería poco a poco, aunque «todavía se registran pérdidas en el cambio».

[56] La noticia sobre la reunión se encuentra en *Ekonomicheskaya Zhizn*, 16 de octubre de 1923.

la supremacía de las finanzas como severa ejecutora de las leyes del mercado; nunca se había interpretado tan firmemente a la NEP como la victoria del *laissez-faire* sobre la planificación. Pero la posición de los críticos quedó debilitada al acercarse a las opiniones expresadas en el programa de los 46 con su reto directo contra la política del comité central. En estas cuestiones fundamentales, el comité de las tijeras tenía por fuerza que seguir la línea oficial, que era todavía la línea del Narkomfin.

Sin embargo, cuando se llegó a la cuestión específica de los precios, que el comité quiso que se considerase, la línea ya no parecía tan clara ni tan fuerte. La teoría del comercio, tal y como se desarrollara bajo la NEP, había exigido una saludable sumisión a las leyes del mercado; Lenin había pedido a los comunistas que «aprendieran a comerciar», que «se adaptaran» a los procesos de la compra y de la venta[57]. Regular el comercio no era cosa de la máquina estatal. Con la sustitución progresiva de los pagos en especie por los pagos en efectivo en la recaudación de las contribuciones agrícolas y con la desaparición gradual del sistema de pagos o de pagos parciales de los salarios en especie, la compra y la venta de los productos agrícolas iba pasando más y más a manos privadas; y la NEP daba libertad a los campesinos para que vendieran sus «excedentes» al precio que pudieran conseguir. Las industrias nacionalizadas que producían artículos manufacturados habían recibido las instrucciones pertinentes a fin de que lograran ganancias con su trabajo. La aplicación de los principios del *jozraschet* les dejaba en libertad de fijar los precios al por mayor de su producción de acuerdo con las condiciones del mercado. En el otoño de 1921 se abandonó rápidamente un primer intento de controlar los precios, y la comisión de comercio interior (Komvnutorg), establecida en mayo de 1922, se convirtió en algo parecido a una oficina de estadística. Eran los días en que el Norkomfin defendía en público a los hombres de la NEP contra la acusación de que se trataba de especuladores, al tiempo que argumentaba que la regulación de precios era contraria a los principios de la economía del mercado establecida por la NEP[58].

[57] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 346-349.

[58] Véase *ibid.*, vol. 2, pp. 356-358. Según manifestaciones posteriores de Zinóviev, la Komvnutorg se estableció un tanto sobre la marcha, como resultado de un mensaje telefónico de Lenin, para «estudiar el mercado»; según Zinóviev, «marchamos contra el capital privado un tanto alegremente, con una muleta» (*Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1924], p. 94). *Ekonomicheskaya Zhizn*, 13 de diciembre de 1922 se quejaba de que «no se ha registrado un solo caso de negativa (por parte de la Komvnutorg) a confirmar los precios sometidos por los sindicatos desde el punto de vista de los costos o de las condiciones del mercado»; como dijo Bogdánov

Este optimismo en las virtudes del *laissez-faire* no se prolongó más allá del invierno 1922-1923, cuando los precios industriales, apuntalados por los sindicatos recientemente organizados, comenzaron a subirse a las nubes en perjuicio del campesino y del consumidor urbano. En las nuevas condiciones, el Narkomfin aceptó sin reservas la necesidad de ajustar el equilibrio a favor de los campesinos, aunque al principio abrigaba la esperanza de conseguir este resultado estimulando las exportaciones de grano, y sin tener que recurrir a una intervención directa. El prejuicio contra la regulación de los precios, como contra todo lo que trascendía a las prácticas del comunismo de guerra, era difícil de extirpar. En una conferencia de representantes de la recién establecida bolsa, en enero de 1923, Lezhava, presidente de la Komvnutorg, sometió una serie de tesis en las que alegaba que la «regulación de precios» debiera concentrarse en un solo organismo con el objeto de promover un mayor desarrollo del comercio. Pero cuando Lezhava comenzó a quejarse de que «el establecimiento de los precios había sido hasta la fecha exclusivamente espontáneo» y a manifestar su esperanza de que la bolsa recién establecida disminuiría los precios introduciendo mejores condiciones de mercado, Sokólnikov replicó que todo dependía de la consecución de la estabilidad financiera; y la conferencia, aunque al parecer aceptó en principio las tesis de Lezhava, concluyó con una resolución en la que apenas se expresaba el piadoso deseo de que se redujeran los costos y los precios industriales [59].

En el duodécimo congreso del partido, en abril de 1923, Trotski diagnosticó gráficamente la crisis, como una crisis de precios en la que cambiaban de manos los productos agrícolas y los industriales. Pero ni él ni los demás dedujeron por el momento la conclusión más evidente. La resolución del congreso atribuía el problema a la «*incompetencia comercial,* la cual no se puede justificar por las condiciones extremadamente apretadas del mercado en la actualidad»; no proponía ningún control de precios, contentándose con un cumplido convencional a las cooperativas, al mencionarlas como «los aparatos comerciales que cada vez en mayores proporciones deben unir a la industria estatal con la agricultura» y recomendando a todos los orga-

en el duodécimo congreso del partido, «el intento de influir en el mercado fijando los precios obligatoriamente constituía un fracaso» (*Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 333).

[59] En cuanto a las conclusiones de Lezhava y a la aprobación de las mismas por parte de la conferencia, véase *Ekonomicheskaya Zhizn,* 11 de enero de 1923; con respecto al debate entre Lezhava y Sokólnikov, *Trud,* 17 de enero de 1923; sobre la resolución final, *Ekonomicheskaya Zhizn,* 19 de enero de 1923.

nismos de comercio, por cubrir el expediente, que redujeran los gastos generales y se adaptaran a las exigencias del consumidor [60].

Para el otoño de 1923, cuando se reunió el comité de las tijeras, el argumento de que el Estado no podía ni debía intervenir en la fijación de los precios estaba ya desacreditado en todas partes. En agosto, el *Ekonomicheskaya Zhizn* había pedido que se ampliaran los poderes de la Komvnutorg, que pasara de su papel «pasivo» a otro «activo» y que estabilizara los precios de los productos industriales en relación con el chervonets; y *Trud,* una semana después, abundó en lo mismo [61]. Las tijeras siguieron abriéndose hasta el 1 de octubre de 1923; y nadie podía predecir que habían llegado al límite extremo. Ninguno de los medios indirectos que se utilizaron para obligar a la industria a reducir sus precios dieron hasta la fecha resultado. El 3 de octubre la Komvnutorg emitió una orden, en desafío a una protesta del sindicato textil, por la que reducía el precio al por mayor de la tela de algodón en un 20 % [62]. Al día siguiente, para prevenirse contra una acción similar, el *trust* de lencería anunció una reducción en los precios «para satisfacer los intereses generales del Estado», y tras él otros *trusts* anunciaron reducciones voluntarias en los precios al por mayor [63]. El golpe asestado por la acción del Gosbank al restringir los créditos comenzaba a surtir efectos. Los portavoces del Narkomfin, que tenían la confianza de los líderes del partido, adoptaron bruscamente la política del control de precios, por muy incompatible que esto pudiera parecer con los propósitos, aceptados hasta la fecha, de la NEP. En la reunión del VTsIK de noviembre de 1923, Sokólnikov mantuvo con energía que «la regulación estatal de los precios es indispensable como instrumento de lucha contra los abusos del monopolio» [64]; y a los críticos que atacaban la regulación de los precios como «una violación de la NEP», Sokólnikov replicó que, si esto era así, entonces la NEP no era mejor que la «América capitalista» donde «el pequeño campesino y el trabajador son impotentes contra los *trusts,* contra los Rockefeller, los Morgan y todos los demás de su especie» [65]. Este lenguaje, viniendo del Narkomfin, era algo realmente nuevo; y aunque en principio se trataba tan sólo de una nueva jugada en la campaña del Narkomfin contra los *trusts* industriales, demostraba también cuán agudamente comenzaban a afec-

[60] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 482.

[61] *Ekonomicheskaya Zhizn,* 15 de agosto de 1923; *Trud,* 23 de agosto de 1923.

[62] *Ibid.,* 4 de octubre de 1923.

[63] *Ibid.,* 6 de octubre de 1923; *ibid.,* 12 de octubre de 1923.

[64] *Tretiya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), p. 100.

[65] G. Y. Sokólnikov, *Finansovaya Politika Revoliutsi,* ii (1926), 97.

tar a todos los sectores de la economía las tensiones provocadas por la NEP.

De esta manera, para cuando se reunió el comité de las tijeras, el principio del control de los precios al por mayor era compartido por todos. El comercio al por menor, que pudo escapar a los controles e incluso sobrevivir bajo el comunismo de guerra, era uno de los objetivos de la NEP, la cual trataba de que floreciera de nuevo mediante la supresión de restricciones. Los comerciantes privados promovían el 83 % del comercio al por menor del país[66] y la gran mayoría de estos comerciantes eran buhoneros rurales o propietarios de pequeños puestos en los mercados[67]; incluso en las ciudades predominaban los pequeños tenderos. Si fue imposible acabar con este comercio de «quinquillero» en los días del comunismo de guerra, la idea de poner bajo control a este disperso comercio particular en la línea más liberal de la NEP se rechazó al comienzo como algo utópico. Pero el argumento popular de que eran los precios al por menor los que preocupaban al consumidor, y de que era inútil reducir los precios al por mayor, si con esto sólo salía ganando el intermediario, era difícil de rebatir. La campaña contra los hombres de la NEP ganó en ímpetu, y en la prensa aparecieron artículos que mostraban cómo los precios al por menor de los artículos de consumo general se hinchaban entre las manos por las que pasaban esos artículos desde el productor al consumidor[68]. Sin embargo, a pesar de estos debates, no es raro que el comité de las tijeras «dudase durante mucho tiempo» antes de decidirse a incluir entre sus recomendaciones el control de los precios al por menor[69]. Propuso, cautelosamente, que el con-

[66] Véase anteriormente p. 23.

[67] De las licencias comerciales concedidas en 1923, 314.000, es decir, el 66 % del total, pertenecen a las dos primeras categorías: buhoneros y mercados abiertos (Rikov en *Pravda,* 4 de enero de 1924); respecto a las clases de licencias, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, p. 352 nota 186.

[68] *Ekonomicheskaya Zhizn,* del 5 y 10 de octubre de 1923. También se revelan grandes variaciones en los precios al por menor; un arshin de tela de algodón vendido al por mayor por los *trusts* textiles a 32 kopeks se revendía al detalle a precios que oscilaban entre los 70 kopeks y los dos rublos. Nogin, miembro influyente del partido y director de un *trust* textil, antiguo trabajador, atacó a los intermediarios, en *Pravda* del 16 de octubre de 1923, como causantes de la inflación.

[69] Según *Pravda* del 4 de enero de 1924, esto lo admitió Rikov en su discurso del 29 de diciembre de 1923; el cambio gradual de frente puede observarse en las columnas de *Ekonomicheskaya Zhizn.* Un artículo de fondo del 23 de octubre exigía con firmeza «el descenso de los precios al por mayor de los artículos de consumo general», pero todavía no se definía con respecto al control de los precios al por menor; el 15 de noviembre, Shekanov, en un artículo, manifestaba que el control de los precios al por menor, aunque difí-

trol se limitara al principio a «los productos de calidad uniforme que existían en abundancia» [70]; la sal, la parafina y el azúcar fueron seleccionados para el primer experimento.

Entre las recomendaciones del comité de las tijeras, las únicas innovaciones importantes fueron que se regularan los precios al por mayor junto con los precios al por menor de determinados artículos. El principio no sólo implicaba una concesión de importancia a los críticos, sino una seria detracción de la NEP, puesto que reintroducía, en un aspecto vital, el control estatal del comercio, que la NEP había expresamente abandonado. El ingenioso y excéntrico Larin, convertido ahora en enérgico defensor de la política oficial, declaró que al reemplazar «la libertad comercial» por «la fijación obligatoria de los precios industriales emanada de un único control estatal», la resolución abría el camino para marchar desde el «capitalismo de Estado» hasta el «socialismo de Estado». Esto era, dijo Larin, el «significado histórico» de la recomendación del comité de las tijeras: no era todavía el socialismo, pero señalaba «definitivamente el fin de la retirada económica». Fue la primera revisión «correcta» e «inequívoca» de uno de los más importantes aspectos de la NEP [71]. No había nadie más con ganas de tocar estas cuestiones de principio, o de explorar la relación de la fijación de precios con la NEP. Por el momento, la nueva propuesta parecía una contribución evidente, aunque modesta, para resolver el problema de la crisis de las tijeras. Sin embargo, fue causa de nuevas dificultades y de nuevos precedentes para el futuro.

La resolución, preparada y adoptada por unanimidad por el comité de las tijeras, se sometió al Politburó en diciembre de 1923 [72].

cil, era indispensable para superar la crisis de las tijeras; el 18 de noviembre un artículo de fondo abogó cautelosamente por el control de los precios al por menor, aunque insistiendo todavía en su dificultad; en el mismo número, Lezhava sostenía que era fácil fijar los precios al por menor de productos corrientes como la sal y la gasolina, pero no tan fácil con respecto a los artículos manufacturados de calidad variable. Una conferencia de «empresarios comunistas», celebrada el 13 de noviembre de 1923, estableció una comisión encargada de preparar un programa de recomendaciones para la industria; el programa incluía «el establecimiento de precios al por menor para los artículos manufacturados, precios que serían fijados por las organizaciones de planificación estatal (Komvnutorg, Gosplan)», (*Pravda,* 20 de diciembre de 1923).

[70] Kámenev en *Pravda,* 30 de diciembre de 1923.

[71] *Trud,* 8 de diciembre de 1923; *Pravda,* 30 de diciembre de 1923.

[72] Así lo manifestó Kámenev en su discurso del 27 de diciembre de 1923, según noticias de *Pravda* del 30 de diciembre del mismo año, y Rikov lo confirmó en la decimotercera conferencia del partido *(Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 6-7), donde se declara expresamente que los trabajos del comité «prosiguen con completa unanimidad»; Piatakov y Preobrazhenski atacaron en la conferencia esta resolución, pero no hicieron ninguna alusión a los trabajos del comité.

Aunque reflejaba las ambigüedades y el desconcierto inherentes a la NEP y hacía ciertas concesiones a los críticos, el carácter y la estructura de la resolución representaban una rotunda victoria para la jefatura del partido. Empezaba con una larga introducción en la que se ponía de relieve el papel predominante de la agricultura campesina como factor que debía continuar rigiendo la política económica del soviet. Esto parecía representar el último precepto de Lenin al partido y constituía el punto más ventajoso para, con base en él, rechazar y desacreditar las críticas de Trotski. La crisis de las tijeras, aunque se reconocía que su gravedad precisaba remedios específicos, no se consideraba como una crisis básica que pusiera en entredicho la validez de la política desarrollada desde el duodécimo congreso del partido. Se subrayaba la continuidad de la política oficial del momento con la del pasado, y se incluía en la introducción un resumen, cuidadosamente preparado, de la resolución sobre la industria que Trotski patrocinó en el duodécimo congreso del partido. El primer párrafo que se citaba era el que incluyó la mayoría del comité central contra la oposición de Trotski y en el que se insistía sobre «la importancia esencial» de la agricultura «para el conjunto de la economía del poder soviético». Pero se omitió por completo el párrafo siguiente de la resolución del congreso, según el cual Trotski alegó que el predominio de la agricultura sólo podría superarse mediante el desarrollo de la industria pesada y de la electrificación y que el partido no debía ahorrar esfuerzos y sacrificios para lograrlo; se añadió, empero, que el éxito dependía no sólo de los progresos que se realizaran en el país, sino en los progresos de la revolución «más allá de las fronteras de Rusia». Luego, saltándose las primeras palabras del párrafo siguiente (que decían: «Sin perder ni un momento de vista las perspectivas internacionales»), el resumen continuaba:

> Al propio tiempo nuestro partido debiera, al calcular cualquier paso que dé, no olvidar, ni por un momento, la importancia esencial de la agricultura campesina. No ya descuidar este factor, sino el solo hecho de no prestarle la atención debida acarrearía innumerables peligros, tanto en la esfera económica como en la puramente política, ya que, inevitablemente, arruinaría o debilitaría la alianza entre el proletariado y los campesinos, esa confianza de los campesinos en los trabajadores que, en el actual momento histórico de transición, son los bastiones fundamentales de la dictadura del proletariado.

La resolución del comité de las tijeras, tras revocar cautelosamente el compromiso de abril eliminando una de sus dos columnas principales, atribuía la «crisis de las ventas» al hecho de no haberse sabido comprender la importancia esencial del campesinado, a la falta de coordinación entre los diferentes sectores de la economía y, por

encima de todo, al fracaso de la industria y el comercio estatales al no poder llegar al mercado de las masas campesinas [73]. La introducción marcaba el tono del conjunto de la resolución y se redactó con el propósito de señalar un cambio de rumbo desde la postura moderada que Trotski pudo todavía defender en el duodécimo congreso del partido. El cuerpo de la resolución revisaba cada sector de la economía y especifiacaba «conclusiones prácticas» para cada una. La agricultura (Rikov observó que era significativo que ahora, por primera vez en una resolución del partido, se le diera a la agricultura un lugar destacado) [74], sería objeto de una ampliación de créditos, de rebajas en las contribuciones y de la organización de las exportaciones de grano. A la industria, acusada de elevar los precios y de ganar beneficios excesivos, se le recordó explícitamente que la «acumulación *socialista*» (frase que popularizó Trotski en el duodécimo congreso), aunque precisa que los precios cubran los costos y «un beneficio mínimo indispensable», no justifica que los precios se pongan fuera del alcance del pueblo, y se le conminó a que adoptara las medidas necesarias para racionalizar la producción, aumentar la productividad y reducir los costos generales. Se tuvo un gesto a favor de la industria pesada. Ahora que la situación del combustible había mejorado, ya era «posible e indispensable» concentrar la atención del partido en la industria metalúrgica que «debe ser situada en el primer lugar y recibir del Estado toda clase de estímulos, en particular de orden económico, en una escala muy superior a la del año pasado» [75]. Pero esta declaración de principios no llamó la atención y no apareció ninguna recomendación al respecto en el resumen de propuestas concretas que figuraba al fin de la resolución.

Aunque la resolución en su conjunto pareciera marcar una nueva victoria en la defensa del *status quo* y una derrota para los planificadores, el elemento de compromiso no faltaba por completo. Se declaraba que el objetivo de la política salarial era «aumentar los

[73] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 545-546, contiene el texto de la resolución con las enmiendas hechas por la decimotercera conferencia del partido, sin que en esta sección figuren enmiendas; una comparación del resumen de la resolución del duodécimo congreso del partido con el texto original (*ibid.*, i, 476) revela que se dejó sin marcar la omisión del importante pasaje citado más arriba, aunque en otro lugar del resumen aparecen signos de omisión donde, en realidad, no se omitió nada.

[74] *Pravda*, 1 de enero de 1924.

[75] El Gosplan había preparado en el verano de 1923 un «plan quinquenal» para el desarrollo de la industria metalúrgica (*Ekonomicheskaya Zhizn*, 9 de agosto de 1923) y para el 1 de diciembre discutía «un plan de perspectiva quinquenal» para la industria en su conjunto (*ibid.*, 4 de diciembre de 1923); pero tales planes eran por entonces apenas algo más que simples ejercicios académicos.

jornales conforme se desarrollara la industria y se intensificara la productividad de la mano de obra». Los salarios más bajos se actualizarían para situarlos en el «nivel promedio»; los «castigos más severos» serían impuestos a los culpables de demoras en el pago de los salarios, y los trabajadores recibirían una compensación por las pérdidas, debidas al cambio, que provocaran tales demoras. Se autorizaría el pago de primas sólo donde se hubieran conseguido beneficios netos, y sólo en casos individuales de servicio meritorio, con el consentimiento de los sindicatos [76]. Se prestaba atención a la vivienda obrera. Estas eran concesiones tangibles al peligroso descontento proletario. Se mantendría intacto el monopolio del comercio exterior y se trataría de conseguir un saldo favorable en ese comercio. En la esfera del comercio interior se reforzaría la regulación de los precios al por mayor de artículos de consumo general, especialmente los destinados al comercio campesino; estas regulaciones se extenderían a los precios al por menor, sobre los cuales se presionaría mediante las instituciones comerciales estatales y las cooperativas y mediante una política de créditos; se establecerían los precios legales máximos al por menor para la sal, la parafina y el azúcar. Esta parte de la resolución fue sorprendentemente conciliatoria para con las críticas de quienes insistían en la necesidad de emprender alguna acción contra los peligros de la NEP:

> La cuestión de las relaciones entre el capital estatal y el capital privado en la economía es, por el momento, de máxima importancia, puesto que determina la cuestión de las relaciones de las fuerzas clasistas del proletariado, cuya fuerza se basa en la industria nacionalizada, y la nueva burguesía, cuya fuerza se basa en los elementos del mercado libre...
>
> Una de las condiciones fundamentales del fortalecimiento de nuestras posiciones contra el capital privado es la política de precios. Para subordinar la actividad del capital privado a la dirección general de la política económica del poder soviético, deben tomarse medidas de gran alcance a fin de regular los precios de los productos principales de consumo.

Convenía acallar las críticas enderezando la nueva política contra los hombres de la NEP, siempre impopulares. Se reconocía que la

[76] La campaña contra los salarios de los especialistas (véanse anteriormente pp. 52-53) se prolongó durante el otoño. Un decreto del 2 de noviembre de 1923 estipulaba que todos los contratos en los que se acordaran «salarios personales» debían registrarse en el Narkomtrud (*Sobranie Uzakoneni, 1924,* número 11, art. 90). En fecha posterior del mismo mes se llegó a un acuerdo entre el Narkomtrud y el consejo central de sindicatos respecto a los salarios de los especialistas, hecho que se notició con satisfacción en un artículo de fondo de *Trud,* en el cual se mencionaba «lo caprichoso de los salarios individuales» y «la actual orgía de 'los emolumentos de los especialistas'» (*Trud,* 1 de diciembre de 1923).

«acumulación privada» debiera controlarse con medidas fiscales: «imponer contribuciones sobre el lujo, sin ningún titubeo, e intensificar la lucha contra los especuladores, etc.». Finalmente, habría que acelerar el proceso de transición a una moneda estable, coronamiento de toda esta política, equilibrando el presupuesto y reduciendo la emisión de sovznaks; habría que abaratar el crédito, pero con la debida consideración a su «papel regulador» de la economía; la actividad del Gosbank y otras instituciones de crédito se coordinarían «mediante el Gosplan y el STO con los organismos administradores de la industria y del comercio». La resolución concluía con los acostumbrados tributos a la importancia de la planificación y con la necesidad de fortalecer el Gosplan.

El 24 de diciembre de 1923, el Politburó aprobó, al parecer sin modificaciones, la resolución del comité de las tijeras. Se publicó en *Pravda* al día siguiente; pero, por causa de algunos errores que aparecieron en el texto, se volvió a imprimir en *Pravda* el 28 de diciembre del mismo año: un reconocimiento de su importancia excepcional. La resolución, en su conjunto, era un conglomerado de opiniones diversas y a veces contradictorias. Las secciones dedicadas a los jornales y al comercio interno reflejaban el intento de mantener el difícil equilibrio establecido en el duodécimo congreso. Pero, sobre todo, constituía un voto de confianza para la política del comité central y del Politburó, y confirmaba al campesinado en su posición dominante como principal beneficiario de la NEP y como árbitro de la economía soviética.

Capítulo 4

LAS TIJERAS SE CIERRAN

Mientras el comité de las tijeras deliberaba en los últimos meses de 1923, la grave situación económica que fue causa del establecimiento de dicho comité experimentó un cambio sustancial y positivo. La cosecha, cuyo volumen era todavía factor dominante en la economía soviética, fue excelente por segundo año consecutivo [1]. La reanudación de las exportaciones de grano y la promesa de aumentarlas trajo consigo el fortalecimiento de los precios agrícolas en el mismo momento en que la contracción de los créditos y otras presiones oficiales comenzaban a reducir los precios industriales. Las tijeras comenzaron a cerrarse. Los precios agrícolas, que estaban el 1 de octubre de 1923 al 48 % del nivel de 1913 para los precios al por mayor y al 58 % para los precios al por menor, se habían elevado, para el 1 de enero de 1924, al 68 % y 77 %, respectivamente. En el mismo periodo los precios industriales cayeron desde el 171 % al 134 % del nivel de 1913 para precios al por mayor, y desde el 187 % al 141 % para los precios al por menor [2]. Ninguno de estos cambios produjo los desastres que se habían anticipado para la indus-

[1] *Ekonomicheskaya Zhizn,* 1-2 de octubre de 1923, daba la cifra de 2.756 millones de *puds* para la cosecha de grano de 1923, contra 2.790 millones para 1922; la cosecha superó la de 1922 en Ucrania, pero fue menor en los demás lugares.

[2] Véase el cuadro sinóptico en *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov),* (1924), p. 396.

tria. El proceso de concentrar la industria, en especial la pesada, en menor número de unidades, pero más eficaces, que se emprendió en la primavera y que recibió las bendiciones del duodécimo congreso del partido [3], comenzaba ahora a rendir frutos en forma de una mayor eficacia y de costos de producción más bajos, aunque indudablemente agravó por el momento el problema del desempleo [4]. En un informe de diciembre de 1923, Rikov, el presidente del Vesenja, aseguraba que la producción total de la industria durante el pasado año fue el doble de la de 1920 (el peor año de la recesión), aunque la industria pesada iba todavía a remolque de las industrias productoras de bienes de consumo; la minería del carbón y las industrias metalúrgicas lograron el 159 % del total de 1920, las textiles el 320 %. Pero aunque el conjunto de la industria pesada sólo llegó al 34 % de la cifra de 1913, la recuperación se manifestaba incluso en este sector, el más recalcitrante de la economía [5].

Con el aumento general de la producción, y con los precios que produjeron la crisis de las tijeras tendiendo a oscilar en sentido contrario, «la crisis de ventas» del pasado verano se fue resolviendo gradualmente. Cuando los campesinos despacharon la cosecha y pagaron las contribuciones en especie o en efectivo, todavía les quedaba algún dinero, y los precios en descenso podían ser un buen aliciente para animarlos a que lo gastaran. Desde octubre el mercado comenzó poco a poco a animarse. En diciembre, un informe del Vesenja admitía, un poco de mala gana, que «desde mediados de noviembre lo peor de la crisis comercial y monetaria estaba siendo vencida» y que se registraba «cierto movimiento en las compras a consecuencia de la reducción de precios y tras completarse la recaudación de las contribuciones en especie». El informe, al referirse a la situación de la industria, la describía como «seria y precaria» todavía, y afirmaba que «una nueva reducción de precios

[3] Véanse anteriormente pp. 21-22, 37.

[4] En *Ekonomicheskaya Zhizn* del 14 de octubre de 1923 se publicó un informe sobre los resultados de la concentración; véase también el informe de Bogdánov ante el VTsIK en noviembre de 1923 (*Tretiya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* [1924], pp. 47-48). Para cifras detalladas, véase Y. S. Rozenfeld, *Promishlennaya Politika SSSR* (1926), pp. 225-226; parece que los resultados más espectaculares se obtuvieron en Petrogrado, donde el *trust* del metal trabajaba en noviembre de 1923 al 80 o 90 % de su capacidad (frente al 11 % a comienzos del año).

[5] *Trud,* 12 de diciembre de 1923. Según *Ekonomicheskaya Zhizn* del 1 y 2 de octubre de 1923, la producción de la industria pesada en 1922-1923 había aumentado en un 15 % con relación al año anterior; el número de trabajadores empleados en un 8 %, la productividad del trabajador individual en un 10 %: los aumentos respectivos en la industria ligera eran 57, 21 y 26 %.

es imposible»[6]. Pero por el momento saltaba a la vista la mejora general de la situación. Sus consecuencias fueron importantes y de vasto alcance. Preparó el camino para la reforma monetaria, tanto tiempo aplazada; y dejó desfasados los argumentos de la oposición, la cual se inspiraba en un programa económico trazado a principios de octubre, cuando la crisis presentaba sus más graves síntomas y había motivos para representar a la economía al borde del desastre. Nada había ocurrido que afectara a las cuestiones de principio en juego. Pero el clima económico había cambiado casi imperceptiblemente en perjuicio de los críticos y a favor de quienes defendían la validez de la línea en curso.

Las nuevas condiciones no habían sido percibidas plenamente cuando el 24 de diciembre de 1923 el Politburó sancionó la resolución del comité de las tijeras. Su publicación fue como una nueva sacudida en el ya turbulento mar de las discusiones dentro del partido[7]. Los líderes la recibieron como una victoria de la política del comité central, y la oposición la atacó como tal. Kámenev explicó la resolución, con cautelosas palabras, en un discurso dirigido a los secretarios del partido del distrito de Krasno-Presnya el 27 de diciembre de 1923. No había nada en ella que justificara el aserto de los 46 de que la crisis llevaba al país al borde de la ruina, ni el supuesto de que estaba en juego la revisión de «las bases mismas de nuestra política económica». El texto de la resolución no se miraría como algo sagrado; acaso habría que retocar o completar algunos puntos, como los relativos a los salarios y, en particular, a las funciones de los sindicatos. Pero en general representaba «la única línea verdadera» y «continuación de la señalada por Vladímir Ilich en sus últimos artículos». En esta reunión no se alzó ninguna voz de protesta y la resolución fue aprobada por unanimidad[8].

A los dos días Rikov hizo un estudio de la situación y de sus perspectivas, manifestándose con mayor optimismo, en una gran asamblea de los trabajadores moscovitas del partido. Pero aquí la oposición hizo acto de presencia, y Osinski sometió en su nombre, en el de Preobrazhenski, Piatakov e I. N. Smirnov, una larga contrarresolución en la que se pormenorizaban los puntos de vista de la oposición. Una vez más atribuía la crisis a «la falta de un plan que coordinara el trabajo de todos los sectores de la economía estatal»; a falta de dicho plan se quiso «regular la economía desde un centro financiero». La prueba de estos errores se hallaba en «la caótica estructura de nuestra industria», que debiera haberse reme-

[6] *Pravda*, 20 de diciembre de 1923.
[7] Con respecto a la discusión general, véanse más adelante pp. 308-322.
[8] *Pravda*, 30 de diciembre de 1923, 1 de enero de 1924.

diado colocando los *trusts* bajo un control más directo del Vesenja, y en una política de precios vacilante que al principio derramó los créditos sobre la industria con demasiada generosidad para luego restringirlos bruscamente. La declaración atacaba a la política que exigía a los *trusts* que se conformaran con un «beneficio mínimo indispensable». La política apropiada debía basarse en un presupuesto estatal calculado sobre los beneficios conseguidos por la industria en el mercado; y las reducciones de precios debían conseguirse aumentando la producción. Al final también eran objeto de críticas la política de la reforma financiera y del saldo activo en el comercio exterior. La Rusia soviética «no se puede permitir el lujo de pasar de los billetes de banco a una moneda de oro», y se abogaba por una «intervención en las mercancías» (es decir, «por la importación parcial de los artículos que nos faltan y cuyos precios han experimentado subidas especialmente grandes») y por la importación de bienes de capital, si fuera necesario mediante un empréstito exterior[9]. Este, como todos los demás programas de la oposición, consideraba el desarrollo de la industria, no el apaciguamiento de los campesinos, como la clave de la recuperación; rechazaba la supremacía del mercado y del mecanismo financiero y era partidario de la planificación económica, lo cual constituía un desafío a los principios de la NEP. Pero la oposición no estaba unida. Poco se hizo para soldar las fuerzas atacantes en un todo coherente; y siguieron dando la impresión de que todo su afán era sacarle faltas a todos los detalles de la política oficial pero sin ofrecer alternativas concretas. A causa de estas debilidades, le fue fácil a la jefatura del partido llamar al orden, en nombre de la lealtad al partido, incluso a quienes simpatizaban con la oposición en uno u otro punto de su programa.

Aparte de las medidas de persuasión y de disciplina del partido, se dieron dos pasos para recomendar la resolución del comité de las tijeras a la inquieta opinión del partido. El primero consistió en una campaña activa contra los hombres de la NEP, que encajaba con la decisión de restablecer el control sobre el comercio mediante la fijación de precios: la campaña sirvió también, indudablemente, como válvula de escape de las tensas dicusiones que sacudían al partido, al canalizar la indignación de los descontentos contra un chivo expiatorio ya familiar. A fines de diciembre de 1923, en el mismo momento en que se publicaba la resolución del comité de las tijeras, la GPU dio una batida por ciertos lugares de entretenimiento caro y

[9] El discurso de Rikov figura en *Pravda,* 1, 2 y 3 de enero de 1924; la resolución de la oposición en *Pravda,* 1 de enero. Traducciones de los dos aparecen en *Internationale Presse-Korrespondez,* n.° 13, 28 de enero de 1924, páginas 111-112, 139-140.

por otros centros de reunión de comerciantes prósperos y de especuladores, detuvo a varios cientos y los expulsó de Moscú, algunos a provincias y otros a los campos de concentración [10]. El número de los expulsados no fue tan grande que quedara dislocada la comunidad de los comerciantes, pero sí lo suficientemente amplio como para que sirviera de ejemplo y diera la impresión de que el partido lanzaba una ofensiva vigorosa contra los capitalistas privados. Los hombres de la NEP siguieron prosperando, aunque sólo fuera en su carácter de adjuntos indispensables del sector nacionalizado de la economía. Pero la campaña desarmó las acusaciones de la oposición de que el comité central se mostraba apático ante el desarrollo del capital privado bajo la NEP y se rendía sin lucha ante las fuerzas espontáneas del mercado.

El otro paso que se dio en esta ocasión fue el intento, ya prefigurado en el discurso de Kámenev del 27 de diciembre de 1923, de apaciguar a la inquietud obrera y a la oposición haciendo concesiones en el asunto de los jornales. A lo largo del otoño se trató de terminar con el escándalo de los salarios aplazados y de las manipulaciones con el cambio; y el 29 de diciembre de 1923 se prohibía por decreto la práctica, expresamente sancionada cuatro meses antes, de pagar parte de los salarios en bonos del empréstito del Estado [11]. Pero esto no era suficiente para acallar el descontento de los trabajadores. Había surgido un nuevo problema del que no se hizo mención en las deliberaciones del comité de las tijeras. Desde el otoño el Narkomfin estuvo realizando esfuerzos sostenidos para que la base de los pagos salariales pasara del rublo mercancía al chervonets, lo cual estaba de acuerdo con la ya tradicional hostilidad del Narkomfin contra el rublo mercancía (por ser éste rival del rublo oro y del chervonets) y con el deseo de abrir paso, en todas las direcciones posibles, al establecimieno final de una sola moneda oro. Pero esta maniobra era especialmente significativa en una época en que el descontento laboral, tras poner en evidencia el escándalo de los

[10] *Izvestiya,* 28 de diciembre de 1923, dijo que mil personas «socialmente peligrosas» fueron detenidas y expulsadas, que estaba en vigor una «operación de limpieza» y que las detenciones causaron «consternación y estupor en los hombres de la NEP». *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.° 1 (71), 10 de enero de 1924, p. 13, puso el número en 2.000 y dio nuevos detalles; Zinóviev, al referirse a esta cifra, no negó su exactitud y se limitó a manifestar que las detenciones no significaban «el fin de la NEP» (*Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 94); existe una nueva referencia, *ibid.*, p. 96, a «los hombres de la NEP a quienes hemos expulsado».

[11] *Sbornik Dekretov, Postanovleni, Rasporiazheni i Prikazov po Narodnomu Joziaistvu,* n.° 3 (15), 23 de diciembre, p. 37; con respecto al decreto anterior, véase anteriormente p. 110.

retrasos en el pago de los salarios y de los malabarismos con el índice de precios, había obligado a que se abandonaran total o parcialmente estas prácticas viciadas. Como consecuencia del alza, en chervontsy, de los precios, que era equivalente a la caída del chervonets en términos del índice de precios, las autoridades financieras, al sustituir el rublo mercancía por el chervonets como base del cálculo para el pago de salarios, pudieron armarse con otro instrumento apropiado para una reducción disfrazada de los salarios reales. El proyecto mereció también el apoyo del «consejo de congresos» industrial que disfrutaba de la confianza del STO. En octubre de 1923, cuando llegó la hora de renovar los contratos colectivos de los trabajadores del Donbass y de los transportistas de toda la URSS, se realizó la transición a la par del rublo mercancía al chervonets [12]. A principios de noviembre el STO emitió un decreto en virtud del cual todos los salarios de los empleados en los Comisariados del Pueblo se convertían del rublo mercancía a la base del rublo chervonets [13].

Era difícil de resistir el principio de convertir los jornales a una moneda fija. El periódico de los sindicatos, *Trud*, trató de realizar una acción dilatoria. «¿Es necesario precipitarse?», decía el título de su artículo de fondo del 24 de octubre de 1923. A los dos días publicó unas estadísticas, según las cuales el rublo chervonets, que había equivalido al 80 % del rublo mercancía en enero de 1923, ahora sólo valía el 60 %, de manera que el efecto de la conversión a la par era reducir los salarios reales en un 40 %, y con la perspectiva de nuevas depreciaciones. La campaña de protesta fue tomando ímpetu poco a poco. A comienzos de diciembre, en una conferencia sobre jornales acordada por el consejo central de los sindicatos, se exigió no sólo el pago puntual de los salarios, sino el fin del «establecimiento artificial de índices», la desaparición del pago en especie y garantías contra una reducción de los jornales reales como consecuencia de la conversión del rublo mercancía en rublo chervonets [14]. Algo más tarde se hizo el anuncio de que el presidente del VTsIK había «entregado al Sovnarkom, para un nuevo examen», una resolución del Sovnarkom y del STO en la que se aprobaba la conversión de los salarios, y

[12] Un artículo de *Ekonomicheskaya Zhizn* del 26 de octubre de 1923, que daba cuenta de estos cambios, atacaba a *Trud* porque se oponía a ellos y exponía lo conveniente de pagar con una moneda estable, aunque sin aludir a la cuestión del cambio. Un funcionario sindicalista defendió el contrato con los obreros del transporte por los mismos motivos, aunque admitiendo delicadamente que «el rublo chervonets tiene tendencia a rezagarse con respecto al rublo mercancía» (*ibid.*, 2 de noviembre de 1923).

[13] *Trud*, 10 de noviembre de 1923.

[14] *Ibid.*, 4 de diciembre de 1923.

ordenaba «que la decisión debe modificarse de tal manera que la transición a los cálculos en chevontsy no conduzca a la disminución de los salarios». Pero el efecto de esta declaración quedó bastante atenuado cuando se explicó después que se refería sólo a los sueldos de los empleados soviéticos cubiertos por los contratos colectivos en vigor, pero que no afectaba a los nuevos que se estaban concluyendo [15]. La resolución del comité de las tijeras, adoptada sin reformas por el Politburó el 24 de diciembre de 1923, no mencionaba en el apartado, más bien obligado, de los jornales, este asunto que ahora era de primera importancia. Pero los ánimos estaban ya excitados cuando Kámenev reconoció en su discurso del 27 de diciembre que esta era una de las partes de la resolución susceptibles de reforma. El 4 de enero de 1924 se anunció que la comisión central de control y el Rabkrin designarían una comisión especial para que vigilara y asegurara el pago puntual de los salarios [16]. El 6 de enero Rikov habló ante los trabajadores del partido sindicalizados. Tras lo que fue sin duda una discusión tempestuosa, se aprobó una resolución, sin ningún voto en contra, pero con dos abstenciones, en la que se aprobaba la resolución del comité de las tijeras adoptada por el Politburó, pero sosteniendo la necesidad de que «se realicen enmiendas y ampliaciones» aunque sin especificar de qué carácter [17]. Estaba claro que era preciso hacer ciertas concesiones en cuanto al cambio del chervonets, aunque esto, evidentemente, encontraba fuerte resistencia. Un rasgo paradójico de esta situación, que sin duda llenaba de cínico alivio a los jefes del partido, era que la cuestión de los salarios, en la cual los líderes sabían que pisaban terreno movedizo, no fue recogida por Trotski ni por la oposición «oficial» encabezada por Preobrazhenski y Piatakov, ni tampoco figuraba en ningún programa de la oposición. El fracaso de esta oposición para hacer causa común con los trabajadores industriales y para explotar su profundo descontento revela, una vez más, su debilidad [18].

[15] *Trud*, 15 de diciembre de 1923.

[16] *Sobranie Uzakoneni, 1924*, n.º 21, art. 214; en fecha tan avanzada como abril de 1924, se recibían quejas de los talleres de Gomza y de los Urales porque se pagaban con retraso los salarios de los obreros (*Trud*, 8 de abril de 1924).

[17] *Ibid.*, 8 de enero de 1923.

[18] En un artículo aparecido el 19 de enero de 1924 en *Pravda*, Shliapnikov afirmaba que «no hay razón para separar al camarada Trotski de los otros miembros del comité central en cuestiones de política» y que Trotski, que quería simplemente una mayor concentración de la industria y más atribuciones del Gosplan, era indiferente «al destino de la clase trabajadora».

El terreno estaba ya preparado para una discusión a fondo de la resolución del comité de las tijeras en la decimotercera conferencia del partido, que se celebró en Moscú desde el 16 al 18 de enero de 1924, en la semana anterior al fallecimiento de Lenin. Trotski, con el pretexto de su mala salud, se encontraba de nuevo ausente, pues andaba por el sur del país; sin embargo, eligió este momento para editar una serie de artículos recientes, publicados y sin publicar, bajo el título general de *El nuevo curso,* con un prefacio en el que declaraba que las decisiones del duodécimo congreso del partido relativas a la planificación «hasta última hora apenas se habían aplicado» y se quejaba de los juicios escépticos que en diversos lugares merecía el Gosplan y, en general, la dirección planificada [19]. En uno de los artículos hasta entonces no publicado, Trotski resumía sus opiniones sobre la esencia de la controversia en curso. El Gosplan «debiera coordinar, es decir, unir y dirigir de acuerdo con un plan, todos los factores básicos de la economía del Estado»; «el Gosplan, en esencia, debiera ocuparse del crecimiento y desarrollo de la industria estatal (socialista)»; y dentro del complejo de los órganos económicos del Estado, «la 'dictadura' debiera pertenecer no a las finanzas, sino a la industria» [20]. De esta manera, Trotski compartía el punto de vista fundamental de la oposición, sin identificarse plenamente con ella y sin aceptar los detalles de su programa. Era una actitud poco grata para las dos partes y se exponía a que le acusaran de no definir con franqueza su posición.

Cuando se reunió la conferencia, la resolución del comité de las tijeras «Sobre las tareas corrientes de la política económica» fue sometida por Rikov, el presidente del Vesenja, para su aprobación. En su discurso, Rikov se refirió al tema ya familiar del atraso económico de Rusia con sus cien millones de campesinos y sus cinco millones de trabajadores industriales, y a la necesidad de tener contento al campesino: la «dictadura política de los trabajadores» no podía convertirse en «una dictadura económica de la fábrica». Presentó sus disculpas por haberse equivocado cuando apoyó las directivas del Vesenja a los *trusts* industriales en el mes de julio, preparadas por Piatakov, y en las que se les instaba a conseguir el máximo de beneficios. Aceptó con satisfacción los cálculos oficiales de un gran aumento en los salarios industriales a lo largo del pasado año; y aunque reconocía que la cifra de un millón de desempleados era enorme, le quitó importancia, asegurando que con el crecimiento del desempleo hubo un crecimiento «paralelo» de empleo fabril, y

[19] L. Trotski, *Novi Kurs* (1924), p. 4; respecto a la salud y a los desplazamientos de Trotski, véanse más adelante, pp. 329-330.

[20] *Ibid.*, p. 71.

repitiendo el viejo argumento «de que la mayor parte de los desempleados la forman braceros procedentes del campo y oficinistas». Tomó un poco a broma la planificación. ¿Cómo planificar en una economía predominantemente campesina, donde la cosecha dependía «de unos cuantos aguaceros»? De todas maneras, era absurdo pensar que una comisión, desde Moscú, fuera capaz de planificar para todo el país «desde Petrogrado a Vladivostok, desde Murmansk a Odesa»[21]. El discurso no sólo constituía una defensa categórica de la resolución del comité de las tijeras y del Politburó: era también un alegato a favor de la jefatura del partido y de la línea oficial.

Al no estar Trotski, Piatakov fue el portavoz principal de la oposición. Defendió sus actividades anteriores y el programa de los 46 y propuso cierto número de enmiendas específicas a la resolución. Entre ellas, un añadido a la introducción condenaba «la línea de menor resistencia», es decir, la línea del comité central y del Politburó, que favorecía al «elemento comercial, al elemento de la NEP», en vez de fortalecer «la economía del Estado y las cooperativas». Se proponía una nueva sección con respecto a la administración de las empresas estatales; en lugar de considerarlas según los principios de la NEP como unidades aisladas a la par de las empresas particulares, debieran integrarse en un conjunto planificado y pasar a ser el elemento predominante de la economía. Una tercera enmienda reafirmaba no sólo la importancia teórica de la planificación, sino la posibilidad práctica y la necesidad de iniciarla (en su discurso Piatakov supo replicar a la burlona mención de «los aguaceros» por parte de Rikov). Una cuarta enmienda atacaba la política de los precios; era deseable una reducción de los precios industriales, pero debiera lograrse ampliando las bases y el volumen de la producción industrial (en otras palabras, con nuevas ayudas a la industria) y no a costa de los recursos de explotación de la industria. Las últimas dos enmiendas rechazaban la teoría del saldo activo en el comercio exterior a favor de «un programa ponderado de importaciones» que beneficiara «en primer lugar a nuestra industria estatal» y consideraban absurdo el precepto de que la industria ganara «un beneficio mínimo»[22]. Las críticas de Piatakov contra la política en curso y su defensa de los principios de la planificación constituyeron una hazaña intelectual

[21] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 6-20; un pasaje del ataque de Rikov contra la planificación ya se ha citado en *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 389 nota 45.

[22] El discurso de Piatakov figura en *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, pp. 20-31, las enmiendas *ibid.*, pp. 219-233.

impresionante y es seguro que fueron acogidas dentro del partido con más simpatía de la que se dejó exteriorizar en la conferencia [23].

En el debate siguiente, Piatakov se vio apoyado en términos generales (y sin referencia a sus enmiendas específicas) por Preobrazhenski y V. Smirnov. Piatakov había dado la voz de alarma, en su discurso, respecto al crecimiento del comercio privado y del capital privado en la industria. Las empresas privadas no sólo eran «más fuertes en cuanto al capital» (sin duda se refería al capital de explotación), sino «más fuertes en experiencia y en la manera de operar en el mercado» que las empresas estatales. Sin una organización y planificación rigurosas, se podía predecir que «en la lucha entre los elementos en desarrollo del capital privado y los elementos estatales o socialistas, estos últimos serán inevitablemente derrotados» [24]. Preobrazhenski calculó que las ganancias del comercio y del capital privados ascendieron entre 1922 y 1923 a quinientos millones de rublos oro, y alegó que esta «acumulación de la NEP» amenazaba superar cualquier «acumulación socialista» que pudiera esperarse del sector nacionalizado de la economía [25]. Smirnov se dedicó a reclamar más planificación y dijo que incluso las referencias a la planificación contenidas en la resolución del 24 de diciembre aludían a ella no como ingrediente esencial del socialismo, sino como mero expediente para vencer una crisis [26]. Mólotov, Kámenev y Mikoyan atacaron a Piatakov y defendieron la línea oficial; y Sokólnikov replicó a Preobrazhenski, el cual había manifestado su escepticismo en cuanto a la reforma financiera. Krasin repitió su opinión particular de que la recuperación económica dependía únicamente de que se obtuviera un crédito del exterior. Los portavoces oficiales, imitando a Rikov, tomaron a broma la planificación. Mikoyan calificó, tanto la resolución original del noveno congreso del partido de 1920 referente al «plan económico único», como a la famosa «orden número 1042» de Trotski relativa a la reparación de las locomotoras, del mismo año, como «la cúspide de la utopía» [27]. In-

[23] Rikov admitió, mejor dicho, lamentó que Piatakov se hubiera asegurado «repetidamente» la mayoría a favor de sus enmiendas en las reuniones del partido en Moscú *(ibid.,* p. 83).

[24] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 21.

[25] *Ibid.,* pp. 35-36. Rikov *(ibid.,* p. 15) había intentado reducir la cifra a 200 o 300 millones, pero sin mucha convicción; donde parece que Preobrazhenski se equivocó, no fue en calcular por encima las ganancias del capital privado, sino en calcular por lo bajo la recuperación de la industria nacionalizada.

[26] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunistecheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 69.

[27] *Ibid.,* pp. 48, 56, 76. En su serie de artículos publicados en vísperas

sinuó que el programa de la oposición señalaba un retroceso hacia el comunismo de guerra con su centralización y su burocracia. Las ideas de Piatakov sobre la organización fueron denunciadas como «glavkizm» [28]. Más que llamadas a la razón, eran llamadas al prejuicio, pero causaron el efecto deseado entre la masa de los delegados.

Lutovinov, antiguo miembro de la oposición de los trabajadores, y Kosior, firmante del programa de los 46, los dos de origen obrero y miembros del consejo central de los sindicatos, tuvieron a su cargo la defensa de la causa de los trabajadores industriales. Los dos rechazaron con energía la afirmación de Rikov de que los salarios reales habían subido en 1923. Lutovinov parece que habló con brevedad y moderación poco corrientes [29]; criticó el optimismo convencional expresado en la parte salarial de la resolución y una vez más llamó la atención sobre los abusos presentes y pasados que se cometían al calcular los tipos de los jornales. Asegurando que hablaba en nombre de la fracción del partido del consejo central de los sindicatos [30],

de la conferencia, Trotski ya había replicado a las críticas contra la orden número 1024, de las cuales no fue probablemente Mikoyan el originador, acusando a sus críticos de «renovación» y «falsificación» de la historia (L. Trotski, *Novi Kurs* [1924], pp. 59-74); las críticas las hizo con mucho mayor detalle Rudzutak en el decimotercer congreso del partido *(Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 206). Con respecto a la orden n.º 1042, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 388-389.

[28] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 77; Sokólnikov trató igualmente de desacreditar a quienes manifestaban su escepticismo ante la reforma financiera, atribuyéndoles «opiniones anticuadas que hicieron mella en nosotros en la época, muy especial, que va de 1918 a 1921» (discurso del 5 de diciembre de 1923, citado por S. S. Katsenellenbaum, *Soviet Currency and Banking, 1914-1924* [1925], página 139).

[29] Existe la fundada sospecha de que en las actas se resumió y suavizó su discurso *(Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 32-33); parece inconcebible que lo que fue sin duda una discusión importante se vea tan corto y tan insulso. El acta del discurso de Kosior *(ibid.,* pp. 50-52) no se presta, naturalmente, a las mismas sospechas, aunque se sabe que sí cortaron en el acta el que pronunció anteriormente en abril ante el duodécimo congreso del partido (véase más adelante, p. 279). Sin embargo, el texto de los dos discursos en las actas oficiales coincide con el que apareció en *Pravda* del 18 y 19 de enero de 1924.

[30] No estaba muy claro el papel de Lutovinov en la conferencia. Era natural que la decisión de someter el asunto a la conferencia la tomara, no el consejo central de los sindicatos (que no era órgano del partido), sino la fracción del partido dentro del consejo. Pero aunque los jefes sindicalistas eran miembros de la fracción, ninguno de ellos habló en la conferencia; la tarea poco grata de plantear este asunto embarazoso y delicado quedó para Lutovinov, conocido como *frondeur* y sin que tuviera que perder ninguna reputación dentro del partido. En mayo de 1924, Lutovinov, desilusionado por la situación interna del partido, se suicidó; Bujarin y Trotski le rindieron homenaje en sus exequias *(Trud,* 11 de mayo de 1924).

Lutovinov pidió que se suspendiera cualquier nueva transición del rublo mercancía al chervonets como base del pago de los salarios y que, donde la transición ya se había efectuado, se realizaran ajustes en los pagos mensuales sobre la base del rublo mercancía para que no resultara perjudicado el nivel de los jornales efectivos.

La cuidadosa selección de delegados hecha por la secretaría del partido [31] fue sin duda la causa principal de que la oposición constituyera una minoría insignificante. Pero la facilidad con que triunfó sobre ella la jefatura del partido se debió también en parte a la evidente falta de simpatía entre los jefes de la oposición y quienes hablaban en nombre de los trabajadores. Los portavoces oficiales, al silenciar los motivos reales de queja de la mano de obra, lanzaron todo el peso de su ataque contra Piatakov y su grupito. Así dominada, la oposición no podía hacer otra cosa que librar acciones de retaguardia. Piatakov predijo que un día el partido tendría que encararse con «la organización de nuestra economía». Pero rechazó débilmente cualquier deseo de «colocar mi línea de política económica contra la línea del comité central» y se quejó tan sólo de que el Politburó, «al seguir una línea correcta en el aspecto económico, no se hacía las preguntas que ya debía haberse hecho» [32]. Terminó su intervención en el debate diciendo que «los futuros congresos» demostrarían si el punto de vista que representaban sus enmiendas era o no correcto, y cuando Orjonikidze preguntó con cierto sarcasmo si no quería que se sometieran a voto, Piatakov respondió, entre las risas del auditorio, que tenía «suficiente experiencia política para darse cuenta de que, considerando los miembros presentes en la conferencia, las enmiendas serían rechazadas». Con todo, los enmiendas fueron puestas a votación, con el resultado de tres votos a favor y una abstención. Luego la resolución pasó a un comité para que le diera forma definitiva. La inclusión de Lutovinov entre los componentes de la comisión revelaba los propósitos de la misma; por otra parte, no se incluyeron en ella representantes de la oposición, y las propuestas de que se admitiera a Piatakov y a Kosior fueron rechazadas [33]. La comisión, trabajando tras bastidores en un problema que la conferencia se abstuvo de discutir, propuso dos enmiendas al apartado de jornales de la resolución. La primera solicitaba que se actualizaran los salarios industriales y locales que fueran a remolque de los que generalmente se percibían. La segunda, que, cuando los salarios se calcularan en chervontsy, se in-

[31] Sobre este extremo, véanse más adelante pp. 331-332.
[32] *Trinadtsataya Konferentsiya Rosssiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 31.
[33] *Ibid.*, pp. 81-83, 91.

cluyera una bonificación a fin de mes que compensara las alzas en la carestía de vida. Estas propuestas, junto con otras pocas enmiendas de menor entidad, fueron sometidas al pleno de la conferencia, que aprobó por unanimidad la resolución con sus enmiendas[34]. De esta manera se daba un paso para acallar las más urgentes y peligrosas reclamaciones de los trabajadores industriales. Se había decidido, a título experimental, el control de los precios. Pero la oposición resultó derrotada y continuaron intactas la estructura principal de la NEP y la insistencia en cuanto a la prioridad a favor de los campesinos. Ni los argumentos de los críticos ni la presión de los acontecimientos exteriores consiguieron demostrar que la línea de menor resistencia fuera inoperante. Las perspectivas económicas parecían más prometedoras que en cualquier otra época del año anterior. La conferencia marcó el fin de un largo y áspero debate sobre la política económica, de la cual no se volvió a tratar en muchos meses.

La decimotercera conferencia del partido, al aprobar la resolución del comité de las tijeras, daba un voto de confianza a la línea en curso de la política económica. Tres decisiones esperaban ahora la intervención del gobierno: dar cima a la reforma financiera, imponer los nuevos salarios y establecer el control de precios.

La realización de la reforma financiera, que se emprendió en seguida que terminó la conferencia, marcó la fase culminante en la estabilización de la NEP, y vino como consecuencia lógica de todo lo anterior. La decisión de reanudar la emisión sin techo de rublos soviéticos en septiembre de 1923 fue dictada por la necesidad de contar con efectivos para financiar la recolección del grano; y esta decisión, a su vez, obligó a que se solucionara definitivamente el problema monetario. El rublo soviético ya no se podía vigorizar, ni valía la pena vigorizarlo. Para noviembre de 1923 las cuatro quintas partes del papel moneda en circulación, calculadas en cuanto a su valor, consistían en chervontsy, y sólo un quinto en moribundos rublos soviéticos; el chervonets había pasado a ser, como expresaba la resolución del comité de las tijeras, «la moneda básica del país»[35]. Gracias a las exportaciones de grano y a la política de conservar un saldo activo en el comercio exterior, las reservas de oro y de divisas extranjeras se fueron acumulando durante el año y daban al chervonets un respaldo de indiscutible firmeza. Los efectivos del Gosbank en oro y en divisas extranjeras se elevaron de 15 millones de rublos oro el 1 de enero de 1923 a casi 150 millones de

[34] *Ibid.*, p. 187.
[35] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 552.

rublos —es decir, más de la mitad del valor de la emisión en chervontsy— el 1 de enero de 1924 [36].

El único punto débil era el presupuesto del Estado, pues hasta la fecha cubría sus grandes déficits, año tras año, mediante nuevas emisiones de papel moneda. Pero también en este campo se hizo bastante para restablecer el orden. En la reunión del VTsIK de noviembre de 1923, Sokólnikov pudo felicitarse, ya que, por primera vez, el presupuesto para el trimestre en curso se pudo preparar antes de que diera comienzo ese trimestre, y también porque el presupuesto general para el año fiscal en curso (octubre de 1923 a octubre de 1924) estaría listo para comienzos de diciembre. Aseguró que los dos tercios de los gastos calculados estarían este año cubiertos por los ingresos y que sólo un tercio se cubriría con los créditos y con la emisión de papel moneda; con la sostenida expansión de la actividad económica, estas predicciones parecían ser realizables [37]. Las condiciones necesarias para que se pudiera completar la reforma maduraban poco a poco.

La oposición, todavía recelosa por las consecuencias que pudiera acarrear la reforma en el sector industrial, pero impotente, por otra parte, para manifestarse abiertamente contra unas medidas que contaban con toda la autoridad de Lenin y del undécimo congreso del partido, se limitó a esporádicas expresiones de pesimismo. En la reunión privada del VTsIK de noviembre de 1923, V. Smirnov predijo que al chervonets le quedaban sólo tres meses de vida, y Sokólnikov le instó a que declarara si sus palabras reflejaban la opinión oficial del Gosplan [38]. Pero en ésta y en otras ocasiones estaban bien basados los argumentos de Sokólnikov de que una moneda estable era condición previa de la planificación. Lo único que quedaba por decidir era si estabilizar el rublo soviético en términos del chervonets o reemplazar una nueva emisión de billetes de pequeños valores y, en este último caso, si la emisión la realizaría el Gosbank como parte de la emisión en chervontsy o si se encargaría de ello el

[36] Z. V. Atlas, *Ocherki po Istori Denezhnogo Obrashcheniya v SSSR (1917-1925)* [1940], p. 196.

[37] *Tretiya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), pp. 79-81. Las cifras correspondientes a los primeros nueve meses de 1923 mostraban que la proporción de los gastos cubiertos por la emisión monetaria había ido descendiendo poco a poco todo este tiempo; en los primeros cuatro meses fluctuó alrededor de un tercio, en agosto descendió al 14 % y en septiembre volvió a elevarse (al reanudarse la emisión ilimitada de Sovznaks) al 21 % (L. N. Yurovski, *Na Putiaj k Denezhnoi Reforme* [segunda edición, 1924], p. 102); en el último trimestre del año la proporción cayó al 9 % (L. N. Yurovski, *Currency Problems and Policy of the Sov et Union* [1925], p. 124).

[38] G. Y. Sokólnikov, *Finansovaya Politika Revoliutsi*, ii (1926), 92.

Tesoro independientemente. Durante el invierno se tomó la decisión de emitir una nueva serie de billetes del Tesoro y de acuñar rublos y kopeks de plata que se podían cambiar por chervontsy en proporción de diez rublos por un chervonets [39]. En la decimotercera conferencia del partido, Sokólnikov anunció que ya era hora de «pasar a la etapa de instituir una moneda estable del Tesoro, de una moneda basada en el oro, de billetes del Estado expresados en términos del oro y que representen el papel de los cambios en relación con el chervonets»; esto lo describió como «la construcción de un puente de volutas entre la ciudad y el campo» [40]. Preobrazhenski refunfuñó, una vez más, que la ejecución de la reforma económica revelaba «todo el carácter espontáneo, la falta de planificación de nuestra economía». Pero no se presentaron críticas serias; y Mikoyan pudo hacer una crítica contundente de la oposición, acusándola de no manifestarse ni a favor ni en contra de la reforma [41]. La resolución del comité de las tijeras y del Politburó, refrendada por la conferencia, saludaba a la ejecución total de la reforma financiera como «una de las tareas básicas del poder soviético para el periodo venidero» [42].

La reforma se llevó a la práctica en varias etapas. La primera fue un decreto del 4 de febrero de 1924 por el que se ordenaba la emisión de billetes del Tesoro, en valores de 1, 2 y 5 rublos oro, que servirían de moneda legal en todas las transacciones. La emisión de billetes del Tesoro se limitó a la mitad del valor de la emisión en chervontsy realizada por el Gosbank, que de esta manera seguía siendo el árbitro del total de la emisión y garantizador de su solidez financiera [43]. El decreto no establecía ninguna relación formal entre el nuevo rublo oro del Tesoro y el rublo chervonets. Pero como el chervonets era estable en términos del oro no había posibilidad de que surgieran dificultades; y el Gosbank anunció el 7 de febrero de 1924 que aceptaría los nuevos billetes del Tesoro a la equivalencia de 10 rublos por un chervonets [44]. La otra etapa fue el decreto del 14 de febrero de 1924 por el que se suspendía desde el día siguiente la emisión de papel moneda en rublos soviéticos y se ordenaba

[39] Sokólnikov expuso todo el plan en un detallado memorándum, en enero de 1924, cuya traducción aparece en S. S. Katsenellenbaum, *Russian Currency and Banking, 1914-1924* (1925), pp. 139-142, extraída de un folleto ruso que no me ha sido posible localizar.

[40] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, 1924, p. 72.

[41] *Ibid.*, pp. 37, 77.

[42] *VKP (B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 552.

[43] *Sobranie Uzakoneni, 1924*, n.º 32, art. 288.

[44] S. S. Katsenellenbaum, *Russian Currency and Banking, 1914-1924*, número 34, art. 308.

la destrucción de todos los *stocks* sin usar [45]. Un decreto del 22 de febrero de 1924 ordenaba la acuñación de monedas de plata y cobre en valores hasta de un rublo inclusive [46]. Estas medidas despejaron el camino para la etapa final, a la que se llegó por decreto del 7 de marzo de 1924, según el cual los rublos soviéticos se cambiarían desde el 10 de marzo en la proporción de 50.000 rublos soviéticos (valor de 1923), equivalentes a 50.000 millones de rublos anteriores a 1921, por 1 rublo oro, y dejarían de ser moneda legal después del 10 de mayo [47]. Corolario de la reforma financiera fue la desaparición no sólo de los billetes de rublos soviéticos, sino del hipotético rublo mercancía, o rublo del índice de precios, como unidad de cálculo. Un decreto del STO del 29 de febrero de 1924 ordenaba la conversión en rublos oro de todos los contratos concluidos en términos del rublo mercancía y prohibía, para lo sucesivo, la conclusión de contratos y la especificación de precios en términos del rublo mercancía [48].

Las sucesivas etapas por las que pasó la reforma hasta el final pusieron de manifiesto la ansiedad que se sentía en los centros oficiales con respecto a sus perspectivas de éxito. Los pasos necesarios se dieron por separado y con cierto intervalo entre ellos, como si se pretendiera dejar un margen de maniobra para retirarse, caso de que el plan fallara en el último momento. Pero la característica más notable de toda la reforma fue su gran fidelidad a los cánones occidentales de ortodoxia financiera, especialmente a los ingleses; ninguno de los países que por entonces recibían los consejos de los expertos ingleses o de los de la Sociedad de Naciones sobre la mejor manera de mantener estable la moneda aplicó con mayor meticulosidad los preceptos del día en cuanto a la cobertura oro, el presupuesto equilibrado, una prudente política de créditos y las relaciones correctas entre el Tesoro y el banco central. En esta pronta aceptación de los modelos occidentales influyó la presencia en el Gosbank del ex ministro cadete Kutler [49] y de otros expertos educados en las tradiciones ortodoxas de la finanza internacional del siglo XIX. Pero tuvo también otro significado. El establecimiento de una moneda estable se convirtió no sólo en un objetivo en sí mismo, sino en el medio de ganar la confianza del mundo capita-

[45] *Sobranie Uzakonenii, 1924*, n.º 34, art. 308.
[46] *Ibid.*, n.º 34, art. 325.
[47] *Ibid.*, n.º 45, art. 433.
[48] L. N. Yurovski, *Currency Problems and Policy of the Soviet Union* (1925), p. 135. Los únicos contratos que todavía se regían por el rublo mercancía eran los colectivos de trabajo negociados por los sindicatos. Véanse más adelante, pp. 144-145.
[49] Véase *La Revolución bolchevique 1917-1923*, vol. 2, p. 365.

lista, de asegurarse los beneficios del comercio exterior y, sin duda también, los créditos del exterior, los cuales, según Krasin y otros, parecían ofrecer la mayor esperanza de salvación de la economía soviética. Kámenev expuso el punto con entera franqueza en el segundo Congreso de Soviets de toda la Unión:

> Toda Europa, que se debate en la crisis monetaria, reconocerá que la economía de un país es sólida si logra los resultados que hemos conseguido nosotros el año pasado, si establece una moneda estable [50].

Una caricatura aparecida en *Izvestiya* pintaba al chervonets como «el nuevo *polpred* de la URSS en Nueva York» [51]. Privaba el inesperado afán de hacer hincapié en las semejanzas, más que en las diferencias, entre las finanzas soviéticas y las del mundo occidental. Sokólnikov había justificado en tiempos las irregularidades del presupuesto soviético invocando un precedente francés [52]. Ahora, en el momento cumbre de la vuelta a la solidez financiera, dedujo una sorprendente moraleja de las medidas que casi simultáneamente se tomaron en el Occidente para estabilizar las monedas de Alemania, Austria, Checoslovaquia, Polonia, Letonia, Estonia y Lituania:

> Nosotros, como miembros del continente europeo, nos hemos visto envueltos en este mecanismo europeo de desarrollo económico y financiero a pesar de todas las peculiaridades de nuestra posición política y a pesar de que entre nosotros ocupa el poder una clase diferente [53].

La reforma monetaria coronó el *rapprochement* entre la Rusia soviética y el mundo capitalista puesto en movimiento por la NEP y por el acuerdo comercial anglo-soviético. Sin embargo, lo más importante era que la nueva política financiera expresaba un deseo de orden y de estabilidad y una reacción, que se impuso con la NEP, contra el caos revolucionario. Por entonces, todavía bastaba con condenar cualquier medida para que se viera en ello el deseo de volver al caos y a las austeridades del comunismo de guerra. Los jefes que controlaban la política económica tras la retirada de Lenin parecían, por el momento, satisfechos con darle tiempo al tiempo, con conservar y disfrutar lo que ya habían ganado y con fortalecer su propia posición en el poder. Mientras la economía siguiera funcionando sin fricciones o deficiencias intolerables, preferían mezclarse con ella lo menos posible; y, para conseguirlo, parecía lo más apro-

[50] *Vtoroi Sjezd Sovetov Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), p. 94.
[51] *Izvestiya,* 26 de marzo de 1924.
[52] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, p. 157.
[53] *Sotsialisticheskoe Joziaistvo,* n.º 5, 1924, p. 6.

piado colocarla bajo el norte de una moneda oro que funcionara con el mecanismo automático y de ajuste propio descrito por los economistas clásicos. Como Kámenev explicó en el siguiente congreso del partido, una moneda con base en el oro era «un excelente termómetro para señalar la salud o la enfermedad»: si en alguna ocasión llegaba a indicar «fenómenos mórbidos» eso no sería motivo para romper el termómetro [54].

El principal objeto de la decisión que tomó la decimotercera conferencia del partido con respecto a los salarios, adoptada a última hora a manera de enmienda de la resolución original, fue el de compensar a los asalariados por la subida de los precios en términos de la nueva moneda en chervontsy. En el undécimo Congreso de Soviets de toda Rusia [55], que se celebró inmediatamente después de la conferencia del partido, el comisario del pueblo para Trabajo, Shmidt, dio modesta cuenta de los últimos esfuerzos realizados para aliviar las penalidades de los trabajadores. Declaró que se había producido un aumento «de pequeñas dimensiones» —alrededor de un 3 %— en los salarios de los trabajadores industriales en el segundo semestre de 1923, y añadió que los jornales habían alcanzado en Moscú el 78 % del nivel de la preguerra y en Petrogrado el 68 %, aunque los salarios de los transportistas se hallaban sólo en el 50 %; el 84 % de todos los salarios se pagaban ya en efectivo. Entonces se refirió cautelosamente a la cuestión candente de la conversión de los jornales en chervontsy, y admitió que el chervonets había perdido parte de su valor en los tres meses últimos, en relación con el rublo mercancía:

> Hemos de ir con mucho cuidado al encaramos con este problema: ¿podremos por fin garantizar el nivel salarial bajo un sistema de cálculo en chervontsy? En esto hemos de tener cierta seguridad [56].

Bogdánov, el portavoz del Vesenja, habló una vez más en nombre de los industriales. Arguyó que la crisis de ventas de los últimos cuatro meses coleaba todavía, y que era imposible mantener bajos los precios sin un aumento paralelo de la productividad. Aumentar la producción era la única manera de «elevar los salarios sin la con-

[54] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), p. 392.

[55] El Narkomtrud como comisariado «unificado» (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 1, p. 424) era incumbencia tanto de la RSFSR como de la URSS.

[56] *XI Vserossiiski Sjezd Sovetov* (1924), pp. 97, 100.

trapartida del incremento del precio de las mercancías». Abogó por la conversión de los salarios en términos de chervontsy y porque los trabajadores encontraran una compensación a sus pérdidas en el robustecimiento de la cooperación, la cual traería consigo una rebaja en los precios de lo que los obreros tuvieran que comprar [57]. Pero la cuestión de principio ya había sido establecida por la resolución de la conferencia del partido y nadie se proponía sacarla en serio a debate otra vez. El congreso aprobó la resolución «Medidas para establecer nuevas mejoras en las condiciones de trabajo de los obreros», en la que se exigía que los salarios se calcularan en chervontsy y que el trabajador tuviera derecho a pluses por carestía de vida que le compensaran de cualquier depreciación en el poder adquisitivo del chervonets [58]. Finalmente, el 29 de febrero de 1924, un decreto del STO ordenaba que todos los contratos colectivos se concluyeran en lo sucesivo en chervontsy y que todos los salarios acordados en los contratos aún en vigor se convirtieran del rublo mercancía al chervonets. Para este fin se dividió al país en tres zonas; y la conversión se efectuaría con arreglo a diversas proporciones, de acuerdo con las zonas, desde la paridad a la proporción de 1,50 rublos chervontsy por un rublo mercancía. Los pluses serían pagaderos, en caso de un nuevo aumento en la carestía de la vida, en términos del chervonets [59]. «Los pluses», observó *Trud* ominosamente unos días más tarde, «deben ser 'honestos' y calculados con precisión de acuerdo con el movimiento de precios del mercado» [60].

Este compromiso, difícil y cogido con alfileres, resultó de corta duración. Una vez que se llevaron a efecto la fijación de los jornales y el pago de los salarios en chervontsy, el principio de los pluses por carestía de vida —última reliquia del ya desechado rublo mercancía— se vio pronto atacado. Al completarse la reforma fiscal y al estabilizarse los precios, el sistema de pluses parecía no tener razón de ser. El resto de la economía estaba engranada con una moneda estable basada en el oro: era lógico que los salarios siguieran el mismo curso. Se alegó que tanto se habían beneficiado ya los trabajadores

[57] *Ibid.*, pp. 117-119.

[58] *Sjezdy Sovetov RSFSR v Postanovleniyaj* (1939), p. 294; la resolución se publicó también en *Sobranie Uzakoneni, 1924*, n.° 27, art. 262, lo que revela su carácter obligatorio. Otros párrafos de la misma daban instrucciones al Comisariado del Pueblo para Trabajo a fin de que preparara un plan de obras públicas para los desempleados y un aumento de los subsidios «para esa parte de los parados que representa un verdadero elemento proletario y que hay que llevar antes que nada al proceso productivo, cuando éste se expanda»; pero nada resultó de estos buenos deseos, ya muchas veces expresados.

[59] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 1 de marzo de 1924; *Trud*, 1 de marzo de 1924.

[60] *Ibid.*, 5 de marzo de 1924.

al recibir sus salarios en moneda estable y a cambios fijos que no era necesario hacerles más concesiones[61]. El 4 de abril de 1924, el Vesenja y el consejo central de los sindicatos publicaron conjuntamente la «Circular número 606» dirigida a todas las organizaciones económicas y sindicales. La circular comenzaba explicando que el sistema mixto de salarios establecido en parte en la moneda con base en el oro y en parte en pluses por carestía de vida había sido adoptado «sólo con carácter transitorio». Ahora que estaba firmemente establecido el nuevo orden financiero, se necesitaba «completar la reforma con el cómputo de los jornales, llevando a los acuerdos de los contratos colectivos que los salarios se expresen en términos monetarios estables, sin ninguna especie de suplementos por carestía de vida». El nuevo sistema entraría en vigor el 1 de abril, pero quedaban exceptuados los obreros del transporte, los mineros de la cuenca del Don y los trabajadores de Yugostal, el *trust* del acero de Ucrania: éstos disfrutarían de los beneficios del sistema mixto durante otro mes. Para dorar la píldora, los salarios de los especialistas cubiertos por acuerdos «personales» tendrían que reducirse en un 20 % desde el 1 de abril[62]. Es de suponer que ni los trabajadores ni los sindicatos recibieran con gusto esta decisión, y quejas de que ellos eran las víctimas de tales acuerdos menudearon en lo sucesivo. La «Circular 606» fue objeto de vigorosos ataques en el decimotercer congreso del partido, celebrado un mes más tarde, por parte de un delegado de los sindicatos, el cual manifestó que se trataba de una transgresión de las decisiones del Politburó y de la decimotercera conferencia del partido[63]. Pero, gracias a la inesperada recuperación del poder adquisitivo del chervonets y a su estabilidad a lo largo de 1924, el cambio se efectuó sin que despertara mucha oposición o resentimiento[64]. Con el recuerdo, todavía reciente, de las fluctuaciones e incertidumbres de los últimos años, en una

[61] Un artículo de fondo de *Trud,* 13 de abril de 1924, admitía que, ahora que los trabajadores disfrutaban de seguridad, era justa e inevitable cierta reducción en los salarios.

[62] *Trud,* 5 de abril de 1924. Los decretos ahora emitidos ordenaban una reducción del 10 % en los salarios de 100 a 150 rublos al mes, del 20 % en los salarios por encima de 150 rublos (*Sobranie Uzakoneni, 1924,* n.° 53, art. 526; n.° 64, art. 646); otro decreto reiteraba el requisito de que tales acuerdos se registraran con el Narkomtrud y recomendaba un modelo de planilla de contrato hecho por el Narkomtrud (*ibid.,* n.° 53, art. 526).

[63] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), p. 173.

[64] La transición del rublo mercancía al chervonets como la base de los tipos salariales fue recordada en el sexto congreso sindical, en noviembre de 1924, más como molestia del pasado que del presente (*Shestoi Sjezd Professionalnij Soyuzov SSSR* (1925), pp. 71-72.

época en que el desempleo era todavía común, el trabajador que conservaba su empleo no dejaba de comprender las ventajas de recibir un salario fijo en una moneda de poder adquisitivo estable. No fue el menor de los méritos de la reforma financiera el que pusiera término a las manipulaciones con los tipos de cambio de los pagos salariales, que fue la piedra de escándalo del periodo anterior. En la próxima etapa el énfasis recaería sobre otro aspecto de la cuestión laboral: la relación de los jornales con la productividad.

La tercera decisión adoptada por la decimotercera conferencia del partido con base en el informe del comité de las tijeras —la decisión de controlar tanto los precios al por mayor como los precios al por menor—, no requería una legislación específica, ya que, al parecer, los poderes necesarios se habían conferido a la Komvnutorg. Pero fue seguida por una verdadera avalancha de decretos sobre precios, emitidos por diferentes autoridades. Una resolución del STO del 22 de febrero de 1924 facultaba a la Komvnutorg para que esta controlara los precios de «todas las mercancías que circularan en el mercado interno durante todas las etapas de su circulación comercial»; y una circular del Vesenja de la misma fecha advertía a los *trusts* que, bajo el nuevo régimen de una moneda estable, ya no se justificaba la inclusión en sus precios del elemento de «seguro contra la depreciación de los sovznaks» [65]. Durante la siguiente semana, la Komvnutorg dictó otras órdenes por las que se fijaba el precio del pan en Moscú y en Leningrado y detallaba una lista de dieciséis artículos de primera necesidad, cuyos precios debían colocar los comerciantes al por menor a la puerta de sus establecimientos [66]. El decreto del STO del 29 de febrero de 1924, el cual registraba el compromiso a que se había llegado en el capítulo salarial [67], contenía también, sin duda a manera de compensación por cualquier caída eventual de los jornales monetarios, unas instrucciones a los órganos locales de la Komvnutorg de todo el país a fin de que se redujeran los precios al por menor y se garantizara la publicación, por parte de los comerciantes, de los precios de los artículos de primera necesidad. No parece que tuviera mucho éxito este intento de rebajar los precios mediante órdenes administrativas. A las seis semanas, una resolución del comité central del partido no sólo reconocía la necesidad de poner límites a se-

[65] *Pravda*, 26 de febrero de 1924.
[66] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 23 y 26 de febrero de 1924.
[67] Véase anteriormente, p. 145.

mejante intento, sino que parecía retirarse a posiciones más seguras, especificadas por el «comité de las tijeras» en diciembre anterior:

La fijación de los precios al por menor debe extenderse al comercio particular en aquellos casos en los que sea posible garantizar la saturación del mercado, por parte de organismos estatales, de los artículos específicos que están *de facto* sujetos al monopolio del Estado, como por ejemplo, la parafina, la sal, las cerillas, etc. [68]

La estabilización de los precios al por menor y al por mayor conseguida en la primavera de 1924 se debió más al éxito de la reforma monetaria que al directo control estatal de los precios. Pero el legado de la crisis de las tijeras siguió vigente. La doctrina de que, incluso bajo la NEP, la fijación de precios era función necesaria y propia del gobierno quedaba firmemente establecida sin que volviera a ser objeto de disputas.

La nueva actitud con respecto al comercio interior condujo a una reajuste institucional, que se hacía esperar desde hacía mucho tiempo: sacó a la superficie una rivalidad interdepartamental que constituyó característica acusada de los dos últimos años y puso término a la misma. La creciente autoridad del Narkomfin y del Gosbank, que reflejaba la nueva importancia que se concedía a la política financiera, fue una de las notables consecuencias administrativas de la NEP. Bajo el comunismo de guerra los dos departamentos económicos más poderosos del Estado fueron el Vesenja, que controlaba la industria, y el Narkomprod, que manejaba la producción agrícola, mientras que el STO ejercía un papel de coordinación y de supervisión. Al instaurarse la NEP, las funciones de los dos departamentos se vieron radicalmente afectadas. El Vesenja retuvo la dirección de la industria, aunque su control directo quedó debilitado al sustituirse los «glavki» y los centros por *trusts* y empresas arrendadas que, junto con la introducción del *jozraschet,* redujeron el campo de su autoridad. Pero también otros organismos comenzaron a usurparle sus funciones. La financiación de la industria (en lo que era posible hablar de finanzas bajo el comunismo de guerra), que fue responsabilidad del Vesenja, ahora pasó a manos del Gosbank, que disfrutaba por entero de la confianza del Narkomfin. En el duodécimo congreso del partido, Trotski dijo que «el aparato financiero... es fundamental en la administración de la industria» y que «el Vesenja indudablemente será una quinta rueda del coche mientras no tenga en sus manos el aparato para la financiación de la industria» [69]. El establecimiento

[68] *Trud,* 24 de abril de 1924.
[69] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 304.

del Prombank [70] fue un compromiso imperfecto; todavía el Gosbank tenía la última palabra. No podía ser de otra manera en una economía donde las finanzas servían de regulador esencial y donde la intervención directa del Estado en las operaciones del mercado era una infracción de los principios aceptados. Por otra parte, el Vesenja vio socavado su monopolio de poder por el Vneshtorg y la Komvnutorg, los cuales pretendían, aunque no con mucha efectividad, ejercitar la autoridad suprema en las operaciones de comercio exterior e interior, respectivamente. El Narkomprod, el igual del Vesenja bajo el comunismo de guerra, fue objeto de presiones todavía mayores por parte de los dos mencionados organismos. La innovación inicial que dio comienzo a la NEP —sustituir las requisas por las contribuciones— llevó al Narkomfin a un terreno que, bajo el comunismo de guerra, fue predio exclusivo, y de la mayor importancia, del Narkomprod; porque, aunque la recaudación de los impuestos quedaba en manos del Narkomprod mientras se pagaran en especie, la transición a los pagos en efectivo iba a transformar muy pronto al recaudador del Narkomprod en agente del Narkomfin. La sustitución de los jornales en raciones y en especie por salarios en efectivo convirtió al Narkomfin en árbitro final de la política salarial; y, finalmente, la creciente importancia de las exportaciones de grano introdujo un nuevo factor en la economía del campesino bajo la forma del Vneshtorg. Entre 1921 y 1923 el Narkomprod se fue despojando, una tras otra, de todas las funciones principales que ejerció bajo el comunismo de guerra [71].

El primer intento de reajuste vino del Vesenja, que, aproximadamente en la época del duodécimo congreso del partido, elaboró un proyecto para combinar el Vesenja, el Vneshtorg y la Komvnutorg en un solo comisariado de industria y comercio que se responsabilizaría también de la recolección y compra del grano, colocando de esta manera bajo un control único a los principales sectores de la economía [72]. Este proyecto de altos vuelos recordaba demasiado a las viejas ambiciones del Vesenja por convertirse en el órgano supremo de control económico y por tanto no tenía muchas oportunidades de ser aceptado. El primer cambio institucional que se registró fue una reforma en la constitución del propio Vesenja. Bajo el comunismo de guerra la industria se pudo administrar como un solo conjunto. Bajo la NEP la industria se dividió en dos sectores: la estatal y la arrendada o la de propiedad privada. Por consiguiente, las

[70] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 370-371.

[71] Véase también *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 351-352.

[72] El proyecto, elaborado y defendido por Bogdánov, fue mencionado, pero no apoyado, por Trotski en el congreso (*Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi (Bolshevikov)* [1923], pp. 304, 333-334).

funciones del Vesenja se agruparon en dos categorías: dirigir la política y preparar la legislación para el conjunto de la industria, y administrar la industria del Estado, ahora organizada en *trusts* por el decreto del 10 de abril de 1923 [73]. La organización no supo estar a la altura de las circunstancias: y el fallo del Vesenja para prever y evitar la crisis de las ventas en el verano de 1923 se atribuyó a negligencia en el desempeño de sus funciones [74]. En septiembre de 1923 el Vesenja fue dividido en dos departamentos principales correspondientes a las dos actividades mencionadas. Rikov continuó en la presidencia del Vesenja, con Bogdánov y Piatakov en calidad de segundos; Piatakov fue designado jefe de la administración de la industria del Estado [75]. Sin embargo, inmediatamente después de la reforma, fuera por pura coincidencia o a propósito, Piatakov fue enviado a Alemania con una misión [76]; y luego se quejó amargamente de que durante su ausencia no se hizo nada por organizar la dirección de la industria estatal como un todo [77]. Una nueva reorganización tuvo lugar tras el fallecimiento de Lenin. Rikov, que pasó a ser presidente del Sovnarkom, fue sustituido como presidente del Vesenja por Dzerzhinski, jefe supremo de la Cheka y desde 1921 comisario del Pueblo para Comunicaciones; y esto, combinado con el renacimiento de la industria desde 1924, dio al Vesenja un nuevo respiro. Pero el Vesenja nunca consiguió imponer de nuevo su autoridad más allá de la esfera industrial. A comienzos de febrero de 1924, el Almacén Universal del Estado (GUM) y sus filiales, que era una criatura del Vesenja, fue transferido a la Komvnutorg, la cual logró de esta manera intervenir de manera directa en el comercio al por menor [78]. El nuevo intento de controlar los precios exigía la creación de un organismo con mayores poderes y con más prestigio que la Komvnutorg; pero tal organismo no podía asociarse espe-

[73] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 322-323.

[74] Esta opinión fue presentada por su antiguo presidente, Bogdánov, ante el VTsIK en noviembre de 1923 (*Tretiya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* [1924], p. 53).

[75] Da noticia de esta reforma Bogdánov, *ibid.*, pp. 52-54, y más superficialmente, Mólotov en *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 43-44; la reforma se instituyó por una orden del VTsIK del 12 de noviembre de 1923 (*Postanovleniya Tretei Sessi Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* [1923], pp. 130-134).

[76] Véase más adelante, p. 223.

[77] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 22-24.

[78] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 5 de febrero de 1924; en cuanto al GUM, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 349-350.

cíficamente con la industria[79]. Ahora la decisión tomó cuerpo casi automáticamente. En mayo de 1924 se creó por decreto el Comisariado del Pueblo para Comercio Interior, el cual remplazó a la Komvnutorg y se hizo cargo de lo que quedaba de la maquinaria del Narkomprod[80]. El Comisariado del Pueblo para Comercio Exterior (Vneshtorg) permaneció independiente, con Krasin al frente todavía.

Una inesperada secuela de estas disposiciones y de la victoria de la jefatura del partido en la decimotercera conferencia del partido fue la manifestación de ciertas reacciones contra la actitud despreciativa de la mayoría, especialmente puesta de manifiesto en la conferencia por Rikov y Kámenev en lo relativo al principio de la planificación. En el trasiego de nombramientos que siguió a la muerte de Lenin, Krzhizhanovski fue sustituido como presidente del Gosplan por Tsiurupa, que era también uno de los segundos del Sovnarkom. Lo más significativo de esta combinación de funciones fue, sin duda, que Trotski ya la había propuesto más de un año antes sin que fuera aceptada[81]. Ahora Kámenev intervino para explicar que con ello «el Gosplan estaría más cerca del gobierno y vería aumentada su autoridad»[82]. En abril de 1924 la comisión central de control y el Rabkrin fijaron su atención en el Gosplan, definieron su tarea como dirigida «al establecimiento de un plan de perspectiva general de la actividad económica de la URSS en cierto número de años (cinco o diez)» y declararon que un plan financiero, del cual formaría parte el presupuesto del Estado, era también necesario, y para ello recomendaban que se instalara una sección de trabajo en el Gosplan[83]. Aunque faltaba mucho tiempo todavía para que se señalaran progresos efectivos hacia la planificación general, la tendencia era sintomática. De importancia más inmediata era la vuelta, al parecer como consecuencia del nombramiento de Dzerzhinski como presidente del Vesenja, a la recomendación del «comité de las tijeras», hasta entonces pasada por alto, de que se aumentara la ayuda financiera a la industria metalúrgica. Se dieron instrucciones a Dzerzhinski a fin de

[79] G. I. Krumin, *Puti Joziaistvennoi Politiki* (1924), asumiendo el principio de la creación de un comisariado para comercio interior, alega fuertemente contra su asociación con el Vesenja, y con menos fuerza contra su asociación tras la decimotercera conferencia del partido, representa el punto de vista oficial.

[80] *Izvestiya,* 11 de mayo de 1924; *Sobranie Uzakoneni, 1924,* n.° 50, art. 473. El comité central del partido tomó la decisión a principios de abril (*Trud,* 9 de abril de 1924).

[81] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, pp. 396-397.

[82] *Vtoroi Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), p. 127.

[83] *Trud,* 25 de abril de 1924.

que estudiara el asunto, y en su respuesta dijo que para que la industria pesada se recuperara, se precisaban de 100 a 200 millones de rublos oro en los próximos cinco años [84].

Cuando el decimotercer congreso del partido se reunió en mayo de 1924, las cuestiones económicas ya no ocupaban el centro de las preocupaciones. En vísperas del congreso, el diario económico oficial publicó un artículo de fondo en el que se decía de la economía soviética que descansaba «en bases cualitativamente nuevas, sólidas y saludables que mostraban clara y acusadamente características concretas de recuperación, de progreso, de desarrollo» [85]. La crisis parecía superada y nadie tenía deseos de tocar los temas de política económica, aprobados cuatro meses antes por la decimotercera conferencia del partido, y completados mientras tanto. Trotski, en un discurso más bien corto dirigido al congreso, habló poco de las cuestiones económicas, aunque reiteró enfáticamente su demanda de que se intensificara la planificación, «la cual», dijo, «se venía estableciendo sin el debido estudio» y que «el partido, en la persona de su aparato directivo, no afronta las tareas de la dirección planificada de la economía con la energía precisa». Preobrazhenski, el otro miembro de la oposición que tomó la palabra, dedujo las mismas consecuencias y aludió en particular a la escasez de capital en la industria y a la cifra del desempleo que llegaba ya a 1.300.000, «sin contar el enorme desempleo oculto que se registra en el campo» [86]. Zinóviev, al informar sobre las conclusiones de Dzerzhinski en cuanto a las sumas necesarias para llevar a efecto la resolución de la decimotercera conferencia del partido a favor de la industria metalúrgica, declaró retóricamente que «ahora le llega el turno al metal, a una mejora en sus medios de producción, al renacimiento de la industria pesada». Aunque no era de esperar que se alcanzaran los niveles de antes de la guerra en los próximos dos años, ya era hora de «*comenzar a dejar atrás los ideales de la preguerra*». La resolución del congreso repitió su mandato de que se concentrara la atención sobre «la producción de los medios de producción» [87]. Sobre el asunto del desempleo, Zinóviev, que compartía el pesimismo todavía corriente en los

[84] *Trinadtsataya Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), pp. 91-92.

[85] *Ekonomicheskaya Zhin,* 23 de mayo de 1924.

[86] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 164, 204.

[87] *Ibid.*, pp. 91-92; *VKP (B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 567.

países capitalistas, replicó con indiferencia que «aún no hemos oído propuestas prácticas a este respecto» [88]. Pero los principales síntomas económicos eran demasiado buenos para preocuparse demasiado. En los pasados seis meses las tijeras se estuvieron cerrando constantemente y la relación de antes de la guerra entre los precios agrícolas e industriales se había restablecido; la industria había dado pasos de avance; se pudo detener la caída de los salarios y resolver el escándalo de la falta de puntualidad en los pagos; y hasta se dieron algunos pasos para recortar en el comercio el predominio del capital privado y de los hombres de la NEP. Sobre todo, y ante la insistencia de Trotski con respecto a la planificación, Kámenev pudo replicar con tono victorioso que «el plan ejecutado por nuestro partido en los dos últimos meses se puede resumir en dos palabras: reforma monetaria». Y este plan se había realizado contra los deseos de la oposición, la cual había exigido la planificación en todas sus resoluciones [89].

El congreso discutió largamente, aunque sin revelar nuevos puntos de vista, la cuestión del comercio interior. Zinóviev repitió en su discurso principal que «la libertad del comercio interior es la base de la NEP» [90]. Kámenev, que informó sobre ese mismo tema, citó el famoso mandato de Lenin «aprended a comerciar», pero hizo notar con cierta ingenuidad que «esta consigna, lanzada hace dos años y medio, cambia su contenido concreto en el curso de nuestro trabajo económico, y nuestra tarea consiste en definir exactamente cómo, en un momento dado, debe entenderse y aplicarse la consigna de Vladímir Ilich». Lo esencial era «adaptar la tasa de desarrollo de nuestra industria a la fuerza de la economía campesina» y «buscar en las masas campesinas la base económica sobre la que ha de descansar el desarrollo de la industria estatal». Pero Zinóviev se manifestó con energía a favor del control de los precios industriales y citó el cierre de las tijeras como prueba de que el control de precios había sido justo y necesario [91]. La resolución general del congreso registraba que «la nueva política económica dirigida por el partido había cumplido las tareas que el partido se marcó» y no contemplaba «ningún motivo para revisar la nueva política económica» sobre cuyas bases era necesario «trabajar sistemáticamente para fortalecer los elementos socialistas de la economía general» [92].

[88] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 253.

[89] *Ibid.*, p. 220.

[90] *Ibid.*, p. 95.

[91] *Ibid.*, pp. 382-397.

[92] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 566.

La resolución especial relativa al comercio interior declaraba que «los métodos fundamentales para la conquista del mercado no deben consistir en medidas de intervención administrativa, sino en el fortalecimiento de las posiciones económicas del comercio del Estado y de las cooperativas». Pero esta declaración equívoca de principios quedaba denegada por la orden precisa de que el flamante Comisariado del Pueblo para Comercio Interior «ejercite el derecho a regular todo el comercio interior y a establecer precios fijos»[93]. El carácter empírico de la NEP había sido vindicado. Se proclamaba en voz alta una fidelidad absoluta a sus principios. Pero el principio de que el comercio interior estuviera libre de las interferencias del Estado, o sujeto a interferencias únicamente en la forma de una política financiera, cedió bajo la presión de la crisis de las tijeras. Se restableció el control estatal de los precios, no por escrúpulos de tipo doctrinal, sino para hacer frente a una grave situación económica.

Ninguno de los congresos del partido que se celebraron en esta época bajo la jefatura de Zinóviev podía dejar de rendir tributo a la importancia capital del campesino. Pero una nota de inquietud se dejó sentir en los pronunciamientos de los portavoces oficiales cuando tocaban este tema. Zinóviev admitió que «el partido es todavía, con mucho y hasta demasiado, un partido urbano, y el campo lo conocemos poco». Pero no tuvo dificultad en establecer, citando a una gran cantidad de autoridades de dentro y fuera del partido, cuál era el problema crucial del momento:

> El punto fundamental que afecta al campo, y a causa del cual nos han estado zumbando los oídos últimamente, es el proceso de diferenciación. Vladímir Ilich nos dijo muchas veces que se estaba haciendo tabla rasa del campo. Ahora se inicia algo nuevo: como consecuencia de la NEP, el campo pasa por un proceso de diferenciación.

Admitió que se hablaba cada vez más de los *kulaks* y se refirió a la aparición de «los hombres de la NEP que se dedican a la usura, de los tenderos, de los grandes comerciantes, de los todavía propietarios». Pero a todos los campesinos prósperos no había que tacharlos de *kulaks*. Sin embargo, era un síntoma inquietante que el régimen estuviera más a favor del «próspero sector de los *kulaks*». Pero la moraleja no se veía clara, ni mucho menos:

> Lo que hace falta es ayudar al campesino pobre y al medio, no exprimir al *kulak* a toda costa hasta dejarlo seco[94].

[93] *Ibid.*, i, 582-583.
[94] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 100-102.

Estas generalidades no fueron mucho más allá de las conclusiones convencionales registradas en la resolución del congreso sobre «la invariable tarea del partido de fortalecer y reforzar la confianza del campesinado en el Estado proletario»[95]. Era necesario volverse a otros oradores para hallar una luz que iluminara las diferencias existentes bajo estos pronunciamientos rutinarios.

Kalinin, que leyó al congreso el informe principal sobre las cuestiones rurales, comenzó por citar los pronunciamientos de Lenin en el octavo congreso del partido, en 1919, relativos a la necesidad de aplacar a los campesinos y en particular a los campesinos de la clase media. Reconoció que bajo la NEP aumentó la diferencia entre los campesinos medios y pobres, por una parte, y los *kulaks* por la otra. Sin embargo, este estado de cosas tenía su explicación:

> En el momento actual, el nivel de vida del campesinado en general se va elevando. En particular, el de los campesinos pobres mejora indirectamente porque muchos, por ejemplo, se ponen a trabajar para otros. Esto no es socialismo, pero es una mejoría... Conforme aumenta el bienestar del campesinado, así aumenta la diferenciación dentro del mismo.

Tras pintar un cuadro de color de rosa de las comunas agrícolas (que tenían la ventaja sobre las granjas soviéticas de que no se les aplicaba el código laboral)[96], Kalinin volvió a referirse al campesino individual y declaró que la «igualación», que él emparejaba con la «economía natural», significaría un paso atrás. La producción de cosechas para el mercado era el camino al socialismo. Y en estas condiciones poco o nada se podía hacer para reprimir las «tendencias hacia el *kulakismo*», aunque «esto no significa que las autoridades de los obreros y los campesinos vayan a dejar de tomar medidas de carácter administrativo contra los grandes estraperlistas y estafadores que viven arruinando al campesinado». Kalinin tocó entonces lo que era quizá un asunto de importancia simbólica más que real, pero que se convirtió en la cuestión de política agraria más debatida en el congreso: el futuro de los comités campesinos de ayuda mutua. Los comités, que se crearon en un principio para supervisar el reparto de socorros durante la gran hambre de 1921-1922, habían languidecido desde entonces con la vaga misión de ayudar a los campesinos necesitados. Los espíritus ardorosos del partido sugirieron ahora que estos comités se reorganizaran como comités de campesinos pobres y

[95] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 566.

[96] Respecto a las comunas agrícolas y granjas soviéticas, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 167-169. Las comunas agrícolas eran grupos voluntarios de individuos que producían en común. Las granjas soviéticas eran instituciones del Estado que contrataban mano de obra: de aquí que su situación fuera diferente en el código laboral.

de tipo medio y se utilizaran para frenar el creciente poderío de los *kulaks*, es decir, para realizar funciones parecidas a las que bajo el comunismo de guerra ejecutaron los «comités de campesinos pobres»[97], que tuvieron tan corta vida. Kalinin se opuso enérgicamente a esta sugerencia. Deseaba conservar esos comités como órganos de asistencia a los campesinos individuales en caso de desgracia, pero no convertirlos en instrumentos políticos para mejorar la suerte de los campesinos pobres como clase[98].

Krúpskaya hizo uso de la palabra después de Kalinin y, sin refutarlo directamente, se manifestó con otro tono al comenzar con una cita de un discurso que pronunció Lenin en 1920:

> La lucha de clases en el campo se ha hecho realidad. Ha penetrado hasta los últimos rincones del campo; no hay ahora un solo pueblo donde no sea posible distinguir entre los *kulaks* y los campesinos pobres.

Krúpskaya trató de atenuar la impresión que dejara Kalinin en su discurso de que existía en los medios oficiales una actitud de indulgencia para con el *kulak*. Los comités de ayuda mutua podían servir de nexo entre los campesinos pobres y los de tipo medio; a menos que se consiga esa unión, «el *kulak* acabará por imponerse y el campesino seguirá la línea, no de la cooperación, sino del desarrollo capitalista»[99]. Rikov hizo un resumen favorable a las opiniones de Krúpskaya. La tarea era «apartar del *kulak* al campesino pobre y medio, organizarlos separadamente y fortalecer así nuestra base entre ellos y contra el *kulak*»; los comités de ayuda mutua no debían «representar, por así decirlo, un papel caritativo, sino constituirse en puntos de reunión de las fuerzas de campesinos pobres y medios en la lucha contra los campesinos ricos y contra los *kulaks* y llegar a ser la base de nuestro poder y de nuestra influencia en el campo»[100]. A pesar de todos estos pronunciamientos cargados de autoridad, no cabe duda de que los *kulaks* contaban con poderosos protectores en el partido, los cuales veían en ellos la mejor garantía de una mayor producción agrícola. Tanto Kalinin como Rikov admitieron, cosa insólita, que la resolución del congreso en cuanto a las funciones de los comités carecía de «claridad» y «definición», y Kalinin añadió que «la fórmula utilizada respecto a este punto es un compromiso entre dos líneas»[101]. La resolución, que llevaba el título general de «Sobre el

[97] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 65-66.
[98] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 458-471.
[99] *Ibid.*, p. 478.
[100] *Ibid.*, p. 500.
[101] *Ibid.*, pp. 470, 504; según un artículo aparecido en *Sotsialisticheski*

trabajo en el campo», estaba redactada en términos convencionales. Insistía, principalmente, en el desarrollo de la cooperación en todos los terrenos como objetivo de los esfuerzos del partido y como antídoto eficaz contra el capitalismo en el campo. Elogiaba a los comités de ayuda mutua como organismos para la asistencia y organización de los campesinos más desasistidos, pero se abstenía de atacar a los *kulaks* o de alentar la lucha de clases en los pueblos. Gracias en gran medida a los esfuerzos de quienes podrían ser tildados de *kulaks* si las cosas hubieran ido más adelante, la prosperidad seguía creciendo. No faltaban subsistencias en las ciudades y había grano incluso para exportar. Los peligros de que renaciera el capitalismo en el campo no parecían por el momento grandes ni inminentes. Los síntomas de inquietud que se manifestaron en el congreso decimotercero con respecto a las implicaciones que pudiera tener la NEP en la agricultura soviética no eran todavía más que una débil y lejana señal de conflictos por venir.

Vestnik (Berlín), nos. 12-13 (82-83) del 20 de junio de 1924, p. 8, «se exacerbaron los ánimos» por este asunto en la comisión del congreso (las actas de las comisiones no fueron publicadas). El texto íntegro de la resolución se halla en *VKP (B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 589-598.

Segunda parte

EL MUNDO CAPITALISTA

Capítulo 5

LA OCUPACION DEL RUHR

En conjunto, 1922 fue un buen año para la política exterior soviética. En Génova, en La Haya, en Lausanne, los delegados soviéticos se codeaban con los de otras potencias en iguales, o casi iguales, términos. El tratado de Rapallo, y los acuerdos económicos y militares que en él figuraban, constituía, si no una alianza, al menos una *entente cordiale* con una gran potencia y por primera vez daba a la Rusia soviética la oportunidad de hacerse sentir en los asuntos europeos. Pero no todos los augurios eran favorables. A pesar de la mejora de la situación diplomática, sólo doce países, de los cuales uno nada más podría contarse como gran potencia, habían reconocido *de jure* al Gobierno soviético: Alemania, Austria, Polonia, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Bulgaria, Turquía, Persia, Afganistán y Mongolia exterior. Otros seis lo habían reconocido *de facto:* Gran Bretaña, Italia, Checoslovaquia, Noruega, Suecia y China [1]. El resto del mundo seguía sin mantener relaciones oficiales. La ambición de los jefes soviéticos de atraer capital extranjero en condiciones que no fueran demasiado onerosas se frustró. Una dictadura, bajo el nuevo e inquietante disfraz de «fascismo», había ocupado el poder en Italia. En Gran Bretaña el gobierno pasó a manos de los conser-

[1] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 9.

vadores bajo Bonar Law, y en Francia al bloque nacional de Poincaré, y ambos proclamaban abiertamente su desagrado por el régimen soviético. En Alemania el gobierno de coalición de Wirth, que había concluido el tratado de Rapallo, dimitió en noviembre de 1922 y le sucedió el gobierno más derechista que conociera hasta entonces la república de Weimar: el denominado «gobierno de los hombres de negocios», presidido por Cuno, director de la línea Hamburgo-América. Alemania se convirtió, según una frase popular, en «una república sin republicanos». Pero, sobre todo, el cuarto congreso de la Comintern de noviembre de 1922 confirmó el diagnóstico, formulado en el tercer congreso, de un reflujo en la marea revolucionaria. Sin embargo, a pesar del aplazamiento de la revolución europea, existía el consuelo de ver al Gobierno soviético cada vez más fuerte y estable; parecía hallarse seguro, por fin, no sólo contra los ataques de dentro, sino contra las agresiones del exterior. El progreso gradual conseguido disminuía el afán de lograr objetivos espectaculares. La orden del día era tranquilidad y consolidación.

Este hermoso cuadro, que daba a los fatigados diputados de Lenin la esperanza de que no se tomarían decisiones importantes de política exterior en el próximo futuro, se vino por los suelos cuando los franceses ocuparon el Ruhr el 11 de enero de 1923, como represalia por la interrupción del pago de las reparaciones alemanas. Aquella ocupación militar fue vista por el Gobierno soviético con muy malos ojos. Tal medida acarreaba la incalculable amenaza de otra catástrofe europea; debilitaba al único aliado importante de Rusia y, al afectar a un sector vital, ponía a ese aliado al borde del colapso; y, aparte de estas consecuencias generales, paralizaba a una rama de la industria alemana que suministraba, o podía suministrar, equipos necesarios a los soviets. El hecho de que Francia hubiera dado este paso, a pesar de las objeciones británicas y con el único apoyo de Bélgica entre las naciones occidentales, aumentaba en realidad el peligro. Porque, si la operación terminaba con éxito, Francia, con su satélite oriental, Polonia, dominaría en Europa; y ninguna potencia había demostrado una hostilidad tan decidida y tan persistente contra el Gobierno soviético como Francia. No había muchas probabilidades de que Alemania pudiera resistir con éxito. Pero, a los dos días de la incursión francesa, el gobierno de Cuno pidió a la población del Ruhr que se mantuviera en una actitud de «resistencia pasiva» y de no cooperación con las autoridades de ocupación. Los habitantes de la zona respondieron con entusiasmo y, al principio, siguieron esas directrices. La industria del Ruhr dejó de funcionar.

La ocupación francesa del Ruhr cogió un poco en el aire al Par-

tido Comunista Alemán (KPD). Como los partidos comunistas de todas partes, el KPD daba tiempo al tiempo y hacía acopio de fuerzas para el futuro: «La conquista del poder como tarea práctica del momento no figura en la orden del día» [2], dijo Radek en el cuarto congreso de la Comintern. Pero esto no significaba que el KPD estuviera inactivo. Con arreglo a las instrucciones emanadas del cuarto congreso de la Comintern [3], el KPD promovía una activa campaña contra el tratado de Versalles. Una semana antes de la ocupación, se celebró en Essen una conferencia de delegados de todos los partidos comunistas europeos occidentales, en la cual se aprobó una resolución que denunciaba el tratado de Versalles y la política imperialista de las potencias occidentales con respecto a Alemania [4]. La ocupación del Ruhr trajo consigo una marea de protestas. El día mismo de la ocupación, la *Rote Fahne* publicó una proclama de la Zentrale del KPD. Dos días después, el VTsIK de Moscú adoptó una resolución de protesta dirigida a los pueblos de todo el mundo [5]; el IKKI emitió acto seguido una protesta parecida [6]; el 17 de enero, la *Rote Fahne* publicó una protesta firmada en Berlín por Zetkin, Radek y Newbold en nombre de la Comintern, y por Heckert en nombre de la Profintern [7]. La nota común de todos estos documentos era la de describir la aventura francesa como el punto culminante de una política criminal de opresión y de explotación contra Alemania, iniciada en Versalles cuatro años y medio antes.

> La soberanía del pueblo alemán [decía la resolución del VTsIK] ha sido conculcada. El derecho del pueblo alemán a la autodeterminación ha sido pisoteado. La economía desorganizada de Alemania ha sufrido un nuevo golpe demoledor. La pobreza más cruel y una opresión sin precedentes amenazan a las masas obreras de Alemania, mientras toda Europa presencia cómo aumenta el desconcierto económico. De nuevo el mundo yace en un estado de fiebre prebélica. Las chispas vuelan en el polvorín creado por el tratado de Versalles.

Pero no se ofrecían soluciones positivas, aunque el manifiesto conjunto de la Comintern y de la Profintern, que iba dirigido «a todos los trabajadores, campesinos y soldados», hablaba de «la solución de unirse a la Rusia soviética».

Todos estos documentos fallaban por su base al desentenderse

[2] *Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale* (1923), p. 318.

[3] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, p. 465.

[4] *Die Rote Fahne* (Berlín), 9 de enero de 1923.

[5] *Izvestiya*, 14 de enero de 1923; hay una traducción inglesa en *Soviet Documents on Foreign Policy*, ed. J. Degras, i (1951, 368-370.

[6] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 11, 15 de enero de 1923, p. 75.

[7] El texto figura también en *Die Rote Gewerkschaftsinternationale*, número 1 (24), enero de 1923, p. 82.

de la urgente cuestión de qué actitud tendría que adoptar el KPD hacia el gobierno de Cuno, el cual había proclamado la «resistencia pasiva» contra la ocupación francesa. Cuando el 13 de enero de 1923 Cuno solicitó al Reichstag un voto de confianza en defensa de su política de «resistencia pasiva», los miembros del KPD votaron contra él. Frölich, que intervino en el debate en nombre del partido, criticó la política de «cumplimiento» del tratado como un intento de sacrificar a «un proletariado, hambriento, mortalmente enfermo y moribundo» en beneficio de la burguesía; llegó a declarar que «en esta hora de peligro que amenaza del exterior, nosotros debemos atacar a nuestra burguesía desde dentro» y exigió la caída del gobierno de Cuno [8]. A lo largo de este periodo *Rote Fahne* continuó tratando a Poincaré y a Cuno como a enemigos del mismo calibre, y contra ellos dirigía sus dardos por igual: en su edición del 23 de enero de 1923, bajo el titular a toda página «Golpeemos a Poincaré y a Cuno en el Ruhr y en el Spree», publicó una nueva proclama de la Zentrale del partido, la cual pedía que se combatiera tanto contra «los planes de despojo de Poincaré» como contra «Stinnes, Thyssen, Krupp y sus servidores en el gobierno de Cuno» [9]. Frölich, que pertenecía al ala izquierda del KPD, dijo que «la guerra del Ruhr» era una lucha conjunta de los comunistas franceses y alemanes —«la primera acción internacional del comunismo»— contra Poincaré y contra Cuno, y rechazó cualquier intento que pretendiera enfrentar a los comunistas con el dilema «*o* contra Poincaré *o* contra Cuno» [10]. Sin duda, los responsables de la política exterior soviética se daban perfecta cuenta de que el gobierno de Cuno hacía frente, en la medida de lo posible y con cierta eficacia, a los planes franceses, de forma que en este particular trabajaba a favor de los intereses soviéticos. Radek, por supuesto, sabía muy bien que un gobierno alemán de derechas era un aliado tan de fiar como uno de izquierdas: la política de Rapallo y los acuerdos militares secretos estaban tan seguros en las manos de

[8] *Verhandlungen des Reichstags*, cclvii (1923), 9429-9434.

[9] No se ajusta a la verdad la historia de R. Fischer en *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), p. 264, de que al día siguiente de que el titular arriba mencionado apareciese en la *Rote Fahne*, Radek «despidió a los dos hombres responsables del mismo» (uno de ellos era hermano de Ruth Fischer) y lo cambió por «Contra Cuno en el Spree y contra Poincaré en el Ruhr». No se «cambió» por la sencilla razón de que *Rote Fahne* nunca repetía sus titulares y éste en particular no reapareció bajo ninguna otra forma. Brandler citó después la consigna con esta redacción: «Contra Poincaré en el Ruhr y contra Cuno en el Spree» *(Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistichen Internationale* [sin fecha], i, 226).

[10] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 29, 14 de febrero de 1923, páginas 214-215; n.º 43, 9 de marzo de 1923, p. 319.

Cuno como en las de Wirth, y mucho más de lo que hubieran estado en las manos de Ebert o de Scheidemann. Pero la Comintern no tomaba en cuenta estas consideraciones al establecer su línea política. Radek puso de manifiesto su agilidad habitual al mantener en compartimientos separados sus actividades en Alemania como agente de la Comintern y como agente del Gobierno soviético; ni hay pruebas de que Moscú ejerciera presiones serias contra la jefatura del KPD, a no ser las enderezadas a conservar la unidad del partido. Lo más extraordinario en la historia de los acontecimientos que se desarrollaron en Alemania en 1923 es que, por lo que parece, no se realizaron intentos para coordinar la política de la Comintern con la del Gobierno soviético; por otra parte, el Gobierno alemán daba por buena esta doble línea de acción.

La paz entre las alas derecha e izquierda del KPD, especie de remiendo hecho con premura en el cuarto congreso de la Comintern [11] del pasado noviembre, no podía durar mucho, y las viejas peleas se dirimieron de nuevo en el octavo congreso del KPD, que se inauguró en Leipzig el 28 de enero de 1923. El único cambio fue que Meyer, que se había pasado los últimos seis meses de 1922 en las oficinas centrales de la Comintern en Moscú [12], fue sustituido como jefe del partido y de su ala derecha por Brandler, el cual contaba ahora con las bendiciones de Radek. Ambas fracciones continuaban manifestándose leales a las consignas de la Comintern de «frente unido» y «gobierno de los trabajadores». Pero en la práctica se interpretaban de muy distinta manera estas consignas. La derecha, dirigida por Brandler y Thalheimer, quería llegar al frente unido tanto mediante acuerdos con los jefes de otros partidos de izquierda, como efectuando campañas de agitación entre sus miembros; e interpretaba las exhortaciones a favor del gobierno de los trabajadores como una invitación a entrar en un gobierno de coalición con los socialdemócratas (posibilidad que ya se había discutido en Sajonia y Turingia); la izquierda, dirigida por Maslow, Ruth Fischer y Thälmann abogaba por el frente unido «desde abajo», como medio de atraerse a los miembros de los otros partidos de la izquierda y de hacerles romper con sus corrompidos líderes; y consideraba que un gobierno de trabajadores no era digno de tal nombre si no lo dirigían y lo dominaban los comunistas. La izquierda acusaba a la derecha de que se olvidaba de los objetivos finales de la revolución al preferir los más inmediatos y las maniobras tácticas necesarias para conseguirlos. Estas controversias absorbieron

[11] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 467-469.
[12] *Bericht über die Verhandlungen des III (8) Parteitags der Kommunistischen Partei Deutschlands* (1923), p. 58.

al congreso tanto que éste no se pronunció con respecto a la ocupación del Ruhr. Es cierto que la izquierda propuso que «la situación política y las tareas del KPD» (es decir la crisis del Ruhr) figuraran al frente de la agenda. Pero la derecha consideró la propuesta como una moción de no confianza a la jefatura del partido y, sometida a voto, fue rechazada por una mayoría de 122 contra 88 [13]. El discurso principal de Brandler en el congreso fue una larga defensa de la política de llegar a un frente unido con otros partidos obreros, y un ofrecimiento específico para entrar en un gobierno de coalición con los socialdemócratas de Sajonia [14]. Por mayoría de 118 contra 59 votos se adoptaron las tesis de la derecha relativas al frente unido y al gobierno de los trabajadores, y se rechazaron las de la izquierda [15]. Pero para el mundo exterior, lo mismo que para el propio KPD, el congreso fracasó al no hacer ningún pronunciamiento significativo con respecto al asunto esencial del momento. La izquierda atribuyó el fracaso a la bancarrota de la jefatura derechista del partido y se lanzó a hacer llamadas retóricas en pro de la acción, cosa que la derecha denunció como actitud demagógica [16]. Radek, fiel a la línea de la Comintern, trató de evitar el peligro de que se produjera una escisión en el partido alemán e insistió en que se incluyeran tres miembros de la izquierda derrotada en el nuevo comité central [17]. El partido, a pesar de sus disensiones, se mantuvo unido. Pero el congreso de Leipzig ni procuró al partido ningún prestigio adicional ni disipó las dudas de quienes no creían en su eficacia como organización revolucionaria.

La crisis del Ruhr sacó a la superficie una cuestión embarazosa

[13] *Bericht über die Verhandlungen des III (8) Parteitags der Kommunistischen Partei Deutschlands* (1923), pp. 186-187.

[14] *Ibid.*, p. 328.

[15] *Ibid.*, p. 375; respecto al texto de estas mociones, tal como fueron aprobadas, véase *ibid.*, pp. 415-424.

[16] Ruth Fischer resumió las opiniones de la izquierda tras el congreso de Leipzig: «El partido comunista está perdido como partido revolucionario si se limita a la simple propaganda. Debe ser activo, debe moverse. No sólo debe entrar con todas sus fuerzas en los actuales movimientos de masas, sino que debe siempre y continuamente intentar ponerlas en movimiento» *(Die Internationale,* vi, n.° 3 [1 de febrero de 1923], pp. 90-91).

[17] R. Fischer, *Stalin und German Communism* (Harvard, 1948), p. 229, y P. Maslowski, *Thälmann* (1932), p. 42, recogen la presencia de Radek en una sesión secreta del congreso a la que asistió para conseguir estos resultados. Radek, que permanecía ilegalmente en Alemania, no se presentaba en las sesiones ordinarias. De acuerdo con las manifestaciones posteriores de Ruth Fischer, «la lucha entre las facciones, el odio entre los dos grupos era tan agudo, que sólo la intervención del representante del IKKI logró evitar la escisión en el último momento» *(Die Lehren der Deutschen Ereignisse* [Hamburgo, 1924], p. 51).

que durante mucho tiempo se mantuvo latente en la historia y en la política del KPD: la equívoca relación entre el comunismo y el nacionalismo alemán. La protesta del KPD y de la Comintern contra la ocupación francesa del Ruhr engranaba con la campaña nacional de protesta contra el tratado de Versalles. El vocabulario que utilizaban los comunistas en sus denuncias comenzaba a coincidir en muchos puntos con el de los nacionalistas; parecía como si el nacionalismo alemán tuviera un trato de favor y no mereciera la misma hostilidad absoluta que el nacionalismo francés o el imperialismo británico. En febrero de 1923 Thalheimer, ahora el principal teórico de la jefatura derechista del KPD, trató de hallar una base doctrinal para esta diferencia de trato. En el conflicto del Ruhr, dijo, «los papeles de la burguesía francesa y alemana no son idénticos, a pesar de la identidad de su esencia clasista»; la burguesía alemana había adquirido «un papel objetivamente revolucionario... a pesar de ella misma». Invocó el precedente de Bismarck que, después de 1848, representó el papel de «un revolucionario desde arriba» y recordó el veredicto de Marx y Engels de que Bismarck se manifestó «abiertamente reaccionario» sólo tras la victoria de Sedan. La derrota de 1918 había invertido de nuevo la posición alemana y hacía del nacionalismo alemán un factor revolucionario en potencia. Tras ello venía la conclusión lógica: «la derrota del imperialismo francés en la guerra mundial no fue un objetivo comunista; su derrota en el conflicto del Ruhr, sí lo es». El artículo de Thalheimer apareció sin firma en el periódico teórico del KPD [18] y estableció una moda. Radek, en un artículo que escribió para celebrar el vigésimoquinto aniversario de la fundación del partido ruso, pagó tributo a la moda en curso con una inesperada comparación de Bismarck con Lenin:

> Cuando uno lee sus primeros informes, cuando uno sigue paso a paso su política, hay que preguntarse: ¿De dónde saca un terrateniente este conocimiento de la realidad de Europa? Lo mismo se le ocurre a uno cuando piensa en la historia de nuestro partido, en la historia de la revolución y de Ilich [19].

Esta debilidad por el nacionalismo alemán no pasó inadvertida a los comunistas de los países vecinos. Un comunista checo, Neurath, escribió, en un artículo aparecido en una publicación comunista checa, que la posición de Thalheimer era un ejemplo de cómo los sentimientos patrióticos corrompían al movimiento obrero (como sucedió en 1914) y le desafió a desarrollar sus argumentos hasta su

[18] *Die Internationale, vi,* n.° 4 (15 de febrero de 1923), pp. 97-102; en *Kommunisticheski Internatsional,* n.° 25, 7 de junio de 1923, cols. 6857-6864, figura una traducción del artículo firmado por Thalheimer y con fecha de 13 de febrero.

[19] *Internationale Presse-Korrespondez,* n.° 45, 12 de marzo de 1923, p. 337.

conclusión lógica, es decir, que el proletariado alemán debía apoyar a la burguesía alemana contra la burguesía francesa. En el diario del KPD otro comunista checo, bajo el nombre de Sommer, denunció la tesis de Thalheimer como «magnífica flor del bolchevismo nacinal» y mantuvo que no existían diferencias entre 1914 y 1923. La obligación del proletariado seguía siendo la de luchar contra la propia burguesía nacional: «no puede haber arreglos con el enemigo interior». Finalmente Thalheimer se basó en este extremo en la contestación, y trató de justificar la diferencia existente entre 1914 y 1923 [20].

Las fuerzas políticas que abogaban por la cooperación entre comunistas y nacionalistas en la Alemania del verano de 1923 resultaron más poderosas que los argumentos teóricos que se exponían a favor o en contra de ese rumbo. Pero la controversia no sirvió para clarificar la política del partido. Mientras continuaba la resistencia pasiva y la lucha contra las fuerzas de ocupación con su secuela de creciente desasosiego político y de mayor quebranto de la economía alemana, el KPD carecía de planes para explotar la situación, y la Comintern no emitió nuevas directrices. A fines de enero de 1923, un comunicado conjunto de la Comintern y la Profintern anunció el establecimiento de un «comité de acción contra el fascismo», y en marzo se estableció en Berlín un comité con el mismo nombre, bajo la presidencia de Klara Zetkin, y se proclamó una «semana antifascista» [21]. En marzo se trató de proseguir con las tácticas de frente unido convocando una conferencia internacional en Frankfurt, a la cual fueron también invitados los partidos de la Segunda Internacional y los sindicatos de Amsterdam. Asistieron unos cuantos socialdemócratas, pero la gran mayoría era comunista [22]. Brandler, Zetkin

[20] El artículo de Sommer apareció en *Die Internationale*, vi, n.º 7 (1 de abril de 1923), pp. 207-211; tanto el artículo de Sommer como el de Neurath se reprodujeron en *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 25, 7 de junio de 1923, cols. 6865-6880, después del artículo original de Thalheimer, y a ellos siguió la réplica de este último, *ibid.*, cols. 6879- 6888. Según R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), p. 282, Neurath y Sommer escribieron sus artículos estimulados por Zinóviev, quien los utilizó como «peones» en su controversia con Radek. Esto precede a la intervención de Zinóviev en los asuntos del KPD y a su compromiso con la izquierda; que todos estos artículos se publicaron en el órgano de la Comintern es prueba de la tolerancia que por entonces aún se tenía respecto a las opiniones discrepantes. No hay motivos para considerar a Thalheimer como «peón» de Radek.

[21] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 19, 29 de enero de 1923, páginas 123-124; n.º 48, 14 de marzo de 1923, p. 378; n.º 55-56, 28 de marzo de 1923, p. 456.

[22] Bujarin hizo una descripción detallada de los miembros de la conferencia en *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 265.

y los delegados franceses y británicos denunciaron el tratado de Versalles y la ocupación del Ruhr; pero Lozovski, llegado de Moscú en representación de la Profintern, parece que fue la figura dominante. Las principales resoluciones de la conferencia iban dirigidas contra «el peligro de la guerra» y el «fascismo internacional»[23]. Las denuncias contra el Gobierno alemán y las peticiones de que fuera derribado quedaron relegadas a un nivel muy secundario; y a este respecto la conferencia representó un éxito para el ala derecha del KPD. Pero en el propio Ruhr y entre las filas del partido predominaba la izquierda con toda su agresividad. Una conferencia regional del partido que tuvo lugar en Essen a fines de marzo atacó el apoyo tácito que daba el KPD a la resistencia pasiva, declaró que «la propaganda y los preparativos de los nacionalistas son la armadura de la revolución» y propuso «que se librara al proletariado alemán de su interminable esclavitud luchando por el poder político»[24]. Este llamamiento a la revolución, que recordaba el gran error de la acción de marzo, desasosegó seriamente a la derecha del partido. «La historia —escribió Radek tras la conferencia de Essen— galopa en la actualidad como un caballo aterrorizado»[25]. Los comunistas locales organizaron disturbios casi continuos en el Ruhr. Un *putsch* comunista fallido se registró en Mühlheim a mediados de abril, y serios incidentes tuvieron lugar en mayo en Gelsenkirchen. Para mantener la moral de los trabajadores, los sindicatos soviéticos organizaron el despacho de dos barcos con grano para el Ruhr; con ellos no sólo se intentaba realizar un gesto simbólico de ayuda, sino poner también de manifiesto la voluntad soviética de acudir en ayuda de una revolución comunista triunfante, en caso de que, desde el Occidente, la sometieran al bloqueo y al hambre[26]. Pero ya para entonces cundía la alarma en el IKKI, el cual llamó a los representantes de la Zentrale del partido y de las organizaciones de Berlín y Hamburgo (bastiones de la oposición iz-

[23] Las discusiones de la conferencia se recogieron en un folleto titulado *Der Internationale Kampf des Proletariats gegen Kriegsgefahr und Faszismus* (1923).

[24] *Bericht über die Verhandlungen des IX Parteitags der Kommunistischen Partei Deutschlands* (1924), p. 132.

[25] *Kommunisticheski Internatsional*, n.° 24, 5 de abril de 1923, col. 6349.

[26] De la llegada de la primera partida se informó en *Die Rote Fahne* (Berlín), 30 de marzo de 1923; la llegada de la segunda la describió un delegado sindical, que viajó con ella, en *Die Rote Gewerkschaftsinternationale*, n.° 5-6 (28-29), mayo-junio, 1923, pp. 484-492. Radek aprovechó la oportunidad para escribir un agrio artículo en el que recordaba que el SPD y el USPD rechazaron la oferta de grano soviético en noviembre de 1918 (*Internationale Presse-Korrespondenz*, n.° 47, 14 de marzo de 1923, pp. 362-363).

quierdista) para una reunión que se celebró el 22 de abril de 1923 [27]. Aquí el IKKI procuró de nuevo llegar al compromiso y la conciliación. Se adoptó un acuerdo en el que se reconocían los errores cometidos tanto por la derecha como por la izquierda. Algunos de los llamamientos del comité central en pro del frente unido se habían pasado de la raya, aunque su línea política fuera, «en general y en conjunto, correcta». Iniciar una acción revolucionaria en el Ruhr sería peligroso «mientras no se manifestara ningún movimiento revolucionario en la parte no ocupada del país y entre las masas obreras de Francia». En Sajonia, los comunistas debían procurar la formación de un frente unido con los socialdemócratas, pero no hasta el punto de aceptar responsabilidades por su política; y debía lanzarse una campaña en pro de un «gobierno obrero para toda Alemania». Mientras tanto, los miembros de las organizaciones de Berlín y Hamburgo recibieron órdenes de no llevar sus campañas de agitación fuera de sus propios distritos [28]. La esencia del compromiso quedó patente tras la vuelta de los delegados a Alemania. El comité central del KPD decidió ampliar a 25 el número de sus componentes y fueron elegidos para el mismo cuatro izquierdistas, entre ellos Thälmann y Ruth Fischer [29].

Durante los primeros cuatro meses de la ocupación del Ruhr, hubiera sido erróneo atribuir al partido comunista ruso o a la Comintern cualquier política enderezada a explotar la situación o cualquier deseo de intervenir en los asuntos alemanes. En términos generales, el partido ruso y la Comintern procuraban fortalecer al KPD y fomentar la causa de la revolución en Alemania. Pero en cuanto a la manera de conseguirlo estaba profundamente dividido el KPD, y en Moscú no acababan de decidirse por el camino a seguir. Esta renuencia se debía en parte, sin duda, a esa tendencia de «dar tiempo al tiempo» que reinaba en las deliberaciones del Politburó en la época de la incapacidad de Lenin. Puede señalarse, empero, que la última intervención de Lenin en las cuestiones de la Comintern tuvo por objeto salvar las diferencias entre la derecha y la izquierda del KPD, pero que se negó a decidir entre ellas [30]. La presencia casi continua de Radek en Berlín en esta época [31] pudo

[27] El texto de la carta de Zinóviev figura en *Material zu den Differenzen mit der Opposition* (1923), folleto del KPD que contiene cierto número de resoluciones y declaraciones de la oposición.

[28] *Kommunisticheski Internatsional*, n.° 25, 7 de junio de 1923, cols.6845-6856.

[29] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.° 84, 18 de mayo de 1923, pp. 709-710.

[30] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 463-464.

[31] Según R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948, pá-

haber dado la impresión de que la Comintern apoyaba a la derecha del partido. Y esta impresión se afianzaba cada vez que el problema se llevaba a Moscú; pero todo indica que la derecha se hubiera impuesto en el partido alemán incluso sin el apoyo de Radek. Las lecciones de la acción de marzo nunca se echaron al olvido. Tras aquel trágico fracaso, Radek señaló, no sin fundamento, que el KPD debe «constituir una fuerza que evite a los proletarios choques innecesarios, que organice y eduque a las masas y que las dirija a la gran batalla sólo cuando no exista peligro de verse derrotada y aislada» [32]. En la primavera de 1923, las diferencias dentro del KPD y, más generalmente, entre los trabajadores alemanes, hacían que cualquier acción revolucionaria, aun en el estado de desesperación reinante en Alemania, pareciera condenada al fracaso. Si Radek, al apoyar la actitud de la derecha estaba influido por el deseo de basar la política soviética sobre relaciones amistosas e íntimas con el Gobierno alemán, fuera cual fuese su signo político, y si esta consideración, consciente o inconscientemente, influyó en los miembros del Politburó al tomar sus decisiones, son cuestiones que, a falta de pruebas, no se pueden asegurar; y acaso, por su propia naturaleza, no pueden tener una respuesta precisa. Lo que sí es verdad es que hasta mediados de mayo de 1923, la actitud de la Comintern y de sus agentes con respecto a la cuestión alemana se puede explicar sin echar mano de la hipótesis de un interés soviético específico en las decisiones tomadas. Después de eso, un súbito cambio en la situación internacional provocó un nuevo y dramático reajuste de la política de la Comintern.

gina 261), tenía oficinas en la embajada soviética, en la delegación comercial soviética y en la *Rote Fahne* y constantemente se traslaba de una a otra; sin duda era hombre que se encontraba en todas partes, pero la autora probablemente exagera su influencia.

[32] *Protokoll des III Kongresses der Kommunistischen Internationale* (Hamburgo, 1921), pp. 456-457.

Capítulo 6

EL ULTIMATUM DE CURZON

En las primeras semanas de la ocupación del Ruhr, una preocupación dominaba dentro del cuadro de las reacciones soviéticas: el miedo de que pudiera tratarse del preludio de una nueva guerra europea. Por muchas ventajas que los jefes bolcheviques esperaran conseguir en una ocasión semejante, bien por el refuerzo del resentimiento nacional de Alemania contra el tratado de Versalles, o bien por la aceleración del proceso revolucionario mundial, el deseo de pescar en las aguas revueltas pudo menos que el temor a una guerra general, que podría someter a las fronteras soviéticas a los ataques del Occidente.

> La subyugación completa de Alemania (escribió *Izvestiya* el 21 de enero de 1923) representaría una grave amenaza para la república soviética. Proporcionaría a Poincaré el control sobre un territorio que abarcaría desde el Sena hasta el Vístula y, puesto que Polonia es aliada de Francia, desde el Vístula a la frontera rusa.

En particular, la amenaza de penetración de los ejércitos franceses hasta el corazón de Alemania parecía presagiar la anulación del tratado de Rapallo y, como Kámenev dijo más tarde, «la ruina de la estabilidad y el equilibrio, sobre los que descansa la república soviética en su posición mundial» [1]. A mediados de febrero de 1923

[1] *Vtoroi Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), p. 66. Algún tiempo más tarde Stresemann le manifestó a D'Abernon

Chicherin, de regreso en Moscú tras asistir a la conferencia de Lausanne, pintó un cuadro menos alarmante de la operación francesa. El progresivo desarrollo de los monopolios internacionales era el factor más significativo dentro del mundo capitalista contemporáneo. Aseguró que «no hay que pensar que se aproxime una nueva guerra europea»; que «en última instancia, la aventura del Ruhr es tan sólo un episodio en el proceso monopolizador de las dos industrias (la francesa y la alemana»); y que «la intervención de Inglaterra, y más todavía, la intervención conjunta de Inglaterra y América impondría en seguida la reconciliación». Mientras tanto, Rusia bien podía felicitarse por su creciente importancia en la política mundial [2]. Sin embargo, las palabras de aliento no pudieron terminar con las inquietudes de la hora. El interés de la Rusia soviética por la paz se hizo tema permanente de la publicidad bolchevique. Kámenev, como vicepresidente del Sovnarkom, dijo a Ransome, corresponsal del *Manchester Guardian,* que la Rusia soviética disfrutaba ahora de la paz y que, «por lo que a nosotros respecta, haremos todo lo que podamos para que dure siempre». Los acontecimientos que se registraban en Europa occidental eran amenazadores. «Pero que nos veamos envueltos en ellos o no depende exclusivamente de Polonia», ya que una movilización polaca contra Alemania «sería a la larga utilizada contra nosotros» [3]. A los diez días Ransome se entrevistó con Trotski, el cual trató de explicar «por qué nosotros no saludamos la invasión francesa del Ruhr como un estímulo revolucionario». Explicó que «es contrario a nuestros intereses que la revolución tenga lugar en una Europa exhausta y aniquilada». La guerra llevaría «la muerte y la destrucción a generaciones de trabajadores que son los abanderados del futuro». Esto acarrearía «una absoluta decadencia de la cultura europea durante mucho tiempo» y «el aplazamiento de las perspectivas revolucionarias» [4]. Por lo tanto, la Rusia soviética estaba «vitalmente interesada en el mantenimiento de la paz»; Trotski expresó su confianza en que «la hipótesis de un

que «si Poincaré hubiera llevado su política hasta el final, Alemania se hubiera coaligado con Rusia y juntas habrían barrido Europa» (D'Abernon, *An Ambassador of Peace,* iii [1930], 146); una de las pocas ocasiones en que Stresemann trató de asustar a los poderes occidentales con el coco de una alianza soviético-alemana.

[2] *Izvestiya,* 15 de febrero de 1923; una traducción figura en *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.° 37, 26 de febrero de 1923, pp. 263-264.

[3] *Manchester Guardian,* 19 de febrero de 1923; hacia esa misma fecha Radek alegaba que si Polonia se veía envuelta en una guerra contra Alemania «a los polacos no les hará gracia tenernos en su retaguardia y marcharemos contra ellos» (*Izvestiya,* 17 de febrero de 1923).

[4] Trotski había manifestado la misma preocupación al estallar la guerra en 1914 (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 3, p. 580, nota 1).

ataque polaco (contra Alemania) no dejara de ser sólo una hipótesis»[5].

Motivos de fricción en las relaciones soviéticas con las potencias occidentales no dejaban de surgir, desde luego, y casi siempre se les sacaba punta. En enero de 1923, el Gobierno lituano, cansado de tanto discutir en vano con los aliados sobre el futuro de Memel, se apoderó del puerto mediante un golpe militar; y el 16 de febrero los gobiernos aliados optaron por la línea de menor resistencia y reconocieron la soberanía de Lituania sobre ese puerto. Tras esto les fue más fácil transigir con su conciencia al reconocer oficialmente la frontera oriental de Polonia, paso que se vino aplazando hasta entonces por las interminables disputas sobre Vilna y Galitzia oriental. El reconocimiento se efectuó formalmente en la Conferencia de Embajadores, en París, el 15 de marzo de 1923. Aunque la decisión tomada sobre Memel apenas si afectaba a los intereses de la Rusia soviética, y la otra decisión polaca no hacía más que reconocer la frontera ya existente, estos hechos motivaron que el Gobierno soviético presentara sus acostumbradas protestas[6]. Los soviets también protestaron de la misma manera ante el Gobierno finlandés por querer llevar el problema de Carelia a la «denominada Sociedad de Naciones»[7]. Pero en enero de 1923 el comisario del pueblo para la Salud, Semashko, apareció por primera vez en Ginebra para asistir a las reuniones de la Organización de la Salud de la Sociedad[8]; y cuando en marzo de 1923 llegó de la Sociedad una invitación para que los soviets mandaran representantes a una conferencia de desarme naval que se proyectaba realizar en Roma, la respuesta, aunque sin olvidar las objeciones de principio a la «denominada Sociedad de Naciones» (la

[5] *Manchester Guardian,* 1 de marzo de 1923.

[6] Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 233-234, 235-238.

[7] *Ibid.,* iii, i, 235.

[8] Representantes de la RSFSR y de la RSS de Ucrania habían asistido a una conferencia europea de la salud celebrada bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones en Varsovia, en marzo de 1922 *(League of Nations: Records of the Third Assembly* [1922], ii, 64-65). Para no despertar las susceptibilidades soviéticas, el organismo al cual asistió Semashko en enero de 1923 fue oficialmente denominado como «comisión internacional», que se reunía al mismo tiempo con el Comité de la Liga de la Salud; pero el propio Semashko echó a un lado todos estos remilgos al explicar que «no hay que extrañarse de que un comisario del pueblo de los soviets asista a una reunión del Comité de la Salud..., cosa que no cambia en absoluto la actitud del Gobierno de los soviets con respecto a la Sociedad de Naciones» *(League of Nations Health Committee: Minutes of the Fifth Session* [C27-M13, 1923], iii, 31-35).

fórmula era usual en este tiempo) aceptaba la invitación [9]. En todo esto no había nada que hiciera sospechar la inminencia de una crisis en las relaciones con el Oeste.

Sin embargo, fue el otro lado quien no tardó en romper la normalidad de estas relaciones. El avance en el Ruhr había aumentado el prestigio y la confianza en sí misma de Francia y sus aliados, que eran todos enemigos implacables de la Rusia soviética; y Curzon, al tomar el control indiscutido de la política exterior británica, provocó el deterioro progresivo de las relaciones anglosoviéticas. Kámenev manifestó, en la entrevista ya citada, que Lloyd George «se daba cuenta de que vivía en el siglo veinte, aunque no siempre tuviera el valor de sacar de este hecho las deducciones necesarias para obrar en consecuencia»; mientras que Curzon «está decidido, aunque no sea éste el siglo diecinueve, a conducirse como si lo fuera» [10]. Los dardos hostiles de Chicherin en la conferencia de Lausanne no ablandaron a Curzon, ni mucho menos. El 30 de marzo de 1923, el encargado inglés de negocios en Moscú, Hodgson, entregó una nota cortés, pero concisa, al Narkomindel en la que expresaba «una última y apremiante petición» para que no se ejecutara la sentencia de muerte que había recaído sobre Butkevich, una sacerdote católico acusado de espionaje. Al día siguiente, el Narkomindel envió su respuesta, firmada por Vainshtein, jefe de su departameno occidental. En ella se rechazaba esta intervención en los asuntos internos de «un país independiente y de un Estado soberano», se citaban ciertas declaraciones que se achacaban a un «representante de la república irlandesa en Francia» sobre «las hipócritas interferencias del Gobierno británico» y terminaba diciendo que la conducta británica en la India y en Egipto deslustraba un tanto la petición inglesa «en nombre de la humanidad y de la santidad de la vida». Hodgson, al negarse a recibir una nota redactada en tales términos, hizo que Vainshtein le enviara otra con su firma el 4 de abril. Después se dijo que Vainshtein despachó las notas en ausencia de Chicherin y sin su aprobación; desde luego, Chicherin había demostrado en otras ocasiones mucha mayor elegancia al asestar los golpes y al recibirlos. Fuera cierto o no lo que se aseguraba, no cabe duda que las notas no se hubieran enviado de haberse comprendido que le iban a dar a Curzon la oportunidad que esperaba. Una intensa campaña antisoviética se montó en la prensa británica. Entonces, el 8 de mayo de 1923, tras un mes de meditaciones, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico pidió a Hodgson que en-

[9] *Pravda,* 4 de marzo de 1923; Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 238-239.

[10] *Manchester Guardian,* 19 de febrero de 1923.

tregara al Gobierno soviético un largo memorándum de veintiséis párrafos, conocido en la historia con el nombre de «ultimátum de Curzon». Este documento comenzaba haciendo mención de las notas de Vainshtein, y continuaba expresando su desagrado por el carácter de la política soviética hacia Gran Bretaña desde la conclusión del acuerdo comercial anglo-soviético en marzo de 1921. Sus primeras tres secciones se referían a las actividades antibritánicas de Shumiatski y Raskolnikov, enviados soviéticos en Teherán y Kabul, respectivamente; a la propaganda en la India y a las actividades de la Comintern en general; se exigía el abandono de dichas actividades y la presentación de excusas. Las secciones cuarta y quinta trataban de las reclamaciones motivadas por la muerte de un agente británico y por el encarcelamiento de otro (el documento, al parecer, no negaba que fueran agentes, pero sí rechazaba, como falsas, las acusaciones que se hacían contra uno de ellos), hechos ocurridos en 1920, y por la reciente detención de dos barcos pesqueros británicos; se exigía que se diera cumplimiento inmediatamente a estas reclamaciones. Y por fin se pedía la «inequívoca retirada» de las dos notas de Vainshtein. Si estas exigencias no se satisfacían antes de diez días, el acuerdo comercial sería denunciado y Hodgson abandonaría Moscú [11].

El ultimátum cayó como una bomba en Moscú, pues no se esperaba que fuera tan duro. En el duodécimo congreso del partido de mediados de abril, Zinóviev hizo cábalas, un poco a la ligera, sobre la posibilidad de «una nueva intervención» [12]. Ahora el peligro parecía inminente. Al día siguiente se dispuso el aplazamiento de la ya inminente sesión del IKKI hasta el 10 de junio a causa del «peligro de guerra» [13]. Dos desafortunadas coincidencias aumentaron el desconcierto en Moscú. El 2 de mayo de 1923, Foch llegó a Polonia en una visita de gala a la que se dio mucha publicidad, y allí se pasó más de una semana presenciando desfiles y revisando unidades militares. Era inevitable que los soviéticos llegaran a la conclusión de que se estaba preparando al ejército polaco para una nueva guerra contra la Rusia soviética, en especial cuando, tras la visita de Foch, llegó, una semana más tarde, el jefe del Estado Mayor Imperial Británico. La otra coincidencia fue un crimen ab-

[11] *Correspondence between His Majesty's Government and the Soviet Government respecting the Relations between the Two Governments,* Cmd. 1869 (1923).

[12] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov),* (1923), p. 15.

[13] *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.° 77, 11 de mayo de 1923, página 666.

surdo. Cuando la aplazada conferencia de Lausanne se volvió a reunir en abril de 1923, el Gobierno soviético designó a Vorovski, ahora representante soviético en Roma, como su delegado. Puesto que las negociaciones sobre la convención de los estrechos habían llegado a su fin[14] no parecía que hubiera otros motivos que justificaran la presencia de un delegado soviético. Pero, tras el intento inicial de denegarle a Vorovski este carácter[15], fue admitido como observador. Mientras se hallaba en Lausanne dedicado a dichas funciones, Vorovski fue asesinado por un ruso «blanco» el 10 de mayo de 1923, el mismo día en que Foch completaba su visita polaca y dos días después de la entrega del ultimátum de Curzon.

En una atmósfera de aprensión y de intensa alarma, el Gobierno soviético se precipitó a librarse de lo que parecía ser el peligro más grave. La situación era muy parecida a la que surgió en tiempos de la última protesta importante de Curzon por las fechorías de los soviets en septiembre de 1921. El Gobierno británico, apoyado por una buena parte de la opinión inglesa, hubiera podido denunciar el acuerdo comercial anglo-soviético y romper sus relaciones, antes que retirar sus demandas: el Gobierno soviético no podía permitirse tal ruptura y por consiguiente se vio obligado a ceder[16]. El 11 de mayo de 1923, tres días después del «ultimátum de Curzon», Litvínov firmó una respuesta, redactada con más pesar que enojo, en la que prometía la aceptación sin reservas de todos los puntos menos uno. Se ofrecieron compensaciones, pero sin admitir ninguna responsabilidad formal por el trato dado a los dos agentes; los barcos fueron puestos en libertad, y condonadas las multas que les fueron impuestas; las notas de Vainshtein fueron aclaradas y consideradas como no existentes. Sólo en la cuestión de las actividades soviéticas dirigidas contra los intereses británicos en Asia, se volvían a repetir las controversias de 1921 con la fastidiosa familiaridad de su cortés exasperación. Se volvió a hacer hincapié en la independencia de la Comintern con respecto a la autoridad gubernamental. En cuanto a los informes de los agentes secretos, en los cuales se basaba el Gobierno británico, todos los gobiernos poseían «material de carácter parecido» que si se fuera a utilizar como base de conflictos «apenas si existirían relaciones pacíficas entre Estados». El Gobierno británico había vuelto a perjudicar su postura al citar informes secretos, sin confirmar y muy poco verídicos (en esta ocasión, que Sokólnikov, el comisario del Pueblo para Finanzas, era miembro del comité de la Comintern encargado de entregar fondos a los partidos comunistas

[14] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 498-499.
[15] Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, iii, i (1928), 243.
[16] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 357-358.

extranjeros). Pero en conjunto, los argumentos soviéticos se mantenían en tono conciliatorio y en el fondo no carecían de alguna razón. Durante cincuenta años antes de la instauración del Gobierno soviético o de que se creara la Comintern, los agentes británicos y rusos en Asia realizaron actividades subversivas, los unos a expensas de los otros. Las reglas del juego eran bien conocidas: el agente contrario que fuera descubierto por cualquiera de las dos partes, era desconocido por sus jefes. El que los agentes rusos llevaran ahora el sambenito de agitadores comunistas no era motivo suficiente para cambiar las reglas. Las protestas británicas, declaraba la nota soviética, «dan motivos para suponer que, según el Gobierno británico, la república rusa debiera, en general, no tener política propia, sino defender en todas partes las aspiraciones británicas»; y «semejante obligación —concluía— nunca la ha asumido el Gobierno ruso» [17].

Junto con esta respuesta se lanzó un verdadero aluvión de propaganda. Al día siguiente se celebró en el teatro Bolshoi de Moscú un mitin de masas para protestar contra el asesinato de Vorovski y contra el ultimátum de Curzon. Chicherin fue el principal orador y, tras referirse al asesinato de Vorovski, habló de la «enconada reacción» que prevalecía en otras partes del mundo «y en particular en Gran Bretaña». La enfermedad de Lenin había hecho creer a los enemigos de la Rusia soviética, con «ingenua confianza, que el poder soviético carece de firmeza y que puede derribarse presionando desde el exterior». Terminó con un gesto de desafío ante el ultimátum de Curzon: «Esperamos de pie al enemigo ante el umbral de nuestra puerta, pero creemos que no tendrá el valor de atacarnos.» Trotski repitió el desafío, pero también manifestó con elocuencia el deseo soviético de paz:

> En la tensa situación actual de Europa, ésta sería una lucha a vida o muerte; sería una lucha que duraría meses, quizá años, que consumiría todos los recursos y las energías de nuestro país, que interrumpiría durante años nuestra labor económica y cultural. Por eso decimos: «Que no tengamos que pasar por este trago» [18].

También habló Bujarin, y Gallacher, miembro destacado del Partido Comunista Británico, se hallaba presente como «embajador del proletariado inglés» [19]. El consejo central de los sindicatos celebró

[17] *Anglo-Sovetskie Otnosheniya (1917-1927 gg.)*, (1927), pp. 40-47.

[18] L. Trotski, *Kak Vooruzhalas Revoliutsiya*, iii, ii (1925), 87; de todos los discursos se dio noticia en la prensa de Moscú del 13 de mayo de 1923.

[19] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 84, 18 de mayo de 1923, páginas 695-697, 697-698.

una reunión especial y se dirigió a la izquierda británica para que protestara contra «las instigaciones en pro de una nueva guerra imperialista» El llamamiento iba dirigido «al consejo general de los sindicatos, al partido laborista, a todos los trabajadores de Gran Bretaña, a la fracción parlamentaria del partido laborista y a todos los miembros de los sindicatos» [20]. Dos días más tarde el IKKI y el buró de la Profintern emitieron una protesta conjunta contra el asesinato de Vorovski [21]; y a todo esto siguió una nota de Chicherin, en términos muy duros, dirigida al Gobierno suizo, en la que se le hacía «responsable de la conducta de las autoridades suizas que hicieron posible el crimen» y en la que se exigía «una satisfacción completa y sin reservas» [22].

El tono morigerado de la respuesta oficial soviética impresionó lo suficiente al Gobierno británico como para extender la fecha límite del ultimátum y celebrar mientras tanto nuevas negociaciones. Por parte soviética, éstas se encomendaron a Krasin, que se hallaba en Londres. Fue una excelente elección. En los últimos congresos del partido Krasin abogó con insistencia —pero sus alegatos no fueron bien recibidos— en pro de una política exterior más conciliadora [23]. Krasin comprendía a los políticos británicos y a la opinión inglesa mejor que cualquier otro bolchevique. Una nota de Krasin del 23 de mayo de 1923 repetía lo esencial de la nota de Litvínov, en resumen y de manera más formal, y proponía la celebración de negociaciones directas con Chicherin en lo relativo al asunto de la propaganda. El 29 de mayo la respuesta británica rechazaba las negociaciones, pero proponía una nueva fórmula, complementaria de la que figuraba en el acuerdo comercial anglo-soviético sobre la propaganda; el Gobierno soviético, a su vez, aceptó esta propuesta inglesa y se comprometió «a no apoyar con dinero o de cualquier otra manera a las personas, agencias o instituciones cuyo objetivo sea el de propagar el descontento o fomentar la rebelión en cualquier parte del Imperio británico». También se prometió destituir de su cargo a Raskolnikov, el representante soviético en Kabul, cuyo celo había sido especialmente comprometedor. El 16 de junio de 1923 una nota de Chicherin puso el punto final a la correspondencia [24]. La disputa con el Gobierno suizo a causa del asesinato de

[20] *Trud*, 13 de mayo de 1923.

[21] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.° 83, 17 de mayo de 1923, página 694.

[22] Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, iii, i (1928), 267-268.

[23] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), pp. 117-119.

[24] *Anglo-Sovetskie Otnoshen ya (1917-1927 gg.)*, (1927), pp. 47-59; *Further Correspondence between His Majesty's Government and the Soviet Go-*

Vorovski resultó más pertinaz. La respuesta suiza fue paciente pero porfiada; expresaba su pesar por el hecho pero no aceptaba ninguna responsabilidad; y el 20 de junio de 1923, tras nuevas recriminaciones, el VTsIK y el Sovnarkom decretaron conjuntamente el boicot contra los ciudadanos suizos (excepto los que fueran trabajadores) y contra los artículos suizos a manera de represalia por los «insólitos hechos del Gobierno suizo»[25]. Pero ésta representaba poco en comparación con el apaciguamiento de Gran Bretaña. De nuevo y hasta que terminó el año las relaciones oficiales anglo-soviéticas se desarrollaron sin novedad. Krasin fue transferido a París con la esperanza de que rompiera el punto muerto de las relaciones con Francia, y su puesto en Londres lo ocuparía Rakovski. Al anuncio de la designación de Rakosvski y de su aceptación por el Gobierno británico a primeros de julio, siguió una ruidosa campaña en la prensa y en el parlamento por un discurso antibritánico que había pronunciado cuando el ultimátum de Curzon y que luego se publicó en forma de folleto. A petición del Foreign Office, su llegada se aplazó varias semanas. La tempestad se calmó y Rakovski ocupó su puesto a fines de septiembre, aunque más tarde Chicherin se quejó de que, puesto que ningún ministro británico había recibido al enviado soviético, el propio Chicherin sólo podía entrevistarse con Hodgson, el representante británico en Moscú, «en la residencia de terceras partes»[26]. Pero estas descortesías recíprocas no eran sino la calderilla de la diplomacia. La reacción contra la política de Lloyd George había perdido su ímpetu. Otras influencias estaban preparando el camino a la nueva fase que comenzaría cuando un gobierno laborista tomara las riendas del poder en Gran Bretaña a principios de 1924.

vernment respecting the Relations between the Two Governments, Cmd. 1890 (1923).

[25] Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 268-272; el decreto figura también en *Sobranie Uzakoneni,* 1923, n.º 57, art. 563.

[26] Entrevista en el *Manchester Guardian* del 24 de diciembre de 1923.

Capítulo 7

EL NACIONALISMO ALEMAN Y EL COMUNISMO

La serie de sustos que experimentó la diplomacia soviética en mayo y junio de 1923, al mismo tiempo que se intensificaba la crisis alemana, condujo a la reconsideración y el reajuste de la línea política tanto del KPD como de la Comintern en Alemania. No se tomaron decisiones radicales. Pero ahora se hizo mayor hincapié en el potencial revolucionario de la situación. De todo lo que hizo el KPD y la Comintern en Alemania en los meses críticos de mayo, junio y julio de 1923, Radek parece haber sido el iniciador. Por el momento, había logrado unificar las dos alas del partido alemán con más coherencia que en cualquiera de las últimas ocasiones; y hasta el mismo fin de julio no emprendió nada que no mereciera el apoyo del IKKI. Los *slogans* del KPD para el 1 de mayo, emitidos antes de que madurase la crisis internacional, incluían las acostumbradas denuncias contra el fascismo y las demandas en pro de un «un gobierno de trabajadores» [1]. El 13 de mayo de 1923 se organizaron en Berlín manifestaciones públicas en señal de protesta contra el ultimátum de Curzon y el asesinato de Vorovski [2], y el 17 de mayo la *Rote Fahne* publicó un artículo de Radek, titulado «El bastión proletario en torno a Rusia», en el que pedía a los trabajadores del mundo

[1] *Die Rote Fahne* (Berlín), 29 de abril de 1923.
[2] *Ibid.*, 12 de mayo de 1923.

entero que se congregaran alrededor de la república soviética. Cuando se celebró en Hamburgo, en la segunda quincena de mayo, el congreso para reunir a las Internacionales Segunda y Dos y Media [3], el «comité de acción contra el peligro de la guerra y del fascismo» [4] invitó al congreso de Hamburgo a que se uniera «a un frente proletario contra el nuevo peligro de la guerra y contra el fortalecimiento de la sangrienta bestia fascista» y le propuso el envío de varios delegados propios a dicho congreso, oferta que fue rechazada sin contemplaciones [5]. Uno de los raros éxitos en las tácticas en pro del frente unido se logró en un congreso que celebró en Berlín la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte, la cual comprendía tanto a los sindicatos soviéticos del ramo como a los occidentales; Robert Williams, presidente británico de la federación, Fimmen, secretario de la IFTU, Lozovski y Andreev firmaron conjuntamente una protesta contra el peligro de la guerra y del fascismo [6]. Pero tampoco se descuidaron las tácticas más agresivas de la izquierda del KPD. Una proclama conjunta de la Zentrale del partido y de un comité nacional de consejos fabriles atacaba al gobierno de Cuno bajo la consigna, «Abajo el gobierno de la vergüenza nacional y de la traición» [7]; y el 1 de junio la *Rote Fahne* salió con el titular: «Los trabajadores se movilizan».

Mientras los comunistas pasaban febrilmente de una táctica a otra, lo más sobresaliente de los acontecimientos de mayo en Alemania fue el creciente poderío y organización de los grupos de la extrema derecha, a quienes sus adversarios colgaban indistintamente el sambenito de fascistas. Estos grupos eran los nacionalistas, los miembros de numerosas formaciones militares ilegales, los antiguos integrantes de los Freikorps que combatieron en el Báltico, los miembros del recién fundado Partido Nacionalsocialista de Hitler. Durante algún tiempo se discutió en los círculos del partido qué actitud debieran tomar los comunistas ante estos grupos. Ya en febrero de 1923, en el mismo número de *Die Internationale* que llevaba el artículo de

[3] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 423-424.

[4] Con respecto al comité, véase anteriormente p. 168; su nombre fue alargado para aludir a la emergencia del momento.

[5] *Die Rote Fahne* (Berlín), 20 de mayo de 1923; *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 89, 28 de mayo de 1923, pp. 754-757.

[6] *Die Rote Fahne* (Berlín), 26 de mayo de 1923. El consejo central de la Profintern, en su sesión de finales de junio de 1923, emitió una protesta contra los intentos que se achacaban a la IFTU y a los sindicatos «reformistas», de romper el frent unido de los trabajadores del transporte, que se había logrado en este congreso (*Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 119, 18 de julio de 1923, pp. 1047-1048).

[7] *Die Rote Fahne* (Berlín), 29 de mayo de 1923.

Thalheimer sobre el nacionalismo alemán [8] figuraba también otro bajo el título «La clase media, el fascismo, el bolchevismo nacional y el partido», en el que se describía al fascismo y al bolchevismo nacional (que eran tratados como iguales) como movimientos dirigidos contra los grandes capitalistas alemanes y contra el capital extranjero; afirmaba el artículo que el comunismo rechazaba ambos movimientos, y que se necesitaba una nueva clase de propaganda para lograr vencerlos [9]. El artículo no despertó reacciones inmediatas. Pero el 17 de mayo, cuando la crisis llegaba a un punto culminante, el comité central del KPD aprobó una larga resolución que, además de los consabidos lugares comunes, contenía algunos puntos nuevos. Se explicacaba la situación internacional como un intento de Gran Bretaña por desatar una nueva guerra contra la Rusia soviética, y como un intento de la industria pesada francesa y alemana por formar un nuevo *trust* franco-alemán. Del gobierno de Cuno se decía que era «prisionero de Stinnes»; y que la única salvación estaba en el gobierno de los trabajadores y en la alianza con la Rusia soviética. Lo más notable de la resolución era, sin embargo, su intento de dividir a los fascistas en dos categorías: una, la de los «vendidos directamente al capital»; la otra, la de la «*pequeña burguesía nacionalista desorientada*» que no comprende que la desgracia de la nación sólo se puede superar cuando el proletariado «haya tomado en sus manos el futuro del pueblo alemán». La resolución terminaba con una nueva directiva:

> Hemos de acercarnos a las masas furiosas, desorientadas y empobrecidas de la pequeña burguesía para decirles toda la verdad, para decirles que pueden defenderse a sí mismas y al futuro de Alemania sólo cuando se hayan aliado con el proletariado y combatan juntos contra la verdadera burguesía. Para vencer a Poincaré y Loucheur hay que derrotar antes a Stinnes y a Krupp.

La última frase sugería la posibilidad de combinar el intento de dividir al movimiento fascista, con una concesión a las opiniones del ala izquierda del KPD sobre la importancia relativa de la lucha interna y externa [10]. Los nacionalistas de la extrema derecha habían

[8] Véase anteriormente, p. 167.

[9] *Die Internationale*, vi, n.º 4, 15 de febrero de 1923, pp. 115-119.

[10] *Die Rote Fahne* (Berlín), 18 de mayo de 1923. La resolución, firmada por los principales miembros del comité central, tanto de la derecha como de la izquierda, fue preparada por Radek (*Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* (sin fecha), ii, 713); como Radek acababa de llegar de Moscú, donde habló el 11 de mayo con motivo del asesinato de Vorovski, es posible que allá le dieran el visto bueno a la línea política. Es interesante subrayar que la denominada «línea Schlageter» hizo su primera aparición una semana antes de la ejecución de Schlageter y un mes antes del discurso «Schlageter» de Radek ante el IKKI.

reaccionado a la crisis, mientras tanto, intensificando su campaña de sabotaje y asesinatos. El 26 de mayo de 1923, las autoridades francesas mataron a tiros a un joven nacionalista, antiguo miembro de los Freikorps, llamado Schlageter, a quien sorprendieron *in fraganti* en el momento en que intentaba dinamitar la vía férrea. Los nacionalistas necesitaban un héroe y un grito de guerra. El nombre de Schlageter pasó a ser el símbolo del renacimiento del honor nacional de Alemania y un estímulo para que se cometieran nuevos hechos de violencia contra los agresores franceses.

Tal era la situación cuando el 12 de junio de 1923 el IKKI celebró en Moscú una de sus sesiones regulares. El informe de apertura de Zinóviev no se ocupaba mucho de la cuestión alemana. Hizo mención, por encima, de la Conferencia de Abril en Moscú en la que se discutieron «las diferencias tácticas que afectaban al Partido Comunista Alemán» y luego critió indirectamente a la jefatura del KPD, que no «hizo hincapié, con la debida fuerza, del denominado factor nacional en su interpretación comunista» [11]. Radek, hablando en el debate sobre el informe de Zinóviev, dedicó al final un párrafo significativo al tema de que «la cuestión nacional» en Alemania tenía un significado aparte y peculiar. El periódico nacionalsocialista *Gewissen* había dicho en un reciente artículo que el KPD era «un partido de combate... que día a día adquiere el carácter de 'nacional-bolchevique'». Radek ya no rechazaba ese epíteto:

> En 1920 el bolchevismo nacional significó una alianza para salvar a los generales que hubieran acabado con el partido comunista inmediatamente después de la victoria. Hoy el bolchevismo nacional significa que todo el mundo siente que la salvación sólo puede venir de la mano de los comunistas. Hoy sólo nosotros ofrecemos una salida. En Alemania, poner énfasis en los sentimientos nacionales es un acto revolucionario, lo mismo que airear sentimientos nacionales en las colonias [12].

[11] *Rasshirenni Plenum Ispolnitelnogo Komiteta Kommunisticheskogo Internatsionala (12-23 Iyunia, 1923 goda),* (1923), pp. 20-21, 32-33. La sesión del IKKI ampliado fue publicada por entero en *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.° 103, 21 de junio de 1923, n.° 105, 25 de junio de 1923, n.° 111, 3 de junio de 1923. Las discrepancias entre ambos textos sugieren que las actas alemana y rusa de los discursos se hicieron independientemente y no se cotejaron; se trata, principalmente, de diferencias de estilo y redacción, pero pasajes que se encuentran en una versión faltan a veces en la otra. Es difícil asignar la prioridad a cualquiera de las dos, pero la rusa es, por lo general, más completa.

[12] *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.° 103, 21 de junio de 1923, página 869; este pasaje no aparece en la versión rusa.

Este razonamiento era una copia, en términos de la política interna alemana, de las palabras de Bujarin en el cuarto congreso, según las cuales el Estado soviético era ya «lo bastante fuerte» como para llegar a la alianza con cualquier Estado burgués [13]. Lo que, a este respecto, difería de la situación de 1920 era que los comunistas podían ahora llegar a un acuerdo con los nacionalistas, convencidos de que eran los más fuertes y podrían utilizar la alianza en beneficio propio. Zinóviev, en su respuesta, aunque sin disentir del diagnóstico de Radek, trató cautelosamente de desdibujar la hipótesis de una situación revolucionaria inminente en Alemania:

> Alemania está en vísperas de la revolución. Esto no significa que la revolución llegará de aquí a un mes o de aquí a un año. Acaso tarde mucho más. Pero en un sentido histórico, Alemania se halla en vísperas de la revolución proletaria [14].

Cualquier agitación que llegaran a provocar estos debates acabó por extinguirse; y, cuando dos días más tarde Radek leyó su informe principal sobre la situación internacional ante el IKKI, la ocupación del Ruhr fue mencionada rutinariamente como una de las cuatro cuestiones principales que contribuían a las tensiones existentes en el mundo capitalista [15]. Esta vez, sin embargo, Neurath intervino en la discusión y, sin referirse a Radek, repitió su ataque, ya publicado, contra el artículo de Thalheimer de febrero. Böttcher defendió el punto de vista de la derecha del partido. Radek en su discurso de clausura acusó a Neurath de «dar lanzadas a molinos de viento» y continuó:

> Su victoria (es decir, del Gobierno francés) en el Ruhr aumentaría de manera extraordinaria su fortaleza; por otra parte, su derrota acabaría con el sistema de Versalles y se convertiría en un hecho que jugaría un papel revolucionario. En tales circunstancias, el partido alemán debiera decirse: sí, la la clase trabajadora alemana, como la clase trabajadora de todo el mundo, incluyendo la clase trabajadora francesa, está interesada en la derrota de Poincaré.

Y una vez más insistió en que «el denominado nacionalismo alemán no es sólo nacionalismo, sino un amplio movimiento nacional con gran contenido revolucionario» [16]. Los críticos se apresuraron a señalar que la política de Radek y del KPD en 1923 significaba el

[13] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, p. 458.

[14] *Rasshirenni Plenum Ispolnitelnogo Komiteta Kommunisticheskogo Internatsionala (12-23 Iyuna, 1923 goda)*, (1923), p. 103.

[15] *Ibid.*, pp. 105-127; los otros puntos eran el acuerdo sobre la deuda anglo-americana, la conferencia de Lausanne, y la decisión británica de construir en Singapur una base naval.

[16] *Rasshirenni Plenum Ispolnitelnogo Komiteta Kommunisticheskogo Internatsionala (12-23 Iyunia, 1923 goda)*, (1923), pp. 12-130, 131-132, 139-142.

abandono de la tesis de Lenin de 1914-1917, es decir, que las potencias imperialistas eran todas culpables y que el deber del proletariado en todos los países era el de trabajar por la derrota y la caída de sus propios gobiernos nacionales. Pero nadie observó que esa política era también una vuelta a la actitud de Marx, que Lenin ya antes de 1914 descartó como no apropiada [17].

A pesar, pues, del oreo a que se sometieron las diferencias bien conocidas existentes en el partido alemán, y a pesar de la conversión de Radek al reclamo del «bolchevismo nacional», nada hizo prever en las sesiones del IKKI de los primeros días que pudiera llegarse a conclusiones espectaculares con respecto a la política alemana. Esto ocurrió más tarde en el debate sobre el fascismo que abrió Klara Zetkin. Zetkin denunció al fascismo como «enemigo terrible y extremadamente peligroso» y como «la expresión más fuerte, concentrada y clásica de la ofensiva general de la burguesía mundial». Al mismo tiempo, el fascismo era el resultado de la pérdida de fe de los trabajadores en su propia clase, «un refugio para los políticamente destituidos».

No debemos olvidar —continuó Zetkin— que el fascismo... es un movimiento de los hambrientos, de los pobres, de los desilusionados, de los desarraigados. Debemos esforzarnos o por lograr que vengan a nuestras filas o, en último extremo, por neutralizar a esas fuerzas sociales que han sucumbido a los brazos del fascismo [18].

Estas generalidades apenas fueron un poco más allá de lo que ya se había dicho docenas de veces antes. Pero, cuando Radek intervino en el debate del día siguiente, su discurso le dio una vuelta al tema e hizo historia. Con una nota de estudiado patetismo, declaró que había tenido ante sus ojos, durante todo el discurso de Klara Zetkin, «el cadáver del *fascista alemán,* nuestro enemigo de clase, condenado a muerte y fusilado por los lacayos del imperialismo francés». Elogió a Schlageter como «el bravo soldado de la contrarrevolución» y —repitiendo el título de una novela popular nacionalista— como el «caminante en la nada». Schlageter había peleado contra los bolcheviques en el Báltico y contra los trabajadores en el Ruhr; Ludendorff habló en su honor en sus funerales, en Munich. Pero ahora que estaba muerto, sus camaradas de armas tenían aún que responder a la pregunta vital:

¿Contra quién querían luchar los nacionalistas alemanes: contra el capital de la Entente o contra el pueblo ruso? ¿Con quién querían aliarse? ¿Con los

[17] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 3, pp. 570-571.
[18] *Rasshirenni Plenum Ispolnitelnogo Komiteta Kommunisticheskogo Internatsionala (12-23 Iyunia, 1923 goda),* (1923), pp. 207, 211, 227.

trabajadores y los campesinos rusos para sacudirse el yugo del capital de la Entente o contra el capital de la Entente para esclavizar a los pueblos ruso y alemán?

Radek invocó el ejemplo histórico de Scharnhorst y Gneisenau, quienes, tras la humillación de Jena, comprendieron que la emancipación del campesinado era precisa para liberar y restaurar a Prusia [19]. Y sólo por la emancipación de los trabajadores podría lograrse que Alemania se viera libre de las cadenas de Versalles. El KPD «no es tan sólo el partido que lucha por el pan de los trabajadores industriales, sino el partido de los proletarios que luchan por su libertad, por *una libertad que se identifica con la libertad de todo el pueblo, con la libertad de todos los que trabajan y sufren en Alemania*» [20].

No es lógico pensar que en semejante asunto Radek hablara por cuenta propia. El mismo declaró más tarde que había obtenido «el consentimiento no sólo tácito, sino por escrito» de Zinóviev para su discurso, y que luego Zinóviev opinó de sus artículos sobre Schlageter «que eran buenos y correctos» [21]. Lo que sí es evidente es que la declaración pareció menos dramática, menos original y menos funesta a los que la escucharon en Moscú, de como la ve retrospectivamente el estudiante de historia. Según las minutas de la sesión, las palabras de Radek fueron recibidas con «aplausos generales». Zetkin, que inmediatamente después cerró el debate sobre el fascismo comentando varios discursos, manifestó, sin recalcarlo, que el discurso de Radek la había «conmovido profundamente». La resolución sobre el fascismo, cuyo borrador se había redactado antes del discurso de Radek, quedó sin modificaciones: la llamada para que se emprendiera una lucha sin cuartel contra el fascismo en todos los países no parece que perdiera su energía por la observación casual de que «hay que atraer a las filas de la lucha proletaria de clases a esos elementos revolucionarios que inconscientemente o por confusión se encuentran entre los fascistas» [22]. Nadie volvió a referirse a la propuesta de Radek en las sesiones de los dos últimos días; y Zinóviev, en su discurso de clausura, ni siquiera mencionó a Alemania [23].

[19] Por aquel entonces éste era uno de los temas favoritos de Radek; en un artículo de fondo de *Pravda* del 13 de septiembre de 1923, cita el elogio que hizo Gneisenau de la Revolución francesa, por haber «despertado todas las fuerzas (de Francia) y por dar a cada fuerza su campo de acción propio».

[20] *Rasshirenni Plenum Ispolnitelnogo Komiteta Kommunisticheskogo Internatsionala (12-23 Iyunia, 1923 goda)*, (1923), pp. 237-241.

[21] *Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* (sin fecha), ii, 713.

[22] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 379-383.

[23] Tampoco fue mencionada Alemania en el largo informe que, respecto

Cualesquiera que fueran las opiniones con respecto a la política de Radek, nunca se la consideró como una iniciativa de carácter radical. Se la interpretaba, no como un intento de llegar a una alianza con los fascistas alemanes contra el tratado de Versalles, sino de dividir sus filas demostrando que una oposición efectiva al tratado de Versalles sólo podría ofrecerla a la larga el partido comunista; por lo tanto las palabras de Radek no desentonaban con la continuación de una vigorosa campaña contra el fascismo. Sin embargo, al relacionar Radek el sentimiento nacional del nacionalismo alemán con la política de apoyo a los movimientos nacionales de los países coloniales, estaba dando pie a que se manifestara en Alemania el mismo embarazo que ya se había revelado en Asia y que se pondría de manifiesto en todas las partes donde se pidiera a los partidos comunistas locales que dieran su apoyo a programas ideológicos incompatibles, en definitiva, con los objetivos del comunismo[24].

El lanzamiento de «la línea Schlageter» en el IKKI produjo sensación en la política alemana y fue objeto de un amplio debate público. La *Rote Fahne* publicó el discurso íntegro de Radek en su edición del 26 de junio y diez días más tarde publicó otro artículo del propio Radek, en el que se defendía de las críticas de *Vorwärts*. Mientras tanto, Moeller van den Bruck, el intelectual del movimiento nazi, comentó en *Gewissen* el discurso de Radek y ofreció a los comunistas, en nombre de los nacionalistas, la jefatura que el proletariado no podía suplir:

> La mayoría no puede dirigirse por sí misma. Sólo el conocimiento consciente puede dirigir, un conocimiento como el que poseía Schlageter... El marxismo siempre quedará limitado a los trabajadores manuales; no conseguirá atraerse a los intelectuales. Pero son los trabajadores intelectuales quienes han de encabezar, como propia, la causa del pueblo[25].

a las sesiones del IKKI, presentó Zinóviev a la organización del partido de Moscú el 6 de julio de 1923 (*Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 120, 30 de julio de 1923, pp. 1089-1098).

[24] Radek, en un discurso ante el buró de la Internacional Comunista de Jóvenes el 13 de julio de 1923 defendió la nueva línea aplicada en Alemania, pero con tal cautela que hace pensar que su auditorio no mostraba gran entusiasmo por ella. Explicó que «si no se hubiera dividido al fascismo en varias partes, ya hubiera logrado la victoria en Alemania» y describió la línea política de la siguiente manera: «Frente unido del proletariado, centurias proletarias para defender al proletariado con las armas contra los fascistas y, si fuera necesario, para atacarlos; pero, al mismo tiempo, ensanchar las bases de nuestra agitación» (*Kommunisticheski Internatsional*, n.º 26-27, 24 de agosto de 1923, cols. 7171-7174).

[25] Estas opiniones son muy parecidas a las que Rathenau expuso a Radek en 1919 (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 326-327).

Radek replicó otra vez en la *Rote Fahne* que «el fascismo no representa una *clique* de oficiales, sino un movimiento popular de amplia base, aunque contradictorio» y reprochó al *Gewissen* la vaguedad de su programa político. Reventlow intervino en su periódico, el *Reichswart,* para recalcar el punto de vista nacionalista:

> *Ni reconocemos a las clases ni las queremos.* Nuestros enemigos internos son los internacionalistas y quienes piensan como ellos.

Y Frölich, en nombre del KPD, replicó que «el verdadero enemigo interior» era el capitalismo, una fuerza internacional que pisoteaba los intereses nacionales. Estos cinco artículos, junto con el discurso de Radek, se publicaron en julio de 1923 en forma de folleto del que rápidamente se publicaron dos ediciones [26]. Oradores nacionalistas y comunistas se presentaban juntos en las mismas tribunas y trataban de podar cuidadosamente sus discursos para ganarse el aplauso de aquellos públicos heterogéneos [27]. Estas actuaciones alcanzaron su punto culminante a primeros de agosto de 1923, cuando la crisis política alemana era más grave que nunca. El 2 de agosto Remmele, miembro de la Zentrale del KPD habló en Stuttgart en un gran mitin nazi, del que se dijo que estaba lleno de simpatizantes del KPD, y se ganó fuertes aplausos al denunciar al capitalismo, al tratado de Versalles y a las potencias de la Entente y al exigir un «gobierno de obreros y campesinos» que liberara a Alemania. El 10 de agosto un mitin todavía más grande fue organizado por el KPD y al mismo asistieron representantes del Partido Nacionalsocialista. El SPD también recibió una invitación, pero la rechazó. Remmele atacó una vez más al tratado de Versalles y a la «república democrática alemana». El orador nazi abogó por un socialismo, no interna-

[26] K. Radek, etc. *Schlageter: Eine Auseinandersetzung* (1923). Una tercera edición, muy ampliada, se editó en octubre de 1923 en la que figuraban nuevos artículos de Moeller van den Bruck, Reventlow y Frölich y terminaba con un largo resumen hecho por Radek bajo el título *Communism and the German Nationalist Movement,* que apareció originalmente en tres partes en *Die Rote Fahne* (Berlín), 16, 17 de agosto y 18 de septiembre.

[27] Lo más embarazoso era el antisemitismo al que los oradores nacionalistas gustaban entregarse. Es difícil saber hasta qué punto los comunistas comulgaban con este principio. De un discurso de Ruth Fischer se citó con frecuencia un ataque contra los capitalistas judíos («quien denuncia al capitalismo judío... es ya un combatiente en la lucha de clases, aunque no lo sepa»); pero la propia Ruth ha manifestado que sus palabras fueron tergiversadas (R. Fischer, *Stalin and German Communism* [Harvard, 1948], p. 283). *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.º 21-22 (67-68), 27 de noviembre de 1923, p. 12, cita la frase de una proclama, al parecer emitida por el KPD, que decía en negritas: «Los capitalistas *judíos* engordan explotando al pueblo *alemán.*»

cional, sino nacional; el comunismo nunca podría ser nacional «mientras dirijan a los comunistas Radek-Sobelsohn y los otros judíos, comoquiera que se llamen». Sin embargo, podía declararse una tregua entre los nazis y los comunistas hasta que el enemigo común y el destructor de Alemania, la democracia, fuera arrojada del poder. Remmele replicó atacando al antisemitismo y exigió el establecimiento de una alianza para derribar el capital; y el representante nazi terminó tocando la nota de «una enemistad honorable». Pero para entonces este experimento había comenzado a embarazar a los nazis más que a los comunistas. El 14 de agosto de 1923, los jefes nazis prohibieron que se realizaran nuevos contactos y anunciaron que nunca podría haber un motivo justificado para trabajar de acuerdo con los comunistas [28]. Esta prohibición, junto con la creciente gravedad de la crisis interna alemana, puso fin al efímero episodio de «la línea Schlageter». El rompimiento coincidió con la caída del gobierno de Cuno y con la subida de Stresemann al poder. En las luchas del otoño de 1923, fascistas y comunistas siguieron distintos caminos [29].

Las tácticas tortuosas que adoptaron la Comintern y el KPD bajo la inspiración de Radek en el verano de 1923 no se comprenden con entera claridad debido a que estas tácticas, por confusión de la gente, se relacionaron con el viejo programa del «bolchevismo nacional», y por lo que revelaron los acontecimientos que se registraron mucho después en Alemania. El programa del bolchevismo nacional era, como su nombre implica, una amalgama de doctrinas nacionalistas y bolcheviques; tenía de los nacionalistas el principio de que se unieran todos los alemanes para librar a la nación del yugo de las potencias imperialistas, y de los bolcheviques el concepto de la revolución, aunque desprovisto de su encuadre internacional. Los críticos se apresuraron a señalar que el bolchevismo nacional implicaba tanto el cese de la lucha de clases en Alemania como una guerra nacional contra el proletariado de otros países. Radek había combatido con vigor al bolchevismo nacional [30] y ahora, en su res-

[28] Todos estos extremos están tomados de un folleto publicado por el KPD, *Sowjetstern oder Hakenkrauz? Deutschlands Weg — Deutschlands Rettung: Ein Waffengang zwischen Faschisten und Kommunisten* (Berlín, 1923); un artículo de *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 151, 26 de septiembre de 1923, p. 1304, afirmaba que la prohibición a seguir cooperando era prueba del embarazo que causaban las tácticas comunistas en el campo fascista.

[29] Según W. Krivitski, *I was Stalin's Agent* (1939), pp. 59-60, los comunistas lucharon al lado de los nacionalistas y de la policía alemana contra los separatistas del Rhin en una manifestación ocurrida en Düsseldorf, en septiembre de 1923.

[30] Respecto al bolchevismo nacional y los artículos de Radek que lo de-

puesta a Moeller van den Bruck, volvió a exponer en resumen la base de sus objeciones:

En 1919 Laufenburg propuso un fárrago *(Kuddel-muddel)* de comunismo y nacionalismo. Declaramos abiertamente que no se pueden hacer juegos malabares con las ideas ni hacer pócimas con ellas [31].

La «línea Schlageter» no representaba ningún compromiso con la doctrina o con la política fascista, que siguió siendo objeto, durante todo este tiempo, de una feroz hostilidad por parte de la prensa comunista. El número de la *Rote Fahne* del 26 de junio que llevaba el discurso de Radek sobre Schlageter en primera página, también presentaba de manera destacada las noticias que daban cuenta de las agresiones de las bandas fascistas contra los trabajadores; y una vez más Radek expuso la línea política con absoluta franqueza en su respuesta a las críticas de *Vorwärts*, el periódico socialdemócrata:

Si fuera necesario, es deber de los comunistas alemanes *pelear con las armas en la mano contra la insurrección fascista*, lo cual sería un desastre para la clase trabajadora y para Alemania. Pero al mismo tiempo es su deber hacer todo lo posible *para convencer a los elementos pequeñoburgueses que en el fascismo luchan contra la pobreza, que el comunismo no es su enemigo, sino la estrella que les muestra el camino a la victoria* [32].

En teoría, la «línea Schlageter» podría considerarse como un giro a la derecha; implicaba que Alemania todavía no estaba madura para una revolución proletaria, sino más bien en la posición de «un país colonial, en el que se puede coincidir con un gobierno nacional burgués» [33]. Pero en la práctica fue mejor recibida por el ala

nunciaban, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 324, 331-332.

[31] K. Radek, etc., *Schlageter: Eine Auseinandersetzung* (tercera edición, 1923), p. 20. En su nueva respuesta, Reventlow rechazó con la misma energía el bolchevismo nacional desde el campo nacionalista: «hace tres años hubo una época en que fue muy grande el peligro de un 'bolchevismo nacional' entre nosotros... Por entonces, en los círculos nacionales y nacionalistas *(völkisch)* se manifestaba con frecuencia un humor desesperado: Es inútil, tendremos que hacernos bolcheviques, el bolchevismo llega; procuraremos nacionalizarlo en Alemania y salvar a Alemania con su ayuda. *Estas opiniones son ya cosa del pasado*» (*ibid.*, p. 35).

[32] *Ibid.*, p. 15; el artículo, tal y como se publicó en *Die Rote Fahne* (Berlín) del 7 de julio de 1923, llevaba la fecha «2 de julio, Moscú».

[33] Un delegado del KPD que no había estado asociado con esta política la atacó con base en esos argumentos un año más tarde, cuando denigrar a Radek era más bien la regla (*Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [sin fecha], ii, 665); pero en el momento que nos ocupa no se escucharon tales críticas.

izquierda que por el ala derecha del partido [34]. La «línea Schlageter» tan sólo podía justificarse como una maniobra táctica que condujera a un pronto intento de tomar el poder para, de esta manera, ajustarse al llamado de la izquierda en pro de una inmediata acción revolucionaria. Por otra parte, acercarse a los nacionalistas podía alejar a los socialdemócratas, y atraerse a estos últimos era la base de la política de la derecha del KPD. Pero la cuestión era más táctica que de doctrina y como tal fue aceptada sin discusión por el partido [35]. El objetivo que se perseguía era convencer a los militantes del partido rival de que sólo los comunistas eran capaces de satisfacer sus deseos y ambiciones y, con este fin, llegar a un acuerdo temporal con los líderes con respecto a objetivos precisos y limitados. Esta política acarreaba las mismas ambigüedades y perplejidades que las exhortaciones de Lenin a los comunistas británicos a fin de que éstos sostuvieran «a los Henderson y a los Snowden de la misma forma que la soga sostiene al hombre con la cual lo ahorcan», y de que llegaran a un pacto electoral con el partido laborista sin perder por eso la libertad de atacarlo [36]. No cabe duda que ambas partes se embarcaron en el proyecto con los ojos bien abiertos y con pleno conocimiento de los objetivos de cada uno. A la larga puede que los fascistas demostraran más habilidad para servirse de los comunistas que viceversa. Pero esto no es del todo cierto en cuanto a la cooperación temporal entre ellos en el verano de 1923.

Por lo tanto, no auguraba ningún cambio de frente el que a primeros de julio de 1923 el KPD decidiera organizar un «día antifascista» con manifestaciones callejeras en las ciudades más importantes de Alemania, el cual había de celebrarse el 29 de julio. La resistencia pasiva había impuesto a la economía alemana dificultades que eran ya intolerables; el marco se hundía en picada; graves desórdenes amenazaban por todas partes. El 11 de julio la Zentrale del KPD advirtió al partido del peligro de «un levantamiento fascista» y predijo que «nos acercamos a combates decisivos» [37]. Los actos de Ber-

[34] Según Radek «los camaradas Ruth Fischer y Remmele realizaron esta campaña de agitación de completo acuerdo conmigo» (*Die Lehren der Deutschen Ereignisse* [Hamburgo, 1924], p. 18); Remmele figuró más tarde en el grupo del centro.

[35] Brandler formuló en su defensa una prioridad significativa: «Ahora que el KPD se ha ganado a las masas proletarias para derribar a la burguesía, se enfrenta a la nueva e importante tarea de ganarse también a la titubeante pequeña burguesía» (*Die Internationale*, vi, n.° 15 [1 de agosto de 1923], pp. 419-421).

[36] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, p. 193.

[37] *Die Rote Fahne* (Berlín), 12 de julio de 1923.

lín culminarían con una procesión monstruo hasta Potsdam, y manifestaciones parecidas se organizaron en otras ciudades. Entonces, el 23 de julio de 1923, el Gobierno prusiano prohibió que se celebraran todas las manifestaciones callejeras y al aire libre el día señalado. La prohibición provocó en seguida disensiones en el KPD entre la izquierda, que predicaba acción a toda costa, y la derecha, que creía que la situación no estaba todavía madura para un desafío revolucionario contra las autoridades. La jefatura del partido canceló la manifestación de Berlín, por encima del grupo izquierdista, que era preponderante en la capital [38]. El asunto se trasladó a las oficinas centrales de la Comintern y allí produjo el primer desacuerdo franco con respecto a la cuestión alemana. Zinóviev y Bujarin, que estaban ausentes de Moscú por ser día de fiesta, telegrafiaron unas palabras de aliento para que la manifestación se llevara a efecto. Radek, que salió precipitadamente para Moscú, envió un telegrama a Zinóviev y Bujarin en el que les manifestaba que con su política «daban la impresión de que la Comintern empuja al partido a la derrota de julio», y con estas palabras trataba de recordar el desgraciado precedente de la «acción de marzo» [39]. También consultaron a Trotski, que asimismo estaba ausente por la fiesta, pero no quiso expresar ninguna opinión por carecer de informaciones completas del caso. Stalin compartía el cauteloso escepticismo de Radek y se vio en la necesidad de emitir uno de sus raros pronunciamientos en los asuntos de la Comintern. En una carta que dirigió a Zinóviev y Bujarin comparó desfavorablemente la situación alemana del momento con la situación rusa en octubre de 1917 y dijo que «si el poder, en Alemania, fuera a parar a la calle y los comunistas se apoderaran de él, con todo acabarían por fracasar y por hundirse». La burguesía y los socialdemócratas «convertirían esta manifestación en una refriega general para dar una lección... y destruirían a los comunistas». Stalin terminaba diciendo que «a los alemanes no hay que espolearlos, sino pararlos» [40]. El 26 de julio, con Zinóviev y Bujarin todavía

[38] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), p. 55.

[39] La fuente informativa principal de este episodio procede de una declaración de Zinóviev ante la decimotercera conferencia del partido en enero de 1924; en ella se da el 12 de junio como fecha del telegrama de Radek a Zinóviev y Bujarin, lo que constituye una evidente equivocación o errata de imprenta (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 168-169).

[40] El texto ruso de la carta no ha sido publicado. Una traducción alemana figura en A. Thalheimer, *1923: Eine Verpasste Revolution?* (1931), p. 31 y una traducción deficiente al inglés en L. Trotski, *Stalin* (Nueva York, 1946), páginas 368-369. En agosto de 1927, Zinóviev citó la carta en una reunión del comité central del partido: en su respuesta, Stalin, aunque declaró que

fuera de Moscú, el presidium de la Comintern envió un telegrama a la Zentrale del KPD:

El presidium de la Comintern aconseja el abandono de las manifestaciones callejeras del 29 de julio... Nos tememos una encerrona.

Parece que los principales responsables de la orden fueron Stalin y Radek. Más tarde, Zinóviev recordaría acremente que «algunos de nuestros camaradas, confiando en Radek, le apoyaron en este asunto» [41].

El veredicto del presidium de la Comintern era de cumplimiento obligatorio para el KPD. Se canceló la manifestación; y en Berlín el día antifascista se celebró con reuniones bajo techo, aunque en las ciudades donde no regía el edicto del gobierno prusiano se celebraron manifestaciones al aire libre. Se explicó en la *Rote Fahne* que «los obreros no estaban bien preparados» y que «*nosotros no sólo no estamos en condiciones de lanzarnos a una batalla general*, sino que debemos evitar todo lo que pudiera dar al enemigo la oportunidad de destruirnos» [42]. Este cauteloso consejo, aunque desprovisto de heroicidad, era muy sensato. Pero este episodio ahondó las diferencias en las filas del partido. El comité central del KPD se reunió el 5 y 6 de agosto y sacó a relucir las viejas disensiones sin llegar a ninguna conclusión. Brandler calculaba el inminente colapso del régimen burgués, pero le parecía prematuro proclamar la dictadura del proletariado y creía que con la propaganda se lograría atraer al partido a una parte de los socialdemócratas. Una vez más Ruth Fischer se opuso al concepto de Brandler y Radek del frente unido, pidió que el KPD impusiera su condición de guía y manifestó que «la etapa intermedia del gobierno de los trabajadores es cada vez más improbable en la práctica». La mayoría aprobó una resolución en la que se abogaba por «el derrocamiento del gobierno de Cuno,

no tenía ninguna copia y no podía comprobar la exactitud de la cita de Zinóviev, admitió, sin embargo, la autenticidad de la carta y dijo de ella que era «absolutamente correcta desde el principio al fin»; añadió que se oponía a la «manifestación de los trabajadores comunistas» porque creía que «los fascistas armados trataban de provocar a los comunistas a que emprendieran una acción prematura» y no quería que «los comunistas cayeran en la trampa» (Stalin, *Sochineniya*, x, 61-62). La carta no se incluyó en las obras completas de Stalin y no se puede precisar su fecha. Thalheimer la sitúa «a principios de agosto», Trotski simplemente «en agosto», y el propio Stalin «a fines de julio o principios de agosto», pero que se mencionara «esta manifestación» parece demostrar que pertenece a la controversia que precedió al día antifascista del 29 de julio de 1923.

[41] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1924), p. 169.

[42] *Die Rote Fahne* (Berlín), 30 de julio, 2 de agosto de 1923.

la oposición contra cualquier nuevo gobierno coaligado y el establecimiento del gobierno de obreros y campesinos». Se hizo de nuevo hincapié sobre el carácter dual de la política a seguir frente al fascismo[43]. Quedó flotando la deplorable impresión de que el KPD había agotado su repertorio de palabras y de ideas y que no estaba listo o equipado para entrar en acción. Su comportamiento parecía reflejar con exactitud la situación de los trabajadores alemanes que, desde 1918, respondían fácilmente a todas las consignas y exhortaciones a favor de la rebelión pero que, llegado el momento, se echaban atrás sin dar el paso decisivo.

Mientras la impotencia del KPD quedaba tan deplorablemente en evidencia, el gobierno de Cuno sufría ya los estertores de la agonía. La moneda se depreciaba de hora en hora y había perdido casi por completo su valor; la situación económica, no sólo de los trabajadores, sino de la clase media, era ya intolerable; y la «resistencia pasiva» lo arruinaba todo en el territorio ocupado. El 10 de agosto de 1923, una huelga de los impresores del papel moneda hirió al gobierno en su punto más vulnerable. Al día siguiente estalló en Berlín la huelga general y se extendió rápidamente a otros centros industriales; y Cuno dimitió. Ni el KPD ni ningún otro partido demostraron interés alguno por hacerse con el poder, fuera por medios legales o ilegales. La huelga, que había perdido su razón de ser con la dimisión del gobierno, terminó espontáneamente. En aquel extraño vacío emergió Gustav Stresemann como el hombre fuerte. Era uno de los jefes del Partido Popular Alemán, el partido de los industriales, y amigo de Stinnes. Representaba el criterio de los industriales del Ruhr, es decir, que la política de resistencia pasiva de Cuno constituía un fracaso y debía ser abandonada. Ningún partido tuvo el valor de oponerse a este criterio y sólo lo tuvo el partido popular para llevarlo a la práctica. Este valor, junto con cierta afabilidad y flexibilidad para negociar, era el principal mérito de Stresemann. Pronto formó un gobierno con representantes de todos los partidos, desde el suyo propio en la derecha hasta el SPD en la izquierda: la denominada «gran coalición»; sólo los partidos de la extrema derecha y el KPD quedaron excluidos. Radek, en un artículo que publicó *Rote Fahne* el 19 de agosto, en el que excepcionalmente aventuraba sus juicios, describió a Stresemann como portavoz de la burguesía media y predijo que buscaría un acuerdo con Francia. Una situación absolutamente nueva se planteaba en Alemania. Todos los afectados, tanto en el país como en el extranjero, necesitaron cierto tiempo hasta orientarse de nuevo.

[43] *Ibid.*, 7, 8, 9, 10 de agosto.

Capítulo 8

BULGARIA Y LOS CAMPESINOS

Por una coincidencia que representó su papel en la historia de la Comintern, la crisis búlgara se produjo en el mismo momento que la alemana en el verano de 1923. Pocos días después de que las tropas francesas penetraran en el Ruhr, en enero, las elecciones locales en Bulgaria, organizadas sobre bases estrictamente partidistas, confirmaron los resultados de las últimas elecciones parlamentarias celebradas en 1920, manteniendo la precaria autoridad del gobierno de campesinos de Stambuliski, que ocupaba el poder desde 1919. La Unión de Campesinos obtuvo 437.000 votos, algo menos de la mitad del cuerpo electoral; tras él venía el Partido Comunista Búlgaro, con 230.000 [1]; los partidos burgueses sólo lograron, en total, 220.000, y los socialistas «anchos» (o de la derecha), apenas 40.000. A la semana de estas elecciones, el consejo del Partido Comunista Búlgaro aprobó la consigna de «un gobierno de obreros y campesinos», propuesta dos meses antes en el cuarto congreso de la Comintern [2]; si había algún país en Europa donde fuera factible la nueva

El número de afiliados al partido, en el momento de ser suprimido en septiembre de 1923, era de 39.000 (*From the 4th to the 5th World Congress* [CPGB, 1924], p. 44); la proporción entre afiliados y simpatizantes que votaban por el partido era aproximadamente la misma que en Alemania.

² *Die Internationale*, vi, n.° 9 (1 de mayo de 1923), pp. 272-273; res-

variante del frente unido, ese país era, sin duda, Bulgaria, donde los campesinos formaban más del 80 % de una población total que no llegaba a los cinco millones. Por desgracia, la aceptación se hizo con tantas reservas y con tantos distingos en cuanto a que el frente unido debía venir «desde abajo» que, en la práctica, equivalía casi a un rechazo. En su resolución del 22 de enero de 1923, el consejo del partido declaró que «en la actualidad no se puede llegar en Bulgaria a un gobierno de obreros y campesinos mediante la coalición del partido comunista con la Unión de Campesinos o por medio de un gobierno campesino que resultara de dicha coalición». La Unión de Campesinos y su gobierno fueron objeto de los ataques del partido no sólo por defender los intereses del *kulak* búlgaro, o burguesía rural, contra el pequeño campesino sin tierras, sino también por ser «instrumento ciego de los imperialistas de la Entente». El Partido Comunista Búlgaro estaba dispuesto a luchar «por la unión de las masas trabajadoras y de los pequeños campesinos bajo sus banderas»; y haría todo lo que le fuera posible para acelerar el momento en que, con el apoyo de las masas, se hiciera con el poder. Un comentario oficial de Kabakchiev, jefe del partido, dejó bien clara esta declaración de guerra contra la Unión de Campesinos:

> Quedan por completo desechadas la idea y la posibilidad de una coalición o de un frente unido de los comunistas con la Unión de Campesinos. El gobierno de obreros y campesinos ha de establecerse solamente por la lucha revolucionaria de las masas, es decir, por la lucha independiente del proletariado urbano y de los pequeños campesinos sin tierra[3].

En las elecciones generales de abril de 1923 la Unión de Campesinos aumentó el número de sus votos hasta 500.000 y, mediante hábiles manipulaciones, se aseguró 210 escaños de los 246 de la cámara. Tras él iba el Partido Comunista Bulgaro con 210.000 votos y 17 escaños[4].

Así estaban las cosas cuando el 9 de junio de 1923 los partidos búlgaros de derechas, que quedaron reducidos en el parlamento a un número insignificante pero que contaban con el ejército y con el descontento de Macedonia y de otros sectores, dieron un golpe de Es-

pecto a la decisión de la Comintern, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, p. 464.

[3] La resolución figura en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 57, del 3 de abril de 1923, pp. 464-465, el comentario en *ibid.*, pp. 459-464; la resolución apareció también en *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 26-27, 24 de agosto de 1923, cols. 7323-7328.

[4] De los resultados dio noticias, con las acostumbradas alusiones al «terror blanco», la *Internationale Presse-Korrespondenz* (Wochenausgabe), n.º 20, 19 de mayo de 1923, pp. 420-471.

tado contra el gobierno de Stambuliski. El Partido Comunista Búlgaro, imitando la actitud oficial del KPD en las circunstancias parecidas del *putsch* de Kapp [5], proclamó su neutralidad en lo que estimaba una lucha entre dos secciones de la burguesía. El día del levantamiento el consejo del partido emitió un comunicado en el que denunciaba por igual al gobierno de Stambuliski y a cualquier gobierno burgués que le sucediera, pero no ofrecía directrices positivas [6]. El *coup* fue un éxito. Stambuliski cayó asesinado y se constituyó un régimen militar encabezado por Tsankov. El periódico comunista definió la línea del partido:

> El Partido Comunista Búlgaro en ningún caso apoya al nuevo gobierno de las derechas, puesto que sólo va a traer más miseria, más impuestos y una prolongación del terror contra todos los movimientos revolucionarios. El Partido Comunista Búlgaro tampoco ayudará al gobierno de Stambuliski a retornar al poder [7].

Kabakchiev manifestó que «las masas de trabajadores urbanos vieron el *coup* con indiferencia o incluso con cierto alivio» [8]. Una nueva declaración emitida por el partido el 15 de junio alardeaba que «en la lucha armada» que ahora «se acercaba a su fin», los comunistas «mantenían por completo su independencia» [9].

Cuando se inauguraron en Moscú el 12 de junio de 1923 las sesiones regulares del IKKI, la suerte del *coup* búlgaro estaba todavía sin decidir. Cuando comenzó a llegar tan inquietante noticia, Zinóviev se hizo eco de los rumores que circulaban: que Stambuliski estaba detenido, que Stambuliski había muerto, que Stambuliski marchaba sobre Sofía al frente de 20.000 campesinos, junto con otra noticia, que, por desgracia, resultó cierta: los comunistas de Plevna se habían alzado espontáneamente contra los «blancos», pero la central del partido les ordenó ásperamente que conservaran su neutralidad. Zinóviev se manifestó con claridad a la vista de los acontecimientos. La consigna del frente unido debía no sólo proclamarse sino «sellarse con sangre». Los comunistas búlgaros «debían aliarse con el campesino e incluso con el odiado Stambuliski para organizar la lucha común contra los blancos» [10]. Cuando se vio más tarde, en

[5] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, p. 146.
[6] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.° 102, 30 de junio de 1923, páginas 858-859.
[7] *Ibid.* (Wochenausgabe), n.° 24, 17 de junio, p. 574.
[8] *Ibid.*, n.° 105, 25 de junio de 1923, p. 886.
[9] *Ibid.*, n.° 107, 27 de junio de 1923, pp. 916-917.
[10] *Rasshirenni Plenum Ispolnitelnogo Komiteta Kommunisticheskogo Internatsionala (12-23 Iyunia, 1923 goda)*, (1923), pp. 101-102; en su discurso inaugural, Zinóviev dijo unas palabras en elogio de Stambuliski (véase más

la misma sesión, que el partido búlgaro había obrado al contrario de estas prescripciones, Radek intervino para hacer oír una nota de crítica. Su discurso fue más una defensa que una acusación pero, en un punto, desechando su cautela habitual, declaró que el deber de un partido a quien siguen las masas era el de luchar «aun a riesgo de ser derrotado» [11]. Una proclama a «los trabajores y campesinos búlgaros» emitida en nombre del IKKI al terminar la sesión del 25 de junio de 1923, atribuía el *coup* búlgaro a «la hez de la contrarrevolución europea», a «las bandas fascistas» y a la complicidad de los socialdemócratas búlgaros, pero también reconocía que se vio favorecido por «la división entre obreros y campesinos» [12]. Pronto, sin embargo, las críticas se hicieron más directas. El 28 de junio de 1923, el presidium del IKKI emitió una declaración firmada por Zinóviev y dirigida a «todas las secciones de la Comintern» sobre *Las lecciones del «coup» búlgaro*. En ella se argumentaba que, sin duda con razón, se veía con sospecha a los partidos campesinos como «carne de cañón política para la burguesía». Pero había que reconocer que Stambuliski, al principio, trató de desarrollar una política campesina dirigida contra la burguesía. El Partido Comunista Búlgaro era objeto de críticas por su «interpretación dogmático-doctrinaria» de la situación; una «política de espera combinada con un gesto de neutralidad en tales casos equivale a una capitulación política» [13]. Mientras tanto, el comité central del partido se reunió en Sofía la primera semana de julio y apoyó la actitud asumida por el consejo del partido con motivo del *coup*, declarándola «la única posible» y rechazó la proclama del IKKI del 23 de junio (al parecer no habían recibido todavía las últimas declaraciones de Zinóviev) por estar basada en informes incompletos; en cualquier caso, el partido cometería ahora un grave error «si tratara de devolver a los líderes agrarios, que han traicionado los intereses de la población trabajadora campesina, la influencia que han perdido» [14]. Esto era un desafío descarado. Pero en esta época los poderes disciplinarios del IKKI

adelante p. 202). Según G. Besedovski, *Na Putiaj k Termidoru* (París, 1931), i, 74 (la traducción inglesa de esta obra bajo el título *Revelations of a Soviet Diplomat* [1931] se hizo, al parecer, de una versión francesa muy resumida y poco fiel), Goldenstein, el representante de la Comintern en Viena y responsable de los Balcanes había intentado, aunque inútilmente, convencer al partido comunista búlgaro para que apoyara a Stambuliski.

[11] *Rasshirenni Plenum Ispolnitelnogo Komiteta Kommunisticheskogo Internatsionala (12-23 Iyunia, 1923 goda)*, (1923), pp. 254-262.

[12] *Ibid.*, pp. 300-304.

[13] *Kommunisticheski Internatsional*, n.º 26-27 de agosto de 1924, cols. 7341-7354; *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 115, 9 de julio de 1923, páginas 1007-1010.

[14] *Ibid.*, n.º 120, 18 de julio de 1923, pp. 1051-1053.

eran poco fuertes, y pocas también las ganas de usarlos. Probablemente, el partido búlgaro se salvó de una reprimenda formal debido a las severas represalias de que fue víctima: el régimen, relativamente suave de Stambuliski, cayó ante una dictadura que hizo de la persecución contra los comunistas parte importante de su política. En todo el mundo comunista se movilizó a la opinión contra ese régimen. Rakosi escribió un artículo en el que condenaba con dureza su actitud [15]. A principios de agosto, una resolución del comité central del KPD decía del gobierno de Tsankov que era una alianza del gran capital, de los monárquicos y de los fascistas contra el proletariado y los campesinos, y afirmaba que en un país campesino como Bulgaria el partido comunista no podía ver con indiferencia que se agrediera a los campesinos, al margen de la actitud que hubiera asumido el régimen de Stambuliski hacia los comunistas [16].

No hay seguridad sobre el efecto que produjeran en el partido búlgaro estas recriminaciones. Pero Kabakchiev, a quien se le hacía responsable de los errores de la política de junio [17], quedó eclipsado en la jefatura del partido por Kolarov y Dimitrov, que se mostraban más dóciles a los deseos de la Comintern y no se oponían a concertar una alianza con los partidarios de Stambuliski en contra del régimen de Tsankov. Parece que se estaban realizando los preparativos para llevar a cabo la insurrección [18] cuando el gobierno decidió adelantarse y dar el primer golpe. El 12 de septiembre de 1923, los comunistas principales fueron detenidos y las oficinas registradas y clausuradas [19]. Esta iniciativa forzó al partido a lanzarse precipitadamente y sin la debida preparación a un alzamiento que comenzó el 22 de septiembre en el oeste y noroeste de Bulgaria con cierto apoyo local por parte de los campesinos. El alzamiento nunca tuvo perspectivas de éxito. Tras una semana de guerra de guerrillas en

[15] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.° 120, 18 de julio de 1923, páginas 1053-1054.

[16] *Die Rote Fahne* (Berlín), 10 de agosto de 1923.

[17] Es de notar que a Kabakchiev se le permitió escribir en el periódico oficial de la Comintern un largo artículo en respuesta a las críticas y en defensa de la línea anterior (*Kommunisticheski Internatsional*, n.° 28-9, 1 de diciembre de 1923, cols. 7679-7754); los días de tanta tolerancia pronto iban a tocar a su fin.

[18] Sin duda la amplitud de estos preparativos se exageró después, tanto por parte de los portavoces del gobierno para justificar las represalias como por los historiadores del partido en beneficio de Dimitrov, cuya participación en el levantamiento de septiembre de 1923 fue su primer acto de importancia; los testimonios de la época son muy escasos.

[19] Esta «política de provocación» fue objeto de una protesta inmediata por parte del IKKI (*Internationale Presse-Korrespondenz*, n.° 149, 21 de septiembre de 1923, p. 1285).

los distritos apartados se volvió a restablecer el orden. Las represalias, que fueron leves tras el *coup* de junio, se convirtieron ahora en un sostenido «terror blanco»: el partido fue exterminado o tuvo que buscar refugio en la clandestinidad. Sin embargo, Moscú reaccionó de manera muy diferente a como lo había hecho tres meses antes. Aunque no se pudo ocultar la derrota, Zinóviev elogió ahora al Partido Comunista Búlgaro, en un artículo de fondo de *Pravda*, por su valor y su determinación. Se podía pensar que, de la misma manera que el partido no supo actuar en junio a tiempo, ahora había actuado prematuramente. Pero no se le hizo este reproche. Los comunistas, declaró Zinóviev, no podían «permanecer con los brazos cruzados, cuando un gobierno fascista había decidido aniquilar al partido». Se consiguió que «el campesinado, casi hasta el último hombre, estuviera dispuesto a seguir tras el partido comunista». El partido, tras «corregir sus errores doctrinarios», abría el camino hacia la victoria futura [20]. Sin embargo, el tono del artículo en el que se expresaban tales sentimientos daba la impresión de que a su autor más le interesaba estimular la inminente insurrección alemana que analizar la suerte de su desdichado prototipo búlgaro.

En el verano y otoño de 1923 destacó un acontecimiento que, aunque no dejó resultados duraderos, era sintomático de los tiempos que corrían: el establecimiento en Moscú de una Internacional Campesina. Al terminar la guerra civil en Rusia se vio claro que la revolución triunfó por el apoyo del campesinado, y que el descontento de los campesinos era la única amenaza seria contra su proceso de consolidación. La instauración de la NEP demostró el papel preponderante de los campesinos en la economía soviética. Al principio, esto parecía que no iba a acarrear consecuencias ideológicas, y mucho menos en el campo internacional. Pero, cuando la controversia con respecto a la NEP se activó en el invierno de 1922-1923, los defensores de la política oficial se vieron obligados a ensalzar más y más al campesinado; fue en este ambiente cuando la Comintern, en su cuarto congreso de noviembre de 1922, dio sus bendiciones al «gobierno obrero-campesino» como una de las formas, aceptables en teoría, capaces de llevar al proletariado a la victoria [21]. Se llegó a decir incluso, cuando se discutieron las perspectivas de la revolución alemana, que una revolución triunfante en un país industrial podría verse expuesta al bloqueo por parte del mundo capitalista y perecer

[20] *Pravda*, 9 de octubre de 1923; una traducción apareció en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 161, 15 de octubre de 1923, pp. 1371-1372.
[21] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, p. 464.

por hambre, de no contar con el apoyo de alguna otra revolución en los países agrícolas vecinos. De la misma manera que el apoyo del campesinado ruso fue decisivo para la victoria de octubre de 1917, de la misma manera el apoyo del campesino europeo sería indispensable para el triunfo de la revolución europea. El movimiento revolucionario tendría las mayores probabilidades de éxito si primero ocupara el poder en países agrícolas como Rumania, Bulgaria y Yugoslavia, para extenderse luego a países semi-industrializados como Italia y Austria, y por fin a una nación típicamente industrial como Alemania [22]. Esta doctrina,. sin embargo, todavía se les antojaba paradójica a los buenos marxistas y no tuvo una seria acogida en la Comintern. En el duodécimo congreso del partido de abril de 1923, se volvió a insistir en la importancia del campesinado, principalmente por parte de Zinóviev. Pero esto aún no quedó reflejado en el informe de Bujarin sobre los asuntos de la Comintern; dedicaba cierta atención a los «cientos de millones de esclavos coloniales y semicoloniales» de oriente, recomendaba específicamente «un bloque de la clase trabajadora y el campesinado» en el Japón [23], pero seguía sin reconocer el papel del campesino europeo.

La cuestión hubo que debatirla con motivo del *coup* búlgaro del 9 de junio de 1923, cuando el poderoso Partido Comunista Búlgaro se mantuvo al margen mientras los militares derrocaban al régimen campesino de Stambuliski. A los pocos días la cuestión campesina fue uno de los temas principales de Zinóviev en su discurso de apertura de las sesiones del IKKI. El material era limitado pero le sacó el mayor partido posible. Ultimamente el Partido Socialista Polaco se estuvo manifestando a favor del campesinado descontento; Zinóviev exhortó a los comunistas polacos a que siguieran este ejemplo y a que abandonaran «las opiniones anticuadas» que aún defendían algunos sobre el papel del campesinado en la revolución socialista [24]. Stambuliski, cuya caída estaba todavía sin confirmar, recibió elogios por querer constituir una «Internacional Verde». La decisión de crear un partido campesino obrero en los Estados Unidos —su congreso fundacional se celebró en Chicago el 3 de julio de 1923— fue acogida con satisfacción. Para justificar la nueva política, se in-

[22] Según cuenta G. Besedovski, *Na Putiaj k Termidoru* (París, 1931), i, 101-102, un grupo minoritario de la Comintern defendía este punto de vista en la primavera de 1923.

[23] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), pp. 228, 245.

[24] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 107, 27 de junio de 1923, páginas 914-915, lleva la noticia de las propuestas de reforma agraria presentadas en la Dieta polaca por dos diputados de un grupo campesino afiliado a los comunistas.

vocó el ejemplo de las tácticas utilizadas con tanto éxito en la Revolución rusa:

La consigna de «un gobierno de obreros y campesinos» es *el camino* que conduce a la dictadura del proletariado, y de ninguna manera una negación de la dictadura del proletariado[25].

Nadie más tocó el tema excepto Varga, el economista húngaro de la Comintern, que creyó importante hacer una distinción entre «el campesino que trabaja» y «el campesino que explota»[26]; el pleno aprobó una extensa resolución en la que se citaban las resoluciones del segundo y cuarto congreso de la Comintern relativas a la cuestión agraria y se llegaba a la conclusión de que lo que se necesitaba para dar expresión a las relaciones correctas entre obreros y campesinos era «la fórmula política del gobierno de obreros y campesinos»[27]. En este encuadre táctico encajaba la condena del Partido Comunista Búlgaro por no haberse aliado con el régimen campesino de Stambuliski.

A pesar de los esfuerzos de Zinóviev, el intento de rescatar al campesino del lugar secundario en el que lo situó la doctrina marxista no produjo los efectos deseados. Las lecciones de la experiencia rusa parecían tener poca validez en la esfera internacional. No eran aptas para los países industriales de Europa occidental, y el intento de imponer en América combinaciones políticas de este tipo era ridículo. En los países asiáticos el problema campesino se hallaba inmerso en el contexto más vasto de la liberación nacional. Sólo en una parte del mundo —en Europa oriental y central— existían condiciones en parte análogas a las de Rusia; sólo allí habían llegado al poder los partidos políticos campesinos. En el verano de 1923, un comunista polaco de origen campesino y antiguo diputado de la Dieta polaca, llamado Dombal, que acababa de ser puesto en libertad de una cárcel polaca a cambio de prisioneros polacos retenidos en Rusia, propuso la creación de una Internacional Campesina.

[25] *Rasshirenni Plenum Ispolnitelnogo Komiteta Kommunisticheskogo Internatsionala (12-23 Iyunia, 1923 goda),* (1933), pp. 36-43.

[26] *Ibid.*, pp. 47-48; en un artículo escrito después de la sesión, Varga dijo que la resolución con respecto a un gobierno obrero y campesino fue «el acontecimiento más importante de la sesión celebrada por el IKKI ampliado» y añadió que, a su juicio, debiera restringirse a los campesinos «pobres» y «medios» *(Internationale Presse-Korrespondenz,* n.° 104, 22 de junio de 1923, p. 884). En un nuevo artículo (*ibid.*, n.° 116, 11 de julio de 1923, páginas 1020-1021) Dombal atacó el punto de vista de Varga «como un intento de vender al occidente el slogan de 'los pobres rústicos' que no logró justificarse en Rusia» y «constituye una innecesaria limitación de bases de nuestro trabajo»; la campaña debiera atraer a «las amplias masas del campesinado».

[27] *Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* (1933), pp. 368-373.

A diferencia de otros proyectos anteriores del mismo tipo, el plan de Dombal se basaba en la organización de la Internacional bajo auspicios comunistas [28]. Por una coincidencia feliz, la exposición agrícola soviética, proyectada originalmente para 1922 y luego aplazada para el año siguiente, se inauguró en Moscú el 15 de agosto de 1923 [29]. La presencia de delegados procedentes de organizaciones campesinas del extranjero contribuyó a adelantar el plan de Dombal; y lo que se denominó oficialmente la «Primera Internacional Campesina» se reunió en Moscú el 10 de octubre de 1923. Más de 150 delegados representaban a los campesinos de cuarenta naciones (incluidas en este total varias de las repúblicas y de las repúblicas autónomas de la Unión Soviética).

Las sesiones fueron formales y de poco interés. Dombal las inauguró y a lo largo de ellas fue figura principal. Kalinin saludó en nombre del VTsIK y del Gobierno de la URSS. Zinóviev sólo hizo acto de presencia el tercer día con un saludo de la Internacional Comunista. Klara Zetkin, en una tirada retórica, explicó que «nosotros no soñamos con que las masas de campesinos se incorporen a las filas del partido comunista»: lo que se necesitaba era una alianza «para emprender la lucha común contra el capitalismo». Se aprobó con entusiasmo una resolución contra la guerra. Varga se explayó respecto a la desesperada situación del campesino bajo el capitalismo. Teodorovich, comisario del pueblo para Agricultura de la RSFSR, habló del campesino en la Unión Soviética, cuyo único problema ahora era el bajo precio de sus productos en comparación con el precio de los artículos industriales. Se decidió crear un Consejo Campesino Internacional, con un presidium de doce miembros, como institución permanente, y celebrar nuevos congresos campesinos cada dos años. En Moscú se establecería un instituto agrario. Nadie aludió a las disensiones que desgarraban al partido ruso y que llegaron a un punto culminante mientras se reunía el congreso. Se tocaron sólo por encima los acontecimientos de Bulgaria, para señalar la conve-

[28] El único precedente de la idea de Dombal es una propuesta que hizo Osinski ante el IKKI en marzo de 1922 para que se reunieran en conferencia en Moscú las secciones agrícolas de los partidos comunistas; el IKKI aprobó la propuesta y designó un comité para que la pusiera en efecto (*Die Taktik der Kommunistischen Internationale gegen die Offensive des Kapitals* [1922], pp. 135, 163). Pero parece que de ahí no se pasó. En marzo de 1923 Dombal, con otros veintiún comunistas polacos, fue cambiado por un grupo de polacos detenidos en la Rusia soviética (*Pravda*, 18, 20 de marzo de 1923), y en abril de 1923 hizo acto de presencia, como un delegado fraterno del partido comunista polaco, en el duodécimo congreso del partido ruso (*Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1923], página 77).

[29] Véase anteriormente p. 96.

niencia de un entendimiento entre los campesinos y los trabajadores industriales. Nadie mencionó la situación política de Alemania, excepto Bujarin y Radek, quienes hablaron en el acto de clausura celebrado en el teatro Bolshoi. Aquí Bujarin señaló que las masas trabajadoras de Alemania tenían enfrente «un enemigo armado hasta los dientes, que puede exterminarlas, si el proletariado y el campesinado alemán no marchan al unísono»; por su parte, Radek declaró que «Europa se halla en vísperas de graves disturbios» y pidió a los campesinos franceses y alemanes que presionaran a sus respectivos gobiernos contra el riesgo de la guerra [30].

Recién terminado el congreso, el Consejo Campesino Internacional celebró su primera, y al parecer única, sesión, designó su presidium y nombró a A. P. Smirnov, veterano funcionario del partido ruso, como secretario general, y a Dombal como su segundo. El consejo cayó en seguida en el olvido. El presidium siguió emitiendo manifiestos sobre los acontecimientos del momento a lo largo de los doce meses siguientes. El único episodio notable de su vida tuvo lugar cuando, en junio de 1924, Radich y Kosutich, dos jefes del Partido Campesino Croata, visitaron Moscú y solicitaron en nombre del partido que se le diera de alta en la Internacional Campesina. El 1 de julio de 1924, en una reunión del presidium, la solicitud fue aceptada con entusiasmo; y de momento prevaleció la impresión en Moscú de que se había logrado un gran éxito [31]. Los hechos posteriores no justificaron estas esperanzas. Radich, que parece se llevó un juicio desfavorable de todos los políticos soviéticos, con la sola excepción de Chicherin, regresó a Yugoslavia convencido de que, «desde el punto de vista de los intereses campesinos, el régimen soviético es el peor de todos los conocidos en la historia» [32]. Su visita a Moscú resultó ser una carta muy útil en el juego de la política interna de Yugoslavia. Tras intensos regateos, Radich llegó a reconciliarse con el Gobierno serbio-croata-esloveno y aceptó una cartera en el mismo; y nada más se volvió a oír de que los croatas sintieran ningún interés por la Internacional Campesina. De las instituciones creadas por el congreso de octubre de 1923, sólo el instituto agrario disfrutó de cierta vitalidad y continuó existiendo muchos años; congresos internacionales no se volvieron a celebrar.

[30] Las actas del congreso, en las que figuran las resoluciones completas, y en forma muy abreviada los discursos, están en *Protokoll vom Ersten Internationalen Bauernkongress* (1924).

[31] Los documentos relativos a todos estos acontecimientos figuran en *Die Bauerninternationale*, i (1924), 160-186.

[32] G. Besedovski, *Na Putiaj k Termidoru* (París, 1931), i, 72-73; según esta fuente, Goldenstein (véase p. 198, nota 10), que era amigo personal de Radich, dispuso la visita de este último a Moscú.

Capítulo 9

EL FRACASO ALEMAN

Las noticias de Alemania sobre la caída del gobierno de Cuno y sobre el establecimiento de un gobierno de coalición de ancha base encabezado por Stresemann causaron sensación entre los jefes soviéticos, los cuales disfrutaban de sus vacaciones en lugares diferentes. Seis meses después fue fácil diagnosticar este acontecimiento como «un reflujo en la alta marea de la revolución» [1]. Pero pocos, fuera o dentro de Alemania, opinaban así en el momento de producirse el cambio de gobierno ni confiaban en la habilidad del gabinete de Stresemann para capear el temporal. El barómetro político parecía indicar, con más claridad que nunca, la inminencia de la revolución. El 15 de agosto de 1923, Zinóviev escribió desde el Cáucaso que «la crisis se aproxima» y que «un nuevo y decisivo capítulo se inicia en las actividades del Partido Comunista Alemán y de la Comintern» [2]. Brandler, llamado con urgencia, se desplazó desde Berlín para celebrar consultas. Zinóviev, Bujarin y Trotski regresaron de inmediato a Moscú, donde el 23 de agosto de 1923 tuvo lugar una reunión extraordinaria del Politburó, a la cual asistieron, además de los miembros de ese organismo, Radek, Piatakov, Shmidt y Tsiurupa [3].

[1] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), p. 31.

[2] *The Errors of Trotskyism* (CPGB, 1925), p. 347.

[3] La única constancia pública que existe de esta reunión se halla en B. Bazhanov, *Stalin* (traducción alemana del francés, 1931), pp. 122-126. El autor, miembro del equipo de Stalin, fue secretario del Politburó, cargo que

Radek informó sobre la situación. Las actividades que asumieron los líderes fueron importantes y características. Trotski, desde el principio, estaba más convencido que cualquiera de sus colegas —con la excepción, quizá, de Lenin en determinados momentos— de que los destinos de las revoluciones rusa y alemana se hallaban irrevocablemente unidos: para Trotski se trataba de una convicción tanto de carácter emotivo como racional. En un artículo que escribiera en Nueva York inmediatamente después del estallido de la revolución de febrero, figuraba un diálogo imaginario entre él y un crítico:

—¿Pero qué sucederá si el proletario alemán no se levanta? ¿Qué hará usted entonces?
—¿Supone usted que puede tener lugar la revolución rusa sin que influya en Alemania? Es algo totalmente inverosímil.
—¿Y si, con todo, sucediera como digo?
—La verdad, no necesitamos ocuparnos con una hipótesis tan descabellada[4].

Su actitud en Brest-Litovsk se basó en esta convicción avasalladora. Que en aquel momento las cosas no salieran como él esperaba no fue óbice para que siguiera aferrado a su idea. Simplemente, había que aplazar su realización. Trotski, acaso el único entre los bolcheviques de nota, siguió creyendo sinceramente que la oportunidad de una revolución proletaria victoriosa en Europa se perdió en 1919 por falta de partidos comunistas organizados que la dirigieran[5]. Durante la primavera y el verano de 1923, Trotski observó con creciente emoción el aumento de las tensiones en Alemania. En agosto se convenció de que la oportunidad perdida volvía providencialmen-

ejerció tras ser transferido desde el Orgburó (el acuerdo relativo a este traslado se reproduce en *ibid.*, p. 5). Escribe de memoria y con un estilo melodramático y sus juicios son de poco valor; pero los hechos que narra se ajustan por lo general a lo que se conoce por estos conductos. Unos meses más tarde, al referirse Zinóviev a esta reunión, explicó que mientras Lenin se hallaba en activo, los trabajadores rusos de la Comintern «recibían personalmente los consejos de Lenin, y con eso bastaba», pero que, tras su retirada, «se había hecho necesario sustituir la dirección de Ilich por la dirección colectiva»; de esta manera ocurrió que los representantes del partido en la Comintern discutieran «con detalle el asunto de la revolución alemana» con el Politburó *(Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1924], p. 167). Esto, incidentalmente, confirma la suposición de que el Politburó no discutió «la acción de marzo» de 1921 (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 349-350).

[4] Trotski, *Sochineniya*, iii, i, 20.

[5] «En el año más crítico para la burguesía, el 1919 —escribió dos años más tarde—, el proletariado europeo pudo haber conquistado, sin ninguna duda, el poder estatal con el mínimo de sacrificios, si hubiera tenido al frente una organización verdaderamente revolucionaria..., es decir, un fuerte partido comunista» (L. Trotski, *Piat Let Kominterna* [sin fecha (1924)], página 224).

te a presentarse. Pensó que la esperada revolución proletaria de Alemania sería ya cosa de semanas; y abogó con todo su entusiasmo por arriesgarlo todo en su ayuda. Zinóviev no se dejó llevar por tan grande optimismo y pensó que sería más seguro calcular en meses y no en semanas la llegada de la revolución; pero en líneas generales coincidía con la línea política propuesta por Trotski. Stalin se mostró aún más precavido. No veía posibilidades de revolución en Alemania ni ahora ni en el otoño; si acaso en la primavera, pero tampoco con seguridad. Pero las dudas y las vacilaciones fueron rápidamente vencidas. El Politburó, aunque no compartía todo el entusiasmo de Trotski, decidió apoyar por todos los medios disponibles los movimientos revolucionarios de Alemania y designó un comité permanente formado por Radek, Piatakov, Unshlijt, ahora vicepresidente de la GPU, y Shmidt (a los cuales se incorporó más tarde Krestinski, embajador soviético en Berlín, para que supervisara la operación)[6]. Un motivo que sin duda preocupó al Politburó, ahora o más tarde, fue el temor de que Stresemann quisiera dar a la política alemana una orientación occidental y le diera la espalda a Rapallo. El supuesto de que Alemania y la Rusia soviética, por muy distanciadas que estuvieran, tenían un interés común en resistir al dominio de las potencias occidentales, peligraba ahora, al parecer, por el nuevo giro impuesto a la política alemana.

La nueva estrategia aprobada por el Politburó exigía otras actividades tanto en el frente internacional como en el diplomático. El 27 de agosto de 1923, una proclama emitida conjuntamente por el IKKI y el consejo central de la Profintern, declaraba que el proletariado alemán se hallaba en peligro e invitaba a los trabajadores de todos los países a que protestaran contra la ocupación del territorio alemán[7]. En la edición de septiembre del periódico de la Profintern, Lozovski se ocupó de atizar el fuego:

> La revolución llama a la puerta de Alemania y pide que le abran paso... No podemos fijar la fecha de la revolución alemana. Sin embargo, a juzgar por el presente estado de cosas, es sólo cuestión de meses.

Y el artículo terminaba imaginando el momento en que «la revolución mundial formará un bloque territorial desde Vladivostok

[6] Cuatro años más tarde Stalin se refirió a la designación de una «comisión alemana de la Comintern», formada por Zinóviev, Bujarin, Stalin, Trotski, Radek y «varios camaradas alemanes», para prepararse a ocupar el poder (*Sochineniya*, x, 63); no parece que existan constancias contemporáneas de la existencia de semejante comisión.

[7] *Die Rote Fahne* (Berlín), 2 de septiembre de 1923; de acuerdo con una declaración verbal hecha por Brandler al autor, esta proclama fue emitida a iniciativa de Trotski.

al Rin»[8]. El 31 de agosto la Zentrale del KPD anunció que el momento decisivo «se aproximaba» y concluyó una proclama con la consigna: «Alzaos al combate, la victoria es segura»[9]. El número de la *Rote Fahne* que llevaba la proclama del IKKI-Profintern, apareció también con un artículo de Radek escrito de acuerdo con la nueva línea; acusaba a Stresemann de querer convertir a Alemania, como a Austria, en «una colonia de la Entente» e insistía en que sólo la Unión Soviética era la amiga verdadera de las masas. Incluso Radek se olvidó por el momento de su escepticismo habitual. Dirigiéndose a los futuros jefes del Ejército Rojo en la academia militar de Moscú dijo que «la revolución, inminente en Alemania, será sólo parte de una serie de grandes conflictos mundiales que se avecinan, y la causa de estos conflictos es la bancarrota total de la burguesía, no sólo en Alemania, sino en toda Europa»[10].

La decisión del Politburó de ayudar a la revolución alemana, cuando llegara a estallar, fue tajante. No se decidió, sin embargo, si se tomarían desde Moscú medidas activas para acelerarla. Brandler estuvo en Moscú desde mediados de agosto a la espera de que los líderes bolcheviques se pronunciaran en un sentido o en otro. Los jefes de la izquierda del KPD, Maslow y Ruth Fischer, fueron también llamados a Moscú para que opinaran en cuanto a las decisiones a tomar y en cuanto a los preparativos para llevarlas a efecto. Lo que vino después fue causa de tantas recriminaciones y de tantas disculpas que la actitud precisa que asumieron en el momento las personas afectadas se puede conocer, en parte, por conjeturas. Sin embargo, se puede trazar un cuadro bastante claro de la cuestión. El ala izquierda del KPD, representada en las discusiones de Moscú por Maslow, Ruth Fischer y Thälmann, creía que en Alemania reinaban las condiciones favorables para un inmediato alzamiento revolucionario proletario con la toma del poder por parte del partido, tal y como hicieron los bolcheviques en octubre de 1917. Lo importante era fijar una fecha cuanto antes para asestar el golpe; las maniobras preliminares para llegar a él eran asunto de importancia secundaria. Trotski secundaba también esta opinión y lo mismo, aunque no con tanto entusiasmo, Zinóviev y la mayoría del Politburó. La postura de Brandler era más equívoca. En público, y por fidelidad al partido, aceptaba la opinión de la mayoría. En un debate del comité ejecutivo de la Profintern, declaró que la toma del poder en Alemania era «una tarea fácilmente realizable», aunque el conservarlo «sería más di-

[8] *Die Rote Gewerkschaftsinternationale,* n.º 9 (32), septiembre de 1923, pp. 785-786, 789.
[9] *Die Rote Fahne* (Berlín), 1 de septiembre de 1923.
[10] *Izvestiya,* 19 de septiembre de 1923.

fícil y complicado», debido a la actitud poco clara de Polonia y de Checoslovaquia y a la posible escasez de víveres; sin embargo, «tenemos todo esto en cuenta y decimos que ha llegado la hora de entrar en acción»[11]. Por otra parte, en privado, seguía abrigando dudas sobre si el partido estaba lo bastante preparado, tanto política como técnicamente, para la toma del poder; alegaba que, antes de dar el paso decisivo, era preciso ver qué actitud tomarían los trabajadores en general ante el gobierno de coalición de Stresemann, en el que el SPD estaba representado. Parece ser que este criterio, que era también el de Radek, lo compartía secretamente Stalin, por lo menos en cuanto que la situación de Alemania no había madurado todavía para emprender la revolución. Pero en esta época Stalin no tenía, ni pretendía tener, ningún conocimiento profundo de los asuntos europeos y procuraba no disentir de la mayoría de sus colegas en un asunto en el que no pisaba firme. Así, pues, también dio su aprobación al plan general[12].

El tema más debatido fue fijar la fecha para la toma del poder. En este punto era muy difícil que llegaran a un compromiso la derecha y la izquierda del partido alemán. En una reunión secreta celebrada a fines de septiembre de 1923, el Politburó decidió, ante la insistencia de Trotski y habida cuenta del precedente ruso, fijar para el 7 de noviembre la fecha de la revolución alemana[13]. Sin embargo,

[11] *Trud*, 22 de septiembre de 1923. Según las declaraciones de Kuusinen, hechas un año después, «el camarada Brandler sucumbió al señuelo de fantásticas visiones revolucionarias» y «la toma del poder se le antojaba cosa fácil y segura» *(The Errors of Trotskyism* [CPGB, 1925], p. 348); es dudoso que Brandler haya sustentado alguna vez tales opiniones.

[12] Zinóviev dijo posteriormente: «Todos (los jefes del partido) calculaban que la revolución de Alemania sería cosa de semanas. Todos nuestros informes señalaban en esa dirección. La diferencia entre los camaradas más optimistas y más pesimistas era que estos últimos esperaban que la revolución estallara *dos, tres* o *cuatro* semanas más tarde de lo calculado. Esta era la mayor divergencia que encontramos» *(Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov),* [1924], p. 166). El propio Stalin, en un discurso de 1927, aseguró que él «estuvo sin titubeos a favor de que los comunistas ocuparan de inmediato el poder» *(Sochineniya,* x, 63).

[13] B. Bazhanov, *Stalin* (traducción alemana del francés, 1931), pp. 129-130. Reflejo de esta controversia fue un artículo de Trotski que apareció en *Pravda,* del 23 de septiembre de 1923, y que fue reimpreso como edición especial de *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.º 152, 26 de septiembre de 1923, bajo el título «¿Puede fijarse una fecha determinada para el estallido de una contrarrevolución o de una revolución?» El artículo alegaba que Mussolini, «los fascistas búlgaros», los jacobinos en 1789 y los bolcheviques en 1917 habían puesto fecha a sus *coups* respectivos, y que esto era un paso necesario para cualquier partido que se irrogara el derecho a ejercer el liderazgo de la revolución; adoptar una «actitud de espera» frente al «creciente movimiento revolucionario del proletariado» era menchevismo. El artículo es-

cuando se le propuso a Brandler la fecha, se opuso terminantemente a este o a cualquier otro día, y la cosa quedó en que la fecha de la revolución la determinarían los propios comunistas alemanes [14]. Sobre esta base, que parecía dejar la decisión final en sus manos, Brandler entró en discusiones sobre los preparativos para el alzamiento.

La inmediata cuestión táctica se refería a la conveniencia de que el KPD entrara en un gobierno de coalición con el SPD de Sajonia. Este asunto se debatió primeramente, de manera informal, en el cuarto congreso de la Comintern en noviembre de 1922, cuando las elecciones sajonas dieron al SPD y al KPD la mayoría absoluta sobre todos los demás partidos del Landtag, y muchos miembros de ambas partes desearon que se llegara a una coalición entre los dos. Esta línea había merecido el apoyo de los jefes de la derecha del KPD tanto en Alemania como en Moscú, pero fue abandonada por la insistencia del IKKI [15] y entonces el SPD de Sajonia formó una coalición con los partidos burgueses, que duró muy poco. Desde principios de 1923 un gabinete socialdemócrata con Zeigner como primer ministro había gobernado en Sajonia con el apoyo de los votos comunistas en el Landtag; y se daba por supuesto que el KPD podía exigir su parte de cargos ministeriales si así lo deseara. Ahora se propuso que los comunistas formaran parte del gobierno de Sajonia (y de Turingia, donde existía la misma situación) a manera de trampolín de la revolución alemana. Se esperaba, entre otras ventajas, que, al participar en el gobierno de los Estados, los comunistas podrían echar mano de los depósitos de armas [16]. De este programa de acción, un tanto confuso, hizo luego Radek un resumen en los siguientes términos:

> El proletariado abre la marcha *(marschiert auf)* en Sajonia, partiendo de que defiende al gobierno de trabajadores en el cual entramos; procurará valerse en Sajonia del poder del Estado para armarse y formar, en esta provincia proletaria de Alemania central, un muro entre la contrarrevolución meridional de Baviera y el fascismo del norte. Al mismo tiempo, el partido intervendrá en toda Alemania para movilizar las masas [17].

taba expuesto en términos teóricos y no mencionaba a Alemania. Fue reproducido en L. Trotski, *Piat Let Kominterna* (sin fecha [1924]), pp. 575-580.

[14] R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), pp. 316-317; posteriormente, Zinóviev declaró que Radek también se opuso a que se fijara una fecha *(Die Lehren der Deutschen Ereignisse* [Hamburgo, 1924], página 60).

[15] *Ibid.*, pp. 50, 64-65; *Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* (sin fecha), i, 192; Trotski menciona que hubo «dudas y vacilaciones en el partido», pero que la cuestión se decidió por la negativa (L. Trotski, *Piat Let Kominterna* [sin fecha (1924)], p. 555).

[16] A. Thalheimer, *1923: Eine Verpasste Revolution?* (1931), p. 25.

[17] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), p. 5.

Pero ni siquiera con base a este programa llegaron a un completo acuerdo los jefes del KPD. Al parecer, la izquierda miraba estas maniobras con encontrados sentimientos [18], pero las aceptó como un paso más hacia la toma del poder. Sin embargo, Brandler, aunque no se oponía, en teoría, a un grado limitado de colaboración con el SPD, se mostraba casi tan reacio a fijar un horario para la entrada de los comunistas en el gobierno de Sajonia, como para el inicio de la propia revolución. Decía que la cosa no estaba todavía madura y que era preciso darle tiempo al tiempo. En primer lugar, era preciso movilizar a las masas [19]. Pero también en este extremo tuvo que ceder; y el 1 de octubre de 1923 se despachó a la Zentrale del KPD un telegrama firmado por Zinóviev, en nombre del IKKI:

> Puesto que, según apreciamos, el momento decisivo llegará en cuatro, cinco o seis semanas, estimamos necesario ocupar de momento cualquier posición que pueda sernos útil. La situación nos obliga a plantear de manera práctica el asunto de nuestra entrada en el gobierno de Sajonia. Si la gente de Zeigner (es decir, los socialdemócratas) está dispuesta a defender a Sajonia contra Baviera y los fascistas, entraremos. Procedan a armar inmediatamente a 50.000 o 60.000 hombres y no hagan caso del general Müller. Lo mismo en Turingia [20].

Posteriormente, Klara Zetkin describiría la situación, y no sin fundamento, como «el resultado de un compromiso entre los jefes de dos tendencias opuestas dentro del partido, no como el coronamiento de un movimiento unificado de masas» [21].

Otro *contretemps* enturbió estos preparativos nacidos con tan mala estrella. Trotski se alarmó ante la evidente falta de acuerdo y de simpatía entre los líderes del KPD, cosa que no auguraba nada bueno para el éxito de la empresa. Su conversión a la política

[18] Según Ruth Fischer (*Stalin and German Communism*, Harvard, 1948), Thälmann «regresó de Moscú con un nuevo entusiasmo por la estrategia de la coalición»; esto implica que ella y Maslow no compartían dicho entusiasmo.

[19] *Bericht über die Verhandlungen des IX Parteitags der Kommunistischen Partei Deutschlands* (1924), p. 246.

[20] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), pp. 60-61; según *Brandler* (*ibid.*, pp. 24-25), Radek compartía sus objeciones y trató en vano de que se modificara el texto del telegrama. Posteriormente Zinóviev reveló de manera esclarecedora las causas que motivaron la orden de que «se haga caso omiso» de Müller. Tras proclamarse el estado de guerra el 26 de septiembre, el general Müller fue designado jefe de la Reichswehr de Sajonia. «Recuerdo —continuó Zinóviev— el ejemplo de Kronstadt en 1917, cuando el Gobierno Provisional nombró comisario al cadete Pepeliaev, aunque en realidad el poder estaba en manos del soviet de Kronstadt; el soviet de Krontstadt hizo caso omiso de Pepeliaev, lo puso en ridículo y cuando nos convino lo detuvimos» (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 167-168).

[21] *Berich über die Verhandlungen der IX Parteitags der Kommunistischen Partei Deutschlands* (1924), p. 88.

de acción revolucionaria en Alemania no le había hecho perder su fidelidad personal a Brandler ni la desconfianza que sentía hacia los jefes de la izquierda del KPD[22]. Propuso que Maslow y Ruth Fischer quedaran retenidos en Moscú y, tras un largo tira y afloja, en el que Trotski y Zinóviev llevaron la voz cantante en pro y en contra de la propuesta, se llegó a un compromiso. El caso contra Maslow se vio fortalecido por el hecho de que Lenin quiso darle el año anterior un cargo en Rusia para impedirle que perjudicara en Alemania y por sus relaciones en el pasado con la oposición de los trabajadores[23]. Se decidió retenerlo en Moscú mientras una comisión de la Comintern investigaba su historial dentro del partido, pero se dejó a Ruth Fischer en libertad de regresar a Alemania[24].

Las cuestiones de tipo político que se debatieron en Moscú fueron, sin embargo, menos importantes que los preparativos, que ahora se emprendían seriamente por primera vez, para organizar la insurrección en su aspecto militar[25]. Pocos preparativos de este tipo se hicieron para la acción de marzo de 1921; y los que se llevaron a

[22] Trotski, desde que se discutiera la «acción de marzo» en el tercer congreso de la Comintern, en 1921, y apareciera como principal defensor de la política oficial (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 3, pp. 396, 407-409), fue considerado en el KPD como partidario de la derecha; en un artículo de enero de 1923 Ruth Fischer contrapuso los «teóricos de la ofensiva» a los «trotskistas», como los dos grupos principales dentro del KPD (*Die Internationale,* vi, n.° 3 [1 de febrero de 1923], p. 87. Las estrechas relaciones existentes por entonces entre Trotski y Radek, así como el apoyo personal que le daba a Brandler, a pesar de su conversión a la política de la acción inmediata, confirmaban esta impresión.

[23] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 3, pp. 427-428; se acababa de comprobar que el Grupo de Trabajadores (véase anteriormente páginas 90-91) había intentado atraerse a Maslow a su «buró extranjero» (V. Sorin, *Rabochaya Gruppa* [1921]), aunque no hay pruebas de que ese buró se estableciera.

[24] Poco se habla de este episodio en la literatura del partido; el pasaje referente al mismo en el discurso de Zinóviev del 11 de enero de 1924 ante el presidium del IKKI («He de admitir que durante las discusiones de octubre Radek estaba conmigo y Bujarin contra Trotski, que pedía la eliminación de Ruth Fischer, etc.»), figura en *Die Internationale,* vii, n.° 2-3 (28 de marzo de 1924),p. 44, pero se excluyó de la versión oficial del discurso aparecida en *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924). Kuusinen, al acusar a Trotski dos años más tarde, menciona también sólo a Ruth Fischer y hace caso omiso de Maslow (*The Errors of Trotskyism* [CPGB, 1925], pp. 350-351). En su juicio ante una corte prusiana por el delito de traición, en 1925, Maslow dio pormenores del incidente (sus deposiciones fueron reimpresas en un folleto del KPD, *Der Fall Maslow* [1926], p. 19); y R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), da del hecho una versión muy personal.

[25] Según F. Fischer (*Stalin and German Communism* [Harvard, 1948], página 312), las discusiones «se dedicaron, principalmente, más a la estrategia militar que a la política».

cabo fueron obra de la iniciativa local, no de ningún proyecto que se elaborara en la central del KPD y mucho menos en Moscú. Pero aquel fracaso demostró lo inútil que era realizar alzamientos esporádicos y faltos de coordinación contra las fuerzas disciplinadas de la policía y la Reichswehr. Cuando Brandler estuvo en Moscú en el verano de 1922, Trotski ofreció enviarle a un oficial del Ejército Rojo para que aconsejara al KPD en cuestiones de organización militar. Se aceptó la oferta y en el otoño Skoblevski, letón de nacimiento, llegó a Alemania con ese carácter de consejero [26]. Durante el invierno de 1922-1923, la proliferación de ejércitos ilegales de la derecha y el poder y la influencia, apenas disimulada, que ejercían convenció a los comunistas, acaso tardíamente, de la necesidad de emularlos [27]. Se dice que fue en el momento de la ocupación del Ruhr cuando un grupo de cinco o seis oficiales soviéticos del servicio secreto partieron para Alemania con el fin de crear dentro del KPD tres organizaciones secretas: un servicio de inteligencia en íntimo contacto con el organismo soviético equivalente; una unidad de terrorismo y sabotaje; y una organización militar para crear el núcleo de una fuerza de combate: las filas de un ejército revolucionario alemán [28].

[26] Informe verbal de Brandler; Brandler habló de estas cuestiones en términos generales ante el quinto congreso de la Comintern *(Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [sin fecha], i, 221-222).

[27] En un artículo de febrero de 1923 aparecido en el diario del partido, un miembro anónimo de la Zentrale manifestó que «el movimiento nacionalsocialista nos obliga, y nos da motivos válidos, no ya a pedir destacamentos armados de trabajadores, sino a formarlos», y continuó diciendo que los destacamentos debían integrarlos no sólo los comunistas, sino también socialdemócratas y trabajadores que no pertenecieran al partido; a falta de armas; recibirían lecciones de jiu-jitsu *(Die Internationale,* vi, n.° 3 [1 de febrero de 1923], pp. 75-76). Esto confirma que, realmente, la organización militar del KPD no existía hasta que los rusos se ocuparon de ello.

[28] Sobre estas cuestiones, los principales testimonios proceden de quienes posteriormente abandonaron el partido dispuestos a divulgar sus secretos; por lo tanto, hay que mirarlos con cierta prevención. Sin embargo, los hechos arriba mencionados, tal y como los revela W. G. Krivitski en *I was Stalin's Agent* (1939), pp. 55-58, pueden considerarse como bastante exactos. E. Wollenberg *(Der Apparat* [Bonn, tercera edición, 1952]), da una lista de las seis jefaturas regionales en que se dividía la organización militar, cada una de ellas con un general ruso adscrito: el autor estaba al mando de una de estas unidades. En W. Zeutschel, *Im Dienst der Kommunistischen Terror-Organization* (1931), figuran muchos datos sobre la organización del terror, en especial a partir de enero de 1924. Del libro se deduce que la organización del terror se hallaba bajo el mando directo de los rusos, y que los jefes del KPD la utilizaban especialmente para eliminar traidores y espías, aunque en el caso de fallos desconocían su responsabilidad para con la misma, lo cual constituye la actitud normal de los gobiernos con respecto a sus propias organizaciones secretas. Todas las narraciones de esta clase, bien procedan de fuentes alemanas o rusas, tienden, por razones obvias, a exagerar la respon-

Este ejército estaría formado con base en unidades de cien hombres —las denominadas «centurias rojas» o «centurias proletarias» compuestas de trabajadores, pero no necesariamente de miembros del partido— y mientras tanto se acumulaban depósitos de armas, procedentes del mercado negro, donde se conseguían en abundancia y con facilidad. La espina dorsal de estas agrupaciones estaría constituida por «grupos de diez» formados por miembros de confianza del partido. Estas medidas de organización militar se prolongaron a lo largo del verano de 1923, mientras Alemania se hundía más y más en el caos. El plan estratégico consistía, al parecer, en movilizar a las centurias rojas de toda Alemania, cuando llegara el momento, y concentrarlas en Sajonia y Turingia, fortalezas comunistas que servirían de base de la campaña revolucionaria [29].

Los preparativos parece que se resintieron por exceso de autoridades. Skoblevski estaba al cargo de las operaciones militares y contaba con la asistencia de un directorio de siete miembros del comité central del KPD. Pero Guralski, que había acompañado a Bela Kun a Berlín en marzo de 1921 [30] y había tomado desde entonces parte activa en los asuntos alemanes bajo el alias de Kleine, tenía a su cargo la organización militar del partido, con un refuerzo de técnicos del Ejército Rojo y de comunistas extranjeros adiestrados en el Ejército Rojo, encargados de la tarea de equipar y entrenar a las unidades alemanas [31]. Pero, a pesar de tanta organización, se lograron pocos resultados. Las tan cacareadas centurias rojas apenas existían fuera del Ruhr [32]. El cálculo que se dice dio Brandler en Moscú, de que de 50.000 a 60.000 hombres podrían ser armados y movilizados en Sajonia, resultó una fantasía; el número total de rifles en las manos

sabilidad rusa y a representar a los comunistas alemanes como alumnos dóciles; a principios y a mediados de la década de 1920 las organizaciones terroristas secretas y los asesinos «políticos» eran demasiado corrientes en todas las esferas de la vida alemana para precisar del estímulo de la inspiración extranjera. Entre los supuestos proyectos de la organización terrorista comunista figuraba un complot para asesinar a Seeckt (*ibid.*, pp. 65-66); según J. Valtin, *Out of the Night* (1941), pp. 58-59, las organizaciones terroristas organizadas por Skoblevski proyectaron el asesinato de Seeckt y Stinnes, pero «Radek, por mediación de Brandler, ordenó que se abandonara el plan de matar a von Seeckt». Un complot nacionalista para asesinar a Seeckt fue descubierto en enero de 1924 (J. W. Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power* [1953], p. 109).

[29] W. G. Krivitski, *I was Stalin's Agent* (1939), p. 60.

[30] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, p. 347.

[31] J. Valtin, *Out of the Night* (1941), p. 48, describe la formación de las centurias rojas de Hamburgo en septiembre de 1923 con cinco o seis «jóvenes oficiales soviéticos», que entraron ilegalmente desde Rusia para entrenarlas.

[32] A. Thalheimer, *1923: Eine Verpasste Revolution?* (1931), p. 19.

del partido no pasaba de 11.000 [33]. Las conclusiones a que llegó más tarde el presidium del IKKI pecaban, si acaso, de indulgentes:

Los preparativos técnicos, la movilización del aparato del partido para la lucha por la conquista del poder, el equipo y la moral de las centurias dejaban que desear. Los preparativos técnicos, demasiado apresurados, no produjeron nada en la práctica; en el aspecto técnico fueron movilizados los hombres del partido para que entraran en acción, pero no se logró llegar a las grandes masas proletarias [34].

Ningún entrenamiento ruso hubiera podido, en tan poco tiempo, convertir a los destacamentos del KPD en fuerzas disciplinadas capaces de medirse con la Reichswehr o tan siquiera con los adiestrados ejércitos ilegales de la derecha.

Los preparativos militares y los cálculos de los responsables del planteamiento de la insurrección alemana de octubre de 1923 se ven ridículos cuando se observan retrospectivamente. Los empeños de conspiradores aficionados, carentes de todas las condiciones necesarias al caso, excepto de la audacia y de la confianza en sí mismos, no eran nada ante la fría determinación de los profesionales de la Reichswehr. La lucha aparecía tan desigual que jamás se hubiera emprendido de no ser por dos errores de cálculo que más o menos completamente compartían todos los jefes responsables, fueran rusos o alemanes.

El primero de estos errores de cálculo tiene relación con la propia Reichswehr. Era sabido que los oficiales y soldados de la Reichswehr no eran un modelo de fidelidad para con la república; se creía que algunos de ellos estaban contagiados con las vagas aspiraciones del «bolchevismo nacional»; y los jefes de la Reichswehr concedían una gran importancia a su colaboración secreta con el Ejército Rojo. Con base en estos hechos, parece que en Moscú se hicieron demasiadas ilusiones y creyeron que, en un alzamiento comunista, contarían con la complicidad de una parte de la Reichswehr. En vísperas

[33] *Die Internationale,* vi, n.° 18 (30 de noviembre de 1923), p. 524; Zinóviev usó estos cálculos erróneos en las sesiones del presidium del IKKI y de la decimotercera conferencia del partido en enero de 1924 para echar la culpa de la derrota a la jefatura del KPD (*Die Lehren der Deutschen Ereignisse* [Hamburgo, 1924], p. 60; *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunistecheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 170); según Brandler, él supo por Guralski, a su regreso de Moscú, que no se había hecho ningún progreso durante su ausencia en el acopio de armas (*Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [sin fecha], i, 231). Una obra soviética publicada en 1931 y citada por *Voprosi Istori,* n.° 11 (1948), p. 6, da la elevada cifra de 800 centurias rojas, de las cuales más de un tercio se hallaban en Sajonia; éstas debieron ser las cifras oficiales y tenían poco que ver con la realidad.

[34] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), p. 102.

de la proyectada insurrección, Trotski dijo en un discurso que pronunció en Moscú que la Reichswehr contenía «elementos de la clase trabajadora que, en un momeno dado, no defenderían con mucho ardor a la burguesía»[35]. Se dieron casos, en aquel inquieto verano de 1923, de que manifestantes comunistas locales fraternizaran con miembros de la policía y de la Reichswehr[36]. A un nivel superior se habían establecido contactos entre la organización militar comunista y ciertos oficiales de la Reichswehr. Pero es imposible saber cuántos de estos contactos se hacían con verdaderos simpatizantes y cuántos con agentes secretos cuya función era la de tener a las autoridades al corriente de lo que se cocía en los círculos comunistas. Lo que sí está claro es que los jefes de la Reichswehr, al margen de su actitud con respecto a la república de Weimar o a la conveniencia de entrar en alianza con la Rusia soviética, nunca estuvieron dispuestos a tolerar que el comunismo se impusiera en Alemania; y en cuanto a las simpatías sentimentales que existieran por los comunistas entre los soldados, nunca fueron tan fuertes ni tan extensas como para minar la disciplina de la Reichswehr. Cualquier cálculo basado en la supuesta aquiescencia de una parte de la Reichswehr ante la eventual toma del poder por los comunistas estaba completamente equivocado.

El otro error de cálculo de los jefes del KPD, y, lo que es más grave, del Politburó de Moscú, se refiere a la actitud de la clase trabajadora alemana. De este error fue tan culpable la izquierda, que creía que al partido le bastaba con asestar un golpe en una fecha determinada para que las masas le siguieran, como la derecha, convencida de que, mediante maniobras políticas preliminares, podría asegurarse el apoyo activo de gran parte del SPD. Era una repetición de las ilusiones que dominaron el pensamiento político de los jefes bolcheviques y de muchos alemanes desde noviembre de 1918: que Alemania estaba ya madura para una revolución proletaria. El movimiento de los trabajadores, probablemente el mejor organizado del mundo, había pasado por la escuela del marxismo; sus pronunciamientos iban arropados en el lenguaje del marxismo. En la Alemania de 1918-1919 todas las condiciones parecían predisponer a favor de la revolución. Cuando fracasó, se llegó a la conclusión de

[35] *Izvestiya,* 21 de octubre de 1923.

[36] W. Zeutschel, *Im Dienst der Kommunistischen Terror-Organization* (1931), p. 12 habla de «grandes simpatías por el KPD incluso en las filas de la policía y la Reichswehr»; Schleicher trataba de promover en esta época, con el visto bueno de Seeckt, «un nuevo espíritu de conciencia nacional en la Reichswehr» y la idea sentimental de «una camaradería entre soldados y trabajadores» estaba de moda «entre los jóvenes oficiales» (J. W. Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power* [1935], pp. 110-111).

que su éxito vendría más tarde. El fracaso de marzo de 1920 y de la acción de marzo de 1921 se atribuyó a fallos tácticos, no a que el diagnóstico fuera falso. En el otoño de 1923, la situación alemana era más desesperada que en cualquier otro momento desde 1919, la miseria mayor y las perspectivas más desoladoras. Esta vez las masas no dejarían de levantarse a la llamada de la revolución. Con esta firme creencia se tomaron las decisiones y se trazaron los planes en Moscú y en Alemania. Nadie pensaba en serio que la victoria se conseguiría con un simple *coup* militar o que las centurias rojas darían mucho trabajo a la Reichswehr en un combate formal; por lo tanto no se podría achacar el fracaso a la insuficiencia de los preparativos militares. Estos preparativos se realizaron al modo como se prepara una cerilla para, en un momento dado, acercarla a un material inflamable. No hay razones para suponer que no hubieran resultado eficaces en caso de que el material fuera el apropiado. Los preparativos del alzamiento alemán del otoño de 1923 se realizaron, como tantas decisiones que se tomaron en Moscú desde 1917, bajo la ilusión de que el proletariado de Europa occidental, y de Alemania en particular, estaba ya maduro para la revolución proletaria.

La persistencia de estas ilusiones nos ayuda a comprender uno de los rasgos más peregrinos de la actitud soviética hacia la crisis alemana de 1923: que no se tratara de resolver la aparente contradicción existente entre la política de Rapallo y de los acuerdos secretos con la Reichswehr, y la política de ayuda incondicional al KPD y a la revolución proletaria de Alemania. Esta contradicción reflejaba en forma excepcionalmente dramática la dualidad consustancial de los soviets en sus relaciones con el mundo exterior. Era imposible abandonar la creencia, largamente acariciada, de una revolución mundial del proletariado o descuidar las medidas que pudieran acelerarla en algunos países en particular. De la misma manera, era imposible abandonar los expedientes a corto plazo necesarios para promover la seguridad y la estabilidad del Gobierno soviético, aislado y solo, mientras llegaba el momento de que la revolución se extendiera a otros países importantes. Esta contradicción sólo podía resolverse creyendo, como creían todos los jefes bolcheviques que fueron elaborando lentamente esta política dual en la época de Brest-Litovsk, que la revolución triunfaría en otros países en cosa de semanas o de meses. Las discrepancias de la política soviética en Alemania en el otoño de 1923 son explicables si consideramos que todos los responsables de planificarla creían firmemente que la revolución proletaria estallaría en Alemania al cabo de unas pocas semanas. Una vez aceptada esta hipótesis, la necesidad de prestar apoyo a la revolución inminente y la necesidad de franquear el breve espacio

intermedio con medidas que pudieran fortalecer al Gobierno soviético y alejar el peligro de un ataque desde occidente —la única contingencia capaz de ahogar a la revolución alemana en su cuna —se comprenden perfectamente. La contradicción desaparecía a la luz de la fe en la inminente victoria de la revolución. Armar al KPD y ayudar a armarse a la Reichswehr al mismo tiempo, tenía sentido si se creía que la Reichswehr nunca usaría sus armas contra un alzamiento comunista organizado, o si se creía que la revolución se presentaría mucho antes de que la política de ayuda a la Reichswehr diera ningún resultado palpable. Sólo estas ilusiones pueden justificar la política dual que se aplicó en Alemania en 1923, y la política dual hizo que las ilusiones fuesen psicológicamente necesarias a los jefes bolcheviques. Aferrarse a ellas era la única manera de que todo lo que hacían tuviera sentido.

A pesar del optimismo reinante, se notaba, por las fluctuaciones de la política oficial, cierto sentimiento de embarazo. Mientras se elaboraba con el máximo detalle el programa no oficial del apoyo ruso al alzamiento comunista alemán, la política oficial del Gobierno soviético estaba envuelta en la oscuridad, no tanto por la reticencia diplomática —cualidad que en aquellos momentos se estimaba menos que en épocas posteriores—, sino por la indecisión reinante en las altas esferas. En el primer periodo de la crisis del Ruhr hubo espíritus ardorosos que de vez en cuando investigaban las perspectivas de una intervención por parte del Ejército Rojo. En el duodécimo congreso del partido, en abril de 1923, un delegado se quejó de un artículo de fondo de *Pravda* porque le dio la impresión de que «estamos ofreciendo a Alemania una ayuda activa, casi en la forma de una alianza militar» [37]. El mismo mes un delegado del comité central del KPD visitó el cuartel general de Tujachevski en Smolensk, donde halló a los soldados deseosos de «marchar con las armas en la mano para ayudar al proletariado polaco y alemán»; y el Estado Mayor le confió que «el Ejército Rojo barrerá a un lado, como si fuera broza, cualquier barrera polaca que intente separarlo del proletariado alemán en la hora decisiva» [38]. Pero el coco del ultimátum

[37] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 134; tal artículo no ha podido ser identficado. Zinóviev dijo en el congreso: «Nosotros decimos a los caballeros de la burguesía alemana... si verdaderamente desean combatir contra la ocupación, si quieren pelear contra los insultos de la Entente, el único camino que les queda es buscar un entendimiento con el primer país proletario, que no puede por menos que apoyar a los países que están sometidos a la dependencia servil del imperialismo internacional» (*ibid.*, pp. 12-13).

[38] *Die Rote Fahne* (Berlín), 22 de abril de 1923. En aquella época indudablemente se trazaron planes para una ofensiva militar contra Polonia. Se

de Curzon puso fin a estas provocaciones verbales. Cuando la crisis alemana maduró en agosto y septiembre de 1923, era evidente que esta vez no se iba a repetir el experimento de 1920, cuando se utilizó al Ejército Rojo en un intento de provocar la revolución; y esta nota se tocó en una entrevista, muy difundida, que concedió Trotski a un distinguido visitante americano en Moscú, el senador King:

Por encima de todo queremos la paz. No enviaremos ni un solo soldado más allá de las fronteras de la Rusia soviética a menos que nos veamos obligados por la fuerza... No queremos la guerra. Tenemos muy presente que la guerra entre nosotros y Polonia desembocaría en una conflagración en Europa que barrería de la faz de la tierra los restos de la civilización europea [39].

Y el número de *Izvestiya* que publicó la entrevista remachó el clavo con un artículo de fondo titulado «El fantasma de la agresividad soviética»:

Que la revolución triunfe en Alemania o Bulgaria dependerá, en primera instancia, de hasta dónde los trabajadores de esos países están dispuestos a pelear y a lograr la victoria.

Por otra parte los jefes soviéticos, preocupados por la posibilidad de que Polonia pudiera intervenir a instancias de Francia, en el caso de que la revolución proletaria triunfase en Alemania, estaban dispuestos a amenazar a Polonia con el Ejército Rojo. La esencia de la política oficial soviética era neutralizar a Polonia, pero no intervenir de otra forma en la crisis alemana [40].

En vísperas del momento crucial en Alemania, la cautela oficial

dice que Frunze y Voroshilov, que en tiempos se mostraron partidarios de la reconquista militar de Besarabia (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 358-359), abogaban por la ofensiva. Pero no hay constancia de que los tomaran en serio fuera de los círculos militares. Esas ideas eran especialmente populares en Ucrania; G. Besedovski, *Na Putiaj k Termidoru* (París, 1931), i, 62-65, describe un plan preparado en el verano de 1922 por los diplomáticos ucranianos de Europa central, pero que fue rechazado por la oficina del partido en Jarkov y más tarde por el Politburó en Moscú.

[39] La entrevista apareció en *Pravda* y en *Izvestiya* del 30 de septiembre de 1923 y se reproduce en L. Trotski, *Kak Vooruzhalas Revoliutsiya*, iii, ii (1925), 114-117.

[40] Según B. Bazhanov, *Stalin* (traducción alemana del francés, 1931), páginas 123-124, en la reunión del Politburó del 23 de agosto de 1923, Trotski predijo que los aliados intervendrían para sofocar la revolución alemana y propuso que se procediera a una movilización general del Ejército Rojo para defenderla. Pero esto contradice la cautelosa actitud que por lo general asumía Trotski cuando se trataba de acciones militares; y ninguna otra fuente revela que se pensara seriamente en entrar en acción, salvo en el caso de que interviniera Polonia.

se reflejó en una serie de tres discursos pronunciados por Trotski en su carácter de comisario del pueblo para la Guerra, y considerando que era el más ardiente partidario de la revolución alemana entre todos los jefes bolcheviques. El 19 de octubre, en el sindicato de los metalúrgicos, pronunció el primero de sus discursos:

> Dicen que es inevitable la guerra con Polonia. No es cierto. Hay muchas razones para creer que no habrá tal guerra. No queremos pelear y haremos todo lo posible por evitarlo. Estamos incondicionalmente al lado de los trabajadores alemanes. Quisiéramos alargarles la mano por encima de la cabeza de Polonia para alentarlos todo lo que fuera preciso. Pero los trabajadores alemanes no necesitan apoyo militar en su lucha doméstica. Malo sería que una revolución no pudiera imponerse por sus propias fuerzas.

Pero los trabajadores alemanes —continuó— necesitan el grano soviético y la Unión Soviética necesita los productos industriales alemanes.

> La llave geográfica de todo este intercambio de productos está en manos de Polonia. Polonia puede servir de puente o convertirse en barrera.

Terminó diciendo que había un 51 % de probabilidades de paz y un 49 % en contra. Al día siguiente pulsó la misma nota en un discurso en el sindicato de los trabajadores del transporte. Tras predecir que los trabajadores tomarían el poder en Alemania «en el inmediato futuro» trató de la posibilidad de que Francia y Polonia intervinieran en ese caso y continuó:

> Polonia puede ser una barrera o un puente entre Alemania y nosotros. No queremos la guerra, estamos dispuestos a negociar para no mezclarnos en conflictos; pero no dejaremos que nos aíslen de nuestro mercado europeo.

Y al día siguiente, 21 de octubre, que resultó ser el punto decisivo de los acontecimientos de Alemania, repitió el mismo tema, sin variaciones sustanciales, en una conferencia ante los comisarios políticos del Ejército Rojo[41]. Estas declaraciones reflejaban lo que parece haber sido sincera convicción de Trotski en el momento: que la intentona comunista por hacerse con el poder se vería coronada por el éxito, igual que sucedió con el *coup* bolchevique de noviembre de 1917, y que el punto de peligro vendría cuando los países aliados bloquearan a la Alemania comunista en un intento de rendir por hambre al nuevo régimen[42]. La cuestión no era cómo dar a luz a

[41] Los tres discursos fueron objeto de gran difusión en su tiempo y figuran también en L. Trotski, *Kak Vooruzhalas Revoliutsiya*, iii, ii (1925), 120-125, 126-145, 146-172.

[42] Este recelo se basaba, evidentemente, en la experiencia del bloqueo aliado de Alemania en la primera guerra mundial.

la revolución alemana, sino cómo prevenir que la criatura no fuera estrangulada por sus malvados vecinos. Para contrarrestar este peligro las misiones comerciales soviéticas de Europa recibieron la orden de «formar una reserva de oro y grano para ayudar al proletariado alemán». Al mismo tiempo se tomaron medidas para acumular 60 millones de *puds* de grano en Petrogrado y otros puntos fronterizos, listos para ser despachados rápidamente a Alemania en el momento crítico [43].

La misma convicción motivó el único acto diplomático realizado en esta época, que se sepa, por el Gobierno soviético, y al cual se refirió más tarde Kámenev diciendo que se trataba «de la mejor expresión de nuestra política en estos meses» [44]. Kopp, primer representante soviético en la república de Weimar, que había regresado a Moscú al ser nombrado Krestinski embajador en Berlín, salió a mediados de octubre en misión especial con destino a los países bálticos y a Polonia. Era su objeto obtener la seguridad de que, en caso de que se registraran acontecimientos en Alemania, estos países no intervendrían en los asuntos alemanes ni estorbarían el tráfico entre la Unión Soviética y Alemania «sin tener en cuenta los cambios políticos y sociales que pudieran producirse en este último país». La cuestión de cómo impedir que los polacos intervinieran y dieran lugar al fracaso de la revolución comunista en Alemania mereció muy seria atención por parte de Moscú, y se comprendió que no serían suficientes las amenazas ni las representaciones diplomáticas en Varsovia. El ingenioso Radek, con el consentimiento del Politburó, sostuvo una conversación con Knoll, representante polaco en Moscú y le sugirió que el Gobierno polaco debiera consentir en el reconocimiento de un futuro régimen comunista en Alemania a cambio de la cesión de Prusia oriental a Polonia; en estas condiciones el Gobierno soviético se avendría a reconocer la «libertad de acción» del Gobierno polaco en Prusia oriental. Tal oferta, de ser conocida en Berlín, hubiera influido muy adversamente en las relaciones soviéticas con el Gobierno alemán. Por motivos de secreto se decidió, por tanto, excluir estas negociaciones

[43] G. Besedovski, *Na Putiaj k Termidoru* (París, 1931), i, 123.

[44] *Vtoroi Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), p. 66. El discurso de Kámenev de enero de 1924, del que procede esta cita, es una de las pocas manifestaciones oficiales soviéticas que revelan cierto embarazo con respecto a la doble política seguida en Alemania en 1923. Tras describir «el fortalecimiento de las relaciones amistosas con Alemania» como «una de las bases de nuestra política», explicó que «no podíamos permanecer indiferentes» a la crisis de octubre-noviembre, de la que culpó al imperialismo francés y al fascismo alemán; del KPD no hizo en absoluto ninguna mención (*ibid.*, pp. 65-66).

de la misión oficial de Kopp y confiarlas a un agente llamado Raevski, que llegaría a Varsovia, vía Dantzig, al mismo tiempo que Kopp [45]. Estas complicadas maniobras se vieron superadas, sin embargo, por los acontecimientos. Apenas había Kopp emprendido su misión, cuando se registraron en Alemania acontecimientos catastróficos.

A principios de octubre, los jefes del KPD, con excepción de Maslow, partieron de Moscú, de vuelta para Berlín, con objeto de poner en práctica los planes acordados. Una comisión designada por la Comintern para dirigir el levantamiento salió también para Alemania: Radek estaba al cargo de las relaciones del partido; Piatakov ejercía la supervisión general de los asuntos militares junto con Skoblevski y Guralski, que ya se hallaban en Alemania; Shmidt establecería contactos con los sindicatos [46]. Durante las seis semanas de deliberaciones en Moscú, la situación en Alemania siguió siendo grave. Continuó la depreciación de la moneda y las primeras medidas que se tomaron para estabilizarla con la creación del Rentemark no habían dado todavía frutos. La resistencia pasiva terminó oficialmente el 26 de septiembre de 1923, pero entonces se produjeron una huelga en el Ruhr, y, por parte de los nacionalistas, manifestaciones hostiles, pues consideraban como una desgracia nacional el cese de la resistencia pasiva. La Zentrale del KPD protestó también contra «la capitulación del gobierno Stresemann-Hilferding» en una proclama que terminaba con las palabras: «¡Viva la huelga general, viva la lucha!» Un artículo de fondo de Radek aparecido en *Inprekorr* tocaba la nota familiar de estímulo del sentimiento nacional al declarar que la burguesía había dejado de «defender la independencia

[45] Las fuentes principales de información respecto a la misión Kopp son: una larga declaración en *Pravda,* 17 de noviembre de 1923; el discurso de Kámenev en el segundo Congreso de Soviets de toda la Unión en enero de 1924 *(Vtoroi Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* [1924], pp. 65-66); L. Fisher, *The Soviets in World Affairs* (1930), i, 459-460, en el que se cita el informe anual del Narkomindel de 1923, que no nos ha sido asequible; y G. Besedovski, *Na Putiaj k Termidoru* (París, 1931), i, 139-143 (por entonces el autor se encontraba en la misión soviética de Varsovia). *The Times,* 24 de octubre de 1923, informó de los movimientos de Kopp. La conversación Radek-Knoll aparece en *The Times,* 29 de octubre de 1923 (de su corresponsal en Varsovia, el cual indudablemente la consiguió de fuentes polacas) y de la misma informan Besedovski y Fisher (este último la atribuye a una iniciativa de Knoll, lo que parece poco plausible); sólo Besedovski menciona el papel de Raevski, pero encaja con el natural deseo del Gobierno soviético de poder negar la responsabilidad oficial en semejante proyecto.

[46] R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), p. 323, omite a Piatakov; W. G. Krivitski, *I was Stalin's Agent* (1939), p. 61, menciona a Piatakov e incluye, falsamente, a Bujarin. Posteriormente Radek declaró que la delegación se mantuvo unánime a lo largo de las sesiones *(Die Lehren der Deutschen Ereignisse* [Hamburgo, 1924], p. 5).

de la nación» y que esta tarea correspondía ahora al proletariado [47]. El gobierno de Stresemann hizo gala de ese valor que nace de la desesperación: proclamó el estado de guerra y encargó a Seeckt y a la Reichswehr que mantuvieran el orden público. Ese orden se veía amenazado tanto por los nacionalistas como por la izquierda. Pero, de acuerdo con los precedentes, las principales medidas de represión se tomaron contra la izquierda. Ya en el 4 de septiembre la *Rote Fahne* fue suspendida por una semana; la suspensión se renovó otra vez desde el 24 de septiembre al 9 de octubre, y después de un par de números, desde el 11 de octubre al 20 del mismo mes. La iniciativa comenzaba a pasar a manos del gobierno.

Esta atmósfera reinaba cuando Brandler regresó a Alemania el 8 de octubre de 1923 [48]. Las negociaciones estaban muy adelantadas en Sajonia. El 10 de octubre la Zentrale del KPD anunció formalmente que aprobaba la entrada de tres miembros del partido, Brandler, Böttcher y Heckert, en «un gobierno de defensa proletaria» en Sajonia [49]; la nueva coalición se constituyó dos días más tarde. Mientras tanto, la sección de Berlín del KPD inició conversaciones con el SPD que se prolongaron una semana sin resultados positivos [50]. Radek, en su viaje de Moscú a Sajonia vía Praga, se detuvo en Varsovia donde, al parecer, reveló a los funcionarios de la misión soviética el pobre juicio que le merecía el potencial revolucionario de los socialdemócratas alemanes, y su pesimismo en cuanto al resultado de la inminente lucha [51]. Para entonces, el Gobierno alemán y la Reichswehr se sintieron lo bastante fuertes como para oponerse a la inclusión de los comunistas en la coalición de Sajonia. El 20 de octubre se ordenó por un ultimátum, que se disolvieran las «centurias proletarias» en Sajonia, y al rechazarse la orden, las tropas comen-

[47] *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.º 153, 28 de septiembre de 1923, p. 1318; n.º 155, 2 de octubre de 1923, pp. 1327-1328.

[48] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), p. 24.

[49] *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.º 162, 12 de octubre de 1923, p. 1370. Parecidas muestras de aprobación se expresaron en Moscú; *Izvestiya,* 18 de octubre de 1923, publicó una foto de los tres ministros comunistas.

[50] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), p. 63; G. Zinóviev, *Probleme der Deutschen Revolution* (Hamburgo, 1923), p. 72.

[51] G. Besedovski, *Na Putiaj k Termidoru* (París, 1931), i, 130-125. Radek iba en compañía de Larissa Reisner, la joven y bella esposa de Raskolnikov, el héroe de la incursión soviética en Enzeli en mayo de 1920 (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 3, p. 256) y posteriormente embajador soviético en Afganistán; Larissa visitó a Radek en Moscú en septiembre de 1923, le pidió su ayuda para conseguir un trabajo activo dentro del partido en Alemania, viajó con él a Sajonia y fue su esposa o su amante hasta que falleció de repente en 1927 (K. Radek, *Portrety i Pamflety,* i [1923], 59-71). Larissa dejó un boceto impresionista de los acontecimientos del otoño de 1923 en Hamburgo (L. Reisner, *Sobranie Sochineni* [1928], ii, 5-77).

zaron a moverse. La *Rote Fahne* reapareció el día del ultimátum, con tiempo para publicar un artículo de Brandler, en el cual expresaba su convicción de que los trabajadores de Alemania «no permitirán que machaquen al proletariado de Sajonia», y concluía: «Esta vez todo está en juego.» La Reichswehr había hecho lo que Brandler estuvo evitando: fijó la fecha en que los comunistas debían actuar o confesar su impotencia.

Por toda Alemania, las organizaciones militantes comunistas recibieron la señal de alarma y esperaron que se les indicara la hora del levantamiento. Fiel a su idea de que para que la revolución triunfara era preciso asegurarse la colaboración del ala izquierda del SPD, Brandler pasó el 21 de octubre, domingo, en una conferencia de organizaciones obreras en Chemnitz y allí pidió que se declarara la huelga general para resistir a la inminente invasión de la Reichswehr. Los trabajadores no comunistas reaccionaron al discurso con muy poco entusiasmo. Uno de los ministros socialdemócratas del gobierno de coalición amenazó con retirarse de la conferencia si se insistía en esa propuesta. Los socialdemócratas de Sajonia no tenían ningún deseo de lanzarse a una guerra civil contra la Reichswehr, y los comunistas carecían de fe en su capacidad de actuar solos. La exigencia de una huelga general quedó diplomáticamente enterrada al aprobarse el establecimiento de un comité que examinaría la propuesta [52]. Brandler, en vista de todo ello, canceló la proyectada insurrección. Radek y los demás delegados de la Comintern no se hallaban en Chemnitz, pero aceptaron esa decisión [53]. Los mensajeros que aguardaban para llevar a los comunistas, a la espera en toda Alemania, la orden de entrar en acción, salieron entonces con la orden de que se suspendieran los preparativos. Por un trágico error, que nunca ha sido satisfactoriamente aclarado, dos miembros del comité central del partido, Thälmann y Remmele, se ausentaron de Chemnitz antes de que la conferencia terminara, con la impresión de que su éxito estaba asegurado y, al llegar a Hamburgo en la tarde del 22

[52] Una breve noticia de la conferencia de Chemnitz se halla en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 164, 22 de octubre de 1923, p. 1398, y un informe posterior más amplio y más completo en A. Thalheimer, *1923: Eine Verpasste Revolution?* (1931), pp. 26-27; Brandler declaró más tarde que los trabajadores «no sólo los socialdemócratas, sino también los comunistas» eran contrarios a la acción *(Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [sin fecha], i, 232-233).

[53] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), p. 5; *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 356-357, añade el detalle que los delegados se negaron a aceptar que Brandler dimitiera. Según H. von Dirksen, *Moskau, Tokio, London* (Stuttgart [sin fecha] (1949?), p. 63, Radek en la época de la crisis sajona residía con nombre falso en un hotel de Dresden.

de octubre, dieron la orden de que comenzara el levantamiento. A primeras horas de la mañana del siguiente día, mientras la Reichswehr avanzaba sobre Dresden sin encontrar resistencia para destituir al gobierno de coalición, unos centenares de comunistas atacaron y ocuparon en Hamburgo varias comisarías de policía, se apoderaron de sus depósitos de armas, se hicieron dueños de parte de la ciudad durante cuarenta y ocho horas y lucharon con desesperación contra la policía y las tropas que llegaron precipitadamente para aplastar esta pequeña insurrección [54]. En Sajonia, Radek seguía clamando en vano por la huelga general [55]. El 24 de septiembre de 1923 *Pravda* seguía prediciendo que la huelga general estallaría en Alemania, y al día siguiente proclamó tardíamente que «el sexto aniversario de octubre coincide con la víspera de los días de octubre en el centro de Europa». Sin hacer caso de estos bravos pronósticos, la Reichswehr detuvo a Zeigner, derribó a su gobierno e instaló en Sajonia a un comisionado-gobernador. Los jefes comunistas huyeron a Berlín y de esta manera terminó la revolución alemana de octubre. La *Rote Fahne* fue otra vez objeto de suspensión y algo después el KPD fue declarado ilegal. Pero las represalias no fueron serias. Los líderes procuraron no hacer ruido y siguieron en libertad. Días más tarde Hitler escenificó su famoso *putsch* de Munich, asegurándose el apoyo temporal de Ludendorff. Esto constituía para las autoridades una amenaza mucho más grave que todos los esfuerzos del KPD. Pero la Reichswehr, tras algunos titubeos, se supo superar y mantenerse fiel al gobierno. A mediados de noviembre el orden reinaba en toda Alemania. Seeckt era el dueño de la situación.

El abortado levantamiento comunista en Alemania tuvo ciertas repercusiones en Polonia. Unos días antes de que se manifestara, se registró una misteriosa explosión en la fortaleza de Varsovia [56];

[54] Un relato detallado del levantamiento de Hamburgo figura en *Voprosi Istori*, n.º 11, 1948, pp. 13-23. Según dicho relato, el levantamiento fue obra de destacamentos de combate formados por miembros del partido que sumaban en total 1.300 personas y disponían de unas cuantas docenas de pistolas viejas. Había quince «centurias rojas» en Hamburgo, pero carecían de armas y su adiestramiento «dejaba mucho que desear»; al parecer no tomaron en la lucha un papel destacado.

[55] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), pp. 6-8.

[56] El origen de éste y de otros atentados con bombas en Varsovia, en 1923, no ha sido nunca satisfactoriamente aclarado. Según un relato bastante confuso en G. Besedovski, *Na Putiaj k Termidoru* (París, 1931), i, 103-106, 125-129, el agente de la GPU de la misión soviética en Varsovia fue quien los maquinó. Por otra parte, hubiera sido muy difícil efectuarlos sin participación polaca. En una época de áspera y violenta lucha faccional entre los partidarios de Pilsudski y los nacionaldemócratas polacos (el presidente de la república, Narutowicz, fue asesinado en diciembre de 1922 por un nacionaldemócrata), cabe la posibilidad de

en Cracovia se produjo un levantamiento; y una ola de huelgas, entre ellas la de los ferrocarriles, alcanzó a gran parte del país [57]. El 28 de octubre de 1923, antes de que el desorden hubiera terminado, Kopp llegó a Varsovia. Su misión se vio coronada por el éxito tanto en Reval como en Riga; los gobiernos de Estonia y Letonia dieron toda clase de garantías con respecto a su desinterés por los acontecimientos que se desarrollaran en Alemania y reiteraron su buena disposición a facilitar el tránsito de mercancías entre Alemania y la Unión Soviética. Sin embargo, cuando Kopp llegó a Varsovia, la revolución alemana estaba a punto de sucumbir. Durante algunos días la cosa se vio un tanto confusa; y las conversaciones entre Kopp y Seyda, viceministro polaco de Asuntos Exteriores [58], se desarrollaron en una atmósfera cordial, acaso porque ya no había nada concreto de qué discutir. Seyda aseguró que el Gobierno polaco no tenía ninguna intención de intervenir en los asuntos alemanes o de estorbar el tránsito de mercancías entre la Unión Soviética y Alemania, pero que no veía ninguna razón para expresar formalmente todo esto por escrito. Mientras tanto, parece ser que Raevski mantuvo conversaciones privadas sobre el futuro de Prusia oriental, que iban bien encaminadas, con los políticos nacionaldemócratas. Pero antes de que se llegara a alguna conclusión, se vio que el fracaso de los co-

que la GPU cooperara con la organización clandestina de una, o de las dos facciones, en la preparación de los atentados. El partido comunista polaco, o al menos sus dirigentes de esta época (Warski, Walecki y Kostrzewa, cuyas ideas eran muy parecidas a las de Brandler en Alemania y eran contrarios a los métodos terroristas) no parece que tuvieran nada que ver con los hechos; se dijo que se trató de reclutar a 300 comunistas polacos para «formar un destacamento militar», pero «comunistas responsables polacos, miembros del comité central» protestaron porque el agente de la GPU en Varsovia (Loganovski, también polaco) «desmoraliza a la organización del partido de Varsovia porque trata de atraerla a sus criminales complots» y porque «es ingenuo suponer que se pueda provocar con tales métodos una lucha terrorista entre los partidos burgueses polacos» (*ibid.*, pp. 105-106). Una nueva complicación se suscitó con Dzerzhinski, el presidente de la GPU, y su segundo Unshlijt, ambos polacos; Dzerzhinski, que apoyaba a los jefes del partido comunista polaco, era contrario a las actividades terroristas, que Unshlijt fomentaba y dirigía. Tras el fracaso de octubre de 1923, estas diferencias de opinión llegaron hasta el Politburó, que designó un comité de encuesta (*ibid.*, pp. 116-117, 131-132). Radek compartía el punto de vista de Dzerzhinski.

[57] En el quinto congreso de la Comintern en junio de 1924, Zinóviev acusó al partido polaco de haber permanecido en actitud pasiva cuando se produjo el levantamiento de Cracovia en octubre de 1923: el portavoz polaco replicó que este levantamiento fue completamente inesperado y aseguró que la huelga general que le siguió fue proclamada «por nuestra influencia» (*Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [sin fecha], i, 100, 285-286).

[58] Dmowski, el jefe nacionaldemócrata, fue designado ministro de Asuntos Exteriores en vísperas de la llegada de Kopp y no tomó parte en las conversaciones.

munistas alemanes era completo e irreparable. La revolución de Alemania dejó de ser asunto debatible. No existía ya base para las conversaciones y Kopp fue llamado con urgencia desde Moscú. Para guardar las apariencias, las vagas seguridades verbales de Seyda se presentaron como los frutos de una misión diplomática coronada por el éxito [59].

El historiador que tenga que explicar la discrepancia existente entre la política seguida por los líderes bolcheviques a través de la Comintern y del KPD, y la seguida a través del Gobierno soviético, no dejará de sentirse intrigado en este punto por una anomalía igualmente desconcertante. Los acontecimientos de 1923 revelaron un curioso contraste, que pudo confundir a los jefes soviéticos, entre las relaciones germano-soviéticas y las relaciones con el mundo occidental. Las potencias occidentales, especialmente Gran Bretaña, eran muy sensibles ante cualquier síntoma de propaganda o de intriga enderezada a desacreditar y minar su autoridad, y acusaban públicamente al Gobierno soviético de ser responsable de las funestas actividades de la Comintern. A lo largo de 1923, la diplomacia alemana se mostró indiferente no sólo a las críticas directas que contra el Gobierno alemán dirigían desde Moscú los personajes influyentes, sino a las campañas de agitación y a los preparativos que los agentes de la Comintern realizaban en Alemania para provocar la insurrección. El embajador alemán en Moscú presentó algunas protestas rutinarias por las visitas ilegales de Radek a Alemania, protestas que fueron acogidas con negativas igualmente rutinarias [60]. Las cosas quedaron así. La flema de las autoridades alemanas, cuando se la compara con la irritabilidad de los ingleses, no se debía, indudablemente, a que los germanos se sintieran más seguros. Por mucha confianza que tuviera la Reichswehr en su habilidad para sofocar los alzamientos comunistas, la amenaza bolchevique a la estabilidad del régimen alemán en 1923 parecía y era más grande que la amenaza que pudiera cernirse contra Inglaterra en Asia central o en la India. La diferencia estaba, principalmente, en el hecho de que mientras las potencias occidentales no veían ninguna ventaja en el mantenimiento de relaciones con la Rusia soviética (los Estados Unidos todavía no tenían relaciones de ninguna clase, y un poderoso partido polí-

[59] Sobre las fuentes informativas respecto a la misión de Kopp, véase anteriormente, nota 45 p. 223.

[60] G. Besedovski, *Na Putiaj k Termidoru* (París, 1931), i, 136-137, donde el hecho bien comprobado de las protestas está salpicado de anécdotas inverosímiles; para otras relaciones diplomáticas germano-soviéticas de esta época, véase G. Hilger y A. G. Meyer, *The Incompatible Allies* (Nueva York, 1953), pp. 124-125.

tico de Gran Bretaña hubiera roto con gusto las relaciones establecidas bajo el acuerdo comercial de 1921), motivos materiales y morales empujaban a Alemania a ceñirse a la política de Rapallo y por lo tanto aceptaba también de la Unión Soviética la cómoda ficción de que existía un divorcio entre la conducta de ese gobierno y las actividades clandestinas de la Comintern y el KPD. En algo debieron influir también los problemas, de mayor magnitud, que tenía planteados la Alemania de 1923 y las rivalidades y divisiones que se produjeron en la máquina gubernamental alemana. La Reichswehr, que sin duda estaba más al tanto que nadie de las actividades clandestinas de los comunistas, era, por otra parte, el organismo más interesado en mantener relaciones amistosas con el Gobierno soviético; y la Reichswehr sabía tomar sus propias decisiones y hacerlas respetar. Así ocurrió que, mientras la Comintern se hallaba ocupada planeando la revolución proletaria de Alemania en el otoño de 1923, Brockdorff-Rantzau, embajador alemán en Moscú, establecía íntimas y estrechas relaciones con Chicherin y hacía crecer su propia talla diplomática; y Krestinski, embajador soviético en Berlín, y miembro también del comité del Politburó encargado de la preparación del alzamiento alemán, permaneció, sin embargo, otros siete fructíferos años en su puesto. Krasin se encontraba en una brillante recepción ofrecida el 7 de noviembre de 1923 por la embajada soviética en Berlín para celebrar el aniversario de la revolución bolchevique, y a la misma concurrió un nutrido grupo de funcionarios alemanes, banqueros e industriales [61]. No es probable que el abortado levantamiento comunista de quince días antes hubiera sido tema de conversación en la fiesta; y acaso nadie, con la excepción del propio embajador, sabía que, seis semanas antes, el Politburó había fijado este mismo día para provocar el estallido de la revolución alemana. A lo largo de 1923, los acuerdos secretos soviético-alemanes daban sus frutos: un eminente químico ruso, un «experto» al servicio del Gobierno soviético, estuvo un mes en Berlín, en el otoño de 1923, y en ese mismo año un comunista alemán visitó Moscú en asuntos relacionados con el proyecto alemán de establecer en Rusia una fábrica productora de gases venenosos [62]. En esa época caótica, la línea de demarcación entre los diferentes niveles de las relaciones soviético-alemanas: diplomáticas, militares y revolucionarias, parece haber sido aceptada con la misma facilidad, tanto por el Gobierno alemán como por el soviético.

[61] L. Krasin, *Leonid Krasin: His Life and Work* (sin fecha [1929]), páginas 220-222.

[62] V. N. Ipatiev, *The Life of a Chemist* (Stanford, 1946), pp. 381-386; véase también *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, p. 448.

Pasó algún tiempo antes de que la magnitud de la derrota alemana se viera en sus verdaderas dimensiones dentro de las filas del partido alemán, pues dichas filas estuvieron ignorantes de las extravagantes esperanzas que se acariciaron en Moscú y de las ambiciosas decisiones que allí se tomaron. Del fracaso del «octubre alemán» no se dedujo por el momento ninguna conclusión, ya que no se consideraba que hubiera existido tal fracaso; y parecía que hasta los líderes escaparían sin ser objeto de graves reproches. También los delegados de la Comintern tenían razones poderosas para aplazar las investigaciones [63]. El 3 de noviembre de 1923, Brandler hizo un informe para el comité central del KPD. Reconoció que la cancelación del alzamiento, «por la que yo acepto plenamente la responsabilidad» había causado «una conmoción en el partido». Abogó por «una reorientación del partido» (puesto que su situación pasaba de legal a ilegal) y habló de la «lucha venidera» y de la dictadura del proletariado como la única alternativa a la «dictadura del fascismo». Brandler y Radek [64] presentaron al comité el borrador de una resolución, cuyo tema era «la victoria del fascismo sobre la república de noviembre», en el que manifestaban que el resultado de los acontecimientos de la pasada quincena había que achacarlo, más que al KPD, a la derrota del SPD como campeón de la república de Weimar. La resolución terminaba con la rutinaria llamada de «que se hagan preparativos para la lucha a favor de la dictadura del proletariado» y fue aprobada por 40 votos contra 13. La izquierda siguió mostrándose irreconciliable, pero aún no era posible sacudirse la autoridad de Brandler y Radek [65]. Sin embargo, cuando más tarde se volvieron a examinar los hechos, no hubo tanta indulgencia para los fracasos del pasado. Una división se produjo en el comité central del KPD, donde los ataques de la izquierda comenzaban por fin a dejarse sentir y donde se formó un grupo centrista que se unió al ala izquierda en sus críticas de Brandler y de los jefes de la derecha. Una vez iniciado el ataque, era difícil inhibirse del dilema. Si fue correcta la decisión de no presentar batalla en octubre, entonces la política de frente unido practicada en los dos últimos años por el KPD bajo la autoridad de la Comintern había sido un fracaso. Si, por

[63] Radek admitió esto (*Die Lehren der Deutschen Ereignisse* [Hamburgo, 1924], p. 12).

[64] Según Zinóviev, Radek «comenzó a inventar toda una filosofía» para justificar «la conducta oportunista» de la derecha (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 171.

[65] La información más detallada de la sesión y el texto del discurso de Brandler figuran en *Die Internationale*, vi, n.º 18 (15 de noviembre de 1923), pp. 516-530; el texto de la resolución está en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 172, 7 de noviembre de 1923, pp. 1457-1460.

el contrario, prevalecía la opinión de que en octubre se perdió una extraordinaria oportunidad revolucionaria por las vacilaciones de la jefatura, entonces la responsabilidad de Brandler y de la derecha era más pesada todavía. El 7 de diciembre de 1923, Brandler y Thalheimer pidieron que se discutiera en el partido la manera de volver a la unidad sobre la base de la resolución del 3 de noviembre [66]. Pero era ya demasiado tarde. Las autoridades de Moscú, deseosas hasta la fecha de tapar con parches las resquebrajaduras del partido alemán, decidieron, por razones propias, considerar en serio el asunto.

Durante las semanas críticas de Alemania, otras preocupaciones dominaron en el Kremlin. En aquel mismo mes de octubre que vio la culminación y el colapso del movimiento revolucionario alemán, las dos cartas de Trotski al Politburó y el programa de los 46 sacaron de pronto a la superficie las agudas disensiones existentes en las filas del partido ruso. Se inauguró el gran debate del partido. Pero nadie, ni siquiera Trotski, estaba todavía preparado para inyectar en él la cuestión de la responsabilidad por la derrota alemana; y esta actitud de cautela duró todo el mes de noviembre de 1923. El diagnóstico de Moscú con respecto al fracaso alemán de octubre de 1923 se vio tan profundamente envuelto en la crisis del propio partido ruso, que pronto se hicieron imposibles los pronunciamientos objetivos, y tanta confusión y tanta controversia se mezclaron con el tema, que el historiador debe tantear con mucha cautela el terreno que pisa.

En resumen, dos opiniones cabían con respecto a la derrota alemana: que el proletariado alemán no estuvo entonces maduro para la revolución, o que las condiciones fueron favorables pero no se aprovecharon, o se echaron a perder por torpeza de la jefatura. La primera opinión era la que, al parecer, sostuvo Stalin antes del fracaso de octubre, y Radek y Brandler antes y después del fracaso. Este criterio rechazaba la validez de las comparaciones entre la situación con que se enfrentó el KPD en octubre de 1923 y la que encontraron los bolcheviques seis años antes. Esta actitud se hallaba implícita en la carta de Stalin de julio, con motivo del día antifascista [67], y, posteriormente, explícita en las declaraciones de Brandler cuando manifestó, en su defensa ante el quinto congreso de la Comintern, que en Rusia no hubo «aristocracia del trabajo» [68]. Con

[66] *Die Internationale,* viii, n.° 2-3 (28 de marzo de 1914), pp. 135-136.

[67] Véase anteriormente, p. 193; en cuanto a la actitud de Stalin en la discusión de agosto-septiembre, véase anteriormente, p. 210.

[68] *Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* (sin fecha), i, 228; en cuanto a la «aristocracia del trabajo», véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 3, pp. 196-197.

este criterio se llegaba a la conclusión de que más culpable era el Politburó ruso, que se había decidido por la acción revolucionaria, que la jefatura del KPD, que estuvo aconsejando prudencia y cautela. Como Radek y Brandler aceptaron, aunque fuese de mala gana, la decisión de entrar en acción y fueron los principales agentes en el intento de ejecutarla, ahora se encontraban en una posición muy difícil. Stalin, que en el momento oportuno no se opuso a la decisión de la mayoría, estaba ahora todavía menos inclinado a enfrentarse a la opinión dominante; y mientras la línea del partido estuvo sujeta a dudas, Stalin guardó silencio.

La segunda opinión tenía su más ardoroso campeón en Trotski, que fue también el más entusiasta partidario de la acción revolucionaria. Trotski sostuvo que en Alemania existió una situación revolucionaria desde mayo, o en todo caso, desde julio a noviembre de 1923, cuando Seeckt consolidó su poder. Por lo tanto, la decisión del Politburó fue del todo correcta. El fallo había que buscarlo en otra parte:

> Si el partido comunista (alemán) hubiera cambiado sin demora el ritmo de sus actividades y si hubiera utilizado a fondo los cinco o seis meses que le ofrecía la historia para realizar en ellos preparativos políticos, estructurales y técnicos, el *dénouement* habría sido muy diferente de lo que presenciamos en noviembre... Al proletariado le faltó ver a un partido revolucionario lanzado a la conquista del poder. En vez de ello, el partido, en general, siguió con su anterior política de propaganda, sólo que en mayor escala[69].

En su artículo posterior y más famoso de septiembre de 1924, *Las lecciones de octubre,* Trotski describía la ocasión como «un caso de estilo clásico... ¿Cómo es posible que se dejara escapar una situación revolucionaria excepcional de carácter histórico universal?»[70] Este juicio, al reforzar el paralelismo entre el octubre de 1917 y el octubre de 1923, acusaba a los jefes del KPD de no haber sabido aprovechar una oportunidad única. Lo curioso de la postura de Trotski era que, a pesar de sus opiniones sobre los motivos del fracaso, él, personalmente, se sentía ligado a los jefes de la derecha del KPD, en particular a Brandler, y opuesto al ala izquierda, cuyas posiciones, antes y después de los sucesos de octubre, eran mucho más afines a las del propio Trotski. Aunque disentía radicalmente del diagnóstico de Radek con respecto a la situación alemana, estaba de acuerdo con él en una cuestión práctica importante: no

[69] L. Trotski, *Novi Kurs* (1924), p. 42; el artículo que contiene este pasaje no se publicó en la prensa, y apareció por primera vez a mediados de enero de 1924.

[70] Trotski, *Sochineniya,* iii, i, p. xii.

veía que se fuera a ganar nada destituyendo la jefatura derechista del KPD a favor del ala izquierda.

Ante esta división de opiniones, Zinóviev, que era en el momento dueño indiscutible de la Comintern, experimentó cierta dificultad para asumir una postura claramente definida. Las discusiones que se celebraron en Moscú antes de octubre revelaron su antipatía hacia Brandler y Radek. Pero no tenía a mano ninguna alternativa que proponer; y las exigencias de la lucha dentro del partido le hicieron reacio al diagnóstico de Trotski. Entre el 12 de octubre y el 1 de noviembre de 1923, *Pravda* publicó una serie de diez artículos escritos por Zinóviev bajo el título general de «Problemas de la revolución alemana». Eran convencionales tanto en su tono como en su contenido y no presagiaban ningún cambio de actitud. Los primeros seis se escribieron y publicaron antes de que se materializara la crisis de Sajonia. El primero de ellos expresaba su optimismo con respecto a la inminente revolución alemana:

> Un poco más y todos podrán ver que los meses del otoño de 1923 fueron decisivos, no sólo en la historia de Alemania, sino en la de la humanidad entera. El proletariado alemán vuelve con mano temblorosa la página más importante en la historia mundial de las luchas de la clase trabajadora. Ya suena la hora. Un nuevo capítulo en la historia de la revolución proletaria mundial ha comenzado.

El quinto artículo aseguraba que, a pesar de las dificultades, «el proletariado alemán se mantendrá en el poder», lo cual era una alusión al famoso folleto de Lenin, de septiembre de 1917, *¿Conservarán los bolcheviques el poder estatal?* El sexto discutía «el talón de Aquiles de la revolución alemana», es decir, el peligro de la intervención extranjera, pero, conforme con la línea de la política oficial soviética, no aludía para nada a una eventual ayuda militar por parte de la Unión Soviética. El séptimo, escrito el 22 de octubre (es decir, al otro día del colapso de la conferencia de Chemnitz), aseguraba que «no cabe la menor duda de que el Partido Comunista Alemán ha aplicado con gran éxito las tácticas del frente unido» y que «las objeciones de los comunistas de la izquierda... carecen de base». Hasta el décimo artículo, el último, publicado el 1 de noviembre con el subtítulo de *No hay que hacerse ilusiones*, no se hizo ninguna referencia a los desastres de Sajonia y Hamburgo. El diagnóstico fue que «el SPD abrió el camino a los fascistas para que éstos ocuparan el poder 'pacíficamente'»; el gobierno de coalición de Sajonia «no pudo ejecutar» las tareas que se le asignaron debido a la actitud obstruccionista de los socialdemócratas. Esto confirmaba la línea que tomaron en su día Brandler y el ala derecha del KPD. Ni

en los artículos, ni en el prefacio, escrito el 2 de noviembre para una traducción al alemán que se publicaría en Alemania en forma de folleto, se expresaba ninguna censura a la jefatura del KPD [71].

Sin embargo, al irse revelando gradualmente la magnitud del desastre, se fue enconando el espíritu de crítica, tanto en Moscú como en Berlín. Su primer síntoma fue una carta que dirigió el presidium del IKKI al comité central del KPD, en la que se acusaba a sus jefes de no haber sabido aprovechar la oportunidad de constituir en Sajonia el punto de partida del levantamiento en armas y de «convertir la participación comunista en el gobierno de Sajonia en una simple combinación parlamentaria con los socialdemócratas» [72]. En noviembre, Zinóviev repitió en público esta crítica mediante una postdata que se incluyó a última hora en la traducción alemana de sus artículos de *Pravda* y que aludía a «el error del partido». Esta alusión revelaba que Zinóviev se distanciaba de Radek y de Brandler. Pero por el momento se pudieron evitar los ataques abiertos y la crítica quedó un tanto diluida, con el comentario final de Zinóviev de que «*por encima de todo,* hay que asegurar la unidad del partido alemán» [73]. Es posible que Maslow, a quien se hizo permanecer en Moscú mientras se desarrollaban los acontecimientos en Alemania, tuviera alguna relación con esta nueva línea de Zinóviev. El examen de los antecedentes de Maslow por una comisión del partido, asunto que sirvió de excusa para retenerlo en Moscú, parece que se realizó de forma un tanto rutinaria. Aunque estas investigaciones todavía continuaban, «la atmósfera cambió de repente» en noviembre, cuando Zinóviev «trató a Maslow de manera amistosa, consultándole frecuentemente sobre cuestiones de política alema-

[71] El folleto apareció como G. Zinóviev, *Probleme der Deutschen Revolution* (Hamburgo, 1923). La traducción alemana de los artículos vio también la luz en *Internationale Presse-Korrespondenz* en diferentes fechas entre el 19 de octubre y el 12 de noviembre de 1923; el prefacio apareció *ibid.*, n.º 51, 15 de enero de 1924, pp. 33-34.

[72] Zinóviev citó la carta en la decimotercera conferencia del partido en enero de 1924 *(Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 170-171); y jugó con el hecho de que tanto Trotski como Klara Zetkin habían mostrado su conformidad con ella. No se puede determinar su fecha exacta, pero, según Zetkin, se envió «antes de que tuviéramos informes detallados, cuando no teníamos nada» *(Die Lehren der Deutschen Ereignisse* [Hamburgo, 1924], p. 62).

[73] G. Zinóviev, *Probleme der Deutschen Revolution* (Hamburgo, 1923), pp. 105-109. La fecha de la postdata no es segura, pero con arreglo a ciertos detalles, se puede calcular como posterior al prefacio del 2 de noviembre; no se publicó en *Pravda* ni en *Inprekorr,* pero apareció junto con los últimos tres artículos en *Kommunisticheski Internatsional,* n.º 28-29, 1 de diciembre de 1923, cols. 7511-7514.

na»[74]. Más o menos por este tiempo, Maslow escribió un artículo sobre *El experimento de Sajonia y sus lecciones* que, aunque no se publicó sino dos meses más tarde, era, indudablemente, del conocimiento de Zinóviev. El artículo era un ataque a fondo contra los líderes del KPD por haber entrado en el gobierno de coalición de Sajonia y concluía diciendo que «un partido, que ya no es joven, subestimó una situación revolucionaria, no supo utilizar su propia fuerza y calculó erróneamente al pensar que el SPD era un partido revolucionario o, al menos, un partido susceptible de ser atraído a la revolución»[75]. Desde el punto de vista de Zinóviev, Maslow tenía el mérito de que, perteneciendo al ala izquierda del KPD, era enemigo jurado de Brandler y por lo tanto de Radek, al tiempo que era también enemigo de Trotski. Por otra parte, Zinóviev era el único dirigente ruso (ya que Stalin no representaba en la cuestión alemana ningún papel independiente) a quien Maslow podía dirigirse en petición de ayuda.

Zinóviev siguió contemporizando algún tiempo más. En un artículo aparecido en *Pravda* del 23 de noviembre adoptó sin reservas la línea de Maslow y atacó directamente la fórmula, incorporada en la resolución del KPD del 3 de noviembre a instancias de Radek, según la cual los acontecimientos de octubre constituían «la victoria del fascismo sobre la república de noviembre». Zinóviev aseguraba ahora que Seeckt no era fascista sino «el Kolchak alemán». De la misma manera que la denominada «democracia revolucionaria» de Kerenski había «vendido el poder poco a poco a la reacción militar en las personas de Kornílov, Alexeev y Kolchak», así los socialdemócratas alemanes vendieron el poder a Seeckt. La «dictadura de Seeckt» y la «república de noviembre», lejos de ser opuestas, constituían las dos caras de una misma moneda. Los socialdemócratas, lejos de ser derrotados, no hicieron más que revelar sus verdaderas intenciones. Al día siguiente, un artículo de fondo de *Pravda*, que no llevaba firma, acusaba a los socialdemócratas alemanes de aliarse con el

[74] R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), pp. 360, 363. El fracaso de Zinóviev a intervenir en la comisión, que aquí se achaca a que tuviera miedo de Stalin, es más probable que se debiera a la indecisión del propio Zinóviev; no llegó a definirse hasta mediados de diciembre y mientras tanto trató de tener abiertos todos los caminos. El prefacio a G. Zinóviev, *Probleme der Deutschen Revolution* (Hamburgo, 1923), p. v, contiene una referencia a «uno de nuestros viejos camaradas de Alemania», el cual habló del asunto de Sajonia como «de un grave error, acaso fatal»; indudablemente se alude a Maslow.

[75] Este artículo se incorporó a otro mayor publicado en el órgano oficial de la Comintern en enero de 1924, con una nota al pie en la que se declaraba que había sido escrito «a principios de noviembre de 1923» (*Kommunisticheski Internatsional*, n.º 1, 1924, cols. 469-490).

«régimen Kolchak» de Seeckt contra los trabajadores comunistas. Se veía claramente la moraleja de este diagnóstico. No se consentiría que el KPD ocultara su propia derrota bajo la máscara de una derrota de la «república de noviembre» y se acusó, como culpable del desastre, a la miopía de quienes abogaron por la alianza con los socialdemócratas [76]. Pero Zinóviev se atrevió a pedir un relevo en la jefatura del KPD; y, asustado quizá de su propia audacia, trató de echar tierra sobre el asunto unos días más tarde. El 1 de diciembre de 1923, *Pravda* publicó un largo artículo de Zinóviev, titulado «La segunda ola de la revolución internacional», en el que trataba de excusar a los líderes de la Comintern por el error en que incurrieron al sobreestimar las perspectivas de la revolución alemana. Para esto se valió de unas citas de Lenin, el cual, en el otoño de 1918 creyó, al igual que sus sucesores cinco años más tarde, que «la historia había acelerado sus pasos» en el camino de la revolución mundial. El artículo respiraba un optimismo convencional y poco convincente y no hacía alusiones críticas ni al KPD ni a sus líderes. Así, pues, comenzó el mes de diciembre de 1923 sin que Zinóviev ni Stalin adoptaran una postura clara con respecto a la cuestión alemana. Los dos aguardaban el momento de ver cómo podrían utilizar de la mejor manera este asunto delicado y embarazoso en el contexto de la lucha que se desarrollaba dentro del partido ruso y que ahora se aproximaba a su punto culminante. Pero, mientras Stalin ocultaba sus vacilaciones con un silencio digno y enigmático, Zinóviev se traicionaba con sus ininterrumpidas declaraciones enfáticas, irresolutas y a veces contradictorias. Según Radek, Zinóviev consideraba, en una fecha tan avanzada como el 7 de diciembre, cuando la delegación de la Comintern regresó a Moscú desde Alemania, que no debieran producirse cambios en el comité central del KPD [77].

Lo que precipitó las cosas fue un descubrimiento que, en lo sucesivo, representaría un papel importante y desmoralizador en los asuntos de la Comintern. Se vio de pronto que los partidos comunistas extranjeros, unidos indisolublemente con Moscú mediante

[76] Una traducción del artículo de Zinóviev del 23 de noviembre apareció en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 182, 20 de diciembre de 1923, pp. 1540-1542, al que seguía a renglón seguido una respuesta de Thalheimer, quien intentó impugnar la comparación de Seeckt con Kolchak y restablecer la línea de la resolución del 3 de noviembre.

[77] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1924], p. 357; posteriormente Zinóviev se defendió contra el reproche de haber desautorizado «de repente» a Brandler, alegando que, de haberse demorado, se hubiera producido, sin remedio, una escisión en el KPD (*Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [sin fecha], i, 97).

los órganos de la Comintern, no estaban dispuestos a desinteresarse de las dramáticas disensiones que se desarrollaban en el partido ruso y que ya no se les podían ocultar por más tiempo; y, siendo esto así, era igualmente obvio que las divisiones dentro de los partidos comunistas extranjeros (como las existentes en el partido alemán, las más importantes de todas, sobre el asunto del fracaso de octubre) podían explotarse a favor de una u otra facción dentro de la lucha doméstica rusa. Zinóviev no tuvo la iniciativa en este descubrimiento. El 13 de diciembre de 1923, Radek, recién llegado de Alemania, habló en una reunión del partido, en Moscú, y dijo que, si la mayoría del comité central del partido ruso se volviera contra Trotski, la mayoría de los partidos alemán y polaco se volvería contra la mayoría del comité central [78]. Hacia esta misma fecha apareció un escrito del comité central del Partido Comunista Polaco, en el que se confirmaba este diagnóstico, al menos en cuanto se refería al partido polaco. La parte más significativa decía:

> El punto básico de la presente crisis dentro del Partido Comunista Ruso es la diferencia de opinión entre la mayoría del RKP y el camarada Trotski. Sabemos que estas diferencias se refieren a los problemas complicados que plantea la edificación del socialismo, y no estamos en posición de juzgar tales diferencias en lo que tocan a la política económica. Pero sí vemos muy clara una cosa: para nuestro partido, para toda la Internacional, para todo el proletariado revolucionario mundial, el nombre del camarada Trotski está indisolublemente unido con la victoriosa revolución de octubre, con el Ejército Rojo, con el comunismo y la revolución mundial.
>
> No podemos admitir la posibilidad de que el camarada Trotski se vea fuera de la jefatura del RKP y de la Internacional. Sin embargo, nos inquieta pensar que las disputas vayan más allá de los problemas concretos que se discutan, y algunas declaraciones públicas de líderes responsables del partido provocan en nosotros las más profundas preocupaciones [79].

[78] Parece que el discurso no ha sido publicado nunca, pero Zinóviev, hablando ante el IKKI el 6 de enero de 1924, hizo una referencia al mismo (*Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 20, 15 de febrero de 1924, p. 225) y también en otras ocasiones en la controversia que se suscitó posteriormente; la fecha figura en A. Thalheimer, *1923: Eine Verpasste Revolution?* (1931), p. 11.

[79] En J. A. Regula, *Historija Komunistycznej Partji Polski w Swietle Saktow i Dokumentow* (1934), pp. 105-106, se cita este pasaje, tomado de la publicación de la Comintern, *Spraw Polska na V Kongresie Kominternu*, que no hemos podido conseguir; la fecha que aquí se da es sólo la de «diciembre de 1923», pero una referencia de la declaración polaca al IKKI (véase más adelante, pp. 242-243), revela que la carta se recibió en Moscú antes del 18 de diciembre. En el quinto congreso de la Comintern, en junio de 1924, el portavoz de la mayoría de la delegación polaca reconoció que la carta del 23 de diciembre había sido «un error oportunista» (*Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale* [sin fecha], i, 283); y el congreso aprobó una resolución condenatoria contra Warski, Kostrzewa y Walecki, jefes del partido responsables de la carta (*Kommunisticheski Internatsional v Dokumentaj* [1933], p. 463).

Los jefes rusos se alarmaron. Si Trotski y la oposición iban a recibir apoyo de algunas secciones de los partidos comunistas del exterior, era de urgente necesidad buscar aliados de la línea oficial en los mismos lugares. Desde mediados de diciembre en adelante se echaron a un lado todas las cautelas y la campaña contra Trotski fue tomando fuerza [80]. Lo que estaba ocurriendo en el KPD, acaso directa o indirectamente inspirado por Moscú, invitaba a una intervención. El partido alemán se inclinaba decididamente hacia la izquierda; y la mayoría de la Zentrale, que representaba a un grupo de centro y aseguraba hallarse en un término medio entre la jefatura de la derecha y sus críticos más extremos de la izquierda, redactó una serie de conclusiones en las que se evitaba ásperamente la política y las decisiones que fueron culpables de la «retirada de octubre» [81]. El cambio de líderes se hizo inevitable; y todos los grupos, la derecha, la izquierda y el centro, fueron invitados a que enviaran representantes a Moscú para celebrar una reunión con el presidium del IKKI a fines de diciembre.

La crisis del partido ruso dominaba ahora por encima de las disputas alemanas. Las probabilidades que pudieran tener Brandler y sus asociados de recibir en Moscú una sentencia leve se fueron por el suelo debido al apoyo que recibían por parte de la oposición del partido ruso. Zinóviev, todavía precavido en sus manejos directos contra Trotski, podía por el momento saldar viejas cuentas y debilitar la posición de Trotski demoliendo a Radek. El 27 de diciembre de 1923 el Politburó (probablemente en ausencia de Trotski) aprobó la siguiente resolución:

El camarada Radek apoya por entero a la minoría *derechista* del comité central del KPD y desautoriza al ala izquierda del partido (lo que objetivamente amenaza con provocar una división en el partido alemán), mientras que el Politburó del comité central del RKP basa su política en el apoyo a la gran mayoría del comité central del KPD y en la colaboración con la izquierda; al tiempo que critica los errores de la izquierda, reconoce lo que hay de correcto en ella, y censura los graves errores de la derecha.

Las apreciaciones, en general, del camarada Radek en cuanto a la dirección que debiera tomar la futura lucha en Alemania surgen de un cálculo erró-

[80] Véanse más adelante, pp. 314-318.

[81] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 185, 28 de diciembre de 1923, pp. 1564-1566. Estas tesis no llevan fecha; según Zinóviev, se adoptaron «a los pocos días de la partida de Alemania del representante de la Comintern (es decir, de Radek)» (*Die Lehren der Deutschen Ereignisse* [Hamburgo, 1924], p. 75). Otras conclusiones de la derecha y de la izquierda se publicaron en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 5, 15 de enero de 1924, p. 40; n.º 6, 18 de enero de 1924, pp. 51-52.

nco respecto a las fuerzas clasistas de Alemania: el de dar un valor excesivo a las diferencias existentes dentro del fascismo y el de querer basar sobre estas diferencias la política de la clase trabajadora alemana [82].

Radek, que no se dio cuenta de la fuerza y de la decisión de sus oponentes, en vez de achicarse se dice que recordó a sus interlocutores que, de sus actos en Alemania, él era responsable no ante el comité central del partido ruso, sino ante el congreso mundial de la Comintern [83], lo que evidenciaba una fe conmovedora en la doctrina de la suprema autoridad de la Internacional Comunista sobre todos sus partidos integrantes, incluido el ruso.

Esta fe pronto se puso a prueba. El debate del presidium del IKKI, en el que figuraron numerosos representantes de las tres facciones del KPD, comenzó el 11 de enero de 1924 y se desarrolló bajo la sombra de la creciente crisis del partido ruso, cosa que todos tenían muy presente. Sólo Zinóviev habló por el IKKI, y ni Trotski ni los demás jefes del partido se hallaban presentes. Radek tomó la palabra para leer un informe que hizo como delegado jefe de la Comintern en Alemania durante los sucesos en cuestión. En el fondo, ya desde 1919, Radek había visto con pesimismo las perspectivas de una revolución en Alemania; y a la luz de este diagnóstico trató de exculpar a la jefatura del partido:

Lo que ahora existe en el proletariado alemán es reflejo de la situación reinante en Alemania, del colapso de la actividad política, de la extraordinaria pasividad política de todas las clases sociales, con excepción del ejército... Aunque somos un buen partido obrero, no somos todavía un buen partido comunista. Y eso es lo más importante que he podido observar en el conjunto de la situación. No es verdad, camaradas, que los jefes no quisieran luchar y que las masas estén encolerizadas en todas partes. Las cosas no ocurrieron así [84].

Radek terminó presentando las tesis que, dijo, fueron «redactadas por Trotski, por Piatakov y por mí. En ellas, contra las críticas de la izquierda, se defendía la retirada de octubre como un paso necesario y justificado, y se atribuía al «pánico» la exigencia de

[82] *VKP (B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 534.

[83] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 173.

[84] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), pp. 10, 13. Este volumen parece ser la única versión publicada, y evidentemente muy resumida, de las sesiones. Más tarde Stalin habló del «acta taquigráfica de la quinta reunión del presidium del IKKI con representantes del KPD» (Stalin, *Sochineniya*, x, 64). Pero no hay indicios de que haya sido publicada. Un acta más completa circulaba por entonces en los círculos del KPD, ya que pasajes que no se encuentran en la versión publicada se citan en *Die Internationale* (véase anteriormente, nota 24, p. 213).

que se procediera a un cambio en la Zentrale del partido alemán [85]. Brandler llegó después de que las sesiones comenzaran, pues tuvo que perder tiempo en Moscú en sus gestiones para conseguir un pasaporte [86]. Brandler, Remmele y Ruth Fischer hablaron respectivamente por los grupos de la derecha, del centro y de la izquierda del KPD, repitiendo los ya manidos argumentos; el centro hizo las mismas críticas que la izquierda, pero las expresó en términos menos dogmáticos y con menos acritud personal hacia los líderes de la derecha [87].

Al día siguiente Zinóviev se expresó contra Brandler y Radek en un lenguaje que sin duda debía algo de su aspereza al hecho de que ambos eran amigos de Trotski, aunque se abstuvo cautelosamente de apoyar por entero la posición de la izquierda, dando su aprobación al grupo del centro. Describió la actitud de los tres jefes que fueron ministros en el gobierno de Sajonia como «un síntoma de podredumbre». Decir de los sucesos de octubre que fueron «una derrota de la república de noviembre» y no una derrota de la clase trabajadora era «o una estupidez o un rasgo de oportunismo». Era preciso sustituir a los jefes del KPD; y él aconsejaba que la jefatura pasara a manos «de la mayoría actual de la Zentrale y de la izquierda del partido». La derecha interrumpió bastantes veces su discurso, y en una ocasión Radek y Pieck acusaron a Zinóviev de tratar de «destruir la Zentrale» [88]. Pero, a falta de Trotski, nadie tenía la autoridad o el coraje suficiente para oponerse a Zinóviev, el cual dirigió las sesiones a su manera. La

[85] *Ibid.*, p. 23; las tesis no se han publicado, pero citas de las mismas (sin duda cuidadosamente elegidas) aparecen en un artículo suscrito por Kuusinen en *The Errors of Trotskyism* (CPGB, 1925), pp. 340, 343-345. No representan el punto de vista de Trotski sobre las causas fundamentales del fracaso, en lo que difería de Radek (véase anteriormente p. 232; el artículo allí citado se publicó por primera vez a los pocos días de que se sometieran las tesis al IKKI); pero cualesquiera que fuesen las faltas del pasado, no vio que se fuera a ganar nada destituyendo a Brandler y poniendo la jefatura del KPD en manos de Maslow y Ruth Fischer.

[86] Declaración verbal de Brandler; la sospecha de que Zinóviev se hubiera alegrado de tenerlo lejos parece estar bien basada.

[87] Los discursos se hallan en *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), pp. 24-57; las tesis sometidas por el centro, en *Bericht über die Verhandlungen des IX Parteitags der Kommunistischen Partei Deutschlands* (1924), pp. 112-116; parece que las tesis de los otros grupos no se publicaron.

[88] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), pp. 61, 70, 74-75. Esta acusación disgustó muy particularmente a Zinóviev, quien la mencionó dos veces en el discurso que pronunció una semana después en la decimotercera conferencia del partido; según él, Radek ya había hecho esta acusación contra el comité central en una reunión de estudiantes de Moscú (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924] pp. 167, 175).

comisión que se estableció para que redactara el borrador de una resolución estaba compuesta por Maslow y Thälmann, como representantes de la izquierda del KPD; Remmele y Koenen, por el centro, y Pieck, por la derecha, con Kuusinen como representante de la Comintern; una propuesta para que entraran en la comisión Radek y Brandler fue rechazada por votación, ya que sólo la apoyaron Zetkin y Brandler. La resolución detallaba la equivocaciones cometidas por el KPD en el pasado año, declaraba que el reconocimiento de estos errores era condición de futuros progresos y terminaba exhortando a la unidad del partido [89]. La resolución representaba un voto de censura para los jefes del KPD y una llamada para que fueran sustituidos.

Mientras tanto, otros hechos importantes se registraban en otro lugar. El comité central del partido ruso, reunido el 14 y 15 de enero, apoyó la moción de censura contra Radek y añadió a la misma que «estaba en la obligación de hacer saber al IKKI que el camarada Radek no representa en esta cuestión las opiniones del comité central del RKP»; y la resolución, con esta coletilla, se publicó en *Pravda* del 16 de enero de 1924, el mismo día en que se reunía la decimotercera conferencia del partido. El 18 de enero Zinóviev presentó un largo informe a la conferencia sobre la situación internacional, y la mayor parte la dedicó a los sucesos ocurridos en Alemania en los últimos tres meses. La narración de los acontecimientos, aunque dejaba traslucir las opiniones y los prejuicios de Zinóviev, era bastante moderada; el propio Zinóviev quedaba bastante desairado en demasiados puntos de la historia. Pero el informe contenía una serie de ataques indirectos, apenas velados, contra Trotski y un párrafo duro y mordaz contra Radek, el cual, «aunque sabía más que nadie de este movimiento (es decir, del alemán) y se pensaba de él que era una autoridad en la materia», tuvo, a pesar de todo, «más equivocaciones que nadie» y «detuvo al partido, agarrándolo de los faldones de la chaqueta, en vez de convocarlo para la lucha». Radek, en su respuesta, se limitó a rechazar breve y formalmente los cargos que se le imputaban. Pero con su circunspección se ganó los dicterios, no sólo de Zinóviev, sino de un delegado de la sala que, recordando los cargos contra Brandler, gritó que Radek «se había retirado sin luchar» [90]. Entonces se sometió al voto una moción que ratificaba la actitud actual del comité cen-

[89] Una breve nota sobre la constitución y sesiones de la comisión figura en *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), p. 81; el texto de la resolución en *ibid.*, pp. 95-109.

[90] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 169, 178-180.

tral sobre la cuestión alemana, repetía el texto de la censura lanzada por el Politburó contra Radek el 27 de diciembre de 1923 y le notificaba que estaba obligado a someterse a las decisiones del comité central. La moción se aprobó por unanimidad, con sólo una abstención: era obvio que a Radek no le habían enseñado todavía a votar por su propia humillación[91].

Al día siguiente de este debate se reunió el presidium del IKKI para recibir el informe de la comisión. No fueron necesarias nuevas discusiones. El presidium rechazó dos enmiendas propuestas por Pieck, las cuales hubieran justificado la retirada de octubre por las circunstancias en que se produjo, y por cuatro votos contra dos aprobó la resolución tal y como fuera presentada por la comisión. De nuevo los dos votos en contra fueron los de Zetkin y Radek[92]. No se sabe lo que ocurrió entre bastidores tras esta estrecha victoria. Pero cuando el presidium se reunió el 21 de enero para su sesión de clausura, unas pocas horas antes del fallecimiento de Lenin, la tensión no era tan evidente. Zinóviev, en su discurso final, admitió deportivamente, cosa que la mayoría se había negado a incluir en la resolución, que la retirada de octubre fue inevitable:

> La retirada fue absolutamente necesaria, no sólo a consecuencia de los errores y la debilidad del partido, sino también a causa de la debilidad de la clase trabajadora. Por supuesto, siempre habrá trabajadores que digan: 'Tuvimos una oportunidad y la perdimos'.

Respondiendo a esta concesión, Zetkin y Radek, impávidos ante los vituperios de Maslow, se declararon dispuestos, en nombre de la unidad del partido, a votar a favor de la resolución, ya para entonces aprobada por unanimidad por el presidium[93]. Una curiosa declaración de la delegación polaca cerró los debates. Warski, jefe de ese grupo, al parecer intervino en las discusiones en nombre de la derecha[94]. En su ausencia la delegación polaca declaró por escrito que

[91] *VKP (B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 556.

[92] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), pp. 81-82. El número de votos que logró la resolución se ha omitido de las actas oficiales pero aparece en *Bericht über die Verhandlungen des IX Parteitags der Kommunistischen Partei Deutschlands* (1924), p. 355; los cuatro eran, probablemente, Zinóviev, Kolarov, Kuusinen y un representante, no especificado, de la Internacional de la Juventud Comunista. El texto ruso de la resolución apareció en *Pravda*, 7 de febrero de 1924.

[93] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), pp. 82-89.

[94] Según R. Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), p. 373, él defendió a Trotski y se refirió «a una carta del comité central polaco en defensa de Trotski dirigida al Politburó ruso» (para esta carta, véase anteriormente, p. 237; este discurso no se incluyó en las actas oficiales, que únicamente mencionaban «unas cuantas y breves declaraciones de otros camara-

aceptaba los términos de la resolución final, con base en el paradójico motivo de que «se adaptan fundamentalmente a las tácticas de la Comintern, con las cuales la denominada izquierda quiso romper en Alemania de manera radical». Denunciaba la «agitación irresponsable» contra los jefes de la derecha del KPD, quienes, aunque culpables de errores y omisiones, formaban «el núcleo más experimentado y probado del partido». Tras expresar su aprensión de que la ausencia de Lenin y el descrédito de Trotski por parte del comité central ruso pudieran debilitar «la autoridad de la directiva de la Internacional Comunista», el documento salía en defensa de Radek:

> Consideramos que la acusación de oportunismo lanzada contra Radek, uno de los jefes más meritorios de la Comintern, es no sólo injusta, sino perjudicial en grado sumo para la autoridad de todos los jefes de la Comintern. Las diferencias de opinión entre los líderes más destacados de la Comintern con respecto a la cuestión alemana son de esa clase que, inevitablemente, se presenta en un partido revolucionario vivo, especialmente en situaciones tan difíciles como la presente, y que en el pasado también se han manifestado en la directiva del IKKI, sin dar lugar por eso a acusaciones recíprocas de oportunismo [95].

Era evidente que estas reflexiones estaban inspiradas tanto por la crisis interna del partido ruso como por la crisis de los asuntos alemanes, crisis que habían llegado a enmarañarse inextricablemente la una con la otra. Tampoco los defensores de la línea oficial tardaron en establecer la misma fórmula. Guralski, portavoz de Zinóviev en Alemania, así lo declaró de manera inequívoca:

> La alianza Brandler-Thalheimer y Radek-Trotski en la cuestión alemana no es un caso fortuito y toca cuestiones fundamentales: la desbolchevización del Partido Comunista Ruso y de los partidos europeos, o el mantenimiento de la tutela bolchevique en el Partido Comunista Ruso y la bolchevización de los partidos europeos [96].

El comité central del KPD se reunió en Halle el 19 de febrero de 1924 para considerar los resultados de la reunión de Moscú. Las sesiones apenas se salieron de lo corriente. Brandler, en nombre de la antigua jefatura, entregó una declaración en la que se quejaba de que

das» como anteriores al discurso principal de Zinóviev (*Die Lehren der Deutschen Ereignisse* [Hamburgo, 1924], p. 48).

[95] *Die Lehren der Deutschen Ereignisse* (Hamburgo, 1924), pp. 92-94; la acusación de «oportunismo», a la que se opuso la declaración polaca, no se lanzó con tantas palabras en el presidium del IKKI, pero fue la esencia del áspero discurso de Zinóviev contra Radek en la decimotercera conferencia del partido, el 18 de enero de 1924 (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 172-178).

[96] *Die Internationale*, vii, n.º 4 (31 de marzo de 1924), p. 161.

«nuestro representante fue prácticamente excluido de los debates de Moscú»[97]. El comité aprobó por unanimidad la resolución del presidium del IKKI; y otra que condenaba la línea anterior de la derecha fue también aprobada con sólo unos pocos votos en contra. La nueva consigna de «la bolchevización del partido» servía tanto para desacreditar la política anterior como para adular a los jefes de la Comintern, cuya poderosa influencia fue determinante para que la jefatura del partido pasara a las manos del centro y de la izquierda. Se designó una nueva Zentrale con cinco miembros del centro y dos de la izquierda[98]. Pero, tras la derrota de octubre, el partido se enfrentó a perspectivas poco favorables. La reforma monetaria y la recuperación económica mostraban ya aspectos positivos en Alemania, y la república de Weimar parecía marchar con paso más firme. La prohibición que pesaba sobre el KPD se levantó el 1 de marzo de 1924. Pero sus jefes todavía no las tenían todas consigo y aguardaron hasta abril para celebrar el noveno congreso del partido en Frankfurt. Previamente el IKKI remitió una carta al comité central del partido, en la cual se decía que «la victoria del ala izquierda del KPD» tendría «un enorme significado en el futuro de la revolución alemana». Pero con la carta iba un artículo firmado por Zinóviev que, aunque apoyaba la política de la izquierda del partido, recomendaba a esa misma izquierda que no llevara su victoria demasiado lejos[99]. La recomendación surtió poco efecto. En el congreso de Frankfurt, y de nuevo en el quinto congreso de la Comintern celebrado en Moscú el siguiente junio, salieron a la palestra las viejas disensiones que desgarraban al partido alemán y se discutieron con la acritud de siempre. Pero tras ellas, y al amparo de ellas, comenzaban luchas de otro carácter que giraban no tanto sobre las relaciones entre el KPD y la Comintern como sobre las facciones dentro del partido alemán y las facciones existentes en el partido ruso. El efecto a largo plazo de los sucesos de Alemania fue, aunque no se viera de momento, la casi completa destrucción de la independencia que hasta entonces disfrutaba el KPD, y la transformación de este último en un reñidero donde se aireaban las disputas de las facciones rusas. Durante los tres años siguientes ésta sería la tónica reinante en el KPD.

[97] *Ibid., vii,* n.º 2-3 (28 de marzo de 1924), pp. 134-139.

[98] *Bericht über die Verhandlungen des IX Parteitags der Kommunistischen Partei Deutschlands* (1924), pp. 64/75.

[99] La carta y el artículo, ambos con fecha 26 de marzo de 1924, se imprimieron con las actas del congreso *(ibid.,* pp. 65-71, 78-85).

Capítulo 10

EL RECONOCIMIENTO DIPLOMATICO

Las preocupaciones por las crisis domésticas hicieron que los soviets no prestaran mucha atención a la marcha del mundo exterior durante el segundo semestre de 1923. Aparte de las dramáticas y abortadas revoluciones de Bulgaria y Alemania, los acontecimientos de fuera le merecieron poca atención; y sólo al terminar el año pudo darse cuenta el Gobierno soviético de cómo la situación europea había evolucionado a su favor desde los días tensos del ultimátum de Curzon. Las causas de esta evolución fueron confusas y, en parte, fortuitas. Al correr 1923, la reacción contra la política francesa en Alemania fue adquiriendo fuerza y pasó de Europa a los Estados Unidos. El establecimiento en diciembre de 1923 de dos «comités de expertos» aliados, en los que figuraban dos expertos americanos, que se ocuparían de examinar todos los aspectos del problema de las reparaciones, fue el resultado de un largo forcejeo diplomático en el que Francia y Bélgica libraron acciones aisladas de retaguardia contra el deseo de las demás potencias europeas y de los Estados Unidos de lograr la pacificación de Europa mediante un acuerdo económico con Alemania. En Gran Bretaña la opinión parecía inclinarse a la izquierda en los asuntos de política exterior, ya que desde 1919 los partidos liberal y laborista desconfiaron de la política francesa en Europa y abogaron por una mayor transigencia hacia Alemania. En 1923, los intereses del comercio y del capital,

así como los intereses del trabajo, parecían exigir una *détente* financiera y económica en Europa, y la política exterior británica tomó una orientación marcadamente alemana.

La Rusia soviética, sin buscarlo y de rechazo, salió beneficiada de este cambio de clima. Desde 1919 los grupos de Europa occidental que demostraron, respectivamente, mayor intransigencia o mayor espíritu conciliatorio hacia Alemania, adoptaron una postura similar hacia la Rusia soviética; el tratado de Rapallo de abril de 1922 dio forma diplomática a una comunidad de intereses que existía ya de antes. La tendencia proalemana de la opinión pública y de la política británica, que se fue acentuando a lo largo de 1923, automáticamente implicaba una mejor disposición hacia la Rusia soviética. Incluso en los círculos conservadores, fuera de los grupos limitados que tenían presentadas reclamaciones financieras contra el Gobierno soviético, el ultimátum de Curzon no fue bien recibido y se consideró que terminó en fracaso. En Francia, ni siquiera la izquierda radical se permitía hablar en público a favor de una actitud más conciliadora hacia Alemania o la Rusia soviética; pero era evidente que la actitud de Poincaré respecto a esos dos países traicionaba cierta ansiedad, aunque sólo fuera por las repercusiones que pudiera producir en las relaciones anglo-francesas. En Italia, Mussolini no mostraba ningún prejuicio y estaba dispuesto a dar cualquier paso, con respecto a Alemania o la Rusia soviética, que reportara beneficios inmediatos a su país o a su régimen. En los Estados Unidos la conciliación con Alemania no parecía presuponer el mismo corolario de conciliación con la Rusia soviética. Pero incluso en América la ola de odio y temor al bolchevismo, que alcanzó su punto culminante en 1919, había perdido fuerza; y una vez más fue posible discutir desapasionadamente los problemas de las relaciones soviético-americanas.

Así, pues, en la segunda mitad de 1923 se produjo una lenta, pero clara, *détente* entre el Gobierno soviético y las potencias occidentales, especialmente Gran Bretaña. En vista de las actividades bolcheviques en Alemania, en el otoño de aquel mismo año, parecería anómalo diagnosticar en la política soviética un aumento de actitudes conciliatorias hacia el mundo capitalista. Pero en occidente se consideraba —y no sin razón— que los acontecimientos alemanes surgieron más por las especiales condiciones que reinaban en el país que por tendencias particulares de la política soviética. Ante la reacción soviética al ultimatum de Curzon, se dedujo acertadamente que el Gobierno soviético estaba dispuesto a recorrer la mitad del camino en busca de un acomodo con las potencias occidentales. El desarrollo de la política económica desde el esta-

blecimiento de la NEP era muy alentador. Krasin había trabajado mucho y bien en Londres. En una época de marasmo y de desempleo, los pedidos comerciales soviéticos constituían un importante haber y un cebo atractivo. La reanudación de las exportaciones de grano parecía anticipar el retorno a las relaciones comerciales existentes antes de la guerra entre Rusia y el Oeste, que fueron beneficiosas para ambas partes [1]. En agosto de 1923 un importante grupo de hombres de negocios de Inglaterra que representaban, según se decía, nada menos que a ochenta empresas industriales de ese país, visitó la Unión Soviética [2]. Fueron objeto de un espléndido recibimiento, consiguieron algunos pedidos importantes y regresaron convencidos, en su mayor parte, de la conveniencia de reconocer a la Unión Soviética. Causó, sobre todo, una excelente impresión la rapidez con que se iba en el proceso de restablecer una moneda estable en la Rusia soviética —anuncio de lo que tanta falta hacía en Alemania— y la buena disposición de los economistas soviéticos a seguir las prescripciones del capitalismo y a rendir tributo a las prácticas capitalistas en las finanzas internacionales. Como dijo en *Izvestiya* el jefe de la delegación comercial soviética en Londres, «la *City* hace tiempo que reconoció a la Rusia soviética, y esto significa algo en Inglaterra» [3]. Y a fines de 1923 los «expertos» optimistas de Europa occidental podían imaginarse de nuevo el cuadro de una Europa próspera en la que las economías rusa y alemana, limpias de las enfermedades y excesos que se produjeron en aquel periodo de pesadillas iniciado en 1918, tendrían de nuevo su papel bajo la égida de las finanzas sólidas y de las relaciones comerciales ordenadas.

En 1923 comenzaron también intensas actividades económicas americanas en la Rusia soviética que se prolongaron durante toda la década y que revelaron un profundo contraste con la ausencia de relaciones políticas entre ambos países. En enero de 1923 el Gobierno soviético ratificó formalmente la concesión de terrenos petrolíferos en el norte de Sajalin, concesión que había hecho originalmente la República del Extremo Oriente en 1921 a favor de la Sinclair Exploration Company [4]. Ante esto la Sinclair escribió al Departamento de Estado en el sentido de que se solicitara por

[1] En una entrevista periodística sostenida en enero de 1924, Chicherin habló de la más sólida posición internacional de la Unión Soviética por causa de las exportaciones de grano (*Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 5, 15 de enero de 1924, p. 26).

[2] De su llegada a Moscú se informó ampliamente en *Izvestiya*, 21 de agosto de 1923; en el mismo número se daba la noticia de la llegada de Wirth, el antiguo canciller alemán.

[3] *Izvestiya*, 11 de noviembre de 1923.

[4] Véase *La Revolución bolchevique (1917-1923)*, vol. 3, p. 366.

conducto diplomático que el Gobierno japonés permitiera a la compañía el desarrollo de sus concesiones, pero recibió la desalentadora respuesta de que el Departamento no podía «darle reconocimiento oficial a un contrato firmado con un gobierno con el que los Estados Unidos no mantiene relaciones oficiales» ni realizar medidas de carácter diplomático en apoyo del mismo [5]. Sin embargo, cuando las transacciones comerciales podían realizarse sin respaldo oficial, las cosas marchaban mejor. Dos empresas que se establecieron en la Unión Soviética en 1923 asumieron respetables dimensiones. La primera, la Allied American Corporation, operaba en Moscú como agente de más de treinta exportadores interesados en comerciar con la Unión Soviética. En el verano de 1923 la compañía concluyó un acuerdo general con el Vneshtorg respecto al comercio americano-soviético, por el cual se comprometía a embarcar a Rusia mercancías por valor de 2.400.000 rublos oro al año, en especial maquinaria, equipos para minas e implementos agrícolas, y a exportar de la Unión Soviética, principalmente materias primas, por un valor equivalente. Consecuencia de este acuerdo fue el proyecto de financiar fábricas soviéticas de ropa por intermedio del Sindicato Internacional Americano de Prendas de Vestir [6], y las gestiones de la URSS para adquirir en los Estados Unidos grandes cantidades de algodón en rama. Nogin, director del *trust* textil soviético, llegó a Nueva York el 21 de noviembre de 1923 con el propósito de comprar algodón por valor de millón y medio de dólares; uno de los resultados de su visita fue la organización en Nueva York de un Sindicato Textil de toda Rusia, que recibió un préstamo de dos millones de dólares del Chase National Bank para financiar las compras de algodón que hicieran los soviets en los Estados Unidos [7]. Estas y parecidas transacciones revelaban que el desarrollo creciente de los intereses comerciales se iba abriendo paso entre las barreras del retraimiento oficial.

Esta evolución dio pábulo a que se pensara en las posibilidades de un cambio de actitud oficial del gobierno americano, la cual no había sufrido modificaciones desde que fracasó el intento de replan-

[5] *Foreign Relations of the United States, 1923* (1938), ii, 802-804.

[6] Entrevista con Hammer, gerente de la Allied American Corporation, en *Ekonomicheskaya Zhizn*, 29 de julio de 1923 (un anuncio en la primera página apareció en *ibid.*, el 22 de julio de 1923); W. A. Williams, *American-Russian Relations, 1781-1947* (Nueva York, 1952), p. 211 y las fuentes allí citadas.

[7] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 24 de noviembre de 1923; W. A. Williams, *American-Russian Relations, 1781-1947* (Nueva York, 1952), p. 211. Nogin, entrevistado a su regreso a Moscú, aseguró que «el bloque del algodón» formado por sesenta senadores y congresistas mantenía ahora una actitud amistosa hacia el Gobierno soviético (*Trud*, 14 de febrero de 1924).

tear la cuestión al asumir Harding la presidencia en marzo de 1921 [8]. De nuevo fue Raymond Robins quien más abogó por el reconocimiento, y en esta campaña, Borah, senador de Idaho, se convirtió en figura popular.

En el verano de 1923 Harding, sin duda deseoso de conjurar las insistentes presiones de que era objeto, pero posiblemente sin intenciones verdaderas de dar un paso positivo, autorizó a Robins a realizar una visita confidencial a Moscú para que efectuara una serie de sondeos con respecto a la situación. Cuando acaeció la muerte de Harding el 2 de agosto, Robins había llegado a Berlín, pero entonces abandonó la misión por inútil y regresó a Washington para tratar de predisponer a favor de su política a Coolidge, el sucesor de Harding [9]. A los pocos días un grupo de cinco senadores y congresistas americanos encabezados por el senador King llegó a Moscú; fueron objeto de entusiasta acogida, visitaron varios lugares de la Unión Soviética y permanecieron en ese país varias semanas [10]. Todo esto produjo optimismo en los círculos soviéticos. En Washington el grupo Robins-Borah parece que abrigó grandes esperanzas en cuanto a lo que Coolidge fuera a declarar en su primera proclama al congreso el 6 de diciembre de 1923. Pero en concreto se limitó a repetir que continuaría la misma actitud inflexible de anteriores administraciones en lo relativo al reconocimiento. Sin embargo, por otra parte, manifestó que el gobierno americano no se oponía a la existencia de relaciones comerciales entre ciudadanos americanos y rusos, y que los Estados Unidos estaban dispuestos «a hacer generosas concesiones para ayudar al pueblo ruso» a salir de sus estrecheces económica; y añadió que «esperamos que no se demore el tiempo en que podamos actuar» [11]. El periódico *Izvestiya*, alentado por el optimismo de Robins y por aquellas migajas de condescendencia oficial, anunció el 9 de diciembre en un artículo de fondo que «el movimiento a favor de un acuerdo con la república soviética se ha extendido a América» y opinó que «la lucha de influencias en el Pacífico, donde los Estados Unidos chocan con el imperialismo japonés» era uno de los factores del cambio. Una semana después Chicherin envió a Coolidge un mensaje en el que le felicitaba por sus declaraciones y en el que indicaba el deseo del Gobierno soviético de discutir «todas

[8] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 352-353.

[9] W. A. Williams, *American-Russian Relations, 1781-1947* (Nueva York, 1952), pp. 201-204, con base, principalmente, en material inédito.

[10] *Izvestiya*, 9 de agosto de 1923 informó de un almuerzo en honor del grupo en el Narkomindel y al día siguiente publicó una foto del mismo grupo en compañía de Kámenev; en cuanto a la entrevista de Trotski con el senador King, véase anteriormente p. 220.

[11] *Foreign Relations of the United States, 1923* (1938), i, p. viii.

las cuestiones mencionadas en su mensaje; sobre la base de no interferirse mutuamente en los asuntos de la otra parte, pueden ser objeto de discusión». Pero para entonces Coolidge había perdido su interés en todo este asunto y estaba dispuesto a dejarlo en las manos más firmes del Departamento de Estado. El 18 de diciembre de 1923, Hughes, Secretario de Estado, contestó, con presteza poco corriente, al sondeo de Chicherin:

> No parece que por el momento exista ningún motivo para la apertura de negociaciones... Si las autoridades de la Rusia soviética están dispuestas a anular el decreto por el que rechazaban todo género de obligaciones para con este país, bien pueden hacerlo. Para ello no son necesarias conferencias ni negociaciones [12].

Al día siguiente el Departamento de Estado facilitó el texto de una larga carta de Zinóviev dirigida al Partido de Trabajadores de América, la cual, para terminar, manifestaba la esperanza de que «el partido, paso a paso, se ganará a las fuerzas proletarias de América y en un futuro no lejano izará en la Casa Blanca la bandera roja»[13]. Una declaración del Partido de Trabajadores de América, en el sentido de que la carta era «falsa desde la primera hasta la última palabra» [14] no modificó la actitud oficial. Borah logró que el senado designara un comité que explorara la cuestión del reconocimiento, y habló a favor de dicho reconocimiento en un debate del senado que tuvo lugar el 7 de enero de 1924 [15]. Pero la habilidad y la porfía del Departamento de Estado desbarataron la ofensiva Robins-Borah, y la cuestión quedó paralizada por unos años más.

El movimiento en Europa a favor del reconocimiento del Gobierno soviético fue menos ruidoso, pero de bases más firmes. Francia, tan hostil a la Rusia soviética como a Alemania, seguía siendo el obstáculo principal. Herriot, el jefe del partido radical, visitó Moscú en septiembre de 1922. Una año más tarde, en agosto de 1923, un senador radical, De Monzie, fue a Moscú, tuvo un cordial recibimiento y regresó a París firmemente convencido de la necesidad de reconocer a la Unión Soviética. Pero no era pro-

[12] *Foreign Relations of the United States, 1923* (1938), ii, 787-788; el texto ruso del mensaje de Chicherin del 16 de diciembre de 1923 figura en Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 294.

[13] *Foreign Relations of the United States, 1923* (1938), ii, 788-790; respecto al Partido de Trabajadores de América, por entonces la tapadera legal del Partido Comunista Americano, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 3, pp. 434-435.

[14] *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.° 5, 15 de enero de 1924, página 37.

[15] Del debate se informó con cierta amplitud en *Pravda* del 9 de enero de 1924.

bable que estas iniciativas personales de sus rivales llegaran a influir en el rígido Poincaré. Fue Mussolini quien, en su discurso del 30 de noviembre de 1923, realizó la primera jugada espectacular. Algunas semanas antes había comenzado las negociaciones para la firma de un tratado comercial soviético-italiano que sustituyera al abortado acuerdo de 1921 [16]. Mussolini se declaró ahora dispuesto para el reconocimiento *de jure* del Gobierno soviético e indicó que así lo haría al efectuarse la firma del nuevo tratado. Esta declaración, aunque causó de momento cierta confusión en las filas del Partido Comunista Italiano [17], fue pregonada victoriosamente en Moscú como «la primera brecha en el frente unido de la vieja Entente contra la Rusia soviética» [18]. Hasta entonces, escribió un comentarista soviético, los países de Occidente habían pretendido cambalachear el reconocimiento político contra el pago de deudas particulares y contra el restablecimiento de la propiedad privada: «a Mussolini pertenece el mérito y el honor de clavar el último clavo en el ataúd de tales pretensiones» [19]. Pero antes de que se materializara esta iniciativa de Mussolini tuvieron lugar acontecimientos más importantes. Las elecciones generales inglesas del 6 de diciembre de 1923 marcaron un giro a la izquierda que se debió, en parte, a la cuestión de política exterior. El partido laborista emergió como el más grande, pero sin la mayoría absoluta, de manera que los laboristas en el gobierno tendrían que depender del apoyo liberal. Sin embargo, como laboristas y liberales eran partidarios del reconocimiento completo del Gobierno soviético, esta cuestión, por lo menos, parecía haber sido decidida en principio por el voto popular.

El asunto de si Italia o Gran Bretaña sería la primera en la carrera de acordar el reconocimiento *de jure* motivó ahora cierta expectación. Se pensó que el reconocimiento era ya inminente cuando el nuevo gobierno laborista bajo Ramsay MacDonald se hizo cargo el 23 de enero de 1924, pero muchos creyeron que antes se procedería a negociaciones previas entre los dos gobiernos sobre las cuestiones de mayor importancia. Kámenev, hablando días más

[16] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, p. 352.

[17] Bombacci, un diputado comunista italiano, en un discurso en el que apoyaba el ofrecimiento de Mussolini de reconocer al Gobierno soviético, asumió lo que más tarde se describió como «una posición casi nacionalista», al expresar temores por la competencia francesa y británica en el comercio soviético y al no condenar las extravagantes exigencias de los capitalistas y del gobierno italianos. El comité central del partido italiano, después el presidium del IKKI, condenó la actitud de Bombacci (*Pravda*, 8 de enero de 1924).

[18] *Izvestiya*, 4 de diciembre de 1923.

[19] B. Shtein en *Ekonomicheskaya Zhizn*, 22 de diciembre de 1923.

tarde en el segundo Congreso de Soviets de toda Rusia, admitió que las relaciones soviéticas con Gran Bretaña eran de «interés extraordinario e inmediato en el estado actual de la historia mundial». Pero manifestó no tener ilusiones con respecto a los jefes del partido laborista inglés y dijo que, ahora que estaban en el poder, «la clase trabajadora inglesa» tendría la oportunidad de «darse cuenta» de su verdadero carácter[20]. Las negociaciones comerciales que se celebraban en Roma seguían detenidas a causa de las dificultades surgidas en cuanto a la categoría que se debía asignar a las futuras delegaciones comerciales soviéticas en Italia. El 31 de enero de 1924, Mussolini, impaciente, intervino haciendo una concesión en este extremo; y se propuso que la firma del acuerdo, y junto a él el reconocimiento *de jure,* tuviera lugar el 3 de febrero. Mientras tanto, el Gobierno británico se había decidido por un reconocimiento sin condiciones. El 1 de febrero de 1924, Hodgson, el agente británico en Moscú, notificó al Gobierno de los soviets que el Gobierno británico «reconoce a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como gobernante *de jure* de los territorios del viejo Imperio ruso que reconocen su autoridad». En la nota se invitaba también al Gobierno ruso a que enviara representantes a Londres para trazar «las bases preliminares de un tratado completo que resuelva todas las cuestiones principales existentes entre los dos países». Las cuestiones que se mencionaban eran tres: la validez de los tratados firmados antes de la revolución, las reclamaciones y la propaganda. A Hodgson se le dio la categoría de *chargé d'affaires.* La nota no hacía referencias al nombramiento de un embajador; el rey Jorge V había expresado sus objeciones personales y no estaba dispuesto a recibir al embajador de un régimen al que consideraba responsable del asesinato del zar Nicolás II, su primo, y de la familia imperial[21].

Al día siguiente Litvínov leyó la nota de Hodgson al segundo Congreso de Soviets de toda Rusia, el cual aprobó una resolución en la que se saludaba «este paso histórico». La resolución decía también que la clase trabajadora de Gran Bretaña siempre había sido «sincera aliada de las masas obreras de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas», alargaba la mano «en saludo fraternal al pueblo británico» y facultaba al Gobierno soviético para que entrara en negociaciones con el Gobierno inglés sobre aquellas cuestiones que

[20] *Vtoroi Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), p. 62.

[21] H. Nicolson, *King George the Fifth* (1952), p. 385; en fecha tan avanzada como 1929, el rey protestó, aunque en vano, por el hecho de tener que recibir al primer embajador soviético (*ibid.,* p. 441). El rey no necesitaba recibir en persona a los encargados de negocios.

se mencionaban en el acta de reconocimiento [22]. El 8 de febrero de 1924, Rakovski informó oficialmente de la satisfacción del Gobierno soviético por el reconocimiento de que fue objeto; añadió que su gobierno aceptaba la invitación de enviar representantes a Londres para celebrar negociaciones y que él mismo sería *chargé d'affaires* «hasta tanto se designara un embajador» [23]. Todo esto no fue óbice para que el 6 de febrero el IKKI enviara un largo mensaje al Partido Comunista Británico, con motivo del reconocimiento, en el que se expresaba el deseo de que se convirtiera «en un partido de masas revolucionario e influyente» [24]. Mientras tanto, el 7 de febrero, Mussolini, despojado por esta precipitada acción británica de la prioridad que él esperaba, despachó su nota reconociendo *de jure* al Gobierno soviético [25]. Tras asegurarse el reconocimiento de dos de las principales potencias aliadas, el Gobierno soviético bien se podía permitir un gesto de triunfo. Litvínov concedió una entrevista a *Pravda* en la que explicó que Gran Bretaña e Italia habían abandonado por fin «la idea ilusoria de que el reconocimiento sólo beneficiaría a las repúblicas soviéticas»; que ahora el reconocimiento del Gobierno soviético por parte de otros países «era de mucha más importancia para ellos que para el propio Gobierno soviético»; y que en el futuro los soviets responderían a las nuevas propuestas de reconocimiento: «Nada de negociaciones ni de acuerdos previos sobre asuntos de ninguna clase; el reconocimiento debe ser sin condiciones y sin restricciones.» [26]

El reconocimiento formal del Gobierno soviético por parte de Gran Bretaña y de Italia robusteció su prestigio internacional sin que afectara materialmente su posición. El tratado comercial soviético-italiano se firmó el 7 de febrero de 1924 y fue ratificado un mes más tarde [27]. Austria anunció su intención de renovar las relaciones diplomáticas; y en las siguientes semanas Grecia, Noruega y

[22] *Vtoroi Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), pp. 197-198; *2i Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik: Postanovleniya* (1924), pp. 16-17.

[23] La nota británica se publicó en *The Times* del 2 de febrero de 1924; la nota de Rakovski, *ibid.*, el 9 de febrero de 1924; los textos rusos de ambas notas figuran en Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika,* iii, i (1928), 295-296.

[24] *Pravda,* 19 de febrero de 1924.

[25] Con respecto a esta nota y la respuesta soviética del 13 de febrero véase: *SSSR: Sbornik Deistvuyushij Dogovorov, Soglasheni i Konventsi,* i-ii 1928), n.° 18, pp. 29-30.

[26] *Pravda,* 14 de febrero de 1924.

[27] *SSSR: Sbornik Deistvuyushij Dogovorov, Soglasheni i Konventsi,* i-ii (1928), n.° 82, p. 219.

Suecia le acordaron el reconocimiento *de jure*[28]. Pero el numeroso grupo de Estados europeos todavía sensibles a las advertencias de Francia se mantenía apartado. Francia, en particular, intervino para frustrar las negociaciones entre la Rusia soviética y Rumania. La cuestión, siempre fastidiosa, de Besarabia, que impidió que se personaran los delegados rumanos en la conferencia de desarme de Moscú de diciembre de 1922[29] resultó, un año más tarde, un obstáculo fatal en las negociaciones de un tratado comercial entre los países, que se celebraba en Odesa[30]. La cuestión terminó por convertirse, casi exclusivamente, en asunto de *amour-propre*. El Gobierno soviético, aunque sin deseos inmediatos de romper el *status quo*, no estaba dispuesto a renunciar formalmente a sus reclamaciones sobre Besarabia, mientras que el Gobierno rumano era esa renuncia lo que deseaba. En estas circunstancias se llegó al acuerdo, tras muchas dificultades, de celebrar en Viena, en marzo de 1924, una conferencia que tratara de hallar una fórmula para resolver la cuestión[31]. Pero el 12 de marzo el Gobierno francés dio el paso significativo, del que se abstuvo hasta la fecha, de someter a la Cámara de Diputados, para su ratificación, el tratado del 28 de octubre de 1920 que, en nombre de los gobiernos aliados, reconocía la soberanía rumana sobre Besarabia; y este acto, que provocó una enérgica protesta de Moscú[32], tenía por objeto fomentar la intransigencia rumana. La conferencia se reunió a fines de marzo con Krestinski como principal delegado soviético, pero se suspendió a los pocos días por la vieja cuestión de principios; la propuesta final de los soviets fue que se celebrara un plebiscito, cosa que rechazó la delegación rumana[33]. Evidentemente, la diplomacia soviética había llegado al límite de sus posibilidades en Europa mientras no se modificara la posición del Gobierno francés. El 11 de mayo de 1924, las

[28] *Ibid.*, n.° 3, 14, 28, 40, pp. 20, 80, 153.
[29] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, p. 451.
[30] Un *communiqué* sobre la ruptura de estas negociaciones apareció en *Pravda* del 8 de enero de 1924.
[31] A. J. Toynbee recoge de la prensa de la época en *Survey of International Affairs*, 1924 (1926), p. 263, algunas referencias a estas negociaciones.
[32] Las dos notas de Chicherin a Poincaré del 16 y 21 de marzo de 1924, y la nota de Poincaré del 20 de marzo de 1924 aparecen resumidas en Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika, iii, i* (1928), 305-307; la ratificación francesa se depositó finalmente el 24 de abril de 1924 *(British and Foreign State Papers*, cxix [1924], 515).
[33] L. Fischer, *The Soviets in World Affairs* (1930), ii, 511-512 cita documentos inéditos: extractos de la declaración final de Krestinski y la respuesta rumana figuran en Kliuchnikov y Sabanin, *Mezhdunarodnaya Politika*, iii, i (1928), 307-309. De las sesiones informó con desacostumbrada amplitud *Izvestiya* del 1 de abril de 1924 y de los días siguientes; para una información aún más amplia, véase *Mezhdunarodnaya Zhizn*, núms. 2-3, 1924, pp. 46-56.

elecciones generales francesas demostraron que el electorado se inclinaba por la izquierda siguiendo el ejemplo de los ingleses. Poincaré cedió el paso a una coalición de radicales y socialistas con Herriot a la cabeza; y este cambio fue un anticipo de las modificaciones importantes que iba a sufrir la política francesa en relación con Alemania y con la Rusia soviética. Sin embargo, todo esto, como las negociaciones anglo-soviéticas que comenzaron en abril de 1924, pertenece a la siguiente etapa. En la primavera de 1924, el reconocimiento británico parecía todavía factor decisivo en la posición internacional del Gobierno soviético y constituyó un hito no menos notable que el primer acuerdo comercial anglo-soviético firmado tres años antes. Todo indicaba, como manifestó Kámenev en el segundo Congreso de Soviets de toda Rusia, «el colapso de todas las fuerzas principales que crearon el tratado de Versalles y que trataban de imponer las normas de ese tratado sobre la humanidad como garantía de paz, de libertad y de prosperidad nacional» [34]. En el momento en que la Unión Soviética parecía haber alcanzado nuevas alturas de estabilidad política, económica y financiera en el interior, también se la volvía a admitir en el círculo de las potencias europeas como miembro con plenos derechos.

[34] *Vtoroi Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), p. 61.

Tercera parte

EL TRIUNVIRATO EN EL PODER

Capítulo 11

EL TRIUNVIRATO SE IMPONE

Puede decirse que la crisis que estremeció al partido mientras Lenin agonizaba en los meses finales de 1923 arranca de la segunda recaída en su salud en diciembre de 1922. El 20 de noviembre de 1922 habló por última vez en público ante el Soviet de Moscú. Poco después sostuvo su última conversación con Trotski, conversación a la que Trotski, más tarde, concedería mucha importancia, aunque las únicas referencias que hay de la misma son las que él mismo facilitó unos cinco años más tarde. Lenin expresó el horror y el temor que le causaban el crecimiento de la burocracia en el aparato soviético: por aquel entonces era su tema favorito. Trotski replicó que la burocracia se hallaba no sólo en el Estado, sino también en las instituciones del partido; y Lenin, medio en broma, propuso que se formara «un bloque contra la burocracia en general y contra el Orgburó en particular» [1]. El 12 de diciembre, tras un nuevo deterioro de su salud, Lenin, con arreglo a los consejos de los médicos, se retiró a su apartamento privado del Kremlin, donde cuatro días más tarde sufrió un segundo ataque que le paralizó el lado derecho. Entre la fecha de su retirada y la de su segundo ataque escribió varias notas en las que atacaba la propuesta de que se suavizara el rigor

[1] L. Trotski, *The Real Situation in Russia* (sin fecha [1928]), pp. 304-305. Lo mismo se repite en L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 215-216.

del monopolio del comercio exterior[2]. Los tres meses siguientes, aunque confinado en su apartamento, Lenin estuvo en plena posesión de sus facultades y escribió artículos y notas personales sobre asuntos del partido y del gobierno. Pero, por lo que puede asegurarse, no vio a ninguno de los otros jefes del partido y sólo se comunicó con ellos por escrito o por mensajes a través de Krúpskaya [3]. Fue por entonces cuando se dio clara cuenta de que sus días estaban contados y esto le llenó de preocupación por el futuro. El 25 de diciembre de 1922, a los nueve días del segundo ataque, dictó el documento que se conoce en la historia del partido como el «testamento», que ha sido más veces citado con fines personales que estudiado en su totalidad:

> ...Dos clases forman la base de nuestro partido, por lo cual es posible su inestabilidad, y si no puede llegarse a un acuerdo entre esas clases, su caída es inevitable. En tal caso, sería inútil tomar medidas o discutir en general la estabilidad de nuestro comité central. En tal caso ninguna medida podría prevenir la división. Pero confío en que todo esto es demasiado improbable y remoto para hablar de ello...
>
> Pienso que la estabilidad constituye una garantía contra las divisiones en el próximo futuro y quiero examinar aquí una serie de consideraciones de carácter puramente personal...
>
> Creo que el factor fundamental en la cuestión de la estabilidad —desde este punto de vista— lo constituyen miembros tales del comité central como Stalin y Trotski. Las relaciones que existen entre ellos son, en mi opinión, las que en buena parte podrían causar esa división, y para evitarla creo que debiéramos aumentar hasta cincuenta o cien el número de miembros del comité central...
>
> El camarada Stalin, al convertirse en secretario general, ha concentrado en sus manos un enorme poder; y yo no estoy seguro de que él sepa usar siempre ese poder con la cautela necesaria. Por otra parte, el camarada Trotski, como se vio por su lucha contra el comité central sobre el Comisariado del Pueblo para Comunicaciones, se distingue no sólo por su excepcional talento —no cabe duda de que es la persona más capaz del comité central—, sino también por su excesiva confianza en sí mismo y por su disposición a dejarse llevar demasiado por el aspecto puramente administrativo de las cosas...
>
> Estas características de los dos dirigentes más capaces del actual comité central pueden, sin más, provocar una división; y si nuestro partido no toma las medidas necesarias para impedirlo, la división podría surgir inesperadamente...
>
> No seguiré describiendo las cualidades personales de los demás miembros

[2] La primera es una nota dirigida a Stalin como secretario general para que se diera a conocer al Politburó, y figura en Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 379-382; las otras estaban dirigidas a Trotski, Frumkin y Stomoniakov y figuran en L. Trotski, *The Real Situation in Russia* (sin fecha [1928]), pp. 285-289. El 21 de diciembre Lenin volvió a escribir a Trotski felicitándole por los buenos resultados de las sesiones del comité central del partido (*ibid*., pp. 289-290). Con respecto a este episodio, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 3, pp. 474-476.

[3] Véase más adelante, nota 2, p. 341.

del comité central. Sólo deseo recordarles que el episodio de octubre de Zinóviev y Kámenev no fue, por supuesto, de tipo accidental, pero que no debe usarse contra ellos personalmente, como no debe usarse el no bolchevismo de Trotski...

Respecto a los miembros más jóvenes del comité central quiero referirme brevemente a Bujarin y Piatakov. Son, en mi opinión, los más capaces entre los jóvenes, de los cuales habría que tener en cuenta lo siguiente: Bujarin no es sólo el teórico más valioso y de mayor talla del partido, sino que hay que considerarlo como el legítimo favorito del partido entero; sin embargo, sus juicios teóricos sólo con la mejor voluntad pueden considerarse totalmente marxistas, porque existe en él algo escolástico (Bujarin nunca aprendió la dialéctica y creo que nunca llegará a comprenderla).

En cuanto a Piatakov, es un hombre capaz y voluntarioso, sin duda, pero demasiado inclinado a los asuntos administrativos y al aspecto administrativo de las cosas para que se pueda confiar en él en una situación política seria...

Por supuesto, todas estas observaciones las hago refiriéndome al momento presente y suponiendo que estos dos hábiles y capaces trabajadores no encontrarán ocasión de aumentar su saber y de corregir sus deficiencias [4].

Con la excepción, quizá, del confuso y contradictorio veredicto sobre Bujarin y de la poca consistencia de la propuesta concreta de aumentar el número de miembros del comité central, el testa-

[4] El denominado testamento junto con su postdata (véase más adelante, pp. 264-265) se leyó en una reunión de los principales miembros del partido el 22 de mayo de 1924 (véase más adelante, pp. 357-358) en vísperas del decimotercer congreso del partido, y desde entonces su contenido fue ampliamente conocido en el mismo; pero el texto nunca se publicó. En 1926 el comité central decidió «pedir permiso» al próximo congreso del partido con el fin de «imprimir este documento» (Stalin, *Sochineniya*, x, 176); pero parece que esto nunca se hizo. Resúmenes del mismo, inexactos en cuanto a ciertos detalles, aparecieron por primera vez en *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.° 15 (85), 24 de julio de 1924, pp. 11-12. Una traducción inglesa de Max Eastman, un tanto burda pero correcta, apareció en el *New York Times* del 18 de octubre de 1926 y en L. Trotski, *The Real Situation in Russia* (sin fecha [1928]), pp. 320-323; ésta ha llegado a ser la versión aceptada y es la que aquí figura. La cuestión se complicó por el hecho de que en 1925 Trotski, presionado por sus colegas del Politburó para que se apartara públicamente de los ataques de Eastman contra el partido (Stalin, *Sochineniya*, x, 174), publicó un artículo en el que decía que era «una calumnia» el que se acusara al comité central de «ocultar» ciertos escritos de Lenin, entre ellos «el denominado 'testamento'». Seguidamente, Trotski añadía: «En la prensa menchevique, *émigré* y burguesa del extranjero se menciona con frecuencia una de las cartas de Vladímir Ilich, que contiene consejos sobre cuestiones de carácter organizativo, como si se tratara de un 'testamento', y de tal forma la tergiversan que la hacen irreconocible» (*Bolshevik*, n.° 16, 1 de septiembre de 1925, p. 68). A pesar de esta declaración desorientadora, la autenticidad del texto es innegable; pasajes del mismo fueron posteriormente citados por bolcheviques de nota, y el propio Stalin citó la postdata y partes del texto en un discurso ante el comité central del partido el 23 de octubre de 1927, reproducido en *Pravda* del 21 de noviembre de 1927 y en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.° 109, 8 de noviembre de 1927, p. 2366; también figura en J. V. Stalin, *Ob Oppozitsi* (1928), p. 723 (la versión del discurso en Stalin, *Sochineniya*, x, 175, omite la cita directa).

mento no muestra síntomas de que estuvieran disminuidas las facultades mentales de Lenin. Pocos dirigentes del partido hubieran tenido la perspicacia suficiente para ver que Trotski y Stalin serían rivales en la conquista del poder, por encima de Zinóviev y Kámenev. La ambición personal de Trotski y el abuso en el ejercicio del poder por parte de Stalin sólo se mencionan a la ligera, mientras que el diagnóstico de un gran fallo común a Trotski y Piatakov: su falta de capacidad política, en contraste con su capacidad administrativa, es extremadamente penetrante [5]. Pero el testamento, aunque daba una advertencia, no indicaba ninguna solución. A este respecto no llegaba a la altura de lo que el partido estaba acostumbrado a esperar de su jefe.

Aunque Lenin trataba en el testamento de que acaso pronto se planteara la necesidad de proceder a la elección de su sucesor, parecía que por el momento, tras el segundo ataque, recuperaba su capacidad de trabajo. El 27 de diciembre dictó una nota para los miembros del Politburó, en la cual en parte se mostraba de acuerdo, y en parte no, con las propuestas de Trotski sobre las funciones y atribuciones del Gosplan [6]. Entonces, no se sabe debido a qué impulsos, Lenin concentró su atención en el problema de Georgia. Ya desde marzo de 1921, cuando fue creada la República Socialista Soviética de Georgia y se archivó la propuesta de Lenin a favor de una coalición con los mencheviques [7], Lenin no dejó de sentir preocupación por este asunto. A Georgia la caracterizaba el hecho de haber sido el país donde el establecimiento de una república socialista soviética y la incorporación a la URSS a través de la etapa intermedia de la federación trascaucásica se produjo con grandes dificultades, y donde Moscú no sólo encontró la abierta oposición del partido comunista local, sino que incurrió en el descrédito internacional. Cuando Lenin se recuperó de su primer ataque a fines del verano de 1922, los informes sobre la visita de la comisión Dzerzhinski a Georgia y sobre la destitución de Mdivani y Majaradze renovaron sus pre-

[5] Con arreglo a declaraciones posteriores de Mólotov, Lenin ya había emitido este juicio sobre Piatakov en el undécimo congreso del partido celebrado en marzo de 1922: «El camarada Lenin, que defendía al camarada Piatakov y trataba a toda costa de tenerlo activo en la cuenca del Don, dijo en el undécimo congreso del partido: 'El camarada Piatakov se ha excedido en las tareas administrativas, ha tergiversado la política del partido, la ha ejecutado de mala manera'» (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 44). Si se hizo esta observación, no figura en las actas oficiales, según las cuales Lenin habló «de la cuenca del Don, donde camaradas tales como Piatakov han trabajado con enorme devoción y extraordinario éxito en el campo de la industria pesada» (Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 133).

[6] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 394.

[7] Véase *ibid.*, vol. 1, p. 368.

ocupaciones, aunque en fecha tan avanzada como octubre de 1922 seguía insistiendo con firmeza en que el comité central del partido de Georgia debía someterse a las decisiones de Moscú [8]. Sólo cuando

[8] Véase *ibid.*, vol. 1, pp. 415-416. Parece que los sucesos se desarrollaron de la manera siguiente. Tras el regreso a Moscú de la comisión Dzerzhinski, a la que acompañaban Mdivani y Majaradze, el comité central del partido georgiano consideró el 15 de septiembre de 1922 las propuestas preparadas por Stalin respecto a la denominada «autonomización» de las repúblicas soviéticas; el comité aprobó una resolución con un solo voto en contra, el de Eliava (aunque otros presentes, que no eran miembros del comité, entre ellos Sokólnikov y Enukidze, también se manifestaron contra la resolución), en virtud de la cual se rechazaba como «prematuro» el proyecto de «autonomización» y se daban instrucciones a Mdivani para que «sondeara la opinión de los camaradas de Moscú» (*Sotsialisticheski Vestnik* [Berlín], n.º 2 [48], 17 de enero de 1923, página 19). El 27 de septiembre de 1922, Lenin, en vísperas de su reincorporación al trabajo, hizo circular en el Politburó una larga carta de comentarios sobre el proyecto preliminar de Stalin relativo al establecimiento de la unión de las repúblicas soviéticas; aunque los comentarios no mencionaban específicamente a la oposición de Georgia, la observación en la carta de que al día siguiente se iba a entrevistar con Mdivani revela que este asunto le preocupaba en gran manera. Los comentarios insistían en el principio de la «unificación» de repúblicas iguales como base de la unión, antes que en su incorporación a la RSFSR, proponiendo que se establecieran dos comités ejecutivos centrales (germen de la división eventual del Vesenja en dos cámaras). Lenin añadió el comentario de que «Stalin tiene cierta tendencia a precipitarse». En su respuesta, Stalin se opuso a la sugerencia de dos comités ejecutivos, y, a la acusación de que tendía a precipitarse, contestó diciendo con mordacidad que el camarada Lenin, en algunas de sus sugerencias, «se mostraba también un tanto precipitado» y que «sin duda tal precipitación dará ánimos a los partidarios de la independencia». (Extractos de esta correspondencia aparecen en L. Trotski, *The Real Situation in Russia* [sin fecha (1928)], pp. 293-296: el texto completo no ha sido publicado.) Lenin, conciliatorio, escribió una nota personal el 6 de octubre: «Declaro la guerra a muerte contra el chovinismo gran-ruso... Es preciso insistir que en el TsIK de la Unión, rusos, ucranianos georgianos, etc., debieran ocupar por turno la presidencia» (Lenin, *Sochineniya* [cuarta edición], xxxiii, 335). Esta vez Stalin cedió y se superaron las diferencias en una reunión del comité central del partido en la que estaban presentes Lenin y Mdivani. El 15 de octubre de 1922 Stalin telegrafió a Tiflis anunciando la decisión del comité central de mantener «sin cambios de ninguna clase» la propuesta de que la república federal trascaucásica se uniera con la RSFSR y las repúblicas de Ucrania y de Rusia Blanca en una «unión de repúblicas socialistas», y añadió que, en vista de esta decisión unánime, Mdivani había sido «obligado a renunciar a la propuesta del comité de Georgia». Tras esto se celebró una tempestuosa reunión del comité central del partido georgiano en Tiflis, en el curso de la cual Majaradze dijo que la confederación trascaucásica era «un cadáver» y la «creación de un aparato burocrático» (citado en el artículo de Orjonikidze aparecido en *Pravda* del 19 de abril de 1923). Se envió a Moscú un telegrama de indignada protesta, dirigido no a Stalin o a la secretaría, sino a Bujarin, de quien se sabía era partidario de los puntos de vista del comité de Georgia (véase más adelante, p. 280) y, el 21 de octubre, Lenin despachó un telegrama personal de respuesta en el que se traslucía su extremada irritación ante la intransigencia georgiana: «Asombrado por el tono

fue vencida la oposición de Georgia y cuando la República Socialista Soviética Federal de Trascaucasia firmó el acta de unión, ocurrió algo que modificó y endureció la actitud de Lenin. El 30 de diciembre de 1922, a los cinco días de haber escrito el testamento, y el mismo día en que los delegados de la RSFSR, de las repúblicas de Ucrania, Rusia Blanca y de la República Federal Trascaucásica, tras escuchar un discurso de Stalin, votaron por el establecimiento de la URSS y se constituyeron como «su primer congreso de soviets» [9], Lenin dictó la primera parte de una carta o memorándum sobre la cuestión de las nacionalidades, y al día siguiente la completó con otras dos partes. Comenzó manifestando que merecía «serias censuras de los trabajadores de Rusia» por no haber sabido intervenir con eficacia en este asunto en sus primeros tiempos. «Es indudable que en todo este asunto de la 'autonomización' se procedió muy mal y a destiempo.» ¿Qué se lograba con establecer un solo aparato estatal, cuando el aparato ruso existente nos es «completamente extraño y representativo de la máquina burguesa del zar»?

> Yo creo —continuaba Lenin— que el apresuramiento y el carácter impulsivo de Stalin en las cosas administrativas, junto con su resentimiento contra el notorio «chovinismo social», desempeñaron un papel fatal; el resentimiento siempre desempeña un pésimo papel en la política.

En un momento determinado Orjonikidze llegó al extremo de usar la violencia física, y Dzerzhinski lo dejó pasar sin darle importancia. Orjonikidze debiera recibir «un castigo ejemplar», y hacía a Stalin y Dzerzhinski «políticamente responsables de esta campaña nacionalista típicamente gran-rusa». En general, la unión de las repúblicas socialistas era necesaria y debiera mantenerse para fines de guerra y de diplomacia (de todos los aparatos estatales soviéticos, el mejor era el del Narkomindel, ya que no se admitió en él a una sola persona de importancia procedente de la burocracia zarista); pero debiera considerarse con buena voluntad el restablecimiento de la «independencia completa» de otros comisariados. Que se manifes-

impropio del telegrama firmado por Tsinsadze y otros. No sé las causas de que me lo entregara Bujarin y no cualquiera de los secretarios del comité central. Estaba convencido de que las dificultades quedaron eliminadas tras la decisión del comité central en la que Mdivani y yo participamos directamente. Por lo tanto, condeno enérgicamente los abusos de Orjonikidze e insisto en que la disputa de ustedes se someta, como es debido, a la decisión de la secretaría del comité central». Al recibir este telegrama, el comité central de Georgia dimitió *en bloc* y se formó otro comité más dócil bajo la supervisión de Orjonikidze (*Sotsialisticheski Vestnik* [Berlín], n.º 2 [48], 17 de enero de 1923, p. 19).

[9] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1293*, vol. 1, pp. 416-417.

tara aquí cualquier falta de coordinación era preferible a que en Asia se sintiera animosidad contra la autoridad del poder soviético, y para evitarlo era necesario «no causar ni la más mínima injusticia, ni la más mínima brusquedad a nuestras nacionalidades no rusas»[10]. A los cuatro días, el 4 de enero de 1923, meditando sobre estos problemas, el líder enfermo provocó otra explosión al añadir una postdata a su «testamento»:

Stalin es demasiado rudo, y este defecto, que se puede tolerar en nuestras relaciones como comunistas, es inaceptable en un secretario general. Por lo tanto, propongo a los camaradas que traten de hallar la manera de sacar a Stalin de ese cargo y sustituirlo por otro que sea superior a Stalin en todos los aspectos, es decir, más paciente, más leal, más cortés, más atento a los camaradas, menos caprichoso, etc. Esta circunstancia puede parecer una bagatela insignificante, pero creo que, desde el punto de vista de impedir una división y de las relaciones entre Stalin y Trotski que ya he mencionado antes, no se trata de una bagatela, y si lo es, es una bagatela que puede adquirir una importancia decisiva[11].

El testamento y su postdata, junto con el memorándum sobre la cuestión de las nacionalidades, permanecieron por el momento entre los papeles de Lenin y sólo conocieron su contenido su esposa y su secretario.

En enero de 1923, Lenin trabajaba todavía a ratos. De sus escritos de este mes sobrevivieron dos artículos cortos (o acaso dos borradores de un mismo artículo) sobre las cooperativas, con fecha 4 y 6 de enero, y unas notas relativas a las memorias de Sujánov sobre la revolución que acababan de publicarse en Berlín: todo ello se publicó meses después en *Pravda,* tras su colapso final[12]. Seguidamente, Lenin dirigió su atención al Comisariado del Pueblo para la Inspección por Obreros y Campesinos (Rabkrin), que fue presidido por Stalin desde que fuera creado en 1920 hasta mayo de 1922[13], y publicó en *Pravda* del 23 de enero de 1923 un artículo titulado «Cómo organizar el Rabkrin: propuesta para el duodécimo congreso del partido». El artículo comenzaba refiriéndose a la «inmensa dificultad» de la tarea y declarando categóricamente que «no había sido re-

[10] *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.° 23-24 (69-70), 17 de diciembre de 1923, pp. 13-15.

[11] Respecto a las fuentes del texto y la cita del mismo por Stalin, véase anteriormente nota 4, p. 261.

[12] Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 391-401.

[13] Stalin dejó de ser comisario del pueblo para la Inspección por Obreros y Campesinos en mayo de 1922 *(Tsentralni Gosudarstvenni Arjiv Oktiabrskoi Revoliutsi i Sotsialisticheskogo Stroitelstva: Putevoditel,* ed. V. V. Maksakov [1946], p. 69). Probablemente esto se debió a su nombramiento de secretario general del partido, pero no consta en las biografías de Stalin ni en las obras de referencia corrientes.

suelta todavía». Pero como a esto seguía el rechazo de las opiniones de «esos camaradas» que «niegan la utilidad o la necesidad del Rabkrin» y una condena general del conjunto de «nuestro aparato estatal, con la excepción del Narkomindel» no podía alegarse que se atacara intencionadamente al antiguo departamento de Stalin. El artículo concluía con la propuesta, que el duodécimo congreso adoptó más tarde, de que se robusteciera el Rabkrin uniéndolo con la comisión central de control del partido [14]. Pero a los diez días, el 6 de febrero de 1923, todavía dándole vueltas al mismo tema, Lenin escribió un nuevo artículo, muy diferente de los anteriores y tres veces más largo, titulado «Preferible menos, pero mejor» [15]. Se trataba de un ataque despiadado contra todo lo hecho por el Rabkrin y contra su organización [16]. El nombre de Stalin no se mencionaba. Pero la primera frase, en la que Lenin aconsejaba «no correr tras la cantidad y no apresurarse demasiado» reflejaba la crítica de su memorándum del 30 de diciembre de 1922, en el que acusaba a Stalin de «apresuramiento y carácter impulsivo en las cosas administrativas»; y sus categóricas palabras de censura, dos veces repetidas, contra «la burocracia, no sólo en nuestras instituciones soviéticas, sino en las instituciones de nuestro partido» iban claramente dirigidas al secretario general [17].

Aunque todavía no se conocía ni se sospechaba en el partido la animosidad de Lenin contra Stalin, ya que a este último se le consideraba uno de los más fieles y útiles subordinados de Lenin, el ataque de que era objeto en este artículo no podía pasar inadvertido. Su publicación revelaría al partido que ya no disfrutaba de la confianza de Lenin. Esto explica los extraordinarios esfuerzos que se hicieron para impedir que viera la luz. Al principio se intentaron tácticas dilatorias, pero la impaciencia que revelaba Lenin en sus mensajes, los cuales hacía llegar por intermedio de Krúpskaya, obligó al Politburó a tomar una decisión. Según Trotski, todos los que se hallaban en la reunión (todos menos él) eran opuestos a que se publicara el artículo: Stalin, Mólotov, Kuibishev, Rikov, Kalinin y Bujarin. Cuando se planteó que la insistencia de Lenin era un

[14] Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 402-405; respecto a la historia del Rabkrin y de su reorganización en 1923, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1293*, volumen 1, pp. 244-245.

[15] Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 406-418; la fecha se recoge en L. A. Fotieva, *Posledni Period Zhizni i Deyatelnosti V. I. Lenina* (1947), p. 21.

[16] Los pasajes importantes figuran en *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 1, p. 246.

[17] Lenin, *Sochineniya*, xxvii; según Trotski, Lenin planteó el problema de los peligros de la burocracia en la última conversación que con él sostuvo, algo antes de que Lenin sufriera su segundo ataque (véase anteriormente página 259).

problema al respecto, Kuibishev (tercer miembro de la secretaría con Stalin y Mólotov) propuso imprimir un número falso de *Pravda* con el artículo para enseñárselo a Lenin. La sugerencia resultó un tanto embarazosa para algunos de sus menos encallecidos colegas; y cuando Kámenev, que llegó tarde, se puso de parte de Trotski, el Politburó cambió de idea y se resignó a que se publicara[18]. El artículo «Preferible menos, pero mejor», apareció en *Pravda* del 4 de marzo de 1923. La fecha del 2 de marzo que se le puso tenía por objeto, sin duda, disimular las demoras y las dudas del Politburó[19].

A comienzos de marzo la salud de Lenin volvió a estropearse, y el líder comprendió que no le sería posible asistir al próximo congreso del partido. El 5 de marzo remitió a Trotski (y, al parecer, a ningún otro miembro del Politburó) su memorándum del 30-31 de diciembre de 1922 sobre la cuestión de las nacionalidades, explicando que no se fiaba de la «imparcialidad» de Stalin y Dzerzhinski y pidiéndole a Trotski que «emprendiera la defensa» en el congreso de sus puntos de vista; también le informó que Kámenev partiría para Georgia dentro de dos días. Al día siguiente Lenin fue mucho más allá que en ninguna otra ocasión anterior, pues escribió una carta a Mdivani y Majaradze en la que les prometía su apoyo y denunciaba la «rudeza» de Orjonikidze y la «connivencia» de Stalin y Dzerzhinski[20]. Esta denuncia de unos colegas del comité central del partido (y en el caso de Stalin, del Politburó) ante los miembros ordinarios constituía, sin duda, una infracción de las normas de

[18] La carta de Trotski del 24 de octubre de 1923 figura en *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.° 11 (81), 28 de mayo de 1924, pp. 11-12. Zinóviev y, por supuesto, Lenin se hallaban ausentes. No se menciona a Tomski, el otro miembro del Politburó; Mólotov, Kuibishev, Rikov y Kalinin eran miembros «candidatos».

[19] Se suprimió la fecha al reimprimirse el artículo en la primera edición de las obras completas de Lenin preparada por Kámenev, el cual sabía que esa fecha era falsa (*Sochineniya* [primera edición], xviii, ii [1925], 129); en ediciones posteriores se volvió a incluir.

[20] L. Trotski, *The Real Situation in Russia* (sin fecha [1928]), pp. 298-299. Trotski, en su autobiografía, añade el detalle de que Lenin, en un mensaje del 5 de marzo, le advirtió que no diera a conocer su memorándum a Kámenev porque «Kámenev irá inmediatamente a contárselo todo a Stalin, y éste llegará a un sucio compromiso y nos cogerá las vueltas»; que al día siguiente Lenin cambió de idea, y Trotski, con el consentimiento de Lenin, le mostró a Kámenev los documentos y éste, un tanto desconcertado, le mostró su apoyo contra Stalin; y que Kámenev, luego de llegar a Tiflis, recibió un telegrama de Stalin en el que le informaba del tercer ataque sufrido por Lenin, ante lo cual cambió de nuevo de posición y arregló la cuestión de Georgia de acuerdo con los deseos de Stalin (L. Trotski, *Moya Zhizn* [Berlín, 1930], ii, 222-225). Estos detalles, que carecen de confirmación documental, hay que acogerlos con ciertas reservas.

conducta y revelaba un alto grado de exasperación nerviosa. Esto está relacionado, probablemente, con un incidente que al parecer ocurrió la noche anterior y que impulsó a Lenin a escribir en la noche del 5-6 de marzo de 1923 una carta con la que rompía sus «relaciones de camaradería» con Stalin. El motivo de esta ruptura fue, según todos los detalles, de tipo personal y no político. Stalin había tenido un altercado con la esposa de Lenin y se condujo de manera que Krúpskaya consideró insultante. La carta no se publicó nunca ni la vio ninguna otra persona; sin embargo, Kámenev sabía de su existencia y, por él, Trotski[21]. El incidente hubiera carecido de importancia a no ser por el fondo de sospechas políticas en que tuvo lugar. La carta a Stalin y la carta a los camaradas de Georgia fueron, por lo que se sabe hasta la fecha, lo último que escribió Lenin. El 9 de marzo de 1923, un tercer ataque volvió a paralizarle el lado derecho, le dejó sin poder hablar y le incapacitó para participar en los asuntos públicos. El primer boletín, emitido el 12 de marzo, hablaba de «un acentuado empeoramiento de su salud» y de «pérdida de movilidad del brazo y la pierna del lado derecho». Al día siguiente *Pravda* publicó un boletín, en una edición extraordinaria, en el que se daba cuenta de que «además de la pérdida de movilidad en el brazo y pierna derechos, tiene dificultades para hablar». Ese mismo día Rikov, en su carácter de presidente diputado del Sovnarkom, anunció que se había celebrado una consulta «con autoridades médicas procedentes de Alemania». El tono de la declaración era serio, pero se insistía en que «no había peligro de un desenlace fatal» y que «pasado algún tiempo, es posible que se recupere»[23]. A lo largo de las semanas siguientes fueron apareciendo regularmente en la prensa boletines que daban cuenta del estado del enfermo con palabras un tanto optimistas: los boletines, diarios al principio, salieron luego a intervalos más largos. Por aquel entonces se pensaba sin duda, tanto por parte del público como por la mayoría de los colegas más cercanos a Lenin, que el enfermo se recuperaría un tanto de su último ataque, como había ocurrido las veces anteriores.

Mientras ocurría todo esto, el partido se preparaba para celebrar el vigesimoquinto aniversario de su fundación, la cual tuvo lugar

[21] L. Trotski, *The Real Situation in Russia* (sin fecha [1928]), p. 308; *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 223-225. También Zinóviev relató el incidente en la sesión del comité central del partido de julio de 1926, en un pasaje citado en L. Trotski, *The Suppressed Testament of Lenin* (Nueva York, 1935), páginas 31-32, con base en el acta oficial de la sesión.

[22] *Trud,* 14 de marzo de 1923; *Pravda,* 22 de marzo de 1923, dio los nombres de cinco especialistas alemanes que asistieron a Lenin.

en una reunión del congreso el 1-13 de marzo de 1898. Las disertaciones al respecto, publicadas por el comité central bajo el título de *Para el vigesimoquinto aniversario del Partido Comunista Ruso*, tomaron la forma de bosquejo histórico del partido. De los jefes del partido sólo se mencionaba en ellas a Lenin, excepto en un solo párrafo, al final, que recordaba que, durante la guerra mundial, «los bolcheviques, dirigidos por Lenin y Zinóviev, se revelaron, a escala internacional, como organizadores de los elementos de la izquierda del socialismo mundial». No se mencionaba a la oposición, que estuvo encabezada por Zinóviev y Kámenev en vísperas de la revolución de octubre e inmediatamente después. Pero sí había referencias a los «comunistas de izquierda» que se opusieron a Lenin en la época de Brest-Litovsk y a los grupos que manifestaron su oposición con motivo del décimo congreso del partido de marzo de 1921 [23]. El documento era notable, tanto porque aludía discretamente a Zinóviev como co-dirigente del partido en un momento crítico, como por el descrédito con que parecía querer rodear a quienes se opusieron a Lenin en el pasado.

Estaba previsto que el duodécimo congreso anual del Partido Comunista Ruso se celebraría en marzo de 1923, pues todos ellos desde 1918, tuvieron lugar en ese mes. El precario estado de Lenin y la confusión reinante en el Politburó fueron causa de que se aplazara el congreso para el 17 de abril: una mayor demora en la inauguración de un acto tan vital como el congreso anual del partido no se hubiera podido proponer en aquella época. Pero los jefes del partido se enfrentaban a una situación en verdad desconcertante. Ahora ya se pensaba que la ausencia de Lenin podía durar indefinidamente, y sin duda algunos llegaron a sospechar que sería permanente; incluso los más optimistas vacilaban al contestar la pregunta de si Lenin recuperaría sus atribuciones y, en caso afirmativo, hasta qué extremo. Incluso entre los líderes se desconocía todavía la existencia del testamento y de su postdata. Pero el artículo «Preferible menos, pero mejor» provocó, y es lo menos que se puede decir, una situación embarazosa; y el memorándum sobre el asunto de las nacionalidades, que circuló entre los miembros del Politburó y llegó pronto a manos de otros jefes del partido, revelaba que Lenin aún podía asestar golpes inesperados y bien dirigidos. Este estado de incertidumbre seguía sin disiparse cuando llegó el día del congreso.

[23] El documento se publicó en *Pravda* del 25, 27 y 28 de febrero y 1 de marzo de 1923 y, traducido, en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.° 45, 12 de marzo de 1923, pp. 339-347.

El desasosiego que reinaba en las filas del partido constituía otro problema adicional. El entusiasmo y el alivio que despertó el establecimiento de la NEP habían desaparecido ya, y la evidente falta de dirección política desde el confinamiento de Lenin ponía en el horizonte tintes sombríos. Aunque los dos grupos de oposición más o menos organizados: La Verdad Obrera y el Grupo de Trabajadores[24] planteaban quejas y demandas de tipo esencialmente económico, se vieron arrastrados, como era inevitable, a criticar la constitución y el comportamiento de la jerarquía del partido. El Grupo de Trabajadores, en especial, combinaba su programa económico con demandas políticas de gran alcance: en realidad, demostraba su desprecio por «la lucha por el céntimo» y denunciaba como «ilusión dañina» la política de «instigar a la huelga para mejorar las condiciones de vida del proletariado de los principales países capitalistas»[25]. En el manifiesto de este grupo se dedicaba mucho espacio para atacar la política de frente unido promovida por la Comintern en los países capitalistas, basada en la creencia de que las demandas limitadas eran de utilidad táctica. Ningún compromiso con la burguesía debiera tolerarse: «el partido del proletariado debe predicar con toda su fuerza y energía la conveniencia de llegar a la guerra civil en los principales países capitalistas»[26]. El grupo desconfiaba del destacado papel de los intelectuales del partido, y denunciaba a la burocracia que trataba a la «masa gris» de los trabajadores como «el material con el que nuestros héroes, los funcionarios comunistas, construirán el paraíso comunista»[27]. Se exigía que se concediera a los trabajadores la libertad de expresión: «los burgueses que se callen; pero, ¿quién se atreverá a regatearle al proletariado, que se conserva en el poder por su sangre, el derecho a la libertad de palabra?»[28]. El manifiesto terminaba con un ataque a fondo contra los jefes comunistas del momento:

El grupo que ocupa los cargos directivos es muy pequeño y, aunque sus integrantes cambian de puesto con frecuencia, son siempre los mismos o son sustituidos por elementos que no pertenecen al proletariado... Nos enfrentamos al peligro de que el poder proletario se transforme en una camarilla bien atrincherada y animada por el deseo común de retener en sus manos el poder político y

[24] Véase anteriormente pp. 89-91.

[25] V. Sorin, *Rabochaya Gruppa* (1924), pp. 26-27; para las fuentes del manifiesto del Grupo de Trabajadores, véase anteriormente nota 144, p. 91.

[26] *Ibid.*, pp. 20-21, 32-33; *Das Manifest der Arbeitergruppe der Russischen Kommunistischen Partei* (sin fecha [1924]), pp. 10-15.

[27] *Ibid.*, p. 18; V. Sorin, *Rabochaya Gruppa* (1924), p. 94.

[28] *Ibid.*, p. 74; no hemos podido conseguir el pasaje completo y las citas no aclaran si se pedía la libertad sólo dentro del partido o para todos los partidos obreros.

económico, aunque, naturalmente, traten de ocultarse bajo las más nobles consignas: «¡por el proletariado, por la revolución mundial y por otros grandes ideales!» [29]

Y en el «llamamiento» que se publicó como un prefacio al manifiesto tras el duodécimo congreso del partido de abril de 1923, se exponía la queja de que el grupo dirigente del partido «no tolera críticas, pues se considera tan infalible como el Papa de Roma» [30]. Luego el manifiesto preguntaba si el proletariado «no se verá otra vez en la necesidad de comenzar de nuevo la lucha —acaso sangrienta— para derribar a la oligarquía» [31]. El grupo La Verdad Obrera, aunque no tan rotundo en sus declaraciones, expresaba el mismo descontento político. El grupo del viejo «centralismo democrático» [32] no siguió existiendo como tal; pero Osinski, el más notable de sus líderes, era todavía el crítico más pertinaz de la organización del partido. Todos estos grupos, al margen de sus puntos de partida ideológicos, arremetían contra la creciente concentración de poder en las manos de los jefes del partido y protestaban, en nombre de la democracia o de los trabajadores, contra los abusos de ese poder. En el duodécimo congreso circuló un impreso anónimo, aunque no se sabe de qué fuente emanó, que pedía a «todos los elementos proletarios honrados», pertenecientes o no al partido, que se asociaran al grupo del «centralismo democrático», al de La Verdad Obrera, o a la oposición obrera para, unidos con base en el manifiesto del Grupo de Trabajadores, pedir que eliminen del comité central del partido a Zinóviev, Kámenev y Stalin [33].

La oposición dentro del partido podía ser dominada, como lo fue en los dos congresos anteriores, con tal de que la jefatura permaneciera unida. Este era el problema de más cuantía de cuantos preocupaban a los encargados de organizar el congreso. La ausencia de Lenin puso en seguida de relieve la rivalidad en potencia de Trotski y Zinóviev, que eran los candidatos más claros a sucederle, y también aisló a Trotski dentro del Politburó, donde ocupa-

[29] *Das Manifest der Arbeitergruppe der Russischen Kommunistischen Partei* (sin fecha [1924]), p. 21.

[30] *Ibid.*, p. 9.

[31] V. Sorin, *Rabochaya Gruppa* (1924), p. 97.

[32] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1293*, vol. 1, pp. 212-213.

[33] En el congreso se aludió y se citó en diversas ocasiones a este «programa anónimo» (*Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], pp. 46, 122, 136, 145), pero ninguno de quienes hablaban en nombre de la oposición asumía responsabilidad por el mismo: a pesar de la negativa de Osinski, E. Yaroslavski, *Kratkie Ocherki po Istori VPK(B)*, ii (1928), 272 (fuente un tanto dudosa), asegura rotundamente que el programa anónimo fue obra de Osinski.

ba una posición sobresaliente en parte por su capacidad, pero en parte también por el apoyo y la protección de Lenin. El antagonismo personal entre Trotski y Zinóviev se expresaba también en términos políticos. Trotski terminó por ver con ojos críticos algunas consecuencias de la NEP y abogaba ahora con fuerza por la planificación de la industria y por una mayor asistencia a la misma. A este respecto estaba cerca de los grupos de oposición que decían defender los intereses del trabajador industrial bajo la NEP; pero Trotski no podía recurrir a estos grupos, no sólo por la lealtad debida a su propio partido, sino por haberse ganado la animosidad de dichos grupos (o de sus predecesores) con motivo de la disputa sindical de 1921. Zinóviev, que apelaba a la tradición de la NEP y al «eslabón» entre campesinos y obreros tan vigorosamente promovido por Lenin, podía contar con la colaboración de los otros dos miembros principales del Politburó: Kámenev, jefe de la organización del partido en Moscú, y Stalin, cuya posición clave como cabeza de toda la maquinaria del partido no se había reconocido, empero, todavía. En los primeros meses de 1923 ya se hablaba corrientemente en los círculos del partido de una *troika* o triunvirato gobernante que formarían Zinóviev, Kámenev y Stalin.

El factor dominante en la situación era que ni Stalin ni Trotski deseaban por el momento tratar del asunto. La posición de Stalin se veía debilitada, y hasta cierto punto amenazada, por los ataques personales de Lenin y por la evidente disposición de este último a buscar el apoyo de Trotski contra Stalin. Stalin veía con muchísima más claridad que el vano y obtuso Zinóviev el peligro de una ruptura con Trotski en aquella coyuntura y tenía motivos personales muy fuertes para que la ropa sucia se sacara a relucir lo menos posible en el congreso. La posición de Trotski, consciente de su propio aislamiento y deseando, contra toda esperanza, el regreso de Lenin, era más compleja. La explicación de por qué no tomó la iniciativa, explicación que ofreció más tarde en su autobiografía, indudablemente está hecha de buena fe, pero no está libre de justificaciones ni de consideraciones *a posteriori*:

El principal obstáculo para dar ese paso era el estado de Lenin. Se esperaba que se recuperase otra vez, como ocurrió tras su primer ataque, y que tomara parte en el duodécimo congreso, igual que intervino en el undécimo. El mismo lo esperaba. Los médicos hablaban con optimismo, aunque cada vez con menos seguridad. La idea de un «bloque de Lenin y Trotski» contra los hombres del aparato y contra los burócratas era un secreto de nosotros dos, aunque los demás miembros del Politburó llegaran a sospecharlo vagamente. Las cartas de Lenin sobre la cuestión de las nacionalidades y su testamento eran totalmente desconocidos. Si yo hubiera actuado por mi cuenta, esto se hubiera interpretado, o mejor dicho, se hubiera tomado, como iniciativa per-

sonal mía para ocupar el lugar de Lenin en el partido y en el Estado. Sólo pensar en esto me hizo temblar. Consideré que tal iniciativa hubiera llevado la desmoralización a nuestras filas, y que era un precio demasiado elevado, aun en el caso de haber triunfado. En todos mis cálculos y proyectos tropezaba con un factor decisivo de incertidumbre: Lenin y su estado físico. ¿Podría hablar de nuevo? ¿Tendría tiempo? ¿Comprendería el partido que era una lucha que emprendían Lenin y Trotski por el futuro de la revolución, y no la lucha de Trotski por ocupar el puesto de Lenin enfermo? [34]

El argumento era válido siempre y cuando existiera una razonable esperanza en el regreso de Lenin. Pero queda la fuerte sospecha de que la pasividad de Trotski se debió en parte a falta de sentido político y de sutileza, cualidades que Stalin poseía en grado máximo. Trotski no actuó porque, sin Lenin al lado, se daba perfecta cuenta de su propia impotencia; aunque luego encontrara razones más o menos plausibles para justificar su actitud. Con Stalin y Trotski decididos, por motivos personales, a no provocar rupturas en la jefatura del partido, los preparativos del congreso se fueron organizando con cautela.

El primer paso fue disponer quién presentaría el informe general del comité central, cosa que desde 1918 estuvo haciendo Lenin. Stalin propuso en seguida que en esta ocasión corriera a cargo de Trotski. Trotski declinó ese honor tan poco agradable, propuso que se prescindiera del informe general y añadió que había «diferencias entre nosotros con respecto a cuestiones de tipo económico». Stalin, apoyado por Kalinin, minimizó esas diferencias y siguió instando a Trotski, aunque sin éxito, a que hiciera el informe [35]. El dilema se resolvió cuando Zinóviev, de regreso de un permiso y sin duda sintiendo ya sobre sus hombros el manto de Lenin, se ofreció para hacer el informe. Pero lo más importante que Stalin consiguió en estas discusiones preliminares entre los líderes fue el acuerdo de no disentir. A Zinóviev le agradó la misión de dar cuenta del informe: el discurso principal del congreso; Stalin haría el informe secundario sobre la organización del partido. Trotski se ocuparía del informe especial sobre la industria, que le permitiría desarrollar el tema que le era más querido: la planificación industrial. Stalin, lo mismo que hizo en el décimo congreso, informaría sobre el tema, delicado en esta ocasión, de las nacionalidades. El borrador de las principales resoluciones se presentaría junto con los informes y, de acuerdo

[34] L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 219-220. El aserto de que las cartas de Lenin respecto a la cuestión de las nacionalidades eran desconocidas por entonces no responde a la realidad.

[35] *Ibid.*, ii, 227; L. Trotski, *Stalin* (Nueva York, 1946), p. 366. Según una versión posterior, Trotski respondió al ofrecimiento de Stalin proponiendo que él, Stalin, hiciera el informe en su calidad de secretario general.

con las prácticas usuales, el comité central del partido lo había aprobado ya anticipadamente y se publicó en *Pravda* antes de que se reuniera el congreso[36]. Este procedimiento acarreaba consigo la responsabilidad colectiva de los jefes en cuanto a todos los informes. Se había llegado al acuerdo tácito de que Trotski se abstendría de atacar al triunvirato, y el triunvirato a Trotski. Este acuerdo fue escrupulosamente respetado en el congreso, excepto por Zinóviev, que, sin mencionar a Trotski por su nombre, lanzó algunas indirectas contra los conceptos de Trotski sobre la planificación[37]. Trotski respetó el trato tan al pie de la letra que en el congreso sólo habló del contenido de su informe industrial. Asegurarse su silencio en la cuestión de las nacionalidades, a pesar de los deseos que Lenin expuso en su carta del 5-6 de marzo, fue acaso el éxito más notable de Stalin en esta oportunidad[38].

El duodécimo congreso del partido de abril de 1923, el primero desde 1917 en que no dominaba la figura de Lenin y el último que

[36] Las tesis de Stalin respecto a la cuestión de las nacionalidades se publicaron en *Pravda* ya el 24 de marzo de 1923. Las tesis de Trotski sobre la industria el 11 de abril de 1923; todo ello figuraba como «aprobado por el comité central del partido».

[37] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, p. 396.

[38] Dos cartas inéditas de Trotski fechadas en vísperas del duodécimo congreso del partido, una dirigida «a los miembros del comité central» el 17 de abril de 1923, y la otra a Stalin al día siguiente, aparecen traducidas al inglés en L. Trotski, *Stalin* (Nueva York, 1946), pp. 362-363. Al parecer, Trotski no dejó ningún otro comentario sobre ellas, y hay que deducir de su contenido las circunstancias que las motivaron. Se refieren a una declaración hecha por Stalin en el comité central el 16 de abril de 1923, en el cual parece ser que Stalin acusó a Trotski de hallarse en posesión ilegal del memorándum de Lenin de fecha 30-31 de diciembre de 1922, relativo a la cuestión de las nacionalidades, y de divulgar su contenido sin el permiso de Lenin. La secretaría de Lenin confirmó que Lenin no había dado instrucciones en el sentido de que el memorándum se utilizara de una manera u otra. En su carta del 17 de abril, Trotski informó al comité central de la forma en que Lenin le envió ese documento; se guardó una copia, devolvió el original a la secretaría y no se le ocurrió pensar que Lenin hubiera dado instrucciones con respecto a su utilización. La carta terminaba diciendo que «si alguien piensa que yo actué de manera indebida en este asunto» Trotski exigiría que la comisión de conflictos del congreso del partido, o cualquier otra comisión especial, iniciara una encuesta. El mismo día Stalin, en conversación personal con Trotski, retiró los cargos de acción indebida y prometió una declaración escrita a ese respecto. A la mañana siguiente Trotski, al no recibir la declaración, escribió a Stalin diciéndole que si no la recibía en el curso del día, pediría formalmente que la comisión realizara la encuesta. La carta terminaba: «Usted, mejor que nadie, puede comprender que si hasta la fecha no he tomado tal medida no ha sido porque pudiera perjudicar en absoluto mis intereses.» Como no se volvió a hablar del asunto, es lógico presumir que Stalin envió la declaración: esto encaja con su política de evitar una ruptura declarada con Trotski.

se celebró estando él vivo, no produjo resultados sensacionales y fue típico del periodo de espera y de toma de posiciones por parte de los jefes del partido. Lo más significativo de ese congreso es posible que llamara poco la atención por entonces, pero presagiaba mucho de lo que iba a venir. El nombre de Lenin estaba en los labios de todos los oradores; y algunos de los que tenían los mayores motivos para desear que se olvidaran las últimas declaraciones de Lenin, se cubrían rindiéndole los más cálidos elogios por su sabiduría. Kámenev marcó la pauta en la apertura del congreso. «Sabemos —dijo— que existe un solo antídoto contra cualquier crisis, contra cualquier decisión equivocada: las enseñanzas de Vladímir Ilich.» Pero añadió que Lenin «ni conocía, ni conoce los puntos que se han de tratar en el congreso, ni las resoluciones preparadas por el comité central», dando a entender de esta manera que nada de lo que Lenin había escrito era adecuado a las cuestiones inmediatas del congreso [39]. Zinóviev comenzó su discurso principal recordando, como era lógico, las veces que este discurso estuvo a cargo de Lenin en los congresos anteriores:

> Cuando veníamos a estos congresos, lo hacíamos, antes que nada, por escuchar este discurso, ya que sabíamos de antemano que encontraríamos en él no sólo la ponderada experiencia de los tiempos vividos, sino firmes orientaciones para el futuro. Ustedes recordarán con qué avidez escuchábamos sus palabras: con la de un hombre que en agobiante día de verano tropieza con un manantial de agua clara y profunda donde saciar su sed [40].

También en éste, como en otros aspectos, Stalin se distinguió de sus colegas del triunvirato por una estudiada y agradable moderación. En los primeros tres meses de 1923, sus únicas declaraciones públicas tomaron la forma de un largo artículo en *Pravda,* basado en conferencias pronunciadas en un club de trabajadores y en la Universidad Comunista de Obreros y Campesinos, la Universidad de Sverdlov, que él describió como «una exposición resumida y sistemática de las opiniones fundamentales del camarada Lenin» [41]. En sus dos informes al congreso —sobre la organización del partido y sobre la cuestión de las nacionalidades— fue recto al grano, prescindió de elogios retóricos al jefe enfermo y sólo lo citó para descubrirse como intérprete y modesto discípulo de Lenin [42]. Fue

[39] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov),* (1923), p. 3.
[40] *Ibid.,* p. 6.
[41] Stalin, *Sochineniya,* v, 160-180; una traducción del artículo apareció en *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.º 55-56, 28 de marzo de 1923, páginas 443-447.
[42] Véase más adelante p. 283.

Kámenev quien, en una sesión pública celebrada en el teatro Bolshoi para celebrar el vigesimoquinto aniversario de la fundación del partido, siguió los pasos de Zinóviev y dio la pauta de lo que más tarde estaría a la orden del día:

> Vladímir Ilich no pudo asistir a este congreso; pero todo lo que se ha hecho en el congreso nos demuestra que, aunque no se encontrara en la sala donde se celebraba, él es, en pensamiento y obra, el jefe del mismo. Cuando tomábamos nuestras decisiones, cumplíamos con sus preceptos. Cada vez que se nos planteaba uno u otro problema, una u otra cuestión difícil, sus enseñanzas fueron nuestra guía. Cada uno de nosotros se preguntaba en su fuero interno: ¿Qué hubiera contestado Vladímir a esto? [43]

Tales frases, dichas en el duodécimo congreso, sonaban como los primeros compases de un movimiento sinfónico que señalaran lo que pronto se convertiría en uno de sus temas principales [44].

El incipiente culto a Lenin se invocó para reforzar la autoridad de la jefatura del partido en nombre de la unidad del mismo. Zinóviev, conjurando la pesadilla de una nueva intervención extranjera sincronizada por las potencias imperialistas de manera que coincidiera con la ausencia de Lenin, exigió en voz alta que «en estas circunstancias no debemos permitirnos, con respecto a la unidad del partido, ambigüedades ni interpretaciones torcidas de ninguna clase», y dejó caer una frase cuyo filo se volvería un día contra el propio orador:

> Toda crítica a la línea del partido, incluso la denominada crítica «de izquierdas» será en lo sucesivo, objetivamente, crítica menchevique [45].

El lugar que dejara vacante Lenin sólo podría llenarse con una «voluntad colectiva, un pensamiento colectivo, una energía y una determinación colectivas» [46]. Las denuncias de Lenin contra el Rabkrin y sus propuestas de reforma a fondo de ese organismo cayeron, como algunos delegados dijeron, «igual que una bomba» [47]. Pero

[43] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kummunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), p. 479.

[44] Según B. Bazhanov, *Stalin* (traducción alemana del francés, 1931), páginas 116-117, Krasin, en su discurso ante el congreso, contó una anécdota humorística ocurrida en 1907, con la que trataba de demostrar que Lenin no era infalible, especialmente en lo que se refería a arbitrar empréstitos; pero esto chocaba tanto con los cánones del buen gusto entonces en vigor, que la anécdota, por orden del comité central, no se incluyó en las actas oficiales.

[45] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kummunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), p. 46; Radek, que incurriría pronto en la enemistad de Zinóviev, se apresuró a expresar su incondicional apoyo a esta fórmula (*ibid.*, pp. 125-126).

[46] *Ibid.*, p. 47.

[47] *Ibid.*, p. 96.

Stalin, en su informe sobre la organización del partido, desarmó anticipadamente a los críticos, repitiendo las censuras de Lenin contra la burocracia y adhiriéndose a ellas. Ya era tiempo, dijo Stalin, de preparar a «una generación de líderes futuros» y, para ello, de «traer al comité central a nuevos miembros y llevarlos a los primeros puestos en el curso de su trabajo, llevar a los primeros puestos a los más capaces e independientes» [48]. La resolución que sometió al congreso y que fue aprobada por unanimidad contenía la propuesta de Lenin de que se fusionara el Rabkrin con una más amplia comisión central de control del partido [49]. Puesto que ésta era la propia directriz de Lenin para contrarrestar los males de la burocracia, cualquier protesta contra ella como inadecuada o inefectiva hubiera sonado a deslealtad para con el líder enfermo.

Estas medidas, sin embargo, no acallaron por completo las críticas. Por primera vez las prerrogativas autocráticas del partido fueron objeto de un ataque concentrado por parte de los descontentos y de todos los grupos de la oposición. Kosior, que encabezó el ataque, manifestó que la política seguida por el comité central con respecto a la organización del partido imposibilitaba que se llegara a la unidad:

> Yo creo que la cuestión fundamental es que el grupo dirigente del comité central persigue con su política organizativa una política de grupo que, en mi opinión, no coincide muchas veces con los intereses del partido. Esta política se revela, sobre todo y principalmente, en la forma de reclutar y utilizar a trabajadores responsables para las funciones del partido y del soviet. Docenas de nuestros camaradas quedan marginados de esas funciones, no porque sean malos organizadores, no porque sean malos comunistas, sino tan sólo porque en diferentes ocasiones y por diversos motivos han sido miembros de un grupo u otro o han tomado parte en discusiones contra la línea oficial que seguía el comité central.

Kosior puso como ejemplo las transferencias en masa de miembros del partido desde los Urales y desde Petrogrado, dispuestas por la Uchraspred [50] tras el undécimo congreso, y pidió que se anu-

[48] Stalin, *Sochineniya*, v, 206-208; en su último discurso, Stalin explicó un poco crudamente que por «independencia» él entendía «no independiente del leninismo... ni de la línea del partido... sino de las influencias personales, de las costumbres y las tradiciones de lucha dentro del comité central que se han formado entre nosotros» *(Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1923], p. 182; el texto en Stalin, *Sochineniya*, v, 226, omite las palabras: «ni de la línea del partido»).

[49] Respecto a esta resolución, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 1, p. 246.

[50] Para esta institución, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, volumen 1, pp. 246-247.

lara el acuerdo tomado por el décimo congreso en contra de la existencia de grupos dentro del partido, una medida de emergencia provocada por la crisis de Kronstadt y que había sido «integrada en la administración del partido»[51]. Lutovinov alegó que «no el conjunto del partido, sino el Politburó es el papa infalible» y denunció sus pretensiones de «monopolizar el derecho a salvar el partido sin la participación de los miembros del mismo»[52]. Krasin se lamentó de que «las posiciones directivas del partido están estructuradas de la misma manera que hace veinte años» y tomó a broma la sugerencia de que «un grupo de tres o cinco remplazaría a Lenin y todo seguiría como antes»[53]. Preobrazhenski puso de relieve los peligros de la centralización e insistió en sus protestas contra un hecho que se había convertido en uno de los temas centrales de la controversia del partido, alegando que «el treinta por ciento de todos los secretarios de nuestros comités provinciales, son secretarios 'recomendados' por el comité central»[54]. Ya avanzado el congreso, cuando se discutía la cuestión de las nacionalidades, Rakovski enderezó de nuevo los ataques contra la burocracia del partido[55]. La impresión que se desprendía de todos estos ataques era que la oposición, aunque extensa, se manifestaba dispersa, ineficaz y carente de cohesión, de organización y de jefes, y, sobre todo, de planes tácticos y políticos. Kosior terminó su discurso pidiendo débilmente que no se admitieran cambios en la composición del comité central. En su conjunto, el congreso no se caracterizó por su criticismo. Nogin, antiguo obrero textil y miembro del comité central, que tenía fama de ser hom-

[51] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kummunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), pp. 92-95.

[52] *Ibid.*, pp. 105-106.

[53] *Ibid.*, pp. 114-115.

[54] *Ibid.*, p. 133. La undécima conferencia del partido de diciembre de 1921 adoptó una resolución en virtud de la cual los secretarios de los comités provinciales del partido debían ser miembros con fecha anterior a la revolución de octubre; los secretarios regionales debían ser miembros con tres años de antigüedad como mínimo, y los nombramientos para estos cargos debían ser «confirmados por la suprema autoridad del partido»: esta resolución fue debidamente aprobada por el undécimo congreso del partido, en abril de 1922 (*VKP(B) v Rezoliutsiyaj* [1941], i, 412, 436). En su momento esta decisión, inofensiva al parecer, pasó casi inadvertida; pero cuando se sintió la necesidad de robustecer la disciplina del partido contra los grupos de oposición, y en vísperas del nombramiento de Stalin para el cargo de secretario general, resultó de excepcional importancia para la burocratización del aparato del partido. El derecho del Orgburó o de la secretaría a confirmar los nombramientos para los puestos clave de la organización se convirtió en la práctica en el derecho de «recomendación» o «nominación».

[55] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), p. 532.

bre de gran sentido común, se salió con una felicitación a la secretaría por los grandes progresos de su eficacia técnica logrados desde el congreso anterior [56]. Seguramente, pocos delegados se pararon a pensar que desde que Stalin ocupó el cargo el año precedente, la secretaría había ganado rápidamente no sólo en eficacia, sino en autoridad. Pocas veces se había reunido un congreso donde reinara una atmósfera tan densa de incertidumbre y de descontento. Y sin embargo todas las resoluciones preparadas por el Politburó y el comité central se aprobaron por unanimidad, con sólo algunas enmiendas sin importancia; ni tampoco se produjeron, después del congreso, expulsiones o amenazas de expulsión del partido, como ocurrió en los dos años anteriores. Por mucho descontento que existiera todavía, la lección de la obediencia a la disciplina del partido parecía bien aprendida. Y era indudable que un dirigente capaz de lograr tales resultados sin apenas mostrar su poderío constituía una fuerza con la que habría que contar.

Sin embargo, los dos debates más importantes del congreso no se centraron sobre cuestiones de organización, sino sobre los informes relativos a la industria y a las nacionalidades, de Trotski y Stalin, respectivamente. Pero tampoco esos debates produjeron decisiones notables, ni siquiera resultados concretos; pero fueron significativos por el equilibrio de poder que revelaban entre los líderes del partido. El debate sobre la industria puso en evidencia el aislamiento de Trotski. Prisionero de su propio temperamento dominante, de su pasado historial y de su decisión de no romper la unidad del Politburó, Trotski no podía hacer causa común ni con la denominada oposición de los trabajadores ni con los empresarios industriales. Cuando Kosior declaró en su provocador discurso que no se habían utilizado al máximo los servicios de Trotski, éste, por fidelidad a sus colegas, se vio obligado a denunciar ese comentario como «completamente fuera de lugar»; y el comentario fue borrado de las actas [57]. Gracias al acuerdo a que llegaron los líderes, Trotski pudo presentar al congreso, sin expresiones de desavenencia, una revista convincente de la situación económica y una resolución, previamente aprobada, que incorporaba los principios de la planificación estatal y del apoyo del Estado a la industria [58]. Pero esto no era más

[56] *Ibid.*, p. 63.

[57] *Ibid.*, p. 369: la observación no figura en el informe del discurso de Kosior, *ibid.*, pp. 92-95. Según *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.º 15 (61), 1 de septiembre de 1923, p. 4, Kámenev replicó a Kosior elogiando a Trotski, quien, declaró, había declinado «el mayor honor» que le pudiera ofrecer el Politburó; nada de esto aparece en las actas.

[58] Para el cuadro de la situación económica y la resolución, véanse anteriormente pp. 32-39.

que una victoria sobre el papel siempre y cuando Trotski permaneciera formalmente comprometido con la política oficial. Su negativa a solicitar para sí la jefatura, ahora que Lenin se había retirado de la escena, sorprendió a muchos, y más que a nadie, a quienes temían que diera ese paso; su retraimiento se consideraba todavía como una maniobra táctica [59]. Por otra parte, el desencanto que produjo su actitud de no tomar las riendas disminuyó su prestigio entre los descontentos de la masa del partido, que se hubieran agrupado en su torno.

Los debates sobre la cuestión de las nacionalidades tenían un punto en común con el informe y los debates sobre la industria. Se ponía el mismo énfasis formal en los principios generales que nadie discutía, mientras que se procuraba ocultar en lo posible las profundas diferencias existentes en cuanto a la aplicación de dichos principios. Igual que hizo con su informe sobre organización, Stalin intentó desarmar a la oposición aceptando sin reservas todas las críticas de Lenin y tomándolas como propias. De la misma manera que expuso y defendió las propuestas de Lenin con respecto a la reorganización del Rabkrin, evitando así que las críticas se volvieran contra él, Stalin respaldó sin titubeos la propuesta, a la cual había hecho resistencia cuando Lenin la presentó en el otoño anterior, de un VTsIK con dos cámaras y declaró impávido que sin una segunda cámara que representara a las nacionalidades «sería imposible gobernar el Estado» [60]. La resolución sometida por Stalin al congreso y aprobada por unanimidad satisfacía más las aspiraciones de las nacionalidades que cualquier otro pronunciamiento previo del partido al respecto. Majaradze comenzó su discurso de oposición admitiendo que «en teoría la cuestión de las nacionalidades no tiene aquí nada de objetable» [61]; y no logró borrar del todo la impresión, cuidadosamente alimentada por Stalin, de que los motivos de queja de Georgia eran producto de un mezquino nacionalismo local.

Sin embargo, lo más significativo del debate fue el tratamiento acordado al memorándum de Lenin (denominado generalmente la «carta») del 30-31 de diciembre de 1922. El presidium del congreso

[59] Esta impresión se desprende con claridad de la reseña, tardía pero bien documentada, que apareció sobre el congreso en *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.° 15 (61), 1 de septiembre de 1923, pp. 13-15.

[60] Stalin, *Sochineniya,* v. 258-259; véase también *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 1, p. 420.

[61] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov),* (1923), p. 741; en un artículo aparecido en *Pravda* mientras el congreso sesionaba, Majaradze expresó su antipatía por la federación trascaucásica y protestó contra los métodos empleados por Orjonikidze para asegurar que se implantara (*Pravda,* 19 de abril de 1923).

decidió no publicarlo «a la vista de las intrucciones impartidas por el propio V. I.»; pero copias del mismo habían circulado profusamente, y, como Zinóviev dijo, todos los delegados lo habían leído[62]. Aunque se observó el acuerdo de no citarlo textualmente, las observaciones de muchos delegados revelaban una gran familiaridad con su contenido. Mdivani, Majaradze y el tártaro de Crimea Said-Galiev repetían frases del mismo, y Majaradze aludió también a la correspondencia que cruzaron el 27 de septiembre de 1922 Lenin y Stalin[63]. Bujarin, único jefe del partido que estaba en este asunto con la oposición y que se ganó por ello el apodo burlón de «georgiano honorífico», preguntó muy oportunamente por qué Lenin «dio la alarma con tan furiosa energía respecto a la cuestión de Georgia» y por qué «no dijo en su carta ni una palabra de los errores de los desviacionistas, y usó todas estas palabras, de tres metros de largo, contra la política que se desarrollaba contra los desviacionistas»[64]. De los defensores de la política oficial, sólo Enukidze se refirió abiertamente a la «carta» de Lenin. Pero su intento de demostrar que no había sido escrita «para apoyar a los desviacionistas y justificar su política *in toto*» quedó cortado en seco por una brusca interrupción de Bujarin («Sí que lo fue»); y entonces Enukidze se retiró al terreno más seguro de que Lenin, en la parte personal de la carta, «había sido víctima de informaciones unilaterales e incorrectas»[65].

Pero lo decisivo fue cómo Stalin manejó el asunto; y merece que lo estudiemos como ejemplo de sus métodos. Stalin se sabía vulnerable. Había sentido el filo de todas las palabras dirigidas contra él en la carta del 27 de septiembre y en el memorándum del 30-31 de diciembre, y procedió, a su manera, a zafarse de ellas. El que Lenin le acusara de «precipitado» en su carta anterior había ya molestado a Stalin, y éste le acusó de lo mismo en su respuesta[66]. Lenin repitió el mismo cargo en el memorándum del 30-31 de diciembre; y ahora, con la tenacidad característica que revelaba al ser herido, Stalin intentó contestarle en público más sutilmente. Tras citar la propuesta que Lenin había hecho en noviembre de 1921 a favor del establecimiento de la federación trascaucásica, Stalin recordó que en aquella oportunidad le escribió a Lenin pidiéndole «que no se precipitara», y que Lenin estuvo de acuerdo en demorar

[62] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), pp. 552, 556.
[63] *Ibid.*, pp. 455-456, 473-474, 522.
[64] *Ibid.*, pp. 563-564.
[65] *Ibid.*, pp. 540-541.
[66] Véase anteriormente nota 8, p. 263.

por «dos o tres meses» la ejecución del plan[67]. Fue Lenin, y no Stalin, quien mostró excesiva prisa en el asunto de la federación. En su discurso principal ante el congreso sobre la cuestión de las nacionalidades Stalin volvió a usar la palabra significativa: «No es por casualidad que el camarada Lenin tuviera tanta prisa e insistiera en que la federación se estableciera de inmediato.»[68] En el mismo discurso, Stalin subrayó cuidadosamente todos los extremos que Lenin, en la carta de septiembre y en el memorándum de diciembre, esgrimió contra él. Lenin había terminado advirtiendo que «si caemos en actitudes imperialistas frente a los pueblos oprimidos» las posibilidades de movilizar Asia contra «el occidente defensor del mundo capitalista» se nos escaparían de las manos; Stalin comenzó su discurso con el mismo argumento. Lenin había exigido una «base de igualdad para la unión de las repúblicas»; Stalin declaró que «la buena voluntad y la igualdad ante la ley» eran las bases de la unión. Lenin, sin prestar atención al peligro de los nacionalismos locales, en lo cual Stalin estuvo insistiendo hasta entonces, se refirió con insistencia al «chovinismo gran-ruso» del «típico burócrata-ruso»; Stalin afirmaba ahora que «en conexión con la NEP el chovinismo gran-ruso crece entre nosotros día a día y hora tras hora, tratando de barrer todo lo que no es ruso» y que éste era «el más peligroso de los enemigos que tenemos que derribar, porque, si acabamos con él, acabaremos con las nueve décimas partes del nacionalismo que ha sobrevivido y crece en las repúblicas individuales»[69]. Hasta aquí, Stalin no hizo ninguna referencia específica al memorándum inédito de Lenin. Pero cuando le tocó intervenir de nuevo en el debate, en el curso del cual se hicieron referencias más o menos directas a ese documento por parte de casi todos los oradores, Stalin hizo frente a la situación con extraordinaria astucia y con característicos circunloquios. Encontró una oportunidad para citar unos pasajes de dos de los artículos de Lenin fechados en 1914 y 1916 y los presentó con una apología muy habilidosamente calculada:

> Muchos han hecho referencias a notas y artículos de Vladímir Ilich. Yo hubiera preferido no citar a mi maestro, el camarada Lenin, puesto que no se encuentra aquí, y temo que podría citarlo mal o a destiempo. Sin embargo, me veo obligado a referirme a un pasaje axiomático que se presta a confusiones.

[67] Stalin, *Sochineniya,* v, 228-229. El extracto de la propuesta de Lenin del 28 de noviembre de 1921, aparece en Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 94, sobre la autoridad de la cita de Stalin; por lo que parece, el documento, en su totalidad, no existe.
[68] Stalin, *Sochineniya,* v, 257.
[69] Stalin, *Sochineniya,* v, 237, 242, 245, 262.

Y luego:

Permítanme que cite al camarada Lenin. No debiera hacerlo, pero en vista de que en nuestro congreso hay muchos camaradas que lo citan a la ligera y lo desvirtúan, leeré unas pocas palabras de un artículo muy conocido del camarada Lenin [70].

Tras su discurso principal, en el que Stalin siguió con meticulosa precisión las huellas de Lenin, la jugada era maestra. Al llamar a Lenin su maestro, Stalin asumía una actitud de impecable modestia. Las críticas que pudiera haber hecho Lenin desde su lecho de enfermo con respecto a errores insignificantes de un discípulo devoto carecían de importancia y podían ser pasadas por alto. Stalin había conseguido salir, con tacto y con honor, de una situación difícil, al tiempo que ganaba una sólida reputación de persona modesta y de sentido común. Trotski no estuvo presente en los debates sobre la cuestión de las nacionalidades y explicó que las enmiendas a su resolución sobre la industria le tuvieron ocupado todo el tiempo [71]. Una vez más prefirió no entablar ninguna pelea.

El carácter del duodécimo congreso y su lugar en la historia del partido quedaron determinados por la ausencia de Lenin y por la incertidumbre reinante sobre su vuelta a la vida política: fue el congreso del interregno. Sus decisiones sustanciales se limitaron, en realidad, a la reorganización del Rabkrin, a aumentar a 40 los miembros del comité central, y de 15 a 20 los «candidatos» [72]. Las resoluciones principales fueron repeticiones rutinarias de principios que ocultaban, o revelaban sólo en la redacción de alguna frase, los conflictos y las rivalidades latentes. La función del congreso fue la de dar tiempo al tiempo hasta que se aclarara el asunto de la sucesión. Mientras tanto, se necesitaba alguna autoridad provisional que llenara el vacío existente. Al encargarse del informe inaugural ante el congreso, Zinóviev se postuló claramente como sustituto de Lenin. Pero Zinóviev no podía ni quería gobernar solo; y la necesidad de una alianza defensiva contra las presuntas ambiciones de Trotski siempre estuvo presente en la mente de los «viejos bolcheviques». Fue Zinóviev quien insistió en la necesidad de reemplazar «la palabra autorizada de Vladímir Ilich» por «una voluntad colectiva, una energía y una decisión colectivas». La dictadura con que amenazaba Trotski, el Bonaparte soviético, debía anularse con la dictadura del partido. En estos cálculos, Zinóviev, respaldado por su organización

[70] *Ibid.*, v, 266, 268.
[71] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), p. 577.
[72] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 501.

de Petrogrado, contaba con el apoyo de Kámenev, jefe de la organización del partido en Moscú, persona servicial y carente de ambiciones, y de Stalin, todavía figura secundaria pero importante por la destreza con que manejaba la secretaría del partido; Bujarin, el otro líder de prestigio y de rango similar, tenía mucho más de teórico que de político y por el momento estaba frente a Stalin en el asunto de las nacionalidades. El triunvirato provisional formado por Zinóviev, Kámenev y Stalin, con los nombres citados en orden de importancia, se había establecido, en realidad, antes de que el congreso se reuniera. Las oposiciones que se manifestaron en el congreso, bien fueran individuales o colectivas, iban enderezadas contra el triunvirato. El programa anónimo que propuso la exclusión de Zinóviev, Kámenev y Stalin del comité central [73] representaba las ambiciones secretas de todos los grupos de oposición.

Stalin era el miembro más débil y más vulnerable del triunvirato, en parte por su juventud, en parte por los recientes ataques de Lenin contra él. Era fácil imaginar que Zinóviev podría verse tentado a reforzar su propia posición tirando por la borda a un asociado impopular. De aquí que Stalin tuviera interés en robustecer la autoridad del triunvirato y en soldar más fuertemente el eslabón entre sus miembros; y a estas tareas se aplicó, callada pero incansablemente, antes y durante el congreso. La oportunidad se la brindó Osinski al arremeter contra Zinóviev:

> Camaradas, yo no puedo pasar por alto la intemperancia que se ha permitido el camarada Osinski, una intemperancia fea y de mal gusto, contra el camarada Zinóviev. Osinski elogió al camarada Stalin y al camarada Kámenev y luego arremetió contra el camarada Zinóviev porque pensó que, por el momento, bastaba con librarse de uno y que luego le llegaría el turno a los otros. Su propósito es el de romper el núcleo que se ha formado dentro del comité central tras un trabajo de años y, poco a poco, seguir hasta romperlo todo. Si piensa en serio seguir por ese camino, si el camarada Osinski piensa en serio atacar a uno u otro de los miembros del núcleo de nuestro comité central, he de advertirle que tropezará con un sólido muro, en el que me temo que se romperá su propia cabeza. El camarada Osinski queda enterado [74].

Lo mucho que este párrafo halagó la vanidad de Zinóviev queda revelado por el hecho de que lo citó dos años y medio más tar-

[73] Véase anteriormente pp. 271-272.

[74] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1923), p. 183. La versión en Stalin, *Sochineniya*, v, 227, aparte de la omisión rutinaria de «camarada» ante los nombres de los demás ofensores que menciona seguidamente (produciendo en este pasaje el extraño efecto de que Stalin habla de sí mismo, y de nadie más, como «camarada»), omite las palabras «una intemperancia fea y de mal gusto» y la frase última.

de, cuando Stalin había roto con él[75]. Seguidamente, Zinóviev le devolvió el favor al hablar en apoyo de la resolución sobre el asunto de las nacionalidades, aunque en términos mucho más moderados. Las vicisitudes del congreso sellaron la solidaridad del triunvirato, basada en el miedo a Trotski y reforzada por los ataques de la oposición. Stalin, que trabajó más y se condujo con más talento que ninguno de sus colegas, ganó en importancia hasta ponerse a la altura de ellos. Tras el duodécimo congreso de abril de 1923 ya no se podía pensar en Stalin como en una figura secundaria en la jerarquía del partido.

El verano que siguió al duodécimo congreso fue un periodo de engañosa tranquilidad en los asuntos del partido. Al fallar la vieja autoridad y al no preverse todavía la naturaleza y el carácter de la autoridad futura, ese periodo constituía, en realidad, un interregno. Mientras tanto, cualquier aspiración a ocupar una silla que técnicamente no estaba todavía libre tendría que provocar, por fuerza, la celosa hostilidad de los otros aspirantes en potencia y la repulsa indignada de la masa del partido. El congreso invistió provisionalmente al triunvirato con el liderazgo para llenar la ausencia prolongada de Lenin. Trotski, que aguardaba contra toda esperanza que Lenin se recuperase, se abstenía de desafiar al triunvirato; y mientras Trotski no se moviera, ningún otro tenía la fuerza suficiente para actuar. La lucha que Lenin había previsto y temido en su testamento bullía y se enconaba bajo la superficie de la disciplina del partido. Pero sus manifestaciones exteriores quedaban apagadas por la presencia física del jefe inválido; y la controversia entre hombres que profesaban las mismas creencias y la misma lealtad doctrinal pudo conservarse dentro de ciertos límites, aunque se manifestaran en ella crecientes tensiones. Una anécdota de esta época ilustra la constante irritación de que era presa Trotski bajo su capa de moderación oficial, y el escrupuloso cuidado de Stalin por no provocar a nadie en lo más mínimo y hasta por no responder cuando era él el provocado. Tras un inquieto debate, el Politburó aprobó la respuesta al ultimátum de Curzon basada en una minuta de Trotski, a la que sus colegas añadieron numerosas enmiendas. Los dos secretarios, subordinados de Stalin, cometieron errores al preparar el texto final, y Trotski aprovechó esta oportunidad para arremeter contra la incompetencia de la secretaría de Stalin; el asunto, al parecer, terminó con una larga discusión entre los miembros del Politburó sobre el manejo de los documentos secretos. Stalin, con la debida humildad, despidió a los secretarios chapuceros y designó en su lugar a un tal

[75] *XIV Sjezd Vsesoyuznoi Kommunisticheskoi Parti (B)*, (1926), p. 454.

Bazhanov que, unos años más tarde, abandonaría la Unión Soviética y narraría el incidente en sus memorias [76].

La única exhibición clara del creciente poder de Stalin en aquel verano de 1923 fue el golpe que asestó en un campo que era el suyo en particular. Un bolchevique tártaro, Sultan-Galiev, maestro de escuela de Kazán, fue en los primeros días de la revolución miembro de la presidencia del Narkomnats y jefe de su comisariado musulmán. En esta época era, al parecer, uno de esos «no rusos rusificados» cuyas ideas de internacionalismo les hacían defender la política de centralización [77]. A lo largo de todos los incidentes registrados en 1919-1920 en las tierras limítrofes del Este, Sultan-Galiev fue fiel servidor de Moscú y enemigo jurado de Validov y de otros jefes nacionalistas que deseaban la independencia para los pueblos musulmanes y que fueron tachados de seguir la línea del nacionalismo burgués; y parece que Sultan-Galiev se asoció al movimiento en pro de una más amplia tolerancia para las prácticas religiosas y las instituciones musulmanas que se establecieron en 1920 [78]. Sólo cuando el nuevo régimen comenzó a consolidarse en las tierras limítrofes del Este y del Asia central y cuando el chovinismo gran-ruso levantaba la cabeza, Sultan-Galiev cambió de política, se erigió en el campeón de los pueblos musulmanes oprimidos y trató de que sus líderes y portavoces dentro del partido actuaran de acuerdo para lograr una autonomía más amplia. Esto le hizo sospechoso a ojos de Moscú, especialmente tras el conflicto con los bolcheviques de Georgia en el segundo semestre de 1922. En la primavera de 1923, la GPU interceptó una carta de Sultan-Galiev dirigida a unos amigos, también del partido, de Ufa, en la que se lamentaba de que «la política del Gobierno soviético en cuanto a los pueblos no rusos, apenas difiere de la política de los chovinistas gran-rusos» y de que «las promesas dadas en 1917 sólo han sido palabras». Sultan-Galiev proponía que se celebraran conversaciones con los «kazajos y turkestanos» y «para, de acuerdo con ellos, actuar en los futuros congresos del partido y en las sesiones del comité ejecutivo» [79]. Sultan-Galiev fue detenido y éste fue el primer arresto de una figura preeminente del

[76] B. Bazhanov, *Stalin* (traducción alemana del francés, 1931), pp. 98-99.

[77] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 1, pp. 296-297.

[78] Véase *ibid.*, vol. 1, pp. 340-346.

[79] Lo que se daba a entender que era el texto de esta carta se publicó en el periódico turco *Yana Milli Vol*, n.º 10 (1931), pp. 13-15, tomado del diario tártaro *Kzyl Tatarstan;* ni su autenticidad ni su exactitud son seguras. Según Stalin, *Sochineniya*, v. 302-303, Sultan-Galiev escribió dos cartas secretas, de las cuales la primera puede haber sido la que se cita más arriba; la otra se dijo que contenía la propuesta de establecer contacto con los basmachi y con Validov. Pero también esta versión hay que acogerla con cautela.

partido por motivos de índole política. El precedente fue significativo y fructífero. Consta que Stalin buscó y obtuvo el consentimiento previo de Zinóviev y Kámenev antes de dar este paso [80].

Anunciar la caída de Sultan-Galiev a fin de que se dedujeran de ello las lecciones y advertencias del caso fue el motivo principal que indujo al comité central del partido a celebrar una conferencia que se reunió a principios de junio de 1923 «con trabajadores responsables de las repúblicas y regiones nacionales» [81]. Kuibishev, como presidente de la comisión central de control que trataba de asuntos de disciplina, leyó el informe principal sobre el asunto Sultan-Galiev. Pero Stalin habló también por extenso de este tema además de referirse, en un informe general, a la cuestión de las nacionalidades. Con un leve toque de ironía se confesó culpable del cargo, lanzado contra él por la izquierda, de haber protegido en el pasado a Sultan-Galiev, de la misma manera que había protegido con anterioridad a Validov. Estas concesiones al nacionalismo local, esta política de «paciencia y precaución» se inspiraron en la esperanza de que los nacionalistas «se transformarían en marxistas» y además hubo que seguir esta política por la necesidad de que los partidos locales no se dividieran. Desde luego, Sultan-Galiev no se hallaba presente y no se podía defender. Pero Stalin arremetió seguidamente contra aquellos delegados, y mencionó sus nombres, que, al tiempo que condenaban los actos desleales de Sultan-Galiev, no habían abjurado por completo de sus ideas. Stalin terminó su discurso con largas disquisiciones sobre el tema del camino del centro entre la derecha y la izquierda, que tan bien supo aprovechar en etapas posteriores de su carrera. Como había revelado el caso de Sultan-Galiev, las derechas de las repúblicas y regiones nacionales estaban en peligro de deslizarse a posiciones contrarrevolucionarias; el nacionalismo era su estilo de menchevismo. Las izquierdas se mostraban contrarias a hacer concesiones, legítimas y

[80] Kámenev reconoció esto en una conversación posterior con Trotski (L. Trotski, *Stalin* [Nueva York, 1946], p. 417).

[81] Para quitar importancia al carácter excepcional del caso, se manifestó que tal conferencia era la «cuarta», siendo las anteriores dos congresos musulmanes celebrados en noviembre de 1918 y en noviembre de 1919 (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 1, p. 337) y otra conferencia no reseñada de comunistas de habla turca celebrada en enero de 1921. La constancia taquigráfica de la conferencia de junio de 1923 (*Chetvertoe Soveshchanie TsK RKP s Otvetsvennimi Rabotnikami Natsionalnij Respublik i Oblastei* [1923]) no la hemos podido conseguir, y no parece que la prensa informara sobre dicha conferencia. Pero alguna información se puede extraer de los dos discursos principales y de los otros dos secundarios, de Stalin (*Sochineniya*, v, 301-341) y de las resoluciones que se adoptaron (*VKP(B) v Rezoliutsiyaj* [1941], i, 525-530).

necesarias, a los elementos democrático-burgueses que se mantenían leales al régimen soviético.

> Si lo peligroso de las derechas es que, por su sumisión al nacionalismo, dificultan el crecimiento de nuestros cuadros comunistas en las tierras limítrofes, lo peligroso de las izquierdas es que, obsesionadas con un «comunismo» simplificado y rígido, pueden aislar a nuestro partido del campesinado y de amplios sectores de la población local.

Stalin tuvo buen cuidado de plegarse a los criterios entonces en vigor en la jefatura del partido asociando su política de nacionalidades con la táctica de satisfacer a los campesinos y condenando a sus antagonistas como mencheviques [82].

Más incluso que el discurso de Stalin, la resolución tomada en la conferencia sobre «el asunto Sultan-Galiev» era un anticipo significativo de lo que vendría en el futuro. Se acusaba a Sultan-Galiev de haber creado dentro del partido «una organización ilegal, con el propósito de oponerse a las medidas aprobadas por los órganos del partido central»; de que esta organización tenía por objeto «romper la confianza de las nacionalidades antes oprimidas con respecto al proletariado revolucionario»; de que trató de extender sus actividades más allá de las fronteras de la Unión Soviética al establecer «contactos con sus partidarios en ciertos Estados orientales (Persia, Turquía)»; y de que «las tareas contra el partido, objetivamente contrarrevolucionarias, emprendidas por Sultan-Galiev, le llevaron, por la pura lógica de su trabajo antipartido, a buscar una alianza con fuerzas de abierto carácter contrarrevolucionario», entre las cuales se mencionaban, específicamente, los nombres de Basmachi y de Validov. La resolución terminaba diciendo que «las actividades criminales de Sultan-Galiev con respecto al partido y su unidad, y también con respecto a las repúblicas soviéticas, extremos que él mismo ha confesado plenamente, le sitúan fuera de las filas del partido comunista». Ningún otro castigo se mencionaba; y el resto de la resolución trataba de las precauciones que debían tomarse en el partido para impedir que se repitieran incidentes similares [83]. Es de presumir que también se tomaran medidas disciplinarias contra los partidarios y cómplices de Sultan-Galiev. Pero por el momento no se hicieron alusiones a las ambiciones pan-turianas y al deseo de crear

[82] Stalin, *Sochineniya,* v, 30-312.
[83] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 525-526. No se han encontrado otras referencias a la supuesta confesión de Sultan-Galiev; pero parece que fue puesto en libertad tras un breve periodo de confinamiento.

un gran Estado tártaro-turco que abarcara desde el Volga al Asia central, cosas que se le achacaron más tarde a Sultan-Galiev [84].

Entre los temas que tocó Stalin en su informe general y que pasaron a la resolución de la conferencia, se encontraba el problema, todavía sin resolver, de las protestas ucranianas contra la constitución federal de la URSS [85]. Puesto que el congreso del partido había impartido directivas concretas a la comisión de proyectos, ocupada entonces en dar los toques finales a la Constitución, este asunto no parecía ser de la competencia de la conferencia. Pero Rakovski y Skripnik lo plantearon en el debate y se ganaron una respuesta contundente de Stalin [86]. Rakovski era presidente del Sovnarkom de la República Soviética Socialista de Ucrania y defensor principal de las aspiraciones ucranianas a lo largo de las discusiones constitucionales; por otra parte, apoyó a Trotski cuando éste, dentro del comité central del partido, se manifestó contrario a la reintroducción del monopolio del vodka [87]. En julio de 1923, al mes de la conferencia sobre las nacionalidades y a los pocos días del establecimiento formal de la URSS, se anunció que Rakovski sucedería a Krasin como representante soviético en Londres [88]. Era un nombramiento lógico; entre los jefes bolcheviques, pocos tenían más condiciones que él para desempeñar un cargo diplomático en Europa occidental. Ni tampoco es raro que los gobiernos designen para el servicio exterior a individuos destacados, cuyas opiniones o cuya personalidad pueden acarrear fricciones en el país. A nadie le pareció extraño que Krestinski, tras su destitución como secretario del partido en el décimo congreso de marzo de 1921 [89], fuera enviado con una misión a Alemania y que más tarde se convirtiera en el representante soviético en ese país. Pero los miembros del partido comenzaban a darse cuenta del gran poder que se había concentrado en las manos de Stalin, en vista de que entraba en sus atribuciones hacer nombramientos de la mayor importancia; y empezaban a sospechar, por otra parte, que ese poder podía usarse con despiadado talento. El nombramiento de Rakovski fue el primero, probablemente, que provocó comentarios desde este punto de vista. Fue para entonces

[84] Estas fueron las principales acusaciones que se formularon contra él en el juicio de 1929, cuando fue condenado a muerte.

[85] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 1, pp. 419-422.

[86] Stalin, *Sochineniya,* v, 340-341.

[87] M. Eastman, *Since Lenin Died* (1925), p. 110; respecto al monopolio del vodka, véase anteriormente nota 101, pp. 46-47.

[88] El nombramiento que iba a recaer sobre Rakovski se mencionó primeramente en *The Times,* 6 de julio de 1923; se anunció formalmente en *ibid.,* el 14 de julio de 1923.

[89] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 1, p. 221.

cuando Osinski, que se destacó como crítico del triunvirato en el duodécimo congreso, pasó a ser representante comercial soviético en Suecia.

En el verano de 1923 se produjo un incidente que adquirió cierto relieve en el partido y que, aunque no tuvo consecuencias inmediatas, era de mal agüero para el futuro. A pesar de la aparente concordia reinante en el triunvirato, Zinóviev no pudo por menos de observar el creciente poder que se concentraba en las manos de Stalin a causa de su control exclusivo sobre la secretaría del partido y de su posición dominante en el Orgburó. Con Lenin a un lado, la secretaría tomó un aspecto diferente del que tuvo bajo la mirada vigilante de Lenin. Zinóviev, tras detectar el peligro, trató de atajarlo de la manera más torpe. Cuando la mayoría de los líderes andaban de vacaciones por el Cáucaso en agosto y septiembre de 1923, invitó a unas cuantas figuras destacadas del partido (se sabe que estuvieron presentes, además de Zinóviev, Bujarin, Evdokimov, Lashevich y Voroshilov) a que se reunieran en una caverna cerca de Kislovodsk. Aquí Zinóviev presentó un plan para «politizar» la secretaría y ponerla bajo el control del Politburó: Stalin compartiría su puesto con dos compañeros de igual categoría: uno de ellos Trotski y el otro Zinóviev, Kámenev o Bujarin. No se sabe lo que pensaron los huéspedes de Zinóviev de su proyecto. Pero a los pocos días del encuentro, Zinóviev entregó a Orjonikidze, que partía para Moscú *en route* a un balneario alemán, una carta dirigida a Stalin y en la que le bosquejaba el proyecto [90]. Stalin, que estaba muy por encima de esta rudimentaria diplomacia, contestó con un telegrama, pergeñado en términos «amistosos, pero procaces», en el que indicaba que sin duda existía algún malentendido; y algo después llegó a Kislovodsk para conversar con Zinóviev y Bujarin. Pronto se llegó a un compromiso. Stalin no soltó del puño la secretaría. Pero Zinóviev, Trotski y Bujarin fueron invitados a intervenir en las reuniones del Orgburó. Stalin sabía disponer perfectamente las cosas. Zinóviev asistió a dos o tres reuniones del Orgburó, sin que

[90] Nuestra información sobre este episodio deriva de las recriminaciones que respecto al mismo se formularon en el decimocuarto congreso del partido, en diciembre de 1925. Según Zinóviev (*XIV Sjezd Vsesoyuznoi Kommunisticheskoi Parti (B)* [1926], pp. 455-456), Frunze y «cierto número de camaradas con opiniones completamente diferentes» estuvieron en la reunión de la caverna; el relato de Voroshilov, que es sin duda el más preciso y el más ajustado a la verdad (*ibid.*, pp. 398-399, 950), limita la reunión a los cinco mencionados en el texto y manifiesta que Frunze llegó dos días después de la reunión; no es necesario tomar muy en serio el aserto de Zinóviev de que el proyecto era de Bujarin. En cuanto al papel de Orjonikidze, véase *ibid.*, página 953.

encontrara nada que objetar ni nada en que pudiera intervenir, y no volvió más. Trotski y Bujarin ni se tomaron la molestia de presentarse por allí; Trotski, a diferencia de Zinóviev, apenas se daba cuenta de la gravedad del problema[91]. El ingenuo plan de Zinóviev para limitar el poder de Stalin se vino por los suelos y desapareció sin dejar rastro. Sin duda el incidente sirvió para que aumentara la confianza de Stalin en sí mismo y para que sintiera un mayor desprecio por la poca capacidad de sus compañeros de triunvirato. Pero por el momento el asunto no tuvo consecuencias. Los tres cerraron más las filas llevados por el interés común de presentarle batalla a un enemigo en potencia mucho más formidable: Trotski[92].

[91] *Ibid.*, p. 456. La única mención pública que hace Stalin de este incidente es una referencia irónica a «los cavernícolas» (*ibid.*, p. 487); el pasaje entre paréntesis rectangulares en L. Trotski, *Stalin* (Nueva York, 1946), páginas 367-368, no procede de Trotski.

[92] La afirmación de Voroshilov de que Zinóviev se ofreció por entonces a Trotski para formar un bloque contra Stalin, y que Trotski se negó a ello es, probablemente, una versión exagerada de este incidente; como Zinóviev subrayó en su respuesta, el mismo ocurrió antes de la ruptura con Trotski (*XIV Sjezd Vsesoyuznoi Kommunisticheskoi Parti (B)*, [1926], pp. 399, 457).

Capítulo 12

TIRANTECES Y PRESIONES

La crisis del otoño de 1923 comenzó como una pequeña manifestación de descontento en los aledaños y en los niveles inferiores del partido y culminó en franca división entre sus primeros jefes. Las dos fases reflejaban las presiones y tiranteces de un dilema económico sin resolver; pero también ponían al descubierto la inquietud general reinante ante el poderío cada vez mayor de la burocracia del partido y ante la tendencia a sofocar o enterrar las diferencias de opinión del partido. Al acentuarse la crisis, las cuestiones que planteaba la aplicación de la «democracia en el partido» adquirieron más importancia que los problemas económicos de los cuales surgieron. El descontento en las filas del partido era una continuación o recrudescencia del que se reveló en 1921 y 1922 por medio de la oposición de los trabajadores, del grupo de Miasnikov, del club de discusiones de Moscú y de «la declaración de los 22» [1]: en realidad, muchos de los viejos nombres figuraban en los nuevos agrupamientos. Nada se había hecho para aclarar las ambigüedades contenidas en la resolución del décimo congreso del partido sobre la unidad del mismo, el cual, al tiempo que prohibía rigurosamente todas las formas de fraccionalismo, afirmaba el principio de la democracia dentro del partido.

[1] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 1, pp. 217-218, 224-227.

De los dos grupos secretos conocidos como activos en los círculos del partido en tiempos del duodécimo congreso de abril de 1923, el Grupo de Trabajadores, de Miasnikov y Kuznetsov, resultó ser el más recalcitrante y el primero que fue víctima de las represalias oficiales. Los antecedentes de Miasnikov mostraban que el año anterior fue expulsado del partido por «fraccionalismo» y esto le hacía particularmente vulnerable. La GPU le arrestó a fines de mayo de 1923; y Kuznetsov, expulsado del partido pocas semanas después que Miasnikov, se convirtió en jefe del grupo. Moiseev, el tercer autor del manifiesto del grupo, que no tenía antecedentes comprometedores, se retiró entonces de toda participación. A principios de junio de 1923, el grupo celebró una conferencia en Moscú y nombró un «buró moscovita». Entró en negociaciones con personas que estuvieron asociadas con diferentes grupos opositores, en especial con Kolontai, Shliapnikov, Medvedev, Lutovinov y Riazanov, pero sin llegar, al parecer, a resultados concretos; y estableció contactos en los centros provinciales con grupos de obreros industriales descontentos. Del extranjero esperaban recibir el apoyo del jefe de la izquierda del KPD, Maslow. Profesaban lealtad al programa del partido[2] y se dice que sus miembros se comprometieron bajo juramento, acaso inspirados por la crisis planteada por el ultimátum de Curzon, a oponerse «a todos los intentos de derrocar al régimen soviético». Nuevas perspectivas comenzaron a abrirse con la ola de huelgas y de descontento industrial. Parecía presentarse la oportunidad de convertir las demandas económicas de los trabajadores en demandas políticas y se adelantó la propuesta de organizar una manifestación masiva de trabajadores con las mismas características que acompañaron a la que tuvo lugar el Domingo Sangriento, 9 de enero de 1905, cuando las masas llevaron sus peticiones al zar[3]. Pero en esta oportunidad la GPU ya estaba al tanto de los principales detalles de la «conspiración» y en septiembre de 1923 Kuznetsov y otros veinte miembros del grupo (de un total aproximado de doscientos que se calculaba existían en Moscú) fueron detenidos. De las veintiocho personas complicadas al final, cinco ya habían sido expulsadas del partido; ahora la sentencia de expulsión recayó sobre otros nueve; y los catorce restantes se libraron con sólo una reprimenda[4].

[2] Se definió en su manifiesto como «un grupo no conectado estructuralmente con el RKP, pero de completo acuerdo con su programa y con los estatutos del partido» (*Manifest der Arbeitergruppe der Russischen Kommunistischen Partei* [sin fecha (1924)], p. 27.

[3] Los extremos aquí apuntados fueron revelados por Kuznetsov después de su arresto; pero no hay razón para dudar de la veracidad de tales declaraciones (V. Sorin, *Rabochaya Gruppa* [1924], pp. 97-100, 109-112).

[4] *Ibid.*, pp. 112-114.

Los castigos por infringir la disciplina del partido eran todavía livianos. Miasnikov, tras su arresto de mayo, fue puesto en libertad y se le permitió que fuera a Alemania, pero al regresar a Moscú en el otoño, otra vez fue detenido. Sin embargo, parece que tanto él como Kuznetsov recobraron la libertad tras varios meses de encierro. Algo más tarde se tomaron medidas parecidas contra el grupo La Verdad Obrera, y seis miembros de su directiva y seis simpatizantes fueron expulsados del partido [5].

Ningún jefe del partido tomaba en serio a La Verdad Obrera o al Grupo de Trabajadores y los consideraban únicamente como una recrudescencia sin importancia de la «desviación» de carácter sindical que había ido apareciendo de vez en cuando en el partido desde 1917. Pero eran síntomas que revelaban la creciente inquietud de los trabajadores industriales, y que aumentaban el desasosiego en las filas del partido e incluso entre los jefes del mismo [6]. El comité central se alarmó. Fue Dzerzhinski, antiguo presidente de la GPU, que nunca perteneció a la oposición, quien ahora alegaba que «la agonía de nuestro partido, la decadencia de su vida interior, la práctica predominante de designar por nombramiento y no por votación, pueden convertirse en peligro político y paralizar a nuestro partido en su carácter de guía de la clase trabajadora» [7]. Como consecuencia, el comité central del partido tomó la decisión, a fines de septiembre de 1923, de establecer tres comités que se ocuparan de la crisis de las tijeras, del problema de los salarios y de la situación interna del partido [8]. Dzerzhinski presidió este último. Posteriormente Stalin le sacaría partido al hecho de que ni Trotski ni los que luego serían los críticos más activos de la política desarrollada por el comité central —Preobrazhenski y Sapronov— se hallaban en Moscú cuando se tomó esta decisión, y de que los comités se crearon por iniciativa de

[5] *Pravda*, 30 de diciembre de 1923. Según *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.º 20 (66), 3 de noviembre de 1923, pp. 13-14, 400 miembros de La Verdad Obrera fueron detenidos por entonces. Probablemente se trata de una cifra exagerada; el autor reconoce que la influencia del grupo era «no muy grande por el momento».

[6] Bujarin escribió después, con referencia al Grupo de Trabajadores, que «las huelgas del verano y los grupos antipartido» atrajeron la atención del partido a la necesidad de rebajar los precios, de elevar el nivel de vida y la actividad política de nuestra propia organización» (prefacio a la obra de V. Sorin, *Rabochaya Gruppa* [1924], p. 3).

[7] En su discurso ante la conferencia de Moscú de funcionarios del partido, el 11 de diciembre de 1923 (véanse más adelante pp. 313-314), publicado en *Pravda* del 13 de diciembre de 1923, Kámenev refirió el exabrupto de Dzerzhinski.

[8] Véase anteriormente p. 114.

la mayoría [9]. Sin embargo, Trotski llegó a tiempo de atajar otra propuesta, elevada al parecer en la misma sesión ante el comité central, que trataba de la reorganización del Consejo Militar Revolucionario, del que Trotski había sido presidente desde su creación en abril de 1918 bajo el nombre de Consejo Supremo de Guerra. No era éste el primer intento de los rivales de Trotski, deseosos de limitar su autoridad, indiscutible hasta la fecha, sobre el Ejército Rojo. En julio de 1919 una reconstitución del Consejo Militar Revolucionario, en el punto culminante de la guerra civil, llevó a su seno a Smilga y Gusev, miembros ambos de la facción militar opuesta a Trotski [10]. Ahora se proponía que se reforzara y transformara el consejo añadiendo al mismo varios miembros del comité central del partido, entre ellos Stalin. Trotski se opuso con tanto vigor a la propuesta, que fue retirada. Pero en este tiempo se hicieron dos nuevos nombramientos para el Consejo Militar Revolucionario que recayeron en Lashevich y Voroshilov. Lashevich, antiguo sargento del ejército zarista, había hecho carrera al intervenir en los preparativos militares conducentes al *coup* de octubre, y Voroshilov, por actividades guerrilleras en Ucrania. Durante la guerra civil, en las disputas del partido ambos incurrieron en la enemistad de Trotski y le pagaban con la misma moneda. Lashevich debía su nuevo cargo a su patrón, Zinóviev, y Voroshilov, a Stalin [11].

A esta importante sesión del comité central sucedió muy pronto la correspondencia de Trotski de octubre de 1923 con el comité central, el programa de los 46 del 15 de octubre y, finalmente, el colapso de la revolución alemana. Ahora la controversia iba más allá de las cuestiones de tipo económico, en las que tuvo su primera expresión, para convertirse en una lucha por el control del partido. La carta de Trotski del 8 de octubre de 1923 al comité central, cuyas referencias a la economía ya se han citado aquí [12], lanzaba un ataque, desde el propio Politburó, contra la jefatura del partido. Como punto de partida mencionó la recomendación del comité de Dzerzhinski, de que los miembros del partido que supieran algo de agrupamientos dentro del mismo debieran estar sujetos a la obligación de comunicarlo a la GPU, al comité central y a la comisión de control. Que fuera necesario enunciar una obligación tan elemental,

[9] Stalin, *Sochineniya*, vi, 27-28.

[10] Un confuso relato del cambio figura en L. Trotski, *Stalin* (Nueva York, 1946), pp. 276, 313-314.

[11] Fuente de este episodio es la carta de Trotski del 8 de octubre de 1923 al comité central (*Sotsialisticheski Vestnik* [Berlín], n.° 11, [81], 1924, página 10).

[12] Véase anteriormente p. 115.

le parecía a Trotski prueba palpable del «régimen enfermizo e incorrecto con que se lleva al partido», y era uno de los temas principales de la carta. «Muchos miembros del partido, y no los peores —escribía Trotski—, sienten una profunda inquietud por los métodos y procedimientos que se utilizaron para constituir el duodécimo congreso del partido» [13]; y la situación había empeorado desde que se celebró. Luego de referirse a los fallos de la política económica, Trotski volvió otra vez a los asuntos del partido y criticó al Orgburó por su manera de designar a los funcionarios del partido para que cubrieran cargos, en especial los importantes. Estos nombramientos no se hacían por méritos de los designados, sino, «antes que nada, con arreglo a lo que pudieran hacer en beneficio o en perjuicio de la política que, dentro del partido, aplica secretamente y sin carácter oficial, pero con tanta mayor eficacia, el Orgburó y el comité central». Con unas cuantas frases mordaces, Trotski cristalizó el problema de los nombramientos así realizados en contraste con los efectuados por votación para los puestos clave del partido: ni siquiera en los peores días de la guerra civil estos nombramientos inconsultos llegaron a ser ni la décima parte de lo que eran ahora [14]. Un «aparato secretarial creado desde arriba» había puesto todos los hilos en sus manos y la participación de las masas del partido en sus diversas organizaciones era ya «pura ilusión». En los últimos doce meses, o acaso dieciocho, fue desarrollándose una «psicología secretarial, cuya característica principal es que la secretaría es capaz de decidirlo todo». El descontento reinante en el partido contra el aparato secretarial acabaría por revolverse contra los viejos bolcheviques identificados con el mismo. Trotski protestó contra los recientes intentos de interferirse en la dirección de los asuntos militares y citó un comentario que le hizo cínicamente Kuibishev: «Estimamos necesario emprender una lucha contra usted, pero no podemos declararle enemigo; por eso tenemos que recurrir a tales métodos.» Finalmente, Trotski exigía que «la burocracia secretarial» fuera sustituida por «la democracia en el partido —por lo menos la suficiente para impedir que el partido se fosilice y degenere». La carta terminaba con una amenaza. Durante año y medio, aseguró Trotski, estuvo luchando contra una «política falsa», aunque

[13] Según Yaroslavski, Trotski habló en su carta del «relleno» del duodécimo congreso del partido (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 124); si la carta contenía esta frase, o cualquiera otra expresión alusiva, es cosa que no puede saberse.

[14] Puede ser que Trotski recordara que, en diciembre de 1920, él había defendido la práctica de «nombrar desde arriba», ante los ataques de los sindicatos; en aquella ocasión, Trotski describió tal costumbre diciendo que estaba «en proporción inversa a la educación de las masas, a su nivel cultural y a su conciencia política» (Trotski, *Sochineniya*, xv, 422).

no quiso llevar la disputa más allá de los estrechos límites del comité central del partido. Esta espera no produjo ningún resultado y amenazaba con producir *«una crisis de gravedad excepcional»*. Ahora él se consideraba libre para divulgar los hechos «a cualquier miembro del partido que me parezca lo suficientemente culto, maduro y disciplinado y, por tanto, capaz de ayudar al partido a escapar del callejón sin salida en que se halla, sin necesidad de convulsiones ni trastornos cismáticos» [15].

Tras la carta, que cayó como una bomba en el comité central, vino, exactamente a la semana, la puesta en circulación del programa de los 46. No hay pruebas concretas de que existiera contubernio entre Trotski y los autores del programa. El grupo que se formó en torno a Trotski con motivo de la controversia sindical de 1920-1921 se había dispersado [16]; y desde entonces Trotski observó escrupulosamente las decisiones del décimo congreso del partido que prohibían las «agrupaciones fraccionales». Pero entre los firmantes del programa aparecían, casi por entero, quienes antes o después fueron los más íntimos asociados políticos de Trotski [17]. Es inconcebible que no llegaran a informarle de sus intenciones o que no le invitaran a asociarse con el grupo; de haber aceptado, se hubiera convertido, automáticamente, en su líder. Que Trotski se mantuviera al margen era característico de su falta de decisión y de su renuencia a desafiar abiertamente al triunvirato mientras existiera la posibilidad de que Lenin se recuperase y volviese al poder. Al limitarse a criticar por su cuenta, evitaba que le culparan de «fraccionalismo» y no llegaba a quemar sus naves. A la larga, esta moderación le sirvió de poco. Incluso si, como pudo suceder, la carta de Trotski del 8 de octubre de 1923 y el programa de los 46 no tuvieron ninguna relación, el planteamiento, el contenido específico y hasta el lenguaje eran tan parecidos que los inquietos jefes del partido no necesitaron más para sospechar que se trataba de un ataque conjunto planeado en secreto. Pero el hecho de que las mismas y rigurosas críticas surgieran al mismo tiempo de dos focos distintos constituía un síntoma

[15] Para el texto de esta carta, véase anteriormente nota 48, p. 115.

[16] De los siete miembros del partido que se asociaron al programa sindical de Trotski (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 235-236), Andreev se pasó con armas y bagajes a la línea oficial; Bujarin, Dzerzhinski y Rakovski ocupaban en el extranjero puestos diplomáticos; Preobrazhenski y Serebriakov firmaron sin reservas el programa de los 46.

[17] En su autobiografía, Trotski menciona a Rakovski, I. N. Smirnov, Sosnovski y Preobrazhenski como las personas a quienes él habló en la época de su conversación con Lenin en noviembre o principios de diciembre de 1922 sobre los peligros de la burocracia en el partido (L. Trotski, *Moya Zhizn* [Berlín, 1930], ii, 215); respecto a la conversación, véase anteriormente p. 259.

tanto más notable del desasosiego general que reinaba en el partido. El programa de los 46 denunciaba «los defectos de la jefatura del partido, tanto en el campo de la economía como, más especialmente, en el campo de las relaciones internas», y tras tres párrafos dedicados a la crisis financiera y económica, los signatarios trataban del segundo tema, que era el principal[18]. El documento describía «la división cada vez mayor y más patente entre la jerarquía secretarial y la 'gente llana', entre los funcionarios profesionales del partido designados desde arriba y los simples miembros que no participan en la vida común». Los sencillos afiliados que desaprobaran algo de lo que se hiciera «tienen miedo de hablar de ello en las reuniones del partido e incluso en conversaciones particulares, a menos que su interlocutor les merezca confianza por su 'discreción'». La «jerarquía secretarial» se valía cada vez más de su influencia para nombrar a los integrantes de conferencias y congresos, «que se están convirtiendo de esta manera en simples asambleas ejecutivas de la jerarquía». (Todo esto reflejaba las críticas que hizo Trotski ante los preparativos que se efectuaron con motivo de la celebración del duodécimo congreso. El régimen de «la dictadura dentro del partido» arrancaba, según el documento, del décimo congreso celebrado en 1921.) Algunos signatarios pensaban que las medidas que entonces se tomaron serían «de carácter temporal»; otros las consideraron desde el comienzo como negativas. Pero ahora todos estaban de acuerdo en que para el duodécimo congreso de abril de 1923 «este régimen ya no tenía razón de ser». La propuesta, empero, quedaba sin mordiente, al admitir apologéticamente que «en cualquier circunstancia, el partido tendría que designar a los actuales líderes para los principales cargos de la dictadura del proletariado» (con lo cual confesaban que no había otros jefes disponibles) y al hacer una sola recomendación concreta que se caracterizaba por su poca entidad: que se convocara de inmediato una conferencia del comité central en la que intervinieran trabajadores activos del partido para considerar en ella lo que podría hacerse. Algunos signatarios expresaban sus reservas en cuanto a la descripción de la situación reinante, aunque aceptaban el contenido en general del documento y su propuesta final. Se dice que Radek, que debía estar en vísperas de su viaje a Alemania, escribió por su cuenta una carta al

[18] Con referencia al programa de los 46, véase anteriormente p. 116; para el texto del mismo, véase más adelante pp. 364-369; mientras los párrafos sobre la economía se citaron con frecuencia en posteriores discusiones, sólo unas cuantas frases de la parte política parece que llegaron a verse impresas.

comité central redactada en términos parecidos; pero su texto no ha sido revelado[19].

Hacia la época en que recibió este segundo golpe, el grupo mayoritario del Politburó preparó su respuesta a la carta de Trotski del 8 de octubre. Indudablemente la respuesta circuló entre los miembros del comité central pero no se publicó; sólo una pequeña parte de su texto llegó a verse impresa. En esta parte el Politburó declaraba «que no estaba de acuerdo con la dictadura de Trotski ni en lo económico ni en lo militar». Le acusaba de no cumplir con sus obligaciones —Trotski nunca hizo acto de presencia en el Sovnarkom ni en el STO y se había negado a ser presidente delegado del Sovnarkom— y de actuar con arreglo a la fórmula «o todo o nada». En un párrafo que no se ha conservado, parece ser que se hablaba de las veces en que Trotski, en el pasado, mantuvo opiniones contrarias a las de Lenin[20]. La respuesta motivó que Trotski[21], a su vez, reaccionara con una dura réplica en la cual se refirió a que Lenin aceptó en parte sus opiniones en el asunto de la planificación, y al acuerdo a que llegaron Lenin, él y otros miembros del Politburó con respecto al mantenimiento del monopolio del comercio exterior[22]. Luego, llevando la guerra al campo enemigo, Trotski recordó la correspondencia que sostuvo con Lenin sobre la cuestión de Georgia y las críticas de Lenin contra el Rabkrin y continuó: «Si recordamos quién estuvo más tiempo al frente del Rabkrin, no será difícil comprender contra quién iban enderezadas estas palabras, así como su artículo respecto al asunto de las nacionalidades.» Luego pasó a narrar la embarazosa escena ocurrida en el Politburó, cuando Kuibishev propuso que se imprimiera un número falso de *Pravda,* en el que apareciera el artículo sobre el Rabkrin, para que Lenin se quedara tranquilo[23]. La dureza de la réplica y el miedo de que todo aquello trascendiera al público, fue sin duda motivo suficiente para que por el momento se pusiera término a esta controversia personal[24].

Con esta situación se enfrentaba el comité central del partido cuando (en ausencia de Trotski, por estar enfermo) se reunió el 25 de octubre de 1923 en sesión conjunta con la comisión central de

[19] M. Eastman, *Since Lenin Died* (1925), p. 37.

[20] El extracto figura en *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.° 11 (81), 28 de mayo de 1924, p. 11; en cuanto a la esencia del otro pasaje (que se puede inferir de la respuesta de Trotski del 24 de octubre) véase *ibid.*, p. 8.

[21] *Ibid.*, n.° 11 (81), 28 de mayo de 1924, pp. 11-12.

[22] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 3, pp. 473-474.

[23] Véase anteriormente p. 265.

[24] Según *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.° 11 (81), 28 de mayo de 1924, p. 8, el Politburó también contestó a la segunda carta de Trotski; pero el texto nunca se publicó.

control y con delegados de diez importantes organizaciones del partido. A este respecto, la laxitud del sistema siempre permitió que los jefes del partido organizaran sesiones conjuntas del comité central (o del VTsIK en el caso de la maquinaria gubernamental) con otros organismos, y que se consideraran estas sesiones como reuniones particularmente solemnes del cuerpo principal. Ahora, por primera vez, adquirían una importancia especial, en un momento en que se deseaba demostrar la solidaridad del partido contra la oposición. La comisión central de control cuidaba de la disciplina del partido y siempre se podía confiar en la severidad que demostraba hacia los disidentes; y es evidente que las diez organizaciones no hubieran sido invitadas de no ser fieles a la jefatura del partido. Se invitó también a doce firmantes del programa de los 46 para que asistieran y expresaran su opinión, aunque sólo los que eran miembros del comité central tenían derecho al voto. Preobrazhenski, en nombre de los signatarios, sometió una resolución de seis puntos en la que se pedía se adoptaran las medidas necesarias «para poner en práctica los principios de la democracia obrera», tal y como se acordó en la resolución del décimo congreso del partido. Este documento de seis puntos constituía un informe conciso de lo que entonces entendía la oposición por democracia obrera. Destacaba, en particular, que se discutieran «los aspectos internos más importantes del partido, los políticos y los económicos», a todos los niveles del partido; pedía que se concediera libertad de opinión, individual y colectiva, dentro del partido y que se autorizaran de nuevo las discusiones, en particular en los clubs del partido y en la prensa del mismo; reclamaba que «la opinión pública del partido» ejerciera el control de sus organismos; que dejara de nombrarse por designación desde arriba a los principales funcionarios y que se restableciera el principio del nombramiento por votos; que cesara la práctica de elegir a los funcionarios del partido no por su competencia, sino por su sumisión; y que se reconsideraran los traslados que tuvieron que sufrir algunos de esos funcionarios bajo el pretexto de que defendían opiniones heterodoxas»[25]. Los debates duraron tres días, pero no existen minutas de los mismos. La propuesta de Preobrazhenski no encontró apoyo; y lo único que se publicó de todo lo aprobado en las sesiones fue una corta resolución sobre «la postura interna del partido», que recibió 102 votos a favor, 2 en contra y 10 abstenciones[26]. En ella se pedía al Politburó que apresurara el trabajo de las tres comisiones establecidas el mes anterior y que tomara las medidas necesarias a

[25] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1924), pp. 106-107.
[26] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 531-532.

la vista de sus respectivos informes; calificaba de «profundo error político» la postura de Trotski «en estos momentos llenos de responsabilidad por los que pasa la revolución internacional y el partido», error tanto más lamentable por cuanto «sirvió como señal para que se formara una agrupación disidente (el programa de los 46)». Este programa era objeto de «enérgica condena» por constituir «un paso de avance en el camino del cisma», de tal manera que quedaba prohibido en virtud de las disposiciones contra las «actividades fraccionales» aprobadas en el décimo congreso del partido, y se justificaba la negativa del comité central a distribuirlo o a publicarlo [27]. Al mismo tiempo la resolución reiteraba la aceptación, por parte del comité central, del principio de la democracia obrera. Ya no era posible seguir ocultando las divisiones reinantes en el partido que, al principio, habían tomado la forma de discrepancias con respecto a la política económica. En un artículo de *Pravda* del 7 de noviembre de 1923, titulado «Las nuevas tareas del partido», Zinóviev proclamó que era «indispensable aplicar en la práctica la democracia obrera dentro del partido»; y en ese mismo artículo se anunciaba que las columnas del periódico estarían abiertas para que en ellas opinaran los miembros del partido, los sindicalistas y los trabajadores que, sin pertenecer al partido, desearan intervenir. Esto marcó un hito en la historia del partido.

Durante casi todo noviembre de 1923 los debates en las columnas de *Pravda* se produjeron en tono relativamente moderado y sólo participaron en ellos figuras secundarias [28]. El comité de las tijeras sesionaba todavía a puerta cerrada tratando de llegar a un acuerdo sobre las cuestiones económicas. Pero el aspecto político —la oposición a los métodos y principios de la jefatura del partido— comenzó a dominar en las discusiones; el 28 de noviembre *Pravda* publicó un artículo de Preobrazhenski, primer signatario del programa de los 46 y uno de sus principales inspiradores, que fue importante y revela-

[27] Según el discurso de Rikov del 29 de diciembre de 1923 (*Pravda*, 1 de enero de 1924), el comité decidió no distribuirlo; tras esto, cualquier nuevo intento de sus autores para ponerlo en circulación hubiera sido considerado como una infracción de la disciplina del partido.

[28] Posteriormente, Stalin escribió de este «primer periodo» que el comité central del partido «no intervino en la discusión en las páginas de *Pravda*, reservando la plena libertad de crítica a los miembros del partido» y que «ni siquiera creyó necesario responder a acusaciones absurdas» (Stalin, *Sochineniya*, v, 372); parece ser que *Pravda* duplicó su tirada durante las discusiones (*Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1924], página 62).

dor. Desde el establecimiento de la NEP, escribía Preobrazhenski, el partido ha seguido «una línea equivocada en su política interna». En el décimo congreso de marzo de 1921 se decidió «pasar de los métodos militares a los métodos de la democracia en el partido» (Preobrazhenski pasó por alto las decisiones que aprobó el congreso respecto a la unidad del partido y a la prohibición de formar grupos «fraccionales»). Era necesario «liquidar los métodos militares dentro del partido, restablecer su vida siguiendo en general la línea de los años 1917-1918». En su lugar, el comité central «había fortalecido la burocracia y el elemento oficial, aumentado el número de cuestiones que se solucionaban de antemano desde arriba e intensificado la división del partido entre los que toman las decisiones y llevan la responsabilidad y la masa que ejecuta esas decisiones sin intervenir en su formulación». Se había buscado «crear un buen aparato y buenos funcionarios», pero «a expensas de la vida interna del partido». Consecuencias de todo ello eran «la agonía del partido» y el «aumento del oportunismo y del servilismo». Estas arremetidas contra la burocracia del partido podían despertar cierta simpatía en las filas comunistas, y los jefes eran muy sensibles a las amenazas dirigidas contra su autoridad. La falta de cohesión y de unidad de miras de los críticos hizo posible que el triunvirato los desacreditara y derrotara en una serie de encuentros aislados. Los 46 se mantuvieron al margen del Grupo de Trabajadores, contra el cual, en realidad, ya se habían tomado medidas antes de que se redactara el programa de los 46. Ahora quedaba por delante la tarea más delicada de mantener a Trotski lejos de los 46; éstos defendían opiniones mucho más afines a las de Trotski, a quien de buena gana hubieran aceptado como jefe. En esta época, el triunvirato tenía como principal objetivo táctico evitar un choque abierto con Trotski, que le hubiera llevado a solidarizarse con los 46 o con otros grupos de oposición, y procurar cerrar las grietas que produjo la resolución del 25 de octubre; para ello el triunvirato contaba con el apoyo activo o tácito, no sólo de los demás miembros del Politburó, sino de la mayoría del comité central[29].

Un factor secundario de cierta importancia aparece en este momento en nuestra historia. En el invierno de 1923-1924, por primera

[29] Más tarde, Trotski escribió de «un buró político secreto» integrado por seis miembros del Politburó, aparte de él y de Kuibishev, presidente de la comisión central de control, que se «habían comprometido mediante juramento a no entablar polémicas entre ellos al tiempo que buscaban la oportunidad de atacarme»: grupos similares se establecieron en las organizaciones locales del partido (L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 240). Sin duda, éste es un cuadro exagerado y recargado de tintas de la situación *de facto*.

vez en su carrera, que se sepa, Trotski se vio aquejado por una persistente dolencia. Ya en la primavera de 1923, en las críticas semanas que precedieron al último ataque sufrido por Lenin en marzo, Trotski guardó cama en el Kremlin aquejado de lumbago [30]. En la segunda quincena de octubre de 1923 cogió un fuerte resfriado mientras cazaba patos —suceso que Trotski narra con cierto detalle en su autobiografía con acompañamiento de reflexiones filosóficas sobre el papel de los accidentes en la historia [31]. Secuela del resfriado fue lo que Trotski llamó más tarde «una infección tenaz y extraña, cuya naturaleza todavía sigue siendo un misterio para mis médicos» [32]. Los síntomas de fiebre intermitente se prolongaron hasta bien entrado enero de 1924, cuando Trotski dejó Moscú para trasladarse al Cáucaso. En este tiempo no apareció en público, aunque siguió trabajando, y diversos artículos y cartas suyos vieron la luz en diciembre. El historiador no puede evitar el hacer cábalas sobre la existencia de posibles factores psicológicos en la enfermedad que condenó a Trotski a la inactividad, o que le dio un pretexto para no actuar en este momento crítico de su destino.

En estas condiciones el triunvirato trató de reconciliarse con Trotski. La tarea no era fácil. Stalin menciona dos «discusiones privadas» entre Trotski y sus principales colegas —Zinóviev manifiesta explícitamente que se hallaban presentes todos los miembros del Politburó [33]— en las que se halló un principio de acuerdo sobre «todas las cuestiones de carácter económico o relacionadas con el partido»; se encomendó a un subcomité formado por Stalin, Kámenev y Trotski que redactara en su primera forma una resolución

[30] L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 220.
[31] *Ibid.*, ii, 234-238.
[32] L. Trotski, *Stalin* (1946), p. 381. Un boletín suscrito por Semashko, Foerster, Guétier y otros tres doctores del Kremlin y fechado el 31 de diciembre de 1923 describía la enfermedad de la siguiente manera: «L. D. Trotski cayó enfermo el 5 de noviembre del presente año, víctima de la gripe, con síntomas de catarro en las vías respiratorias superiores; estos síntomas desaparecieron pronto, pero la fiebre, nunca por encima de los 38 grados, persiste hasta el momento. Un examen externo ha revelado pérdida de peso y de color, una menor capacidad de trabajo y poco apetito; un examen de los órganos internos puso de manifiesto que las glándulas bronquiales estaban inflamadas debido a la mencionada infección» (*Pravda*, 8 de enero de 1924). Como el objeto del boletín era el de justificar la marcha de Trotski de Moscú por razones de enfermedad (véase más adelante p. 329), no es probable que se hubiera tratado de disimular la gravedad de los síntomas. Por otra parte, la fecha indicada para el comienzo de su enfermedad no coincide con la que dio el propio Trotski ni con su ausencia, por enfermedad, de la reunión del comité central del partido celebrado el 25 de octubre de 1923.
[33] Discurso en el IKKI del 6 de enero de 1924, noticiado por *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.° 20, 18 de febrero de 1924, n. 224.

para ser sometida al Politburó; este subcomité, evidentemente, reemplazaba al tercero de los comités establecidos por el Politburó a fines de septiembre[34]. Trotski no ha dejado nada escrito sobre estas discusiones, excepto una descripción que toma de las memorias inéditas de su esposa:

> Se hallaba solo y enfermo y tenía que enfrentarse a todos. Debido a su enfermedad las reuniones se celebraban en nuestro piso; yo me sentaba en la habitación de al lado y le oía hablar. Se expresaba con toda su alma; parecía como si con cada discusión se debilitara, al hablar con tanta fogosidad. Y en respuesta yo oía tan sólo contestaciones frías, indiferentes. Desde luego, todo se había decidido de antemano de manera que ¿para qué excitarse? Al terminar estas reuniones, le subía la fiebre; salía del estudio empapado en sudor, se desnudaba y se metía en la cama[35].

El dilema estaba en cómo reconciliar la proclamada necesidad de «democracia dentro del partido» con la prohibición de que se formaran fracciones y «agrupaciones fraccionales»; Trotski trataba de ampliar, y el triunvirato de limitar, el derecho de la oposición a concertar su campaña contra el comité central. Más tarde Stalin explicaría cínicamente la táctica empleada:

> El camarada Kámenev y yo planteamos de manera terminante la cuestión de las agrupaciones. El camarada Trotski protestó a manera de ultimátum, declarando que en tales circunstancias no votaría a favor de la resolución. Entonces, nosotros nos limitamos a hacer referencia a una parte de la resolución del décimo congreso, que sin duda Trotski no leyó en aquella oportunidad, en la cual se menciona no sólo que se prohíban las fracciones, sino también las agrupaciones[36].

En términos generales, el triunvirato estaba dispuesto a llegar a donde hiciera falta con tal de ponerse de acuerdo con Trotski en cuanto a la enunciación de los principios generales, siempre y cuando con ello se pudiera impedir que Trotski pasara a encabezar la oposición y a manifestarse en público contra el comité central. Trotski, acostumbrado a ver que las diferencias dentro del partido se planteaban y se resolvían a base de redactar resoluciones, daba a las victorias conseguidas sobre el papel un valor práctico que, en

[34] Stalin, *Sochineniya*, vi, 33, 224; en cuanto a los comités del Politburó, véase anteriormente p. 294.

[35] L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, 240.

[36] Stalin, *Sochineniya*, vi, 224. Respecto a la resolución del décimo congreso y a la definición del «fraccionalismo», véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 1, pp. 216-217; la resolución no prohibía los «grupos» ni las «agrupaciones» como tales, sino sólo «los grupos que se establecieran sobre la base de uno u otro programa». La distinción era bastante sutil e inaplicable en la práctica.

las nuevas condiciones de la jefatura del partido, brillaba por su ausencia [37].

La resolución preparada en esta ocasión por Stalin, Kámenev y Trotski era uno de esos compromisos a los que se llega porque las miras y los cálculos de las partes en conflicto se mueven a niveles diferentes, de manera que todos se pueden dar por contentos sin que exista contradicción aparente. Era un batiborrillo de ideas familiares, cuya clave estaba en la distribución de los énfasis; y, como es natural, según los intérpretes así eran los puntos que trataban de hacer destacar. El repaso de la situación económica no revelaba nada nuevo y terminaba haciendo ver «la importancia única del Gosplan, el estado mayor económico del Estado socialista». Al tratar del tema de los peligros que las contradicciones de la NEP suponían para el partido, la resolución presentaba una lista de «tendencias adversas» entre las que figuraban casi todos los puntos atacados por la oposición:

> El agudo contraste de la situación material de los miembros del partido relacionado con las diferencias de sus funciones, y los denominados «excesos»; el crecimiento de un nexo con elementos burgueses y la influencia ideológica de estos últimos; la cortedad de miras oficial, que no debiera confundirse con una necesaria especialización, y el debilitamiento consiguiente del nexo entre comunistas ocupados en diferentes clases de trabajo; el peligro de perder la perspectiva de la construcción socialista en su conjunto y de la revolución mundial; el peligro, observado ya por el congreso, de que bajo la NEP puedan degenerar parte de los comunistas que, por la naturaleza de sus funciones, trabajan en estrecho contacto con el medio burgués; la burocratización que se observa en los organismos del partido y que puede conducirle a un divorcio de las masas.

Sin embargo, la resolución era menos categórica a la hora de señalar remedios. Es verdad que exigía «un serio viraje en la marcha del partido para poder aplicar, verdadera y sistemáticamente, el

[37] La declaración en L. Trotski, *Stalin* (1946), p. 371 (un pasaje entre paréntesis rectangulares para indicar que el editor lo añadió al manuscrito de Trotski) de que «Trotski, que había estado enfermo desde principios de noviembre y no pudo, por lo tanto, participar en la discusión general, firmó la resolución con los demás miembros del Politburó» da una falsa impresión. Para Trotski la resolución era de grandísima importancia y la consideraba como un reconocimiento de su punto de vista; en el ardor de la controversia subsiguiente, Trotski dijo que la resolución iniciaba un cuarto periodo en la historia del partido, y que los anteriores fueron «antes de octubre», «octubre» y «después de octubre» (L. Trotski, *Novi Kurs* (1924), p. 9, en un artículo reproducido, que apareció por primera vez en *Pravda* del 29 de diciembre de 1923; véase más adelante p. 319). Seis meses después Trotski todavía consideraba que la resolución reflejaba lo esencial de lo que él quería, y en este sentido habló de la misma en el decimotercer congreso del partido (*Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 154).

principio de la democracia obrera». Pero en el asunto capital del control que ejercía la central respecto al nombramiento de secretarios locales, la resolución no se manifestaba con claridad. Recordaba que los estatutos del partido requerían que estos nombramientos fuesen confirmados por la suprema autoridad del partido; pero que ya era tiempo, «a la luz de la experiencia que ahora tenemos, en particular con respecto a las organizaciones de menor categoría» comprobar «la utilidad» de esta y de otras restricciones parecidas impuestas a la autonomía de las ramas locales. «En cualquier caso —concluía esta parte de la resolución—, no se puede permitir que el derecho a confirmar a los secretarios se convierta virtualmente en el derecho a nombrarlos en efectivo». Se necesitaba mucho optimismo para ver en estas frases ambiguas la decisión firme de reformar las prácticas ya establecidas. Además de la «democracia en el partido», había otro remedio al cual se refería la resolución en más de un párrafo: la vieja panacea del «ingreso en el partido de nuevos cuadros de trabajadores industriales»; era preciso equilibrar la preponderancia de «elementos no proletarios», atrayendo al partido más «trabajadores industriales procedentes del taller». Esto era pura doctrina del partido, que desde hacía muchos años merecía muchos elogios. Pero nadie hasta la fecha se había puesto a pensar con qué fines podría aplicarse esa doctrina.

Aparte de estos pronunciamientos con respecto a los principios de organización y estructura del partido, la resolución debía ser considerada como un fallo sobre la controversia reinante en el mismo. También sobre este particular era preciso interpretar el documento por deducción. Se condenaba, y se mencionaba por su nombre, a La Verdad Obrera y al Grupo de Trabajadores, pero no figuraba el nombre del programa de los 46. Sin embargo, la resolución citaba y ratificaba otra anterior del comité central, del 25 de octubre, que aprobaba «el camino seguido por el comité central respecto a la democracia interna del partido»; y como una de las principales miras de esta resolución, aprobada en ausencia de Trotski, fue la condena de los 46, se deducía claramente que también a ellos les afectaba la renovada censura contra las «agrupaciones fraccionales». De esta manera indirecta Trotski tuvo que pronunciar su fallo, en nombre de la lealtad al partido, contra quienes eran sus partidarios en potencia. Puede incluso alegarse que Trotski, al dar su consentimiento a la resolución del Politburó que condenó su carta del 8 de octubre, aceptaba la justicia de esta censura: era él, no sus colegas del Politburó, quien parecía haberse retirado de la posición que adoptara en octubre. La unidad quedaba restablecida entre los jefes; y mientras Trotski pensaba que ello se debía a que sus colegas acep-

taron sus puntos de vista, otros podían pensar, con la misma lógica, que Trotski se plegaba a la disciplina del partido y aceptaba en todo lo esencial el punto de vista de la mayoría. En cualquiera de los casos, era innegable que, una vez más, reinaba la unidad en el Politburó. La oposición quedaba condenada y aislada.

La resolución preparada por Trotski, Stalin y Kámenev fue aprobada por unanimidad en una sesión conjunta del Politburó y el presidium de la comisión central de control el 5 de diciembre de 1923 [38]. Los miembros del triunvirato pudieron exhalar un suspiro de alivio. El peligro de una división en la que Trotski encabezara a las masas del partido se pudo eludir una vez más.

[38] La resolución se publicó en *Pravda* del 7 de diciembre de 1923; desprovista de los dos primeros párrafos de la primera sección, que se referían exclusivamente a cuestiones económicas, fue adoptada como la resolución de la decimotercera conferencia del partido en cuanto a la estructura del mismo (*VKP(B) v Rezoliutsiyaj* [1941], i, 535-540); en cuanto a los dos párrafos omitidos véase *ibid.*, i, 622-623. La resolución apareció una vez más en su forma original en las actas del decimotercer congreso del partido (*Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1924], pp. 733-741).

Capítulo 13

LA CAMPAÑA CONTRA TROTSKI

El mes de diciembre de 1923 resultó ser decisivo en la crisis interna del partido. Trajo a la superficie todo el resquemor oculto y configuró lo que sería el partido a lo largo de los diez años siguientes. La cosa comenzó sin ruido. A la vista del acuerdo con Trotski, el triunvirato no tenía muchas ganas de nuevas iniciativas. El artículo de Zinóviev en *Pravda* del 1 de diciembre sobre la revolución alemana [1] no contenía ninguna alusión que pudiera interpretarse como un deseo de buscar camorra contra Trotski o Radek sobre ese tema. El mismo día Zinóviev dijo unas palabras anodinas ante la organización provincial del partido de Petrogrado, la cual aprobó una resolución, cuya frase clave repetía la fórmula al uso, sin intentar salvar la contradicción que la frase implicaba: «Es esencial la libertad de discusión dentro del partido sobre toda una serie de cuestiones; pero quedan excluidas las 'agrupaciones' y 'fracciones'» [2]. El 2 de diciembre aparecieron en *Pravda* las sentencias de expulsión o reprimenda de los comprometidos en el Grupo de Trabajadores [3]: con ellas se ponía de relieve la unidad de todos los jefes responsables del partido al condenar la oposición «fraccional» y al sostener la disci-

[1] Véase anteriormente, p. 236.
[2] El discurso y la resolución se publicaron en *Pravda* del 7 de diciembre de 1923.
[3] Véase anteriormente, pp. 293-294.

plina. Ese mismo día, que era domingo, Stalin habló en una reunión de miembros del partido en Krasnaya Presnia, establecimiento industrial situado en las afueras de Moscú. Tras advertir que no hablaba en nombre del comité central, cuyo comité, designado en septiembre, pronto informaría sobre la situación en el partido, Stalin lanzó una cautelosa advertencia contra el afán de llevar los principios demasiado lejos. Debía mantenerse la elección por votos de los secretarios provinciales y de otros comités del partido, pero era también importante mantener la regla que limitaba la elección a los que pasaran de cierto número de años de servicio. La discusión de las diferencias dentro del partido debía ser libre, pero no totalmente irrestricta; las funciones del partido no se constreñían tan sólo a formular opiniones, sino a ejecutar los programas de acción. En este punto Stalin salió en defensa de Trotski contra alguien que le había atribuido el comentario de que el partido era «una unión voluntaria de gentes con la misma idea». No creía Stalin que Trotski hubiera hecho semejante comentario, porque sabía que Trotski era «uno de los miembros del comité central que dan más importancia al aspecto del trabajo activo del partido» [4]. El discurso era significativo porque revelaba el interés de Stalin en no forzar las cosas y en no descubrir su juego antes de tiempo; se limitó a una serie de frases hechas que, si no arrojaban ninguna luz reveladora, tampoco ofendían a nadie en particular. Aunque en esta defensa de Trotski se pueda detectar cierto tono irónico, no deja de ser digna de nota pues es la última ocasión en que Stalin hablaba de Trotski sin abierta animosidad. El 5 de diciembre, *Pravda* publicó una nota, al parecer de un corresponsal de provincias, que se quejaba de que «la discusión de las cuestiones internas del partido ha cogido por sorpresa a las provincias» y añadía que la mayor parte de los miembros del partido no sabía qué pensar, temiendo «una conspiración de silencio». Al día siguiente, *Pravda* sacó un artículo de Trotski titulado «Sobre el eslabón (mejor dicho: sobre el eslabón y sobre los informes falsos)». Se trataba de una exposición de las opiniones de Lenin respecto al «eslabón» entre el proletariado y los campesinos y de un desmentido de los rumores (atribuidos oportunamente a los hombres de la NEP) que hablaban de divergencias entre Lenin y Trotski a este respecto; y repetía, como todo lo que escribió Trotski en esta época, que se necesitaba «tratar la cuestión del mercado, y, en general, todas las tareas económicas, con base en una planificación calculada» [5]. El artículo no provocó reacciones ni respuestas en los círculos del partido.

[4] Stalin, *Sochineniya,* v, 354-370; el discurso apareció por primera vez en *Pravda,* 6 de diciembre de 1923.

[5] El artículo se reprodujo en L. Trotski, *Novi Kurs* (1924), pp. 93-99.

Y al día siguiente, 7 de diciembre, apareció en *Pravda* la resolución del Politburó del 5 del mismo mes.

Esta resolución, a la que todos los interesados consideraban como medio de evitar o de demorar la división que amenazaba a la jefatura, surtió el efecto contrario. Resultó ser el último documento en el que el triunvirato y Trotski manifestaron, a pesar de todas las reservas, estar de acuerdo. No se sabe a ciencia cierta qué es lo que precipitó la ruptura. Cuando se ha preparado un golpe durante mucho tiempo, el momento de asestarlo depende frecuentemente de un temor repentino a las consecuencias que podría acarrear el dejarlo en suspenso por un tiempo más; ésta es quizá la explicación más plausible de lo que siguió. La ruptura se produjo por una carta que escribió Trotski el 8 de diciembre a una reunión del partido y en la cual se excusaba por no haber podido asistir a la misma. Esta carta, con una postdata, se publicó en *Pravda* del 11 de diciembre y en ella se comentaba la resolución del 5 de diciembre y se daba a la misma la interpretación que Trotski pensaba que tenía y se rechazaban otras interpretaciones posibles. La carta no era, como después se aseguró, un ataque deliberado contra el documento o contra otros miembros del Politburó y del comité central; reflejaba las opiniones que Trotski, como había creído ingenuamente, pensó que había conseguido que compartieran sus colegas. La intención de Trotski con esta carta era poner los puntos sobre las íes de la resolución y registrar su propia victoria. El documento, manifestaba Trotski, sólo recibiría críticas de los «camaradas de espíritu conservador que se sienten inclinados a conceder demasiada importancia al papel de la máquina y a quitársela a la independencia del partido». Como consecuencia de la resolución «el centro de gravedad, que se había desplazado erróneamente bajo la antigua política al lado de la máquina, debe ahora, bajo la nueva política, desplazarse al lado de la actividad, de la independencia crítica, de la administración llevada por el partido». Esto condujo a Trotski a emitir un comentario, que luego fue el más molesto. Dijo que la burocracia estaba encomendada, naturalmente, «a camaradas de mayor experiencia y de más largo servicio», pero que oprimía, sobre todo, a la nueva generación; y por este motivo «la juventud, el barómetro más seguro del partido, reacciona con mayor violencia contra la burocracia». Ya muchas veces la historia había sido testigo de la «transformación de una vieja guardia», es decir, de su caída en el «oportunismo»: buen ejemplo de ello eran los jefes socialdemócratas alemanes anteriores a 1914 [6].

[6] El ejemplo era familiar en la literatura del partido, y el propio Trotski lo usó para deducir la misma moraleja, antes de que se planteara esta crisis. El prefacio a una reciente edición alemana de algunos de sus artículos y discursos,

Algunos «representantes burocratizados de la máquina» incluso ahora podían estar dispuestos a «tomar nota» de la resolución, es decir, *«a aniquilarla burocráticamente»*. Tras lanzar esta advertencia, Trotski concluyó con una referencia a «los peligros del fraccionalismo». Pero hizo el distingo, en letra cursiva, de que *«la burocracia de la máquina es una de las causas principales de fraccionalismo»*. Al tratar del fraccionalismo, Trotski no era tan convincente como cuando arremetía contra la «máquina». Una postdata publicada junto con la carta, pero escrita después que esta última se leyese y discutiese en diversas reuniones del partido, trataba de rechazar la acusación de que existiera el propósito de enfrentar la nueva generación a la vieja guardia. Aclaraba también que la referencia a los socialdemócratas alemanes anteriores a 1914 no se hizo con el propósito de sugerir un paralelo preciso entre las dos épocas. Pero que era justo «llamar la atención sobre los peligros de la NEP, íntimamente relacionados con el carácter *prolongado* de la revolución internacional» [7]. Indudablemente la postdata no iba a tranquilizar a quienes ya se sintieron nerviosos con la carta original.

Al tiempo que circulaba la carta de Trotski, la oposición redobló sus esfuerzos en las reuniones del partido. Aunque todavía no se admitía que las opiniones de Trotski fueran las mismas de la oposición, los remedios que exigía esta última eran indicadores de los males que Trotski diagnosticaba. En este tiempo los más activos representantes de la oposición eran Preobrazhenski y Sapronov (parece ser que Piatakov no regresó de Alemania hasta mediados de diciembre). El 8 de diciembre, en una reunión comunista celebrada en un distrito industrial de Moscú, Preobrazhenski propuso una re-

de fecha 4 de mayo de 1923, se refería a la rápida degeneración de los socialdemócratas alemanes cuando no había a la vista perspectivas revolucionarias inmediatas, y continuaba: «Hasta cierto punto este peligro afecta también a nuestro propio partido en el país de la dictadura del proletariado. Nuestro trabajo ha de especializarse, por necesidad, y se pierde en detalles... El actual y largo periodo oculta en sí mismo la posibilidad de graves escisiones y profundos trastornos. Nuestra política sobria, cautelosa y calculadora debe preservar la posibilidad de realizar agudos virajes. De lo contrario, una nueva ola revolucionaria podría coger de sorpresa al partido comunista y hacerle perder el equilibrio. Y esto es casi seguro que equivaldría a una nueva derrota de la revolución» (L. Trotski, *Grundfragen der Revolution* [Hamburgo, 1923], prefacio).

[7] La carta y la postdata se reprodujeron en L. Trotski, *Novi Kurs* (1924), pp. 77-86. Al parecer, Trotski la envió a varias reuniones del partido, donde fue públicamente leída; la traducción que apareció en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 8, 21 de enero de 1924, pp. 69-71, se equivoca al describirla como dirigida al «pleno ampliado del comité central». Posteriormente se hizo referencia a la misma, pero en forma de artículo que, bajo el título *The New Course*, entregó Trotski a la colección que lo publicó.

solución que era típica del programa del campo opositor. En ella se pedía «la abolición de los nombramientos desde arriba como sistema»; «la práctica de elegir por votación a los integrantes de los órganos del partido y a los funcionarios responsables del aparato»; «la responsabilidad *de facto* de los órganos del partido ante las masas del mismo»; «una declaración concreta sobre el asunto de las fracciones»; «que se reserve a las células del partido, en primera instancia, la decisión de aplicar medidas disciplinarias a los miembros del partido»; y que «se elijan por votación los integrantes de todos aquellos órganos del partido que hasta la fecha vienen siendo nombrados desde arriba»[8]. Estas peticiones, por vagas que fueran algunas de ellas, estaban calculadas para atraerse a las filas del partido. Sin embargo, en su conjunto, eran confusas y la demanda de democracia en el partido tenía poco peso específico. Aparte de las medidas de discriminación y represión aplicadas por las autoridades del partido, dos defectos seguían conspirando contra el éxito de la oposición: falta de jefes y confiar en el descontento reinante contra la política del momento, en lugar de presentar un programa positivo de reformas.

Los miembros del triunvirato, que se enteraron del contenido de la carta de Trotski el 8 o el 9 de diciembre[9], no mostraron gran prisa en reaccionar y tampoco decidieron por el momento considerarla como una declaración de guerra contra la resolución del 5 de diciembre. El 11 de diciembre, el mismo día en que apareció en *Pravda* la carta de Trotski, se celebró una gran reunión de la organización comunista de Moscú en la cámara porticada de la Casa de los Sindicatos (la antigua Casa de la Nobleza), y el triunvirato, que intervino en ella, se encontró sin un plan de campaña coherente o preparado. Kámenev abrió el acto con una larga defensa, expuesta en tono moderado, del comité central y del «aparato»; se refirió a los ataques de Preobrazhenski, Sapronov y Smirnov, pero no mencionó a Trotski para nada. Sapronov, que encabezaba la oposición, no mostró la misma prudencia y rellenó su discurso con citas de la carta de Trotski. Luego tuvo lugar un debate general, con oradores a favor del comité central y a favor de la oposición en número bas-

[8] *Pravda,* 12 de diciembre de 1923; el mismo número informa de otras dos reuniones parecidas, en las que Sokólnikov y Kámenev respectivamente, defendieron la línea oficial. Es posible que fueran dos de las reuniones en las que se leyó la carta de Trotski del 8 de diciembre.

[9] Según una declaración emitida en la decimotercera conferencia del partido, Stalin se hallaba presente en una reunión el 8 de diciembre, y Zinóviev y Kámenev en otras el 9 de diciembre, en las cuales se leyó la carta (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], páginas 131-132).

tante equilibrado. Radek, que acababa de llegar de Alemania, trató de colocarse en el centro, pero el tono de su discurso era contrario a la jefatura. «El proletariado —dijo mordazmente—, que pasó por la guerra civil y se ha pasado ahora tres años estudiando marxismo, quiere discutir los asuntos del partido.» Lamentó que Trotski comparara a los viejos bolcheviques con los revisionistas alemanes, pero subrayó que Preobrazhenski y Smirnov opinaban igual que Trotski con respecto al Gosplan. Pensaba que por ambas partes se trataba de «enconar las cuestiones». Zinóviev llevó el debate a un plano más sensacional. Destacó que la mayor parte de los jefes de la oposición allí presentes (Preobrazhenski, Osinski, Radek, Piatakov y V. Smirnov, entre ellos) fueron comunistas de izquierda en 1918, y recordó un reciente (y al parecer inédito) discurso de Bujarin, en el que se describía cómo en la crisis de Brest-Litovsk la izquierda eserita se acercó a los comunistas de izquierda para proponerles el arresto de todo el Sovnarkom, «empezando por Lenin», y que los comunistas de izquierda investigaron seriamente la posibilidad de crear un nuevo Sovnarkom «con Piatakov al frente» [10]. Al hablar de Trotski, que en 1918 apoyó a Lenin contra los comunistas de la izquierda, fue mucho más circunspecto. Pero creía que la carta de Trotski «no presagiaba nada bueno» y dijo que «veremos cómo se desenvuelven las cosas». Añadió ominosamente: «Quienquiera que viole el acuerdo a que llegamos tendrá que responder ante todo el partido.» Preobrazhenski no mencionó a Trotski, pero lanzó un ataque directo contra «el triunvirato dirigente» del Politburó, al cual se refirió Stalin en el duodécimo congreso del partido [11]. Desde luego, el triunvirato no se basaba en la constitución del partido. Pero Preobrazhenski, al tratar de describirlo como una «fracción» ilegal, hablaba de cosas sin sentido. Yaroslavski, que era secretario de la comisión central de control y se empezaba a distinguir como el hombre de confianza de Stalin, fue el único que atacó directamente a Trotski, y lo acusó con dureza de tratar de destruir el «aparato» del partido. Pero las actas demuestran que esta parte de su discurso fue muy mal recibida y que la hostilidad del auditorio casi le obligó a callarse. Atacar abiertamente a Trotski en una reunión comunista era todavía arriesgado e impopular.

Kámenev terminó el debate con un discurso que revelaba con qué astucia reconocía la necesidad de andar con tiento. Las citas que hizo Sapronov de la carta de Trotski las aprovechó Kámenev

[10] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 1, pp. 204-205.
[11] Respecto a las palabras de Stalin, véase anteriormente, p. 284.

para su discurso. Era natural que Sapronov se declarara solidario de Trotski:

Suena bien decir: «Yo estoy de acuerdo con Trotski»... No dudo que Sapronov acepta las fórmulas de Trotski con el fin de derrotar al comité central, pero lo que no sé es si Trotski está de acuerdo con Sapronov.

Alentado por los aplausos que recibió en este punto, Kámenev pasó a lamentar con Radek que Trotski hubiera «comparado a los 'jefes de nuestro partido' con la degeneración de Bernstein, etc.» Insinuó que el artículo de Trotski encerraba peligrosas complicaciones y concluyó:

Es evidente que el artículo de Trotski precisa de aclaraciones y explicaciones, para que en las filas inferiores de los funcionarios del partido no surja la duda de si Trotski exige la destitución de los «hombres del aparato».

Seguidamente la reunión dio un anodino voto de confianza a la resolución del 5 de diciembre y a la unidad del partido. Preobrazhenski siguió en esta oportunidad la táctica de someter una resolución tan parecida a la línea oficial, que parecía difícil hallarle peros. Consideraba la resolución del 5 de diciembre como «un primer paso para llevar a la práctica las medidas que el partido necesitaba desde hacía mucho tiempo» y se refirió a la misma como «el nuevo curso de la política del partido». Con todo, fue rechazada por abrumadora mayoría [12]. En la conferencia del partido celebrada un mes más tarde, Stalin manifestó, hipócritamente, su sorpresa ante el hecho de que había sido rechazada la inocua resolución de Preobrazhenski [13].

Merece recordarse la reunión de Moscú del 11 de diciembre de 1923 por ser, posiblemente, la última vez que pudo celebrarse un debate público franco y divulgado en su totalidad, capaz de influir en la opinión dentro del partido. Se acercaba el momento decisivo. Indudablemente, los triunviros pasaron los dos o tres días siguien-

[12] Una versión literal, aunque sin duda resumida, de lo tratado en la reunión del 11 de diciembre apareció en *Pravda* del 13, 14, 15, 16 y 18 de diciembre de 1923. El discurso inaugural de Kámenev y el texto de las dos resoluciones aparecieron el 13 de diciembre; el discurso de Sapronov y el discurso final de Kámenev el 14 de diciembre; luego siguieron los otros discursos, probablemente en el mismo orden en que fueron pronunciados. Stalin no habló, aunque una referencia a la reunión que aparece en *Sochineniya,* vi, 12, implica que estuvo presente. Traducciones de los discursos de Kámenev y Zinóviev aparecieron en *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.° 7, 18 de enero de 1924, pp. 52-59, 63-68.

[13] Stalin, *Sochineniya,* vi, 12.

tes enfrascados en nerviosas deliberaciones. El 13 de diciembre la referencia de Radek al prestigio y a la popularidad de Trotski en los partidos comunistas extranjeros, pronto seguida por la carta del comité central polaco en apoyo de Trotski [14], inyectó en la situación un nuevo aspecto irritante y nuevos motivos de aprensión. El 14 de diciembre apareció otro cauteloso artículo de fondo en *Pravda,* en el que se rechazaba cualquier intento de meter una cuña entre las viejas y las nuevas generaciones, pero en el que no se mencionaba el nombre de Trotski [15]. Entonces, el 15 de diciembre, se abrió la ofensiva general. Ese día *Pravda* publicó un artículo de Stalin, el cual había guardado silencio desde su discurso del 2 de diciembre. Ahora Stalin sugería que la discusión estaba a punto de terminar con la completa derrota de la oposición, a la cual describía como «un bloque» compuesto de parte de los comunistas de izquierda (Preobrazhenski, Stukov, Piatakov, etc.) y de los denominados centristas democráticos (Rafail, Sapronov, etc.). Luego Stalin criticaba detalladamente un discurso de Rafail, que había comparado la disciplina del partido con la del ejército, y unos artículos de Preobrazhenski y Sapronov. Luego, en la parte final, que acaso fue añadida tras pensarlo mejor, Stalin se revolvía bruscamente contra Trotski, al que hasta entonces no había mencionado en el artículo. La carta de Trotski era tan sólo «un intento de debilitar la voluntad del partido, dispuesto a apoyar la actitud del comité central». Stalin citó las reflexiones de Trotski sobre la «transformación» de la vieja guardia bolchevique y descargó con pesada ironía lo que sería de aquí en adelante uno de sus temas favoritos: la hueca pretensión de Trotski de ser considerado como viejo bolchevique:

> En primer lugar he de explicar un posible malentendido. El camarada Trotski, como demuestra su carta, se cuenta entre los bolcheviques de la vieja guardia y, por lo tanto, todos los cargos que se puedan lanzar contra ella, si es que de verdad sufre una transformación, afectan al propio Trotski. Hay que reconocer que esta disposición a sacrificarse es, sin duda, una característica encomiable. Pero yo tengo que defender al camarada Trotski contra sí mismo, porque ni puede ni debe, por razones obvias, ser responsable de las transformaciones posibles en los cuadros básicos de la vieja guardia bolchevique. El sacrificio es, desde luego, una cosa bonita, pero ¿lo necesitan los viejos bolcheviques? Yo creo que no.

Stalin defendía a los viejos bolcheviques contra las acusaciones de que degeneraban: el peligro de una transformación venía más

[14] Véase anteriormente, p. 237.

[15] Este artículo se atribuye, sin duda con razón, a Bujarin, entonces director de *Pravda,* en *Diskussiya 1923 Goda,* ed. K. A. Popov (1927), p. 97.

bien de «los mencheviques que entraron *de mala gana* en nuestro partido y no han sabido desprenderse todavía de su viejo oportunismo». Una vez más la alusión a Trotski era disimulada, pero palpable. Stalin aseguraba que «la unidad de viejos y jóvenes», que Trotski había tratado de socavar, constituía «la fuerza básica de nuestra revolución». Al final, tras insinuar que la carta de Trotski era «diplomática» y «con dos caras», Stalin dio su veredicto en una sola frase:

> El camarada Trotski forma bloque con los centristas democráticos y con parte de los comunistas de la izquierda: ése es el significado político de la acción del camarada Trotski [16].

En estas pocas líneas está en embrión casi todo lo que Stalin diría o escribiría de Trotski en los cuatro años siguientes.

El mismo número de *Pravda* que llevaba el artículo de Stalin publicó una nota firmada por éste en su carácter de secretario del comité central en la que invitaba a los miembros del partido a que «en todos los rincones de la URSS» organizaran discusiones sobre la situación del mismo, «pero, sin embargo, no hasta el extremo de formar agrupaciones, que están prohibidas por el décimo congreso del partido». El periódico contenía también la noticia de las conclusiones a que llegó la oposición en una conferencia local y las cuales, según una breve nota editorial añadida a la noticia, «estaban compuestas a base de citas sacadas de la carta del camarada Trotski» y eran «un ejemplo de cómo se utilizaba esa carta para fines fraccionales». En la noche de esa misma fecha, Zinóviev, animado sin duda por el gesto de Stalin de enfrentarse al fin públicamente contra Trotski, inició su campaña en una gran reunión de trabajadores del partido en Petrogrado. Comenzó por mostrar su disconformidad con Preobrazhenski respecto a la conveniencia de las «agrupaciones fraccionales». Señaló que cincuenta y cinco miembros, o candidatos miembros, del comité central apoyaban a la mayoría, y sólo tres a la oposición. Entonces Zinóviev descubrió su artillería. «Me es muy desagradable disputar con el camarada Trotski en su ausencia, pero, desgraciadamente, al camarada Trotski no le fue posible venir.» Atacó, valiéndose de las conocidas citas de Lenin, al grupo partidario del «centralismo democrático». Sobre este punto, Trotski «no habló con claridad» al principio; pero cuando vio que el comité central estaba decidido a emprender una acción contra «sus actuales aliados del centro democrático», Trotski «abandonó su reserva» y escribió su carta sobre «los nuevos derroteros». Tras llegar a tales extremos,

[16] Stalin, *Sochineniya,* v, 383-387.

Zinóviev se echó un poco atrás y presentó su acusación en términos más defendibles:

La actitud del camarada Trotski es extremadamente confusa; pero nosotros, la mayoría del comité central, vemos muy claro que, en vez de apoyar, contradice a la actitud del comité central y a la de su resolución aprobada por unanimidad.

Acto seguido, Zinóviev escarbó en el pasado. «Ustedes ya saben que el 'trotskismo' —y por primera vez hizo su aparición esta palabra— representa cierta tendencia del movimiento obrero ruso.» Se refirió muy por encima al poco interés que Trotski mostraba por los campesinos —este tema todavía no estaba debidamente elaborado— y pasó a tratar con detalle el viejo concepto de Trotski de que el partido debe ser «un conglomerado de fracciones y tendencias individuales». Los ataques de Trotski contra el aparato del partido y contra la vieja guardia se inspiraban en conceptos que eran la antítesis del bolchevismo. Zinóviev, como asustado de su audacia, se retiró de nuevo a terreno más seguro: «Sea como fuere, la colaboración del camarada Trotski en el Politburó y en otros organismos es indispensable.» Pero de manera tímida y cautelosa se empezaba a levantar, junto con el nuevo y sacrosanto canon del «leninismo», la nueva y satánica doctrina del «trotskismo».

La oratoria de Zinóviev, cuando no pasaba por la prueba de la letra impresa, era siempre efectiva. Un largo documento en forma de «carta a todos los miembros del partido» emitido por la organización comunista de Petrogrado fue aprobado, contra sólo cinco noes y siete abstenciones, en una reunión de tres mil personas. En el documento se acusaba a Trotski de violar el acuerdo unánime del Politburó, acuerdo que unos días antes suscribió Trotski hipócritamente [17]. Reuniones parecidas se organizaron por todo el país; y desde el 16 de diciembre *Pravda* comenzó a publicar noticias en las que se daba cuenta de actos similares en muchos centros; en casi todos se expresaba confianza en el comité central por mayorías abrumadoras y se rechazaban las mociones de apoyo a Trotski y a la oposición. Esta misma técnica fue la que utilizó Stalin tres años an-

[17] La resolución se publicó en *Pravda* del 18 de diciembre de 1923; el discurso de Zinóviev, en *Pravda* del 20 y 21 de diciembre; ninguno de los demás discursos pronunciados en esta reunión se reprodujo en *Pravda,* lo que constituía un significativo cambio con respecto a la atención que se dedicó a la reunión de Moscú del 11 de diciembre. En *Internationale Presse-Korrespondenz,* n.º 8, del 21 de enero de 1924, pp. 69-82, aparecieron la traducción de la carta de Trotski del 8 de diciembre con su postdata, la del artículo de Stalin del 15 de diciembre y la del discurso de Zinóviev del mismo día.

tes en la controversia sindical[18]. Al día siguiente el Politburó, en ausencia de Trotski, aprobó una resolución cuyo cauteloso texto ponía de manifiesto el respeto que aún imponía Trotski entre los líderes. En ella se declaraba que la carta de Trotski (a la que aquí se le daba el nombre de artículo) había sido «utilizada por la oposición para agravar más la lucha interna» y que, por fuerza, tuvo que suscitar las objeciones «tanto del órgano del comité central (*Pravda*) como de los miembros individuales del comité central (artículo del camarada Stalin)». Pero era una «ruindad» pensar que hubiera un solo miembro del comité o del Politburó «capaz de imaginarse el trabajo del Politburó, del comité central o de los organismos del poder estatal, sin la participación activa del camarada Trotski». El Politburó consideraba que era absolutamente esencial «el trabajo amistoso y en común con el camarada Trotski». Por una coincidencia, el número de *Pravda* que publicó esta resolución[19] llevaba también la carta, de un solo párrafo, de Trotski, en la que se negaba a responder en letras de molde a las acusaciones de que era objeto.

Sin embargo, se aproximaba el fin de la fase de la lucha en la que las columnas de *Pravda* constituían el principal campo de batalla de los contendientes. La nueva fase, que se inició el 15 de diciembre con la apertura de la campaña directa contra Trotski, vio un cambio significativo en la política y en la dirección del diario del partido. Tras el anuncio del 7 de noviembre de 1923, de que las columnas de *Pravda* podían utilizarse para las discusiones del partido, aparecieron en la sección del periódico titulada «La vida del partido» muchos artículos en los que se criticaba al comité central. Esta sección estaba a cargo de un joven de veintitrés años llamado Konstantinov, comunista con seis años en el partido. A primeros de diciembre, Zinóviev, alarmado por el gran número de tales ataques[20], exigió que se le mostrara la carpeta de los artículos inéditos, y de ellos eligió cuatro, cuya publicación pidió. El acomodaticio Bujarin, director responsable de *Pravda,* no puso objeciones. Pero Konstantinov declaró que esta exigencia era un acto de «presión» contrario a la democracia en el partido aprobada en la resolución del 5 de diciembre y dimitió cuando fue publicado uno de los artículos. Le sustituyó su ayudante Vigilianski, de veinte años[21]. Sin embargo, la

[18] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 2, nota 247 p. 235.

[19] *Pravda,* 18 de diciembre de 1923; la resolución se reprodujo en *Diskussiya 1923 Goda,* ed. K. A. Popov (1927), pp. 25-26.

[20] Se declaró más tarde que el 44 % de los artículos publicados en *Pravda* procedían de la oposición (resolución del presidium de la comisión central de control del 7 de enero de 1924, citada en *Diskussiya 1923 Goda,* ed. K. A. Popov [1927], p. 44). Lo que no está claro es a qué periodo se refiere esa cifra.

[21] Parece que él fue el autor de un artículo en el que se defendía la

directiva del periódico decidió que Vigilianski era demasiado joven para un cargo tan delicado y colocó por encima de él a un miembro de confianza del partido. Entonces Vigilianski se marchó con permiso y no regresó más. Estos sucesos, que coincidieron con la apertura de la gran campaña contra Trotski y la oposición, se comentaron por una parte como prueba de que Konstantinov y Vigilianski trabajaron por hacer de *Pravda* un instrumento de la oposición, y por la otra, como prueba de que *Pravda* dejaba ahora de ser imparcial [22].

Por consiguiente, desde este momento quedó tácitamente sin efecto la excepcional concesión anunciada el 7 de noviembre. Desde mediados de diciembre, *Pravda* reasumió su carácter normal de órgano del comité central; y al progresar la campaña, haciéndose más enconada, sólo otros pocos artículos de la oposición se admitieron en sus columnas, tras tomarse con respecto a ellos precauciones especiales. La respuesta de Rafail al artículo de Stalin del 15 de diciembre y una corta nota de Sapronov salieron en los números del 22 y 23 de diciembre, pero en cada caso iban entre otros artículos que defendían al comité central. Trotski expuso sus opiniones en dos artículos, «Sobre las agrupaciones y las formaciones fraccionales» y «El tema de las generaciones en el partido», que aparecieron el 28 y el 29 de diciembre. El segundo artículo, que fue escrito el primero [23], no repetía el panegírico de la joven generación que tanto molestó en su carta del 8 de diciembre, sino que desplazó su velado ataque contra la vieja guardia dirigiéndolo hacia un objetivo un tanto diferente pero relacionado con ella: el poder que ejercía el aparato del partido. La reciente crisis había revelado «hasta qué extremo vive el partido en dos niveles distintos: en el superior, decide; en el inferior, se entera de las decisiones que se toman». La vieja generación estaba «acostumbrada a pensar y a decidir por el partido»; y «algunos camaradas» no se habían dado cuenta, «sinceramente, del peligro burocrático, aunque ellos mismos eran los portadores del mismo». El artículo «Sobre las agrupaciones y las formaciones

libertad de discusión y que apareció en *Pravda* del 27 de noviembre de 1923 suscrito por «N. Vigilianski».

[22] El informe de la comisión central de control, del que se toman estos extremos, se cita en *Diskussiya 1923 Goda,* ed., K. A. Popov (1927), pp. 45-46; es lógico pensar que se tratara de la manera más desfavorable el asunto de los dos jóvenes.

[23] En una nota que añadió al segundo artículo, Trotski explicó que tenía la intención de que hubiera aparecido en primer lugar el 25 de diciembre; cuando se demoró su publicación, entonces cambió el orden de su aparición. Ambos artículos se reprodujeron en L. Trotski, *Novi Kurs* (1924), pp. 7-14, 22-31.

fraccionales» admitía que «algunos partidarios del viejo curso» habían votado por la resolución del 5 de diciembre «convencidos de que todo seguiría igual que antes». Pero esto era eludir el problema: «declarar que las agrupaciones y las fracciones son malas no es la mejor manera, ni mucho menos, de impedir automáticamente que se formen». Tampoco el artículo conseguía resolver la contradicción inherente entre el derecho de discutir libremente en el partido y la prohibición de establecer agrupaciones fraccionales; ni tampoco la referencia al «peligro del *fraccionalismo burocrático-conservador*» aclaraba las cosas.

Para hacer frente a cualquier efecto que los artículos de Trotski pudieran producir entre los lectores de *Pravda*, a esos artículos acompañaban las dos primeras partes de otro de Bujarin, pero sin firma, titulado «Abajo el fraccionalismo», que era «la respuesta del órgano central» a sus críticos y que fue apareciendo en cinco números seguidos de *Pravda* [24]. Era el primer ensayo sistemático que ahondaba, en una explotación descarada del tema, en las diferencias que hubo en el pasado entre Lenin y Trotski y que luego constituirían uno de los mayores argumentos utilizados en la campaña contra él. En su último artículo, Trotski había pedido a sus colegas «que intentaran comprender los puntos de vista de unos y otros» y que luego «se acaloraran». Fue Trotski, replicó Bujarin, el culpable de «acaloramiento fraccional». Tres años antes Lenin dijo por escrito de Trotski, con motivo de la controversia sindicalista que se produjo en aquellas fechas, que «un miembro, de los 19 del comité central, que forma un grupo fuera del mismo, se presenta con la 'obra colectiva' de este grupo a manera de 'programa' e invita al congreso 'a que elija entre *dos* tendencias'» [25]. Ahora la historia se volvía a

[24] *Pravda*, 28, 29 y 30 de diciembre de 1923 y 1 y 4 de enero de 1924. Parece que la identidad de su autor era un secreto a voces. Stalin se refirió a este artículo un mes más tarde en el discurso que pronunció en la decimotercera conferencia del partido (Stalin, *Sochineniya*, vi, 38). Una traducción apareció en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 13, del 28 de enero de 1924, pp. 128-138. Puede decirse que este artículo marca la definitiva adhesión de Bujarin a la política del triunvirato. Entre los miembros del Politburó, él fue el único que siguió una línea independiente con respecto a la cuestión de Georgia (véase anteriormente, p. 281); al comienzo de la discusión sobre la democracia en el partido, Bujarin pronunció un discurso en el que se quejó de que las votaciones en las reuniones locales de Moscú se hubieran convertido en una farsa y que «las elecciones para las organizaciones del partido han pasado a ser elecciones entre comillas»: parece ser que este discurso no se publicó, pero Trotski lo citó en mayo de 1924 en el decimotercer congreso del partido (*Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 155-156).

[25] Este pasaje es una cita de Lenin, *Sochineniya*, xxvi, 114; unas lí-

repetir. «En las cuestiones de la *política interna* del partido, la fracción de Trotski, Sapronov y Preobrazhenski, quiérase o no, *se aparta del leninismo*.» Siempre fue el bolchevismo el defensor de una rígida disciplina dentro del partido, mientras que el menchevismo se contentaba con la «libertad de opinar», la «libertad de agruparse», la «libertad de seguir tendencias». La alusión a las antiguas simpatías mencheviques de Trotski no pasó más allá. Pero no ocurrió así al tratar el artículo sobre la historia del partido desde 1917. El partido, escribía Bujarin, ha pasado por tres crisis graves: la de Brest-Litovsk, la de los sindicatos de 1920-1921 y la actual. En todas ellas Trotski se empeñó en dar soluciones que no estaban de acuerdo con la realidad. En la controversia de Brest-Litovsk se asoció con los comunistas de la izquierda, que abogaban por una «guerra revolucionaria» o «por la fórmula hueca de: ni paz ni guerra». En la controversia sindicalista, Trotski no llegó a comprender la «psicología colectiva» de los campesinos, que pedían que «se les liberara de los grilletes del comunismo de guerra» [26]. Ahora exhibía la misma predilección utópica y parcial por la planificación y por la «dictadura de la industria». Estas consideraciones se ofrecían como prueba de cómo Trotski «se desviaba del leninismo». La llamada de Trotski a la joven generación contra la degeneración potencial de la vieja guardia fue rebatida con más efectividad mediante la cita de un discurso que el propio Trotski pronunciara en el undécimo congreso del partido y en el que dijo que a la juventud «le falta experiencia en la lucha de clases que dio vida y fortaleció al partido» y que «al joven trabajador le faltan las bases de la experiencia de clase, de la lucha». Pero en el artículo de Bujarin, dominaba más la parcialidad de los juicios que la razón de los argumentos.

Al comenzar el año, Trotski, Radek y Piatakov protestaron con energía por el cambio de actitud de *Pravda* [27]. En un memorándum que trataba de «el régimen de imposturas que prevalece en la sección de *Pravda* reservada al partido», exigían que se destituyera a dos empleados del periódico, Nazaretian y Sapronov, y que el Politburó designara un comité que investigara sus aseveraciones e

neas más abajo se denuncia al propio Bujarin como «cómplice del peor y más nocivo de los fraccionalismos».

[26] Estas tergiversaciones de la postura de Trotski tienen su especial sabor cuando se recuerda la actitud de Bujarin con respecto a esas dos cuestiones (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 233-239; vol. 3, pp. 50-55).

[27] Su colaboración en este asunto probablemente precedió a sus tesis conjuntas dirigidas al IKKI sobre el futuro del KPD (véase anteriormente, p. 239); pero no se puede precisar con exactitud.

informara sobre las mismas antes de veinticuatro horas [28]. Parece que se estableció ese comité. Pero se puede juzgar la naturaleza de su informe por una resolución del presidium de la comisión central de control del 7 de enero de 1924, la cual, tras censurar la conducta de Konstantinov y Vigilianski, explicaba que «el órgano del comité central está obligado a seguir la línea, perfectamente definida, de dicho comité». La reunión del pleno de la comisión de control celebrada a los pocos días confirmó estos sentimientos [29]; y la decimotercera conferencia del partido, con tres votos en contra, felicitó a *Pravda* por haber asumido «una postura de militancia bolchevique al defender con tesón las ideas fundamentales del leninismo a lo largo de las discusiones» [30]. La crisis del partido registrada en noviembre y diciembre de 1923 fue la última ocasión en que *Pravda* sirvió de foro abierto para que grupos en conflicto dentro del partido expusieran sus opiniones en controversia. En lo sucesivo *Pravda* se limitó a reflejar la voz oficial del comité central o del Politburó.

La historia de la grave crisis que se materializó en las últimas semanas de la vida de Lenin contiene todavía muchos elementos oscuros. Los acontecimientos públicos están bien documentados. Pero ya no son tantas las pruebas sobre las que hacer un cálculo fidedigno de las fuerzas en juego. En el otoño de 1923, en un momento grave de crisis económica y con el partido desorganizado por la confusión y la incertidumbre que acarreaba la prolongada enfermedad de Lenin, la oposición pudo polarizar en torno una masa de descontentos, fuerte pero sin forma muy concreta, contra una jefatura poco acertada. Cualquier cosa que las filas del partido quisieran, sólo podría conseguirse a base de que cambiara la dirección. Esta postura esencialmente negativa, en la que la oposición confiaba, constituyó a la larga una de las causas de su debilitamiento. Pero por el momento los síntomas eran lo bastante alarmantes como para alterar a los líderes, celosos de su supremacía. «Fue una lucha —exclamaría Stalin más tarde— de vida o muerte para el partido» [31]. Rikov, ciñéndose más a la realidad, dijo que la lucha «llevó a la organización de Moscú al borde mismo de la división» [32]. Como la prensa del partido

[28] Algunas citas procedentes del memorándum figuran en *Sotsialisticheski Vestnik* (Berlín), n.° 11, 28 de mayo de 1924, p. 8; el texto completo no se ha publicado.

[29] Ambas re oluciones se citan en *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), p. 191.

[30] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 218.

[31] Stalin, *Sochineniya*, vi, 253.

[32] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 91.

destacaba sólo los resultados favorables a la línea oficial, es difícil calibrar el grado de simpatía que disfrutaba la oposición. Pero hay constancia de que en una asamblea del partido celebrada en la región de Moscú, Kámenev, que habló en nombre del comité central, logró sólo seis votos contra una abrumadora mayoría de los partidarios de la oposición; por su parte, Rikov admitía que tanto Piatakov como otros portavoces de la oposición obtenían «frecuentemente» la mayoría en las reuniones del partido [33]. Tampoco era fácil calcular la verdadera fuerza de la oposición con arreglo al número de votos, porque el temor a las represalias, justificado o no, operaba sin duda como factor inhibitorio, especialmente en las últimas fases de las discusiones. En una situación así planteada, no era extraño que la actitud del triunvirato fuera la de impedir a toda costa que Trotski, el formidable líder, arrastrara a la gente contra el trío.

Posteriormente, en la resolución de la decimotercera conferencia del partido, se expresaba que la campaña de la oposición fue particularmente activa en las células del ejército y en las instituciones de educación superior [34]; y hay pruebas de que el triunvirato se sentía preocupado en especial por estos dos sectores. El prestigio de Trotski como comisario del pueblo para la Guerra era grande en el Ejército Rojo y en la administración militar. Ni siquiera sus más encarnizados enemigos llegaron a insinuar que Trotski quisiera explotar este prestigio en la lucha del partido. Pero dos signatarios del programa de los 46 —Antonov-Ovseenko, jefe de la administración política del Ejército Rojo [35], e I. N. Smirnov, miembro destacado de la administración— fueron menos cautos. A Antonov-Ovseenko se le acusó de haber organizado reuniones de miembros del partido de las academias militares para discutir de política, sin el conocimiento ni la autorización del comité central; de haber enviado el 24 de diciembre de 1923 a las células de las unidades militares una circular sobre la democracia interna del partido, haciendo caso omiso de la orden de la secretaría del partido de someter anticipadamente tales documentos

[33] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 108.

[34] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 541.

[35] Antonov-Ovseenko fue un oficial zarista que desertó después de 1905 para adherirse al partido socialdemócrata ruso, a su ala menchevique. En 1915 fue el principal promotor del periódico pacifista de París *Nashe Slovo*, en el que colaboraron Trotski y Mártov. En 1917, tras afiliarse con Trotski al partido bolchevique, se convirtió en miembro del comité revolucionario del Soviet de Petrogrado y tuvo una intervención muy destacada en la Revolución de Octubre: él mismo mandaba el destacamento que tomó el Palacio de Invierno. En octubre de 1923 suscribió el programa de los 46 y en los dos años siguientes fue probablemente, después de Rakovski, el más íntimo colaborador de Trotski.

al comité central; y de haber escrito, cuando se le llamó al orden por estos casos de insubordinación, una carta insultante en la que acusaba al comité central de «realizar ataques desvergonzados y sin conciencia contra una persona que a los ojos de las masas es el jefe, el organizador y el inspirador de la revolución victoriosa». No es extraño que el Orgburó destituyera de su cargo a Antonov-Ovseenko. Y parece que fue el primer caso en que se aplicaron sanciones disciplinarias abiertas contra uno de los 46. En cuanto a Smirnov sólo queda constancia de que fomentó el antagonismo contra el comité central en las células del Ejército Rojo y de que luego alardeó que las células, en sus dos terceras partes, apoyaban a la oposición. Por el momento, le dejaron tranquilo [36].

El otro foco principal de peligro era la masa estudiantil de las instituciones técnicas y de las universidades, cuya juventud y entusiasmo podían fácilmente volcarse del lado de la oposición. *Pravda* del 10 de diciembre de 1923 informó de una serie de reuniones celebradas por cuatrocientos jóvenes miembros del partido que estudiaban en la escuela preparatoria del Comisariado del Pueblo para Comunicaciones. Según el periódico, en esas reuniones se dijo, en medio de la aprobación general, que el Gosplan realizaba una política de capitulación ante los hombres de la NEP; que el partido lo formaban 40.000 miembros con martillos y 400.000 con carteras; que el comité central había llevado al partido a la clandestinidad; y que la jefatura no valía para nada puesto que «el Politburó está dividido hasta en cuestiones tales como la revolución alemana». Si tales sentimientos eran típicos del cuerpo estudiantil de la capital [37] no es extraño que provocara tanta alarma la repentina llamada de Trotski a la joven generación, «el barómetro más seguro del partido», como salvaguardia contra los abusos de la burocracia y contra la degeneración de la vieja guardia.

No cabe —Trotski había escrito— que la juventud repita nuestras fórmulas. La juventud debe adoptar sus propias fórmulas revolucionarias luchando, debe convertirlas en carne y hueso, elaborar sus propias opiniones, su propio frente y ser capaz de pelear por sus propias opiniones con el valor que

[36] Respecto a estas acusaciones, las fuentes se hallan en una resolución de la comisión central de control del 12-13 de enero de 1924 (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], y en los discursos de Yaroslavski y Stalin en la decimotercera conferencia del partido (*ibid.*, pp. 123-124; Stalin, *Sochineniya*, vi, 42-43).

[37] Yaroslavski reconoció en la decimotercera conferencia del partido que una mayoría de las células en las instituciones de educación superior había votado por la oposición (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 126); Zinóviev hizo la misma admisión en un artículo que reprodujo *Partiya i Vospitanie Smeny* (1924), pp. 10-11.

nace de la convicción sincera y de la independencia de carácter. La obediencia pasiva, la uniformidad mecánica bajo las órdenes, la falta de individualidad, la sumisión, el oportunismo... todo eso está de más en el partido [38].

En el ambiente del momento, aquellas palabras sólo podían interpretarse como una incitación a la juventud para que desafiara los edictos del comité central. No eran fáciles de hallar las armas defensivas. En *Pravda* del 1 de enero de 1924, nueve miembros de los comités centrales de la Komsomol y de la Juventud Comunista Internacional publicaron un artículo en el que acusaban a Trotski de «coger por los pelos la cuestión de la juventud» y reproducían las palabras de Lenin de que «no debemos adular a los jóvenes» ni esperar de ellos «firmeza y claridad teóricas». Dos días más tarde Krúpskaya, en un artículo que acentuaba la necesidad de reclutar más trabajadores para el partido, añadía que Trotski se olvidaba de este extremo «al pedir que el partido tome el camino de la juventud». Pero todo esto no significaba gran cosa, y un grupo de ocho miembros de la Komsomol (entre ellos dos de su comité ejecutivo) contestó al artículo de los nueve en una declaración que envió a Trotski y que éste publicó; en ella se defendía a Trotski contra las acusaciones de que adulaba a la juventud y de que atacaba a la vieja guardia [39]. El orden no se restableció hasta que una mayoría de los miembros del comité central de la Komsomol —quince en total— fueron destituidos y enviados a a provincias; sin embargo, el descontento perturbó durante bastante tiempo la vida de la organización, en especial en su rama de Petrogrado [40].

Donde menos éxito tuvo la oposición fue entre las filas de los trabajadores industriales, pues aunque defendía los intereses de la industria, esta defensa iba más en favor de los técnicos y de los gerentes que de los proletarios del ramo. Su llamada ideológica a favor de la democracia en el partido era una tradición occidental que sólo atraía a una minoría, cada vez más reducida, de los intelectuales del partido. En su programa político y económico no había nada que despertara el entusiasmo de los obreros ni nada que apoyara a sus intereses inmediatos; no se hizo nada para adecuar el programa de la oposición a los motivos de queja de los trabajadores industriales. Los más distinguidos de dicha oposición carecían por completo de condiciones demagógicas y los jefes del partido no tuvieron que esfor-

[38] L. Trotski, *Novi Kurs* (1924), pp. 81-82.
[39] *Ibid.*, pp. 100-104.
[40] *XIV Sjezd Vsesoyuznoi Kommunisticheskoi Parti (B)* [1926], pp. 459-460, 526.

zarse mucho para crear la impresión de que sus oponentes eran políticos banderizos, sin un programa práctico, deseosos tan sólo de buscar camorra con la autoridad y de blandir la bandera de la democracia movidos por sus frustraciones y ambiciones. «Los trabajadores me preguntarán —gritó un obrero ferroviario en una asamblea celebrada el 11 de diciembre en Moscú— qué diferencias básicas hay entre vosotros; y, a decir verdad, no sabré qué contestar.» [41] En Moscú, en una época en que la mayoría de los estudiantes del partido votaban con la oposición, ésta sólo podía conseguir el apoyo de 67 células de trabajadores industriales, de un total de 346 [42]. Sin duda era en parte cierto el alegato de que los trabajadores temían ponerse del lado de la oposición por miedo a perder el trabajo, pero es indudable que Larin tenía razón al asegurar que la oposición se apoyaba más bien en los elementos no proletarios del partido [43]. Un sindicalista disidente, delegado al decimotercer congreso del partido y obrero del transporte, denunció la política oficial de salarios y, sin embargo, intervino con energía y acritud contra Trotski [44]. Mientras se dice, y con razón, que la derrota de la oposición hay que atribuirla al extraordinario talento organizador de Stalin, es todavía más cierto que estaba condenada al fracaso porque carecía dentro del partido de una fuerte base social y económica y porque, sobre todo, ni se atrevía ni podía identificarse con la causa del proletariado industrial. En parte, el propio Trotski tiene la culpa del fracaso porque su política de militarización del trabajo y de «estatización» de los sindicatos había contribuido, más que otra medida cualquiera, a que se acusara a la dictadura del proletariado de haberse convertido en una dictadura contra el proletariado; de esta manera, era imposible que las fuerzas proletarias le acompañaran en la crisis del partido. Por esta paradoja era Trotski tan vulnerable a la acusación de inconsistencia en su nuevo papel de campeón de la democracia dentro del partido [45]. Pero las verdaderas causas del fracaso eran otras. La pequeña sección del proletariado, enérgica y con desarrollada conciencia de clase, que actuó como punta de lanza de la revolución en Petrogrado y en Moscú movilizó con su entusiasmo a las masas de campesinos semianalfabetos y semiproletarizados que constituían la mayor parte de los trabajadores fabriles. Tras el des-

[41] *Pravda*, 18 de diciembre de 1923.

[42] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 134.

[43] *Ibid.*, p. 67.

[44] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 172, 174-175.

[45] Véase más adelante, p. 335.

encanto, el hambre y la desorganización, el propio proletariado comenzó a desintegrarse. Huyó de las ciudades y de los talleres, y el estancamiento de la industria trajo consigo algo más que el desastre económico, pues alteró el equilibrio de las fuerzas sociales y políticas que hicieron la revolución. El establecimiento de la NEP detuvo e invirtió el proceso de la decadencia económica, pero todavía no afectaba a las consecuencias políticas que emanaban de ella. El fracaso de la oposición a apoyarse en el proletariado revelaba la debilidad, no sólo de la oposición, sino del mismo proletariado. Era un nuevo ejemplo trágico del dilema de edificar el socialismo en un país en el que aún faltaban los requisitos políticos de la democracia.

Desde mediados de diciembre de 1923 se hicieron preparativos para la conferencia general del partido que debía reunirse a mediados de enero. La precedieron otras reuniones importantes en Moscú, en las cuales dominó el tema de la lucha contra la oposición. El 6 de enero de 1924, el presidium del IKKI inauguró sus sesiones y escuchó una larga exposición de Zinóviev sobre las disensiones existentes en el partido ruso. Buena parte del discurso de Zinóviev estaba dedicado a tratar de destruir, sin contemplaciones, el prestigio y la popularidad de Trotski en los partidos comunistas extranjeros, cosa que había llegado a preocupar seriamente a los líderes rusos. Zinóviev comenzó defendiendo la prohibición de formar fracciones como elemento esencial de la tradición bolchevique y alabando al aparato del partido (al cual criticaban los campeones de la democracia) como «instrumento de hierro» que garantizaba la unidad del partido. Rechazó el intento de Trotski de enfrentar a la generación joven contra la vieja y de culpar de degeneración a la vieja guardia bolchevique. Seguidamente se refirió a las críticas económicas formuladas por Trotski y aludió, con una indirecta, a que éste se desentendía de la suerte de los campesinos:

> Trotski no comprende cuáles son las verdaderas interconexiones económicas de Rusia: nunca lo comprendió. Y éste es un factor psicológico que no podemos pasar por alto.

Incluso la debilidad de Trotski por la planificación era síntoma de simpatías burguesas; el Gosplan estaba constituido por «trescientos profesores y especialistas, antes ocupados en asuntos económicos, cuya experiencia y conocimientos nos son muy útiles, pero que sin embargo son, en gran parte, elementos de la burguesía». Pasó revista a la carrera de Trotski, presentándola bajo una luz desfavorable. Recordó su oposición a Lenin antes de 1914 y luego en Brest-Litovsk

y en la controversia sindical de 1920-1921. Trotski «se desentendía de las necesidades de la agricultura»; era un «individualista declarado» y por este motivo «nunca fue capaz de crear una fracción sólida». Zinóviev aseguró a su auditorio que, en las filas del partido, los defensores del comité central superaban a los amigos de la oposición en la proporción de nueve a uno; incluso en Moscú, donde la oposición era más fuerte, no lograba reunir más del 20 o el 25 % de los afiliados. El discurso terminó con un duro ataque contra Radek y contra el comité central del partido polaco «por intervenir a favor de la fracción de Trotski» [46]. Las sesiones posteriores demostraron que Zinóviev no logró disipar la indignación que provocó en muchos sectores de la Comintern el tratamiento de que Trotski fue objeto [47].

La conferencia provincial del partido, que se reunió el 10-11 de enero de 1924 bajo la presidencia de Kámenev, brindó otra oportunidad. Reveló su renuencia a llevar las cosas al extremo, al elegir a Lenin, Zinóviev, Stalin y Trotski (en ese orden) como presidentes de honor y al enviar saludos a Lenin y a Trotski, ausentes por motivos de salud. Kámenev acusó a Trotski de oportunista y menchevista, pero, al mismo tiempo, declaró que era imprescindible en el partido —inconsecuencia que le echó en cara Preobrazhenski a Kámenev en el discurso principal de la oposición. Sin embargo, Kámenev obtuvo 325 votos a favor del comité central en una moción de confianza; sólo 61 delegados apoyaron la defendida por Preobrazhenski en nombre de la oposición, y nueve, otra un tanto caprichosa de Riazanov [48]. Este amplio margen de seguridad, logrado dentro del bastión del campo opositor, reforzó sin duda el ánimo de los jefes del partido. Los días 12 y 13 de enero se reunió la comisión central de control del partido y aprobó una larga resolución. En ella se trataba de la conducta de Antonov-Ovseenko y de las irregularidades observadas en *Pravda* [49], y al mismo tiempo insinuaba al partido que no tratara con mano blanda a los rebeldes:

El pleno de la comisión central de control apela al partido sobre la necesidad de erradicar y suprimir con la mayor rapidez posible estas enconadas divisiones fraccionales que surgieron entre algunos de nuestros camaradas en el momento de las discusiones... El mejor método de lograrlo es, a juicio del

[46] *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.° 20, 15 de febrero de 1924, pp. 215-226; respecto a la intervención polaca, véase anteriormente, p. 237. Parece que no se publicó el acta rusa de esta sesión del presidium del IKKI (véase anteriormente, nota 84, p. 239).
[47] Véase anteriormente, pp. 242-243.
[48] *Pravda*, 12, 13 y 15 de enero de 1924.
[49] Véase anteriormente, pp. 318-319, 323.

pleno de la comisión central de control, no relegando al silencio y a la oscuridad las diferencias que han surgido o que puedan surgir, sino procurando que se promueva una discusión completa de las mismas, y llevando a efecto, sin contemplaciones, las resoluciones que adopte el partido.

Varios párrafos de esta resolución formaron la base de la que propondría la conferencia del partido con respecto al resultado de las discusiones. Además, la comisión hizo una recomendación que la conferencia del partido ni apoyó ni discutió y que, por lo tanto, no fue llevada a efecto:

El pleno de la comisión central de control considera indispensable anular la decisión del pleno de octubre del comité central y de esta comisión por la que se prohibía que circulara la correspondencia cruzada entre el comité central y el camarada Trotski y todos los documentos que provocaron las discusiones: el programa de los 46, etc. Los límites de la circulación de estos documentos debiera fijarlos el presidium de la comisión central de control junto con el Politburó del comité central [50].

Estos documentos nunca se publicaron ni circularon en el partido, e incluso ahora no se conocen los textos en su totalidad. Tras la reunión de la comisión central de control se celebró seguidamente, los días 14 y 15 de enero, la del comité central del partido, que hizo los preparativos finales para la conferencia. De acuerdo con una breve noticia sobre sus sesiones, que apareció en *Pravda,* cierto número de miembros que estuvieron trabajando en las provincias, y que «condenaban rotundamente la línea de la oposición (Trotski, Radek, Piatakov, etc.)», aprobaron la resolución del Politburó condenatoria de Radek [51] y fijaron la agenda de la conferencia [52].

Entre las inquietudes que asaltaban a los líderes del partido al prepararse para la conferencia, debió de pesar por encima de todas la cuestión de si Trotski en persona llevaría la iniciativa contra ellos. La respuesta la dio un boletín firmado por seis médicos del Kremlin, entre ellos Semashko, comisario del pueblo para la Salud, el 31 de diciembre de 1923, y publicado una semana más tarde. Los médicos, tras diagnosticar el estado de Trotski, terminaban con una recomendación:

En vista de que la enfermedad se prolonga y puede agravarse por causa de las condiciones climatológicas locales, consideramos indispensable conceder al paciente permiso inmediato para que, libre de todas sus ocupaciones, busque su recuperación en otro clima por un tiempo no menor de dos meses [53].

[50] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 190-192.
[51] Véase anteriormente, p. 238.
[52] *VKP (B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 533-534.
[53] *Pravda,* 8 de enero de 1924; la primera parte del boletín se menciona anteriormente, nota 32, p. 303.

Trotski obedeció esta recomendación y salió de Moscú rumbo al Cáucaso a mediados de enero de 1924 en el momento en que la decimotercera conferencia del partido estaba a punto de reunirse. En las vísperas de su marcha apareció un folleto titulado *El nuevo curso* que contenía su carta del 8 de diciembre de 1923, los artículos suyos que aparecieron en *Pravda* de ese mismo mes y cuatro artículos, inéditos hasta entonces, sobre el tema de las discusiones en el partido. En uno de ellos, «La tradición y la política revolucionaria», trató de responder personalmente a los ataques que se hacían contra su historial comunista:

> Yo me acerqué a Lenin con animosidad pero me identifiqué con él sin reservas y por entero. Aparte de mis actividades al servicio del partido, ningunas otras garantías adicionales puedo ofrecer. Y si hemos de situar la cuestión en el plano de realizar investigaciones biográficas, entonces han de hacerse como es debido. En tal caso sería necesario contestar a ciertas preguntas: ¿Todos los que fueron fieles al maestro en las pequeñas cosas lo fueron también en las grandes? ¿Todos los que mostraron obediencia frente al maestro, siguieron obedeciéndole en su ausencia? ¿Consiste el leninismo en obdecer únicamente?...
>
> Las tradiciones del bolchevismo me son tan caras en su conjunto como a cualquiera. Pero que nadie pretenda identificar a la burocracia con el bolchevismo, ni a la tradición con el elemento oficial [54].

El folleto fue interpretado como prueba de que Trotski se había colocado al frente de la oposición, aunque él no estuviera presente para desempeñar ese papel; y de esta manera fue mucho más fácil hacer de Trotski el objetivo principal de los ataques de la conferencia.

La decimotercera conferencia se inuguró el 16 de enero de 1924 y duró tres días. Las conferencias eran más pequeñas, menos representativas y con menos autoridad que los congresos; la conferencia de enero de 1924 sólo congregó a 128 delegados con voto. Pero el conjunto de miembros fue reclutado sobre las mismas bases. Los delegados eran seleccionados en las conferencias provinciales del partido, las cuales, a su vez, estaban formadas por delegados de las conferencias de distrito o regionales. La constitución de estas conferencias era un asunto que, bajo la experta dirección de Stalin, preocupaba constantemente a la central del partido. El programa de los 46 ya había hecho notar que los congresos y las conferencias del partido eran amañados por la «jerarquía secretarial» [55]; y el único punto en el que el triunvirato se mantuvo firme contra las incursiones de la democracia obrera en la resolución del 5 de diciembre,

[54] L. Trostki, *Novi Kurs* (1924), pp. 48-49.
[55] Véase anteriormente, p. 298.

fue en su insistencia en el derecho del comité central a designar a los secretarios de los comités provinciales, que tan importante papel representaban para configurar las elecciones. No se sabe mucho de lo que sucediera fuera de Moscú en la elección de delegados en diciembre de 1923 y en enero de 1924. Se dice que la oposición dominó en las organizaciones del partido de Riazan, Penza, Kaluga, Simbirsk y Cheliabinsk, resultado que un portavoz de la oposición atribuía, y no iba descaminado, al predominio en esas capitales de provincia de los funcionarios del partido trasladados a ellas desde el centro como represalia por sus opiniones heterodoxas [56]. Pero el núcleo de la oposición se hallaba en Moscú y fue aquí donde se dio y se perdió la batalla. De todos los delegados a las conferencias de las organizaciones de distrito de la provincia de Moscú que se celebraron en diciembre de 1923, el 36 % era partidario de la oposición. En la conferencia provincial de Moscú del 10 y 11 de enero de 1924, preludio inmediato de la conferencia de toda la Unión, el 18 % de los delegados pertenecía a la oposición. Pero tanto las elecciones, como los cálculos que se hacían con base en ellas, eran tema de recriminaciones interminables. Hasta entonces, allí donde se manifestaban diferencias de opinión en las conferencias locales, se elegían delegados para la conferencia superior en proporción al resultado de los votos. Ahora, los ánimos estaban tan exacerbados que las mayorías en las conferencias de distrito —bien fuera a favor del comité central o de la oposición— trataban de designar a delegaciones que representaran exclusivamente a la mayoría; estos intentos a veces tenían éxito y a veces fracasaban. Se criticaba libremente a la «presión del aparato del partido» por su influencia en el nombramiento de los delegados. El apoyo, cada vez menor, que recibía la oposición se debía, según los portavoces oficiales, a que se tomaba conciencia de los peligros de una división en el partido, y, según la oposición, al temor de que cualquiera que se manifestara contra el comité central estaba expuesto a quedarse sin trabajo; los funcionarios del partido cuyas simpatías por la oposición eran conocidas estaban expuestos a ser trasladados a lugares remotos y a cargos menos agradables. Contra los críticos de la línea del partido parece que no se tomaron represalias directas, aparte de que fueran amonestados por sus actividades «fraccionales», en tiempos anteriores a la decimotercera conferencia del partido. Pero no cabe duda de que se emplearon métodos indirectos de discriminación; y el temor a estas medidas, y a otras más rigurosas que se perfilaban, era ya un factor poderoso para moldear

[56] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 124, 133.

la opinión del partido y, más todavía, para determinar la selección de los delegados [57].

La conferencia se proyectó cuidadosamente. Se decidió que Rikov presentara la resolución sobre la política económica, Stalin la de las cuestiones del partido y Zinóviev la de la situación internacional. Kámenev presidía la conferencia. Su papel se limitó a decir los discursos de apertura y cierre y unas palabras secundarias en el debate económico; y fue de notar que su nombre iba ahora tras los de Lenin, Zinóviev y Stalin en la lista del presidium aprobaba en la sesión de apertura [58]. Al empezar la conferencia, Stalin había dejado ya de ser el miembro menor del triunvirato. El debate sobre política económica fue el más largo, acaso por ser el primero de la agenda, no porque se considerara el más importante, y terminó con la derrota de la oposición personificada por Piatakov [59]. Seguidamente Stalin se puso en pie para pronunciar el discurso más delicado e importante de la conferencia [60]. Desde el principio dio el tono con una pequeña broma sobre cuán sensible era la oposición a los ataques contra Trotski, el cual nunca dudó en atacar a otros. Luego, en defensa de la resolución del 5 de diciembre, y dando a sus argumentos un carácter esquemático que era ya característico de sus principales discursos, enumeró dos condiciones necesarias para el desarrollo de la democracia interna del partido: el crecimiento de la industria y del proletariado industrial y la desaparición de las amenazas procedentes del exterior, y tres obstáculos que dificultaban su realización: las consecuencias psicológicas del comunismo de guerra, la presión de la burocracia estatal sobre el partido y el bajo nivel cultural de muchos trabajadores comunistas. Todo esto se desarrollaba en un plano teórico poco controvertible. Seguidamente hizo un breve repaso de las últimas etapas de la crisis y terminó

[57] Evidencia de estos procedimientos se halla en los discursos de Yaroslavski por el comité central, y de Sapronov por la oposición, ante la decimotercera conferencia del partido (*Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 123-127, 130- 131); las actas oficiales, aunque están censuradas en parte, son sin embargo reveladoras. Dos años más tarde Krúpskaya se expresó al respecto, sin embargo, en el decimocuarto congreso del partido: «Si continuamos redactando resoluciones sobre la democracia interna del partido y al mismo tiempo creamos tales situaciones que cualquier miembro individual puede ser trasladado a otro puesto por manifestar abiertamente sus opiniones, entonces nuestras buenas intenciones con respecto a la democracia interna del partido quedarán únicamente sobre el papel» (*XIV Sjezd Vsesoyuznoi Kommunisticheskoi Parti (B)* [1926], p. 572).

[58] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], p. 4.

[59] Véase anteriormente, p. 134-139.

[60] Stalin, *Sochineniya*, vi, 5-26.

con una referencia a la carta de Trotski del 8 de diciembre; y esto condujo a lo que, indiscutiblemente, era el *clou* del discurso: una lista de «seis serios errores» implícitos en la acción de Trotski.

Los seis errores se relacionaban, de una manera u otra, con la carta de Trotski, a la que Stalin denunciaba por primera vez y sin tapujos como «un nuevo programa opuesto a la resolución adoptada por unanimidad por el comité central». El primer error era que Trotski, con sus hechos, se había apartado de los otros miembros del comité central, violando así la disciplina del partido; Trotski «se había erigido en superhombre por encima del comité central, de sus leyes y de sus decisiones». De esta manera se aludía a las acusaciones de ambición personal que popularmente se le hacían a Trotski. El segundo error era que Trotski no supo decir sin ambigüedades si estaba a favor o en contra del comité central, a favor o en contra de la oposición. Las discusiones no se habían planteado con ánimo de alentar las «evasiones». Con esto hería a Trotski en su punto más débil: en su postura ambigua en la lucha del partido. Pero fue Stalin mismo quien, mediante la resolución de compromiso del 5 de diciembre, colaboró para que Trotski cayera en la trampa. El tercer error era que Trotski se había opuesto al aparato del partido, como si el trabajo del partido pudiera ejecutarse sin el aparato. Stalin añadió suavemente que no pretendía colocar a Trotski al mismo nivel que a los mencheviques pero que, de cualquier manera, sus opiniones eran «anarco-mencheviques». El cuarto error era haber enfrentado a la juventud contra la vieja guardia: Stalin reconoció las posibilidades demagógicas de este punto y trató de combatirlo con falso patetismo, hablando de lo falso de la comparación de la vieja guardia bolchevique con los socialdemócratas alemanes. El quinto error era la importancia que daba Trotski al papel de los intelectuales y estudiantes en el partido; ayudándose con citas de Lenin, Stalin arguyó que Trotski, al exaltar a los intelectuales, despreciaba las aspiraciones de los trabajadores y proponía «una ruptura con la línea estructural del bolchevismo». Finalmente, el sexto error era que Trotski quería establecer una diferencia entre la agrupaciones y las fracciones y afirmar la admisibilidad de las agrupaciones: en las peligrosas condiciones existentes bajo la NEP, el comité central jamás toleraría las agrupaciones. Stalin se guardó el trueno para el final. Leyó a la conferencia el «punto 7», que tenía carácter de secreto, de la resolución del décimo congreso, y que trataba de los casos en que había que tomar medidas disciplinarias contra los miembros del comité central[61], y Stalin propuso que se

[61] Con respecto al texto, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 1, p. 218.

incluyera en la resolución de la conferencia y que se hiciera público. La advertencia a los miembros de la oposición situados en altos puestos no podía ser más clara.

Preobrazhenski contestó a Stalin en nombre de la oposición. Dedicó mucho tiempo a la historia de la disputa y dibujó el cuadro de un comité central soñoliento y conservador que fue obligado a moverse en octubre, y otra vez obligado a aceptar la resolución del 5 de diciembre, por las presiones de la oposición. Entre todos los portavoces de la oposición, Preobrazhenski fue el único que tuvo el valor de atacar al comité central por tratar a Trotski «de intruso en nuestra familia bolchevique»; protestó por el hecho de que se recordaran las viejas disputas sólo por llamar «menchevique» a la oposición, y criticó que el término «leninismo» se utilizara para justificar a la burocracia. Pero la audiencia, que estaba bien enseñada, recibió con frialdad su discurso. Tras él, el debate degeneró rápidamente. Lominadze y Yaroslavski, deseosos de ganar méritos como hombres de Stalin, no veían razones para imitar la estudiada reserva de su jefe y se lanzaron a vituperar a la oposición y a pedir que se adoptaran medidas rigurosas. Yaroslavski leyó unas cartas, que dijo dirigidas a Trotski por miembros del grupo La Verdad Obrera e interceptadas por la comisión central de control, tratando así de complicar a Trotski, no sólo con los 46, sino con un grupo opositor anterior y mucho menos respetable. Era digno de nota que Lashevich, a quien hasta entonces se tenía por partidario de Zinóviev, al mencionar de pasada los nombres del triunvirato, puso a Stalin en primer lugar, acaso la primera vez que aparecía en cabeza. Dos o tres miembros de la oposición, entre ellos Radek, levantaron la voz sin ningún resultado y fueron objeto de abucheos. «Es posible que sólo nos queden unas pocas horas de verdadera democracia —gritó Vrachev, uno de los portavoces de la oposición, a sus interruptores—. Permítannos que usemos esas horas.» A punto de terminar su discurso, Vrachev, que hacía cábalas de lo que el secretario general diría en su informe del próximo congreso del partido, se vio interrumpido por Lominadze, que le gritó brutalmente desde el escaño: «Tú no estarás allí para oírlo.» Preobrazhenski y Stalin cerraron el debate. El primero intentó, aunque sin mucho éxito, impugnar el cargo de que la oposición carecía de programa [62]. El discurso de cierre de Stalin, casi tan largo como el primero y mucho menos elaborado, fue de peso [63]. Tras mani-

[62] El debate figura en *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 104-148.
[63] Stalin, *Sochineniya*, vi, 27-45.

festar que después de la incursión de Preobrazhenski en la historia del partido no se sentía obligado a mantener su reserva anterior, Stalin se lanzó a desacreditar a los miembros de la oposición, escarbando en sus antecedentes. Habló sin rodeos de «la oposición encabezada por Trotski» y se refirió con desdén a Trotski como al «patriarca de los burócratas» que ahora confesaba que «no puede vivir sin democracia», ese mismo Trotski que había exigido anteriormente que se diera desde arriba un buen «metido» a los sindicatos [64]. Preobrazhenski estuvo contra Lenin en el debate de Brest-Litovsk; y Sapronov, en el décimo congreso del partido; sin embargo, ahora se decían discípulos de Lenin. Radek era una de esas personas que «son criados de su lengua y se dejan gobernar por ella». La oposición, concluyó, «representa las tendencias y aspiraciones de elementos no proletarios dentro y fuera del partido».

Al terminar el debate sobre la crisis interna del partido, se anunció que inmediatamente se invitaría a que la conferencia confirmara la resolución del Politburó del 5 de diciembre de 1923, y que una nueva resolución sería sometida más tarde sobre los resultados de la discusión. Un contratiempo de poca entidad se registró con respecto al primer punto. Un delegado de Kazajstán presentó una enmienda a la resolución del 5 de diciembre, en que se destacaba la importancia de la «democracia obrera» en el partido, y en particular en las organizaciones locales, y llamaba la atención sobre «la necesidad indispensable de que el camarada Trotski siga participando en las tareas de dirigir al partido y al país». El presidente anunció que se había recibido una enmienda pero, sin revelar su contenido, la declaró inaceptable. Seguidamente la resolución fue sometida a voto y aprobada por unanimidad. En las actas no aparece que se formulara ninguna protesta contra semejante procedimiento. Pero el hecho de que el texto de la enmienda rechazada se leyera desde la presidencia en la sesión de la noche, aunque nadie hablara en defensa de la misma, parece indicar que influencias poderosas se opusieron a que se eliminara [65]. Las conferencias y los congresos del partido fueron los últimos bastiones de la libertad de palabra en el partido.

El tercer punto de la agenda trataba de la situación internacional, pero se dejó para la última sesión de la conferencia y se limitó a dos discursos a cargo de Zinóviev y a una breve declaración de

[64] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 2, pp. 233-234; en cuanto a la defensa que hizo Trotski de la burocracia en tiempos de la controversia sindical, véase anteriormente, p. 93.

[65] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 156, 180.

Radek[66]. Zinóviev comenzó detallando, en medio de la hilaridad general, los rumores que circulaban en la prensa extranjera sobre la crisis interna del partido ruso: que Trotski había sido detenido, que Trotski se había refugiado en un tren blindado, que Krestinski, el embajador soviético en Berlín, era uno de los jefes de la oposición, y que la Unión Soviética estaba en vísperas de una «NEP política». Habló del próximo reconocimiento de la Unión Soviética por parte de Gran Bretaña, Francia e Italia y achacó a la oposición que era incapaz de decidir si quería, como Krasin, intensificar la NEP haciendo nuevas concesiones al capital extranjero, o regresar al comunismo de guerra. Pero la mayor parte de su discurso se centró en los recientes acontecimientos alemanes; y en este punto también echó su modesto cuarto a espadas en la tarea de desacreditar a Trotski y, más en particular, a Radek. Entonces se adoptó la resolución apropiada[67]. Pero tanto el debate como la resolución fueron lo más corto de la conferencia. Las decisiones con respecto al KPD se tomaban en el IKKI. La contribución que las cuestiones internacionales pudieran hacer en perjuicio de la oposición era todavía pequeña y secundaria.

Tras el debate internacional, aún le quedaba a la conferencia adoptar las resoluciones sobre la política económica y sobre la discusión de la crisis del partido. La resolución económica se aceptó con enmiendas sin importancia. La resolución sobre la crisis interna del partido dio más trabajo. El borrador del comité central tuvo que enfrentarse a otro alternativo sometido por Preobrazhenski, en el que se deploraba el hecho de que las críticas contra la burocracia y contra la falta de sistema en la política económica se tomaran como intentos de destruir la autoridad del comité central, y que la defensa de la burocracia se identificara con la defensa de los principios del bolchevismo. Pero en las conclusiones de Preobrazhenski se hacía la vaga recomendación de un «régimen de actividad por parte de las masas del partido»[68]. Preobrazhenski recibió sólo tres votos y el resto fue para el borrador de la resolución del comité central. Este último constituía una larga y detallada historia de la controversia y estaba redactado con vistas a asociar a Trotski con la oposición de manera inequívoca y a establecer su siniestro papel de jefe de la misma. A Trotski se hacía ahora responsable, sin tapujos, no sólo del programa de los 46, sino de toda la campaña posterior contra los jefes.

[66] *Ibid.*, pp. 158-180.

[67] Para esta parte del discurso de Zinóviev, lo mismo que para la declaración de Radek y la resolución, véanse anteriormente, pp. 240-241.

[68] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 180-184.

El estado agudo de la lucha se inició con su «manifiesto fraccional» del 8 de diciembre. Se decía de la oposición que «no sólo intenta revisar el bolchevismo y alejarse del leninismo, sino adoptar claramente desviaciones pequeñoburguesas»; en esta oportunidad no se le puso la etiqueta de «menchevismo». Las conclusiones se fijaron en 15 puntos que, en resumen, eran: 1: admitir no menos de 100.000 «trabajadores proletarios» como nuevos miembros del partido y prohibir mientras tanto el ingreso a los elementos no proletarios; 2: dar cabida en todos los soviets y en los órganos soviéticos a trabajadores que no fueran del partido; 3: dar «detalladas explicaciones» a las células de cuya lealtad a la línea del partido hubiese dudas; 4: reducir en el partido el número de estudiantes, pero mejorar su posición material y «reforzar la calidad del trabajo en las instituciones educativas superiores»; 5: cultivar el estudio de la historia del partido «en especial en lo que respecta a los hechos básicos de la lucha del bolchevismo contra el menchevismo, al papel de las diferentes fracciones y tendencias en la época de esta lucha, y, en particular, al de esas fracciones eclécticas que trataron de 'reconciliar' el bolchevismo con el menchevismo» (aquí es donde únicamente se mencionó al menchevismo en la resolución); 6: introducir en todas las organizaciones del partido «círculos para el estudio del leninismo»; 7: fortalecer *Pravda* para que pueda «explicar sistemáticamente las bases del bolchevismo y hacer campaña contra todas las desviaciones del mismo»; 8: suprimir las actuales discusiones que tienen lugar en *Pravda* y trasladarlas a unas «hojas de discusión» (esto era, sin duda, una manera táctica de terminar con la publicación de opiniones contrarias, ya que no parece que se llegara a editar ninguna de esas «hojas de discusión»); 9: mantener la libertad de discusión dentro de la disciplina del partido; 10: imponer severos castigos «hasta la expulsión del partido» por propalar «rumores no confirmados» o por divulgar documentos prohibidos; 11: promover la circulación de la literatura del partido; 12: «castigar con rigor ejemplar» los intentos de introducir actividades fraccionales en el Ejército Rojo; 13: confirmar la prohibición del décimo congreso del partido en lo tocante a las agrupaciones fraccionales; 14: publicar el «punto 7» secreto de la resolución del décimo congreso, y 15: tomar medidas rigurosas, «hasta la expulsión del partido», contra los que organizaron «la agrupación fraccional» de Moscú. La resolución terminaba declarando que las discusiones habían llegado a su fin e invocaba la unidad del partido [69].

[69] *VKP (B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 540-545.

Tras aprobar la conferencia el borrador del comité central, unas cuantas enmiendas se aceptaron o rechazaron por el sistema de alzar la mano. Dos de ellas tenían cierto interés. Sobre la propuesta de Orjonikidze, fue omitida una frase del texto original que señalaba la solidaridad con la oposición de «cierto número de camaradas que han entrado en el partido procedentes de los mencheviques y de los eseritas»; sin duda se pretendía con ello dar seguridades a los antiguos mencheviques y eseritas que ahora se mantenían leales a la línea del partido de que no serían perjudicados por su pasado político. La segunda enmienda hubiera incluido entre los 100.000 a ser admitidos por el partido, no sólo a los trabajadores proletarios, sino también «a los campesinos pobres y a los jornaleros agrícolas». Stalin se resistió a esta enmienda con el pretexto de que, aunque por principio era inobjetable, demoraría la urgente tarea de «atraer al partido al proletariado industrial», y en vista de ello fue rechazada [70]. En esta época Stalin no compartía el entusiasmo de Zinóviev por los campesinos. La acusación de tener en poca estima al campesinado fue uno de los pocos elementos de la posterior amalgama conocida como «trotskismo» que no usó Stalin en la conferencia en su andanada contra Trotski.

A pesar de su carácter secundario, la decimotercera conferencia del partido de enero de 1924 fue más decisiva en la historia del partido que el duodécimo congreso que le precedió en abril de 1923 o que el decimotercero que se celebró después, en mayo de 1924. Puso fin a las acres discusiones que agitaron al partido durante más de tres meses y reafirmó la autoridad del triunvirato frente a la oposición. Tuvo, sin embargo, un carácter nuevo e inquietante. Fue la primera asamblea representativa del partido en la que se pudo ver claramente que no estaban en juego los principios, sino las personas. Desacreditar a la oposición, no adoptar o rechazar una línea política, fue la preocupación primera de los líderes del partido. La lucha por el poder se desarrollaba sin tapujos. Pero la conferencia marcó también una etapa nueva y decisiva en esta lucha. Hasta mediados de diciembre de 1923, los líderes tuvieron la preocupación de poner una cuña entre Trotski y la oposición y de reducir el campo de sus afinidades; en este aspecto se observó cierta cautela incluso después que se inaugurara la campaña directa contra Trotski. En la decimotercera conferencia esta cautela se echó a rodar como requisito innecesario. Se adoptó la táctica contraria: la de asociar a Trotski con

[70] *Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], pp. 184-185.

la oposición en todos los aspectos y sin regatear esfuerzos. Este era el síntoma revelador de que los líderes, en especial Stalin, se sentían más confiados en la fuerza de su posición. Ya no les era preciso maniobrar para dividir a los enemigos. Tanto Trotski como la oposición quedaron tan debilitados y desarmados que sus posiciones eran ya vulnerables a los asaltos directos.

Capítulo 14

LA MUERTE DE LENIN

Tras el ataque fulminante que sufriera el 9 de marzo de 1923, Lenin ya no pudo articular más que algunos monosílabos incoherentes. Durante algún tiempo tuvo paralizado por completo el lado derecho del cuerpo y afectado en parte el izquierdo. Los pronósticos médicos eran «muy sombríos» [1] cuando Lenin fue trasladado a la casa de campo situada en Gorki el 15 de mayo. Con el cambio de aires se produjo cierta mejoría. Tras una crisis sin importancia en junio, se señaló una recuperación progresiva en los tres o cuatro meses siguientes que hizo que renacieran las esperanzas. Todo este tiempo Lenin se hacía entender, aunque con dificultades, por señas. La abnegada Krúpskaya le leía la prensa e intentaba, al parecer sin éxito, enseñarle a escribir con la mano izquierda. Es probable que después del ataque de diciembre de 1922 no viera ya más a ninguno de sus colegas políticos. Durante los tres meses que siguieron se comunicó con ellos por escrito o por medio de Krúpskaya. Tras el ataque del

[1] El relato más detallado y al parecer más verídico de los últimos meses de Lenin es el que tres años más tarde hizo Osipov, uno de los médicos que le asistieron constantemente desde mayo de 1923 hasta el momento de su muerte (*Krasnaya Letopis*, n.º 2 [23], 1927, pp. 237-246). Inmediatamente después de la muerte de Lenin, los informes médicos que se publicaron (*Pravda*, 24 y 31 de enero de 1924; *Izvestiya*, 29 de enero de 1914; *Proletarskaya Revoliutsiya*, n.º 3 (26), marzo de 1924, pp. 16-23) son de tono más convencional y, por lo que puede deducirse, más vagos en los detalles.

9 de marzo de 1923, hay constancia de que «se negó rotundamente a reunirse con los impacientes jefes políticos»[2]. Por otra parte recibía de vez en cuando a delegaciones de obreros y campesinos, procedentes sin duda de los distritos próximos, y contestaba a sus saludos con «gestos cordiales». Normalmente le sacaban a pasear en coche y llegó a recobrar el uso de la pierna derecha lo bastante como para moverse sin ayuda. Una vez, el 21 de octubre de 1923[3], expresó su deseo de ir a Moscú y se salió con la suya a regañadientes de quienes le cuidaban. Logró subir las escaleras hasta su antiguo despacho del Kremlin y pasó allí varios minutos mirándolo todo y hojeando distraídamente algunos libros de la estantería. Seguidamente regresó en coche a Gorki de donde ya no volvió a salir. A finales del otoño se registró en él «un nuevo y definitivo empeoramiento». El 2 de noviembre pudo recibir, por última vez, a una delegación de trabajadores[4]. Pero hasta el 19 de enero de 1924 no se materializaron síntomas específicos de colapso; en esa fecha le dominó un profundo agotamiento y dio muestras de que tenía dañada la vista. El 21 de enero, lunes, a las seis de la tarde, sufrió otro fuerte ataque y murió cincuenta minutos más tarde.

Durante todo este tiempo apenas se informó al mundo sobre el estado de Lenin[5]. A fines de abril de 1923 dejaron de publicarse en la prensa los boletines médicos; y los que tuvieron acceso a los partes médicos confidenciales de mayo y junio estaban sin duda convencidos de que Lenin nunca regresaría a la vida activa. Para algunos debió ser mala señal el que el comité central del partido decidiera, a instancias de la conferencia del partido de Moscú, que se creara un Instituto Lenin, donde deberían guardarse los manuscritos del jefe y todos los documentos relacionados con él. Una nota emitida por la conferencia y firmada por Stalin y Kámenev pedía que esta clase de material se remitiera al último de los nombra-

[2] *Krasnaya Letopis*, n.º 2 (23), 1927, p. 243. Trotski, *The Real Situation in Russia* (sin fecha [1928]), pp. 304-305, y Chicherin, en *Izvestiya*, 30 de enero de 1924, mencionan que vieron a Lenin por última vez antes del ataque de diciembre de 1922. Ningún otro jefe político ha dicho que lo viera en fechas posteriores. Zinóviev mencionó que en una ocasión él, Kámenev y Bujarin se hallaban en la villa de Gorki y observaron desde la ventana cómo sacaban a pasear a Lenin (*Izvestiya*, 30 de enero de 1924); pero es evidente que no se vieron con él cara a cara. La declaración de Zinóviev, registrada en *Izvestiya* del 30 de agosto de 1923, de que había «visto» a Lenin dos días antes, se refiere, evidentemente, a este caso o a otro parecido.

[3] L. A. Fotieva, *Posledni God Zhizni i Deyatelnosti V. I. Lenina* (1947), p. 23, da la fecha del 19 de octubre.

[4] *Ibid.*, pp. 23-24.

[5] Para los primeros boletines médicos de marzo-abril de 1923, véase anteriormente, p. 268.

dos[6]; otro mal síntoma fue que se estableciera un «rincón de Lenin» en la «casa central del campesino», en la exposición agrícola, en el que se conmemoraba la vida de Lenin y la historia del partido[7]. El 30 de agosto de 1923, aniversario del fallido atentado contra Lenin ocurrido cinco años antes, *Izvestiya* dio cuenta de los discursos pronunciados por Zinóviev y Kámenev en los que se anunciaba una reciente mejoría del enfermo. El 9 de octubre la prensa publicó los detalles, que reveló dos días antes Mólotov en un curso preparatorio para secretarios del partido. Mólotov dijo que, durante el verano, Lenin estuvo muy mal y que su estado concitó una profunda preocupación; sin embargo, en los meses últimos había mejorado notablemente, y el único inconveniente estaba en que era difícil hacerle recuperar la palabra. Mólotov terminaba expresando la esperanza por un rápido y total restablecimiento de su salud. A los pocos días Semashko, comisario del pueblo para la Salud, se expresó en términos parecidos en un acto de carácter festivo celebrado en la exposición agrícola:

> Desde principios de agosto la salud de V. I. Lenin ha ido mejorando de tal manera que ha llegado a sorprender a los médicos que le asisten. En general, Vladímir Ilich se siente bien, lee los periódicos y se interesa por diversos asuntos, entre ellos la exposición. Pero, desde luego, ha de someterse al tratamiento y reposar antes de que pueda volver al trabajo[8].

Hacia esta misma fecha, Zinóviev habló en una reunión de la Komsomol de la «constante mejoría» de Lenin en los últimos dos meses y añadió el abyecto comentario de que «no son los doctores quienes dirigen la cura del gran jefe, sino que él mismo dirige el curso de su cura»[9]; Tomski, en la misma línea, declaró que «los doctores están sorprendidos por el cambio que ha registrado el enfermo y aseguran que ahora se acelerará la mejoría»[10]. Antes de que terminara octubre, esta serie de declaraciones optimistas llegó a su final. Luego el silencio oficial se hizo en torno de este asunto, pero aún prevalecía un rayo de esperanza. En un mitin de ferroviarios celebrado a mediados de diciembre de 1923 en Bryansk y en el que hablaba Lezhava, una voz preguntó a gritos: «Queremos saber cómo está Lenin»; y Lezhava contestó que Lenin disfrutaba de mejor salud y que «en fecha no lejana, aunque no tome en sus manos por com-

[6] *Ekonomicheskaya Zhizn*, 8 de julio de 1923.
[7] *Izvestiya*, 28 y 30 de agosto de 1923.
[8] *Trud*, 14 de octubre de 1923.
[9] *Ibid.*, 18 de octubre de 1923.
[10] *Ibid.*, 23 de octubre de 1923.

pleto el timón de la administración, podrá orientarnos y aconsejarnos»[11].

El fin se produjo en la tarde del 21 de enero de 1924, antes de que llegaran a Moscú las últimas noticias sobre el grave estado de Lenin. Para entonces se reunía el segundo Congreso de Soviets de toda la Unión y el undécimo Congreso de Soviets de toda Rusia; aquel mismo día, en la hora anterior, Zinóviev acababa de dar por terminada la sesión del presidium del IKKI[12]. El material de los periódicos para el 22 de enero estaba ya en prensa, pero se tiraron hojas extraordinarias con el anuncio del fallecimiento de Lenin. En esa misma tarde, posteriormente, los jefes bolcheviques se dirigieron en trineo a Gorki. Formaban el grupo Zinóviev, Bujarin, Tomski, Kalinin, Stalin y Kámenev; Rikov no pudo ir por estar enfermo[13]. Zinóviev ha dejado una descripción de la escena. La noche era helada y con luz de luna. El cadáver de Lenin estaba colocado en una mesa rodeada de flores y de ramas de abeto, en una habitación que daba a la terraza donde, recordó Zinóviev, se reunieron los líderes en el verano de 1920 para tratar del avance sobre Varsovia. Tras rendir homenaje al jefe muerto, el grupo regresó a Moscú para asistir a una reunión solemne del comité central del partido que se fijó para las dos de la madrugada y al que llegaron con una hora de retraso. Al día siguiente se efectuó la autopsia y se anunció que la muerte se debió a «arterioesclerosis generalizada de las venas del cerebro»[14].

El mismo día, 22 de enero, el comité central publicó su manifestación de duelo. Iba dirigida «Al partido, a todos los trabajadores.» Antes de referirse a las conquistas de Lenin como jefe de la Revolución de Octubre, el documento lo describía (sin ceñirse del todo a la realidad, pero Trotski no estaba allí y no podía protestar, aunque lo hubiera querido) como «el hombre bajo cuya jefatura las filas invencibles de los bolcheviques pelearon en 1905». Luego destacaba las principales contribuciones de Lenin a la teoría marxista: «su elaboración de la doctrina de la dictadura proletaria, de la alianza de obreros y campesinos, de lo que significan para el proletariado militante las cuestiones nacionales y coloniales y, finalmente, sus enseñanzas en cuanto al papel y la naturaleza del partido». Hablaba de «nuestra fa-

[11] *Pravda*, 16 de diciembre de 1923.

[12] Véanse anteriormente, pp. 242-243.

[13] Zinóviev hizo una larga narración de este viaje en *Pravda*, 30 de enero de 1924. En la traducción del artículo, que apareció en *Internationale Presse-Korrespondenz*, n.º 17, 7 de febrero de 1924, pp. 179-181, el nombre de Stalin se omitió de la lista; la omisión fue, sin duda, fortuita.

[14] *Proletarskaya Revoliutsiya*, n.º 3 (26), marzo de 1924, p. 17; el comunicado médico apareció en *Pravda*, 24 de enero de 1924.

milia comunista» como de «la encarnación colectiva de Lenin» y terminaba con una orgullosa manifestación de preeminencia:

> En las ruinas de Europa somos el único país que renace bajo el poder de los trabajadores y que mira con valor hacia el futuro [15].

La prensa no salió el 23 de enero. La edición de *Pravda* del 24 de enero sólo llevaba homenajes a la memoria de Lenin.

La ceremonia fúnebre fue la expresión de una emoción sincera y popular, y la primera experiencia del régimen revolucionario en cuanto al hecho de organizar actos de fasto oficial. El 23 de enero, miércoles, los miembros del comité central del partido se desplazaron a Gorki, desde donde escoltaron el féretro en el breve viaje en tren hasta Moscú. Al llegar allí, se unieron a la comitiva fúnebre los delegados del segundo Congreso de Soviets de toda la Unión y del undécimo Congreso de Soviets de toda Rusia y fueron a pie hasta la Casa de los Sindicatos, donde el cadáver, entre guardias de honor constituidas por los bolcheviques de más renombre, estuvo de cuerpo presente hasta la hora del entierro. Entre las ausencias destacaba la de Trotski, quien, tras marcharse de Moscú unos días antes con destino al Cáucaso, recibió la noticia de la muerte de Lenin en Tiflis, la tarde del 21 de enero. Al día siguiente, según él mismo cuenta, telegrafió a Moscú preguntando cuándo sería el entierro, y Stalin le contestó que el 26 de enero, sábado, con lo cual no llegaría a tiempo porque el viaje en tren desde Tiflis a Moscú duraba cuatro días (en realidad, el entierro tuvo lugar el 27 de enero, domingo). Trotski continuó su viaje a Sukhum [16]. Tras la resolución aprobada por la decimotercera conferencia del partido tres días antes del fallecimiento de Lenin, la ausencia de Trotski supuso sin duda un gran alivio para sus colegas. Stalin, por su parte, había aprendido en los últimos años la importancia de hacerse pasar como el más leal y modesto discípulo de Lenin. Se le presentaba ahora la oportunidad de poner en práctica la lección aprendida y no era probable que la dejara escapar. Pero hasta la víspera del entierro no se hizo notar. Ese día, 26 de enero, el segundo Congreso de Soviets de toda la Unión celebró una sesión solemne en la que los bolcheviques de más relieve hablaron en elogio del jefe muerto. Stalin habló en cuarto lugar, después de

[15] *VKP (B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 557-558.

[16] La historia figura en L. Trotski, *Moya Zhizn* (Berlín, 1930), ii, p. 250, y se repite casi con las mismas palabras en L. Trotski, *Stalin* (Nueva York, 1946), pp. 381-382. Es dudoso que trataran de engañarle deliberadamente con la fecha; la decisión de celebrar el entierro el domingo, 27 de enero, se anunció primeramente en *Pravda* del 25 de enero, y es probable que dicha decisión se tomara un día antes.

Kalinin, Krúpskaya y Zinóviev. Mientras los demás oradores acuñaron sus elogios con el vocabulario tradicional del bolchevismo, la contribución de Stalin fue singular, tanto en forma como en contenido. En cuanto al contenido, Stalin describió las relaciones del partido con respecto a Lenin como las de humildes discípulos que honran y obedecen a su fundador, a su legislador, a su jefe, a la esperanza de los desheredados y marginados del mundo. El análisis meticuloso de Marx cedía el paso a una declaración de fervor casi religioso. En cuanto a la forma y el lenguaje, el discurso, cuidadosamente estudiado como todo lo que salía de la pluma de Stalin, sin duda debía su inspiración litúrgica a la educación eclesiástica que en tiempos recibiera Stalin. Su fraseología era bíblica. Su estructura, antifonal, y a la enunciación de cada «mandamiento» de Lenin seguía una respuesta uniforme en nombre de los fieles. El carácter del documento muestra sus peculiaridades ya en sus primeros párrafos y en la serie de «respuestas»:

¡Camaradas! Nosotros, comunistas, somos gente de una pasta especial. Estamos moldeados de otra manera. Formamos el gran ejército proletario, el ejército del camarada Lenin. No hay nada que supere al honor de pertenecer a este ejército. No hay nada que supere a la vocación de un miembro del partido, cuyo fundador y jefe es el camarada Lenin. No a todos les es dado pertenecer a este partido. No a todos les es dado soportar las tribulaciones y las tempestades que soportan los miembros de ese partido. Los hijos de la clase obrera, los hijos de la pobreza y de la lucha, los hijos de privaciones indecibles y de heroicas tareas... tales son los hombres que, antes que nadie, reúnen los mayores méritos para ser miembros de ese partido. Es por esto por lo que al partido de los leninistas, al partido de los comunistas, se le llama también el partido de la clase trabajadora. Al dejarnos, el camarada Lenin nos insta a mantener pura y alta nuestra noble condición de miembros del partido. Te juramos, camarada Lenin, que cumpliremos con honor este mandamiento.

... ...

Al dejarnos, el camarada Lenin nos insta a cuidar la unidad de nuestro partido, como de las niñas de nuestros ojos. Te juramos, camarada Lenin, que cumpliremos con honor este mandamiento.

... ...

Al dejarnos, el camarada Lenin nos insta a conservar y fortalecer la dictadura del proletariado. Te juramos, camarada Lenin, que no ahorraremos esfuerzos para cumplir con honor este mandamiento.

... ...

Al dejarnos, el camarada Lenin nos insta a reforzar al máximo la unidad de obreros y campesinos. Te juramos, camarada Lenin, que cumpliremos con honor este mandamiento.

... ...

Al dejarnos, el camarada Lenin nos insta a reforzar al máximo la unión de las repúblicas. Te juramos, camarada Lenin, que cumpliremos con honor este mandamiento.

... ...

Al dejarnos, el camarada Lenin nos insta a guardar fidelidad a los principios del comunismo internacional. Te juramos, camarada Lenin, que incluso con riesgo de nuestras vidas robusteceremos y ampliaremos la unión de los trabajadores de todo el mundo: la Internacional Comunista [17].

Esta exaltación ritual del jefe pareció sin duda tan extraña a los muchos bolcheviques educados en las tradiciones occidentales, como le hubiera parecido al propio Lenin. Pero entre los que crecieron en el ambiente ruso, sin nexos con el Occidente, los estribillos de Stalin debieron tocar una cuerda emotiva familiar y ya semiolvidada y prestar a su duelo una nota de cálido color que faltaba en el austero clima intelectual del marxismo.

La misma sesión del congreso que escuchó estos discursos aprobó cierto número de propuestas para honrar la memoria de Lenin. La primera fue cambiar el nombre de Petrogrado, la ciudad de la revolución, por el de Leningrado [18]. La propuesta, presentada por Kalinin en nombre del VTsIK, fue adoptada sin discusión. Era ya tarde y las demás mociones se aprobaron *en bloc,* sin otras formalidades. Se decidió que el 21 de enero, aniversario de la muerte de Lenin, fuese día de duelo nacional; que se le levantaran monumentos en todas las ciudades principales de la URSS y que se publicaran sus obras completas. En último lugar se decidió:

a) conservar el cadáver de Vladímir Ilich Lenin en un mausoleo y tenerlo abierto al público.
b) construir el mausoleo junto a los muros del Kremlin, entre las sepulturas fraternas de los guerreros de la Revolución de Octubre [19].

[17] Stalin, *Sochineniya,* vi, 46-51. En las obras completas de Stalin esta impresión litúrgica aparece reforzada porque las «respuestas» están impresas en mayúsculas, lo que no ocurre en *Pravda* del 30 de enero de 1924, donde apareció primeramente el discurso, ni en las actas oficiales del congreso.

[18] Esta fue la primera ciudad rebautizada por motivos honoríficos después de la revolución. La siguiente fue Ekaterinenburg, que se convirtió en Sverdlovsk el 7 de noviembre de 1924 *(Bolsaya Sovetskaya Entsiklopediya,* 1 [1944], 407); algo después (la fecha no figura, *ibid.,* xxvii [1923], 51) Elizavetgrad tomó el nombre de Zinovievsk: primera ciudad que recibió el nombre de un jefe bolchevique vivo; el 10 de abril de 1925, Tsaritsin se convirtió en Stalingrado *(ibid.,* lii [1947], 625).

[19] Sólo la decisión de cambiar el nombre de Petrogrado se incluyó en las actas oficiales del congreso *(Vtoroi Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsia-*

No se sabe quiénes fueron los promotores de estas ideas ni de las discusiones a que, sin duda, dieron origen en el Politburó o entre los líderes. En el ambiente que entonces reinaba, cualquier proyecto que honrara la memoria de Lenin se aprobaba casi automáticamente por unanimidad [20].

El entierro, el 27 de enero, domingo, se efectuó con arreglo a las ceremonias tradicionales. A las nueve, Stalin, Zinóviev y seis trabajadores sacaron el féretro de la Casa de los Sindicatos; luego Kalinin, Kámenev, Kurski, y cuatro obreros y un campesino lo llevaron en procesión a través de la Plaza Roja, donde las multitudes se mantenían a pie firme hora tras hora soportando el intenso frío, mientras innumerables delegados y representantes ponían coronas y hablaban en honor del muerto. Ya a las cuatro de la tarde, Stalin, Zinóviev, Kámenev, Mólotov, Bujarin, Rudzutak, Tomski y Dzerzhinski volvieron a levantar el ataúd y lo depositaron en la bóveda que se había levantado apresuradamente frente a los muros del Kremlin —bóveda que pronto sería sustituida por el mausoleo de carácter permanente [21]. Los días y las semanas que siguieron, los diarios y las revistas soviéticas publicaron artículos que encomiaban a Lenin y que relataban las impresiones y las experiencias de los autores en sus tratos con él. De todos los que escribieron al respecto, Zinóviev fue el

listicheskij Respublik [1924], pp. 54-55); las otras, que no se discutieron en el congreso, se publicaron en *2^{i} Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik: Postanovleniya* (1924), pp. 7-9.

[20] La tradición existente en el partido de que Krúpskaya era contraria a gran parte de este ceremonial conmemorativo, incluso al embalsamamiento del cadáver de Lenin, no está confirmada por pruebas documentales, pero en parte la confirma la carta de agradecimiento de Krúpskaya a los mensajes de condolencia que recibió y que fue publicada por *Pravda* del 30 de enero de 1924: «Tengo que pedirles un gran favor: no permitan que su duelo por Ilich tome la forma de una reverencia externa por su persona. No le levanten monumentos conmemorativos, no pongan su nombre a los palacios, no celebren actos solemnes en su honor, etc.; cuando él vivió, todo esto le tenía sin cuidado y le fastidiaba. Recuerden que en nuestro país hay todavía mucha pobreza y mucho abandono. Si ustedes desean honrar la memoria de Vladímir Ilich, construyan jardines de infancia, casas, escuelas, librerías, centros médicos, hospitales, hogares para los impedidos, etc., y, sobre todo, pongamos en vigor sus preceptos.»

[21] La disposición de los nombres en la noticia que dio *Pravda* del 30 de enero de 1924 sobre el entierro, no pudo ser fortuita, y es significativo que a Stalin se le menciona en primer lugar tanto al principio como al final de la ceremonia; sin embargo, no aparece ninguna otra indicación de importancia alusiva a él o a su cargo. *Trud*, 30 de enero de 1924, mencionó a «Zinóviev, Tomski, Kámenev, Stalin y otros» como portadores del féretro hasta la bóveda. Narraciones posteriores (por ejemplo, la cronología en Stalin, *Sochineniya*, vi, 418-419) que convierten a Stalin en la figura más destacada a lo largo de los actos, no están confirmadas por testimonios contemporáneos.

más prolífico y el más elocuente. Sus contactos con Lenin en Suiza durante toda la época de la guerra le aseguraban un lugar único en la historia del partido. Zinóviev había vuelto a Petrogrado en abril de 1917 en el tren sellado, como lugarteniente indispensable y reconocido del jefe; y cuando en los «días de julio» el partido decidió que su líder por ningún concepto debía exponerse al arresto, fue Zinóviev quien le acompañó en su escondite. Por entonces, con excepción de algunos leales del comité central, pocos sabían que Zinóviev se opuso a la toma del poder, y que Lenin le hizo objeto de severas reprimendas. Al morir Lenin, le fue fácil a Zinóviev situarse en la casi indiscutible posición de ser el más íntimo discípulo de Lenin y el gran sacerdote del nuevo credo del leninismo.

Lenin ha muerto (decía la perorata de su largo artículo necrológico publicado en *Pravda* del 30 de enero) pero el leninismo vive. Vive en nuestro gran partido, en la Comintern, en el movimiento revolucionario de todo el mundo. Cuando la revolución proletaria se imponga en el mundo, la victoria será, en primer lugar, del leninismo.

Stalin, que no podía alardear mucho de sus relaciones personales con el líder muerto, se condujo con una modestia ejemplar. Pero tras su discurso ante el Congreso de Soviets de toda la Unión, se dirigió, al día siguiente del entierro, a los cadetes de la academia militar del Kremlin. Aquí, antes de llegar a las acostumbradas alabanzas del líder y genio revolucionario, contó brevemente la historia de sus primeros encuentros con Lenin en Tammerfors, en Estocolmo, en Londres, poniéndole como exordio un episodio cuya autenticidad, aparte de Stalin, nadie más confirma. Dijo que al leer los primeros números de *Iskra* y otros escritos del comienzo del partido se sintió impresionado por el talento de Lenin, que descollaba entre los demás bolcheviques como «un águila de la montaña». Estas impresiones las comunicó por escrito a un amigo, cuyo nombre no mencionó, el cual le enseñó la carta a Lenin; y a fines de 1903 Stalin, entonces exiliado en Siberia, recibió de Lenin «una carta sencilla pero profundamente significativa», que, «llevado de sus hábitos de activista clandestino», quemó inmediatamente [22]. La crítica seria ha relegado esta historia a la categoría de las fábulas. Fuera verdadera o falsa, su función en el contexto de su discurso era clara. Reforzaba las credenciales de viejo bolchevique de Stalin que, de esta manera, atrajo la atención del futuro jefe en los primeros tiempos del partido. Trotski se encontró con Lenin, por primera vez, en Londres, en 1902.

[22] *Pervaya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik* (1924), pp. 5-6, 8.

El acceso formal a los puestos públicos de Lenin no causó dificultades ni tuvo gran importancia. Rikov asumió la presidencia del Sovnarkom de la URSS, combinando este puesto con el de presidente del Sovnarkom de la RSFSR; Dzerzhinski le sucedió como presidente del Vesenja. Kámenev ocupó el lugar de Lenin como presidente del STO, y Tsiurupa sucedió a Krzhizhanovski como presidente del Gosplan; estos dos fueron también nombrados presidentes delegados del Sovnarkom. Lenin había sido jefe del partido y presidente del ejecutivo del Estado. Estos nombramientos, confirmados por el VTsIK el 2 de febrero de 1924 [23] mostraban que en lo sucesivo habría división de funciones y que el centro de gravedad residía en el partido. A los pocos días del entierro de Lenin, el comité central del partido se reunió para confirmar las resoluciones tomadas en la decimotercera conferencia; puesto que sólo se trató de una conferencia, sus conclusiones carecían de autoridad formal hasta que no las ratificara el comité central en nombre del congreso soberano. La moral de la resolución de la conferencia, «Sobre los resultados de la discusión», fue puesta más de relieve al insistirse en una mayor necesidad de mantener la unidad del partido «ahora que el camarada Lenin ya no está en nuestras filas» [24]. Pero lo principal era tomar las medidas necesarias para el ingreso en el partido de «trabajadores proletarios», tal como se decidió en la conferencia. El comité central declaró ahora que el fallecimiento de Lenin había intensificado entre los trabajadores el deseo de ser admitidos en el partido y decretó una campaña de reclutamiento de tres meses de duración. Las condiciones de ingreso se suavizaron, en el sentido de que los candidatos serían puestos en contacto con otros miembros, a ser posible trabajadores de la misma fábrica, que pudieran atestiguar que eran de confianza. Para este fin se autorizaban las reuniones generales de obreros; pero la admisión presuponía «un examen preliminar de todas las candidaturas individuales» y la adopción de precauciones especiales con antiguos miembros de otros partidos. Finalmente, ordenó que se revisaran las enseñanzas que se daban en la escuelas de miembros y de candidatos del partido con el fin de que «en estas escuelas de *politgramota* se preste la máxima atención a la historia del partido en sus relaciones con el exclusivo papel representado por las ideas capitales del camarada Lenin» [25].

La decisión de nutrir las filas del partido reclutando en grandes números a «trabajadores proletarios» no llamó mucho la atención en la conferencia de enero, y parecía más un gesto convencional a be-

[23] *VKP (B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 559.
[24] *Ibid.*, i, 561-562.
[25] *Ibid.*, i, 561-562.

neficio de la doctrina de la democracia en el partido que una innovación en la práctica. Pero resultó altamente significativa en cuanto a la cifra de adscritos y a la composición del partido. Desde sus frágiles comienzos, el partido fue creciendo desde la Revolución de Febrero de 1917, y a mucho mayor ritmo desde la toma del poder en octubre. Antes de la primera gran purga de 1921, el partido contaba con algo más de 650.000 afiliados. La purga invirtió dramáticamente este proceso de crecimiento. No sólo redujo de un solo golpe a 500.000 el número de miembros [26], sino que estableció el precedente de las revisiones periódicas y severas que, a comienzos de 1924, habían vuelto a reducir el total a 350.000, junto con 120.000 candidatos [27]. Estas decisiones reflejaban las arraigadas opiniones de Lenin al respecto. En 1919 Lenin se ufanaba de que «el partido de la clase trabajadora revolucionaria» era «el único partido que se preocupa, no de aumentar el número de sus miembros, sino de mejorar su calidad» [28]; y en vísperas del undécimo congreso del partido de 1922, último al que asistió, todavía instaba a que se endurecieran más las condiciones de admisión:

> Si tenemos en el partido entre 300.000 y 400.000 miembros, incluso estas cifras son excesivas, ya que revelan que no existe un buen nivel de preparación entre ellos [29].

La decisión tomada en la decimotercera conferencia de 1924, cuando Lenin estaba todavía en su lecho de muerte, invirtió este proceso contractivo y estableció las condiciones necesarias para que aumentara el número de afiliados, lo cual automáticamente satisfaría la demanda de más «democracia en el partido». Desde este momento, el partido se lanzó a un proceso de expansión, que continuó sin pausa a través de todas sus vicisitudes posteriores.

La decisión de limitar el nuevo reclutamiento a los «trabajadores proletarios» resultó igualmente significativa pero no representaba ninguna novedad en la doctrina del partido. Ya desde los primeros años de su existencia se oyó la queja de que el elemento proletario

[26] Véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923,* vol. 1, pp. 222-224.

[27] A. Bubnov, *VKP (B)* (1931), p. 613. El sistema de «candidatos» se estableció primeramente en el estatuto revisado que aprobó la conferencia del partido en diciembre de 1919; los candidatos a ingreso en el partido estaban a prueba, por dos meses por lo menos, en el caso de obreros y campesinos, y seis meses por lo menos, en el caso de los demás *(VKP(B) v Rezoliutsiyaj* [1941], i, 318). Posteriormente se aumentó bastante el periodo de prueba *(ibid.,* 432, 454). Antes de 1922 no se incluía a los candidatos en las estadísticas de afiliados al partido (A. Bubnov, *VKP (B)* [1931], p. 612).

[28] Lenin, *Sochineniya,* xxiv, 484.

[29] *Ibid.,* xxvii, 209.

era débil en él: en el tercer congreso del partido, en 1905, Lenin había exigido que los comités del partido tuvieran ocho trabajadores por cada dos intelectuales[30]: El rápido crecimiento del partido tras la Revolución de Octubre presentó nuevos problemas, pues ingresaban en el mismo gran número de personas que «se afilian al partido en el poder, simplemente porque está en el poder». Entre los que se afiliaban por oportunismo, los no proletarios eran, si no los más numerosos, por lo menos los más destacados; y era fácil asumir que el mal podría atacarse limitando la proporción de miembros no proletarios. Lenin concluyó su diagnóstico sobre el problema a fines de 1919 recomendando al partido «admitir, además de la clase trabajadora, a los elementos de otras clases a quienes podamos someter a toda clase de pruebas»[31]. La declaración más reciente del partido sobre este tema ocurrió en la décima conferencia, en septiembre de 1920, cuando se especificó que se regularan las admisiones de manera que «se reduzcan los trámites para los trabajadores y para los elementos proletarios del campesinado, y que se aumenten al máximo los obstáculos para los elementos no proletarios»[32]. A este respecto la decisión de la conferencia de enero se adaptaba por entero a las opiniones de Lenin y de todos los demás jefes responsables.

Lo que llegó a ser conocido en la historia del partido como «la campaña leninista de enrolamiento» se prolongó a lo largo de febrero, marzo y abril de 1924. Las condiciones de admisión se hicieron tan laxas que, realmente, eran los funcionarios locales quienes decidían el ingreso de los candidatos; y la eficaz maquinaria creada por la secretaría de Stalin tuvo la oportunidad de ponerse a prueba. Cuando el comité central se reunió a fines de marzo para preparar el decimotercer congreso, decidió que los candidatos al partido (refiriéndose, sin duda, a los registrados como tales por los órganos locales) tuvieran el mismo derecho al voto que los miembros en las elecciones para delegados a los congresos del partido[33]. Con esto se conseguía que los nuevos adscritos, aunque no se hubieran completado del todo los trámites de su admisión, dejaran sentir su voz en el congreso. Cuando se reunió el congreso en mayo de 1924, se anunció que antes del 1 de mayo habían sido admitidos 128.000 nuevos miembros, con lo cual el número total de afiliados ascendía

[30] *Ibid.*, vii, 282; compárese Krúpskaya, *Memories of Lenin*, i (traducción inglesa, 1930), p. 140.

[31] Lenin, *Sochineniya*, xxiv, 571-572.

[32] *VKP (B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 350-351.

[33] *Ibid.*, i, 563; esta decisión, que era una infracción de los estatutos del partido, requirió y obtuvo el posterior respaldo del propio congreso (*Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* [1924], páginas 12-13).

a 600.000, y que se esperaba que para fines de mayo las nuevas admisiones llegaran a las 200.000 [34]. Pero incluso se pasó de esta cifra; la «campaña leninista de enrolamiento» llegó a los 240.000, aumentando el número total de miembros, incluidos los candidatos, en más de un 50 %. Como los nuevos afiliados eran casi todos «trabajadores proletarios», la proporción de los obreros industriales pasó a ser más de la mitad del total por primera vez en el partido. También se acentuó la ya fuerte preponderancia de los elementos gran-rusos, pues todavía la Gran Rusia era el núcleo de donde procedía la inmensa mayoría de los trabajadores industriales [35].

El cambio más importante que produjo la campaña leninista de enrolamiento se manifestó principalmente en las implicaciones políticas de los adscritos al partido. Al ocupar el poder, el propio partido cambió de carácter. Los esfuerzos de Lenin no consiguieron mantener vivo el concepto del partido como grupo homogéneo de revolucionarios consagrados, pues ese concepto no se podía aplicar ya en las nuevas condiciones reinantes. Tras 1917, y más claramente tras 1921, el partido dejó de ser una sociedad de audaces aventureros comprometidos a derrocar un régimen injusto y opresor; poco a poco se fue transformando en una máquina política acondicionada para dirigir e inspeccionar los asuntos de un gran Estado. Los viejos miembros del partido eran intelectuales entusiastas o trabajadores de extraordinaria conciencia de clase que ingresaron en él para hacer la revolución. Pero para 1923 sólo quedaban 10.000 de esos «viejos bolcheviques»; y no todos ellos estaban en activo [36]. De los que entraron en el partido desde 1917, muchos —los jóvenes en particular, acaso— estuvieron dominados por un sincero ardor revolucionario, se sacrificaron en los combates desiguales de la guerra civil y trabajaron sin desmayo en la edificación de una nueva sociedad socialista. Pero, con el correr del tiempo, un número cada vez mayor de los nuevos afiliados eran hombres que se mantuvieron al margen del partido en su época de luchas y persecuciones y ahora ingresaban al mismo, no para derribar el viejo orden o en demanda de nuevos derechos, sino para conservar una organización ya esta-

[34] *Ibid.*, p. 122.

[35] Según Mólotov, una conferencia del partido ucraniano había establecido como objetivo que el 65-70 % de los miembros fueran obreros en una época en que dicho partido contaba ya con más del 70 % de obreros (*Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, [1924], p. 535); la elevada proporción de trabajadores en el partido ucraniano se debía, sin duda, al predominio en el mismo del elemento gran-ruso (véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 1, pp. 308-309.

[36] *Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1923), p. 134.

blecida y para disfrutar de los privilegios de participar en ella. Hasta la época de la muerte de Lenin, los principales oportunistas del partido fueron, sin duda, los miembros procedentes de la antigua burguesía: sus intelectuales y sus hombres de empresa, que buscaban en él tanto el progreso material como un medio de lograr influencia y autoridad. Es cierto que las restricciones todavía en vigor respecto a los emolumentos de los miembros del partido les obligaban a percibir menores sueldos, si trabajaban en la administración del Estado, que sus colegas no afiliados. La «campaña leninista de enrolamiento» ofreció nuevos señuelos de tipo material a una clase más amplia. Fue el primer reclutamiento a gran escala planeado y organizado con vistas a un objetivo específico. Los miembros del partido siempre se habían creído poseedores de privilegios y de deberes especiales. Pero ahora, y por primera vez, los privilegios comenzaban a asumir una forma predominantemente material: en épocas de desempleo los miembros del partido tenían derecho a colocarse los primeros y a ser despedidos en último lugar; y entre los deberes cuyo puntual cumplimiento garantizaba el disfrute de los privilegios, el de guardar fidelidad a las autoridades del partido era más importante que nunca. La «campaña leninista de enrolamiento» se llevó adelante bajo la influencia de la lucha contra la oposición; la campaña parecía ser tanto la celebración de la victoria acabada de lograr como la garantía de que no se reanudaría la lucha. La unidad del partido y la fidelidad a sus jefes fueron proclamadas, con más rotundidad que nunca, como las metas ideales. «En el futuro, el progreso del partido descansará sobre la base de esta 'campaña leninista de enrolamiento'», declaró Mólotov [37].

Al mismo tiempo que la campaña de enrolamiento, se desarrollaba una purga. No hay constancia de que se emprendiera por decisión formal del partido, y lo que se hizo fue, sin duda, una de las revisiones periódicas de afiliados que se realizaban de vez en cuando desde la primera purga de 1921. No era la primera vez que se registraban abusos al hacerse las purgas; algo antes de sufrir el último ataque, Lenin se quejó con fuerza del predominio de los «arreglos de cuentas locales o personales» por parte de las comisiones encargadas de la purga [38]. Ahora sufrirían las consecuencias los amigos de la oposición. Puede que fueran exageradas, pero no infundadas, las quejas de Preobrazhenski, tanto privadas como ante el decimotercer congreso del partido, de que los opositores eran objeto de medidas discriminatorias. Hubiera sido mejor, dijo Preobrazhenski, que los

[37] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), p. 515.

[38] Lenin, *Sochineniya*, xxvii, 300.

partidarios de la oposición hubieran sido expulsados del partido simplemente por eso, por opositores, y no con pretextos que «les deshonraban política y moralmente». Según los portavoces oficiales, la purga se limitó en primer lugar a cuatro ciudades: Moscú, Leningrado, Odesa y Pensa, y fue dirigida contra los «elementos no proletarios» que se habían «agregado al partido» y entre los que figuraban «personas sin principios que incluso votaron a favor del comité central». Se reconoció que se cometieron «errores»[39]. Al llegar a este punto, era indudable que la purga tenía que ser vista como una nueva arma en manos de la jefatura del partido, dispuesta como nunca a imponer la disciplina y la obediencia; un arma menos discreta, pero mucho más efectiva, más contundente y más rápida que el control de las admisiones. Pero un incidente ocurrido en aquella época, que fue publicado en *Pravda* —sin duda a modo de advertencia para otros—, es la mejor muestra de la prontitud con que las autoridades del partido tomaban medidas disciplinarias. Dos jóvenes del partido fueron acusados de «distribuir documentos secretos, aunque sabían que eran secretos y que el partido no permitía su publicación». Se admitieron los cargos y se agravó seriamente la situación de los acusados, ya que se negaron a revelar a la comisión central de control del partido los nombres de quienes les facilitaron los documentos. En el informe de la comisión se llamaba a esto «una cuestión de principios»: Lenin, en uno de sus últimos artículos, había dicho que era deber de la comisión central de control asegurar que «ninguna autoridad le impida hacer indagaciones, examinar documentos y obtener informes precisos». Los dos culpables fueron expulsados del partido con la salvedad de que podían aspirar al reingreso al cabo de seis meses, a condición, probablemente, de revelar los nombres pedidos[40].

Mientras continuaba la «campaña leninista de enrolamiento», Stalin repitió a mayor escala su gesto de la primavera anterior cuando, con anticipación al duodécimo congreso del partido, dio dos conferencias, una en un club de extranjeros y otra en la Universidad de Sverdlov, mostrándose como fervoroso estudiante y discípulo de Lenin, el teórico de la revolución[41]. Ahora, un año más tarde, en vísperas del decimotercer congreso, Stalin volvió al terreno doctrinario con una serie de conferencias que dio en la Universidad de Sverdlov y que aparecieron en *Pravda,* en abril y mayo de **1924**, bajo el título de «Fundamentos del leninismo». Su exposición del le-

[39] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), pp. 202-203, 208, 234-235, 283-285.

[40] *Pravda,* 22 de febrero de 1924; Lenin, *Sochineniya,* xxvii, 405.

[41] Véanse anteriormente pp. 275-276.

ninismo, que definió como «el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria», fue desabrida, metódica y muy esquemática. Prudentemente, no revelaba ninguna pretensión de ser original o profundo, sino que una vez más Stalin representaba el papel de fiel y consecuente discípulo. Unos pocos extremos de su conferencia tienen cierto interés. Al hablar de la teoría atacó, sin mencionar a Trotski por su nombre, a los campeones de «la revolución permanente» y trató de explicar cómo las enseñanzas de Lenin (que, al igual que Marx, había usado esa misma frase) diferían de las de ellos:

La idea de Lenin era «agotar» la capacidad revolucionaria del campesinado, escurrir a fondo la energía revolucionaria de los campesinos con objeto de liquidar por completo el zarismo y provocar la transición a la revolución proletaria; por el contrario, los abogados de la «revolución permanente» no comprendían el papel esencial del campesinado en la revolución rusa, no daban la debida importancia a la fuerza de la energía revolucionaria del campesino, ni a la fuerza y capacidad del proletariado ruso para atraérselo, y de esta manera hacían difícil que el campesino se liberara de la influencia de la burguesía y que se agrupara en torno al proletariado... La idea de Lenin era coronar la obra de la revolución transfiriendo el poder al proletariado, mientras que los abogados de la revolución «permanente» pensaban *comenzar* la obra desde el poder del proletariado[42].

Tras intentar de esta manera desacreditar las pretensiones de Trotski de ser discípulo de Lenin, ya que le acusaba de apoyar una doctrina no leninista, de no preocuparse del campesinado y (más sutilmente) de no comprender las peculiares circunstancias reinantes en Rusia, Stalin pasó seguidamente a reafirmar —en un pasaje que en ediciones posteriores sufrió una serie de omisiones y modificaciones— la postura convencional de que sólo sobre una base internacional podría construirse el socialismo:

Pero acabar con el poder de la burguesía y establecer el poder del proletariado sólo en un país no significa haber llegado a la victoria completa del socialismo. La tarea principal del socialismo —la organización de la producción socialista— tiene todavía que cumplirse. ¿Se puede cumplir esta tarea, se puede lograr la victoria final del socialismo en un país, sin los esfuerzos conjuntos del proletariado en varios países avanzados? No, no se puede. Para derribar a la burguesía bastan los esfuerzos de un país; esto lo ha demostrado la historia de nuestra revolución. Pero para llegar a la victoria final del socialismo, para organizar la producción socialista, son insuficientes los esfuerzos de un solo país, particularmente de un país campesino

[42] Stalin, *Sochineniya*, vi, 103; respecto a las opiniones de Lenin y Trotski sobre la revolución permanente, véase *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, volumen 1, pp. 74-76.

como Rusia; por eso se requieren los esfuerzos de los proletarios de varios países avanzados[43].

Al hablar luego del campesinado, Stalin se cuidó de no caer en el extremo de demostrar el gran entusiasmo que se profesaba por los campesinos en algunos círculos del partido. Dijo que «carece por completo de base» tratar la cuestión campesina «como el fundamento del leninismo». Lo esencial es la dictadura del proletariado: el leninismo es una doctrina «que considera a las masas trabajadoras de campesinos como una reserva del proletariado». Incluso en estas fechas, Stalin iba cautelosamente por el camino del centro. Pero no había nada en sus vulgares declaraciones que llamara la atención, favorable o desfavorable, de los otros jefes del partido; ni al parecer nadie le dio demasiada importancia al hecho de que Stalin apareciera en un terreno en el que hasta entonces no mostró muchos deseos de brillar.

En la víspera del decimotercer congreso del partido de mayo de 1924 se produjo una escena embarazosa. El «testamento» de Lenin, por su carácter altamente personal, parecía destinado a sus más próximos colegas y no al conjunto del partido; por otra parte, Krúpskaya, que sin duda conocía los deseos y las intenciones de Lenin, quiso que se leyera ante el próximo congreso, para que allí se discutiera el documento y se tomaran las medidas del caso. No se sabe en qué momento se enteraron los jefes del partido del contenido y del texto del testamento. Pero es fácil imaginar la consternación con que lo recibieron. El documento recordaba que el fallo de Zinóviev y Kámenev en el momento crucial de la revolución «no fue accidental»; aunque criticaba a Trotski por sus limitaciones, decía de él que «es el hombre más capaz en el actual comité central»; de Stalin hacía elogios y críticas por igual, pero en la postdata era objeto de una arremetida directa, pues recomendaba que se le destituyera de su cargo de secretario general del partido[44]. Tanto el problema de las medidas que se fueran a tomar a la vista del testamento, como el problema de darlo a la publicidad, era de carácter muy grave y delicado. Excepto acaso Trotski, ninguno de los líderes ganaba nada con publicarlo; Stalin tenía más que perder que los otros.

[43] Este pasaje apareció en *Pravda*, 30 de abril de 1924, y en *Ob Osnovaj Leninizma* (1924), p. 60, y fue citado por el propio Stalin en un folleto, *K Voprosam Leninizma*, de enero de 1926, donde explicó que representaba una exposición «incompleta y por lo tanto incorrecta» y que había sido modificada en ediciones del folleto posteriores a diciembre de 1924 (Stalin, *Sochineniya*, viii, 61-62).

[44] Para el texto, véanse anteriormente pp. 260-261, 265.

Una vez más, el interés común de oponerse a Trotski cerró las filas del triunvirato.

El 22 de mayo de 1924 se celebró una reunión para considerar el asunto [45]. Kámenev, que presidía el acto, leyó el testamento. Seguidamente, Zinóviev habló en términos que uno de los presentes recordó luego de memoria:

> Camaradas, el último deseo de Ilich, cualquier palabra de Ilich es, sin ninguna duda, ley para nosotros. Más de una vez hemos jurado cumplir todo lo que Ilich nos pedía desde su lecho de muerte. Y ustedes saben que cumpliremos esa promesa... Pero nos es muy grato decir que en un punto los temores de Lenin no estaban bien fundados. Me refiero al punto que trata de nuestro secretario general. Todos ustedes han sido testigos de cómo hemos trabajado juntos en los últimos meses; y, al igual que yo, han podido ustedes comprobar con satisfacción que los temores de Ilich no respondían a la realidad.

Kámenev apoyó la propuesta de que no se cumpliera la orden de destituir a Stalin. No parece que nadie se alzara contra él y en defensa del criterio de Lenin. Es posible que muchos de los presentes compartieran las mismas dudas de Lenin, pero, al igual que a éste, a nadie se le ocurrió presentar una alternativa concreta. Trotski no despegó los labios a lo largo de las actuaciones. Si Stalin iba a seguir en su puesto (y con él la jefatura de entonces) sólo se conseguirían perjuicios en el caso de divulgarse por el mundo las aprensiones y los juicios de Lenin. Por mayoría de 30 votos contra 10, y contra la oposición de Krúpskaya, se decidió no leer el testamento ante el congreso y sólo comunicarlo confidencialmente a los jefes de las delegaciones que asistieran al mismo [46]. Los votos pararon un golpe que hubiera terminado con la carrera de Stalin en el partido.

[45] Todos los relatos coinciden en que se trataba de una reunión del comité central del partido, excepto L. Trotski, *The Supressed Testament of Lenin* (Nueva York, 1935), pp. 11-12, quien lo describe como «un consejo de mayoyores» a quienes se remitió el asunto debido a desacuerdos en el comité central. Trotski no escribió su relato hasta 1932, pero es poco probable que se haya equivocado con respecto a este extremo, que otros escritores pueden haber olvidado o considerado como de poca importancia; el distingo, en realidad, no vale la pena.

[46] El informe más completo de esta reunión figura en B. Bazhanov, *Stalin* (traducción alemana del francés, 1931), pp. 32-34. Está escrito en el estilo altamente colorista de Bazhanov, y las observaciones atribuidas a Zinóviev no pueden considerarse como exactas al pie de la letra; pero el relato probablemente es verídico en lo fundamental. Otros detalles figuran en M. Eastman, *Since Lenin Died* (1925), p. 28, y en L. Trotski, *The Supressed Testament of Lenin* (Nueva York, 1935), p. 13; la referencia en L. Trotski, *Stalin* (Nueva York, 1946), p. 376, da la falsa impresión de que la reunión tuvo lugar en vida de Lenin.

Pero tampoco añadieron nada a su prestigio. Ni siquiera el penetrante diagnóstico de Lenin en cuanto a las cualidades y condiciones de Stalin había enseñado todavía al partido a pensar en él como en su futuro jefe.

El decimotercer congreso del partido se reunió el 23 de mayo de 1924. El día de apertura se distinguió por una ceremonia reveladora del rápido crecimiento del culto a la memoria de Lenin. Junto a la tumba de Lenin en la Plaza Roja se celebró un desfile de jóvenes pioneros organizado por la Komsomol, a la cual se otorgó solemnemente el apelativo de «leninista», mientras que el juramento de los pioneros, modificado al respecto, prometía «obedecer sin vacilaciones las leyes y costumbres de los jóvenes pioneros y los mandamientos de Ilich». Con este motivo les dirigieron la palabra, entre otros, Kámenev, Bujarin, Trotski y Klara Zetkin [47]. El propio congreso, aunque no trajo consigo ninguna iniciativa, sirvió para remachar la derrota y el desconcierto de la oposición. Al principio daba la impresión de que se trataba de evitar las controversias y de dejar que las heridas se cerraran. Zinóviev, que dio a conocer el informe principal en el duodécimo congreso, hizo lo mismo en éste y reservó para el final de su discurso unas cuantas frases de tipo polémico. Llamó la atención sobre los peligros que implicaba «el crecimiento de una nueva burguesía» bajo la NEP y, con ella, de un «nuevo menchevismo», al que llamó «el veranillo de San Miguel del menchevismo»; pero se abstuvo de relacionar abiertamente este peligro con la oposición del partido y no mencionó a Trotski en ningún momento. El párrafo último se refería a las disputas registradas en el partido el año anterior y terminaba con una llamada retórica:

> Lo más lógico, y lo más digno de un bolchevique, es lo que la oposición debiera hacer tras cometer un error: presentarse al partido desde la tribuna del congreso y decir: «Cometí un error y el partido tenía razón»...
>
> Hay una manera de liquidar la controversia y de terminar con ella de una vez y para siempre: adelantarse a esta tribuna y decir: «El partido tenía razón, y los que dijeron que nos hallábamos al borde de la ruina estaban equivocados.»

El orador parecía manifestar cierto espíritu de apaciguamiento, que fue recibido con «estruendosos y prolongados aplausos». En realidad estaba estableciendo, por primera vez en la historia del partido,

[47] La prensa informó sobre las sesiones al día siguiente, y los discursos figuran en *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), pp. 629-633.

el fatídico precedente de exigir a la oposición, no un sometimiento leal a la voluntad de la mayoría, sino que abjurara de sus opiniones. Pero pocos delegados del congreso se sintieron impresionados por esta novedad ni adivinaron lo que significaba para el futuro, y, menos que nadie, el propio Zinóviev. Stalin, que habló seguidamente, dando cuenta del informe sobre la organización del partido, se contentó con hacer un repaso de lo hecho en el año y ni un sola vez mencionó a la oposición. Su fama de hombre moderado en las controversias y poco amigo de destacar le era útil todavía.

Trotski se encontró en un verdadero compromiso. Era inimaginable que se quedara sin hablar en un congreso del partido, o que pasara por alto la aplaudida perorata de Zinóviev. No podía luchar contra la decisión del partido: enfrentado a verdaderos «viejos bolcheviques» como Zinóviev y Stalin, Trotski se hallaba siempre en la precaria posición del convertido a última hora que tiene que compensar el hecho de su tardía conversión con fervorosas y redobladas protestas de fidelidad. La «rotunda confianza en sí mismo», que Lenin había observado como característica de Trotski, le impedía pensar que estuviera equivocado; y, por otra parte, era incapaz de disimulos tácticos. En un discurso mucho más breve de los que acostumbraba pronunciar en los congresos del partido, Trotski volvió a subrayar los peligros de la burocracia apoyándose en una cita de Bujarin; se refirió de nuevo a la ambigua fraseología de la resolución del 5 de diciembre de 1923 en lo tocante a las fracciones y a las agrupaciones en el partido y volvió a pedir, como de costumbre, la puesta en práctica de una planificación mejor y más extensa. Pero todo el patetismo de la situación en que se encontraba Trotski se puso bien de manifiesto en los párrafos retorcidos de la parte final de su discurso, con los cuales quiso darle la réplica al llamado de Zinóviev:

> Camaradas, aquí se ha hecho una invitación a todos los que se hayan equivocado para que confiesen su error. Nada es más sencillo, moral y políticamente, que confesar uno u otro error ante el propio partido. Creo que para eso no se precisa un gran heroísmo moral.

Pero la resolución del 5 de diciembre era prueba de que el comité central reconocía haber cometido errores y de que era necesario emprender un nuevo camino. Las personas cuyas advertencias provocaron que se tomara aquella resolución no podían confesar ahora que estuvieron equivocadas.

> Camaradas —continuó Trotski—, ninguno de nosotros quiere tener razón, ni puede tener razón, contra su partido. El partido es, en última instancia, quien siempre tiene la razón, porque el partido es el único instrumento his-

tórico de que dispone el proletariado para el cumplimiento de sus tareas fundamentales. Ya he dicho que nada hay más fácil que decir ante el partido: «Todas estas críticas, todas estas declaraciones, advertencias y protestas no fueron más que un craso error.» Pero, camaradas, yo no puedo decir esto, porque pienso que no es así. Yo sé que uno no puede tener razón contra el partido. Uno puede tener razón sólo con el partido y por el partido, puesto que la historia no ha creado otros caminos para llegar por ellos a la realización de lo que es justo. Los ingleses tienen un proverbio histórico: «Mi país siempre, con razón o sin ella.» Con un derecho histórico muchísimo mayor, nosotros podemos decir: «Tenga razón o no en cuestiones personales concretas, es mi partido.»

Pero no podía votar a favor de la resolución de la decimotercera conferencia del partido, que le había condenado:

No sólo los miembros individuales del partido, sino el propio partido puede cometer errores, como lo fueron las resoluciones de la última conferencia, las cuales considero, en ciertas partes, incorrectas e injustas. Pero el partido no puede tomar decisiones, por muy incorrectas e injustas que sean, que puedan remover en lo más mínimo nuestra ilimitada devoción a la causa del partido, la voluntad de todos nosotros de llevar sobre las espaldas la disciplina del partido en cualquier circunstancia. Y si el partido toma una decisión que alguno de nosotros puede pensar que es injusta, diremos: «Será justa o injusta, pero éste es mi partido y sufriremos hasta el fin las consecuencias de su decisión.»[48]

Más tarde, más de uno de los que oyeron estas palabras harían a su propia conciencia declaraciones parecidas, al verse en trances mucho más terribles que la situación en que ahora se encontraba Trotski.

En el debate subsiguiente figuras secundarias del partido —Unglanov[49], Zajarov y Rudzutak— atacaron a Trotski; y Preobrazhenski se limitó a defender las opiniones económicas de la oposición. Unglanov trató de desacreditar a la oposición alegando, cosa que ya se apuntó en la conferencia de enero, que buscaban el apoyo de los intelectuales y de los antiguos elementos burgueses. Contó que en las fábricas de Sormovo, donde él estaba cuando se publicaron las «cartas» de Trotski, los trabajadores, pertenecieran o no al partido, se pusieron de parte del comité central, y los técnicos, del lado de Trotski. «Ahí tienen la esencia clasista de la actitud de los diferentes sectores ante los pronunciamientos del camarada Trotski»,

[48] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), pp. 153-168.

[49] Hacía muy poco que Unglanov fue nombrado para limpiar la organización de Moscú, tras las ganancias de la oposición en noviembre y diciembre de 1923; según B. Bazhanov, *Stalin* (traducción alemana del francés, 1931), páginas 37-38, Unglanov fue nombrado por Zinóviev y Kámenev, pero Stalin se lo ganó muy pronto.

dijo Unglanov con tono triunfante[50]. Kámenev replicó a Trotski y a Preobrazhenski insistiendo, de acuerdo con el veredicto de la conferencia de enero, en que la oposición constituía «una desviación pequeño-burguesa». Krúpskaya trató desesperadamente de impedir que se abriera más la brecha. La vida, declaró, siempre nos ha enseñado al final si el partido tenía razón o no; Stalin y Zinóviev tuvieron razón al basar sus argumentos en el hecho de que la vida había justificado la línea del comité central. Pero ahora lo importante era encararse con las tareas futuras y no «duplicar las discusiones del pasado». Zinóviev hizo mal al pedir a la oposición que confesara sus errores desde la tribuna: «psicológicamente eso es imposible». Bastaba con que la oposición mostrara su buena voluntad de trabajar con el partido. Trotski así lo había aceptado al manifestarse en su discurso contra las fracciones y las agrupaciones. Ahora se necesitaba «poner fin a las discusiones y concentrarse en las cuestiones que la vida pone delante del partido»[51]. Por última vez se oyeron en un congreso del partido, de labios de la viuda de Lenin, las exhortaciones de Lenin a las diversas facciones enfrentadas para que trabajaran juntas por la causa común.

Pero era ya demasiado tarde para que se escucharan las voces de apaciguamiento, temor que el propio Lenin había revelado claramente en el testamento. Stalin, hablando en el congreso un día después de la intervención de Krúpskaya, manifestó que también él era contrario a «duplicar los debates sobre las diferencias de criterio» y que por esa misma razón no se refirió a ellas en su primer discurso. Pero ahora que Trotski y Preobrazhenski habían dado su versión de la historia, sería «inimaginable» y «criminal» guardar silencio; y Stalin se lanzó a otro duro ataque contra la actitud de Trotski que, en su carta y sus artículos sobre «el nuevo curso», se oponía a la resolución del 5 de diciembre, y contra su negativa a reconocer el veredicto de la decimotercera conferencia del partido de enero respecto a ese asunto. Zinóviev habló seguidamente dentro de la misma tónica, pero con más pesadez y garrulería[52]. La principal resolución del congreso confirmó el veredicto de la conferencia de enero respecto a las «desviaciones pequeñoburguesas» de la oposición, y elogió al comité central «por su firmeza e intransi-

[50] *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)* (1924), p. 169; en una etapa posterior del congreso, Mólotov alegó que los autores del programa de los 46 «reflejaban la influencia negativa de estamentos extraños al proletariado» (*ibid.*, p. 523).

[51] *Ibid.*, pp. 220-221, 235-237.

[52] Stalin, *Sochineniya*, vi, 220-223; *Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov)*, (1924), pp. 259-267.

gencia bolchevique... en defensa de los fundamentos del leninismo contra las desviaciones pequeñoburguesas» [53]. Trotski fue elegido por el congreso para el comité central del partido. El número de votos que obtenía cada candidato ya no se anunciaba públicamente. Pero, según los rumores que circulaban, Trotski era el penúltimo en la lista de 52 candidatos elegidos [54].

El decimotercer congreso del partido de mayo de 1924, celebrado cuatro meses después de la muerte de Lenin, marca el punto culminante y el fin del periodo de duda y confusión que arranca de diciembre de 1922, cuando Lenin tuvo que renunciar de manera definitiva al trabajo activo. En todo este tiempo los miembros del triunvirato cerraron filas, decididos a excluir a Trotski de la jefatura; convencidos de que tenían que apoyarse mutuamente, resolvieron seguir una política de espera y realizar aquellos compromisos, bien entre ellos, bien con otros elementos del partido, que fueran necesarios para el mantenimiento de su autoridad. Gracias a la buena cosecha fue posible mantener la situación económica con un mínimo de modificaciones dentro de la desvencijada estructura de la NEP y lograr un notable éxito en la reforma monetaria. Se había logrado dividir a la oposición y anular sus ataques. Trotski, aislado y sin ánimo para la lucha, fue derrotado en su ausencia por la conferencia del partido de enero; su presencia en el decimotercer congreso, lejos de equilibrar la balanza, confirmó la bancarrota de su programa y el eclipse de su autoridad en el partido. Pero la decadencia de Trotski fue el rápido disolvente de los nexos que unían al triunvirato. En el decimotercer congreso, Zinóviev, figura típica del interregno, apareció por segunda y última vez en el papel de jefe provisional del partido, papel que había tomado en el duodécimo congreso de abril de 1923. Kámenev había aceptado sin inconvenientes que se le relegara a un papel secundario. Stalin continuaba haciendo gala de modestia, astucia e infinita paciencia. Tras salir airoso de la prueba del testamento de Lenin y tras acentuar enormemente, y sin que nadie se diera cuenta, el control sobre las filas del partido gracias a la «cam-

[53] *VKP(B) v Rezoliutsiyaj* (1941), i, 566.

[54] *Sotsialisticheskoi Vestnik* (Berlín), n.° 15 (85), 24 de julio de 1924, página 13. Según M. Eastman, *Since Lenin Died* (1925), p. 128, Zinóviev, apoyado por Kámenev, «pidió que se excluyera a Trotski del Politburó», pero a ello se opuso Stalin «por sus propios razones»: Eastman se hallaba en Moscú durante el decimotercer congreso del partido y estaba en posición de saber mucho de lo que ocurría entre bastidores. La oposición de Stalin encaja con la cautela que demostraba por entonces.

paña leninista de enrolamiento», Stalin aguardaba ahora el momento de mostrar su juego y de revelar sin tapujos su poder y sus ambiciones. El inestable equilibrio mantenido a base de una política de compromisos y de dar tiempo al tiempo no pasaría del verano de 1924. El periodo del interregno había terminado.

Nota A

EL PROGRAMA DE LOS 46

AL POLITBURÓ DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA RUSO:

La extrema gravedad de la situación nos obliga (en interés de nuestro partido, en interés de la clase trabajadora) a manifestar con entera claridad que continuar con la política que sigue la mayoría del Politburó amenaza con acarrear a todo el partido lamentables reveses. La crisis económica y financiera iniciada a fines de julio del presente año, con todas las consecuencias políticas e internas del partido que se derivan de ella, ha revelado inexorablemente la incapacidad de la jefatura del partido, tanto en el dominio económico como en el de las relaciones internas del partido.

El carácter ocasional, superficial y carente de sistematización de las decisiones del comité central, que no ha conseguido poner orden en el dominio económico, nos ha llevado a una situación en la que, a pesar de los indudables éxitos logrados en el campo de la industria, la agricultura, las finanzas y el transporte —éxitos conseguidos espontáneamente por la economía del país, y a pesar de la ineptitud de la jefatura, o más bien, a pesar de la ausencia de toda jefatura— estamos abocados no sólo a la desaparición de todos estos éxitos, sino también a una grave crisis económica.

Tenemos ante nosotros la próxima caída del chervonets, que se ha transformado espontáneamente en una moneda básica antes de que se liquidara el déficit del presupuesto; nos enfrentamos con una crisis crediticia en la que el Gosbank no puede, sin riesgo de un serio colapso, financiar a la industria o al comercio de artículos industriales, ni adquirir siquiera grano con destino a la exportación; nos enfrentamos con la paralización de las ventas de artículos industriales como consecuencia de sus altos precios, que se debe por una parte a la ausencia de una dirección planificada y organizada de la industria y por otra a una equivocada política de créditos; nos enfrentamos con la

imposibilidad de ejecutar el programa de exportación de grano a causa de la incapacidad para comprarlo; nos enfrentamos con los precios extremadamente bajos de las subsistencias, los cuales perjudican al campesinado y amenazan con una disminución general de la producción agrícola; nos enfrentamos con desigualdades en el volumen de los salarios, lo cual provoca el natural descontento de los trabajadores contra el caos presupuestario, el cual, indirectamente, produce el caos en el aparato estatal. Los métodos «revolucionarios» de hacer reducciones al establecer el presupuesto, y las nuevas y palmarias reducciones a la hora de ejecutarlo, han dejado de ser medidas provisionales para transformarse en fenómenos regulares que trastornan constantemente al aparato del Estado y que, como consecuencia de la falta de plan en las reducciones efectuadas, lo trastornan de manera fortuita y espontánea.

Estos son algunos de los elementos de la crisis económica, crediticia y financiera que ya ha comenzado. Si no se toman desde ahora medidas enérgicas, meditadas y planificadas, si continúa la falta de dirección, nos enfrentaremos con la posibilidad de un colapso económico muy grave que, inevitablemente, acarreará complicaciones políticas internas y una parálisis total de nuestra efectividad externa y de nuestra capacidad de acción. Y esto último, como todos pueden comprender, nos es ahora más necesario que nunca; de ello depende el destino de la revolución mundial y de la clase trabajadora de todos los países.

Igualmente, en el dominio de las relaciones dentro del partido vemos cómo la misma inepta dirección lo paraliza y desarticula; esto se deja ver con especial claridad en la crisis por la que ahora atravesamos.

No achacamos todo esto a la incapacidad política de los actuales dirigentes del partido; por el contrario, por mucho que disentamos de ellos en cuanto a lo que opinemos de la actual situación y de los medios de modificarla, comprendemos que en cualquier circunstancia el partido no dejaría de designar a los actuales dirigentes para que ocuparan los cargos más importantes de la dictadura del proletariado. Lo achacamos al hecho de que, bajo la forma externa de unidad oficial, tenemos en la práctica una parcialización en el nombramiento de cargos, y un manejo de los asuntos parcializado y adaptado a los puntos de vista y a las simpatías de un estrecho círculo. Como consecuencia de una jefatura distorsionada por tan particulares motivaciones, el partido deja de ser en gran parte esa colectividad independiente, viva y sensible a la realidad porque la ligan a ella mil hilos. En su lugar, observamos la división creciente, ahora apenas disimulada, entre una jerarquía secretarial y «la gente llana», entre los funcionarios profesionales del partido nombrados desde arriba y la masa general del partido que no participa en la vida común.

Este es un hecho que todos los miembros del partido conocen. Los miembros del partido que están descontentos con una u otra decisión del comité central o incluso de un comité provincial; que tienen dudas sobre un extremo u otro; que advierten particularmente uno u otro error, irregularidad o desorden, tienen miedo a mencionarlo en las reuniones del partido e incluso temen hablarlo en sus conversaciones particulares, a menos que su interlocutor sea de su entera confianza desde el punto de vista de la «discreción». Las discusiones libres dentro del partido han desaparecido en la práctica y la opinión pública dentro del mismo ha sido sofocada. Actualmente no es el partido, ni su masa de afiliados, quien promueve y el ge a los componentes de los comités provinciales y del comité central del RKP. Por el contrario, la jerarquía secretarial del partido designa, cada vez con más frecuencia, a los delegados de conferencias y congresos que se convierten, todavía en mayor medida, en asambleas ejecutivas de esta jerarquía.

El régimen establecido dentro del partido es absolutamente intolerable,

destruye su independencia, lo reemplaza por un aparato burocrático reclutado que actúa sin dificultades en tiempos normales, pero que inevitablemente falla en los momentos de crisis y que amenaza con caer en la ineficacia más completa ante los serios acontecimientos que nos esperan.

La situación creada se explica por el hecho de que el régimen de dictadura de un grupo dentro del partido, establecido tras el décimo congreso, se prolonga más de la cuenta. Muchos de nosotros consentimos en sometemos a ese régimen. El cambio de política en 1921 y luego la enfermedad del camarada Lenin exigían, según opinábamos algunos, la dictadura dentro del partido como medida provisional. Otros camaradas, ya desde el comienzo, adoptaron hacia ella una actitud escéptica o negativa. Sea como fuere, para la época en que se celebró el duodécimo congreso del partido, este régimen ya no tenía razón de ser. Había comenzado a mostrarnos su otra cara. Los nexos dentro del partido comenzaron a debilitarse. El partido comenzó a entrar en coma. Movimientos de oposición de carácter virulento empezaron a asumir posiciones antipartido, ya que no existían entre camaradas discusiones de las cuestiones candentes. Estas discusiones hubieran revelado sin dificultad el carácter virulento de estos movimientos, tanto a las masas del partido, como a la mayoría de los participantes en las mismas. Como consecuencia, se han producido movimientos ilegales que se nutren de miembros del partido y divorcian a éste de las masas trabajadoras.

Si en el futuro inmediato no se cambiara radicalmente esta situación, la crisis económica de la Rusia soviética y la crisis de la dictadura fraccional dentro del partido asestará rudos golpes a la dictadura de los trabajadores de Rusia y al Partido Comunista Ruso. Con tal carga sobre sus hombros, la dictadura del proletariado en Rusia y el RKP no pueden entrar en la fase de los inminentes disturbios a escala mundial, si no quieren arriesgarse a sufrir derrotas en todo el frente de la lucha proletaria. Por supuesto, a primera vista sería lo más sencillo arreglar la cuestión decidiendo que en este momento, y dadas las circunstancias, no hay ni puede haber lugar para plantear el problema del cambio de curso del partido, para incluir en la agenda nuevas y complicadas tareas, etc. Pero es evidente que tal punto de vista equivaldría a cerrar oficialmente los ojos a las realidades de la situación, ya que todo el peligro reside en el hecho de que no existe una verdadera unidad de pensamiento ni de acción ante una situación tan extraordinariamente complicada, tanto en lo interno como en lo externo. La lucha que se desarrolla en el partido es tanto más aguda cuanto más silenciosa y secretamente se lleva a cabo. Si nosotros planteamos este asunto al comité central es, precisamente, para que se proceda, de la manera más rápida y menos dolorosa, a salvar las contradicciones que desgarran al partido y a colocarlo sin demora sobre bases más saludables. Una unidad real tanto en las opiniones como en las acciones es indispensable. Las dificultades que tenemos encima exigen unidad fraternal, totalmente consciente, extremadamente vigorosa, con acción extremadamente concentrada, por parte de todos los miembros de nuestro partido. El régimen fraccional debe ser abolido, cosa que deben realizar, en primer lugar, los mismos que lo han creado, para dar paso a un régimen de unidad entre camaradas y a la democracia dentro del partido.

Para tratar de lo expuesto y para tomar las medidas indispensables a fin de resolver la crisis política, la económica y la que consume al partido, proponemos al comité central, como primera medida de urgencia, que convoque una conferencia de miembros del comité central con los más distinguidos y activos trabajadores del partido, cuidando de que en la lista de los invitados se incluya un número de camaradas que opinen de la situación de manera distinta a la de la mayoría del comité central.

Firmas de la declaración al Politburó del comité central del RKP sobre la situación interna del partido, del 15 de octubre de 1923[1].

E. Preobrazhenski
B. Breslav
L. Serebriakov

No estoy de acuerdo con algunos de los extremos de esta carta respecto a las causas de la situación creada, pero considero que el partido ha de enfrentarse muy pronto con problemas que no pueden resolverse del todo por los métodos practicados hasta la fecha; por lo tanto, me solidarizo con la conclusión final de esta carta.

A. Beloborodov

Estoy completamente de acuerdo con las propuestas, aunque disiento de algunos puntos de las motivaciones.

A. Rozengolts
M. Alski

En lo esencial comparto las opiniones de este manifiesto. La demanda de que se traten directa y sinceramente todos nuestros males se ha hecho tan perentoria que apoyo por completo la propuesta de que se convoque la conferencia aludida, con objeto de fijar en ella la manera práctica de evitar que se acumulen las dificultades.

Antonov-Ovseenko
A. Benediktov
I. N. Smirnov
Yu. Piatakov
V. Obolenski (Osinski)
N. Muralov
T. Sapronov

La situación del partido y la situación internacional son tales que exigen, más que nunca, la energía y la concentración de las fuerzas del partido. Me solidarizo con la declaración y la considero *exclusivamente* como un intento de restablecer la unidad en el partido y de prepararlo para los acontecimientos que se avecinan. Es natural que en los momentos actuales queden descartadas por

[1] De tal manera se hallan las firmas en la copia de la que se sacó esta traducción, que no es posible asegurar que en el original se estamparan las firmas en el mismo orden.

completo las luchas de cualquier tipo dentro del partido. Es esencial que el comité central estudie la situación con objetividad y tome medi as urgentes para terminar con el descontento dentro del partido y también entre las masas que no pertenecen al mismo.

A. Goltsman
V. Maksimovski
D. Sosnovski
Danishevski
O. Shmidel
N. Vaganian
I. Stukov
A. Lobanov
Rafail
S. Vasilchenko
Mij. Zhakov
A. M. Puzakov
N. Nikolaev

Como últimamente he estado un poco al margen de lo que se hace en los centros del partido me abstengo de enjuiciar los dos primeros párrafos del preámbulo; con lo demás estoy de acuerdo.

Averin

Estoy de acuerdo con la exposición, en la primera parte, de la situación económica y política del país. Considero que en la parte en que se describe la situación interna del partido existe cierta exageración. Es por completo indispensable tomar medidas *inmediatamente* para preservar la unidad del partido.

I. Bogoslavski
P. Mesiatsev
T. Jorechko

No estoy de acuerdo con cierto número de opiniones de la primera parte de la declaración; no estoy tampoco de acuerdo con ciertas apreciaciones sobre la situación interna del partido. Al mismo tiempo estoy del todo convencido de que la situación del partido exige que se tomen medidas radicales, por no ser saludable su estado. Me solidarizo por entero con las propuestas de tipo práctico.

A. Bubnov
A. Voronski
V. Smirnov

E. Bosch
I. Bik
V. Kosior
F. Lokatskov

Estoy de completo acuerdo con las apreciaciones sobre la situación económica. En los actuales momentos considero peligroso el debilitamiento de la dictadura política, pero es indispensable una explicación. Creo que se hace necesaria una conferencia.

Kaganovich
Drobnis
F. Kovalenko
A. E. Minkin
V. Yakovleva

En todo de acuerdo con las propuestas prácticas.

B. Eltsin

Firmo con las mismas reservas que el camarada Bubnov.

L. Levitin

Firmo con las mismas reservas que Bubnov, aunque no me solidarizo con la forma ni con el tono, los cuales me llevan a apoyar doblemente la parte práctica de la declaración.

I. Paliudov

No estoy del todo de acuerdo con la primera parte que trata de la situación económica del país; ésta es verdaderamente grave y exige que se la considere con muchísima atención, pero hasta la fecha el partido no ha producido hombres capaces de llevar las cosas mejor que quienes lo vienen haciendo. Sobre el asunto de la situación interna del partido, considero que hay una parte de verdad en todo lo que se dice y considero asimismo necesario que se tomen medidas urgentes.

F. Sudnik

LISTA DE ABREVIATURAS

COMINTERN: Kommunisticheski Internatsional (Internacional Comunista)
CPGB: Partido Comunista de Gran Bretaña
GLAVKOMTRUD: Glavni Komitet Truda (Comité Laboral Superior)
GOSBANK: Gosudarstvenni Bank (Banco del Estado)
GOSPLAN: Gosudarstvennaya Obshcheplanovaya Komissiya (Comisión de Planificación General del Estado)
GPU: Gosudarstvennoe Politicheskoe Upravlenie (Administración Política del Estado)
GUM: Gosudarstvenni Universalni Magazin (Almacén Universal del Estado)
IFTU: Federación Internacional de Sindicatos
IKKI: Ispolnitelni Komitet Kommunisticheskogo Internatsionala (Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista)
Inprekorr: *Internationale Presse-Korrespondenz*
KOMVNUTORG: Komissiya Vnutrennei Torgovli (Comisión del Comercio Interior)
KPD: Kommunistische Partei Deutschlands (Partido Comunista Alemán)
NARKOMFIN: Narodni Komissariat Finansov (Comisariado del Pueblo para Finanzas)
NARKOMINDEL (NKID): Narodni Komissariat Inostrannij Del (Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores)

NARKOMPROD: Narodni Komissariat Prodovolstiya (Comisariado del Pueblo para Abastecimientos)

NARKOMPUT: Narodni Komissariat Putei Soobscheniya (Comisariado del Pueblo para Comunicaciones)

NARKOMSOBES: Narodni Komissariat Sotsialnogo Obespecheniya (Comisariado del Pueblo para la Seguridad Social)

NARKOMTRUD: Narodni Komissariat Truda (Comisariado del Pueblo para el Trabajo)

PROFINTERN: Krasni Internatsional Professionalnij Soyuzov (Internacional Roja de Sindicatos)

PROMBANK: Torgovo-Promyshlenni Bank (Banco Comercial e Industrial)

RABKRIN: Narodni Komissariat Rabochei i Krestianskoi Inspektsi (Comisariado del Pueblo para la Inspección por Obreros y Campesinos)

RKK: Rastsenochno-Konfliktnie Komissi (Comisiones de Arbitraje y Conflictos)

RKP (B): Rossiiskaya Kommunisticheskaya Partiya (Bolshevikov) (Partido Comunista Ruso [Bolchevique])

SOVNARKOM: Sovet Narodnij Komissarov (Consejo de Comisarios del Pueblo)

SPD: Sozial-Demokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata Alemán)

TSENTROSOYUZ: Vserossiiski Tsenstralni Soyuz Potrebitelskij Obshchestv (Unión Central de toda Rusia de Sociedades de Consumidores)

UCHRASPRED: Uchet i Raspredelenie (Sección de Distribución y Cuentas)

USPD: Unabhängige Sozial-Demokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata Alemán Independiente)

VESENJA: Vysshi Sovet Narodnogo Joziaistva (Consejo Supremo de Economía Nacional)

VNESHTORG: Narodni Komissariat Vneshnei Torgovli (Comisariado del Pueblo para Comercio Exterior)

VTsIK: Vserossiiski (Vsesoyuzni) Tsentralni Ispolnitelni Komitet (Comité Ejecutivo Central de toda Rusia [de toda la Unión])

BIBLIOGRAFIA

La lista que sigue es un suplemento de la bibliografía principal de *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, vol. 3, pp. 587-599; unos cuantos datos que aparecen en la bibliografía principal se han vuelto a insertar aquí en vista de su especial importancia para el presente volumen. Como antes, indico entre paréntesis rectangulares el lugar donde se hallan las obras que no se encuentran en el British Museum.

I. *Partido Comunista Ruso* (posteriormente *de toda la Unión) (Bolchevique)*

Dvenadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov): Stenograficheski Otchet (17-25 Aprelia, 1923 g.) (1923) [School of Slavonic and East European Studies, University of London].

Trinadtsataya Konferentsiya Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov) (1924) [De propiedad privada].

Trinadtsati Sjezd Rossiiskoi Kommunisticheskoi Parti (Bolshevikov): Stenograficheski Otchet (1924) [London School of Economics and Political Science].

XIV Sjezd Vsesoyuznoi Kommunisticheskoi Parti (B) (18-31 Dekabria, 1925 g.): Stenograficheski Otchet (1926) [London School of Economics and Political Science].

II. *Actas de los Congresos de Soviets y del VTsIK*

(i) de la URSS

Vtoroi Sjezd Sovetov Soyuza Sovetskij Sotsialisticbeskij Respublik: Stenografischeski Otcbet (1923).

Actas del VTsIK elegido por el primer Congreso de Soviets de toda la Unión:

Vtoraya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticbeskij Respublik (1923).
Postanovleniya II Sessi Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticbeskij Respublik (1923).

Actas de la sesión del 6 de julio de 1923

Tretiya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticbeskij Respublik (1924).
Postanovleniya Tretei Sessi Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticbeskij Respublik (1923).

Actas de las sesiones del 6 al 12 de noviembre de 1923

Actas del VTsIK elegido por el Segundo Congreso de Soviets de toda la Unión:

Pervaya Sessiya Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta Soyuza Sovetskij Sotsialisticbeskij Respublik (1924).

Actas de las sesiones del 2 al 5 de febrero de 1924

(ii) de la RSFSR

XI Vserossiiski Sjezd Sovetov (1924).

Actas del VTsIK elegido por el décimo Congreso de Soviets de toda Rusia:

Vtoraya Sessiya Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta X Sozyva (1923).
Postanovleniya Vtoroi Sessi Vserossiiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta X Sozyva (1923).

Actas de las sesiones del 29 de junio al 7 de julio de 1923.

III. *Actas de los Congresos Sindicales*

Stenograficbeski Otcbet Piatogo Vserossiiskogo Sjezda Professionalnij Soyuzov, 17-22 Sentyabria, 1922 g. (1922) (International Labour Office, Ginebra).

Shestoi Sjezd Professionalnij Soyuzov SSSR (11-18 Noybria, 1924 g.): Plenumy i Sektsi (1925) [International Labour Office, Ginebra].

IV y V. No hay otros datos.

VI. *La Internacional Comunista*

(i) Actas de los congresos y del IKKI

Protokoll: Fünfter Kongress der Kommunistischen Internationale, 2 vols. (sin fecha) [London School of Economics and Political Science].
La traducción rusa es *Piati Vsemirni Kongress. Kommunisticheskogo Internatsionale (17 Iyunia-8 Iyulia 1924 g.): Stenograficheski Otchet* (1925).
Rasshirenni Plenum Ispolnitelnogo Komiteta Kommunisticheskoga Internatsionala (12-23 Iyunia, 1923 goda), (1923).
Die Lehren der Deutschen Ereignisse (Hamburgo, 1924).
Actas de las sesiones del presidium del IKKI del 11 al 21 de enero de 1924.

(ii) Actas de otras conferencias y congresos

Der Internationale Kampf des Proletariats gegen Kriegsgefahr und Faszismus (1923).
Protokoll vom Ersten Internationalen Bauernkongress (1924) [Institute of Agrarian Affairs, Oxford].

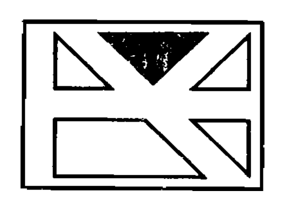
VII y VIII. No hay nuevos datos.

IX. Diarios y revistas.

Statistika Truda. Mensual desde diciembre de 1922; con posterioridad aparece irregularmente. [International Labour Office, Ginebra].
Sotsialisticheskoe Joziaistvo. Cuatro o cinco veces al año desde 1923.
Die Rote Fahne (Berlín). Organo diario del KPD [Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, Amsterdam]; ediciones separadas se publicaron en Viena y en otros países.
Die Internationale. Organo quincenal del KPD [Marx Memorial Library].

INDICE ALFABETICO

Los tres volúmenes (AU 15, 19 y 35) en que se subdivide «La revolución bolchevique» —primer tramo, a su vez, de la monumental «Historia de la Rusia soviética» en la que E. H. CARR viene trabajando desde hace más de veinte años— describían y analizaban los primeros tiempos (1917-1923) de gobierno bolchevique y actuación de la Internacional Comunista. EL INTERREGNO retoma el hilo de la narración en el punto donde había sido abandonado para ocuparse de un periodo (marzo de 1923 a mayo de 1924) que, aunque temporalmente breve, contiene ya los gérmenes de los trascendentales sucesos que conferirán su terrible y dramático carácter a los años venideros. En efecto, los meses en los que se produce la enfermedad, retiro y fallecimiento de Lenin (y que concluyen con la convocatoria del XIII Congreso) constituyen una tregua en la que, tácitamente, los aspirantes a la sucesión evitan o aplazan las grandes decisiones; en medio de esa pesada calma que presagia futuras tormentas, los comunistas alemanes sufren su definitiva derrota, la contradicción entre el proyecto de revolución mundial y los intereses de la Unión Soviética se hace cada vez más patente, la NEP se enfrenta con sus primeras dificultades (la «crisis de las tijeras», esto es, el desfase cada vez mayor entre el ritmo de crecimiento de los precios industriales y agrícolas), y Stalin y Zinóviev y Kámenev fraguan su alianza para desalojar del poder a Trotski. Queda así preparado el escenario para las grandes batallas del periodo 1924-1926, de las que se ocupa «El socialismo en un solo país», de próxima aparición en esta misma colección.



Alianza Editorial



Cubierta Daniel Gil